



Lemir 18 (2014) - Textos: 271-524

ISSN: 1579-735X

ALONSO CANO Y URRETA
DÍAS DE JARDÍN



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

*Debéis, pues, considerar no poderse decir rigurosamente haber cosa que ya no esté dicha, o, por lo menos, imaginada. Asentado este principio, tan importante para el discurso presente, es cierto ser lo más que pueden hacer cuantos escriben recoger lo principal que se debe contener en los tomos, para escoger después lo que pareciere venir más a propósito (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, Alivio II).*

ADVERTENCIA

ESTOS *Días de jardín* no son una miscelánea al uso de aquel tiempo, como del título pudiera deducirse. Tratan, sí, temas varios; pero ordenados en discursos monográficos de cierta extensión; y no se habla de fenómenos y prodigios, sino de asuntos de índole práctica en lo espiritual y en lo político. Su esforzado autor —«parece imprimió seis discursos del dicho libro y se dejó por imprimir los dos últimos, que por todos eran ocho»— fue de aquellos de «escribo como hablo», y debía hablar muy bien, pues en muy pocos lugares aburre al lector moderno, todo y lo intrascendente —a nuestros ojos— de algunos discursos. Y es que a ese lector de seguro agradará saber —entre otras curiosidades— si los seres humanos comían o no carne antes del Diluvio; si somos o no de menos estatura que nuestros antecesores; qué orden seguían los desfiles triunfales en Roma; cómo debe elegir el Rey su privado, y cómo conviene que éste y su Confesor asistan al Consejo de Estado; cómo se evidencian falsos los milagros que se asignaban los líderes herejes, cómo reconoce el Diablo a los individuos de que puede hacerse familiar... Remedando a nuestro Autor, ¿Quién, pues, me censurará haberme quemado las cejas por dar nueva vida a un libro que nunca volvió a la estampa, si, como dijo Plinio, y dijo bien, no hay libro tan malo que no tenga algo bueno?

Como en otros trabajos similares, modernizo la ortografía; pero no del todo, por no restar encanto a la lectura, y anoto las enmiendas que he creído necesario introducir en el texto. Lo que no he hecho ha sido trasladar la ingente anotación marginal, sacra y profana, con que el autor se autorizó. Tanto, que en alguna plana se diría que no contiene sino citas textuales pacientemente recopiladas y hábilmente encadenadas.

E. S. F.
Barcelona, septiembre 2013

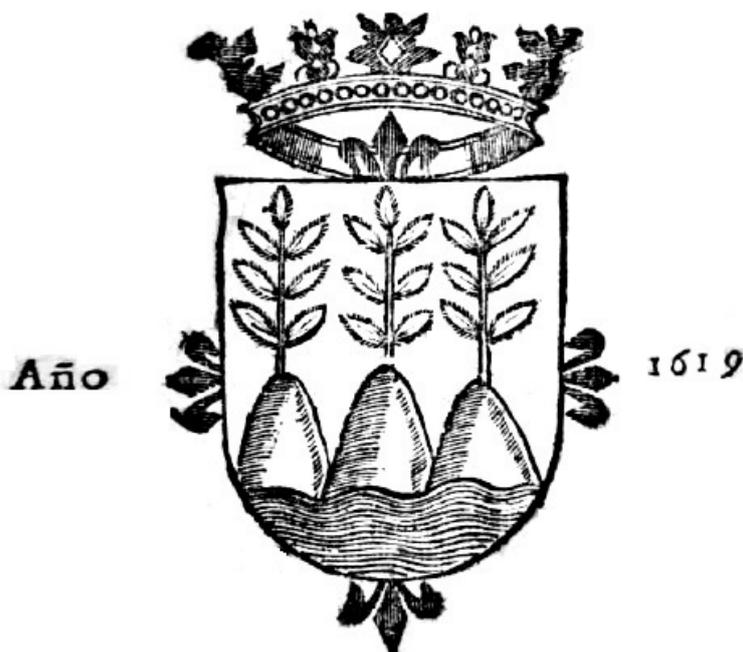
ÍNDICE

DÍA PRIMERO	282
DÍA SEGUNDO	324
TERCERO DÍA	348
DÍA CUARTO	388
QUINTO DÍA	421
SEXTO DÍA	468

D I A S
DE IARDIN
A

D. IVAN FAIARDO DE GVEVARA.
Comendador de Montachuelos. Señor de las
villas de Montagudo, y Zeuti, Capitan General
de la Armada Real del Estrecho.

Por el Doctor Alonso Cano y Urreta.



CON PRIVILEGIO.
En Madrid. Por Bernardino de Guzman.

TASA

YO Pedro Montemayor del Mármol, Escribano de Cámara de su Majestad y uno de los que en su Real Consejo residen, doy fe que habiéndose visto por los señores del dicho Real Consejo un libro que con licencia fue impreso, compuesto por el Doctor Alonso Cano y Urreta, intitulado *Días de jardín*, tasaron cada pliego del dicho libro a cuatro maravedís, y parece imprimió seis discursos del dicho libro y se dejó por imprimir los dos últimos, que por todos eran ocho; que los seis discursos parece tienen noventa y dos pliegos, que al dicho precio monta cada cuerpo del dicho libro once reales menos seis maravedís, y al dicho precio mandaron se vendiese cada cuerpo del dicho libro, y no a más, y que esta fe de Tasa se ponga en cada uno dellos para que se sepa el precio por que se ha de vender. Y para que dello conste, de pedimiento de la parte del dicho Doctor Alonso Cano di esta fe. En la villa de Madrid a veinte y un días del mes de febrero de mil seiscientos y diez y nueve años.

Pedro de Montemayor del Mármol

ERRATAS

ESTE libro intitulado *Días de jardín*, con estas erratas, corresponde con su original. Madrid, y febrero 4 de 619.

Licenciado Murcia de la Llana

SUMA DEL PRIVILEGIO

TIENE licencia y privilegio el Doctor Alonso Cano y Urreta, por tiempo de diez años, para imprimir un libro intitulado *Días de jardín*, con lo añadido, como consta de su original, que fue dado en el Pardo a 26 días del mes de enero de 1617 años. Despachado en el oficio de Pedro Montemayor del Mármol y refrendado de Pedro de Contreras, Secretario del Rey nuestro señor.

CENSURA Y APROBACIÓN DEL COLEGIO IMPERIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE MADRID

POR comisión del Supremo Consejo de Castilla he visto un libro intitulado *Días de jardín*, compuesto por el Dotor Alonso Cano y Urreta: es obra muy ingeniosa y agradable y de muy buena erudición, útil para¹ aficionar a la milicia y a la labor del campo y otros intentos particulares que toca. No hay cosa en ella que contradiga a nuestra santa fe ni a buenas costumbres, y así, se le podrá dar licencia que se imprima. Dada en nuestro Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, a 26 de enero de 1617.²

Diego de Ibarra

APROBACIÓN

HE visto por mandado de V. Alteza lo añadido a los *Días de jardín*, compuesto lo uno y lo otro por el Dotor Alonso Cano y Urreta: muéstrase el Autor en los discursos ser persona de muy grande erudición, lición y variedad de estudios, y haberle costado mucho trabajo, así la junta de tantas cosas como la disposición y estilo en todas ellas, por lo que merece muy bien que V. Alteza le dé licencia para imprimirlo. Fecho en la Biblioteca del Condeestable, a cinco de enero de 1617.

Pedro Mantuano

1.- Orig.: 'paro'

2.- Orig.: '1651'

PRÓLOGO AL LECTOR

DE muy larga, ha venido nuestra conversación a brevísima. ¿Qué mucho? Somos cada hora otros, y en estos discursos fue desde su principio, mayor que la de su lición, la variedad de sus acaecimientos: dos veces los di a la censura, y, ya animoso, de ocho retire los dos postreros; y por enemigo de escritorios y consejos, me han pasado por ellos, más que horas, mudanzas. O lo atribuye a enemistad de mi ingenio consigo mismo (en nada me debe amor; en todo sí, rigor, severidad, desagrado), o a temor y respeto tuyo, que te imagino docto, que lees a sangre fría lo que escribió el calor, deseoso de topár descuidos, no aciertos, y sobre todo extraño en lo que dictó la pluma para solos ojos de un favorecedor y amigo: diferencia que la notó, con razón, Plinio.

En fin, pensé darte prólogo de ocho pliegos, porque alguno, juzgando en estos días estilo algo dificultoso, me solicitó lisonja contándome entre los cultos desta edad. Nombre ilustre, pero hoy execrable, porque³ usurpado del peor vacío. De la escuridad entiendo, con quien algunos se hacen fama por ser muchos (dice Falereo)⁴ los idiotas que, medrosos de parecerlo, aquello que no entienden alaban. En fin, prólogo te doy de una hoja, porque es su oficio no ganar enemistades, sino benevolencias. Fíame este enojo; que yo te ofrezco (si antes no sonaren sabios versos que basten) rayas que deshagan el vano encanto destes malos oscuros. Hasta su ortografía te será risa y no admiración.

Agora te ofrezco discursos que acompañaron las manos valientes de su General cultivando, los ratos que ociosas, plantas de un jardín de una⁵ su villa de Espinardo, sobre Murcia, en que hallas su nombre y título. Varios son en cada hoja: ese es mi propósito. Disputan algunos puntos sutiles, por acomodarme a muchos ingenios que, aunque vulgares, procuran hoy apoyar⁶ los mayores. Quise dejar los del día 2 y 3, por harto de ver hablar en sus materias, y hoy conozco que buen genio movió mi mano, después que he⁷ encontrado en la Corte tropas de aturridos que, ajenos de todos principios, devanean en la política y temo no den de ojos en últimos dislates.

Tu provecho, en fin, he deseado, y tu divertimento entre profano y espiritual, y ojalá no acierte sólo el ánimo. Frutos son y ocios de la mocedad, ¿qué mucho si verdes?; pero que los ha sazonado algo el espacio y la corrección. Si no te desagradaren de todo punto, aguarda otros de mayor virtud y sabor. Guárdete Dios, y haga eternamente dichoso.

3.- Por, como. Curioso rasgo de estilo de nuestro Autor.

4.- Demetrio de Falero.

5.- Orig.: 'vn.'

6.- Orig.: 'apoar'.

7.- Suplo 'he'.

LA MATERIAS QUE SE TRATAN EN ESTOS DÍAS Y DISCURSOS

DÍA PRIMERO

I

El sujeto dellos, y la semejanza de un labrador a un príncipe soldado, probada de letras sagradas y profanas.

Del arado, que fue lanza.

De la corona, que fue guirnalda.

Del vestido de pieles, que fueron tiara de príncipes.

II

Difínesse la guerra, y hácese comparación entre las de tierra y mar, con algo de la navegación.

III

Hace el ejercicio del campo sufridos y duros, y por esto conviene al soldado.

De los juegos de los antiguos. Los Gladiatorios.

Las carreras, las luchas, las puñadas.

De la pelota, y por qué usados muchos destes juegos de las mujeres.

De las danzas y bailes, y de sus abusos, semejantes a los de nuestra edad.

De la caza y provecho del ejercitarse a caballo.

III

Hace el campo despreciadores de la muerte, y qué acto sea matarse.

Hace sabios, y por esto escogido de los filósofos cristianos y gentiles.

DÍA SEGUNDO

I

Deben el labrador y soldado ser virtuosos, y por qué.

Pruébese, como la Agricultura, difícil la arte del gobierno.

De la infalibilidad de la divina providencia.

De la incertidumbre de la humana.

De la inconstancia del vulgo.

De la dificultad en diferenciar la virtud de los vicios, y concurso de circunstancias.

II

Pruébese fácil el arte del gobierno, y satisfácese a la dificultad de la divina providencia, que se conuerda con la libertad del albedrío.

III

Satisfácese a la dificultad de la providencia humana, etc., y las demás traídas.

DÍA TERCERO

I

A instancia del General, se disputa por mayor qué sean razón y Consejo de Estado, y cuán contra todos principios la falsa razón de Maquiavelo.
Cuán antiguos los disparates que escribió este mal Autor, y los daños que se siguen de su doctrina.

II

Recopílese todo lo que puede haber⁸ en defensa del error, con mayores fuerzas y objeciones de las que su autor pudo alcanzar.

III

Respóndese a las objeciones traídas, y difínese qué sea razón de estado y cuál el fin y felicidad que se debe proponer cualquiera príncipe.
Cuán perjudicial sea a toda comunidad la mentira y infidelidad.
Qué prudencia sea la que aconseja Cristo en San Mateo: Estote prudentes. Y del mismo lugar se concluye el propósito.

IIII

Por qué un hombre debe a veces ofrecer la vida por la de otros, y no deba cometer un pecado venial por la salvación de todo el mundo.
Ningún precepto del Decálogo se puede dispensar o mudar, ni se ha dispensado o mudado alguna vez.
Ninguna mentira puede por algún buen fin hacerse lícita, ni puede lícitamente desearse engañar a otro, con examen de los ejemplos sagrados que a esta verdad se oponen.

V

La fuerza de la razón y Consejo de estado, y cuánta la necesidad que dél tienen las repúblicas.
Con cuánto espacio y consideración han de tocar los príncipes en la alteración o inovación de las leyes antiguas.
Nombres que tienen los reyes, de quien se prueba el intento deste día.

VI

Consejeros del estado y sus condiciones: y cuán mal excluyen algunos de este consejo a los amigos del príncipe y al confesor y padre de su conciencia.

DÍA CUARTO

I

Las honras y mercedes que han acostumbrado hacer los príncipes a los labradores, probado, entre otras razones, de la estimación que han hecho de los toros por compañeros en la labranza.

II

Las que se deben a los soldados, en competencia de los doctos.

III

La grandeza de los triunfos de Roma, concedidos a solos los fuertes.

IIII

De los amigos de los reyes: su número, sus condiciones, y la obligación que hay en los unos de dar riquezas, y en los otros de recibirlas.

8.- Orig.: 'hazer'

DÍA QUINTO

I

Nuevas semejanzas del labrador al soldado, y cuán injusta la queja de los que atribuyen a la mudanza y flaqueza de la tierra la malicia de las cosechas.

Pruébese la naturaleza de las cosas descaecida de su principio, de la autoridad de todos filósofos.

De la mudanza que hará en todas las criaturas el fuego del último día.

De los hijos generalmente menores que los padres. Las diferentes medicinas que usaban los antiguos.

La esterilidad que indujo el Diluvio, por quien se dio licencia al hombre de comer las carnes.

De la multiplicación creída de los vicios, novedad de enfermedades y desigualdad de los cuerpos humanos a los de los antiguos gigantes.

II

Afirmase que el mundo ni la Naturaleza en nada se ha diferenciado de su principio, con satisfacción de las objeciones traídas.

Cómo siendo el hombre de su naturaleza mortal, le puso Dios la muerte por pena en el Paraíso.

La mezcla de varios elementos perpetúa cuanto en sí es al mundo, y al hombre hace corruptible la de sus humores, y por qué.

Las hambres, guerras, pestilencias y vicios, no son agora mayores que antiguamente.

III

Pruébense los cielos de su naturaleza corruptibles.

IIII

Satisfácese a la objeción de la generación humana, por cuya causa no son los hombres menores que antes.

Cómo se sirve Dios de las causas segundas, y la dependencia que éstas tienen de su virtud.

De qué procede la semejanza de los hijos a los padres, y por qué aquéllos nacen algunas veces mayores.

Del concurso de los Cielos en la producción de los inferiores, y qué animales pueden producir por sí solos.

En cuáles meses nacen las criaturas para vivir y en cuáles no, y por qué.

Las medicinas, por qué no se dan en nuestra edad tan violentas como en la antigua, y si hay hoy nuevas enfermedades.

V

Si recibió la tierra daño de esterilidad en el Diluvio, y pruébase lo contrario de Noé y su nombre, de quien se tiene por más cierto que no fue inventor del vino.

De la paloma con el ramo de oliva, y procreación de los hombres después del Diluvio: mayor, y de más varones.

La licencia de comer carnes no se concedió al hombre después del Diluvio, y se tiene por probable que las comió en todo tiempo.

Cuán dañosa es la diferencia de manjares y artificio en comer las carnes, con algunos daños de la gula, y cuán antigua la hora de las doce para comer en días de ayuno.

De la edad de la vida, no mudada en los hombres, con los sucesos que en esto ha habido.

DÍA SEXTO

I

La diferencia de nuestros cuerpos a los de los antiguos, con las fábulas de los gigantes que hay en los poetas.

De qué gigantes habla el capítulo 6 del Génesis.

La antigua filosofía conoció haber Ángeles, conformando notablemente con las verdades que cree dellos la religión cristiana.

Los que declaran el lugar del Génesis de los Ángeles, probando tener cuerpo de lo siguiente.

De que se dejan ver, oír y palpar, y de las alteraciones y daños que reciben de otros cuerpos, y del trato que tienen con mujeres y con hechiceros.

II

Son los Ángeles puros espíritus, y muy superiores en fuerzas a cualquiera otra criatura.

En qué cuerpos aparecen los Ángeles, y en qué modos pueden engañar los sentidos.

Por qué causas muestran los Ángeles huir de unas cosas y agradarse de otras, y en cuáles está la verdadera virtud contra ellos.

Por qué permite Dios que aflijan algunos cuerpos entrando en ellos.

III

El trato deshonesto que el Demonio afecta con los hombres, y en qué modo le es posible.

La causa por que nazcan hijos parecidos a la apariencia que el Demonio toma, y algo de la fuerza de la imaginación.

En qué forma puede el Ángel estar en lugar, cuántos fueron criados, dónde y cuándo.

Qué mueva al Demonio a encerrarse en los anillos y redomas, y de la superstición de algunas vanas oraciones.

De la gracia de sanidades, y si puede ser natural en algunos hombres.

De los saludadores y ensalmadores, y cuánto más daño suele hacer el Demonio por medio de algunos hombres que por sí solo.

IV

Por qué hace el Demonio que algunos se finjan dioses, y dicese algo de Apolonio Tianeo y de Simón Mago.

De la compañía que hace el Demonio a los herejes, y por qué los consiente Dios.

De la diferencia de los milagros falsos a los verdaderos, y por qué no consiente Dios que los hagan los herejes.

De la fuerza de los hechizos, y qué pueden en la voluntad humana.

V

Explícate el lugar del Génesis, y pruébase no haber habido gigantes ni pigmeos por casta.

La propia estatura del hombre, y la que tuvieron Adán y Cristo.

La grandeza de algunos huesos de las pirámides, obeliscos y colosos antiguos.

El valor de los españoles, y lo que debe el príncipe no consentir viciosos, y el labrador malas yerbas entre las buenas.

FIN

DÍA PRIMERO

DISCURSO I⁹

VI a V. S. (valiente honor de nuestro siglo) estos días que, retirado del mar, aleja de su patria las reliquias del mal Profeta (que por lo menos manchaban y acongojaban harto), tomar ya el podoncillo, ya la picaza,¹⁰ a que agradecido el jardín, y glorioso (como dijo Plinio) del hierro laureado y del jardinero triunfador, revienta aprisa flores y estiende ramos. Con que necesariamente despiertan mi memoria aquellos primeros valientes que dejaron tan buenas liciones de osar morir, ocupados, el rato que no rompían pechos de enemigos, en romper entrañas amorosas de tierra, hermanando a la soldadesca la labranza y pasando, advertida y docta, la mano de las plantas del jardín a los ejércitos de hombres en campaña. Digna ocupación de toda alabanza, y a quien ofrecí para estos ratos que el sol no consiente con sus rigores manosear las plantas, cuales ellas son las fuerzas de mi ingenio, enviando a V. S. algunos discursos de lo bien que parece a un príncipe soldado holgar de los de la guerra con el trabajo deste ejercicio, y de la semejanza de sus obligaciones. Deuda que V. S. no quiere perdonarme, y de cuya paga me confesara imposible, a no alentarme la honra que me hace con mostrar gusto de pasar los ojos por mis desvelos en cambio de escuchar los provechos de tan amado ejercicio. Empiezo, pues, y descubro a los primeros renglones mi profesión con los primeros de las Letras Santas.

Por principio de favores, al hombre recién nacido de sus manos puso Dios en el Paraíso para que le cultivara como labrador y guardara como soldado. Algunos encogidos (quizá en callos de mano rústica) se persuaden que, no pecando nuestro Padre, pareciera mal labrador, pues fuera castigar el inocente. Con que procuran divertir la verdad de la historia. Pero, visto con maduro consejo, labrador y soldado hizo Dios al hombre. Y ¿qué espanta lo primero (oye agora V. S. a San Agustín), si vemos muchos tratar tan a gusto la labranza, que les fuera pena salir della? Si hoy, pues, deleita así la agricultura, ¿cuánto más entonces, que en tierra ni cielo no hallara contrario? No fuera, pues, aflicción, sino gozo del alma, ver las plantas que Dios crio crecer alegres con ayuda del hombre para gloria del Criador, que en vaso de tierra encerró industria de saber cultivar no lo que obligase la necesidad, sino el deleite. Porque ¿cuál cosa digna de mayor admiración que, abriendo el surco, plantando la semilla, cortando el pimpollo, mudando el arbolillo, conocer y advertir qué puede la raíz del uno, qué no la del otro, y saber, al fin, que ni es algo el que planta ni algo el que riega, sino Dios, que da el aumento a todo? Esto dice el Santo. ¿Qué podemos pedir? ¿Qué desear?

En lo segundo, parece a algunos difícil que hiciera Dios soldado al hombre, y más con oficio de centinela del Paraíso. Como si no tuviera hartos enemigos con quien haber guerra y de quien guardarse: fieras silvestres que, a no experimentar imperioso dueño, nada dejara lucido su bruteza; el Demonio, que (aunque vencido el primer asalto) intentara¹¹ su daño otros muchos, y el hombre fuera enemigo de sí mismo, con quien llevara guerra sobre el cumplimiento de los divinos preceptos. Tan juntas nacieron labranza y guerra. Parecidos ambos tanto, que por encarecer

9.- Precedo siempre con 'DISCURSO' el ordinal romano.

10.- La podadera y el pico.

11.- Orig.: 'intentará'

el Profeta un gran gozo, acuerda la cosecha y la victoria, cuando el labrador coge esperanzas, y el soldado sangre y sudor; justamente, pues tan unos son en todo estos dos oficios.

Labraban los primeros soldados, y así, cuando coléricos, manojos de trigo daban al aire, y llamábanse manojeros, como quien seguía tales estandartes. Si no mejor, porque apenas sueltos de una mano la hoz y de otra el manajo, ya pesaba en ambas el escudo y la lanza. Y si aun no por esta razón, con mucha, por la igual alegría de la cosecha y despojo tras igual trabajo. ¿Qué sol, qué escarcha escusa la paciencia de un labrador? Y, llegada la cosecha, ¿qué ensancha así el corazón humano como, puesto el sol del sábado, triscando los peones con la cruz de mies delante y cantando la gala a la señora de casa, colmar las trojes de trigo? ¿Qué molestia iguala la del soldado, despreciador perpetuo del yelo, del calor, de la hambre, de la muerte, por ver (¡qué gozo!) día en que meta las manos en los doblones del avariento?

Tan hermanos son el soldado y labrador: aquí y allí trata la mano hierro; aquí y allí se suda; aquí y allí se corta, y aquí el brazo y allí el ramo. Por lo que el otro capitán de Siracusa, al puño que soltaba la esteba daba¹² la espada; y, ésta ociosa, no le permitía otro descanso que el de la labranza. El maestro de la milicia romana, éstos y aquéllos, mal contentadizo despide de sus banderas, y del campo busca la principal fuerza del ejército, como experimentado que es mejor a las armas el rústico curtido al aire y al trabajo, y que, así, el bueno y valiente soldado nacía del labrador. Y acordándose (por ventura) de Cincinato, llamado del arado a la lanza, libertador con ella de un cónsul casi preso y de un ejército casi rendido, en que se detuvo tan poco que apenas resplandeció con la púrpura de dictador cuando le sintieron a las espaldas sus novillos. Cayo Fabricio y Curio Dentato valerosos soldados fueron, y ambos debe Roma a la labranza. Los antiguos Coruncanos y triunfadores (dice Séneca, y dél Latino Pacato), el día que colgaban las armas (confiado el laurel a Júpiter Capitolino) ponían en su lugar caperuzas de campo: tan bien¹³ parece labrador un soldado, y mejor un soldado príncipe.

A las sombras me atrevo de lejos siglos, donde descubro los varones más ilustres, si bien guerreros y valientes, industriales en la agricultura, y por ella tan admirados de la posteridad, que les dio altares y quemó inciensos. Ya hice labrador a Adán, y, si en ejercicio entretenido, a corto rato sembró sudor y cogió, más que espigas, abrojos. Y bien colegimos que ignoraba otro oficio, pues heredó dél al hijo primero: labrador sin duda, y ojalá menos atrevido y valiente; pero, al fin, primero fundador de ciudades, y, aunque malo, primero capitán y rey del mundo. Los sucesos que éste siguieron ahogó el agua, hasta Noé, que, general de tan gran océano, resistió en un navío la mayor borrasca y amparó la naturaleza. Ánimo escondía valeroso, varón escogido para tanta empresa, y apenas pisa tierra enjuta cuando, labrador ocupado, la vuelca con el hierro, la planta y la cultiva. Fuertes y animosos hombres acuerda la Historia Santa a cada paso que los dio el campo, padre legítimo de corazones valientes.

Revolvamos hojas profanas (por su variedad siquiera) y encontraremos a Jano invocado el primero, por padre de dioses mentirosos, en los sacrificios. En la mano aprieta una lanza por valiente guerreador, llamado, a título de gran soldado, Quirino; como consivio o sembrador por primero maestro de sembrar la tierra, que apretó la uva y quebró el trigo para el mayor sustento humano y para la veneración divina. A cuya causa, sobre dos cabezas de sus estatuas, como quien diferenció la vida rústica en urbana (si oímos a Plutarco, y si a otros, por la providencia con que vio lo pasado y venidero), guirnalda trae de varias plantas, en prendas de labrador cudicioso.

Saturno, padre también de dioses fingidos (que si el mismo que en nuestras Letras Santas se libró del Diluvio no disputo¹⁴ agora), a cuyo valor, venido de Creta, se humilló Italia, y (lo que no,

12.- Orig.: 'ssaau'

13.- Orig.: 'Tambien'

14.- Orig.: 'disputò'

por sus hazañas) le impuso nombre porque la enseñó a labrar la tierra: justísimo rey y príncipe que mereció a su siglo renombre de oro. Una hoz levanta en la mano: insignias de primero labrador (dice Cipriano, y bien, pues los cirenenses, coronados de higos frescos sacrifican tortas dulces a Saturno, como inventor de la miel y los frutos, dice Macobrio).

Júpiter animoso, tanto que en sus hazañas halla Varrón honra para treientos dioses de su nombre, arrojador de rayos y domador de gigantes soberbios, la oliva precia como labrador. Y el primero, según Virgilio:

Ninguno antes de Júpiter sujeto
a su hierro vio el campo, ni partido
le tuvo algún lindero; igual a todos
daba frutos la tierra, no rogada.
Ponzoña aquél a las serpientes puso;
presas al lobo, enojos a las aguas;
de miel enjugó el tronco, escondió el fuego,
y de vino atajó dulces arroyos.

Dividió, labrador, a sus compañeros los términos y márgenes (gloria según otros de Mercurio), y muerto fue admitido dios principal de labradores, cercando sus sienes de los ramos y flores que cultivaba entretenido.

Muchos entran a parte desta gloria. Apolo triunfa aquí de gigantes, clava las sierpes, y allí corre y lucha con los labradores. Cultiva vides un Dios valiente, trabando ufano a la yedra pámpanos; y porque los ve en su frente se anima la embriaguez y le publica dios de la destemplanza. Marte guerrero, cuyo nombre basta, de solo olor de flores finge la antigüedad que fue concebido; y así, la mayor lisonja se las arrojó después en guiraldas Hércules, ora sea uno, ora ciento, el bravo matador de leones y de serpientes, de cuyo braco no estuvieron seguras las aves en el aire, los tiranos entre almenas, las manzanas entre dragones ni los perros en el Infierno. Aquel que dejó sobrenombre a los valientes, ya de oliva, ya de espigas se corona gozoso, y por el mayor de sus triunfos se llama defensor de las Musas, diosas de los Parnasos y jardines.

Y por no alargar este pensamiento voy a Ceres, la más recibida por inventora de la Agricultura, con nombre a veces¹⁵ de Belona, por invencible y guerreadora, que toda es sangre y muertes. Della dice Virgilio:

Primera Ceres enseñó los hombres
volver la tierra, cuando ya la encina
faltó, y del sacro bosque la manzana.
Negó Dodona el fruto, y el trabajo
con el yugo nació.

A voto común se alza con esta gloria, y así, parece coronada de espigas:

La tierra fértil de mieses
corona a Ceres de espigas.

O porque en este nombre entendían la providencia suprema, que nos dio los frutos, o porque (como quiere Diodoro), no conocido entre otras plantas, apartó el trigo y trajo a nuestro sustento.

15.- Orig.: 'Aueces'

Lo que nunca me persuadí, mirando los primeros hermanos sacrificar, uno espigas, y otro animales muertos: señal que desde entonces acertó la sabiduría de su padre el sustento más conforme a nuestra naturaleza. Leo a cada paso lo que en Ovidio:

De pan un tiempo al hombre le servía
la yerba que sin golpes da¹⁶ la tierra.
Comió¹⁷ luego el pimpollo que crecía
del tronco mal cortado en alta sierra.
Halló después la encina, y su dureza
mesa le puso de mayor riqueza.

Porque antes (dice Simaco) con árboles silvestres se conservó la vida, y la pobreza del pueblo rústico volaba a las encinas por sustento. De donde llamó a los hombres un poeta nietos de las carrascas. Y Plinio, en los convites de los españoles cuenta por plato ordinario el de las bellotas; o como fruta (dice) de árboles, o por acordarse de su manjar antiguo. Después afirman que pareció el trigo, y éste se comió tostado hasta que la invención de las piedras le hizo harina, y della pasaron siglos que solas se supieron mezclar puchas o gachas.

Estrañas mesas por cierto, y estraña rudeza la del hombre, que a tiento encontró deleite a su paladar y ocupación a su gula. ¿Qué conocimiento infundió Dios a Adán sino éste? ¿Qué vicios amontonaron el Diluvio, si eran tan abstinentes los estómagos? Muy antes supo diferenciar el hombre la rosa de la adelfa, de la neguilla el trigo. Sucedieron tiempos y levantaron soberbias repúblicas de pobres principios en quien fue, como el poder, otro el sustento. Esto pasó en Roma, esto en muchas gentes (dice Alejandro); no en todas, que fuera inadvertencia. Unos se sustentaron de ciruelas, otros de higos, otros de mijo, otros de manzanas, otros de almendras, o porque la tierra negaba estéril las mieses o porque, arrojados allí de la suerte algunos hombres, dieron pan a su necesidad de los más abundantes frutos; pues de peces secos al sol hay naciones que le han hecho, obedeciendo o la fuerza del clima o la cortedad de su apetito.

¿Qué maravilla, si hombres vimos, muchos, que, no por religiosos (como infinitos nuestros), sino por poco golosos, perdonaron la vida a los animales y el fuego a las legumbres? Los reyes indios gustaban hortalizas solas, cuando pudieron ricos manjares; los de los persas y egipcios añadían, cuando más, una poca harina. Los Elios y Tuberones, en la mayor gula de Roma de solas legumbres hicieron su plato. A los griegos glotonos afrentó de muchos la abstinencia: Pelópidas, Sócrates, Diógenes, Efiates, apenas parecían tener hambre, apenas necesidad de sustento. Epicuro, amiguísimo de su deleite, le confesaba hallar mayor en un pedazo de pan de cebada y una taza de agua que en faisanes tiernos

Inclinaciones son, y costumbres, de gentes; como otros al contrario, que de carnes solas, sin pan, se sustentaron. Los de Getulia le amasaban de carnes de fieras; los partos comían cigarras; los etíopes, langostas; los scitas y trogloditas, crudas las carnes (y lo que pasa todo encarecimiento: las de los hombres); los vándalos, carne de caballo y de raposas; los frigios comían gusanos; los africanos, lagartos verdes; serpientes, otros; otros, murciélagos, otros, cocodrilos. No hay ley en nuestro antojo: éste torcerá el rostro a la pechuga del capón y aquél abrirá garganta a la podre del sapo.

Harto es (volviendo al intento) que porque una reina aplicó su industria a la cultura de las mieses la dio honra divina la posteridad; y hartos que miramos hoy en la mano y cabeza del más soberbio príncipe glorioso nuestro ejercicio, pues cuando más cercado de majestad aprieta en ella un arado con nombre de cetro. Aunque Justino quiere que fuese el cetro la lanza, venerada por

16.- Orig.: 'de'

17.- Orig.: 'Como'

dios de los antiguos y puesta por esta causa en las manos de sus dioses; como Homero, para pintarlo rey, la puso en la de Agamenón. Lo que no me es inconveniente si, al fin, una misma mano llevaba la lanza y el arado; y ambos se diferencian poco, puesto en el cabo déste el hierro.

Con todo, creo más lo primero. Si no por otra cosa, dijo Séneca:

Yo pienso que es el cetro humilde nombre,
de vana luz y resplandor cubierto.

Una vara de pastor cuando mucho (como quiere Apolonio), siendo lo que en el ganado el pastor, entre los hombres el rey; o, como voy probando, un arado con quien cultiva plantas de hombres. A cuyo inventor Osiris adoraron el mayor dios los egipcios, y pusieron en la mano, por arado, un cetro, criando en su templo cada año un buey en testimonio que fue labrador, y tan próspero que les remedió una grande hambre con el trigo de su cosecha.

Y ¿qué mayor prueba, si vemos que la hora que toma el rey vencedor el cetro de una ciudad en la mano, ase con la misma el arado y rompe la tierra?

Con un arado, Eneas entretanto
señala la ciudad.

Dijo Virgilio; y Rómulo, valiente labrador sin duda, con no mayor fábrica dio tan gran temor y respeto a sus muros apretando él con sus manos, como era obligación, la esteba y rompiendo el surco. Y la ciudad recién conquistada, un arado la triunfa:

Llegó a la ciudad alta el día postrero:
pereció su memoria,
porque el arado fiero
sus murallas postró, borró su gloria.

¿Cuál es, pues, la majestad que desdeña este principio? ¿Cuál el príncipe que no reconoce semejantes su oficio y obligaciones?

En la cabeza del rey no resplandece la labranza menos, pues la corona de oro y perlas que le engrandece en labradores anduvo; la quietud la inventó de sus ingenios; la dureza la tejió de sus manos, el polvo la gozó de sus cabellos. Gran laberinto, si el principio busco¹⁸ a las coronas, no habiendo pluma desocupada que no le diferencie, siendo el pleito tal, que sacaremos al fin poco gusto y mucha confusión. Rato es de jardín éste, y divertir deseo a V. S. con sus flores, y así, cuando repare en algunos pareceres procuraré que ayuden mi pensamiento.

Ya a Jano, ya a Saturno, ya a Júpiter, ya a Baco, ya a Ceres, hallo inventores de las coronas, y todos a propósito; que si atrás quedan por labradores, el mal es que casi ninguno repara en lo cierto, pues tenemos la primera corona del mundo en la primera obra del hombre pecador, la primera librea de la culpa, el primer consuelo y amparo de la vergüenza delincuente, tejida de las mismas hojas y ramos que arrojaron el fruto de nuestra desdicha, y guirnalda de quien coronados nuestros padres salieron a visita de su inobediencia. Justo acuerdo que se cortase el sambenito del árbol de su atrevimiento y socorriesen las hojas el daño de la fruta.

Y no importa qué ciñese el cuerpo (si bien imágenes antiguas de nuestros Padres traen otras en la cabeza), pues para ser verdadera corona, cerco de ramos o flores basta, sirva donde quiera.

18.- Orig.: 'buscò'

Agora en el bosque bello
un convite se apresura,
adonde con su blandura
cerquen las rosas mi cuello.

Dijo Propercio; y Horacio:

Lleve del cuello hurtadas las coronas.

Lo que riñe Clemente Alejandrino por locura, y Artemidoro dice que soñarse o ponerse coronas en brazos o piernas es sinistro agüero. Corona fue la primera industria del ingenio humano, si no antepone la corona bellísima que de varias flores y frutos sacó la tierra de mano de su Autor en aquella dichosa primavera, pues en todas decimos que se corona:

Con varias flores el año
las sienes de la alegre tierra ciñe.

Y David pide a Dios que bendiga la corona del año que salga hermoso y florido el abril. Filón usa a cada paso este lenguaje, y Hesíodo llama a la tierra la coronada; y justamente, pues suya es la belleza que nuestra mano le despoja.

Si bajamos de aquí, la razón dicta que, ora para deleitarse en su fragancia, ora para confortarse en sus virtudes, ora para adornar con su hermosura la imagen, una misma mano corta y riega la flor, la teje y cultiva, viniendo siempre en ellas, si alguna, a la ciudad.

De mi heredad y mis ovejas vengo,
donde un tierno cabrito te he escogido.
En esta cesta un blanco queso tengo,
de guirnaldas hermosas escondido.
Toma olorosas flores, de quien he hecho
cercos a su cabeza, cuello y pecho.

Un viejo labrador entra así a regalar su dueño en Eurípides; y Virgilio, a otro que pinta le pone su guirnalda, y a Dafne y Cloes, tiernos amantes, finge otro Poeta que ofrecen y ponen coronas de flores labradores rústicos.

Es su caudal, es su riqueza, y la suprema que ocupa trono y resplandece majestad, pues nuestro dios Jesús (la mayor del mundo) llama la de Salomón en su comparación pequeña. Y dando casi precepto deste ejercicio nos envía al lirio o azucena del campo, y manda que detenga nuestra consideración. ¿Qué mucho, pues, detenga la mía, y en discursos de flores obligue a inquirir algunos de sus secretos? Que señalados de tal dedo no serán cortos, ni, si yo puedo, muy lejos del intento.

Y cuando faltara tal ocasión, porque, si divierten a V. S. tantos ratos los ojos y manos las flores, no a mí el ingenio, con quien parece que juega la naturaleza, y en la variedad de sus colores, tantas y tan estrañas que hace alarde de su industria criándolas, como para sólo deleite, cada hora nuevas y mostrando en ellas cuánto más nos obliga la tierra que los demás elementos. Las aguas se levantan en lluvias, endurecen en granizos, soberbecen en borrascas, despeñan en turbiones; el aire se aprieta en nubes, embravece en huracanes, encruelece en torbellinos; el fuego atemoriza con relámpagos, y con rayos mata. Sola la tierra, benigna, mansa, amorosa y esclava de nuestras necesidades, ¿qué no engendra cultivada? ¿Qué no produce libre? ¿Qué olores, qué sabores, qué jugos, qué licores no nos ofrece? ;Con cuán buena fe nos paga! ;Con cuál cuidado nos alimenta!

Desta tierra, verdadera madre nuestra, ¡cuán gran pedazo nos quitan los mares, cuán grande los ríos, los estanques, las sierras al cielo derechas, los valles al Infierno profundos, las soledades por mil causas desiertas!

De la tierra, pues, que es como un solo punto quitadas tantas partes, en lo menos que queda es la materia de la suma gloria, la silla de sus trofeos, el triunfo de sus honras, la majestad de sus imperios y la riqueza de sus tesoros: tan estrecho es el teatro de la mayor soberbia. Aquí (hablo por boca de Plinio, y me sabe todo de oro), aquí se amontona en escuadrones el linaje humano; aquí se encruelen las guerras, no sólo entre diferentes reinos, sino a veces entre unas mismas ciudades; aquí, en fin, con muertes de unos y otros, de tan angosta, hacemos para los que quedan anchísima la tierra. ¡Buen pedazo para el ambicioso, para el soldado injusto!

Aquí (añado yo) los demás elementos, y lo que más es, las luces celestiales, emplean sus virtudes, derraman sus influencias, para hermosearla y enriquecerla de flores, pues no por otra causa fingieron los antiguos que ellas nacían de las gotas de leche que distila en las yerbas la Vía Láctea del cielo, que el vulgo llama Camino de Santiago. Y Constantino César lo atribuye a la azucena en particular, contando que, naciendo Hércules de Alcmena y Júpiter, deseándole¹⁹ su padre hacer inmortal, le puso a pechos de Juno dormida, donde el niño, harto de leche, vertió alguna, y la que en el cielo le blanqueó y pintó la Vía Láctea y la que en tierra produjo las azucenas: tan hermanas son las flores de las estrellas, y tan hijas aquéllas de leche de valientes. ¿Qué maravilla lo sean los que entre ellas se crían, o procuren, los que lo son, vivir entre ellas? Lisímaco y Artemisia (dice un Médico), más que por la gloria de la guerra, fueron ilustres por aficionados a flores y yerbas, Lucio Cincinato, Marco Valerio Corvino, entre yerbas y flores aguardaron las canas y huyeron el ruido de las cortes. Y si con algún fundamento dice el poeta Prudencio que habían de tener los cetros en el remate flores y azucenas, ¿por cuál mejor que el que hizo glorioso a Mitrídates, rey del Ponto, ocupado en considerar y conocer las plantas de su jardín; el que a Salomón, disputando en medio de su grandeza del alto cedro hasta el hisopo humilde, o al valiente Aquiles, en cuyo escudo, no sin misterio, pintó Homero hoces, arados, legones? Porque ni enflaquece a Marte regalarse un rato entre las flores, ni a Venus, diosa de los huertos, que se recrea entre arrayanes y murtas, falta valor para sufrir el peso de las armas. A quien también²⁰ ajusta el renombre de Murcia como de Marcia; y si nuestra ciudad y patria de mi nacimiento quedó con el primero por el templo que en su vega tuvo antiguo esta diosa, y las muchas murtas que en ella se crían fertilísimas, no le cuadra menos el segundo, por el mucho valor que siembra en los pechos de sus hijos. Ni debe despreciar el que hoy tiene, pues tomar apellido las ciudades de las flores y plantas se tuvo por dichoso agüero. Así cuenta una ciudad de Grecia Píndaro, llamada Locros de unas flores que daba hermosas; y Estrabón a Hiponio por lo mismo. Y no son poco nobles las que me acuerdo agora: Granada en España, y en Italia, Florencia.

Linajes también tuvo Roma gloriosos y felices en armas, tomados sus nombres de plantas y legumbres, o por no olvidar el principio de su grandeza o por esperar buena dicha desta semejanza. Los Pisones, decendencia nobilísima de Rómulo, tomaron nombre, u de moler el trigo, u de la legumbre llamada piso, que pienso es la que hoy llamamos frisoles; los Cicerones, de los garbanzos; los Léntulos, de las lentejas; los Lactucinos, de las lechugas; los Hortensios, de los huertos; los Fabios, con nacer de Hércules, de las habas. Antonios, en fin, Estolones, Pilumnos, Serranos, del campo y su ejercicio tomaron ilustres nombres; y con razón, pues las plantas y flores, como son la riqueza de la tierra y la victoria del año (que triunfa en la primavera del invierno riguroso), parecen bien en la rica frente del labrador y valiente del soldado.

19.- Orig.: 'desseandola'

20.- Tanto.

Son las flores lo mejor deste nuestro mundo, por lo que llamamos flor o florido lo sumo, lo perfecto, en lenguaje de poetas y de oradores. La flor de la hermosura llamó Aquiles Tacio a unos hermosos ojos. Es habla de flores la de un elocuente, y así, Marciano Capela dice de Epicuro que echaba flores por la boca. Las estrellas son flores del cielo; los justos se llaman flores. Cristo es flor, y entre las virtudes se llama flor la virginidad, o porque a pequeña ocasión se sonrosea y pinta el rostro de la doncella de la vergüenza (lo más de la hermosura humana), o porque es felicidad que se goza poco y pierde fácilmente por el descuido del jardinero, por el cuidado del curioso, por el mal aire de una vecina, por el calor de unos vivos ojos, y flor, en fin, porque el cogella es perdella. Son las flores el gozo del mundo, y de los árboles (dice Plinio) el rostro bellísimo del verano. La juventud del año, los cabellos del tiempo y de los árboles, que, al fin, sin ella son calvos. La alegría del rústico sencillo, el triunfo del vencedor contento, el adorno de la imagen sagrada y dechado de nuestro vestido y costumbres.

No nos envía Cristo a tomar traza de vestido (advierte San Crisóstomo) al pavo pintado, al afeitado cisne o al velludo cordero, sino al lirio del campo; porque en las casas de los reyes hallaríanse vestidos muelles (lascivos quiere decir) y lujuriosos; en aquél, honestos y sencillos, blancos como el azucena, si no siempre en el color, en la pureza. O cuando menos (como dice Columela) en no hacerse de otro algún color, y dél todos. Parecido el pardo del labrador al blanco en esto, cuyo ánimo sencillo todo el artificio huye. Las flores goza de mano de la tierra, así las sube a sus sienes. Dichas en latín las coronas sembradas, por ser en su principio adorno y resplandor de frentes sembradoras; que el decir que la embriaguez se apretó con ellas, y con ramos, la cabeza, después de cintas de lana, abuso fue ya del vicio, como labrarlas de oro y perlas la ambición y vanidad: Para gozo y fiesta de las mieses colmadas, o, cuando mucho, victoria del enemigo inquieto, rústica mano tejía las primeras. Labradores eran los que Hegesistrato encontró con guirnaldas, y labradores los que a Tilégono, y ambos le tuvieron por dichoso agüero, de consejo de Febo, para fundación de dos ciudades. Y así, al dios Pan y los demás silvestres siempre encontramos con ellas. Hasta los términos o mojones de las hazas y caminos adornaban con coronas de flores: propia cosecha (al fin suya) los sotos, los bosques, los árboles, por reverencia quizá de sus secretos, por premio de sus frutos.

Pelearon estas manos mismas que cultivaban y tejían flores (que nunca está la inocencia segura), y en ellas hallaron la gloria del vencimiento. En cuyo testimonio no solamente se hermoseó con flores la valentía victoriosa en los juegos de Roma y Grecia: la fortaleza de los capitanes ilustres en las batallas, el emperador más soberbio en el triunfo más bizarro, la corona rica de piedras y oro fiaba a las manos del Criador, y honraba sus sienes con la tejida de murtas o laurel, porque no merece menor estimación tan noble memoria, y porque entre los más ambiciosos gastos resplandecía la sencillez primera, pues ni la gloria de Salomón iguala la hermosura del lirio; que bien se conoce la ventaja de las flores a la mayor gala, pues ésta a tanta costa de tiempo e ingenio las trujo a los vestidos; pero con tal reverencia de su beldad, que las primeras honraron solas estatuas de dioses.

Una de Júpiter cuenta Pausanias vestida con capa de oro, y en ella bordadas hermosísimas flores; y otra de Venus cuenta adornada Ateneo de violetas, jacintos, narcisos²¹ y rosas. Subiolas al trono la real grandeza, y desvaneció a Herodes Agripa la gala de modo que se dejó llamar dios del pueblo. ¿Qué se puede fiar a la humana locura? De allí bajó a las damas, a quien se las concede y disimula Clemente Alejandrino por su natural condición, que se regala en la suavidad de los vestidos. No parecían allí tan mal, si no hubiera mancebos tan ingratos a la honra que les hizo la naturaleza, que la desdican con pensamientos mujeriles, hurtando sus rizos, imitando sus galas, aprendiendo sus melindres. Tales eran los que reía Diógenes en Rodas. Tal por quien dijo Luciano a sus compañeros: Ya está el verano en casa. ¿De dónde nos ha venido el pavo hermoso?

21.- Orig.: 'nar | narcisos'

El desorden, en fin, fue tanto, que obligó su remedio a consentir tropas de flores a las rameras solas. ¡Buena lición para esperar de las premáticas de hoy algún provecho! Pero no por eso lucían poco en los vencedores triunfantes, no contentos con traerlas en la frente si no reconocieran lo que deben al campo en los vestidos. Acordose Plinio deste traje, y llama locura la del hombre que pasa a los vestidos la hermosura de todas las flores; pero mal de llevar, si no tiñera las lanas y sedas (dice) en tan varios jugos de yerbas. Y más si por buscar en el mar conchas sangrientas no se hiciera tantas veces el hombre manjar de sus bestias horribles, alcanzando los cáñamos tejidos donde jamás las áncoras por que mejor agrada la matrona al adúltero y por más caminos le ponga el mancebo traidor asechanzas. Aquí pudiera añadir las aves perseguidas, los animales acosados, los gusanos cocidos, los montes minados, los mares atrancados, para que de sus plumas, de sus lanas, de sus hebras, de sus piedras, de sus conchas, millares de vidas y manos tejan y labren tela con quien se desvanezca la locura del rico y envilece²² la ignorancia del pobre.

Vario es nuestro ingenio, como en todo, en los vestidos. En quien cada un extremo condena al otro, hallándose apenas quien ame la medianía. Alejandro, en cuyo pecho pudieran caber muchos mundos, se vestía como el más humilde de sus soldados De Hierón Siracusano y Gelón su hijo cuenta Livio lo mismo. Vespesiano Emperador parecía en la mayor fiesta con ropa que despreciara un plebeyo. Severo, era vileza cuán corto y pobre vestía, si no resplandeciera con muchas virtudes Y entonces Calígula, cubierto de oro y perlas, sacaba todos los días insignias de los dioses: un rayo y un caduceo, y mayor peso que sustentara un carro triunfante. Nerón jamás se puso dos veces un vestido, y cualquiera dellos precioso; nunca Heliogábalo camisa ni ropa alguna de lienzo lavada, y con nuevas invenciones hizo costosísimas mezclas de seda y oro. Siendo éstos y otros muchos, de los que dice Amiano que hacían carga del vestido, y aunque sudaban debajo, por contentar su imaginación buscaban deleite en la pesadumbre.

En los filósofos y sabios, que profesaban cordura, hallaremos la misma diferencia. Diógenes, con unos rotos y asquerosos andrajos más andaba desnudo que vestido. Crates y Arístipo, con una vil camisilla contentos descubrían las carnes. Sócrates, y Aristodemo hacían honra de ir sucios, descalzos y rotos. Foción andaba del mismo modo: Catón, por las nieves y escarchas llevó los pies desnudos. Licurgo obligaba los mancebos andar, como él, descalzos. Por otra parte, Pitágoras, vestido curiosa y costosamente, llevó siempre corona de oro. Aristóteles, muy compuesto y cuidadoso en ropa y cabello, trajo los dedos llenos de sortijas. Demóstenes, fue demasía su gala y curiosidad. Jenofonte iba ordinariamente armado con coselete y escudo. Empédocles, vestido de púrpura, llevaba zapatos de metal; Demetrio Antígono, de oro. Y no fue la mayor locura, pues Diocleciano y Heliogábalo los cubrían todos de perlas y piedras preciosas, siendo Augusto quien primero usó chinelas, por parecer más alto. Y de nuestro reino y tierra, dice Plinio que usaban calzado de esparto, y los pastores el vestido. Y los franceses usaron los que hoy Castilla: zapatos de lazo, altos buena parte de pierna, para defensa del polvo y lodo de la arada.

Tal es la variedad de nuestra inclinación. La sencillez del labrador, que sin admitir usos y novedades se viste cual su agüelo, es la mejor sin duda; que contento sale al campo el poderoso libre de telas y oros, ceñido el capote y apretada la montera. Lo que se conoce en el vestido de pieles, primero y antiguo traje de labradores.

En las cuevas y bosques se escondían,
de las selvas y monte en la aspereza.

De cortezas y hojas se cubrían;
pero después, de brutos la fiereza
pieles les dio, y despojos, por vestido.

22.- Orig.: 'embilese'

Dice de los primeros hombres Lucrecio. Lo que pasó a la letra en Adán labrador: no acertó, turbado, con mejor tela o ropa que las ásperas hojas de una higuera, y su Dueño se la cortó al justo de pieles de animales muertos. Y Roma

Padres tuvo de rústico principio,
vestidos de pellejos.

Siendo de aquellos grandes senadores, que venían del campo, tal el traje, tal la púrpura. Lo que pasó en Grecia, pues Licurgo honró tal librea, y al empezar las lanas las vedó a los mancebos, procurando conservar el uso de las pieles, porque en ellas imaginaba envuelta la fortaleza y valentía, habiendo muchas naciones que, por esta razón quizá, guardaron semejante costumbre: los sardos y getulos, dice Varrón que vestían pieles de cabras; los scitas, de animales fieros, dice Arriano. Los montanos, de ciervos, dice Strabón; los africanos, de leones, pardos y osos, dice el mismo. Hasta de pieles de aves hay nación que se ha vestido. Otros, de escamas de peces; otros, de culebras, otros de ratones; y lo que más es, gentes ha habido que se vistieron de pieles de los enemigos que mataban. Y dando toda esta gala a los labradores, muchos la dieron a los capitanes y vencedores y valientes. A Argos vemos (en Apolonio) triunfar con piel de toro: propia gallardía (dice su comentador) de los invencibles. Polinices y Atalanta la llevan de jabalí; Menalia, de osa; Camilia, de tigre, y a Eneas, Niso y Salio se las pone Virgilio de león, a imitación quizá de Hércules, de quien todos sabemos que una piel de león fue su bizarría. Cuyas pisadas seguía Alejandro, pareciendo con clava en la mano y piel de león en los hombros: disculpada arrogancia en tan gallardo aliento. Digna de risa en Calígula y Cómodo, que, conocidos del más vil animo, procuraron mentir tan noble apariencia. Los reyes (añade Plutarco) se hacían conocidos en la confusión de las batallas con vestidura de pieles. Al trono, que es ya más, dice Sidonio que subía el príncipe con semejante librea. Y sobre todo entre los persas, hay quien diga que era una piel puesta en la cabeza su corona. ¿Qué mucho lo sea en todas las naciones la guirnalda, pues aunque más la quiera diferenciar la majestad en oro y perlas, flores son sus puntas, hojas son su cerco.

No almenas de murallas, como se pudiera imaginar oyendo a Anacreón, en dos partes.

Deshechas ya del pueblo las coronas.

...

Ya pereció del pueblo la corona.

Entiende: ya cayeron los muros por tierra. Y Píndaro al contrario.

Ya la ciudad coronan de murallas.

Ya la fundan y cercan (como Aristóteles dijo en la destrucción de Rodas que ya había caído la hermosísima de las coronas). Pues creo que como los muros nacieron del arado y surco, se perfeccionaron en guirnaldas, labradas sus flores y hojas en sus almenas; y no plumas de avestruz (como quiere Pierio, por traerlas en los yelmos los soldados). Antes bien, los hombres recogidos del campo a la ciudad y encerrados entre piedras, dibujaron en ellas la fortaleza y felicidad de sus primeras guirnaldas; y a la gran diosa la Tierra, por que no se diese quizá por ofendida y desamparada, sin quitar la de flores, pusieron por corona una muralla.

Cibeles, que va ceñida
de una torre por corona,
divina fiesta pregona
y eternos dioses convida.

Dijo Ovidio. Y aunque imagina que porque dio a las ciudades nombre, a la primera Lucrecio halló el secreto:

De un muro le ciñeron la corona,
porque fuerte sustenta las ciudades.

Lisonja fue del hombre vuelto de labrador ciudadano, que a la tierra su madre quiso reconocer y agradecer el beneficio de los frutos y el apoyo de las casas.

A quien no sin misterio pintaban en una carroza tirada de dos leones. Diodoro dice que porque a Cibeles, nombre suyo, dieron leche estas fieras; Lucrecio, que por significar la obediencia debida del hijo al padre.

Fieras juntó, porque, aunque fieros hijos,
blandos los tiene obligación de padre.

Varrón, referido por San Agustín, entiende la fuerza y poder de la industria, que la tierra más cruel y dura amansa y fertiliza. San Epifanio, como el león (dice) para sacar y defender su cría cubre con tierra las pisadas, el labrador las semillas, para verlas nacidas y logradas.

De cualquiera modo, leones llevan la tierra: los fuertes, los valerosos, los príncipes, los reyes, no dando privilegios solamente a los labradores (aunque esto es muy justo): cultivándola a veces y honrándola con sus propias manos. León era el animoso Ciro, y cuenta Jenofonte que se gloria mucho de tener un jardín plantado de su mano y puestos los árboles en orden. Atalo, rey de Asia, en su jardinillo pasaba el rato que le daba la guerra. ¿Qué nos cuenta Plutarco de Pompilio? ¿Qué, Tranquilo de Vespasiano? ¿Qué, Pacato de Teodosio?²³ Tenían por dichoso, día en quien ya la toga, ya las armas, les permitían cultivar el campo. Leones fueron Licenio y Hostilio en Roma; león, Primislao en Bohemia; león, Otomano en Grecia, y (si merece crédito un extranjero) león fue Wamba en España; pero leones uncidos al carro de la tierra, pues, criados humildes a sus pechos y labranza, no la pudieron olvidar poderosos príncipes en palacios de oro.

DISCURSO II

PUES hablo de príncipes soldados que juntaron la labranza a la guerra, para conocer la hermandad de ambos ejercicios, aunque ajenos de la quietud que profeso, he de ir esta vez tras el ruido de las cajas. ¿Qué (pregunto yo), Señor, es el soldado? ¿Qué, la guerra? Nadie respondiera mejor. Con todo, he de buscar en otros la respuesta. Si pregunto antes a España y agora a Grecia, miserablemente rendidas al impío Mahometo, dirán:

Lo que rompió la pica el fuego hambriento
sepulta, y al hijuelo, de amorosas
quejas acompañado, entriega al viento
el ímpetu de llamas rigurosas.

La tierna vida que cortó sangriento
filo cruel en manos piadosas,
la leche paga en sangre, y con la muerte
mezcla a la blanca la que roja vierte.

23.- En el orig. parece leerse 'Teodosia'

Dirá que son las guerras destrucción de muros y templos, muerte de ciudadanos y sacerdotes, robo de riquezas sagradas y profanas, una queja y una voz confusa de muchas quejas y muchas voces: éste que quiere huir y puede, aquél que huye y no sabe dónde; últimos y tristes abrazos, últimas y tristes despedidas, del hermano al hermano, del esposo a la esposa, del hijo al padre, de la madre al hijo. Doncellas forzadas, mancebos muertos, y viejos guardados para tan mal día. Dirá, en fin, que son robos, crueldades, injusticias, desafueros: el sumo de los males, la mayor de las desdichas.

Si pregunto al español celoso, que en tan ajeno clima enfrena al flamenco rebelde; o al devoto francés, que, pasados tantos mares, rescata las reliquias de su Redemptor, dirá:

El fin último es de nuestro intento
conquistar de Sion el noble muro,
y quitar al cristiano el violento
yugo en que le detiene el cordel duro.
Fundar en Palestina un reino intento,
asiento a la piedad desde hoy seguro,
en quien, gozoso el corazón devoto,
adore el gran Sepulcro y cumpla el voto.

Dirá que por su mucha impiedad deshonró Dios la junta de los malos y destruyó hasta el fin. Derribó de las sillas capitanes soberbios y puso en su lugar humildes. Secó hasta la raíz los herejes y puso católicos dellos mismos. Asoló sus tierras el Señor, y, consumidos hasta el fin, hizo cesar su memoria. Que es santa la guerra, pues se crio en el Cielo, y así, la han ejercitado varones santísimos, porque es ser ministros de Dios pelear contra los malos. Y aun el mismo Cielo sabe hacer guerra, pues las estrellas hermosas guardando su concierto, pelearon contra Sisara, Dirá, en fin, que es la guerra freno del soberbio, reposo del humilde, amparo de la piedad, muerte de la injusticia y madre de la segura paz.

Si pregunto al soldado cuando brioso sale de casa de su padre a dar el nombre a la bandera, dirá:

Robusto mozo de la guerra aprenda
dura pobreza. Sienta temeroso
la lanza el enemigo, y el brioso
caballo imperio de la fácil rienda.
Del descubierta cielo no le ofenda
la mudanza mayor. Vuelva quejoso
a la muralla el eco piadoso
que en vano envía su querida prenda.
Mata el león quien le sigue, y encerrada
sabe la muerte hallar la cobardía.
Por la patria morir es dulce suerte.
Virtud de inmortal gloria coronada
que al cielo sube es la esperanza mía;
que, al fin, es vida larga honrada muerte.

Dirá que es la guerra el camino más seguro de la honra, a cuyo resplandor se llega por aquellos peligros. Por lo que todas las naciones bien gobernadas, en la virtud pusieron la gloria, y en las armas la nobleza. Afrenta era en Macedonia no haber muerto en batalla algún enemigo; no bebía en convites sagrados entre los scitas quien no hubiese dado muestras de valiente soldado; no se casaba entre las amazonas la que no hubiese muerto a alguno de sus contrarios: En los romanos cada haza-

ña tenía corona diferente, y por algunas muchos de humilde principio vinieron a gloriosos estados. Ejemplo Mario Catón, Marcelo, Marcio. En España, los blasones de sus escudos, la grandeza de tus títulos, nacida es de las armas. Dirá, en fin, que es la guerra madre de la honra, amparo de buenos, ocupación de honrados, manos de la Fortuna y escalón para todo buen acrecentamiento.

Si pregunto a este mismo soldado cuando vuelve marchito, y quizá mal pagado y el brazo menos, dirá:

En mar furioso, el resplandor impide
de la Luna y estrellas turbio velo.
Rota aguarda la nave el fin, y al Cielo
descanso la ambición medrosa pide.
En techos de oro la inquietud despide
suspiros, y entre holandas el recelo,
cuando la mesa humilde en patrio suelo
harta, y el sueño con la noche mide.
Temprano murió Aquiles, y el más viejo
halla la última hora. ¿Qué procura
el desterrado que la mar allana?
El duro peso de las armas deajo,
y, vuelto a mi pobreza, más segura,
piso del vulgo loco la honra vana.

Dirá que es la guerra un perpetuo trabajo y un enemigo cruel de la humana naturaleza, pues, dejado lo menos (que en cualquiera otro estado fuera lo más el peso continuo de las armas, el caminar con ellas, y a arenales de África en verano y a pantanos de Flandes en invierno), la desnudez ordinaria, la hambre nunca satisfecha, el suelo las más veces cama; sin patria cierta, sin cielo conocido y dura sujeción a tantos oficiales, la bastan hacer insufrible; cuanto más esperar la hora del combate, en quien se representa la muerte mucho más que es en sí terrible. Dispara la pieza, y, del modo que en el rayo, más atormenta el relámpago que el plomo. Desnúdase la espada: aquel lucir el acero, aquel rechinar los filos, más amartiriza el alma que cuando corta. ¿Qué corazón valdrá a ver aquel que barrenó la lanza, aquel que trilló el caballo, aquel que quebrantó la piedra, aquel que desmenuzó la bala, salpicado con su sangre y azotado con su brazo el vecino? Y con todo lo que en la enfermedad consuela el morir, que es la necesidad y la fuerza, aquí (¡sumo rigor!), pudiendo escusar el peligro se ha de caminar gallardamente contra la muerte. Y después que hasta otra ocasión dio treguas cortas la Fortuna, con el polvo y el humo muere el valor. El rico goza el reposo;²⁴ el favorecido, la ventaja, y el capitán quizá las pagas de todos. Dirá, al fin, que pues es la guerra tan trabajosa como el premio incierto, que más quiere sepultura honrada con muerte quieta, que no vanas honras con tanto peligro.

Tantas caras tiene este monstruo. Y de todas colijo lo que afirman todos; que es lo mismo soldado que trabajador, y lo mismo guerra que trabajo. Nuevo capitán Epaminondas, luego que se vio cercado de su gente les dijo: Advertid que, pues yo soy capitán, vosotros habéis de ser soldados. Harto dijo.²⁵

Gloriosa llamó Severo a la victoria, pero que se alcanza con la pelea trabajosa y dura, pues es de reír el soldado que no se desengaña que es su oficio sudar y padecer; y así, dice Pierio que todas las naciones dan al soldado más corto que a la demás república el vestido, como quien debe andar

24.- Orig.: 'reposito'.

25.- Orig.: 'dixit'.

desembarazado y suelto a mayores ocasiones y peligros, siendo tal su fatiga, que ordinariamente se compara la guerra al mar. A no habernos ayudado, Señor, tu bondad, ya embravecidos nuestros enemigos, como el mar enojado nos hubieran anegado y consumido, dijo el piadoso Rey. Y es muy ordinaria comparación significar los trabajos de la guerra, u los de la vida humana, con²⁶ la nave en la tempestad. Todos corremos una borrasca peligrosísima (dice el Doctor Santo): las más veces se levantan vientos de sediciones que perturban el navío; a cualquiera parte que se vuelva braman olas, embravécese el mar, faltan las fuerzas, todo es incierto, todo dudoso. Aquí toca la proa, allí se abre el huracán, allí se disimula el escollo, y todo es peligro hasta tomar puerto.

Trabajosísima es la guerra, pues se compara al mar. Pero hago yo una consideración: si tal es la guerra en tierra, que merece compararse al mar, ¿qué será en el mar la guerra? Luego discurso se ofrecía, y no de poco gusto, pues es de guerras de mar en presencia de V. S. ¡Donoso atrevimiento para un clérigo! Con todo eso, diré algo de los trabajos del mar, de quien ha pasado V. S. tantos. Siquiera por lo que dijo Séneca: que lo que fue duro al padecer es dulce al acordarse. Y Eurípides:

Gustosa es la memoria del trabajo.

Creo, pues, que lo es mucho mayor caminar ordinariamente por el mar que pelear en tierra. Dejo el odio que muchos antiguos tuvieron al mar, pues, fuera de afirmar Pitágoras que eran sus aguas lágrimas de Saturno, abominaban sus peces, haciendo ley la sentencia de Platón: que nada bueno nacía en el mar. Y no sólo los peces; de los hebreos que le navegaban huían toda comunicación, y con ser la sal tan necesaria a la vida, faltando la de fuentes, la artificial de palmas, se pasaban (aunque duramente) sin ella. Y de tal enemistad, si miramos la causa, no era pensar que el mar fuese contrario a la salud o vida del hombre, pues cuando ignoran que la navegación cura muchos achaques del enfermo, y con los vapores secos del mar y suavidad de sus aires conserva la templanza del sano, bastaba la experiencia de ver los navegantes robustos, hermosos y fuertes llegar a muy viejos para conocer sus comodidades. Causa fue de su enemistad la que enojó al romano Poeta:

De piedra el corazón, de acero fuerte
sin duda el pecho tuvo
quien dio al inquieto mar frágil navío.

Y el viento porfiado,
que la abrasada arena
contra el cierzo cruel fogoso envía,
no le volvió la fiera sangre fría.

De tigre fue engendrado
quien de enemiga estrella
quiso experimentar cruel centella
sujeto al huracán fiero y terrible
que las aguas humildes obedecen.

¿Qué muerte espanto diera
al que mirar nadando el monstruo horrible
sin desmayarse espera;
el que vio el mar turbado,
y el duro escollo a quien mortal olvido
tiene de tantos leños infamado?

En vano Dios la tierra ha dividido
con los mares, pues nada el impío barco
no conocido polo, acostumbrado
el hombre a buscar lo más vedado.

El oso, el león, el tigre, fieros en la montaña, en entrando al mar (dice San Ambrosio) amansan su naturaleza. Tal es su rigor, tal su inconstancia y peligro, que, preguntando Anacarsis cuál número era mayor, de vivos o muertos, no se determinó a cuál lado poner los navegantes. Y así, hallo que cuando los más alegres y vencedores llegaban al muelle para saltar en la barca, si los traían cercados de flores y guirnaldas las pasadas victorias, allí las dejaban. Como pudiera el condenado al cuchillo, no estimando menos incierta la vida entre las aguas. Obligado hoy el fiel a la confesión y dolor de atrasadas culpas. Como en el tabardillo y esquinancia.²⁷ Y aun entonces, juntos los pasajeros, se humillaban al Cielo en pública plegaria, y despedían de sus amigos como aquellos que partían al reino de los muertos. Soltando en el viaje, como en sacrificio, una paloma, en memoria quizá que en aquella general borrasca aseguró esta²⁸ ave la salud de la mayor nave del mundo. ¿Qué mucho, pues, aborrezca el hombre tan mal contrario?

Y ¿qué mucho que el animoso mancebo despreciador de la muerte entre el humo y plomo de Flandes, sienta novedad en la inquietud de la tabla y mudanza de color entre las olas soberbias, si al Príncipe troyano, usado a tantas muertes, y tan espacioso en los peligros que por muros de fuego y montes de ascuas se cargó al hombro el peso dulce de su viejo padre, al embravecerse el mar (según lo pintó Virgilio):

Revuelto el gran peñasco, por la puerta
que abierta ven, en escuadrón furioso
parten los vientos, y la tierra turban.

Llegan al mar, y cada cual su fuerza
prueba con el contrario en el abismo.

La arena inquietan, revolviendo de olas
sobre unos, otros montes a la orilla.

Confuso suena el rechinar de cuerdas,
de la gente las voces, y, turbados,
de sus ojos esconden negras nubes
el Sol y el cielo, y sobre el mar se estiende
temprana y triste noche. Las tinieblas
acrecienta ligera luz medrosa,
y todo ofrece cerca horrible muerte.

Sucedió lo siguiente:

Al punto, al fuerte capitán los miembros
desmaya frío helado, y con gemidos
del muerto corazón, las manos altas,
dice al cielo: ¡Oh mil veces venturosos
los que bajo los muros de mi patria
hallaron muerte!

27.- Tifus y angina.

28.- Orig.: 'està'

¡Gran maravilla! ¡Es flaqueza de Eneas? ¡Es falta de virtud acaso? ¡Quién intentara decir tal, pintándole tal Poeta el valor del mundo y padre del romano? Propiedad sin duda es milagrosa: el hombre más invencible entrarase a las picas, arrojarase a la sima, abalanzarase al fuego, gallardo, brioso, entero; pero en mar enojado, el cielo oscuro, el viento furioso, rotas las velas, quebrado el árbol, cascado el navío, desmayado el piloto, cercado de lluvias, truenos, relámpagos, rayos, olas, quejas, confusión, ruido (aunque todo es morir), no sé qué tiene aquella muerte de espantosa, que perderá sin duda la fuerza, el brío, el color.

De aquí tomó ocasión Plinio para decir que ni la crueldad de las tempestades dejó sin puertas el mar. Los cosarios y ladrones escogieron los primeros caminar a la muerte con peligro de morir. A lo que obliga agora la avaricia, según el Poeta:

Mercader que sin pereza
al indio remoto pasas,
por mar, por montes y brasas
huyendo de la pobreza.

Atreviéndose a decir un cuerdo que quien navegaba, o estaba loco, o deseoso de morir o demasiado miserable. Lo que no basta para que condenemos el acto más valiente que ejercitó la humana osadía: cárcel fuera, y no libre posesión la tierra, si se reservara de nuestro imperio el mar. No uno, sino diferente se llamara²⁹ el mundo que le dividían imposibles aguas. ¿Qué regalos, qué riquezas merecieran estima, si no se la dieran el camino y el trabajo? Bien fue que alcanzasen nuestros pies donde el deseo, y que ninguna distancia imposibilitase al hombre de poder comunicarse, pues por este medio vemos plantada la cruz de Cristo donde, si todos fuéramos cobardes, no llegara su nombre. Alábase la navegación, y cómprese la gloria y felicidad de tantos con riesgo de algunos. El resplandor de la gran fábrica de Salomón, y la grandeza de sus tesoros, a soplos del viento acarrearón olas. Los atenienses, los tirios y fenices, ajenas tierras sujetaron y enriquecieron las propias atravesando mares. No colmara su felicidad Roma, antes bien diera el cuello al África que puso bajo sus plantas, si no remara³⁰ primero las arenas por ensayo, y después en las veras las aguas. Y España, ¿cómo experimentara los pechos de sus hijos? ¿Cómo estendiera el imperio de su monarquía y la fe del Crucificado a tan remotos mundos asombrada en las arenas de Cádiz de la soberbia de las olas y temerosa de la luz de nunca vistas estrellas?

Dichosa ocupación halló en la navegación el hombre. Pronóstico y portento de toda felicidad (dice Artemidoro) la nave soñada. Pues no por otra causa dijeron algunos que el Sol hacía en un navío su viaje, pintaron a Hércules con un navío en vez de taza, siendo en forma suya las con que creían beber los dioses, y haciendo navegación la de las almas. De que tomó ocasión un mal hereje, autor de los Maniqueos,³¹ para decir que las almas de los buenos iban al cielo en dos navíos, que eran el Sol y la Luna. Locos en esto como en reverenciar por dioses los que dieron a la navegación principio. A Jano creyeron inventor de la nave. Y si fue Noé, no es mucho, pues nave fue la suya, pero trazada de Dios; que a tan noble atrevimiento no se debe menor artífice. Neptuno también se alza con esta gloria, hijo de Saturno, el primero que armó muchas naves, y creído por ello después dios de los mares. Dédalo empinó el árbol, travesó la entena, desdobló el lienzo, voló al paso del aire, y fíngele luego la admiración con alas. A Proteo, por gran navegante le publicaron hijo del Océano, y por la ligereza de su curso, que mudaba figuras, que se escondía en las olas. A Rifis, a Danaco, a Jasón, a los Argonautas celebra la memoria por inventores, creyendo yo que mucho

29.- Orig.: 'llamará'

30.- Orig.: 'tomara' La fe de erratas dice 'tomaran' y pide leer 'remaran'

31.- Deberé referirse al propio Manes y a su *Epistula fundamenti*, aludida muchas veces por San Agustín.

antes se alejaron unos de otros los hombres, pues si el Diluvio halló toda la tierra ocupada, a fuerza de remos hicieron el viaje, hallando navíos cuán fáciles en pieles cosidas, en troncos cavados, en cortezas corvas, en cañas güecas, en juncos tejidos (navegación hoy de algunas naciones); y lición quizá no sólo en las aves generalmente, que vuelan haciendo de las alas remos, y la cola timón en los peces, pues cuya es naturaleza³² este ejercicio en algunas aves que mudan cada año clima, estribando en la una ala³³ cuando cansadas, y levantando la otra por vela para alentar el viaje. En la arda³⁴ por ventura, que navega el río puesta sobre una tablilla y alta la cola, en que forcejese el aire.

No desdice la nobleza de nuestro pensamiento, si bien descubre el aliento del corazón, caminar las aguas. En quien encuentra el soldado más ciertos que en tierra el mal sustento, la mala cama, los malos días y noches; roto el sayo de la tabla, sucio de la brea, gastado de la humedad y con el remedio más dificultoso; el sustento, cada día peor, acedo el vino, corrompida el agua, y, en su falta, cuán lejos el lugar a quien pedirlo cuanto la casería a quien quitarlo. Cualquiera trabajo de la tierra le tiene el mar doblado. Peleando a todas horas con el más cruel enemigo, ¿quién escucha lágrimas ni teme recompensa? El General; si bien en tierra y mar debe igualmente respetar la sentencia tan repetida de Amiano Marcelino: que el soldado, con guardarse cumple, y el emperador, sin guardarse a sí³⁵ ha de guardar los demás. Por lo que Pelópidas, encargándole su mujer al partir a la guerra que se guardara, respondió: A las mujeres muchas veces importa aconsejar que se guarden a sí; a los emperadores, que guarden a los otros. ¿Dónde más propiamente se practica esta verdad que sobre las aguas? Dígalo Dion, que debió hallarse presente: En la nave tienen licencia los pasajeros de andar descuidados, sin acordarse del mar ni disputar el paraje donde llegan. En cielo sereno, unos juegan, otros cantan, otros todo el día se dicen donaires y pullas; y si acaso el mar se enoja, hechos montón aguardan el fin, y algunos, enterrados en sueño, no rebullen antes que toquen las áncoras el puerto. El capitán ha de considerar el mar, ha de mirar el cielo, ha de atalayar la tierra, y hasta la peña que duerme en las aguas ha de medir la sonda, para no descalabrarse en ella o encadenarse en la arena pesada. Desvelado toda la noche y hurtando cortos pedazos de sueño al día, tan semejantes al velar, que, en lo mejor puesto en pie, grita: ¡Amaina la vela! ¡Tuerce el timón! Más cuidadoso, al fin, de la salud de la nave cuando dormido, que los demás despiertos.

De lo que es fiel testigo la dichosa jornada de Araya,³⁶ pues en catorce meses se desnudó V. S. solas catorce noches que durmió en tierra, advertido que allí no se cumple con la quietud de los soldados, sino con la seguridad de los navíos. Y ésta, por más que amigo se muestre, ¿quién la tendrá de elemento tan mudable?

En la guerra, común es en tierra y mar la sentencia de Séneca:

Aunque traigas contigo de la Grecia
la fortaleza toda, y con las armas;
del soldado valiente, la experiencia,
la fortuna en la guerra es muy mudable.

Pero nadie negará que en la primera tiene el capitán licencia y lugar de guardar el consejo de Tucídides y de Livio: considerar a tiempo qué sean sus fuerzas, qué las del contrario y qué cosas se podrían ofrecer en la batalla, fuera de la ordinaria prevención. Dígolo yo así: Puede el general con sazón conocer, de su ejército y el enemigo, cuántos son los soldados, cuán fuertes por la nación,

32.- Pues es propio atributo.

33.- Orig.: 'vna, a la'

34.- Ardilla.

35.- Orig.: 'assi'

36.- Las Salinas de Araya (Venezuela) fueron frecuentemente atacadas por los holandeses.

por la patria, por el uso. Cuántas son sus fuerzas de capitanes, de armas, de munición, de bastimentos. Cuántos pueden ser los peligros del amigo, del vecino, del socorro; cuántas las ventajas del puesto, del tiempo, de la ocasión, de la causa Y por decirlo todo, sabe y conoce un soldado con quién pelea y de quién se defiende. Por lo que no siempre se escusa en guerras de campaña el vencido con la Fortuna, siendo hartas veces cada uno artífice de la suya, y (como dice Livio) no es ésta la que tanto importa al buen general como el buen consejo.

¡Cuán diferente es la guerra en el mar! Ríe el alba y al nuevo sol sube el grumetillo a la gavia. Da voces: ¡Navíos, navíos! El mercader torciera viaje; el soldado ha de reconocerlos: vuelven allá las proas y con cualquiera viento allá se toma el rumbo. Aquí no cabe más prevención que disponerse todos para pelear. Vese mal desde lejos cuántos son los vasos; peor, cuán grandes, mucho peor cuán fuertes y cómo armados. Con todo, allá se camina, sin saber qué enemigo se busca, qué tiempo dará el cielo, qué ocasión la Fortuna. Llega la hora de acometer o ser acometido. ¡Oh cuánto tiene más de espantosa esta guerra! No hay aquí escoger puesto ni disponer el escuadrón: póngase aquí la vanguardia, allí la retaguardia, plántese aquí la artillería, hágase allí la trinchea, escaramucen por aquí los caballos, por allí los arcabuceros. Todos a porfía salen al bordo, todos por ver son vistos, todos por matar se acercan al morir. Dejo la confusión de tantas obligaciones juntas, que parece imposible bastar ingenio humano: que se carguen las piezas, que se vuelva a este o al otro costado para dispararlas, que icen o amainen las velas, que entre o salga el navío. Y todos han de pelear necesariamente; y cuando todos pelean y todos o mueren o matan, el general, que cuida de todos, es fuerza parecer para que los demás no perezcan: hale de ver el enemigo, para le tema; el amigo, para que se anime. No hay ponerse en medio del escuadrón: en público ha de estar siempre, porque en faltar un punto han de imaginarle muerto, lo que basta para llorarse unos vencidos y vocearse otros vencedores.

Peléase deste modo: va y viene el plomo, va y viene en él la muerte. Y lo que hace por extremo terrible esta guerra no es lo que más se teme, el plomo o hierro (que ése, si mata al primero, pocas veces al segundo, y ninguna al tercero): el mayor peligro suele estar en venir menos derecho, pues muchas veces, cuando más yerra más acierta. Dio en el árbol y quebrólo, harto daño; mataron las astillas siete u ocho. Esa es la lástima, que mata más errando que acertando; y así, no hay que buscar en el navío lugar seguro: en el más hondo escotillo suele hallar la muerte al cobarde. Todos están en manifiesto peligro; y el General en mayor, aguardando siempre en el mismo lugar la muerte que la victoria.

Por estas causas imagino yo que fueron estimadas con ventajas las del mar. Dejo la antigua de Jasón, que armó (cuentan) la primera nave para robar el Vello de Oro. Y aunque no son tanto, dejo las de los griegos Lisandro, Temístocles y otros, tan celebrados, tan reverenciados por ellas. En Roma dice Plinio que triunfó el primero victoria naval Cayo Menio, y Valerio, que Cayo Duelio, a quien siempre que después salió de casa tocaban delante trompetas y llevaban hachas encendidas: grandeza que no sé yo cuál otra iguala. A Pompeyo dio renombre de Magno el valor que mostró en los mares, y loca ambición de hacerse llamar hijo de Neptuno la grandeza de sus victorias. Y no la de generales y príncipes fue solamente rara en Roma: la corona particular del soldado animoso que entró primero en el navío enemigo, dice Patérculo que hasta Agripa no la mereció alguno de los romanos, aunque en parecer de Plinio y Festo gozó Varrón esta gloria. Sea cualquiera, entre las demás coronas la llama Virgilio la resplandeciente. Poniéndolas antes (dice Plinio), para grandeza de la ciudad, en la plaza pública, como hizo Claudio (según Suetonio) en lo más alto de la casa Palatina, hasta que la ambición las bajo a las frentes de los vencedores. Y lo que más es, la Paz estaba coronada en su templo con proas de navíos, para que no se asegure república que en fuerzas del mar reconoce ventaja.

Y por que no se enojen las flores de nuestro jardín, y manos de General del mar no parezcan entre ellas estrañas, como las naves con sus puntas coronaban a los valientes, ellas se coronaban

de flores cuando victoriosas. Así volvieron los griegos las suyas; que, al fin, el fuego de Troya les dejó flores con que coronarlas. Y Teseo coronó su nave por dichosa, dejando con voto obligada su patria de enviar cada año a Apolo una nave coronada, por Dios de su defensa. Hermoseándolas a veces con guirnaldas desde luego que partían del puerto.

Llama al viento la vela, y en las popas
coronas pone alegre el navegante.

Dice Virgilio. Y de los atenienses cuenta Diodoro que, junta armada contra los sicilianos, tanto fue su gozo y alegría en ver el aparato y grandeza, que en el mismo puerto las coronaron de flores, prometiéndose con tan bello adorno la victoria: quizá que se acordaban que Venus nació del mar para ser en la tierra diosa de las flores, juzgadas comúnmente por la cosa más grata a los dioses que el suelo produce, y así, en las mayores borrascas flores arrojaban al mar para aplacarle, o creyéndolas enojo soberano o en reconocimiento que vive la tierra a cortesía de las aguas. Y ¿por qué no? como en testimonio de su inocencia, diciendo con las flores que eran de los que las cultivaban. A quien decía el mar mostrarse amigo, pues no la avaricia que al mercader, o rabia que al ladrón, sino la defensa de la justicia atrevía a despreciar su grandeza y profanar sus iras sagradas.

Confesaban, en fin, necesidad de divino favor en tan fiero peligro, pintando el impío soberbio la popa del navío de la tigre fiera, del dragón horrible, del león furioso y del toro, como Júpiter cuando robó a Europa: ocasión a tan noble fábula. Arrogancia usada de muchos en los yelmos, en los escudos, en los caballos, para que del horror de la pintura (dice una historia) se presumiese la ferocidad del guerreador. Poniendo la confianza (como dice David) en su fortaleza y en la fuerza de sus brazos, el piadoso y reconocido pintaba a su dios devoto: cuál a Neptuno, cuál a Apolo. Como hoy, a diferencia del holandés hereje que, al uso gentil, adorna su nave del Centauro o la Quimera, el católico fiel de la imagen de San Pedro o San Pablo, en cuyo nombre la bendice y da a las aguas, acordado cuánto importa en ellas el soberano favor. Bravas y furiosas contra un Profeta que sin orden del Cielo se atrevió a pisarlas, por ser Dios el poderoso a quien obedecen los mares y los vientos, el que amansa las tempestades. Para prueba (dice David) de sus maravillas, siendo el océano mayor un niño recién nacido en sus manos, que le empañan en nubes y fajan los pies para que respete la más menuda arena.

De modo que el que, olvidado desta verdad, estribando en solas fuerzas e industria,

a un madero se entriega de la muerte
distante cuatro dedos de una tabla,

loco es, y digno de la pena que le reza Propercio:

Sustente un hierro al que su casa arroja.
¿Qué no merece el que su tierra deja?

Que no halle en las áncoras firmeza ni en el mar amistad, pues, desfavorecido de Dios, atreve su mala cudicia a tanto riesgo Pero aquel que la defensa de la justicia, la gloria de la religión, el bien de la Iglesia, le fuerza y obliga (como a los Apóstoles Cristo) a navegar los mares, bien es que en toda necesidad le halle a su lado y en su compañía. Gran gloria, pues no sólo antes que Dios honrase con su presencia la tierra recién criada nos dice la Escritura que el Espíritu Santo navegaba sobre las aguas (y después nos dice el Profeta que por el mar es su camino y por las mayores olas

son sus sendas), sino que, avvicindado³⁷ en nuestra bajeza, los primeros discípulos sacó de una nave. Y por que no imaginasen que desdecía de su dignidad tan noble ejercicio, Apóstoles ya y Maestros los forzó a continuarle, mostrándoles en la prueba de una gran tempestad la necesidad en todas de su ayuda, pues no es posible que baste contra tan horrible monstruo virtud humana.

DISCURSO III

NECESIDAD tengo de recoger las velas, si no quiero perderme en mi navegación. Y acordándome del intento (que no es poco), colijo de mi discurso que es la guerra, y particularmente la del mar; un perpetuo trabajo, un perpetuo matar y morir, un perpetuo sufrir y ofender. De manera que ha menester el que pelea, y más el que pelea gobernando, ser de bronce para sufrir, ser de acero para ofender; para saber acometer la muerte, desprecio; para saberla evitar, conocimiento. Duro ha de ser el que no sienta la cama dura; duro, el que no duela el golpe fiero; fuerte ha de ser el que sujeta la espada del contrario, le busca por sus filos con la suya el pecho; despreciar tiene la muerte quien cada día la trata, y con prudencia ha de gobernarse quien cada día pelagra muerte. Estas virtudes la agricultura las da y conserva. ¿Cuál ejercicio, pues, convendrá al soldado?

El mayor oráculo que sonó en las orejas del valor de Roma fue, a mi parecer, el que de los libros de las Sibilas refiere Pierio, soldado romano: ¡Guárdate de Egipto! Cuya advertencia, aunque pareció a muchos hablar con sólo Pompeyo, y por su causa temían restituir en su reino a Tolomeo, el suceso declaró su significación, y la caída de la república su verdad.

Era Egipto, por beneficio de Nilo, que la riega, la más fértil provincia que en su viaje mira el Sol; tanto que, sin conocerla el invierno, la hermosean de nuevas flores y enriquecen de nuevos frutos en cada un año dos veranos. Por cuya causa la mayor hambre que en tiempo de los santos patriarcas Jacob y Josef afligió la tierra, en ésta no sólo no halló entrada, pero halló³⁸ hartura. De donde, como tan poco corregida de trabajos, fue siempre madre del vicio y del deleite. A cuyo propósito me acuerdo haber leído en el Doctor San Ambrosio, tratando en la fiesta de la Pascua, la huida de los hijos de Israel de Egipto al desierto por el mar Bermejo, que pone el misterio en la abundancia del uno y esterilidad del otro. Aconsejando que huyamos de los halagos del deleite a la penitencia por el mar de la sangre; del vicio, al dolor; de la gula, a la abstinencia, de Egipto al desierto, y así prosigue, con que se prueba cuán viciosa provincia era y cuáles forzosamente sus moradores: viciosísimos, varios, inconstantes, supersticiosos, lascivos, afeminados, rendidos a todo deleite y por extremo delicados. Si buscamos la causa, la suma fertilidad de la tierra. Tal que nunca les fue necesario uncir la frente al novillo ni sudar al golpe duro de la azada. Retraído a su corriente el Nilo y algo cocida la humedad que dejó en la tierra, las narices de los puercos, que criaban en abundancia, abrían descompuestos sulcos en que cayese la semilla que a pocos meses respondía con increíble colmo al dueño deseado.

Roma, pues, que a fuerza de trabajos conquistó tanta glorias, y el que en su principio fue sulco de un par de bueyes la estendió hasta encontrar con ambos mares, llegó al paladar al vicio de tal tierra, y, borrados de la mano los callos, blando el cuero hasta allí tan duro, cobró al ejercicio y trabajo tal aborrecimiento, que fue (caso bien de sentir) más presta que la subida la caída, viéndose tantas veces vencida como se había visto vencedora, y perdiendo lo que había ganado por la virtud y el valor, por el deleite y vicio.

37.- Orig.: 'avencidado'

38.- Orig.: 'hàllo'

No sé con qué encarecer así los daños de la vida ociosa y provechos de la ejercitada, pues a una humilde república dieron ambas y quitaron tan ancha monarquía. Lo que advirtieron bien cuantos príncipes desearon a las suyas eternos fundamentos, poniendo en los brazos fuertes su gloria y criando aquéllos a manos del ejercicio. Ocasión (dice Filón) a los juegos de los griegos llamados olímpicos y otros de varias naciones, de cuyas burlas era el pelear las veras y cuyo fin fue siempre la victoria. Pues de otro modo hallara (dice Platón) la guerra repentina o la paz turbada flojos los brazos que vivieron ociosos y remisos en el sosiego; y es bien que no sobresalte tan importante ocasión los ánimos, sino que los halle el sudor, el polvo, el golpe, el hierro, prevenidos con la costumbre. De donde nació aplicarse con tal afición a estos ejercicios, que trabajaban más jugando que peleando, y les venía a ser la guerra (dice Plutarco) alivio y descanso de la paz, coronados unos y otros vencedores de una misma oliva, y más gloriosa a veces la de las burlas.

Grandezas son las destes juegos que, aunque tocaré las menos agora, pedían mayor espacio que el mío. Juegos se llamaban, y juntamente certámenes, guerras y peleas, o porque instituidos a este fin, o porque tan semejantes, o porque, a falta del temor de la muerte, espolease los ánimos la gloria del nombre. Si bien me acuerdo que tal vez hicieron los griegos juego de las vidas, pues fuera de las carreras, las luchas, los saltos, las puñadas, los tiros (bastantes ejercicios del valor), buscaron burlas más parecidas a las veras y harto más crueles, sacando al teatro hombres que con espadas desnudas se mataran: fiero deleite indigno de memoria, si no le hiciera menos horrible la soberbia ociosidad de Roma. Violos Grecia de pocos hombres en pocas ciudades, y en muchos años una vez, recibiendo mayor gusto destas riñas, si con armas botas, si un hombre con el aire (lo que llamaban pelear con las sombras), o cuando mucho con la coluna o el palo, con quien jugaba el ensayo y se fortalecía para las veras el ejercicio.

La vanidad romana ningunos juegos adelantó tanto, ningunos le llenaron así los teatros como aquellos en quien millares de hombres desnudos se herían, se mataban. ¡Oh crueldad, que espantara en las fieras y la vimos en hombres! Aparejan (dice San Cipriano) el juego gladiatorio para que el antojo de los ojos crueles se deleite en la sangre; muere el hombre para dar gusto a otro hombre, y es ciencia el saber matar. Uso es, arte es, y la maldad no sólo se comete, sino se enseña. ¿Qué cosa más inhumana, qué más cruel pudo imaginarse? Disciplina es saber matar, y gloria el haber muerto. Hasta aquí el Santo.

Espectáculo por cierto triste, que tuvo principio, según algunos, de la piedad. Tal suele ser el hombre en sus vicios, que se despeña a veces con mayor afrenta en aquellos que huyen, pues pareciendo cruel la costumbre de matar los esclavos en las exequias del dueño difunto, le buscaron en mayor crueldad el remedio, ordenando que los mismos esclavos y los condenados a muerte peleasen hasta matarse. Piadoso ingenio no impedir las muertes, sino acrecentarlas. Rara compasión que de una misma muerte vuelve en deleite la lástima por tan pequeña diferencia. Menos dolor debía de ser entonces morir de muchos golpes del contrario que de uno del verdugo, y más hermosa la sangre humana derramada con enojo que con paciencia.

Daban, en fin, y ofrecían vidas a los muertos; y no sólo les procuraban tan fiera compañía, sino que gustaban de ver competir los vivos por acompañarlos. Hasta que, no contenta la locura con las pocas ocasiones de los ricos difuntos, les hurtó la ofrenda y empezó a celebrar las fiestas con muchas muertes. ¡Oh maldad (dice Séneca), que el hombre, cosa tan sagrada, muera ya por juego y entretenimiento, y que sea glorioso espectáculo ver morir a un hombre! Bien es que muchas veces esgremían armados, muchas los sacerdotes, los capitanes, los senadores, los caballeros y los mismos emperadores (como cuenta Capitolino de Cómodo, que fue en este ejercicio excelente); pero no placían al pueblo los golpes de un acero sobre otro; mejor sí cuando sobre la carne del desdichado nacido para morir por antojo ajeno. Y así, juntaba más copiosos teatros la sangre del ladrón que la valentía del noble, y eran más los que jugaban con las vidas que con el valor. Con mil forajidos festejó de una vez Trajano al pueblo. ¡Qué infamia de su mansedumbre, obligada a torcer su natural por

el gusto del que le reverencia, si no dejado llevar de la opinión y atropellada la modestia del alma por el vano deleite de los ojos! Que ya experimenta España príncipes modestos atentos a la miseria del que muere en cuernos del toro, y aunque por una parte suspiran la desdicha del hombre, por otra celebran la suerte del animal, condenando melancólicos la fiesta si no vencen en destreza y ligereza los brutos. No nos espante, pues, que Roma gentil haga verdugos unos delincuentes de otros, cuando España, cristiana, cría y embravece fieras que maten inocentes.

En un solo mes (cuenta un Autor) se vieron en Italia más de veinte mil destos esgremidores sangrientos: dicen muchos que para fortalecer los ánimos de los mancebos y enseñarlos a ver con pestañas altas sangre y muertes. Por lo que después los emperadores usaron estos juegos antes de las batallas, ensayándose con la pelea y sacrificando a la Fortuna con la sangre; y los atenienses en riñas de codornices y gallos daban lición a los soldados de sufrir heridas y confusión si se dejasen vencer en ánimo y osadía de los animales, y a un mal Doctor parece que hace falta no ver derramar sangre de brutos y hombres a la fortaleza de los cristianos. Locura insufrible, pues ¿quién imaginó que sangre que no cae sobre propria injuria o enojo, mueva antes a cólera que a lástima? Encenderase la piedad de Eneas con la banda³⁹ de Palante; porque amado como hijo, porque muerto del contrario; pero ¿quién vio cortar el cuello del noble en la plaza que no diese antes lágrimas de compasivo que bramidos de cruel? Imposible es que no enfríe y acobarde el ánimo la compasión, y que no encoja la mayor gallardía ver en tan claro espejo de la miseria ajena la propia.

Ni fue menor locura ensayar las veras de la guerra con tan pesada burla: apariencia es, y color, que buscó Roma a su vanidad; no causa ni motivo. Pues cuando no fueran hombres perdidos los que jugaban, ¿qué importaba la diciplina, pereciendo antes del combate? Mala lición la que con la muerte se aprende, y mal ensayo el que más cierto el peligro que la ocasión, pues en la guerra ninguno entró tan desesperado que no se prometa parte en la victoria, y, cuando más, vencido, consuelo en la clemencia del vencedor y treguas de vida en el captiverio. Aquí se negaba la defensa saliendo desnudos, por que, imposibles de no herirse, consistiese la suerte en no morir primero, y la mayor fortuna en el más fiero golpe. Desesperado el que caía de hallarse en otro juego, pues era ley (¡oh sumo encarecimiento de crueldad!) dar al cuerpo caído muchas heridas para que no se fingiese muerto. Juego infernal, en quien se tenía por burla afrentosa no morir de veras.

Si esto fue disciplina de las guerras, dichoso aquel que entró en ellas bárbaro y rudo, pues ni compró tan cara tan mala lición, ni por lo menos deleitó sus ojos en tal fiereza. Soberbia fue, y vanidad de Roma, despreciar vidas humanas y festejarse con muertes, no deseo de adquirir fortaleza y valentía. Como se presume de Grecia y sus juegos, pues cuenta Galeno que porque dos luchadores, con más gallardo aliento del ordinario o más ardiente sed de la victoria, se quebraron los huesos, y porque otros dos procuraron mostrar así sus fuerzas iguales que igualaron el fin de la vida y la contienda, compadecieron los ánimos de modo que en muchas provincias se vedaron los juegos, pareciendo caro el provecho de ejercicio tan noble a costa de peligro tan triste. Mal, pues, disculpa su locura Roma, si bien le debemos la estimación que representa el ejercitarse para la guerra, pues pensó bastar para disculpa de tanta demasía.

De los demás juegos, cierto es que fue la guerra el fin, pues, ora invención de Júpiter, ora de Hércules, ora de Teseo, prudencia fue del valor no perder de vista en la paz las ocasiones de la pelea. Siendo ley (si creemos a Platón) que no entrasen en ellos los que no tuviesen experiencia de las armas y guerra, sirviendo como de seminario de capitanes y generales valientes. A Frinón,⁴⁰ gran luchador olímpico, hicieron general de una armada los atenienses. En el ejército de Darío se nombraban capitanes con no otros papeles y servicios que haber vencido en estos juegos. Al bravo Milón hizo general su nación porque, aunque viejo, resplandecía con seis destas coronas. Y así, no

39.- Faja, cinturón de la espada. Turno lo usó como trofeo.

40.- Orig.: 'Afrinon'

me espanto invidiasen los príncipes sus ventajas y procurasen hacer en ellos ostentación de fuerzas, como cuenta Homero de Néstor, maestro después de su hijo Antíloco, a quien da liciones de luchar en la palestra. A Damasias pinta Luciano que baja después de muerto al Infierno cargado de coronas olímpicas por notar su precio, por calumniar el exceso de su estima. Más estimada una dellas de Arquelao, rey de Macedonia (dice Solino) que la del reino. Filipo, cada victoria que alcanzó en estos juegos esculpió en nuevas monedas, predicador continuo de su hijo Alejandro que le imitase en esta bazaría.

Innumerables son los príncipes que para dar prendas de su valor o acaudalarle nuevo jugaban en los teatros, luchando, tirando, corriendo, ya a pie, desnudos y armados; ya a caballo, en uno, en dos, en tres, en cuatro. Hasta en carro de diez cuenta Suetonio que corrió Nerón, debido el suceso a su arrogancia, pues mostró ser mayor que sus fuerzas con la caída, y por hacerla más famosa de risa y afrenta sacó por fuerza de los jueces el premio y la corona. Corrían unos contra otros, principio ilustre de nuestro juego de cañas (que algunos quieren invención de Troya), siendo lo más común correr en carroza de cuatro caballos, estimada éstos la ligereza,⁴¹ y del jinete, la destreza y vigor, la vuelta presta sin borrar la raya; el atropellar, derribar o descomponer al contrario. En forma a veces de encontrados ejércitos, a quien se encaminaba tan gallardo sudor y trabajo (como afirma Plutarco), y Platón da al ejercicio del correr la palma. Sigue Vegecio su parecer, con aprobación de Séneca en sus *Epístolas*, y no le da pequeña autoridad nuestro Apóstol, llamándonos corredores que anhelamos por la corona de inmortalidad.

Y no podemos negar sino que la ligereza⁴² en el correr merezca estima en el soldado; cuando no para apartarse del contrario o acometerle (si algunos imagina raras estas ocasiones), para fortalecer los muslos y pecho y hacerse suelto en la esgrima de las armas. A Pompeyo alaba Salustio de gran corredor, y que, como experimentado del provecho, ejerció en correr a sus soldados. Los hijos de Endimión, cuenta Pausanias que, trayendo pleito sobre el imperio, por voto del padre le libraron en la mejor carrera, por que no las imagine indignas el noble, ya en el campo, ya en la caza, para ganar ligereza. Pero ¿cómo han de perder la virtud los siglos sino afeando sus medios? ¿Quién restituirá en el ciudadano, cuanto más en el caballero o príncipe, las puñadas, las⁴³ barras y rejos? Ejercicios antes ilustres y agora dejados al villano, porque no avergüenza al noble (como debiera) ver más recio, más fuerte, y robusto a quien enfrena y reprime con vanos respetos.

Lucharon los primeros por público ejercicio Anteo y Cerción (según Platón), y según otros, Teseo, príncipe de los atenienses, y no falta quien da esta gloria a Palestra, hija de Mercurio; que no nacieron todas las mujeres tan de flaca complexión como hoy las vemos. El más antiguo ejercicio le defienden algunos, de palestra: nombre del lugar donde se ejercitaban, que significa antigüedad y se debe quizá al de su inventora. Más antiguo le hace Tertuliano, llamando lucha la del Demonio con Eva. Y si ésta parece del espíritu, lucha pudo ser la de Caín y Abel, a falta de otras armas; y por lo menos lucharon Jacob y Esaú en no más ancho teatro que un vientre, valiendo el ejercicio a el uno fuerzas notables, y victoria al otro en lucha con un ángel armado y de una noche entera. Ocasión (dice Josefo) de abstenerse los judíos de comer nervios sacar deste desafío contra el del muslo Jacob su padre. Y no fueron solos⁴⁴ estos dos hermanos los que tomaron tan presto la contienda, pues de Epeo, artífice del caballo troyano, cuenta Eustatio que luchó también, antes de nacer, con otro su hermano: prodigio quizá de su mal ingenio. Era, en fin, ejercicio de fuerzas a que no se atrevían sino los vigorosos y robustos, endureciéndose de modo que luchaban con las fieras, y muchos hubo que los más bravos toros trababan y derribaban por los cuernos.

41.- Orig.: 'liguereça'

42.- Orig.: 'liguereça'

43.- Orig.: 'la'

44.- Orig.: 'so | solos'

Poco diferenciaban destas luchas las puñadas, a veces con manos libres, a veces ocupadas de metal y piedras, y a veces fajadas de correas tachonadas de clavos, y prueba ambas de valor y fuerzas de los brazos, usadas para su augmientio y memoria (como quiere Plutarco) de las primeras armas del hombre, que, según Lucrecio:

Nuestra arma antigua fue mano, uña y dientes. Y ¿quién duda que se debe a la cobardía el temple del acero y mezcla del salitre? A no haber temido nadie mayor fuerza, los brazos sentenciaran las discordias, diera las victorias la dureza de los nervios. Y así, los que amaron glorias de verdadera fortaleza la buscaron en este juego, en que celebran Platón y Galeno a Epeo y Amico, rey de los Brebicios, hijo de Neptuno, muerto después entre los brazos de Pólux, como más valiente; a Entelo y Daretes, Virgilio, a Amnón Ovidio, siendo en él celebres cuantos en los juegos Olímpicos, como uno de los primeros.

El tirar el rejo y barra espantará los ánimos hidalgos, como propio también de los que nacen entre encinas y robles; ¿qué mucho, si tirar el dardo, el chuzo, la lanza? ¡Oh valor, tiranizado de la impiedad del fuego y depositado en el gañán rústico! ¿Qué mancebo soldado llamado hoy a estas pruebas no las remite corrido al tousco villano, pidiendo por más bien peinado las ventajas? No estimaron así la fortaleza los héroes antiguos:⁴⁵ corrían luchaban, tiraban piedras, hierros, dardos, para ejercitar los brazos (dice Platón), cuando no se tiren del mismo modo en la guerra. En que alaba Homero a Aquiles, valiente tirador, ocupando continuamente a sus soldados en este ejercicio para hacerlos fuertes. Provecho singular suyo, según Vegecio, a Hércules añadió las glorias de matar el Centauro y las Harpías la destreza desta arte. Tan usados en ella Cómodo y Domiciano, que en corto rato mató éste cien fieras en el monte y aquél derribó otras tantas en el teatro con dardos.

Si ninguno destes ejercicios agrada al almidón de los cuellos y goma de los bigotes de nuestros bizarros, ¿agradará por ventura la pelota ligera, la danza (o salto, según su antiguo nombre), o la caza entretenida? Nobles ocupaciones sin disputa, y ojalá se usaran con la afición que el retirar de la carta y clavar del dado.⁴⁶ Jugó a la pelota el valor de Grecia, de tan varios modos⁴⁷ como fue vario el deseo de acrecentar las fuerzas, pues siendo unas pequeñas, otras medianas, otras mayores, de cualquiera había muchas diferencias. Ni V. S., como acostumbrado a más robustos ejercicios, es jugador, ni yo tampoco,⁴⁸ y así, no me detendré en sus inventores y destrezas. Sólo digo que es el más acomodado para mancebos que aspiran honra por fuertes; como tal la aconseja Clemente Alejandrino, y como tal dice que sólo conviene a los mancebos briosos Ovidio:

Estos juegos blandos tiene
de la mujer la terneza,
luego de mayor grandeza
al fuerte varón conviene.
Juegue el trompo, tire el dardo,
la pelota al aire arroje.
Use las armas y enoje
el caballo más gallardo.

Si bien pienso que también había pelota de niños y de viejos, según aquello de Marcial:

Apartaos, mancebos, lejos.
Dejadme en mi blanda suerte,

45.- Orig.: 'antiguus'

46.- Entiendo que se refiere a tretas del juego: Marcar el dorso de la carta y añadir peso a una cara del dado.

47.- Orig.: 'mo | mo'

48.- Orig.: 'tan poco'

pues la pelota divierte
a los niños, y a los viejos.

Y alguna vez se atrevían a este y los demás juegos las mujeres: último encarecimiento de lo mucho que apeteció la antigüedad la fortaleza y virtud, pues procuró que del vientre de la madre saliesen los niños fuertes, acostumbrándolos asimismo desde la primera luz a trabajos y durezas. De⁴⁹ los trances, de los scitas, de los franceses, sabemos que la mano primera que recibía al niño le⁵⁰ ponía en agua helada, para que, lo primero, experimentase el dolor y fuese la primera lición de sufrimiento. Como otros en agua y sal. Los romanos en agua caliente, añadiendo los spartanos al rigor de agua fría continua desnudez, cama de suelo, comida pobre. Los cretenses y flamencos los llevaban con espacio casi desnudos por las más altas nieves, por los más ardientes soles; más alegres los padres cuando más veían a sus hijos padecer hambre y sed, subir aprisa el monte, darse puñadas, recibir heridas, para que, cobrando así fuerzas, se habilitasen para la guerra (dice Cicerón). Los egipcios llevan sus hijos descalzos y desnudos, negándoles la comida hasta haberla merecido con el sudor y trabajo. Como de los mallorquines y sardos sabemos que costaba al muchacho el pedazo de pan derribarlo con la flecha o piedra, para hacerlos diestros en la honda y arco. Excediendo todo encarecimiento la costumbre de Hibernia, donde en asentando los pies les ponen en las manos armas, incitan a peleas y se huelgan de verles verter sangre, siendo la primera ceremonia de tanta fiereza darles con un cuchillo las primeras gotas de leche y el primer bocado, para que así (dice luego la madre) como la primera cosa gusta el hierro, no le deje del Cielo morir, sino en la guerra y las armas: temprana diligencia, y, aunque bárbara, testigo de lo mucho que se amó la fortaleza.

Mejor se aconsejaban las naciones que medían el ejercicio con las fuerzas, criando los niños en ocupaciones que pudiesen aprovechar, varones, a sus patrias. En Lacedonia los visitaban desnudos, y si alguno parecía algo grueso, o no de tan buen color, con dieta y abstinencia le emendaban. Azotábanlos cada año, y tan duramente (dice Cicerón) que morían algunos, sin que jamás se oyera una voz, una queja, un suspiro. Antes (dice Plutarco) salía más glorioso el que en más azotes mostró mayor alegría.

Con tan dura lición de sufrimiento los pasaban a los teatros, donde ¿qué golpe temería en las puñadas y luchas quien sabía con risa derramar sangre? O ¿qué esperanzas burlaría en edad varonil una niñez tan sufrida y animosa? Desde pequeña planta promete el árbol los frutos, y raras veces enflaquece el vicio a quien endurece la virtud temprana. Por esta causa induce Virgilio a Ascanio niño⁵¹ corriendo caballos a competencia con los de su edad, y a los padres, gozosos en verlos:

Corren los niños a ojos de sus padres,
y en hermosos caballos resplandecen.

Y Plinio dice qu'el águila que voló a Ganímedes⁵² muchacho le trató con respeto, por vencedor del juego de las luchas. Pues es cierto que ninguno que usaron los varones se negó a los niños. Antes eran los que primero corrían, tiraban los rejos, luchaban y apuñaban: orden que dio Lisímaco, según Plutarco, en quien leemos de Filipo y Agesilao el gusto particular con que asistían a estos juegos de niños: grande sin duda mirar en tan tiernos años tan nobles pensamientos.

Y no sólo deseó la antigüedad cultivar espíritus animosos desde la niñez; más larga busco la corriente, más de atrás el principio, pues acostumbó las doncellas a ejercicios varoniles; no por-

49.- Suplo 'De'

50.- Orig. 'la'

51.- Orig.: 'Nino'

52.- Orig.: 'voló Aganimedes'

que las aguardaba al lado de los varones en la guerra, sino porque las quería madres de valientes varones. Lucharon las doncellas espartanas, y Platón, gran defensor de estos juegos, no sólo permitió en los suyos las vírgines, sino las mayores, con diferencia que salían desnudas hasta edad de trece años, y de allí adelante vestidas decentemente. Guardaron los indios la misma costumbre, en quien fue el particular desafío de mujeres las puñadas. Como en los sisigines las carreras de coches de cuatro caballos, siendo el premio de la vencedora escoger a su voluntad marido. En África, en una laguna donde creían haberse engendrado Minerva, la festejaban cada año con riñas de doncellas, sangrientas a veces y con espadas desnudas. Cual debió de ser el juego que se cuenta del entierro de Trajano, y Ateneo refiere haber visto testamentos que mandaban pelear deste modo en los entierros las doncellas más hermosas.

Demasiás, por cierto; pero provechosas para la facilidad de los partos y dureza de los hijos, pues sabemos de las mujeres de los montes de Génova y Esclavonia que, por sufridoras del trabajo, no hacen cama paridas; antes cogiéndolas el parto apretando al arado o cortando la encina, vuelven tan alegres a casa, que más parece haber hallado el hijo que parido. Motivo quizá de las naciones, los tibarenos, los traces, los scitas, los corzos⁵³ y buena parte de España (que, acostado el padre con el niño en vez de la parida, acude ésta a su regalo y servicio de la casa) hacerlas duras y despreciadoras del dolor. Esta ocasión abona los juegos antiguos de mujeres, ocupadas en la lucha, en la carrera, en la pelota, si bien más propio ejercicio de brazos robustos. Alejandro Magno estimó la gloria de gran jugador, y su émulo Julio César no lo dejó de ser en esto. Marco Antonio su competidor, Octavio Augusto, Alejandro Severo, fueron muy usados y diestros en la pelota. Y Gordiano y Marco Aurelio Antonio con tal afición, que pintaron este juego por armas en sus monedas; y con tanta Dionisio (el tirano de Sicilia), que le acaeció quedar desnudo jugando. Hasta los sabios y filósofos ocupó este entretenimiento, como se cuenta de Licón Troastense,⁵⁴ de Epígenes y Demóstenes; y todos con alabanza, porque, huyendo la ociosidad, procuraban endurecer y ejercitar los miembros. Y sin duda es honesta ocupación, pues la vemos tan dejada en Castilla como acrecentadas las casas de tablaje; y si alguna vez se toma en la mano por la golosina del interés, cuán pocos son de los nobles que no buscan para las suertes al humilde, sirviendo ellos de número, o, cuando mucho, de tener la raya,⁵⁵ si no antes de perdella; que ésta es mayor gala: hacer de la virtud burla.

El saltar o danzar, que es una misma cosa, mientras no desdijo de su principio fue el ejercicio más glorioso, pues, imagen y retrato de la guerra, juntó al deleite el provecho, sin peligro. Su autor era Pirro, hijo de Aquiles. Ora Pírrico Lacón, ora Rómulo, ora los lacedemonios, todos convienen que fueron con armas, en forma de batalla, sus mudanzas primeras. ¡Siglo dichoso, en quien fue el entretenimiento de mayor gusto fingir peleas! Y así, como ordenado a tan buen fin, hallaremos en él a los más valientes. A Apolo pinta Píndaro, sin dejar el carcaj de las saetas, danzado; y Palas, si bien guerrreadora (según Platón), con el peso de las armas salta ligera. Epaminondas en Grecia, y Augusto y Claudio en Roma, danzaron gallardamente, Apio Claudio, Gabinio, Marco Cecilio, Lición Craso, gloria todos del valor romano, estimaron entre las mayores ésta. Aquí podemos añadir la osadía de Scipión, la modestia de Sócrates y, sobre todos, la majestad de David, que a pesar de Micol mostró en danzar sus fuerzas. Ejercicio, al fin, guerrero, invención y profesión de príncipes (según Platón), y tan estimadas sus ventajas, que a Frínico,⁵⁶ porque le vieron danzar con excelencia eligieron su Capitán General los atenienses, persuadidos que no faltaría en las veras quien tan bien las remedaba.

53.- Corsos.

54.- De Troas, o Tróade.

55.- Debe referirse al popularísimo *juego de palma* (*jeu de paume*), antecesor del tenis, en el que la pelota era impulsada de un lado a otro del campo, dividido por una raya, cuerda o red. Inicialmente se jugaba a mano desnuda (impregnada en aceite y harina), luego con guante, pala y raqueta. 'Número' quizá quiera decir 'espectador' o 'animador'; y 'tener la raya', 'sostener la cuerda'.

56.- Orig.: 'que Afrinico'

Pero ¿qué honesta ocupación no temerá deslucir al vicio en manos de nuestro mal natural? Quéjase Plutarco de su siglo que la gallardía y virtud de las danzas tiranizó el teatro y trocó en meneos lascivos: si entrara en el de la Cruz, o el Príncipe,⁵⁷ no viera quizá novedades, porque las diferencias que hoy vemos de bailes imagino antiguas. Viera, sí, en república más obligada a modestia mayor torpeza y descompostura. Fueron las danzas especie de poesía; porque como la naturaleza desta consista en la imitación, ora con palabras, ora con meneos, no dejará de ser poeta el que imitare. Tiene el baile sus números y movimientos con que representa las costumbres, las pasiones y las acciones, según el mismo Filósofo, y hasta de las cosas inanimadas dice Platón que puede hacer dibujo, por lo que Simónides le llama poesía muda. Y así, antes lo que una comedia entera sabia representar un baile. Algo vemos desto, y no lo más digno de reprehensión, si no pasara lo que entonces; que, aunque las edades diferentes, los vicios son semejantes.

Quiso la danza fortalecer los miembros y sacar diestros y ligeros soldados, y ansí, ensayó guerras. Veneró luego con su hermosura los dioses, pasó a deleitar con su gracia los convites, y, olvidado su virtuoso nacimiento, salió el mayor enemigo de la castidad y el ejercicio más vituperado de santos y prudentes varones. Achacó Roma este mal a Cádiz y al Andalucía, de quien en vez del saltar varonil y fuerte mudó el baile su perfección en vueltas de brazos y meneos lascivos. Siendo quizá la que su Quironomía nuestra zarabanda; la que Halma, nuestra chacona, y la que Lastima, nuestro escarramán,⁵⁸ pues la primera consistía en gestos y movimientos de manos; la segunda estribaba en los pies, y la tercera en quebrar el cuerpo y dar descompuestos saltos. Y ¿qué mucho tenga Lucifer almahacén desta mercaduría para renovarla a tiempos? Agradecida estará⁵⁹ a España la honestidad de Roma, y plega⁶⁰ a Dios no nos deba hoy Europa la perdición de infinitas almas. No sé quién dificulta el remedio en siglo de monarca tan casto, ni sé quién mete en nuestro jardín esta congoja. Ténganla los maridos, y padres, que vuelven del teatro a sus mujeres y hijas embebidas en los huesos estas semillas y centellas infernales.

La caza también tiene que llorar su desdicha, pues, de muy noble, no se ve, por nuestro desorden, libre de infamias. Cuyas alabanzas temo, porque a ellas, y a la afición, que V. S. la tiene, agraviaré si no les doy todo este discurso, siendo tantas, que llenaron con ellas muchos y copiosos libros innumerables autores. Y la primera, haberlas escrito, entre otros, un rey de Escocia, Dordaniella, y un cardenal de Roma, Adriano; que no merecía menores plumas el ejercicio sin duda más gallardo. Ser invención de los dioses prueba Jenofonte en su libro de la caza: de Diana, dice, y Apolo, y ocupación después de todos los héroes, de quien hace un largo catálogo. ¿Cómo podían menos, si fueron hombres, que ejercitar el dominio de los animales, y en ejercicio tan libre de culpa (por que hable con palabras del Filósofo) fortalecer el vigor del cuerpo, y ánimo? En quien (añade otro filósofo) así se junta al deleite el trabajo, que no se puede juzgar cuál mayor gusto reciba, el ánimo o el cuerpo. Lo que basta para encomendarla al soldado, como cifra (según Platón) de todos los ejercicios, pues en ella se corre, se acomete, se alcanza, se tira, se sufre el frío, el sol, la sed la hambre. Y así, lo menos son de sus glorias los Hércules, los Aquiles, los Ciro, los Alejandro. Por carta de más pienso que peca, pues a tantos desvaneció y perdió la ostentación de su bizarría. Hasta el parecer cazador en la compañía de los perros fue siempre acto de valor y nobleza. Y por que no se imagine delito de sola la vanidad de nuestros tiempos, tratando de la púrpura, dice un Autor que la mordió y descubrió un perro que seguía a Hércules, según la costumbre antigua. Virgilio, a ninguno enoblece que no acompañe de perros: a Lauto, a Rémulo, a Numano, a Niso, a Evandro y otros, Y Homero introduce a Telémaco que entra en el templo a oír el sermón acompañado de

57.- Famosos corrales de comedia madrileños.

58.- Orig.: 'escarramad'.

59.- Orig.: 'estaría'.

60.- Orig.: 'plegà'.

cien perros: tan larga trae la corriente esta locura. Gloria de la caza y vituperio de nuestro mal natural, que hace vicio de la virtud, sus demasías.

Por esta culpa, nuestra, y no del ejercicio, ha padecido sentencias infames, vedándola a los clérigos y llamándola Salustio enemiga del descanso y trabajo parecido a los serviles. Y todo es poco puestos los ojos en un señor que, olvidado de las necesidades de su estado y cargos de su conciencia, tiene las caballerizas llenas de rocines; las salas, de perros; los corredores, de pájaros, para salir al cabo de un mes a volar el perdigón o a la garza. Esta es la prodigalidad que reprehende Tulio, la fábula de Acteón en práctica y una vanidad lastimosa. Pues si condena Platón la caza de redes, la que busca los animales durmiendo o prende con reclamos y trampas, como indigna de ánimos bizarros, y engrandece sumamente la que a costa de propio trabajo y sudor rinde las fieras, ¿qué alabanza espera el que arroja a una triste avecilla un ejército de águilas, y a una medrosa liebre un escuadrón de perros, prevenido más que en la ciudad su vicio y su regalo?

Dignísima es de los nobles la caza, usada con modestia; y tanto más cuanto éstos la suelen ejercitar a caballo: rico provecho de las cazas, siendo la hermosura y defensa mayor de las repúblicas la diestra caballería. De propósito olvidé este punto en el de las carreras, y aquí se viene otra vez a la mano. En que me han de perdonar las muchas cosas que pudiera decir, porque debo a otros este rato. Solo siento que, habiendo en España uno apenas que no presuma de caballero, apenas hay algunos que sepan ponerse a caballo: vana locura morir por el nombre, con aborrecimiento del ejercicio. La gloria de nuestros caballos andaluces no ha descaecido la edad, sino nuestra flojedad. Ajena culpa los desluce, porque son en la ocasión como medio animal que dél y del jinete se compone. Tan gallardos, tan castizos entran hoy la plaza de Madrid en unas cañas como cuantos merecieron tómulos y obsequias. Vemos e infamamos sus desconciertos, sus deslealtades. Harta compasión que paguen inocentes la culpa del freno y del acicate; y harto mayor que, a título de grandeza, ríe y hace donaire el jinete lo que imagino que llora el animal. No me atrevo a mucho, pues les da Solino ingenio, y tal dice que en unos juegos Circenses, caído el cochero de un carro en que iban cuatro caballos uncidos, con tal astucia, con tal ligereza corrieron solos, que vencieron los contrarios y al punto se pusieron y pararon enfrente los jueces, como pidiendo el premio de la victoria, que les fue dado.

Impropios son estos nombres en ellos, yo lo confieso; pero tal es su espíritu, tal su gallardía en las ocasiones de honra y guerra, que son vergüenza y confusión de muchos. Uno de Tiberio se vio mil veces, peleando, echar llamas por la boca, y todos generalmente se encienden y encolerizan con el son de la trompeta, como aquel (dice Plutarco) que solo de los animales entra con el hombre a parte de la contienda y la corona. Nacido para acompañarle en las guerras y pelear a su lado, con tal aprehensión (dice Filón) de la gloria, que muestra amor a la fortaleza, y en la victoria alegría. Agüero suyo por esta causa, y recibido de todas las naciones, relinchar alegre. Y así, encontramos mil veces que se atribuye a los caballos la palma del vencimiento. Y ¿qué mucho, si son el instrumento más importante de la guerra, pues no por otra causa vedó Dios a los judíos (si no los caballos, su esceso), sino por que, desesperados de fuerzas humanas, estribasen en las divinas y reconociesen suyos los buenos sucesos? Tal es el valor de los caballos, que, dando tan maravillosas victorias a esta nación, el Cielo receló que no tiranizasen, o por lo menos humillasen la maravilla. Y así, no tenemos que reír a Alejandro, a Octavio Augusto, a Eliano César, a Elio Spartiano y otros, que levantaron tómulos y pirámides a sus caballos y esculpieron versos gloriosos. Eimón y Jantipo los enterraron y lloraron tiernamente. Cómodo, a un caballo llamado Pertinaz regaló con extremo cuando viejo, y doró la piel y las uñas. Y Nerón usó lo mismo con muchos, haciéndoles servir la comida con honras y cortesías humanas: excesos que disculpa el agradecimiento de los beneficios de su compañía y la muestra que da de amar la fortaleza quien honra su imagen en el lienzo tosco de un bruto.

Esto es algo de los juegos y ejercicios del valor antiguo, que cuando no los resucite España, porque espera quizá sacar mejores hijos de la comedia y el naípe, el que aspira nombre glorioso en el campo podrá escoger los de su inclinación y adquirir fortaleza; y cuando ésta no le parezca necesaria, porque el gozo de la paz presente mira (¡así plega a Dios suceda!) muy lejos las ocasiones, para la salud y aumento de los años es bien que se ejercite. Oráculo es de Hipócrates. Para vivir siempre sano el hombre, basta la templanza en el comer y costumbre en el ejercitarse; porque así como el buen hábito del cuerpo (y la salud, añadido de Sócrates), destruye el ocio, da y conserva el ejercicio. Galeno (después de hacerle principio de la salud y aumento de la vida) busca nuevas comparaciones para su alabanza, y Averroes nuevos ejemplos. Los encarcelados (dice) tienen los rostros hinchados, el color amarillo, los miembros flojos, y ordinariamente enferman o mueren por falta de ejercicio. Los animales, son de mala complexión, de peor color y de ninguna fuerza los que viven escondidos en la tierra, de mucha ligereza y larga vida los que corren las montañas. Las aves, hacen diferencia las de viveros o jaulas a las que siguen su libertad a campo abierto.

Es sin duda el ejercicio toda la salud del hombre, y más que el que entre paredes, el que en el monte y campo. Aureliano César, hizo galería al mediodía para el invierno; Gordiano, otro paseo entre dos montes, con apacibles sombras para el verano. Pero lo cierto es que el ejercicio ha de ser en lugar abierto y desocupado, no cerrado ni sombrío,⁶¹ porque del aire libre sacan los cuerpos mayor vida y agilidad⁶² que del grueso y encerrado. Por lo que Fedro (en Platón) confiesa hallarse mejor paseando caminos y soledades, que portales o lonjas. Y Pitaco Rey, sintiéndose con algún achaque partía a su heredad y ella andaba una tahona.⁶³ Galeno cuenta de sí que muchas veces en el campo levantaba la segur y machacaba la cebada, y Marcial dice que (por el mejor ejercicio) sudaba al golpe del legón. Aquí bien que se hará dura la mano que rija después la pica, y no calzado el guante y blanda con el unguento. Aquí se fortalecerán los huesos y nervios que sustenten el acero, y no en delgadas sábanas y baños deshonestos. Aquí se endurecerá la cabeza que cargue la celada, y no con los rizos olorosos del copete.

Sentencia es de San Jerónimo casi con las mismas palabras: el cuerpo hecho a holandas no sufre el peso de la cota, la cabeza hecha a tocador rehúsa el yelmo, a la mano blanda hace callos el puño de la espada. Verdad que probó la experiencia de Heródoto cuando, habida batalla entre persas y egipcios, se vieron las cabezas de los primeros tan delgadas y quebradizas, que el golpe de un dedo las rompía, y de piedra no las otras, hallada la ocasión que los persas usaban en las cabezas bonetes y turbantes, y los egipcios llevarlas raídas y descubiertas. ¡Qué mucho, pues, sacasen los emperadores Augusto y Adriano tres veces al mes sus soldados al campo, haciéndoles subir cuestas y endurecer con el ejercicio lo que ablandaba el vicio en la ciudad. Cuidado que Livio da a la milicia romana por causa de sus glorias y encarecen en Alejandro, Curcio; en Aureliano, Vopisco, en Ifícrates, Emilio Orobo;⁶⁴ en Ciro, Jenofonte, de quien cuenta que no sintió a sus soldados rato ocioso, siéndoles ejemplo de llegar a la comida tras el sudor y trabajo. Y de Maximino sabemos que, muy viejo, le halló la muerte ocupado en ejercicios del campo, siendo ley de aquel dichoso tiempo no admitir soldados a los gruesos, los que veían escupir o purgar las narices, o con demasiadas humedades, por faltos de ejercicios y trabajo.

Digna, pues, es de reverencia la verdad, tan repetida: que el buen soldado sale del campo, por más acostumbrado (dice Tácito) a la dureza y sufrimiento el que habita las montañas. Bizarría la de César, y arrogancia, decir que sus soldados (aunque llenos de unguentos) meneaban bien las manos, pues es lición de todos los capitanes escoger antes el soldado erizado y duro que el pulido y

61.- Orig.: 'sombria'

62.- Orig.: 'gilidad'

63.- Manejaba el molino.

64.- Orig.: 'probò'

afeitado, como quien ofrece mejores esperanzas del trabajo y ejercicio que del regalo y ocio. Siendo obligación tanto mayor del general hacerse sufrido y duro cuanto debe

Tomar primero al hombro los trabajos,
y dar el pie, primero, a los peligros.

Pues es, como dice Lucano.

Aquel que, fuerte la robusta mano
en la pesada pica, al valeroso
soldado los pies guía; y los trabajos
no le manda sufrir, sino le enseña.

Y de una falta y otra han llorado las repúblicas más floridas su miseria. A los lidios, gente fiera y belicosa, porque Ciro su contrario los conoció invencibles por las armas, inclinándolos a regalos y deleites los venció con astucia. Ningún reino más florido que España (dice Osorio), y lo desmenuzó y destruyó el ocio. Al ejército de Sila, el deleite y vicio envileció los ánimos. Apenas se hallará reino que no haya sido éste el camino de su destrucción. Concluyendo este punto Séneca con ejemplo de un valeroso general: un invierno mal entretenido deshizo el valor de Aníbal, y al que hicieron indomable las nieves de los Alpes dejarretaron y enflaquecieron los regalos de Nápoles: venció con las armas, fue vencido con el vicio. Hasta aquí Séneca.

Averiguado que el campo hace al soldado sufrido y duro, andado he mucho para probar que hace también fuerte; y fuerte llamo⁶⁵ agora en la opinión de Seneca robusto, vigoroso, osado y valiente para no estimar las fuerzas del contrario; antes bien sujetarlas y rendirlas. Lo que advirtió el santo capitán Judas cuando, más falto de gente, despidió de su ejército los cobardes y temerosos, juzgando tales los que viven en grandes pueblos, presos a la liga de sus entretenimientos y vicios. A quien no sólo atemoriza la muerte, sino la espada, y muchas veces mata, antes que la espada, el miedo de la muerte. Escogió, pues, este animoso capitán, no los que edificaban edificios sumptuosos, fundaban mayorazgos, requebraban damas y solenizaban banquetes, sino los rústicos de la montaña, hechos al trabajo, curtidos al sol y de fuerzas probadas con el toro celoso. Como si hubiera oído el consejo de Vegecio: Nunca creo que se pueda dudar ser más a propósito que otra alguna para las armas la gente rústica del campo. Criada al aire, sufridora del sol, despreciadora de la sombra, olvidada de los baños, ignorantes de los deleites; de ánimo simple, contenta con poco, de miembros para sufrir cualquiera trabajo endurecidos; a quien llevar el yerro,⁶⁶ cavar la fosa, sufrir la carga, es costumbre en el campo desde su nacimiento. Y así fue tan maravilloso el suceso, pues, siendo desigual la gente y las fuerzas, con unos pocos labradores y pastores groseros, cuyas mayores armas eran una honda revuelta al cuerpo (con que solían espantar las aves, ahuyentar el lobo, volver a la manada el suelto novillo), contra toda esperanza de fuerzas humanas alcanzó tan milagrosa victoria Así la canto el buen poeta cristiano Prudencio, y así la dice mi ingenio en mi lenguaje:

Sale a pelear rabioso en traje rudo,
de la sencilla fe el celo animoso,
y en cabello revuelto, hombro desnudo
(de nuevas honras dulces deseoso).

65.- Orig.: 'llamò'

66.- Por 'hierro'. Aquí y en otros pasajes mantengo la grafía del orig.

Lanza olvida la mano; el pecho, escudo,
sólo en la fuerza natural glorioso,
y en el vigor del pecho la esperanza,
fuerte al mayor peligro se abalanza.

Y si en esta ocasión nos da un⁶⁷ milagro la victoria (como confesaré que pudo ser), gloriosísimas las alcanzó el fundador de Roma, y Virgilio dice que siendo labrador, y con soldados labradores. Los persas muertos fueron vencidos de Milcíades, pero por manos rústicas y acostumbradas al arado. Una vez que las tomaron en las suyas los labradores de Ingalaterra (como cuentan los anales de Normandía), pusieron en peligro la nobleza y casi sacudieron de la frente el yugo. Y es particular consideración la del Poeta heroico cuando (llegado Eneas a Italia) Juno, que favorecía a Turno, le avisa que ya el enemigo, dejado el mar, encamina los pasos al reino de Evandro; y sobre todo advierte que ya se aprovecha de los labradores, y, dándoles armas, renueva con ellos y reforma su ejército.

La mano lidia, ya⁶⁸ los labradores
arma que juntar puede.

Al punto con extraordinaria fuerza le anima y espolea, diciendo:

¿Qué dudas? Tiempo agora es ya que pidas
los carros y caballos. No te tardes:
corre ligero, y tus caballos junta.

Entendiendo que la mayor fuerza que Eneas puso para conquistar a Italia fue la de los rústicos que agregó a su ejército. Y ¿qué mayor argumento que en aquellos pasados siglos de nuestra valiente España ver cobrado lo que perdieron las manos olorosas y blandas de Rodrigo por las duras y callosas de Pelayo? Cortan mucho, sin duda, las armas en manos campesinas, pues los príncipes poco seguros de la lealtad de sus vasallos, medrosos de su fuerza, se las han quitado. Acaeció así a los labradores de Lidia; y en Francia, habiendo sido dellos antes el principal batallón de la milicia, después sus príncipes tuvieron por menor mal que verse a sí⁶⁹ inquietos, vellos desarmados. Parecer que siguieron Graciano, Valentino y Teodosio y algunos otros emperadores; por la razón que he dicho o porque solamente hablaban con los esclavos y villanos humildes alquilados para la labranza, los que en vida bárbara y abatido pensamiento están imposibles a aspirar a casos de honra; que los demás, que, o por particular ejercicio o por cultivar en vida pacífica su propia hacienda, huyen las calles populosas, líbrenos Dios cuando

Dejado el campo de sus propios dueños,
vuelven la corva hoz en fiera espada.

Entonces no son menores sus fuerzas que para fundar reinos poderosísimos y conservarlos. Valerosos fueron por extremo los partos, pero esparcidos en los campos; los scitas, pero ejercitados en sus aldeas y chozas; los flamencos, pero antes que viniesen a las ciudades; los turcos hoy, pero poco dados a las amenidades de los pueblos; y aquel ejército de los jenízaros, llamado espanto del mundo, no del campo sólo: de las mismas cabañas de los pastores fue sacado. ¿Qué diré de los

67.- Orig.: 'nos dan'

68.- Orig.: 'y a'

69.- Orig.: 'assi'

romanos? No sólo trajeron del campo soldados, sino capitanes y emperadores, tomando su grandeza en labradores, no sólo principio, sino aumento, pues en toda guerra llevaban ordinariamente el campo sus ejércitos. Escluidos dellos los que en las ciudades ejercitaban arte de estar sentados; porque, como los recibían para los trabajos y peligros, escogíanlos (dice Séneca) fastidiosamente, teniendo por infalible oráculo al prudentísimo. Catón, repetido de tantos en esta materia: que los varones fuertes y soldados briosos se engendran del labrador. Porque (otra vez oímos a Séneca) ¿qué trabajo escusará la mano que deja el arado para tomar la lanza? Y así, discurría bien Cicerón cuando, adivinando los menoscabos de su república, de ver los campos tan estériles y solos como la virtud, y la ciudad tan copiosa y abundante como el vicio, suspiraba y decía: Labradores fueron nuestros pasados, pero varones fuertes; rústicos, pero soldados. Bien, pues, dijo el locuentísimo historiador que cuanto más ricos y regalados los hombres, menos son al propósito de la guerra, por ser mejores aquellos a quien ningún trabajo se hace nuevo, ningún lugar áspero y dificultoso, acostumbrados del mismo modo a sufrir el invierno que el verano, y a sufrir en un mismo tiempo la hambre y la pobreza. Y así, concluyo con Séneca (que parece quiso dar la difinitiva de nuestro discurso): El soldado que viene a la bandera del campo y la montaña es el más⁷⁰ fuerte; el que viene de la ciudad y la Corte es el más flojo.

Y si el campo da fuerzas al soldado, ¿por qué no al general? El cual no quiero yo que haya nacido para salir acertado en la rústica aldea o la cabaña al lado de los bueyes, como de Abdolomino cuenta⁷¹ Quinto Curcio; que, sembrando en su heredad pobre, dejó caer de la mano la semilla para apretar con ella el cetro que de repente le ofrecieron los tirios; o como Atilio, que casi en un punto se vio llevar el arado con que rompía la tierra y la lanza con que sujetó innumerables huestes de enemigos; en un punta seguir arrastrado el par de bueyes y ser honrado en un carro triunfal en Roma; o como el scita Tamborlano, que, ayer grosero pastor, hoy como a rayo del cielo le temblaba el mundo. Quiero que (con el precepto de Jenofonte) cuanto más noble guste más deste ejercicio. En quien hallará el alma más deleite, el pensamiento más viveza y los miembros mayor fortaleza y vigor; pero de la manera que conviene ejercitarle a un varón noble. Díjola Salustio: breve y bien: de manera que se eche de ver que es ejercicio y no servicio; que, pues es el campo (como dijo Stobeo) maestro de la virtud y de la vida honrada, nadie ha de venir a él, de la ciudad, para perder lo que se debe a la dignidad; ni apartarse de los ciudadanos ha de ser encerrarse como el topo o esconderse del sol como el murciélago. Antes bien allí, como más desocupado, ha de acudir a su república y obligaciones más puntualmente.

Al modo de aquel buen príncipe Numa Pompilio, tan valiente en la guerra como prudente en la paz, de quien cuenta Plutarco que la mayor parte del año pasaba en el campo, en quien sentía cobrar nuevas fuerzas el ingenio para el gobierno de la comunidad; de aquel gran emperador (aunque pagano) Macameto, el cual en medio del gobierno de tantos reinos y tan valientes empresas tenía jardín en que él por su mano cavaba las hortalizas, podaba los arboles y recibía el dinero de los frutos que hacía vender en la plaza (porque, en lo demás magnificentísimo, en esto gustaba parecer avariento). Por el deleite, digo yo, que recibiría viendo en sus manos el fruto de su industria y trabajo.

Dejo a Diocleciano, entretenido en la alquería de Salón cultivando un huerto, pero no por eso olvidado del gobierno de su Imperio. Dejo aquellos maduros viejos senadores llamados del campo a la ciudad siempre que se juntaba Senado; y muchas (como dice Propercio) se hallaban en él tantos juntos, que pudieron hacerle; pero nunca ociosos ni el ingenio ni la mano. Dejo otros muchos que acordaré quizá otro día, pues puede V. S. serlo de todos en esta su aldea retirado de la ciudad para entrar más en sus obligaciones: la expulsión de tantos moros, su despacho, remedio de sus

70.- Orig.: 'mar.'

71.- Orig.: 'cuentan.'

quejas y demasías del comisario; las necesidades de la Armada Real, y sus dudas, sus provisiones. Y con eso no faltan ojos y manos para las plantas del jardín, ni para el ciervo y jabalí de la sierra noches y sobresaltos, a fin que los trabajos de la capitana, del no dormir, del no desnudarse, del sustentar las armas, del sufrir la tormenta, no hagan novedad al uso y la costumbre.

DISCURSO IIII

HACE (prometí lo tercero) el campo ánimos despreciadores de la muerte, lo sumo de la fortaleza. No aquella que por voto del vulgo hurtó tan glorioso nombre: el vigor del brazo, el pecho duro y robusto, dádiva y beneficio del Cielo que (si bien digna de estima, como dejo tratado, y fundamento muchas veces necesario de la verdadera fortaleza) a veces se halla con la cobardía, el temor y la temeridad, enemigos de virtud tan ilustre. En el alma tiene principal asiento, donde las demás virtudes. El acometer gallardamente los peligros, durar en ellos y (como cita de Andrónico Santo Tomás) entrarse por las puertas de la muerte, hacer rostro a sus espantos, no volver el pie a su fiereza, la última alabanza es de la fortaleza, el colmo de su gloria y el más ilustre sujeto de la humana osadía.

Pretenderán por ventura, si nos escuchan, parte destas ventajas aquellos que no sólo desestimaron la vida y no temblaron la fealdad de la muerte; pero aborrecieron aquella y, entrando briosos por las puertas desta, le dieron fuerzas con la de su brazo y furia con su enojo. Muchos nos saldrán al encuentro matándose a sí⁷² mismos y solicitando por ello nombre de fuertes. Harta congoja para las obras humanas afeitarse con los colores de la más honrada virtud el más vil vicio y pedir el laurel de la fortaleza la mayor cobardía. Grandeza es, y por quien sólo se debe llamar un ánimo fuerte, la de osar morir; pero que mueva los pies mayor bien que el de la vida despreciada: la gloria de la religión, la defensa de la patria, la guarda de la inocencia, y que entonces se sufra con aliento la violencia ajena, no se encruelezca contra sí la mano propia. Perjudicial locura, detestable maleficio, condenado por tal de todas las repúblicas, de todos los filósofos, de todos los Santos, y indigna de ánimos fuertes, como la más infame cobardía.

De temerosos es (dice Platón), y no de fuertes, matarse por causa alguna, y la razón es llana: porque si el mayor acto de la fortaleza es sufrir, ¿quién se mató que no fuese vencido del dolor y tristeza? Unas mujeres livianas que no⁷³ bastaron a la locura de su pasión. Fíldes, cuando mucho se echa el lazo por la tardanza de Demofonte, y Virgilio quiere que Dido, por la partida de Eneas se entre al fuego. Hero se despeña al mar, y Laodamia se deja secar de hambre. Locas rapacerías y triunfos del amor torpe, con quien honra sus mantillas, no ya sus canas, en quien o se reconoce más cuerdo, o vencido de la codicia. Algunas se mataron por sus maridos, como Alcestes y Alcione, impacientes de la soledad, enemigas de la viudez. Y hombres también vimos no de mayor ánimo, que se mataron por tiernos. Como Hemón por Antígona, Ifis por Anaxarte; y aun por menor causa, como Ajax Telamón por la falta de unas armas: pequeña disculpa de tan mal agravio.

Otros enfermaron de la rabia, que acordó Marcial:

Furia es, por no morir, darse la muerte.

72.- Orig.: 'assi'

73.- Orig.: 'bo'

Como vimos en Otón, en Tiberio, y aun en el sabio Catón; que tampoco⁷⁴ se debe fiar al humano ingenio si no le alumbró luz soberana. Por no padecer una enfermedad se daban la muerte muchos; y, sin tanta ocasión, por parecerles miserables obligaciones las del vivir otros, llamando a la muerte descanso de larga fatiga, puerto de prolija tempestad. Siguió esta mala senda Licurgo, y Cleombroto, que por leer en Platón que era inmortal el alma se arrojó al mar. Los sabios Zenón, Cleantes y otros infinitos cortaron las miserias desta vida con los filos⁷⁵ de la muerte, buscando a veces, para ostentación de mayor ánimo, la más horrible y fiera: el cuchillo, el cordel, el peñasco y el fuego abrasador. ¿A quién no admira que el mayor castigo que pudo inventar la crueldad, del arder vivos, hayan apetecido muchos hombres y hayan buscado descanso en el mayor tormento? Hércules, Esculapio, Calano y Empédocles amaron tanto desatino. En Arriano encontramos muchos, y en otras historias a los filósofos indios llamados⁷⁶ gimnosofistas; los astapenses, pueblos de África; los metulios, los xantios en Asia, los saguntinos en España, con semejante furor. Increíble verdaderamente, si no viéramos hoy cada día arder los holandeses. No de valor, pues ¿cuál mayor vileza de ánimo que por temer la suerte del vencedor, la aflicción del captiverio, la vejez cansada, la triste pobreza, desperdiciar la vida? Y ¿cuál mayor locura que trocar por la suma de las miserias las humanas? Harto buen argumento Sardanápalo, el más vil y afeminado de los hombres, que se entregó de su voluntad al fuego. Justa providencia que quien tras tan torpes deleites mandó poner en su sepulcro lo que pareciera mal en el de un⁷⁷ buey (dice el sabio Aristóteles):

Aquello que comí y bebí me llevo.

rematará⁷⁸ en el mayor dolor la baja de sus vicios, convirtiéndose él mismo en ceniza y polvo para que se viera que no llevó nada de aquello, que ni aun mientras lo gozó tenía.

Miserias tiene nuestra vida, peligros, enfermedades, miedos, cuidados. Como discurre doctamente Plinio, no es tan de amar como algunos piensan, ni digna tampoco de ser tan cruelmente aborrecida. Al fin, es don de Dios, a quien injuria el hombre que se mata, como el esclavo que de su legítimo señor huye. Todo naturalmente ama su conservación y resiste al enemigo.⁷⁹ ¿Cuál, pues, es el brazo que se arma contra la propia vida? Bien es que conozcamos sus incomodidades para no asombrarnos de la muerte su contraria, y saberla emplear en ocasiones honradas por mayores bienes: por la gloria de Dios, el aumento de la religión, la salud de la patria, la defensa del príncipe, del padre, del perlado, y, cuando mucho, del bienhechor. O como el Apóstol, que por estar con Cristo deseaba desatarse y llamaba cárcel el cuerpo. Y otros le llaman sepultura, de donde sacó Eurípides la cuestión que acuerda Platón en Gorgias: ¿Quién sabrá responder si es muerte la vida, o se empieza a vivir cuando se muere? A quien muchos sabios responden que es nuestro verdadero nacimiento la muerte; y lo sintieron así muchas naciones, festejando el día último y llorando el primero: costumbre que hoy guarda la Iglesia, que a la muerte de los mártires da nombre de nacimiento. Y por lo menos halló muy⁸⁰ repetido y recibido el parecer de Ausonio, que pone la mayor dicha del hombre en nunca nacer, o, ya que nazca, en morir luego. Es bonísima la égloga, y dice así:

74.- Entiendo que alude a 'el ánimo' o a 'la sabiduría'

75.- Suplo 'filos'

76.- Orig.: 'llamado'

77.- Suplo 'un'

78.- Orig.: 'Rematará'

79.- Orig.: 'amigo'

80.- Orig.: 'muy | muy'

¿Cuál será de mi vida buen consejo,
si está la plaza de alborotos llena;
mi propia casa, de cuidado y pena,
y mayor me persigue si la dejo?

Si el mercader recela nuevos daños,
si la torpe pobreza el alma abate,
si el labrador con el sudor combate,
y al mar tienen infame sus engaños.

Si no casarme es un tormento largo,
y guardar la mujer vano tormento.
Si al soldado le miro andar sangriento,
y al vil logrero en su conciencia amargo.

Más largas las congojas que la vida,
la edad presente a todos desagrada.
Sin sentir mama el niño. ¡Cuán pesada
al muchacho es la escuela aborrecida!.

Temerario el mancebo no sosiega;
al varon, los trabajos a millares
la Fortuna encadena en tierra y mares,
siempre mayor el que postrero llega.

Rezamos por ser viejos, y no veo
en la vejez sino infinitos males.
Desprecian lo presente los mortales,
y hallan enojo en su mayor deseo.

Alguno de ser Dios huyó la suerte,
y la hija de Dauno está quejosa,
porque la alargan vida tan penosa,
porque del bien la privan de la muerte.

Al Cáucaso Mercurio al Sabio lleva,
donde la vida eterna le desplace.
Y ¿que mucho, si el águila deshace
su nuevo corazón con hambre nueva?

Si miro las costumbres, el que quiere
de Hipólito imitar pureza tanta,
no será mucho si su fin le espanta,
pues mientras huye de ser malo muere.

A quien por el contrario el amor ciego
vence con sus deleites, el deseo,
mire el triste convite de Tereo,
y el rey Asirio que se arroja al fuego:

A guardar fe y palabra el pecho atiza
la sangre de dos guerras africanas,
y a despreciarlas todas por livianas,
de Sagunto invencible la ceniza.

Vive y guarda amistad: triste pecado,
que acabó de Pitágoras la escuela.
Huye de todos y su amor recela:
morirás, cual Timón, apedreado.

Duda el hombre su bien, y se fatiga
por cosa que alcanzada le atormenta:
buscando aquella honra halló su afrenta,
y éste a servir para mandar se obliga.

El que en las honras y favores crece
se expone de la invidia al duro agravio.
La vida acorta con velar el sabio,
y desprecios el rústico padece.

Quéjase el abogado que defiende
causa difícil por pequeña paga;
y el defendido, que su hacienda estraga
quien a robarle solamente atiende.

A quien el padre ayer cansó severo
cercan hoy los cuidados, y mañana.
El mozo busca su vejez temprana,
y roba el oro el pródigo heredero.

Si guardas cauto, sonará a tu oído
la voz de miserable y avariento.
Si gastas largo, con mayor tormento
te seguirá la infamia de perdido.

Todo nos es contrario y es molesto.
Alabo, pues, de Grecia la cordura,
que pone al hombre su mayor ventura
en nunca haber nacido, o morir presto.

Provechoso sentimiento, si aconseja no furor contra la propia vida desengaño sí de sus falsos bienes, y aliento para ofrecerla por respeto generoso. En que tiene andado mucho el labrador pobre, que trae continuos en los labios acíbar de sus molestias, y en los ojos ejemplos de su brevedad.

Díjolo el sabio por admirable camino: ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria al hombre que tiene paz en sus riquezas! Y allí mismo: ¡Oh muerte, cuán bueno es tu juicio al hombre pobre! Amarga la muerte para el rico, y buen juicio para el pobre. Gusta aquél la muerte con sentido de carne, no poniendo al paladar más que las enfermedades, que delante vienen sus aficiones, sus bascas, sus dolores, la división que en ellos hace de alma y cuerpo. Aquel quitarles los regalos, cortar los deseos; en vez de las telas ricas, vestirles una mortaja, y en vez de los palacios de oro, cerrarlos en una hedionda sepultura. Cosas desabridas por extremo a la carne, y así, les sabe amarguísima, no sólo ella, sino su memoria, y sus oraciones y peticiones al Cielo son:

Danos vida, Señor, y largos años.

Porque (como bien dijo⁸¹ Aristófanes) las riquezas y deleites no son más que un miedo congojosísimo de morir y un deseo temerosísimo de vivir. Los menos ricos, los que con sudor de su rostro sustentan la vida, juzgan con buena razón de la muerte, y, teniendo por cierto que el fin del trabajo no puede ser sino el descanso, persuádense lo que Sócrates: que el perder esta vida es una mudanza del mal al bien; y así, en la mayor aflicción, cuando de sol a sol les atormenta los brazos el yerro, les falta el sustento necesario para sus hijos, con cantar el corto versillo de Horacio se divierten.

81.- Suplo 'dijo'

Consuelo tiene, al fin, mi triste suerte
con que pondrá a mis males fin la muerte.

Y ¿por qué no ha de ser la muerte amarga para el rico, que le quita de la boca tantos manjares regalados, y no para el pobre, que un pedazo de pan con sal es su azúcar, y unos ajos picados su manjar blanco?

O, si levantamos el pensamiento, ¿qué cosa más⁸² enojosa y amarga para el poderoso que imaginar del humilde que pretende igualarle? Y ¿qué cosa más injusta, al parecer del humilde, que ver unos hombres más levantados y entronizados que otros? La muerte, pues, amarga al rico porque iguala con él al pobre, y parece muy justa al pobre porque abate con él al rico. Y así, aunque dijo Vegecio que no sabía por qué razón temía menos la muerte el que experimentó menos de los deleites desta vida, aquí la deajo: porque no han experimentado los deleites no tienen miedo al morir. A la muchedumbre lasciva de las ciudades, como enternecida y blanda con sus entretenimientos, cualquiera trabajillo es insufrible, cuanto más donde se les representa tan grande como el de la muerte. Por el contrario, el aldeano sencillo, a quien endurece el ingenio el lugar que le cría, no hace mala cara ni aun a la misma muerte, como aquel, al fin, que no gustó otra cosa en su vida que el sudor y el polvo.

A lo que importa también mucho tener los unos costumbre de estar siempre temerosos, y los otros, de nunca temer nada. Por fruto da Sócrates a las riquezas y prosperidades cargar de cuidados y temores al dueño cuanto ellas más mayores; que, como son parto cierto de las pretensiones y esperanzas, donde quiera que están a su lado atormentan los temores y recelos.

El cómo andan juntos el miedo y esperanza resolvió Séneca, escribiendo a Lucilo (que le había en esta duda consultado): Si tienes por difícil (dice) que cosas al parecer un contrarias anden tan unidas, de la manera que una misma cadena junta a la guarda y al soldado, así andan a un paso estas dos cosas que parecen diferentes. Sigue el miedo a la esperanza, y no es maravilla: ambos llevan colgado el ánimo; ambos andan solícitos por lo que guardan. El olvidado en la aldea nada teme, nada recela, como:

El pobre caminante
a ojos del ladrón canta seguro.

Díjolo de ambos bonísimamente Séneca en su Hércules Oeteo:

Los que al venir vio el día venturosos,
suele al partirse verlos desdichados;
y así, son raros, viejos y dichosos.

Más blando, y más ajeno de cuidados,
descansa el dulce sueño en cama dura,
que no en techos de púrpura dorados.

Rompen la santa quietud segura
los techos de oro, y su temor incierto
vela las noches que dormir procura.

¡Oh quién al rico viera el pecho abierto!
Viera en él que la mayor fortuna
le tiene de recelos más cubierto.

82.- Suplo 'más.'

A lo que doy por última razón una imaginación mía: lo lejos o cerca que están los ricos ciudadanos a los humildes aldeanos de conocerse hombres. Nada causa tanto olvido de la fragilidad humana como las prosperidades y los bienes. Es sentencia del historiador Curcio, y cuán cierta, ¿quién no lo ve? Pues de que son hombres, de que hay Dios, muchas veces suelen olvidarse los ricos (dice Lactancio). Y si pedimos el principio, está en la mano; porque, si (como afirma Tulio) es la buena fortuna contraria de la buena razón, menos quedará ésta cuanto fuere mayor aquélla, y donde se disminuye la razón, ¿qué novedad hará cualquier locura? De aquí sospecho que sacaron ocasión los pobres para entender mal contra los ricos una sentencia del Filósofo, cuando dice que donde hay mucho de fortuna hay poco de entendimiento, y al contrario. Levantan la voz y gritan que por particular misterio del Cielo en repartir sus bienes, los ricos son ordinariamente necios, como discretos, al contrario, los pobres. A lo que miró el Farsante de Plauto, cuando dijo:

La pobreza me dio donaire y gracia,
maestra docta que toda arte enseña
dondequiera que toca.

Y Manilio afirma que:

Ingenio dio el trabajo al miserable,
porque obliga a velar fortuna pobre
al que cruel aflige.

Engaño, por cierto, generalmente creído, pues fuera de ser el entendimiento virtud que con nosotros nace, y no que al paso de la fortuna se adquiere o pierde, si es capaz de algún socorro, claro está que se le dará antes en los ricos el buen temperamento del padre y el buen mantenimiento propio, que no la miseria del afligido. De donde creo a Platón autor de nuestro refrán castellano: que ningún pájaro canta bien, si no es harto: Y después dél a Juvenal:

Que no puede ser bueno y gran poeta
el ingenio mendigo.

Y más que todos a San Juan Crisóstomo: que se hace plomo con los cuidados y aflicciones el entendimiento que pudiera sin ellas volar por el aire. Conjuración es, pues, de los pobres, y desdicha de algunos necios ricos que, por serlo, lucen en los ojos de todos. ¿Qué hacen, pues, las riquezas, blasfemadas de tantos y no veo de quién repudiadas? Turban la buena consideración, impiden el uso de la sabiduría, y con la soberbia que engendran se olvidan los hombres de sí mismos Pásanse (dijo el Salmo) a los deseos de su corazón como quien pasa de una casa a otra, que necesariamente deja la primera vacía; pasan del corazón humano, en que debieran vivir acudiendo a las obligaciones de hombre, y, reconociéndose tales, a sus vanidades, sus imaginaciones, sus deseos; y así, no me espanto que diga el santo Crisóstomo que hacen las riquezas locos, pues el otro Historiador, no cristiano, lo dijo por su camino bien: Cuanto más los hombres se hacen ricos, desaprenden su propia naturaleza. Y traído a nuestro lenguaje: se olvidan que son hombres.

Érase el buen jurista, o el buen teólogo, hijo de un honrado escudero. Cursaba en la universidad conforme a su medianía; allí hablaba a unos, visitaba a otros, tenía compañeros, tenía amigos, compadecía del miserable, respetaba al poderoso. Llegó por sus pecados (o nuestros) a ser Oidor y Obispo: ni habla ni se compadece, ni aun piensa haber otro como él en el mundo. ¿Qué es la

causa? Desaprendió su naturaleza, olvidose a sí⁸³ mismo. Otro dijo que la causa de no acordarse los poderosos hombres es cegarlos la buena fortuna y las riquezas; y cual si comentara esta autoridad, Menandro dice que las riquezas, como ciegas, ciegan a los que las miran. Dijera mejor si, con el parecer de Persio (que no al dinero, a su esperanza llamó resplandeciente):

Si del dinero engañoso
resplandece la esperanza.

atribuyera la ceguera a su mucha luz y resplandor. Porque ¿cuáles ojos (¡oh humana codicia!) no encandilarán los brillos del oro y plata bruñida? Si ya no es que no se pueden ver los ricos por andar de manera que aun no los podemos ver nosotros: la gorra sobre las cejas, el cabello sobre las orejas, las manos en guantes, y tan envueltos en uno y otro vestido, que es menester por conjeturas adivinar que va allí un hombre. ¿Qué mucho, pues, que no se vean, o desconozcan, si más que hombres, según las plumas que llevan, parecen aves; según las telas, parecen fardos de seda, o (como el Cínico apretándoles el diente) parecen carneros con vellones de oro? A estos tales, ¿qué mucho les espante y atemorice, no la muerte, sino su memoria, pues cosa tan olvidada como a Alejandro su herida, les acuerda que son hombres, y mortales?

El humilde aldeano, que saca de la tierra a precio de sudor sustento a sus hijos, si las miserias acuerdan los hombres, ¿cómo se olvidará en tantas? Cuanto más no divirtiéndole, como al rico en la ciudad, los banquetes, las bodas, los pleitos, las pretensiones, los alborotos, las pependencias; antes no vuelve a cosa los ojos que no le acuerde su miseria, su fragilidad, su muerte. Mira en los árboles las hojas, ayer verdes, hoy secas; en las plantas las flores, ayer hermosas, hoy marchitas. Mira en los animales que, con excederle en muchas virtudes y fuerzas, ninguno las tiene contra el morir. Mayor en cuerpo, el elefante; en ligereza, el ciervo; en ímpetu, el toro; en fuerzas, el oso; en ánimo el león; en olfato, el perro; en vista, el águila; en edad, el cuervo, y al fin aprende

¡Cuán poco valen los graneros llenos,
las ricas heredades y los montes
Lucanos juntos a los de Calabria,
si al fin la muerte, inexorable al oro,
sabe igualar al pobre con el rico!

El soldado, pues, y el General, si para ser bueno debe ser de aquellos que, según Lucano:

El gran temor de la espantosa muerte
no les demuda el rostro; antes brioso,
corren varonilmente al yerro duro,
con ánimo capaz, que morir osa.

desengañe al príncipe la verdad del emperador Severo: Solamente es temeroso en la ocasión el soldado vestido, armado, calzado y que guarda algo en el cinto. Y asimismo la de Ifícrates: En tanto es animoso el soldado, y atrevido, en cuanto, necesitado, apetece las riquezas y regalos; porque tanto más entonces se arroja valerosamente a los peligros cuanto más procura satisfacer sus deseos.

Duro y sufrido tenemos nuestro soldado para todo trabajo, fuerte y valeroso en toda ocasión, intrépido y osado en todo peligro; pero no con esto le hemos acabado, si no le damos prudencia y

83.- Orig.: 'assi'.

sabiduría para sufrir ordenadamente los trabajos, gobernarse en las ocasiones y acometer a tiempo los peligros; porque, como dijo bien Valerio:

No es bien se ponga sólo la esperanza
en las fuerzas, pues suele la prudencia
valer más que no el brazo poderoso.

Y apretando el punto más Horacio:

La mayor fuerza, si el contento falta,
ella a sí⁸⁴ misma se destruye y pierde.

Sabio es menester el soldado, y mucho más el General; para lo que importa, sin duda, el ejercicio del campo y la labranza. En que entiendo lo que un pedazo de carta de un docto de estos tiempos dirá hartos. Acaba de contar las ocupaciones de la ciudad, y prosigue: ¿Qué lugar puede quedar aquí para los libros, para los pensamientos, sin quien qué camino se hallará para la sabiduría? Píntate feliz y fuerte cuanto quisieres. A fuerza de brazos busca en la ciudad una poca de libertad y descanso: no te lo concederé firme y a propósito para perficionar el ánimo; porque aquel fuego divino que en sí encierra naturalmente, aborrece cualquier clausura y ama al desenfado del aire y los campos. Las fieras generosas, con estar encerradas se doman y quebrantan, y las almas de altos pensamientos con verse encarceladas en las ciudades. Provoca al buen caballo la plaza libre, y al ánimo virtuoso el aire y el cielo abierto y desocupado. Concluye al fin con la sentencia de Columela; que tiene la vida rústica muy gran vecindad y parentesco con la sabiduría; así porque no hay cosa más a propósito para ella que en un cuerpo sano un sano entendimiento, como porque no llegan al campo los cuidados ni las congojas de las ciudades, que tanto la impiden. No el enfado de las visitas prolijas, no la importunación de los pretendientes, no el enredo de los codiciosos. Antes en paz quieta queda el alma libre para volar a su albedrío. Por cuya razón Lucrecio dice que las Musas de las soledades florecían antiguamente; y siempre fue cierto que se deleitan con el puesto ocioso y retirado: ocasión por que todos los hombres doctos han edificado huertos y jardines en que levantar altísimas contemplaciones, sacando dellos copiosos frutos de admirable doctrina. Catón, entretenido en este ejercicio aprendió prudencia que aprovechará a cuantos siglos sucedieren, y tal fue su pasión, que a todos nos quiso enseñar agricultura. Séneca, varón para honrar no a sola España, sino al mundo, él mismo se alaba que con su mano plantó los platanos, cavó los estanques, puso los arcaduces, sin que tuviera rato bueno sino el del campo. La elocuencia de Cicerón, ¿dónde tuvo principio y cobró fuerzas, sino en las alquerías Tusculana y Firmiana? Plinio, desde su heredad Laurentina nos dijo tantos y tan maravillosos secretos. A un huertecillo suyo dice Marcial que debe Valerio Flaco sus versos, con otros infinitos que en el campo y en las heredades han experimentado particular fuerza y vigor en sus ingenios.

Y no sólo para la sabiduría de la tierra aprovecha la soledad del campo: para más alto conocimiento la hallaron a propósito aquellos primeros maestros de contemplar secretos celestiales. O si no, aquellos primeros capitanes generales que alistaron gente para la más gloriosa conquista: Pablo, Antonio, Hilarión, Macario y otros muchos que, dejando las ciudades desiertas, poblaron los montes y valles, por ser (dice Paladio) éstos el Paraíso que desde la tierra tiene más vecindad y trato con el Cielo. Y así, fueron tan innumerables los que corrían a estas escuelas, que vence a toda admiración, y aun pusiera a peligro el crédito su memoria, si no estribara en testimonios tan ciertos. Hablando San Jerónimo de los conventos y monjes que juntaron San Hilarión y San Antonio,

84.- Orig.: 'assi.'

no se atreve a darles número, escogiendo, antes que arresgar su autoridad, faltar a la historia. Y ¿qué mucho, si de sólo un convento se cuenta que gobernó Apolonio, abad, cinco mil monjes? En el monte Nitria refiere Paladio haber visto quinientos conventos que obedecían un superior, y haber hablado en Tebas con Ammonio, padre y abad de tres mil religiosos. Y no es mucho, si cuenta Nicéforo que lo era Pacomio de siete mil en la isla de Tabbena.⁸⁵

Y no cesó con aquella edad fecundidad tan dichosa, pues cuenta San Bernardo que hubo en Hibernia monasterio con muchos millares de monjes y padre de muchísimos millares de conventos. Tan fértil (dice) de santos, que sólo Juano, hijo suyo, fue fundador de ciento; y S. Columbano (añade) fundó en nuestra Francia el convento Lujoviense,⁸⁶ tan rico de religiosos, que, repitiendo y renovándose a las horas divinas en gran número, jamás cesaban un punto. ¿Qué diré de la orden de San Benito? Encogerá cualquiera entendimiento lo que cuenta Tritemio (autor grave desta religión): quince mil monasterios principales, de quien si cada religioso poseyera su hacienda, fuera (dice) la tercia parte de la cristiandad de San Benito; y no para aquí la maravilla, pues según otro autor se alargó despues el número a treinta y siete mil conventos.

De monjes Carmelitanos, refiere Sabélico que se vieron siete mil casas, con más de ciento y ochenta mil sacerdotes; y aunque anda medroso al contarlos, no falta otro que asegure su atrevimiento. Maravillas que las hace suaves el aumento de las órdenes de Santo Domingo⁸⁷ y San Francisco, tan cercanas a nuestros años, pues⁸⁸ a pocos de su fundación tuvo aquélla veinte y una provincias, cuatro mil y ciento y cuarenta y tres conventos, y en ellos veinte y seis mil y cuatrocientos y sesenta religiosos del coro y cerca de mil y quinientos maestros en Teulugía. Y de la de San Francisco cuenta el mismo autor que luego a sus principios se vio con sesenta mil sacerdotes, ofreciendo (dice) hoy al Pontífice su General, para contra los turcos, treinta mil mancebos religiosos que no hagan falta en sus conventos.

Gloria, por cierto, la mayor de la soledad y el campo haberle escogido los alistados de Dios para ciudadanos de su Corte. Y no acaso o por necesidad (como ladran rabiosos los herejes deste tiempo), sino para aprender la ciencia más alta y escudriñar secretos divinos, como enseña Casiano. Este era su intento, dice un capítulo del Derecho: apartarse del ruido del mundo, contemplar soberanos misterios y ejercitarse algunos ratos en cultivar los árboles y plantas, para no tener ociosos ya las manos, ya el ingenio. Imitadores santos de Elías, de Eliseo, del Baptista Juan y de Cristo nuestro maestro, que para cátedras de su doctrina escogió principalmente las soledades y montes, habiendo dicho por el Profeta que al alma a quien ha de enseñar secretos suyos la ha de llevar primero a las soledades, y que de allí ha de sacar sus gobernadores y príncipes, como se vio por experiencia en Abraham y Moisés. Y los ejércitos de monjes que acabo de contar, ¿para qué los retiró el Señor, sino para seminarios de santos y colegios de quien sacar príncipes para su Iglesia, pues sólo de la Orden de San Benito en tiempo de Joan XXII había quince mil y quinientos y 59 santos canonizados, y Papas diez y ocho, y de solos monjes ha habido cincuenta y dos.

Es, sin duda, la mejor escuela de aprender el campo, como le aconseja Plinio a su amigo Minucio; y Séneca, como aquel que de los filósofos mejor conoció esta verdad, después de los libros que nos dejó en alabanza suya, Más (dice) debe Grecia a la soledad de Cleantes y Zenón que a la ocupación de infinitos; porque es sin duda que no gozáramos hoy los altos pensamientos de Aristóteles y Platón si éste no se retirara en su Academia y aquél en Calciades,⁸⁹ dejada de Alejandro la compañía.

85.- Tabennisi, al norte de Tebas.

86.- Luxeuil (Francia).

87.- Orig.: 'Domingo'.

88.- Orig.: 'Peus'.

89.- Calcis, en la isla de Eubea.

A la soledad debe la Filosofía sus agudezas; la Astrología, sus secretos; la Poesía, sus misterios, y la Política sus consejos, pues de Numa Pompilio sabemos que para acertar en el gobierno de sus súbditos y para granjear autoridad con ellos escogió por medio el retirarse: tan ganado tiene la soledad el crédito de maestra de la sabiduría. ¿Dónde, pues, la podrá mejor aprender el príncipe soldado que en tan aprobada escuela? No revolviendo necesariamente libros: sin obligarle a ellos, del ejercicio que divertido ejercita de labrador y de las plantas que con victoriosa mano cultiva puede salir enteramente advertido y enseñado.

Para la primera vez, hartó he sido largo. Si hasta mañana olvida V. S. el día de hoy y cobra paciencia, tendrá ciertos el jardín nuevos desvelos. Guarde Dios a V. S., etc.

DÍA SEGUNDO

DISCURSO I

QUIEN viere a un labrador dando golpes en la dureza de la tierra y a un soldado trepando por la aspereza del muro juzgará demasiado atrevimiento la igualdad y correspondencia que pretendo en ambos. Y pues ya no puedo volver atrás el pie ni desamparar la dificultad, para que se descubra menos atrevida me parece llevar por compañero un labrador de buenas sentencias por ajenas, y de malos tercetos por míos. Dice así:

¡Oh, si tú bien conoces, venturoso
labrador, que la tierra agradecida
sustento paga a tu sudor sabroso,
honra los Cielos que te dieron vida
en paz que solo gozas dulce y santa,
a la bondad primera parecida!

Si es el hombre mortal hermosa planta,
y Dios su labrador, ¿a cuál oficio
le dará su inventor nobleza tanta?

Ninguno ajeno y libre más del vicio
vive que el que, dejado el alto muro,
del campo y selvas ama el ejercicio.

No del avaro pensamiento duro
ciego furor inflama al que, inocente,
pisa del monte la cerviz seguro.

No de la invidia furia pestilente,
o del vulgo infiel lengua liviana,
ni del frágil favor mudanzas siente.

No sirve ni usa voluntad tirana;
antes bien, libre de esperanza y miedo,
huye locas riquezas y honra vana.

No del engaño el ponzoñoso dedo
le procura herir, ni le acongoja
de la apacible culpa el fin acedo.

Ningún recelo su quietud enoja
mientras con libre pecho y santa vida
al deseoso polvo el grano arroja.

A la virtud la tierra agradecida,
colma fus esperanzas, y al pecado,
en vez de fruto, espinas da ofendida.

Después que manos viles la han tocado
nos estrechó las tuyas, y avarienta
burla los surcos del infame arado.

A ser bueno y justo obligó lo primero al labrador; porque, si no puede haber cosa acertada que de Dios inmortal no tome principio, y todo sucede bien a la virtud, qué se promete de la mano de Dios quien le tiene ofendido? ¿Qué de la tierra, quien la tiene estéril con sus pecados? Debe inocente vida el labrador por muchos títulos. Porque ejercita oficio de quien se dice haberle criado el Altísimo. Trata, navega, edifica nuestra primera culpa porque fue su castigo inventor de toda arte. Sola a la inocencia se dio por ejercicio la labranza; y así, Cristo Dios llamando labrador a su Padre, quiso Él también parecerlo; porque ¿en cuál otro hábito mejor tan gran Príncipe? Porque en él, de una arte por voto del Filósofo justísima y en quien a nadie injuria (como en las demás), esfuerza⁹⁰ el provecho de su dueño dándole vida conforme a su naturaleza, pues a pechos de la madre que le engendró le sustenta. Instituyó la vida del campo, padre natural del hombre, la Mano divina, y encerrose en altas murallas la malicia humana para alimentar en ellas su ambición, su avaricia, su torpeza; y así, recién nacida la culpa, mientras no tomó fuerzas fueron nuestros padres labradores, honrando aquel primer siglo de oro sus virtudes, tan reverenciadas (como dice Marco Varrón) de la religión romana, que, llamados hijos de Ceres, en ellos solos creyó ser la verdadera santidad posible. Y a los que después sucedieron llamó hijos de Saturno, por sus muchos vicios.

De aquí nace la invidia que los demás estados y ocupaciones la tienen, porque de su inocencia y virtud sale su seguridad de conciencia, felicidad; y así, debe el labrador aprovechar la ocasión de la soledad y remitir las inquietudes y vicios para las ciudades. Pues Apolo preguntado⁹¹ por el hombre más bien afortunado del mundo, respondió serlo Aguilao, pobre labrador que vivía santamente en su heredad, porque

Dichoso el que su edad en campo propio
pasa, y la misma casa le ve viejo
que mancebo le vido.

Y concluyo⁹² con que no sólo los doctos de nuestra religión y los sacros Cánones llaman la vida del labrador inocente y santa. Cicerón, autor profano, prueba con ejemplo de Eutico Cenciliano y Roscio Amerino, labradores virtuosos, que es maestra de la templanza, de la diligencia y de la justicia, desterradora de todo vicio y madre de toda virtud. Por lo que Silio, para probar que fue posible hallarse una dama que se conservase buena y virtuosa, da causa:

Sin conocer varón, acostumbrada
a vacío aposento, con las selvas
defendió de su edad los verdes años.

Y nuestro español Marcial, con no ser de muy reformadas costumbres, cuando le tenía la soledad era su primer ejercicio de religión y virtud. Razones que dicen cuánto debe buena y virtuosamente el que cultiva la tierra, pues ella misma (como toqué de Plinio y nos enseña la experiencia), no cansada ni menos amorosa, sino por agraviada que la traten, en vez del propio dueño, manos de esclavos viles y gente viciosa, nos niega cruel los frutos que piadosa daba antiguamente en tanta abundancia. Aquel, pues, que, perdonado de sus pasiones y honrado de la Fortuna con mediana heredad, le retira en ella el deseo de dulce sosiego, deje a otros corazones la inquietud del pecar. Y para gozarle mejor, diga y haga los cortos versillos trágicos tan estimados:

90.- Orig.: 'es fuerça'

91.- Orig.: 'preguntando'

92.- Orig.: 'Concluyò'

Estese poderoso
 el que en palacio Real vivir procura,
 y hónreme con reposo
 dulce silencio de la noche obscura,
 do viviré entretanto,
 dulcemente gozando el ocio santo.

El príncipe soldado que trata la guerra no está menos obligado a la inocencia qu'el labrador, pues son tan hermanos estos dos ejercicios, que Rómulo, su gente fundadora de tan gran ciudad, Roma, dividió en labradores y soldados. Y da Halicarnaseo razón: porque son dos ocupaciones con que se hacen los hombres más templados y virtuosos y menos sujetos al vicio. Y es no pequeña maravilla para advertir esta hermandad la que hay también en las causas que obligan, como al labrador al soldado, a vivir inocente y santamente. Si se llama Dios labrador, muchas más veces capitán; si fue autor de la labranza, también fue de la guerra, pues, la primera cosa, vio el mundo una sangrienta y terrible entre los Ángeles a los ojos deste Señor y en su casa. Y así, desde aquel punto, los que, hechos a su parte, siguieron su bandera, les ordenó que fuesen soldados, y de ellos instituyó milicia de un celestial ejército que tener en cualquier ocasión a su lado.

Criados los hombres, escogió los leales y fundó dellos otro ejército bien ordenado en su Iglesia, por lo que estima más que otra cosa ser llamado señor de los ejércitos. Y no solamente instituyó soldados a los hombres para que peleasen contra los enemigos del espíritu: también fue autor de guerras que derraman sangre, poniendo en manos de muchos capitanes armas, y valor en sus pechos, para pelear contra los malos. Y así, de aquellos grandes Padres los mejores fueron soldados, y aun la gentilidad fingió que los primeros hombres, que nacieron de los dientes que arrojó Cadmo, luego trabaron guerras en que murieron algunos, como entendiendo que era el natural ejercicio del hombre pelear contra la malicia, la injusticia,⁹³ castigar la culpa, defender la honra de Dios, y con peligro de su propia vida quitarla a quien apacienta la maldad. ¿Será, pues, bien que quien defiende la honra de Dios le blasfeme, quién castiga culpas las tenga mayores?

Debe, pues, ser bueno, y virtuoso el soldado. Y más el príncipe, en quien no se puede explicar cuánta ha de ser su inocencia, cuánta en todas las cosas su templanza, cuánta su religión, cuánta su facilidad, cuánta su humanidad. Las razones que le obligan son muchas y que bastaran a ocupar la tarde, pues, dejadas las que en razón de cristiano nos enseñan nuestros santos Doctores, sola la luz de la naturaleza descubre a cualquiera príncipe esta obligación. Triste cosa decía Ciro que era mandar a otros el que no fuese mucho mejor que ellos; y aunque con otras palabras, dijo lo mismo Ausonio: que el príncipe no le hacía el dominio, sino la excelencia de la virtud. En cuya causa admite alguna excusa el particular, que las más veces cubren las: tinieblas sus pecados; ninguna el príncipe (palabras son de Séneca), que así puede esconderlos como su luz el Sol. Porque no sólo sus obras: sus menones palabras reciben a cualquiera hora curiosísimas las orejas del pueblo, y si unas y otras son viciosas, ¿cuáles se esperan los súbditos, que infaliblemente son un remedo y una pura imitación de sus superiores? O ¿cómo podrá castigar faltas que se hicieron a su ejemplo? Hales de consentir que sean como él malos. Y entonces, ¿qué camino hallará posible para tenerlos obedientes en su oficio, pues es cierto que cuanto uno peor, tanto más ásperamente sufre que le manden, y solos se dejan regir con suavidad los buenos?

Por estas y otras causas debe cualquiera príncipe ser y parecer virtuoso. Y en particular por la seguridad, el que no reconoce en la tierra superior, de su conciencia. En quien, cuando de otros ojos pueda esconderse, sabe que le miran los de Dios, a quien nada es oculto, nada escondido, por ser en las más oscuras tinieblas la misma luz, dijo Tertuliano, santo y antiguo Doctor. Y cuando

93.- Orig.: 'justicia'

tenga tan bien⁹⁴ zanjado su poder que de ninguna parte (lo que juzgo imposible) recele peligro, el verdugo de su conciencia basta a martirizarle tan rigurosamente que ni dormido ni despierto le conceda quietud, por ser (dijo Orígenes) ayo celosísimo que ejecuta en nosotros la pena merecida, conforme a las leyes que desde su principio fijó en nuestros ánimos la naturaleza. El príncipe, que tiene Superior a quien debe satisfacción de su bueno o mal proceder, asimismo, la primera, ha de temer su conciencia: el juez, sin duda, que más ásperamente azota y castiga, y que, llegado a juicio, cuando otros faltan valdrá él solo mil testigos. Y miserable aquel (dice Séneca) que no hace caso de los interiores; como, por el contrario, no hay cosa que más deshaga toda calumnia que su seguridad.

Tengo por cierto que si todo estado eminente padece envidia, ninguno igual al que gobierna en la guerra. Pero a semejante peligro basta por prevención el buen Filósofo: Pueden las tinieblas contra el Sol lo que las injurias contra la virtud: escurecerle un poco tiempo; pero al fin ellas quedan vencidas, él vencedor; ellas deshechas y desvanecidas, él claro y resplandeciente. Acuérdome de buen testigo la persecución que V. S. padeció, General de la Armada de guardia de las Indias, en tiempo que se mudaron los tiempos derrotada la capitana, y con su falta de muchos meses juzgado por perdido o muerto. Dio la ocasión libertad a la malicia, que, confiada en favor poderoso, intentó pelar la barba al león muerto. Pareció V. S. en su mayor seguridad vivo y en la Corte, donde se halló capitulado de haber torcido el viaje por reconocer dos vasos enemigos y prenderlos, y haber condenado por cobardes tres capitanes. En esto solo se atrevió a morder su rabia: tanto puede la inocencia, que no deja camino a las malas intenciones. Y cuando más encendida su pasión, remitió V. S., besando a su Majestad la mano, el descargo a sus servicios, a su lealtad y a su inocencia, con que quedó como milagrosamente la confusión de los calumniadores castigada, y V. S. acrecentado en mayores cargos y honrado con mayores honras.

¡Oh, malaya cuanto oro envían las Indias, si por su codicia titubeara o mudara color a los ojos de su rey un General! Cinco veces volcó V. S. el Océano, y, volviendo otros a la primera ricos, volvió todas empeñado y pobre. Pero ¿qué riquezas se comparan al pecho libre de culpa? Cuando no aguardara a la maldad tan rigurosa pena, y la virtud tal gloria, debía bastar el freno de la conciencia; que, como dijo Tulio (aunque con algo diferentes palabras), al bueno sirve de premio, y castiga al malo en las niñas de los ojos. Por lo que Plauto lo llama la mayor desdicha. Y por lo menos tengo por cierta la regla de San Isidro: que nunca el que bien vive se halla triste y melancólico, por ser el mayor deleite de la tierra volver los ojos a los años pasados y hallarlos sin culpa y vicios.

Obligado el príncipe guerrero a ser virtuoso por estas razones, añado otras, si no más justas, por ser de interés, más fuertes en pechos humanos. Niega estéril la tierra sus frutos porque la cultivan manos viciosas, ¿cuál le espera de las armas la acostumbrada a maldades y delitos? ¡Oh si se desengañasen los reyes y sus generales que sólo Dios da y quita las victorias, y que más veces que el valor vence la virtud y bondad del que pelea! ¡Cuán atentos se informarían para escogerlos de su vida y costumbres!

La gentilidad, que dividio el dominio de un Señor en muchos dioses, no dio pequeña parte a la Fortuna, y ésta reconoció mayor su poder en las armas. Por lo que creyó Cicerón que para tenerla en ocasiones tan suyas con justo título favorable era bien qu'el capitán refrenara sus deseos, amansara su ira, despreciara la avaricia y quitara toda mancha de culpa de su alma, empezando a mandar otros cuando dejara de obedecer sus torpezas. Porque tuvieron persuadido, particularmente los romanos, qu'el buen suceso de la guerra estaba (según Dionisio) en la virtud y santidad del que pelea, procurando en todos aplacar los dioses y obligarlos con rogativas, sacrificios y votos, poniendo más confianza en sus fuerzas que en las propias, persuadidos muchas veces que bajaban personalmente ayudarles. Como cuenta Plinio de la guerra tan dudosa que tuvo Aulo Póstumo Dictador con los latinos, en que se vieron pelear por los romanos dos mancebos hermosísimos

94.- Orig.: 'tambien'

vestidos de blanco y en caballos blancos, que después imaginaron ser Cástor y Pólux. Y cuando los brenos destruyeron el templo de Apolo, consultado Pitias, cuentan que respondió que acudirían al socorro él y sus virgines blancas, con que al momento atemorizados los franceses de unas visiones, fueron vencidos y muertos. Todo o ilusión o ficción, en los que han tenido conocimiento del verdadero Dios. Claro está que los hebreos muchas victorias alcanzaron imposibles a sus fuerzas por medio del favor divino, el cual experimentaron mil veces los macabeos; pero en particular la que se aparecieron en el ejército, cinco varones en cinco caballos con frenos de oro, que tomaron puestos de capitanes hasta dejarles en la mano la vitoria, y otra que un Ángel a caballo, vestido de blanco, con una lanza en la mano, les fue general y rindió sus enemigos.

¿Qué diré después que con más clara luz se reconoce y reverencia la majestad deste Señor? Mil veces venció el gran Constantino con evidentes milagros. En favor del emperador Teodosio⁹⁵ se vieron pelear claramente San Iuan y Filipe, apóstoles, y postrar al contrario. A Teodosio el más mozo sacaron vencedor los Ángeles contra los sarracenos. Y a los ruegos de San Martín se vieron mil veces bajar los mismos Ángeles armados, como cuenta el buen poeta presbítero Fortunato. Dejo a Clodoveo y Honorio, que tan invencibles vitorias alcanzaron de los godos con el favor divino. El Duque Ariolfo, nos cuenta Pablo Dácono que el santo mártir Sabino lo defendió en ocasión de mucho riesgo con su escudo. De San Mauricio y San Demetrio cuenta Ruperto Monje mil ocasiones en que se han visto pelear por los cristianos. Nunca podrán los aragoneses olvidar el favor que en muchas guerras visiblemente recibieron de San Jorge mártir, y en particular cuando junto a Güesca alcanzaron de los moros tan increíble vitoria. Ni menos de Santiago apóstol los castellanos, que tan cierto le tuvieron en cualquier peligro. Como lo confiesa en su privilegio el rey Ramiro de León; que junto a los montes del Clavijo casi vencido y desamparado, le sacó milagrosamente su ayuda vencedor.

¿Pudiera el valor de Pelayo y sus soldados volver atrás el poder inmenso de los moros, tan apoderado ya de España, si a las primeras ocasiones no le manifestara su ayuda el Cielo apareciéndole una Cruz hermosísima, con cuya confianza saliendo de una cueva, capitán de solos mil cristianos, mató sesenta mil de los enemigos? Lo que nos pareciera aun imposible, si no supieramos que las saetas que despedían los moros se volvían a cebar furiosas en sus mismos pechos. Y ¿pudiera el rey don Alonso el Noveno alcanzar otra semejante vitoria, junto a Úbeda, si no se apareciera otra Cruz Santa y le ayudara el Cielo?

Bien conocida tiene esta verdad V. S., pues en tantas ocasiones que le han sucedido milagrosas cuyo suceso atribuye hoy el mundo a buena fortuna, siempre oí a V. S. atribuirlo a oraciones de personas religiosas que le tienen prometida la intercesión de sus oraciones y penitencias, y a favor de una imagen de la Virgen santísima su devota. Dejo tantas veces como se ha visto perdida la capitana, y algunas la armada toda, metidos ya en bajíos peligrosísimos con tormentas deshechas, y salir salvos cuando menos imaginó esperanza humana. Encalló el navío en los Negrillos de Cartagena (peligro que sólo V. S. después que se navega el Poniente segunda vez ha experimentado), y tocando en la peña, quedaron él roto y ella quebrada. Túvose la muerte por cierta, el daño por irremediable; por último consuelo puso V. S. toda la gente en oración, que más parecía disponerse a morir bien que no desear vivir. Y en un punto, cuando todos daban voces lastimosísimas a nuestra Señora de la Piedad, se sintió, como con propria fuerza, levantarse el navío. ¡Oh qué alboroto, qué alegría! Pero cuán breve: ya cerraba la noche, y estrañamente oscura; llegose a sus tinieblas furiosa contrariedad de vientos, y, de nuevo turbados los pilotos, ni mueven el timón ni miran la aguja. El navío camina tan a su voluntad y entre tantos escollos, que cada punto parece al más animoso el último de la vida. ¡Oh prolija muerte! Amanece la mañana, y cuando pensó V. S. que por mucho milagro dura en el peligro, atravesadas cinco leguas de una punta de un bajío llega al puerto y, reconocido el vaso, se

95.- Orig.: 'Theodorio.'

halla rota la quilla, abierto un gran agujero, y en su lugar encajado un gran pedazo de peñasco, tan justo que no dio lugar a pasar una gota de agua. ¿Pudo esto suceder sin asistencia del Cielo? En ocasiones de pelear; ¡qué de veces experimentó V. S. su favor! En fin, es cierto que no tiene que temer a quien Dios defiende y guarda. Y todos los reyes habían de imprimir en el alma las palabras del profeta Amasías; que no depende el suceso de las guerras del número y valor de los ejércitos, sino de sólo Dios, que da la vitoria a quien es servido y ahuyenta a quien le parece; y juntamente las del Padre San Ambrosio escribiendo al emperador Graciano: que las más veces consisten las vitorias en la bondad y virtud del General, y no en el valor de los muchos soldados.

DISCURSO II

Prosigue mi labrador:

LA tuya, pues, si virtuosa intenta sustentarse a sus pechos, tu fatiga su agradecido amor paga y alienta. Verdad es que su trato inquieto obliga a que la oculta y desigual costumbre del vario cielo tu cuidado siga. Como al caer de la empinada cumbre se arroja al mar el Sol, y cuán hermosa la Luna enseña, después dél, su lumbre. De la estrella cruel la luz odiosa; del viento la inclemencia, y de la tierra la virtud, cuanto propia, milagrosa. Esta qu'el grano que el invierno encierra fértil vuelve en espigas el verano, y aquella que en la mies, no en plantas, yerra. Difícil dejó Dios al brazo humano camino en la labranza; mas de modo que el uso le asegura cierto y llano.

Con mayor obligación que de buen filósofo me ha parecido necesidad, luego que hice buen cristiano a mi príncipe, obligarle con prueba de que si bien es dificultosa, es posible por medios humanos el arte de bien gobernar. En que, como en todo, se parece tanto el labrador, que no sé en qué más. Quien leyere preceptos de labranza y sus obligaciones (¡Santo Dios, y qué dificultosa impresa se representa!), parece que no basta la Astrología de Ptolomeo ni la erudición de Aristóteles para conocer influencias de estrellas, diferencias de plantas, y, sobre todo, tan peligrosas las buenas o malas ocasiones, que un punto de mudanza en ellas varía grandemente los sucesos. Pero, con todo, dejado lo que en ella alcanza y asegura el uso para su hora, nadie negará a Cicerón que en ninguna otra cosa se ejercita el hombre con más provecho, con más gusto y con más honra, lo que fuera imposible si lo fuera el alcanzarse las verdades de tan buen ejercicio.

Confíeseme cuantos príncipes gobiernan: por más que se les haya reído la naturaleza y a mano abierta dado buen ingenio, buena memoria, buenas costumbres mil veces; que la variedad

de los consejos, la diferencia de los peligros, la vana presunción de inclinaciones ajenas, la puntualidad de las ocasiones, el engaño de las conjeturas, y, más que todas, causas secretas de nunca previstos sucesos, les han desesperado y persuadido que ni el buen celo ni el buen discurso bastan al buen acierto, pues yerran juntos tantas ocasiones, sino que antes se deben todas a la voluntad Dios; o, con otro lenguaje, a la buena fortuna: hora en que llega hoy la ignorancia cortesana a las orejas de los poderosos y blasfemados. Cuantos arte de bien gobernar han escrito califican, por metafísicas, impracticables sus razones, concluyendo que la buena dicha no es del que quiere ni del que corre, sino del que Dios se la bendice.

No sé (prometo) en qué parte levante más la voz con Salomón; si diga: ¡Oh sabiduría, cuántos son los muy necios a quien pareces áspera, y los insensatos con quien poco duras! O diga: ¡Oh príncipes, qué cerca estáis de tener ministros malos si dais orejas a la lisonja y mentira! Es compasión, y la mayor del mundo, que haya malicia que condene el saber en materia que no se interesa menos que la salud del pueblo y seguridad de la república, y que haya príncipes a quien se atreve a llegar semejante blasfemia. Mas, pues he tocado ocasión para V. S. de tanto gusto, quiero gozar este rato el espacio que me ofrece su paciencia, y para deshacer tales fantasmas vestirme el hábito destes lisonjeros que para que no conozca sus malas artes procuran necio a su príncipe.

No nos han de ocupar el tiempo los muy celestiales, que a la influencia y virtud de los astros atribuyen la variedad de los humanos sucesos; porque aunque éstos no han sido pocos, ni con pleito a su pensar muy desvalido, en pechos que entró la luz del Cielo imposibles son sus invenciones Y si a la necesidad que éstos causan llamaron ordinariamente Hado, no le tomemos (con el consejo de San Agustín) en la boca; pero no por eso podemos negar un Dios que todo lo puede, todo lo ve, todo lo dispone y rige. Escuchemos, primero, varones, aunque gentiles, no los más desalumbrados. A Heródoto: ¡Oh amigo! Lo que está de Dios que ha de acontecer, no puede el hombre por algún camino escusarlo. A Curcio: Piense el que quisiere que suceden los negocios humanos temerariamente y acaso; yo creo que, por trabazón de causas escondidas y mucho antes determinadas, cada cosa guarda el orden de una ley inmutable. Al africano Lucio: Ni por prudente consejo ni por remedio sagaz se puede torcer y reparar la disposición de la divina providencia. A Séneca: Dios es de quien todas las cosas cuelgan y de quien son todas las causas de las causas.

Ahora a los nuestros. ¿Qué dijo Nicéforo? Adonde la divina disposición y providencia no acompaña los consejos y acciones humanas, muy otro responde a la imaginación el suceso. Porque entonces ni el varón bien aconsejado se aconseja bien, ni el fuerte tiene fuerza; antes los consejos más sabios paran en necedad y las hazañas más generosas parecen cobardía. ¿Qué San Crisóstomo? Yo creo que el poder del Señor tiene en su mano los corazones de los hombres para volverlos a la parte que quiere. ¿Qué San Agustín? Por ninguna otra cosa se llama Dios omnipotente sino porque todo lo que quiere puede, y por ninguna voluntad de la criatura se puede impedir el afecto de la suya superior. Y por concluir, ¿no dijo el Sabio: Ya que todas las cosas se gobiernan por la divina providencia; ya que del justo y prudente todas las obras están en la mano de Dios; ya que no hay sabiduría, no hay consejo, no hay prudencia, no hay providencia contra la voluntad del Señor? Y el mismo Señor dice que de dos pajarillos que se venden en un maravedí, no cae uno en el lazo sin que Dios así lo disponga y ordene. ¡Ea pues, valeroso Pompeyo! Has de perder con tu dignidad miserablemente la vida: no lo impedirá tu mucho valor. Traba amistad con César; astutamente le acerca a ti y le honra; procúrale después derribar en vano; tome él, obligado, las armas, y huyendo tú torpe y neciamente de Italia, confía en una batalla toda tu fortuna: escapa della vencido y acógete a un falso amigo que pone tu cabeza y el Imperio en las manos de tu contrario.

Persuadida la fuerza de la divina disposición, si, con todo, se imagina el príncipe tan libre que niega lo mucho que en nuestras acciones se debe a Dios, y con los otros blasfemos dice: ¿Qué es lo que conoce Dios, que como por tinieblas juzga las cosas, las nubes son su palacio y en los cielos se pasea sin considerar nuestras obras?, por otros caminos se puede hallar forzado a confesar

imposible la ciencia de gobernar. Y por que luchemos luego con las dificultades mayores, diga el Cómico: ¿En qué consiste esta sabiduría? En no ver solamente lo que agora tenemos delante de los pies, sino en alargar los ojos a lo que está por venir. Y es así la verdad, que mucho antes se quejó Salomón que los necios lo eran por no mirar los sucesos venideros. Por lo que Séneca manda al prudente que prevenga las cosas que están por venir, y primero las revuelva en su consideración. Lo que se alaba del Santo Josef, que tuvo ojos para conocer la hambre antes que llegase y remediarla con tiempo. Y así, acertó Plutarco en llamar a esta ciencia adivinación.

¿Con qué medio, pues, intentará el hombre entrar en los secretos del tiempo y hallar luz en las tinieblas de los años que están por venir? Si con agüeros y supersticiones, no le quiero mayor desatino; si con suertes, no le quiero mayor liviandad; si con sueños, no le quiero mayor locura; si con juicios de estrellas, no le quiero mayor confusión. El más cuerdo responderá que con la buena conjetura, que (en opinión de Quintiliano) no es otra cosa que un buen discurso que de las cosas pasadas y presentes adivina y previene las futuras. Aquí se reduce todo buen gobierno. Escuche agora a Horacio:

Huye buscar lo que será mañana.

¿Pidese la causa? Darala Cicerón: Nadie puede huir lo que está por venir. ¿Para qué, pues, discurre lo que no te aprovechará cuando lo sepas? Miserable cosa afligirse una alma en lo que no le ha de ser de provecho. Concuerta ésta con la divina providencia. Pues de otra Teócrito: Desengañémonos todos los mortales que de ninguna manera tenemos ojos para ver al día de mañana. Y otra Sófocles: Cuán vano es el hombre que piensa en los días por venir, como si no fuera primero hacer bien hoy que disponer el día que se sigue. Y para no aguardar replica, David dijo: Sabe Dios que son todos los pensamientos y discursos de los hombres, vanos. Y su hijo: Incierta es, y vana, cualquiera providencia nuestra. Está el ama con los brazos en las espalditas del rapaz pequeño que con la mano retuerce el un pezón mientras del otro mama sabrosa leche. Oye descuidada que Saúl su agüelo es muerto, roto su campo y acabada su gente. Parécele al punto que ya la soberbia del vencedor le busca, la halla y ensangrienta furioso la espada en la sangre suya y de su inocente hijo; procura guardarse y guardarle; levántase, huye y corre con tanta priesa, que, cayendo en tierra el niño, le estropea y manca. ¡Cuán triste el fin y cuán amoroso el intento! ¡Qué bien San Gregorio! Muchas cosas intenta el hombre cuerdo, y las más veces, cuando más sutilmente las previene cauteloso, inadvertido aun no ve los daños que tiene presentes. Que casi lo dijo Séneca: Ninguno es tan circunspecto que muchas veces su misma diligencia no le dañe; ninguno tan maduro que muchas veces no dé con su gravedad de ojos; ninguno tan recatado que no dé en los mismos peligros que teme. Discreto, pues, juzgaba Diógenes por el más necio del mundo al que se ocupaba en conjeturar lo por venir.

Y si aquí se imagina tan dichoso el príncipe que así le parece ver lo por venir como lo presente, ¿qué manda Tácito por primera lición del buen gobierno? Que conozca la naturaleza del vulgo y de qué modo se puede templar su desconcierto. Y dél Marcial:

La virtud principal del que gobierna
es conocer los pechos de los súbditos.

Bien ambos, si como representan el peligro ofrecieran el remedio. Forzoso es conocer su pueblo el príncipe. Dicen verdad, pero harto les debiéramos si nos enseñaran el modo.

¿Quién podrá conocer con cierta ciencia
cuántas olas del mar baten la orilla?

Pues a ellas compara el pueblo Séneca:

Aquel a quien admira el favorcillo
del pueblo, más mudable que las olas.

Pensamiento que lo fue antes de Tulio: ¿Qué estrecho (dice), qué golfo tiene tantos movimientos, tantas y tan varias agitaciones cuantas borrascas y perturbaciones padece una comunidad? Y Livio afirma que es de la naturaleza del mar, pues cualquiera ventecillo y cualquiera ocasión le trastorna. Todos por ventura enseñados del Griego que usó primero esta semejanza, teniendo por tal cualquiera república y comunidad, que fácilmente puede ser engañada y a varios efectos inducida, de donde le sucede lo que al mar; que cualquiera viento le mueve, así a la muchedumbre cualquiera ocasión y novedad la muda.

Bien dibujada su inquietud, su inconstancia en el mar revoltoso. Si más con palabras le han pretendido dar a conocer otros, llamándole uno descompuesto, loco sin experiencia, mudable, infiel, inconstante, cruel, traidor, mentiroso, una voz vana, inútil, enojadizo, jactancioso. Lo mismo es querer perder (concluye) con una afrenta honrada que intentar acertar el buen gobierno del pueblo. Otro le añade de ingenio móvil, sedicioso, pendenciero., amigo de novedades y enemigo de todo descanso y quietud. Callen, pues, otros muchos, y remate el que empezó Cicerón: La muchedumbre, las más veces se rige por antojo; si alguna da su voto, no se mueve por elección o discurso, sino por ímpetu y temeridad natural. Desengáñese, pues, el que intenta gobernar; que cuanto más procediere cuerdamente, tanto más sentencias y pareceres ha de experimentar contrarios. Como lo dijo el oráculo de Foción: que sólo él acertaba, porque sentía diversamente de todo el pueblo. O como Diógenes, que, entrando una puerta cuando gran multitud de gente salía por ella, respondió que aquello mismo hacía quien procuraba seguir buen consejo. ¿Cómo, pues, se puede regir el pueblo, que no sólo (en opinión de Macrobio) es incapaz de razón, mas antes siempre o contradice o la desprecia?

Con no ser pequeño inconveniente para su gobierno la mudanza del vulgo, la que dijo Platón a Dionisio que sólo se podría hallar conclusión cierta de su naturaleza, tengo por mayor el que da Persio:

Mil son las diferencias de los hombres.
Mil son sus condiciones, y costumbres.
Ama su antojo cada cual, y nadie
se conforma al ajeno.

Unos todos los hombres en ser mudables, todos son entre sí diferentísimos. Como en los rostros (dice Cicerón), ningunos se corresponden en las inclinaciones y pensamientos. ¿Quieres ver su diferencia por otro camino? Sienta muchos a una mesa: a éstos agradan manjares dulces; a aquéllos, acedos y ásperos. Así, en las costumbres unos son deshonestos, otros airados, otros crueles, otros soberbios y otros que aborrecen tales vicios. Lo que a ti te agrada de corazón a mí por extremo me disgusta, dijo Lucilio. Y si buscamos ejemplos, traiga uno S. Agustín: ¿Quién más debieran ser semejantes (dice) que Cómodo y Antonino, nacidos de un mismo vientre en una misma hora, a cuya semejanza favorecía (según refiere Lampidio) tanto la Astrología, que la pronosticaron de la posición de sus estrellas, nunca otra vez vista como en los dos los Matemáticos? Con todo, ¿qué otros hombres han sido más desemejantes y encontrados en vida, en gustos, en pensamientos y costumbres?

Tantas como las cabezas
suelen ser sus pareceres.

Dijera mejor: tantos son en un hombre los pareceres cuantos son los momentos de su vida; que por eso no falta quien le llame camaleón en mudar colores. ¿Qué mucho, pues, diga Jenofonte que es más fácil de gobernar la inmensidad de animales silvestres que encierran las montañas, que una pequeña comunidad de hombres, si le ayuda a la prueba Séneca, diciendo que ningún otro animal es más mal acondicionado ni se debe tratar con mayor arte que el hombre?

¿Qué animo se hallará, con esto, tan gallardo que, olvidada la fuerza de la Voluntad suprema, presumido de su buen discurso y señor de los pensamientos de sus inferiores, emprenda ciencia de gobernarlos? Y cuando se halle, ¿qué ingenio habrá tan de lince, que en las tinieblas desta vida mortal alcance a ver y diferenciar el mal del bien, lo justo de lo injusto, la virtud del vicio? Sin cuyo claro conocimiento imposible es hallarse ni acertada prudencia ni prudente gobierno. ¡Cuán oscura y dificultosa se esconde la virtud entre dos vicios!, dijo el príncipe Filósofo. Y con otra semejanza, si con el mismo intento (tomada quizá de Galeno), San Basilio: En una misma casa viven avicinados y juntos los vicios y las virtudes. Y no como quiera, sino que para cada una virtud hay dos vicios compañeros que la escondan y encubran; qué modo ordinario de decir que la virtud consiste en el medio, se debe entender en medio de los vicios que las cercan, o, por mejor sentir, las disimulan y esconden, para que de ojos humanos no puedan ser vistas. Obligado está a ser fuerte el príncipe. Si intenta peligro mayor que después parecieron sus fuerzas, fue temerario. Si lo escusa (aunque él lo juzgue tal), le llama el mundo cobarde y temeroso. Debe ser liberal. Si hace mercedes, como poderoso, es un desperdiciado. Si guarda las riquezas para mejor ocasión, es un miserable y abatido. ¿Quién en balanza tan peligrosa tendrá el fiel en su punto, pues está tan cerca de sus contrarios que por cualquiera pequeña falta o sobra se convierte la virtud en vicio? De donde se entiende la verdad de Juvenal:

Con cara de virtud engaña el vicio.

Pues las más⁹⁶ veces se disfraza tan bien⁹⁷ su vestido, que burla los más delgados ojos. Que es lo que predica Tulio: Diligentísimamente es necesario advertir no nos engañen los vicios que hacen el personaje de las virtudes. Representa a la prudencia la malicia; a la templanza, la fiereza en despreciar todo deleite y gusto; a la grandeza de ánimo, la soberbia ambiciosa; a la liberalidad, la prodigalidad; a la fortaleza imita la temeridad, a la religión la superstición. Y, en fin a toda buena obra se parece aquello que en aquel mismo género es demasía. Hasta aquí el buen Orador.

Y aun cresce la dificultad si consideramos que no sólo se parecen los vicios a las virtudes, sino que muchas veces por particulares circunstancias, imposibles de notarse todas, se convierte y muda la virtud en vicio. Por lo que los stoicos advertían que en toda acción humana se habían de examinar dos puntos: el primero, su bondad o malicia, y el último, sus circunstancias.

Agora, pues, el que aprende prudencia y gobierno, si ha de huir vicios y amar virtudes lea y entienda (¡qué confusión!) los Derechos antiguos de los griegos, o otro, antiguo y grande, de los romanos; otro, nuevo, de Justiniano. O el particular, uno de cada una provincia o reino. ¿Qué diré de los inmensos que recogieron las Pandectas, y qué de los Bártulos, Baldos, Paulos, Jasones, Albericos, Abades y la caterva de juristas que sobre las leyes han escrito? Y aún no se ha acabado, pues le queda la inmensidad del Derecho Canónico, el tropel de Sumas de conciencia que llenan las librerías y brotan por momentos nuevas. Y, leídas y entendidas, será forzoso que Dios le alumbre cuál sigue parecer más o menos acertado, pues encontrará uno que condene lo que otro salva. Y al fin hallará al cabo de la Semana Santa, sino libros, letrados, que con la misma suavidad absuelvan al logrero y al que no lo era: y mejor, que se burla de Génova, acomodadas las conciencias en España.

96.- Suplo 'más'

97.- Orig.: 'tambien'

El príncipe, pues, más despejado, si la ley ordenaba Séneca que fuese muy sencilla y corta, por que el que la hubiese de ejercitar la supiese de memoria fácilmente (por lo que Cristo, amor nuestro, dechado de todo buen príncipe, dejó la suya tan breve que para ninguno le pareció necesario escribirla, y de tan pocos capítulos, que toda se resume en amar a Dios y al prójimo), y aun entonces tuviera el peligro de Anacarsis: ser tela de araña que, dando al pájaro crecido paso, sirve a la mosca pequeña de grillos, ¿qué esperanzas puede tener de buen acierto, siendo tan inmenso, no sólo su número, sino el de sus libros; que sólo para hojearlos la más prolija vida no basta? De donde nace tanta diferencia en los que las ejercitan, que, consultados sus votos y juicios, parece increíble que no sean los derechos y leyes que cada uno usa diferentes. ¿Quién, pues, tendrá en tan grande confusión y contrariedad (como Ausonio manda) la regla tan derecha, que ni por poco sea remiso, ni por demasiado injusto? El que tanto confiare a su grande ingenio, presto le desengañarán los contrarios sucesos, si antes no diere con tiempo lo que debe a la vountad de Dios o a la buena fortuna.

DISCURSO III

TALES pienso que podrían ser las armas destes embelecadores. Queda acudir al reparo. Y por que se deshaga el enredo que dejo tejido, sea la primera verdad la que tan firmemente sincela la naturaleza en el corazón del hombre deseoso de saber: que es la sabiduría más preciosa que el oro y que la plata,⁹⁸ y digna de mayor estima que todos los bienes de la tierra.

No quisiera en ratos contados y que hurta V. S. a otras ocupaciones por honrarme, perder el tiempo, o en probar lo muy cierto o en repetir lo que otros han dicho antes mejor que yo sabré considerarlo. Para contar alabanzas del saber bastará repetir algunos pedazos de libros sagrados que nos dejó Salomón, o de los bien pensados que Cicerón. Camino he de buscar, aunque en viaje tan usado, nuevo y por donde menos pensaron enlazar mis enemigos, pues por lo menos no me negarán, o que son muy necios o muy maliciosos. Si llanamente sienten lo que dicen, y aborrecen la sabiduría, oigan al que la pidió por gran merced al Cielo. La sabiduría y la doctrina, los necios solos la desprecian.

Claro está que por la misma razón: porque son necios: El emperador Licinio aborrecía todas las letras porque tuvo ningunas. Micael el Tartamudo vedó que hasta los niños no aprendiesen a leer en las escuelas porque él no supo hacerlo. No llamará hermosa la luz el murciélago, que nunca pudo mirarla. ¿Qué mucho aborrezca el saber el ignorante, si ésta es la ocasión? Siga quien quisiere su parecer; que bien será acertado cuyo dueño confiesa que no sabe. Y ¿qué mayor testimonio de su necedad que persuadir un príncipe que sea necio, no siendo más necesaria (vuelva por nosotros el divino Platón) el alma en el cuerpo que en el príncipe la sabiduría, ni pudiendo haber mayor felicidad en una república que ser regida de sabios? Harto encarecido. Y si queremos más, hable su discípulo Cicerón: La ciencia de bien gobernar, arte de todas las artes; como Platón la llamó, un don, y como yo la llamo, una invención de los dioses. Ésta nos enseñó primero a honrarlos, y luego a regir los hombres conservando su amistad y compañía, a moderar y engrandecer el ánimo, y últimamente nos alumbró los ojos para que viésemos lo superior y lo inferior; el principio, el medio y el fin de todas las cosas.

Últimamente, si (como dijo Estrabón) todos los idiotas o ignorantes son unos niños (que no les hizo pequeña honra), mayor inadvertencia será nuestra venir con ellos a las manos mientras se confiesan tales. Si lo niegan, y aunque no procuran a su príncipe sabio quieren ellos serlo, no es mal golpe para turbarlos el que les da Séneca:

98.- Orig.: 'planta'

Es tal la sabiduría, que hasta los muy malos la honran. Nunca tanto creció la maldad que dejara de ser su nombre venerable y sagrado.

¡Oh Séneca, si alcanzaras mi siglo! Ya llegó⁹⁹ la maldad a que no lo sea. Los peores son, sin duda, del mundo. Vese claro, pues preciándose ellos de sabios, no quieren que su príncipe sepa. ¿Es acaso porque sea necesario menos el saber en el que gobierna que en los que han de ser gobernados, o porque no sabrán engañar si se saben conocer sus engaños? Para con ellos, bastantemente creo concluida, o su necedad o su malicia. Vea ahora el príncipe nuestra verdad.

¿Quién fundó (pregunto) las primeras repúblicas, las primeras ciudades, los primeros reinos? La prudencia, la sabiduría. Isócrates: Dios puso en nosotros facultad de podernos tratar, podernos querer, podernos comunicar. Con este fundamento, las buenas leyes y gobiernos nos¹⁰⁰ sacaron de la vida salvaje y bestial, y juntos y hermanados fundamos las ciudades. Que es lo que Horacio, casi con las mismas palabras, atribuye a Orfeo, de quien la poesía antigua contó que mudaba con su canto los árboles, hacía sentir las piedras, detenía los ríos y amansaba las fieras. Decían que con su sabiduría y elocuencia enmendando los abusos viciosos de los hombres, que vivían como fieras en los bosques, los avecindó en los pueblos y redujo a vida más humana. ¿Quién, pues, ha de conservar esta hermandad, sino la misma que la dio (si así fue) principio?

Nadie en las fuerzas solamente ffe:
la que todo lo puede es la prudencia.

O, si no, ¿en qué nos diferenciamos de los más brutos en ser celosos como el toro, airados como el león? O mejor, ¿qué bruto no nos hiciera ventaja en alguna particular industria, si nosotros nos gobernáramos sin alguna? O, mucho mejor, ¿por qué era bien que el hombre se gobernara sin prudencia y consejo, pues cuando Dios no le hubiera honrado con darle sobre todos los animales sabiduría, de ellos mismos confuso pudiera aprenderla? Callo la que importa la salud. Veamos la que al príncipe y su gobierno. Puede aprender del toro generosidad y valor para defender su pueblo, pues (como advirtió Alejandro) no usa conforme a los demás animales de la fortaleza que le dieron para provecho suyo por buscar sustento; pero, hecho imagen del buen rey, reina entre los de su género con benevolencia y cuidado, los lleva y guía al pasto, y, descubierta alguna bestia fiera, pelea por todos y defiende al flaco. Aprenda del león ánimo grande y atrevido; que antes da la cara a la muerte que al miedo. O, si no, vigilancia y cuidado; que el sueño más seguro duerme como dispierto. Aprenda del elefante, que nunca guía a los otros sino el más anciano, a no ser rey si no fuere el más viejo, cuando no en la edad, en la prudencia. Y a no doblar jamás la rodilla. Entiendo: a escusar toda ocasión que le sea fuerza inclinarse, o a pasión viciosa, o a concierto infame o a mayor poder de enemigo. A vivir templado, pues se sabe del otro elefante que, acostumbrado el criado a hurtarle la mitad del pienso, dándosele un día a ojos del dueño entero, lo dividió con la trompa y comió sólo el medio, por no salir de su ordinario. O si no, aprenda a ejercitar en todas buenas artes, pues da vergüenza que haya habido en animal tan bronco quien haya aprendido a tirar la saeta y la piedra al blanco, jugar la espada, nadar el río, y que haya príncipe que no lo sepa. Aprenda del águila altos pensamientos, volando como ella sobre las nubes, sobre todo lo que pueden alcanzar sus inferiores. Aguda y delgada vista, para descubrir las ocasiones que a los demás se esconden. Ingenio y cuidado que acompañe las fuerzas, para siempre salir vencedor de sus contrarios. Amor a los suyos; pero tal que, aunque sea el hijo más nacido de sus entrañas, en endureciendo el pico y las uñas sepa vivir de su industria y merecer la honra y el sustento con su propio trabajo.

99.- Orig.: 'Y allegò.'

100.- Suplo 'nos.'

¿En qué me detengo? Dificilmente se hallará bruto que no pueda enamorarnos de alguna virtud o enemistarnos con algún vicio. Pero ¿a qué fin, si con sólo acordarse el príncipe que es hombre saldrá bastantemente enseñado? Díjolo Filipo, rey de Macedonia: Nada le conviene al rey tanto como acordarse que es hombre. Con que advertirá que es dada de Dios la potestad que tiene, y a esta causa vivirá honesta y santamente. Y por decirlo todo: como hombre. Dion Crisóstomo: Terrible cosa es que hagan ventaja en el buen gobierno, entre algunos brutos, sus príncipes al hombre, siendo tanto más fácil su gobierno cuanto son más capaces de razón sus inferiores. Concluyo con el docto Cónsul de Roma: Nada tiene el mundo más precioso ni que más bien parezca en el hombre que la sabiduría. ¿Que (pregunto yo) podrá alabar el que la vitupera?

Asentada queda esta verdad, y quedará más descubierto el engaño de los contrarios en que no me podrá negar, lo primero, que si por fuerza se ha de hacer lo que Dios ordena, y no lo que el hombre quiere y escoge, que es más infeliz y triste nuestra suerte que la de los brutos, cuanto hay diferencia en conocer el mal o el bien, y no poder caminar a él si no nos llevan forzados. Y así, quejémonos de Dios que el darnos entendimiento no fue para honrarnos, sino atormentarnos, pues, no siendo con él más libres, sólo nos sirve de conocer que habemos sido más desgraciados. Pero ¿quién blasfemaré tal, ni con razón se quejaré de Dios que, no siendo a nadie injusto, lo quiso ser a la naturaleza del hombre? Con todo eso, no quiero con sola esta verdad darme por contento, pues el mayor daño del yerro contrario es fundarse en otro; o, por mejor decir, navegamos un estrecho que, aunque tiene a los lados dos verdades infalibles, una la cierta providencia del Señor, y otra la libre voluntad nuestra, en cualquiera parte que toquemos peligramos naufragio. La suerte y la dificultad está en que, guiados del Cielo, huyamos igualmente ambos peligros y tomemos puerto.

Verdad es, y digna de reverencia, que el orden de las cosas humanas depende y cuelga de la ley inmutable de la divina Providencia. Lo que cada cual podrá experimentar en propios sucesos, pues echará de ver que mientras no pelea a su lado la soberana Diestra, la tierra, el mar y el aire le es contrario, como verdugo que eficazmente castiga al fugitivo de Dios y su justicia. Pero ¡oh bondad del Señor, y cuántos temerosos de no quitar nada de lo que se debe a la certidumbre del orden Supremo, han quebrado el navío en este escollo, y mientras han querido hacer a Dios poderoso, han hecho al hombre esclavo! Peligró aquí de los primeros el hechicero Simón, y tras dél, o Flandes o Alemania. ¡Qué muchedumbre de miserables entendimientos! Pero, al fin, proveyó el Señor que para que no se perdiesen muchos más diesen voces, y como con cierta carta de marear descubriesen el peligro tantos Santos, tantos Padres, tantos Concilios, que ya no se puede esperar por esta parte daño, si no es por mucha ignorancia o por mucha malicia.

Enfrente desta verdad está otra, ni menos cierta ni menos averiguada: que crio Dios al hombre en la mano de su consejo, y que con libre voluntad, que le dieron, puede caminar, o a la vida, o a la muerte que tiene delante. Porque, si no (argumento es del mayor de los Apóstoles, San Pedro), sin causa juzga Dios por sus obras al hombre, pues no tiene poder de hacer lo que quiere. ¿Qué cosa queda en pie en el mundo, si a esta verdad se pierde el crédito? En vano hay penas y castigos para los que mal hicieron, pues no lo pudieron dejar de hacer en algún tiempo. Vanos serán los derechos de los pueblos que señalan premios y¹⁰¹ penas a la virtud y al vicio. Miserables son aquellos que con trabajos son buenos, y dichosos los que alegres y regalados viven en deshonestidades, maldades y tiranías. Si esto nadie se atreverá a decirlo, decir debemos que es libre el hombre para seguir la justicia y no seguirla.¹⁰²

Divina lición del primer Obispo de Cristo. Antes dél, con la luz de la naturaleza conocida de muchos filósofos, y después dél reconocida y firmada de cuantos Santos y Doctores cuerdate

101.- Orig.: 'y | y'

102.- Orig.: 'guirla'

han escrito. Pero no menos peligrosa verdad¹⁰³ que la primera, si a ella desatentadamente nos acercamos. Acercose Platón, y después de haber perdido el tiento en muchas partes, dijo al fin que Dios sí tenía cuidado de todas las cosas, y su voluntad se cumplía en ellas; solamente no disponía las del hombre, en que le quiso criar privilegiado. Declarose más Tulio, y (como dijo San Agustín) mientras quiso hacer a los hombres libres, los hizo sacrílegos. A éstos se llegó de los bautizados Pelagio, y a¹⁰⁴ él ¡qué número inmenso de los que hoy falsamente se honran con nombre vano de políticos! Los cuales, como quieren al príncipe atento y obediente a sus preceptos, tanto mayor autoridad y crédito piensan darles cuanto más le persuaden que está en su mano y libertad el poder acertar con ellos. De donde no sólo por dar algo al hombre quitan injuriosamente a Dios lo que es suyo (que no es éste, a mi parecer, su intento), sino antes conociendo que es insufrible injuria negar al Señor de todas las criaturas el cuidado y gobierno de la principal dellas, el hombre, se atreven, antes que afirmar tal blasfemia, a negar que haya Dios en el mundo. Y es disparate que apenas se hallarán tres locos que lo hayan dicho. Ellos quieren primero errar con tan pocos que acertar con muchos, y contra el testigo de su propia naturaleza hacer monstruo, sin cabeza y causa, un cuerpo tan grande como el mundo.

Otros de los mismos, que no se han desvergonzado tanto, quieren, antes que hacer a Dios señor del hombre, hacer al hombre igual con los brutos, y al que procuran dar tanta libertad en sus acciones no le dan mejor alma que al caballo. Antes quieren que acaben ambos igualmente, y así, quitando a Dios de la mano la vara para otra vida, le quitan también el gobierno y providencia en ésta, pues gozar de sus bienes igualmente el bueno y el malo (y a veces más abundantes el postre-ro) más parece fruto de industria propia que distribución de mano tan justa.

Tantos caminos hay de perderse el ingenio humano por esta parte. A quien asimismo han socorrido qué de santos Padres. El santo Obispo de Bona el primero, y con sus voces qué de Santos Concilios, avisándonos y advirtiéndolo que si bien es¹⁰⁵ grande el poder de Dios, pero no tal que lleve tras sí forzada la libre voluntad del hombre, y que si ésta tiene libertad, no tanta que no la sepa Dios y pueda disponer de modo que siga suavemente su propósito. Ninguna destas cosas se ha de creer sola, sino ambas juntas. Si así consideramos a Dios señor del querer humano, que necesariamente le trae adonde quiere, dejo que Judas en el árbol está inocente y Dios con culpa, que le obliga a venderle y a colgarse; y atormentado en el Infierno, padece sin causa y Dios le aflige injustísimamente. Lo que no sé yo que haya sacrilegio como imaginarlo; porque ¿qué maldad como hacer a Dios malo, ni qué injusticia como hacerlo injusto?

Paso adelante: ¿qué esclavitud, qué miseria se podrá comparar a la nuestra? ¿Hemos de ir necesariamente, yo al¹⁰⁶ cuchillo y aquél a la corona? En vano me canso yo de escusar todo delicto, y aquél en vano se fatiga, pues ha de llegar allá aunque duerma. Esto ¿quién no lo conoce locura, pues vemos que a los fuertes y desvelados suceden las cosas prósperas, no a los cobardes y dormidos? Añada su razón San Cirilo: Más será miserable que los brutos el hombre, pues ellos se rigen por instinto, y éste por fuerza ajena. ¿De qué sirven las leyes? (dice Tulio). ¿De qué los amigos y buenos consejos? (San Gregorio). Y yo digo al príncipe que los que este engaño le persuaden le quieren descansado y entretenido en gustos y pasatiempos; y si perdiere su dignidad, consolado con que estaba de Dios que había de perderla. Pero yo le aseguro que le desengañará alguna vez su propio daño, y conocerá que fuera bien haberse con tiempo remediado cuando procure con medios y razones humanas, aunque tarde, el remedio.

103.- Orig.: 'xerdad'

104.- Orig.: 'Pelagio, ya'

105.- Orig.: 'el el'

106.- Orig.: 'el'

Si quiere seguir sólo su libre juicio y negar a Dios el divino imperio, maravilla es, por cierto, que, no meneándose la hoja en el árbol sin la voluntad deste Señor, él levante ejércitos y conquiste reinos sin la suya. Por lo menos, o se ha de confesar por la más inútil criatura, pues le estima menos Dios que al polluelo del cuervo, a quien da la comida de su mano, o por la más soberbia, pues no tiene necesidad de llevar a Dios en su compañía. Quiero que entienda que el lisonjero que trae al lado le quita la deste gran Señor por que estime¹⁰⁷ más su ayuda; y toda la empresa fundan en su brazo y en su juicio por que en los buenos sucesos quede más reconocido a sus fuerzas y a sus consejos. Pero yo no le aguardo mayor desengaño que los muchos que tendrá malos cuando más los confiaba mejores. En que ha de quedar temeroso para determinarse en nuevas ocasiones, o desesperado de no acertar cuando se determine; y cierto, al fin, cuando menos, que está en otra mano que la del hombre el buen conocimiento de las ocasiones y peligros.

Por el contrario, qué de provechos, qué de consuelos se sacan de conocer juntamente a Dios señor y al hombre libre. Cubre el invencible Carlos el agua de leños, y velas el aire. Vuela con ellas gallarda España contra la África. Descubren los ojos de Argel el poderoso enemigo. Tiemblan al punto él y toda la Barbaría. Acércase la armada, más, al parecer de unos y otros, a la vitoria que a la conquista. Pisa el pie Español la tierra, que así ofrece el paso como si fuera propia. Túrbase el reino, y más la ciudad; que si no abre rendidas las puertas, medrosa no las defiende. Éstos alegres y aquéllos tristes, unos vocean el vencimiento que otros lloran, cuando (¡oh juicios altísimos de Dios!), conjurados los cielos y los elementos, en unos todo son truenos, relámpagos, rayos, escuridad, tinieblas; en otros todo es rabia, braveza, confusión, enojo. Furiosos los vientos, arrancan los árboles, derriban las torres; el mar, hinchado y loco, parece que quiere, inobediente, romper su cárcel y tragar la tierra, que ayuda con nuevos ríos a su contrario. Túrbase el vencedor y ánimo el vencido. Goza éste la ocasión que aquél pierde, y con la necesidad que tiene de buscar en el agua los navíos le obliga a que deje en tierra la victoria. Con que es forzoso a aquel pecho, en quien cupo el valor del mundo, dar espaldas a quien ya no osaba mirar su rostro, y, dejando el suelo que ya le reconocía por dueño, tornar a las olas enojadas. Vuelve a España el gran Carlos maltratada su armada, perdida alguna gente y dejada tal empresa para otro brazo. En tal ocasión, ¿qué consuelo apaciguara el corazón de tal príncipe sino saber que es Dios el que lo hace?

Arde el juvenil valor en el más brioso pecho que jamás vistió púrpura, e, imaginándose en las fuerzas otro Adlante, quiere hollar sus montes el gallardo Sebastiano. Lleva tras sí (¡oh huérfano Portugal!) toda tu nobleza. Entran a un punto en África el ejército y el espanto; promete el Cielo a la piedad y al valor la victoria cierta. Da entrada la tierra, si no segura, desocupada, y, al fin, el pie cristiano se acerca al brazo enemigo, que le pagara de buena voluntad la vuelta. Recátase la prudencia a ojos del peligro, y procura por lo menos asegurar con corta dilación tan importante impresa. El esfuerzo valiente en rey mozo llama temor al recelo, y al consejo cobardía, y con ánimo inquieto apresura el favor del Cielo, y la batalla da fuego a las piezas, desnuda las armas; y creyendo que todos peleaban con sus brazos y su valor, rinde tristemente al enemigo la más honrada victoria y miserablemente a la muerte la más gallarda vida. En tan infeliz trance, ¿qué podía ser consuelo a tal príncipe como el reconocer humilde que la divina mano le ofreció el buen suceso cuando su propia voluntad, que quiso resistirle, buscó el peligro? En fin, ninguno me negará que en todo acaecimiento halla algo que pudo no hacer y algo que él no hizo; esto que lo debe a Dios, y aquello a su albedrío.

Ya estará V. S. en mi misma dificultad. Voy a ella. Verdad es que Dios lo dispone todo, cuya disposición es infalible. Verdad qu'el hombre es libre para escoger lo que mejor quisiere; pero queda saber cómo se pueden hermanar cosas al parecer tan contrarias: que éste quiera y cumpla libre lo que Dios tiene dispuesto. Confieso que no quisiera ser de los que, preguntando a Euclides muchas cosas de Dios, oyeron que lo más cierto sabía dél que aborrecía los curiosos. Grandes maravillas tie-

107.- Orig.: 'estima'

ne este gran Señor en sus divinos secretos, donde querer entrar el juicio humano es perderse. Y es, a mi parecer, de las mayores la presente. Con seguridad sólo podré responder al modo que Biante de Dios: que era cierto que lo había; que es cierto regirnos su mano poderosa y que nosotros le seguimos libremente. El cómo puédesse creer, pero no entender; puédesse en alguna manera alucinar, pero no declarar. Y ¿qué novedad, si de la hormiguilla pequeña no puede alcanzar el más ingenioso cómo vive, cómo siente, cómo se sustenta, pues apenas se pueden ver qué órganos, qué instrumentos, qué miembros tenga, en quien esté la vida, el sentido, el alimento; cuanto más conocer? Con todo eso, podemos, por nuestro consuelo, adivinar algo desta verdad en esta manera.

Dispuso este gran Señor la república del mundo desde su eternidad de la forma que con la alteza y excelencia de su sabiduría tenía conocidos y vistos los sucesos escondidos que había de manifestar el tiempo. Los cuales, aunque libremente habían de nacer agora de nuestra voluntad, Dios infalible y ciertamente los sabía; porque claro es que, no siendo cierta en Dios, no fuera ciencia, sino engaño. Pero de tal modo que suceder en esta o aquella manera no es porque Dios lo sabía; antes bien sabíalo Dios porque así habían de suceder. Hállase un hombre de tan larga vista que de este jardín ve y cuenta que agora su Majestad en el Pardo, dispara una escopeta y mata un venado. ¿Cuál (pregunto) necesita al otro? ¿Mata el Rey acaso el venado por hacer verdad lo que el hombre ve y dice de tan gran distancia, o el hombre lo ve y cuenta porque así verdaderamente pasa, que el Rey en aquel punto lo mata? Lo que aquí es distancia de leguas es en Dios eternidad de siglos. Tiene este gran Señor muy largos ojos: lo que agora sucede así lo veía inmensas edades ha, como si en aquel punto sucediera. Pudiera no suceder así; pero de esa manera lo viera Dios entonces como agora sucede. Fíese el labrador en la sabiduría y voluntad de Dios, y diga que si tiene visto y ordenado que ha de coger el agosto una gran cosecha, con poco o nada que siembre será infalible; y que si sabe lo contrario, aunque derrame a la tierra las trojes de trigo será sin fruto. ¡Oh ignorante! ¿No adviertes¹⁰⁸ que lo que tú haces de tu voluntad sabe Dios? Porque de otro modo ni Dios supiera la verdad ni tú lo hicieras libremente. Muerto es Fulano (dice el rústico) de una estocada que le dio su enemigo. Si le respondo que bien le hubiera sido no reñir y estar en casa, ¡Ah padre! (replica). Ya Dios sabía que era ésa su muerte. Cómo podía escusarlo? Sí, necio. ¿Estorbáralo el que así lo supiera Dios? No lo estorbó, y eso es lo que Dios sabía; que para este gran Señor la mano que yo ahora muevo, el menor pensamiento de mi corazón, infinitos siglos ha que lo está mirando. O si alguno tiene lo contrario, no gaste en la enfermedad dineros con el médico ni dé a barbero el brazo, pues si ha de morir porque Dios lo sabe, morirá así más rico y más entero. No gaste en el pleito papel ni pasos, y tendrá, si Dios lo sabe, más holgado la buena sentencia.

El príncipe, pues, así reverencie la majestad de Dios como quien tiene conocidas y vistas sus menores acciones; pero así las considere y haga como quien es libre señor para hacer las que quisiere. Verdad es que en muchas obras heroicas al hombre (tan miserable después de la primera inobediencia que aun decir Jesús no puede sin ayuda soberana) faltan fuerzas y valor, no sólo para ejecutarlas, pero aun para intentarlas con un buen deseo, si Dios puesto a su lado no le mueve, no le ayuda, no le acompaña. ¿Pudiera el tartamudo Moisés, pastor olvidado en los montes de Siria, mudados en un punto pensamientos, y ánimo, desamparar las ovejas y contra un rey tan poderoso entrarse por su casa a sacar della tan gran multitud de esclavos y vasallos, si no le despertara y moviera la voz divina que sonó de la zarza? Intentada tal empresa, ¿pudiera persuadirla a sus hermanos si no le ayudara Dios con el cayado milagroso? Y prosiguiendo en ella, ¿pudiera defenderse de la liviana condición de los suyos y salir vencedor de la furia loca de sus contrarios, si Dios, en cuya virtud enjugaba mares y humedecía peñas, no le acompañara?

Así es verdad; que sin el favor de Dios, ¿qué paso dará el pie humano sin tropezar? ¿Qué camino seguirá sin errar? Pero es de advertir que Dios, cuando encamina al hombre a algún efecto hon-

108.- Orig.: 'aduirtes'

rado, no le trae, sino le guía; no le fuerza, sino le ayuda. Diga su sentimiento el divino Dionisio: En ninguna cosa del mundo falta la providencia de Dios; aun de aquellos que son malos se aprovecha, o para el bien común o el suyo particular. Por tanto, absurdos son aquellos que piensan importar alguna vez llevarnos Dios forzados a la virtud, como si la providencia divina supiera destruir la humana naturaleza; antes las conserva todas, y ora por sí se muevan, ora se rijan por libre albedrío, a todas y cada una favorece y ayuda como es capaz. Ya con el infame castigo, ya con el premio honrado, ya con la muerte sentida, ya con la voz que interior dio al alma, mueve la voluntad del que es servido a que siga la impresa honrosa; pero con toda suavidad y orden, no rompiendo las fueros de su libertad y albedrío. Como el primer cielo, que trastorna los demás dejando a cada cual su propio movimiento. Porque de otra manera ¿cómo (dice San Agustín) puede Dios forzar la voluntad del hombre? Pues si la forzara a que quisiera, mejor se dijera que no quería. Tiemble aquí, y tema, el príncipe, y con ambas manos levantadas y en tierra las rodillas procure a Dios propicio y favorable, que con particular luz, o con secreta enseñanza, o con representación de diferentes circunstancias y motivos, le puede guiar y ayudar al buen acierto amorosamente, o desampararle de estos favores, con cuya falta yerre sin hacerle injuria.

Miremos a Josef y Tarquino; ambos encerrados en un aposento, tienen los ojos en dos mujeres desnudas, hermosísimas. Ambos acomete un mismo contrario; ambos mancebos robustos y briosos, tienen a los ojos y a la mano el plato del deleite y la hermosura. Con todo eso, éste acomete cuando aquél se defiende, éste se abraza cuando aquél se yela, éste enamora cuando aquél aborrece, y últimamente, éste goza desdeñado cuando aquél desdeña rogado. ¡Santo Dios! ¿Qué es la causa, en una misma ocasión, de tan diferentes efectos? Es, sin duda, que aquel, por el amor que le tiene, le acuerda y representa Dios la torpeza del deleite, la brevedad del gusto, la injuria al marido, la traición al Señor, la ofensa a Dios y la pena para siempre. Y a cosas tan terribles, ¿quién no apartará los ojos atemorizado, y querrá antes huir inocente un pequeño gusto que no quedar sujeto a tantos males?

A éste, por el contrario, déjale Dios correr tras su apetito. Mira en las blancas mejillas las rosas que ponen a porfía ya¹⁰⁹ la vergüenza y el enojo; caído, con la confusión, el labio sangriento que Amor pinta y representa dulcísimo; tardas las quejas y apresurado el aliento, que insensiblemente le penetran el alma; sudada la lisa frente; hermosísimos, entre las lágrimas, los regalados ojos; desordenado y revuelto el cabello, que saliendo como a defender el rostro de su dueño, vuelve más hermoso el peligro; torcido el largo cuello, desnudo el hermoso pecho; descalzo el blanco pie. Aprieta con su mano el brazo, fija en los ojos los ojos, arde por ambas partes el alma, y, adivinando no se quede inmortal y divino en aquel deleite, olvida la injuria que hace a la honestidad, la traición al hospedaje, el agravio al matrimonio, la ofensa al Cielo; y puesta la consideración toda en la eficacísima apariencia del gusto, ¿qué mucho intente gozarlo desenfrenado?

¿Diremos agora que porque aquél hizo Dios merced de representar los inconvenientes y a¹¹⁰ éste le dejó seguir su antojo, le hizo algún agravio porque no le dio lo que no le debía, o que no pudieron ambos libremente, aquél no huir, y éste no hacer la fuerza? Ni podremos decir uno ni otro: al uno favoreció Dios en darle lo que quiso; al otro no injurió, pues no le quito nada de lo que le debía, antes le dejó en su libre juicio y ayudó con socorro bastante para que pudiese ver los daños y escapar el peligro. No quiso éste huir lo que huyó el otro. ¿Qué mayor argumento de que eran libres? O, si no lo fueran, ¿por qué razón, en lengua de todas las gentes, al uno eternamente honrará la alabanza y al otro condenará el vituperio? Y si no hubiera en los dos merecimientos y culpa, por qué razón siguiera al uno tan cierto el premio como al otro el castigo?

109.- Orig.: 'y à'

110.- Orig.: 'y a'

Pasado hemos cómo el Cielo ha ayudado el primero, y al mayor peligro, llevando seguro al príncipe por medio de estos dos escollos, sangrientos con tantas muertes. Pero siempre cuidadoso, o (mejor) temeroso de Dios, que con particular asistencia hace en esta república del mundo lo que en la nave el piloto, en la carroza el cochero, en la ciudad la ley y en el ejército el capitán: regir, guiar, encaminar y gobernar al hombre. Con que le procura tener contento y amigo, pues, con el argumento de Hermógenes, si entre los amigos todas las cosas son comunes, claro es que a los que fueren suyos comunicará Dios sus bienes y su felicidad. O con palabras de mayor sabio: Sobre los que le temen velan los ojos del Señor. Él es su amparo poderoso, su defensa fuerte; nube que los refresca y hace sombra en el estío, reparo en sus ofensas, ayuda en sus caídas; el que levanta sus almas, alumbra sus pensamientos; el que les da salud, vida y bendición. Y llevando tal brazo en su compañía esté seguro que no perderá el menor cabello de la cabeza sin su voluntad; porque sabemos (dice San Pablo) que a los que Dios ama y le aman todo sucede bien; pero no por eso tan descuidado y remiso que deje de poner la mano con Minerva; de ayudarse con Dios, que acostumbra a vender todas las honras con trabajos, y (como toca San Irineo) muchas veces le quisiera dar el buen suceso y la victoria; y usando de su libertad, o por descuido o falta de consideración podrá perderla.

DISCURSO IIII

ENTRÉMOSLE agora en camino más suave, y con deshacer las dificultades puestas vea cuán fácil puede ser este gran ejercicio del gobierno. En quien, lo primero, es cierto que no sólo una de las más principales partes de la buena prudencia es alargar la vista y estender los ojos a prevenir las cosas que han de suceder, sino que han querido algunos, y no poco doctos, que sea lo mismo ver un hombre muchos lejos que ser verdadero sabio y prudente. Y es así verdad; que la mayor alabanza de un buen príncipe (esto dice Cicerón contra Marco Antonio) está en prevenir y pensar con tiempo todo lo que le puede acaecer. Lo que sirve para dos fines: para sufrir el trabajo con modestia, cuando viniere, y mejor para estorbar, cuanto fuere posible, que no venga. Dé al Orador fuerza San Gregorio: Los que poco saben, mientras que no alcanzan a ver los males que les pueden venir, tanto les parecen después mayores cuanto menos los pensaron. Al cuerdo, por el contrario, ninguna adversidad viene de repente. De lo cual se saca certísima la conclusión de la pluma del cielo: Más buena dicha tiene el pobre sabio qu'el rey necio, pues lo que éste no alcanza tiene aquel ojos para ver lo que ha de ir descubriendo el tiempo.

¿Qué dice el lisonjero? Que es imposible, por algún medio. En vano, pues, naturalmente imprimió Dios en el alma del hombre un deseo y fuerza de conjeturar y descubrir los sucesos venideros. No mucho diferente dijo Tulio de la divinación, y el mayor de cuantos experimenta en sí S. Crisóstomo. ¿Qué le hace a la inocente doncella dar la mano a la parlera gitana, y con ella crédito a sus burlas, sino este fuego y ansias, nacidas con nosotros, de saber antes lo que ha de sucedernos? El medio no alabo, antes le río. Como temo el de los sueños y lloro el vano cansancio de los tristes estrelleros. Pero colijo que todos somos inclinados de la misma naturaleza a saber las cosas por venir, por cualquiera camino. Lo que si fuera imposible, vana y sin fruto fuera la inclinación que sentimos. Cuanto más que si el milano conoce su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña guardan la ocasión de su venida, ¿por qué el hombre ha de ser tan insensato que no ha de conocer o prevenir las de su daño o provecho?

¿He de decir los medios con que le es posible? Ya me quitó deste trabajo el docto Pierio comparando al príncipe con el médico, que de precepto de Hipócrates:

De las cosas que son y las que fueron,
ciertas colige aquellas que se siguen.

Bien en verdad, porque cierto es que no puede juzgar bien de lo futuro el que no hace memoria de lo pasado. Es lo mismo que la experiencia, por quien dijo Africano:

Engendrome la prudencia
y pariome la memoria.

O, si no, Manilio:

Con varios casos, la experiencia hizo
arte el gobierno, y el mejor camino
mostraron los ejemplos.

Acabo con palabras de San Agustín, en un sermón deste mismo sujeto: La buena prudencia ordena así lo presente, que, revolviendo los archivos del tiempo pasado, con lo que en ellos encuentra previene los acaecimientos que amenazan en lo por venir.

Confiesa el contrario que es posible la buena conjetura; pero difícil, y las más veces engañosa y falsa. Pudiera negar lo primero, y decir (con Zenódoto griego) que todas las cosas son fáciles al sabio. Dejo (con Tulio) que es dificultoso conocer las cosas venideras, a cuya causa los antiguos a los buenos conjeturadores llamaban divinos y estimaban como a los mismos dioses. Y cotejada la dificultad con la necesidad y provecho, ¿es mejor que el príncipe por no trabajar un poco se pierda, que no con pequeño trabajo se asegure? Es a veces engañosa. Si engaña la prudencia y sabiduría, ¿qué se esperará de la ignorancia? Lo mismo suele acaecer en la medicina, en quien (como dijo Avicena) pronosticada tal vez de muchas malas señales la muerte, el suceso es otro. ¿Deja por eso el acertado pronóstico ser en opinión de muchos tan esencial al médico como saber dar sano al enfermo? Muchos consejos malos alcanzan fines felices (dijo Tucídides) por que le tuvo peor el contrario, y muchos que parecieron acertados en su principio concluyeron torpemente. ¿Condenaremos por eso los últimos, o será mejor caminar sin alguno? Respondan los cartagineses, que crucificaban los que emprendían las guerras mal aconsejados, aunque rematasen dichosamente. Errar tiene alguna vez la mejor prudencia; pero ¿cuánto más bien es errar alguna que muchas? O si no, ¿cuánto peor es acertar alguna vez acaso, que no errar otra alguna con buen consejo?

Yo quiero que yerren el prevenido y descuidado. Aquél, yo fío que saque escarmiento para no errar dos veces. Si éste también le saca, ya comenzará a ser sabio. Si no, triste él; que

El lobo cauteloso aprende miedo
de¹¹¹ la trampa que el pie le hirió, y el lazo
huye medrosa la águila; el anzuelo
escondido el milano.

Y él, como cordero inocente, vuelve los pies al mismo peligro; o, como perro, neciamente al vómito.

De muchos príncipes y capitanes pudiera sacar ejemplos de dichas prevenciones y conjeturas; pero no sé de quién como de V. S. Así parece maravilloso en las ocasiones que emprende su discurso, que, ora la invidia, ora la alabanza, no saben darle otro nombre que don del Cielo. ¿Qué

111.- Orig.: 'Del'

lición hay para tan rica ciencia sino la de Jofefo: tener en la memoria los buenos y malos sucesos pasados para saber cuáles se han de huir en los venideros. Ojalá, pues (cumpliendo el precepto de San Gregorio de prevenir con el estudio de la consideración lo que se hace), supiesen los príncipes y mirasen con tiempo los sucesos que los aguardan.

Por esta parte ya tenemos al príncipe, ni tan ansioso de lo por venir que cate las descuidadas voces o movimientos de las aves, o la revolución de sus sueños nacida de la que hay en sus humores (porque esto es enjerirse en demasiados y necios cuidados), ni tan sin corazón que no considere lo que se puede seguir de lo trae entre manos o a cuál parte sus libres pasos le guían (lo que es enredarse simplemente en muchos peligros). Agora le quiero animar a que no desconfíe del buen acierto porque gobierna ánimos humanos; porque, si bien es verdad la de Tulio, que ninguna cosa más fácil e incierta que el pueblo (y en esta razón lo será cuanto añadiremos a lo dicho), y de ahí se colige que es gobernarlos trabajo, ¿qué cosa, sin él (dice Horacio), dio la vida a los mortales? Cuanto más que a mejor consideración esa misma mudanza y facilidad tan conocida en el pueblo la da a su gobierno.

Un sabio ingenio muchas manos ata.

Dijo Eurípides. Es de naturaleza mudable el hombre, escribe Platón a Dionisio. Esa misma, si la conoce, ofrece seguridad al príncipe. ¡Cuán buen ejemplo en Cristo! Procura volver a las manos que poco antes le quisieron apedrear; acuérdenlo sus discípulos y responde que doce horas tiene el día, como advirtiendo qué mudanzas haría en ellas quien en una hace tantas. ¿Qué príncipe gobernó pueblo más mudable que Moisés? Locos, ignorantes, desagradecidos, los llama el mismo; y con todo eso, el hombre más blando de condición los acertó a regir con notable suavidad y mansedumbre. Todo género de aves, de bestias y serpientes se sabe domar, dijo Santiago. ¿Por qué no el hombre, si lo trata el arte que sabe hacer (con parecer de Tulio) de lo malo razonable, y de lo bueno mejor; y aun (con el de San Ambrosio) muchas veces sabe vencer la misma naturaleza? Como aquel caballo de los partos que cuenta Dion enviado a Trajano, enseñado a hincar las rodillas, a bajar la cabeza y adorar a su rey siempre que le veía. La industria, en fin, en unos mismos árboles inventa nuevos géneros de frutas, y de la piedra blanda o dura, con más o menos trabajo forma la estatua. Así el pueblo, su misma facilidad ayuda (como afirma Quintiliano), a poderse regir y mudar con prudente mano a cualquiera afecto.

Con esto, conozco que es en cada hombre diferente la inclinación y gusto, y aun en uno mismo se mudan ambos con la edad. Es el hombre, cuando niño (dice Terencio), fácil de airarse y fácil de desenojarse, en razón de ser flaco el ánimo que le gobierna. Crece más, y es (dice Platón) blando a recibir cualquiera figura de virtud o vicio. Llega a ser mancebo y empieza a ser ambicioso y amigo de la alabanza y honra (dice Aristóteles), porque apetece un no sé que de grandeza y excelencia aquella edad florida; pero con tal mudanza (añade) que en los mayores deseos ligeramente se fastidia y harta, aborreciendo en un punto, lo que apeteció fervorosamente. Es hombre (dice Cicerón) y principalmente trata en adquirir riquezas, corresponder a sus amigos y hacer ostentación en el vestido y galas. Alcanza a ser viejo y (como se enfría el calor, dice el Filósofo) empieza a ser temeroso; que, al fin, es frialdad el miedo. Y como ve cerca el fin más vive con la memoria que con la esperanza, de donde nace que nunca se cansa de contar los casos de su mocedad y refrescarlos en su memoria. Parece que de todos los aprendió y recopiló Horacio:

De toda edad advierte las costumbres,
y el debido lugar tengan los años
que tan breves se mudan. Tierno el niño
que mal la voz imita de su padre

y con pequeño pie la arena estampa,
alegre juega con su igual. La ira
presto le turba y deja en breves horas
mudada su pasión ligera y nueva.

Señala ya sobre el caliente labio
el deseado bozo, y despedido
el áspero maestro, en el caballo
salta gozoso, y los ligeros perros
huelga mirar que vuelan por la grama.

De cera al vicio, al buen consejo duro,
descuidado en su bien, prodigo y franco
del dinero heredado, deseoso
de estimación, y sobre todo fácil
de olvidar lo que amaba en aquel punto.

Mudados los afectos cuando hombre,
busca riquezas, y amistades busca.
Sirve a la honra, y cometer escusa
lo que luego trabaje en deshacerlo.

De mil males ceñido cuando viejo,
tesoros junta que avariento guarda
sin que tocarlos ose, miserable.

Todo lo trata tardo y temeroso,
con largas esperanzas divertido,
ansioso de los años venideros,
con dura condición vive quejoso.

Acuérdase y alaba el dulce tiempo
que mancebo gozó: juez terrible
y verdugo de aquel que lo es entonces.

Tiene cada edad sus inclinaciones; y aun los reinos y provincias (como advirtió Livio) dan gentes de diversas costumbres: unas airadas, otras atrevidas, otras temerosas; unas dadas al vino, otras a varios vicios y deleites. El príncipe, pues, ha de ser como aquel maestro que envió el rey de Tiro a Salomón, que sabía trabajar doctamente en el oro, en la plata, en el metal, en el hierro, en el mármol, en el leño, en la púrpura, en el jacinto, dando a cada uno con prudencia lo necesario. Al modo de aquel valeroso capitán Aníbal, que el ejército que tenía de españoles, de africanos, de franceses y otras gentes varias, así conservaba con su autoridad y prudencia que no se oyó en su campo ni la menor pesadumbre ni el menor alboroto. Particular en que lo es V. S. con mil ventajas, pues, juntas tantas naciones en su armada y ejército, ora encerrados naveguen el mar, ora libres alojen la tierra, parecen todos, según su quietud y conformidad, que una alma sola les da vida. Posible es, pues, gobernar hombres, si sabe el príncipe reconocerse con prudencia su superior.

Y si el gobernar ajenas voluntades no es imposible, menos lo es saber apartar de lo bueno lo malo, y la virtud del vicio. Para cuyo conocimiento, impiedad fuera imaginar que nos crio Dios tan ascuras que no podamos divisar y diferenciar sus colores: con nosotros nace la luz que basta a conocerlas, y si tropezamos tan miserablemente, culpa es de nuestra voluntad; que, dejado aquel resplandor, se entra por las tinieblas de su antojo. Muchos os preguntan, Señor (dice Dios a David): ¿Quién nos enseñará el bien? Sellada está en nosotros la luz de vuestra divina bondad. Gran beneficio, gran merced, que tengamos en nuestra alma tan viva estampa de aquella ley soberana que todas las cosas encamina a su debido fin. No se escuse, pues, el malo con decir que no conoce

la virtud, pues (como afirma San Antonio) toda maldad estriba en mudar nuestra naturaleza y en no obedecer su condición dichosa, No nacimos buenos y santos; pero nacimos con natural regla y medida. A quien si ajustamos nuestras obras, serán acertadas y virtuosas, y en tanto se condenan en cuanto desta regla exceden o faltan. Y este es el asiento de la virtud: entre dos extremos, fáciles de ser conocidos por sus demasías.

En grande obligación nos puso la naturaleza (dice Séneca) cuando a las almas de todos los mortales infundió divina luz con quien ven y descubren la virtud con el conocimiento, aunque no la sigan con la obra. ¿Quién, pues, pretende escusa de su maldad con que no ve lo bueno, si esto es confesarse más ciego que los demás y más malo que todos? Pues se confiesa sin ojos, no sólo para salir de su maldad, sino para conocerla. Pero a nadie se le debe consentir que sea por este camino el peor, siquiera por que no entienda que tiene de menos culpa ser acaso malo.

¡Oh buen Dios que castigas al tirano!
 Cuando el vicio tenido del veneno
 más le mueve el ingenio, con que vea
 la virtud y le pese de dejarla.

Cristianísimas palabras, aunque de boca gentil. Tanto que las trasladó en sus libros de Consolación, no con peor elegancia y hartó con mejor espíritu, el devoto Boecio:

¿Qué digno rogaré a las necias almas
 que buscan las riquezas y las honras?
 Que cuando más las juntan, más descubren
 con su dolor los verdaderos bienes.

Y es así; que ninguno llego a ser tan malo que no conozca el camino por donde pudiera dejar de serlo. ¿Quién más que Medea? Y della nos dicen Eurípides y Horacio:

Lo mejor veo y alabo;
 pero sigo lo peor.

Con todo eso,

Pocos son los que amó Júpiter justo;
 pocos los que levanta al alto cielo
 la fogosa virtud.

¿Qué es la causa? No falta de conocimiento y amor para verla y desearla; que ambos se hallan en todos los hombres, si bien desde el primer engaño amortiguados y enflaquecidos, no de todo punto deshechos y borrados: la culpa está en que estos dos ímpetus contrarios que sentimos en nosotros, uno que nos encamina al bien y otro que nos despeña al mal, más fácilmente deslizamos con este último que nos esforzamos a subir ayudados de aquel primero. Esta es la razón por que en aquellos dos caminos que enseñaba Sócrates a su hijo han hecho tan ancho el uno del vicio el infinito número de necios que por él pasa; y como parece tan cuesta arriba el otro de la virtud, por quien se camina con alguna dificultad (dijo Orígenes), suben por el tan pocos y contados. Y así verdaderamente, los viciosos (palabras son del Príncipe de la Filosofía), si les preguntamos por qué lo son, no pueden negar serlo por el gusto que hallan en la embriaguez, en el deleite, en la maldad, aunque lo contradiga la buena razón; que si a ésta obedecieran:

Ninguno tanto es fiero que no pueda
amansarse, si ofrece humilde el alma
a la mano que docta le cultiva.

Habla el Poeta como si trajera en las manos nuestra alegoría, y en unas palabras encierra dos semejanzas. Una, del fiero león, manso a fuerza de la humana industria; otra, de la planta silvestre, que, ya con transplantarla, ya con enjerirla, rinde suave fruto al mismo que supo cultivarla. Y no es solo el que la prudencia comparó a la labranza; que también lo hizo así Cicerón en la disputa de su heredad Tusculana, llamando agricultura del alma esta buena ciencia de reformar costumbres. Y aun Juvenal la comparó a más fácil arte, cuando dice:

Pedid que forme las costumbres tiernas,
como aquel que de cera la figura.

Tan fácilmente como se hace y perficiona de cera el rostro se puede formar el alma si hay mano docta que la componga, y allá Stacio pinta a Tetis que está figurando a su hijo los pasos, el movimiento, las palabras, como el artífice que hace con el pulgar, de la cera, el rostro humano. Porque (como dijo bien Aristóteles) no nacimos virtuosos ni imposibilitados de serlo; pero nacimos para recibir las virtudes conforme a nuestra naturaleza y poderlas perficionar con la buena costumbre. O como Quintiliano: Ímpetus tiene en sí la naturaleza para emprender cualquiera virtud, pero quien la ha de perficionar es la prudencia.¹¹²

Y no impiden el acierto del príncipe bien intencionado las muchas circunstancias que se le ofrecerán en cada acontecimiento, las que le harán temer, como a los muy doctos diferenciarse en sus pareceres; porque aunque de todas ellas no se puede tener ciencia, según el Filósofo puede y debe tenerse algún conocimiento y noticia, y ésta dijo sin duda el Poeta:

Huyendo de la culpa, da en el vicio
quien carece del arte.

Yo no le quiero, con todo eso, de aquellos que dice San Agustín saben despertar fácilmente de los vicios y virtudes, dividiendo, difiniendo y discurriendo agudamente, concluyendo, llenando libros y publicando a boca llena su sabiduría. Basta que sepa (como dijo a Alejandro Filipo), sin saber disputar de la justicia ser justo; de la clemencia, clemente; de la mansedumbre, manso; de la fortaleza, fuerte; que es (según el Apóstol), la sabiduría de importancia. Y en ocasión de duda o necesidad de santos Cánones, tenga Doctores que sepan revolverlos; y si de tanta que éstos se diviertan en opiniones, ejecute la más segura, o, libre de pasión y afecto, siga la voz que interiormente oyere; que para tales ocasiones tiene prometida la asistencia de Dios, que le gobierna. Las leyes, si bien no es lo mejor ser muchas, a veces es imposible menos, y aguardando forzosamente varios acaecimientos, más fácil y seguro es hallarlos determinados en las leyes que no buscar para cada uno prudentes varones. Nada, en fin, desanime al príncipe de procurar la prudencia, que sin duda es la mayor felicidad criada, y cuando yerre, como el labrador alguna vez:

De tardos años viene la experiencia.

O, como dijo Solón, hágase viejo aprendiendo cada día, y si le pareciere trabajosa de adquirir,

112.- Orig.: 'prudcia'

Al provecho aplicarse debe el alma,
aunque el mayor trabajo espante en medio.

O como Sócrates a Eurípides (que defendía ser mejor no procurarla a costa de tanta dificultad) responde: que si el esclavo (aunque luego no se halle) una y segunda vez se busca, aunque no saliese tan fácilmente al encuentro, ¿por qué no se había de buscar la virtud y prudencia con igual cuidado?

Alentado y seguro de esto de poder acertar en su ejercicio al labrador, y en su gobierno al príncipe. V. S., mientras pienso de ambos más particulares correspondencias, descanse y viva felicísimo, etc.

TERCERO DÍA

Capítulo de carta de don Luis Fajardo al Doctor Cano

ESTIMO el favor que V. m. ha hecho estos dos días al jardín. Suplícole prosiga con tan buen principio. Y pues este segundo facilita el camino del gobierno, destierre el tercero un monstruo que nos le hace imposible. De Maquiavelo hablo; que aunque hay mucho y bueno escrito contra él, deseo algo particular en el de acreditar las ficiones y engaños y la mudanza de religión, obligándonos a ser malos cristianos para ser cuerdos: opinión que piensa el vulgo que siguen los Consejos de estado; llamada por esto comúnmente razón de estado tan mala doctrina, y estadistas o políticos sus secuaces. Y perdone V. m. el antojo, pues la afición que le conozco al trabajo me da osadía y esperanzas del acierto.

DISCURSO I

A instancia del General, se disputa por mayor qué sean razón y consejo de estado, y cuán contra todos principios la falsa razón de Maquiavelo.

Cuán antiguos los disparates que escribió este mal Autor, y los daños que se siguen de su doctrina.

CREYERA o que no conocía V. S. mi pobre caudal o que intentaba su experiencia a no decir el motivo de su gusto, que en mí es precepto, y tal que pondré la mano en sujeto, no sólo mucho mayor que mis fuerzas, sino tan justamente escusado y ajeno del intento destos días, de mi experiencia y profesión, que el primer paso que en él daré necesariamente ha de tener muchos yerros. Pues ¿quién no conocerá por locura buscar espigas en haza tantas veces segada, y ocuparse tan humilde ingenio en materia que han ilustrado tantos?

Calumnia fue ésta que se hizo harto a las comedias de Terencio, y él se contenta con pecar en lo que Nevio, Plauto y Enio, y con diferenciar las fábulas en la oración y estilo, pareciéndole que ningún tesoro es tan pobre que basten a agotar la vena los primeros que le entran. Y Horacio da llana licencia al que escribe, no sólo para tocar en sujetos andados, sino para imitar las sentencias de los que más acertaron, como no se ate a un mismo rolde o ponga puntualmente los pies en sus huellas; y así, dice que sabiendo variar el modo o la frasi, de la materia pública hará particular y propia. Y a algunos expositores parece que esta particularidad consiste en disputar con tal perfección la materia común, que no quede para que otro se le atreva.

Lo que si yo esperara de mi pluma fuera extremo de locura, pues aun poder diferenciar algo en¹¹³ sujeto tan repetido tengo por imposible. Cuando mucho, por cumplir con el gusto de V. S. a menos costa del mio, dejaré a Maquiavelo; o, si le diere también mi lanzada, será muy a la ligera, y más para hacer entrada al discurso que para ensuciarme en tan vil sangre; y todo el rato ocuparé

113.- Suplo 'en'.

en lo que otros, que yo he visto, han desenvuelto menos, procurando, los puntos que se vinieren comunes (si fuere imposible no tocarlos), no disputarlos. Y así, caminará sólo mi intento a defender el nombre de consejo o razón de estado, y su necesidad y justicia.

Y porque no será cordura dejar sin venganza el justo enojo que V. S. tiene contra este mal Florentín, ya que no le puede azotar mi pluma por no hallar lugar vacío de los azotes de otras, tiraré el golpe a sus discípulos, y a la parte de quien ellos más presumen de discretos, pues con esta loca ambición cursan escuela del maestro más malo y más ignorante que ha visto el mundo. Harta afrenta para quien presume discreción aprender ignorancias, y para quien busca provecho, escoger la malicia más perjudicial y dañosa.

Y si he de empezar por la ignorancia, ¿cuál como hacerse o hacerle inventor de disparates tan antiguos y pretender honra por doctrina que nadie la tomó en la boca que no fuese en los siglos siguientes vilmente afrentado? Los ojos, las cejas (esto es de Cicerón), la frente, el rostro, muchas veces a quien no los conoce engañan. Mil son los hombres a quien honra la fama por santos que en lo interior están corrompidos de vicios y bajo piel de león encubren crueldad de lobo. Sea (dice) el príncipe malo y finjase bueno. ¿Cuánto más puesto en razón fuera (esto es de San Agustín) que los siervos de Dios, buenos en el alma, se fingieran malos para que no los mataran los malos? ¿Qué les dañara (según la gran doctrina destes alabadores del mentir) si con el cuerpo honraran al Demonio teniendo a Dios en el alma? Pero no lo sintieron así los Mártires verdaderos, los Mártires santos:

Si es, pues, de aquellos el príncipe
a quien ni la ara ni la fe sagrada
ni el concierto jurado es fuerte y firme.

Y de los que por acrecentar su poder desprecian toda virtud. Políticos fueron los hijos de Jacob, que con falsa paz engañaron al sencillo Siquén. Político fue Tolomeo, que manchó el fingido convite con la sangre del inocente Simón. Pero a éstos, ¿quién no los llama, con el Profeta, malditos y engañadores?

Y si salimos a ejemplos profanos, ¿quién más astuto que Ulises, cuya vida fue un perpetuo engaño. Pero ¿qué le dice Aquiles en el mismo Homero?

¡Oh generoso artífice de engaños!
Justo es que con tus dichos te convenza
antes que me atropellen tus ficiones,
pues no nos es odiosa del Infierno
tanto la puerta como aquel que esconde
una cosa en el pecho y otra dice.

Virgilio le llama inventor de maldades, y Sófocles le infama de mil modos y vituperas. Mucho tuvo bueno Filipo, de Alejandro padre. Quebró, con eso, juramentos, faltó palabras, rompió conciertos, y así, con razón Pausanias afirma que ni se debe llamar buen emperador ni fuerte capitán, por no haber cosa más ajena de la dignidad Real que usar engaños y ficiones. Fundó a Roma Rómulo (dice Tulio); juzgó por más provechoso mandar solo que acompañado, y, atendiendo antes que a la justicia a su provecho, mató al hermano: dejó de ser humano y piadoso, pero dio a su maldad apariencia de virtud con la ocasión del sulco o muralla. ¿Qué el mayor político? Pero (añade) quien cometió tal maldad no es bueno para seguirle por ejemplo. A muchos mortales, en fin (dice Salustio), hizo la ambición falsos: uno encierran en el pecho y otro en la lengua manifiestan; estiman y juzgan las amistades y enemistades, no por las personas, sino por su provecho, contentos con parecer buenos en el rostro y ser malos en el alma. ¿Es nuevo el engañar? ¿Es nuevo el fingir?

Y si deseamos concurrentes desta mala escuela con escritos, hallaremos hartos. Carneades (aquel filósofo griego que vino embajador a Roma en tiempo de Marco Catón y que introdujo la costumbre de purgarse los estudiosos porque él se prevenía con el eléboro para las disputas contra Zenón estoico), o ya para ostentación del ingenio, como quieren algunos, o ya de veras, defendió en público, si bien con más agudeza, todo lo que este mal Italiano dio en sus escritos. Plutarco pecó algo en este error, y dijo que era imposible regirse bien y conservarse la república sin hacer injuria a muchos. Curión enseñó que no se había de atender en las guerras y gobierno político a la justicia, sino al provecho. Un Conde Marcelino se arrojó locamente a decir que la predicación de Cristo contradecía a la buena administración de la república, por ser a veces necesario para su conservación usar perjurios, mentiras y fraudes que condena su religión: sentencias infernales resucitadas en la boca deste blasfemo.

No las encontró, pues no le acobardó (aunque más fuera insensible) el galardón del primero. Si hubiera respetado el tiempo todos los escritos de Cicerón nos escusaran este mal rato, y viera en ellos bien satisfechas sus sofisterías. Acordáronse dél (y Plutarco) Lactancio y San Agustín; que a haberlos visto se viera confundir con sus mismas palabras.

Sin injuria dijo Carneades que no se conserva la república. Cuánto dijera mejor (arguye el Santo) que en lo que con derecho se hace por conservar la república no se hace injuria. Necedad llama a la justicia (¿qué mayor necedad?), necio al justo y malo al astuto, y aconseja antes a ser astuto y malo que justo y necio (¿qué mayor maldad?), obligándole su malicia, no sólo a romper las leyes de la naturaleza, sino a confesar que eran ningunas. De Carión se acuerda Tulio, y con nombre de malo condena su mala doctrina, y del Conde el mismo Santo; pero para llamarle de corazón maldito, que por levantar techos de oro destruye el fundamento de las virtudes.

Y cuando no por ignorancia, sino por desvergüenza se atreviese revivir disparates tan castigados, ¿qué cosa más fuera de razón (dice Aristóteles) que haciendo uno la injuria y diciendo la mentira, no querer ser injusto ni mentiroso, si no se escusa (dice) haber hecho la injusticia por ignorancia? Nuestro mal Doctor afirma lo primero, y lo da por quintaesencia de discreción y aviso. ¿Púdose esperar de juicio humano igual locura? Si no llama sabiduría saber engañar y mentir: calidad que no cabe en el sencillo.

Por lo menos, cuando le concedamos que en esto aventaja el cauteloso al bueno (de que se hablará de aquí a un rato), es doctrina que no consiente muchos discípulos y promete fruto corto, pues decir que el príncipe ha de hablar uno y sentir otro, y mientras le pareciere necesario no ha de haber palabra que le fuerce ni concierto que obligue, para lición de uno podía esperar efeto, y mientras aquél se me finge amigo engañarme; pero si los dos estudiamos en una hoja, y mientras aquél me trata de engañar pienso yo lo mismo, de ambas partes ni será la palabra palabra, ni concierto el concierto, pues sabemos ambos (dice Plauto) que lo concertado es no concertado, y lo no concertado concertado, cuando nos pareciere, y, al fin, mal habrá amistad o seguridad (dijo Tulio) entre éste que sabe que no oye verdad, y aquel que sabe que no se la dicen.

Sea el uno desta escuela, y tal que acierte la burla; él quedará contento, y llamará

Virtud la maldad dichosa.

Pero el burlado advertido para otra vez (en que no tendrá obligación de creerle aunque diga verdad, como dijo el Filósofo, porque no sabe él que segunda vez cae en un lazo), dice el refrán latino:

Haga Dios mal al que una vez me engaña.

Y al que dos me engañare, bien le haga.

Decía otro proverbio, porque es loco el músico que yerra muchas veces por una cuerda, y insensato el que fía en los juramentos que ya le burlaron. Tal es el ingenio desta arte, que para sola una vez sirve su doctrina.

De tanta ignorancia nace la mayor maldad que recelaron nuestros ojos. La inocencia fingida (dice San Agustín) no sólo no es inocencia; la justicia fingida no es justicia; pero es doblada maldad: maldad por injusticia, y maldad por engaño. Aristóteles quiere que sea mayor que herir o maltratar a su padre, porque allí puede entrar en parte de disculpa la ira o enojo: pasiones que a veces disminuyen el delito. El mentiroso no sólo no sigue en algo la naturaleza; pero en todo va contra ella, por ser mano suya (según San Ambrosio) la que a todos inclina a amar la verdad y lealtad y aborrecer la mentira. Y así, delito contra naturaleza (dice Cicerón) la razón que dio al hombre para amar el buen consejo convertirla en la fraude y malicia.

Ajustando a ésta tantos vituperios como alabanzas a la lealtad y fe, la joya más preciosa que Pitágoras conocía haber dado¹¹⁴ Dios al hombre, Silio el Poeta la hizo un himno bien merecido. Manjar del alma y fuente de todos los bienes para dioses y hombres la llama Platón. Santísima prenda del pecho humano, Séneca. Divino resplandor y hermosura del hombre, Eurípides; y Quintiliano, trabazón y vínculo de todos los tratos, santa entre los mayores enemigos, entre los mayores cosarios, y sin quien ni éstos es posible durar en su tiranía.

¿Qué será, pues, la mentira, sino la mayor afrenta del hombre y el mayor enemigo de la naturaleza? Pues no siendo otras las ansias de aquélla, ya con la luz de la razón, ya con las semillas que en nosotros puso de las virtudes, que inclinarnos a la compañía y amistad, la mentira pelea por deshacerla, y sola ella, si se permite, basta para que ningunos hombres vivan jamás unidos. Por cuya causa (en doctrina de Aristóteles) es el más malo el mentiroso, porque como la mayor bondad es, no sólo ser uno bueno para sí, sino para los demás, la mayor malicia es ser uno malo para sí y para los otros. Justo castigo fuera (dice Platón) que, pues el infiel y falso procura cuanto es en sí deshacer la amistad y compañía de los hombres, hasta sus mismos hijos y cercanos le aborreciesen y desamparasen, de modo que conociese con la miseria de su orfandad el fruto de su mala costumbre. A cuyo pensamiento alude el castigo que daban los indios al mentiroso, obligándole que no hablase palabra por toda su vida, y así, tan temida entre ellos o la culpa o la pena, que no se supo o entendió que mintiese alguno. Artajerjes aborrecía así este vicio, que hizo ley de clavar con tres hierros la lengua que mentía, siendo en los persas el más abominable este delito, y tenido en los romanos por sacrilegio el que engañase a otro. ¡Oh lengua la más mala, que no sólo se preció de mentirosa, sino que predicó la mentira!

Y no queda encarecida la maldad desta escuela: más largo arroja el veneno, a mayor temeridad camina su furia. Pues si hasta aquí pretende hacernos odiosos y enemigos, también quiere volvernos insensatos y brutos desterrando toda religión y rebelando nuestro entendimiento contra todos los preceptos que la naturaleza nos dicta. El abismo es, sin duda, que llama al postrer abismo y el despeñadero que corre a la mayor miseria, pues quien afirma que la fe dada y el juramento en que se trajo a Dios por testigo se puede quebrar con cualquiera ocasión de provecho, ¿qué dice sino que no hay Dios que tome cuenta del agravio y castigue la injuria? Porque, a creerlo, cierto es que le asombrara el enojo de mano tan poderosa y no predicara contra tan santa Majestad tan baja irreverencia. A tal frenesí se va de error tan malo, el último en que se puede despeñar el humano entendimiento, ciego a la luz que en nuestras almas infundió el Cielo, y con cuyos rayos ninguno nació tan bárbaro que no atine a descubrir parte de la suprema Autoridad que le rige y sordo a las voces que le dan todas las criaturas, pregoneras de la grandeza de su Autor; y así, caen en la suma maldad que dice San Cipriano, de no querer conocer a quien de ningún modo pueden ignorar.

114.- Orig.: 'dado a'

Y que surta en tan mal puerto tan mala doctrina, sus obras lo confiesan y es imposible lo niegue su lengua, si no se conocen por desesperados y locos, pues cuando se priven de nueva vida y resurrección, les queda el alma en que asiente el castigo; y cuando por su bestialidad se imaginen indignos de tanta nobleza y se contenten con no pensar en sí mejor alma que en un caballo (siendo la inmortalidad de las nuestras tan clara que da pocos pasos menos que la fe en su certidumbre la naturaleza), en el espacio y cuerpo desta vida podían temer la pena de sus sacrilegios. Y añado que cuando se persuadan dos blasfemias tan horribles, es perjudicial locura aconsejar la infidelidad y el engaño, por la infamia que los acompaña tan cierta, por el odio que naturalmente causan en los pechos humanos y por el manifiesto peligro a que el príncipe se expone de perderse, si a su imitación le son desleales los amigos, y los vasallos infieles.

Necesaria es la fe del juramento; la verdad de la palabra, la fidelidad del concierto, y así, como único principio y fundamento de la compañía de los hombres, las naciones más bárbaras, aunque más humildes y indignas las cosas por quien juran, han creído inviolable su respeto. Por la tierra, por los ríos, por las fuentes, por los mares, como ilustres obras de Dios, juraban muchos de los antiguos, juramento que veda Cristo por San Mateo, por ser (dice) el cielo trono suyo, y su escabel la tierra. Juraban por los varones más insignes, por los difuntos más dignos de memoria y por las cosas más amadas, como Claudio por Augusto y Calígula por Drusila, y a veces por el caballo, que llamó el Incitado, a quien locamente amaba y estimaba. Atrevíanse raras veces a jurar por sus dioses, y así, tocaban sus aras con increíble reverencia.

Los egipcios juraban por los ajos, los puerros, las cebollas; Zenón, por las alcaparras; Lampsón, por un ganso; Sócrates, por un perro y por un plátano; aquéllos por la superstición con que creían virtud divina en tan bajas plantas, y los filósofos, con el respeto que tenían a Dios, escogían jurar por cosas humildes, temiendo la impiedad de faltar a la reverencia de tan gran testigo: agravio que el mismo Demonio sentía por el mayor, pues artificio debió de ser suyo que, entre los indios, el que juraba con mentira por el agua de una fuente luego muriese. En Cerdeña cuenta Solino de otra en quien entraban a jurar y salía ciego el que falso, y de otra junto a Tiana, ciudad de Capadocia y patria del hechicero Apolonio, dice Filóstrato que mana aguas muy frías, y en quien todos entran con seguridad sino sólo el perjuro, que saca llagas y postemas mortales; y de un río en Bitinia Plinio, de aguas muy calientes, en quien moría ardiendo el que en el juramento mentía.

Célebre es la fuente de Arcadia, cerca de las aguas Stigias, que castigaba con muerte tristísima al pérfido y mentiroso; como la cueva de Corinto llamada de Palemón, en quien entraba para no salir más el perjuro; y de otra cuenta Aristóteles, en Sicilia, a cuyas aguas arrojaban en tablas escritos los juramentos, nadando encima el verdadero y hundiéndose el falso. Y generalmente los que juraban por la diosa Isis, dice Rodiginio que se llenaban de llagas si mentían. Traza debía de ser de Lucifer, que, con ser tal, se daba por injuriado de los mentirosos, si no era voluntad del supremo Señor, a quien derechamente caminaba la ofensa de la falsedad, como después de su venida al mundo en honra de sus santos ha hecho la misma demostración en algunos de sus sepulcros: en el de San Félix, obispo de Nola, en los de S. Proceso y San Martiniano y en el de San Pancracio sucedían cada día milagros en los juramentos, y del de San Vicente de Ávila refiere lo mismo una de las leyes de Toro. Y no me espanto que, aunque en edad de gracia y siglo tan piadoso, haya Dios hecho algunas demostraciones contra solos los perjuros, porque son los que más aborrece; que a no ser su humanidad santísima la causa de su paciencia, ¡qué pocos hombres quedarán hoy en el mundo! Pero ¡tristes dellos!; que si agora los disimulan, atesoran ira para el día de la venganza, donde Dios volverá por su honra. Y pues no tiemblan de tan valiente enemigo los que enseñan a jurar falso, o son insensatos, o tan bárbaros y frenéticos que se hacen fuerza para imaginar que no hay Dios que tome cuenta de sus maldades.

DISCURSO II

Recopílese todo lo que puede haber¹¹⁵ en defensa deste error, con mayores fuerzas y objeciones de las que él pudo alcanzar.

PUDIERA resistir algo desta escuela diciendo que es rigurosa censura condenar por hereje, y del error último parecer justificado con número de todas dotrinas y todos ejemplos. Platón, a quien hemos visto tan amigo de la verdad, la admite en su *República* al compás de su necesidad o provecho, y Tulio quiere que sea pecado contra naturaleza desamparar por otro respeto alguno la salud del pueblo. Obligación tan poderosa, que, con llamar Santo Tomás al amor propio forma y raíz del amor, debiendo un hombre amarse a sí más que a otro alguno, según Aristóteles (porque si el amor nace de la unión, ninguna iguala a la que uno tiene consigo), con todo, se pospone al bien común, debiendo cualquiera morir por su patria. Granjería, por cierto, noble comprar con una vida muchas; de donde nace que el que huye tal gloria, aunque inocente, le puede entregar la república y forzar a que cumpla la ley superior de caridad y piedad con que se debe al bien común, obedecida hasta de las cosas sin sentido, que, como partes del universo, acuden a su conservación antes que a la propia, subiendo l'agua en el peligro de darse vacío: movimiento que llama Santo Tomás natural, más que el que la desliza al centro, por la inclinación que en todo puso su Autor de acudir al provecho común; y así, parece acertar Salustio cuando dijo que lo que a la conservación del estado se encamina es honesto y glorioso.

Y cuando no lo fuera, sino que el príncipe se dañara con la mentira o perjurio, acto parece más valeroso que el de dar la propia vida posponer el príncipe este daño particular al común provecho, como se vio en Moisés y San Pablo, uno ejemplo de buenos príncipes, y otro¹¹⁶ de perladados; que¹¹⁷ aquél deseó verse borrado del libro de la vida por alcanzar perdón a su pueblo, y éste, anatematizado por sus hermanos. Generoso aliento arrojarle el príncipe al mayor mal por el bien de muchos.

Razones que parecen eficaces cuando se conozca culpable toda mentira, cuanto más habiendo cosas que en la necesidad parecen abonarla: lo primero, haberlo sentido así muchos de los doctos gentiles, Cicerones, Salustios, Plutarcos, Valerios, Tácitos, y algunos de los cristianos, Orígenes, Casiano, Clemente Alejandrino, San Jerónimo, y otros; y por lo menos difícil se ofrece que, siendo los preceptos del Decálogo leyes de naturaleza y de igual fuerza, admitan dispensación y mudanza unos, y no todos; concediéndola posible, por lo menos por autoridad divina, los juristas a las leyes de naturaleza, como se ve en el sacramento del Altar, en quien en los accidentes se sustentan en sí quitado el apoyo natural de la sustancia, y la naturaleza humana de Cristo privada de su hipóstasi, se conserva en la ajena; y si en estas y otras cosas muda Dios el orden natural, ¿por qué no podrá el de las costumbres, haciendo que sea virtud lo que antes vicio, pues hasta en los hombres parece que se halla este poder, variando los preceptos naturales cuando parece importante al bien público?

Deuda natural es que a nadie se quite lo que es suyo, y, con todo, justifica la ley humana la prescripción, y priva al dueño del derecho de pedir la hacienda que otro poseyó algunos años. La naturaleza hizo todos los bienes comunes, todos los hombres libres, y a todos inclina a paz y amor, y con eso, la codicia dividió lícitamente las posesiones, el poder rindió unos hombres a otros y los hizo esclavos, la cólera afiló el hierro y en encontrados ejércitos cubrió los campos de cuerpos y los mares de sangre. Natural es la defensa del inocente y natural el silencio del secreto, y no sólo

115.- Orig.: 'hazer.'

116.- Orig.: 'otros.'

117.- Orig.: 'y.'

entrega a aquel la república en su necesidad al tirano, sino que el juez lo condena a muerte sin culpa, aunque más le conste en secreto estar el que padece sin ella, sólo porque así importa al buen orden de los juicios y quietud de los pueblos, y el secreto, por evitar algún daño particular o público le puede manifestar cualquiera.

Los preceptos del Decálogo, conclusiones de la misma naturaleza, ¿quién negará poderse mudar? Si Abraham se justifica, por levantar el cuchillo sobre su hijo inocente, Sansón se mata; y si por impulso divino, como quiere San Agustín, claro es que sin culpa. Eleazaro merece alabanza inmortal porque con evidencia de morir mató al elefante, y la Iglesia honra por mártires algunos que por buenos respetos se mataron, como las Vírgines que cuenta Eusebio que se arrojaron al río, y Santa Apolonia, que se echó en las llamas, y otra doncella alaba Paladio porque se mató solicitada de un tirano. El hurto no es menos malo, y los hebreos salieron ricos con las joyas que tomaron a sus amos, no sólo contra su voluntad, sino con engaño. El precepto de la castidad se dispensó con Oseas, a quien mandó Dios tratar con una ramera; y no estendiéndose el vínculo natural del matrimonio más que a una mujer, tuvieron los Patriarcas santos muchas, y sin pecado. Y a los hebreos se concedió el libelo de repudio contra la unión del matrimonio, naturalmente indisoluble.

Y por que no se crea tener más fuerza el precepto de no mentir ni engañar, ninguno parece estar más dispensado y permitido en las Letras Santas, desde los libros del Génesis hasta la vida de Cristo, como se verá en los ejemplos que se acordarán en la respuesta, por no decirlos dos veces. Y al fin, parece atar demasiado al príncipe las manos si se le niega toda licencia de fingir y disimular. Prudencia muchas veces necesaria; que la usó San Pablo con los Corintios, diciendo que los había cazado con engaños, y que no puede ser otra sino la que aconsejó Cristo diciendo a sus Dicipulos que fuesen prudentes como la serpiente, símbolo en todas letras de la cavilación y astucia, según lo que digo Dios en el Paraíso: que era la culebra el más astuto de todos los animales de la tierra. Y la que si se niega a los Consejos de Estado, obligados a anteponer el bien común al particular y a romper por cualesquiera leyes que con aquél se encuentran, no se descubre para qué pueden ser buenos o permitidos en las repúblicas cristianas.

DISCURSO III

Respóndese a las objeciones traídas, y defínese,¹¹⁸ lo primero, qué sea razón de estado y cuál el fin y felicidad que se debe proponer cualquiera príncipe.

Cuán perjudicial sea a toda comunidad la mentira y infidelidad.

Qué prudencia sea la que aconseja Cristo en San Mateo: estote prudentes, etc.; y del mismo lugar se concluye el propósito.

TAN hermosos colores se viste el más feo monstruo, y tan buena apariencia la mayor falsedad. De cuyos argumentos si buscamos los niervos, hallaremos no ser más fuertes que si uno dijera: algunos árboles conservan las flores en invierno, luego todos pueden conservarlas; algunos hombres nacen negros, luego pueden nacer así todos. Pues ¿qué más concluye quien dice: En la necesidad se puede romper lícitamente con alguna ley; luego con todas, por razón de Estado. Atendiendo al bien común, puede el príncipe hacer alguna vez lo que otras no le fuera licito; luego por el bien común puede hacer todo lo que en otra ocasión le fuera vedado.

118.- Orig.: 'defínise'

Tan de reír es la dialéctica de los políticos, y de concluir tan fácil clara su burla, si mostramos ser algunas cosas vedadas, en la necesidad lícitas, y no todas, y por qué causa.

Y pues el pleito está en saber qué pueda la razón de estado en casos de necesidad, y todo buen método (según Sócrates) empieza de la definición y conocimiento de la cosa que se disputa, bien es desenvolver qué se entiende por consejo o razón de estado, en que luego que oímos consejo o razón, se ofrece ser lo que prudencia del estado, pues esta virtud por cualquiera de estos nombres se conoce y difine. La principal obra del prudente es hallar buen consejo, dice Aristóteles, y S. Tomás, como tan su discípulo, de tres ocupaciones que le da, llama la primera ésta, y así, dice que es la que aconseja bien para todas las acciones de la vida. De quien nada diferenció S. Agustín, llamándola ciencia y conocimiento de las cosas que se deben apetecer o huir. De modo que, según esto, consejo de estado es prudencia que conoce las cosas buenas o malas para el estado, y como el aconsejar es obra principalmente del entendimiento y discurso, de aquí es que la prudencia también se difine por razón, y así la difinió el Filósofo: el hábito de una razón verdadera que sabe escoger los bienes humanos; y S. Tomás más brevemente: la razón derecha y cierta de lo que se debe hacer. De modo que obligado está el político, cuando dice que una cosa se puede hacer por razón de estado, a que se pueda según la verdadera prudencia enseña. Donde no, siendo contra la prudencia será también contra la razón de estado.

De la diferencia de bienes humanos y modos de aconsejarlos saca la Filosofía diferentes especies de prudencia; porque o aconseja el bien propio y particular de cada uno (a la que llaman personal y solitaria, o absolutamente prudencia), o aconseja el bien de muchos. Los que, si estuvieren juntos en una familia se llama económica, y si en una ciudad y reino, civil, legal o política, según los varios modos de encaminar la muchedumbre, o con la promulgación de buenas leyes, o administración de justicia o prudente gobierno. En fin, porque sólo hablamos en cabeza del príncipe, siempre hablaremos desta última prudencia, pero con modo fácil de aplicar a la particular o de la familia. Sacando antes que pasemos a otra cosa nueva significación de la razón de estado, si bien poco diversa; porque, como la prudencia política se ocupa principalmente en instituir leyes y preceptos que encaminen la república a un bien y felicidad común, y toda ley se difine por razón, razón de estado será lo mismo que ley del bien público.

La ley (dice Aristóteles) es una buena razón que nace de la prudencia, y Tulio la llama la razón derecha en mandar o vedar las cosas que convienen, y el S. Doctor, razón acertada que ordena los hombres entre sí. Y la etimología del mismo nombre en todas lenguas quieren algunos que significue lo mismo, a lo que siempre fui poco aficionado y nos importa menos. Basta que con esto queda cierto que consejo o razón de estado es lo que prudencia o ley del estado.

La palabra estado poco nos detuviera, si no tropezáramos con unos que la entienden por los intereses del príncipe, sus rentas y comodidades, y con otros que la tienen por impropia para significar el dominio y poder, o la sujecion de muchas ciudades y reinos a un señor; que antes se deben llamar inestables, pues nada lo deja de ser debajo del Sol, y en particular las monarquías y gobiernos, que tan sujetos están a corrupciones y mudanzas.

A lo primero fácilmente se satisface con sólo saber si los provechos y acrecentamientos del príncipe los dividen del común o se los procuran con pérdida deste; porque entonces, cuanto más le hagan rico más le empobrecen, pues sin vasallos no hay rey, y el Espíritu Santo dice que es oso hambriento el príncipe de pueblo pobre, porque es imposible que el daño del todo deje de resultar en daño de las partes, y locura pensar que puede uno conservar o valerse de sus riquezas, perdidas las de todo el común. Y así, necesariamente han de pretender enriquecer al príncipe, como miembro principal de la república, cuya prosperidad es necesaria para la defensa de aquellos que le sustentan y sirven con los tributos. Y así, todos debemos concertar en que estado es aquella comunidad o cuerpo que se hace del príncipe y los vasallos, y lo que agora buscamos es saber cuál

sea la prudencia que acierta con los medios convenientes para la conservación y aumento de semejantes juntas y cuerpos.

Y llámase comúnmente estado, no con el rigor que Santo Tomás le toma, por una condición de vida estable en sí y perpetua (por lo que pone solos tres estados en la Iglesia: de obispos, religiosos y casados); pero con poco menor se llama estado el dominio y reino, pues aunque todos sujetos a variedad, más es por accidente que naturaleza, pudiéndose dar reglas de su perpetuidad, que son las que buscamos. Pues así dijo Polibio con los mismos términos que aquel estado sería firme y perpetuo en quien los particulares fuesen virtuosos, y los superiores justos. Y Séneca dijo que aquel reino sería inestable en quien falta la vergüenza, la justicia y la santidad, que es lo mismo que dijo el Sabio: que el rey que juzga con verdad a los pobres sería su trono firme y eterno, y Dios prometió a David que había de establecer su reino para siempre. De modo que, mirada la naturaleza de los reinos, posible es durar lo que los hombres; y así, los bien fundados y gobernados dicen en sí estabilidad y firmeza, y se llaman con propiedad estados; y con propiedad razón de estado la prudencia que busca los medios a propósito para establecerlos y perpetuarlos. Los que el político dice que son la injusticia, el engaño, la traición, la religión fingida, y toda maldad que para el bien del estado pareciere convenir: locura tan insufrible como si dijera que puede ser medio para vivir la muerte, y para la salud el veneno que la destruye, pues no es otra cosa decir que puede ser medio para aumentar las repúblicas la traición y el engaño que diariamente las deshacen y pierden.

Y porque el fin, como la última de las formas, es quietud de las primeras y el que da a los medios ser buenos o malos según a él se ordenan (por ser lo primero en quien la voluntad pone los ojos y por cuya afición y respeto alarga la mano a cosas que si no fuera por el amor del fin de ningún modo las tocara), busquemos cuál se propone el político, para que por él se vea si son los medios que escoge a propósito, y si es prudencia o razón la doctrina que los enseña.

El fin, dirá que es conservar y acrecentar los estados de los príncipes, que es lo mismo que procurar el bien y felicidad de muchos hombres juntos en un imperio y cuerpo de república, pues el mal y desdicha nadie lo desea; y si el político pretende la infelicidad de muchos hombres, arte es la suya de perder los estados, no de aumentarlos, pues cuantos han procurado fundar y establecer ciudades y reinos han buscado medios para hacerlos felices y dichosos.

Esta es la causa que no haya habido cuestión tan disputada de sabios como la del fin y felicidad del hombre, porque sabido en que consiste es fácil hallar los medios para alcanzarla. El que dijere que la felicidad está en las riquezas, entonces fundará república dichosa cuando diere traza que abunde de ricos. Lo mismo digo de la sabiduría, que conocida por felicidad fuera más feliz la república que más sabios tuviera. Siendo, pues, imposible imaginar el político cosa alguna en quien puesta la felicidad y la buena dicha sean medios convenientes las injusticias, y los engaños, imposible es que la arte que los aconseja sea prudencia, sino manifiesta ignorancia y locura.

De Marco Varrón refiere San Agustín que acordó docientas y ochenta y ocho diferencias de sumo bien en que podía pensarse estribar la felicidad; pero no de todas dio autores, aunque de todas quiso probar que podían defenderse. San Ambrosio y Lactancio las reducen a diez, y todas pueden reducirse a dos, según las dos partes y naturalezas que componen al hombre y los bienes que a cada una dellas corresponden. Los que no conocen otro bien que del sentido y sólo se regalan con los deleites de la carne, en ellos constituyen la felicidad. Bruta bajeza pensar el hombre que nació para gustos que, acompañados de mil molestias, tienen en ellos parte las bestias, y a veces mejor. El autor desta bienaventuranza bestial quieren algunos que sea Epicuro, si bien hay quien diga que habló de los deleites del alma, y si de algunos del cuerpo, aquellos que el ánimo reposado y libre ordena y compone. De cualquiera modo, Arístipo su discípulo, y tras dél su escuela, nos quitó la ocasión de dudar y dio a los deleites sensuales el último deseo. Llamándose Horacio, porque seguía esta filosofía:

Puerco de la manada de Epicuro.

Querinto, en tiempo de los Apóstoles, no sintió menos bajamente; añadiendo a ésta otra mayor locura, pues dijo que el premio y felicidad que Cristo prometía en su Evangelio se nos había de pagar en deleites de carne: bestialidad propia en Mahoma, en cuya torpe esperanza de comer y beber y deleitar su carne en la otra vida vive tanto y tan infeliz número de gentes.

Los que conocen parte más noble en el hombre mal se persuaden tan gran bajeza, obligados no sólo del alma, en quien ninguno nació tan bárbaro que alguna vez no experimente fuegos divinos y ligeras alas, con quien ama la virtud y se empuja a altas contemplaciones, sino también del cuerpo, que (como advirtió el Orador) se le dio la naturaleza diferente de las bestias, pues a éstas inclinó y bajó al pasto y sólo enderezó al hombre, y obligó, con levantarle el rostro, a acordarse que es el cielo domicilio y patria suya. Lo que repitió Ovidio y respondió Empédocles, preguntado de un tirano que para qué fue criado, diciendo que para contemplar en el cielo y en el Dios que le habita. Y por esto los filósofos antiguos convinieron en poner la felicidad en los bienes del alma y perfecciones suyas; unos por la parte del entendimiento en la contemplación, y otros por la de la voluntad en las virtudes.

Bien cerca andaban éstos de las verdades de nuestra fe, aunque no atinaron de todo punto con la perfecta felicidad humana, que para serlo pide seguridad y firmeza perpetua, sin mezcla de molestia o temor. Lo que no alcanza en esta vida ni la más heroica virtud ni el pensamiento más purgado, a quien, cuando más superior, acompañan necesariamente dudas, imperfecciones, miedos, inquietudes, tristezas, que no se compadecen con fin postrero y entera dicha, pues mucho le queda que desear a quien contempla dudoso y obra imperfecto; y más cabe, sin duda, en la grandeza de nuestro ánimo, capaz de amar todo bien, de conocer toda verdad. Y fuera de Dios, ¿qué cosa hay que tenga el bien de las demás, o la perfección de todas? Y así, fuera de Dios, que es todo el bien junto y toda la perfección de cuanto puede tener ser, nada es igual al deseo humano. Dios, pues, es solo en quien consiste nuestra felicidad, y no comoquiera conocido y amado, sino del modo mejor que le es posible a nuestra alma, sin nieblas ni enigmas, sin imperfecciones y molestias. Lo que no es mucho no alcanzase la filosofía gentil, como verdad tan soberana; hartó en alguna manera con la mayor felicidad del hombre que se puede alcanzar en esta vida y que más participa y comunica con la eterna, que es la virtud y bondad, quietud del alma, sujeción del apetito y contemplación de objetos soberanos.

Según esta verdad, recogida en tan corto periodo y tan fácil de persuadir al más rudo que no faltan doctos que defiendan ser de todo hombre naturalmente conocida, siendo por lo menos infalible a los fieles, a quien consta que nuestra última dicha consiste en ver a Dios, ¿cuál dirá el político que es el estado y comunidad más dichosa y feliz que se puede dar en esta vida? Si es cristiano debe decir que aquella será la felicidad mayor que más se parece a la celestial y que más a ella se encamina, y así, será más dichosa república la que más hombres tuviere virtuosos y buenos. Pues como en el cielo hará bienaventurados el ver y conocer a Dios clara y descubiertamente. así en el suelo, aquellos son bienaventurados (dice San Gregorio) que ven a Dios en su propio corazón, limpio, puro y sencillo. Procurar, pues, debe el que desea una república feliz, que todos sean santos y buenos; y cuando sea moralmente imposible, a lo menos que ninguno sea malo por falta de buenas leyes, de justicia y de igualdad. Dichosa república, pues, pretende el político que a todos da licencia de ser malos, injustos, infieles.

Hasta agora obligado está a confesar que la república que funda no es cristiana, y porque no sentirá mucho (según los principios de su locura) confesarlo, y será lo que le estuviere bien, étnico y gentil, no pidamos comunidad cristianamente dichosa sino muy con los fueros de la naturaleza, en que necesariamente se ha de reducir su sentimiento a uno de los dos que poco ha referí, pues debe poner la felicidad o en los bienes del cuerpo o en los del alma. Si en éstos, conformarse tiene

con Platón y Aristóteles, que, conocido en nuestro ánimo tan natural el deseo de saber y amor a la virtud, en tales ejercicios la constituyeron; y así, es verdaderamente la natural, y en la que (cuando Dios no hubiera levantado al hombre a tanta grandeza y socorrido sobrenaturalmente haciéndole capaz de su gloria) estribara nuestro sosiego, pues pasar de aquí no es deuda, sino beneficio y merced soberana. Es, pues, todo el bien a que se inclina nuestra naturaleza obrar virtuosamente, tener buenas costumbres, amar la verdad, favorecer los prójimos, contemplar secretos altos y rastrear algo de Dios por sus efectos, y así, la comunidad que a esto se encamina será la dichosa; parecida, sin duda, a la que pretende el político, donde quiere que unos a otros se roben, se maten, se engañen, se mientan, se perjuren.

Y cuando no se quiera meter en tanto ruido, sino que con la escuela del bruto Epicuro llame república feliz en la que ricos y gruesos se den a deshonestidades, a convites, a juegos; beban lo que luego han de trocar, se oyan a cada esquina bailes y danzas torpes y cantares lascivos, y cada casa (como dijo San Agustín, cuya es esta pintura) venza en bestiales deleites la de Sardanápalo, no negará que para gozillos es menester paz, seguridad y quietud: imposible todo donde libremente se permite la ofensa, la injusticia, el agravio, la traición. Pues ¿cómo se alegrara el vicioso entre el recelo y temor de la ajena violencia? ¿Cómo con el hermano y amigo, el que no sabe si la risa es falsa y cierta la mala intención que escondida en el pecho aguarda hora oportuna? Por esto dijo Plutarco que sin justicia ni el mismo Júpiter podía gobernar, porque es forzoso deshacerse entonces al más poderoso príncipe los súbditos y quedar solo; y así, los mayores salteadores no vivirán juntos sino el tiempo que entre sí guardaren fidelidad y justicia, dice Cicerón. En lo que fueron puntuales Viriato en los portugueses, Arsaces entre los partos, Examites en Bohemia, Dulzapes, abuelo de Otomano el primero, salteadores todos, pero justos y fieles con sus compañeros, y así se pudieron conservar; que de otro modo fuera imposible, como se vee con experiencia en Valencia y Cataluña, donde para deshacer las cuadrillas de bandoleros pregonan perdón de todos sus delitos al que trajere cabeza de otro su compañero, y al punto el temor los divide, porque naturalmente la fe y seguridad es la que junta y liga entre sí los hombres. Vínculo de las ciudades llamó a la fidelidad en una parte Tulio, y en otra, armonía de los pueblos y atadura de las repúblicas, citado de San Agustín en sus libros de la *Ciudad de Dios*, donde prueba largamente este supuesto, y con quien aluden infinitos lugares de la Escritura que afirman que entre los impíos y malos no puede haber paz ni amistad. Y Cristo, maestro de las almas, lo que más deseó a sus fieles fue la paz, porque ésta supone fidelidad, amor y verdad.

Hasta los elementos dice el poeta Silio que se conservan y viven unidos por la fe. Y Aristóteles dice que dada licencia de violar los pactos y faltar las palabras se quita al punto todo comercio y comunidad de los hombres. Llamados por esto fieros y bárbaros los infieles, porque cuanto es en sí la naturaleza humana destruyen; y llamadas por esta razón (dicen algunos) en la lengua latina las cuerdas de la vihuela con el nombre que la fe; porque no hay armonía ni consonancia si unas desmienten a otras, como ni entre los hombres sin fe, unión ni amistad. Y hasta la palabra que en esta misma lengua significa los concierto, dicen también algunos que nace de la fe; y cuando no della, de dos ceremonias que usaban los romanos en los concierto y contratos: hería el que prometía alguna cosa una puerca, y pedía que así lo hiriese y matase el cielo si en algo fingía o engañaba; o tomando el sacerdote una piedra delante de un ídolo de Júpiter, la arrojaba fuera de la ciudad, y decía que así se viera arrojar de toda comunicación y trato de hombres el que encubría alguna falsedad en los concierto: tan detestable pareció siempre la infidelidad, tan propio efecto suyo el destruir las ciudades y toda comunicación de hombres. Por que se vea que no sólo a la conservación de las repúblicas, cristianas y gentiles, sino a toda comunidad humana es contraria la doctrina de los políticos, y cuánto más propiamente se debe llamar impiedad que destruye los estados, que no razón o prudencia de estado.

Aunque pienso que queda bastante probado en esta parte el propósito, por contentar al Jardín me detendré un poco probando con algunas propiedades de la naturaleza, cuán perjudicial es esta seta, no sólo a las comunidades humanas, sino a la misma naturaleza.

Y empiezo por la enemistad del lobo y la oveja; aquél jeroglífico de la traición, ésta de la inocencia; del gavilán y la paloma, aquél símbolo de la injusticia, ésta de la sencillez, y que no acaba con la vida, pues hecha una vihuela de la piel de un lobo, y del de la oveja otra, no hay música posible a darles armonía y consonancia. ¿Con quién ha de concertar el traidor? ¿Con quién, el injusto? Juntas las pieles de ambos animales y las plumas de ambas aves, la de la oveja y las de la paloma se pierden y corrompen. Esta es la virtud del engaño: acabar con todo. Hasta el paño tejido de lana de carnero que mordió el lobo, en breve se come y apolilla (dice Avicena). Inmortal odio, infernal malicia.

Con ser tan principal cuidado en la naturaleza la propagación, se la negó a la mula, y aunque los filósofos dan otras razones, podemos decir que por no multiplicar bruto que nació de tan desigual junta, y en sí ni bien es jumento ni caballo: imagen del traidor; que tiene dos haces y sabe variar con las ocasiones el rostro; y aun quizá esterilizó las ramerías por que no se vieran hijos de aficiones tan falsas. Y lo que no admira menos: la misma naturaleza que tan escasa se muestra en estos efectos, en otros anda pródiga engendrando de los cabellos de la mujer culebras. Así lo trae Celio, y lo llama conocida experiencia. Por eso (dice) las mujeres en rus conocidas desgracias se tiran y arrancan los cabellos, como atestiguando la causa de sus penas en la primer desdicha. ¿Qué será (pregunto yo) cuando rabiosas, sino incitarse, como los poetas fingieron de las Furias, meneando las sierpes que las coronan? Enemigo, por cierto, más digno de horror que de amor la más hermosa, si sueltos los cabellos, los consideramos culebras, que alguna semejanza suya se nos representa en ellos naturalmente, y algo es causarnos tan mortal asco, más que otra suciedad, un cabello que cayó en la comida. Y no sólo de los cabellos: del tuétano del hombre dice Plinio lo mismo, engendrándose del tuétano del buey abejas, y del del jumento cuando mucho escarabajos. Y si la razón natural está en la disposición y semejanza de la materia (conforme a lo que diré otro día), harto es que porque el hombre se hizo fermentado y traidor en el primer delito, se hiciese semilla de tan malas fieras.

Y no es menos de advertir (si es cierto lo que dice un Filósofo) que suelen algunos gallos engendrar huevos, o tal humor y materia que lo parece, y dellos sale el animal más traidor y fiero que tiene la naturaleza: el basilisco. Siendo por lo menos cierto que nace de sus huevos corrompidos, y de los de otras sierpes y dragones, y generalmente de partes por extremo hediondas y corrompidas; que el principio de tan mal monstruo no podía ser otro que una mentira contra la naturaleza. Y el error de los peores basiliscos no podía nacer sino de la corrupción de todas las herejías, pues es sin duda que luteranos y calvinistas y otras castas de herejes, no pudiendo conservarse en sus errores, han dado en el desta mala policía, en la apariencia menos ingrato, en la ponzoña sin comparación más nocivo. Y aunque pudiera detenerme en las propiedades desta fiera, bien acomodadas a los políticos, pasaré por algunas.

Pues el nombre dicen que viene de Basilea, por quien el griego entiende palacio Real, y el hebreo sala o consistorio de juicio, quizá porque en ambas partes florecen las mentiras y engaños, pues no sin alguna esperanza habla sólo nuestro mal Doctor con los príncipes y magistrados y les dirige su doctrina. Y en la lengua latina se llama el basilisco régulo o reyecillo, porque es coronado (dicen) al modo de rey, y quizá porque un rey infiel y falso es el más perjudicial de los monstruos. Es engañosísima sierpe el basilisco. Así lo dice Salomón: No mires el vino cuando resplandece en el vaso. Entrará blandamente, pero a la postre te morderá como culebra, y como basilisco esparcirá su ponzoña. Hermoso éste como el vino a la vista, y tan dañoso como él si mira; que matan sus ojos. Con el frío, torpe y encogido; con el calor, osado, y tan pestilencial su veneno, que con su aliento mata y abrasa cuanto topa, hasta romper las piedras. En que se conoce su cueva quemada

y llena de ceniza, como si estuviera en perpetuo fuego. Y se cree (añade Plinio) que, herido de una lanza, arroja por ella tal veneno que se ha visto matar al caballero y caballo. Lo que puso Lucano en buen lienzo pintando en semejante riña a Murón:

¿Que aprovechó a Murón de una lanzada
 pasar el basilisco, si el veneno
 por el asta llegó a la mano airada?
 Siente su daño, y de coraje lleno,
 la lanza al suelo arroja, y con la espada
 del hombro hizo el propio brazo ajeno.
 Raro valor y lastimosa suerte
 mirar vivo gran parte de su muerte.

No se conoce esta mala seta sino con su daño, hermosa como el resplandor del vino. ¿Qué hace al caso (dice el estadista) una mentira por defender la vida propia o de muchos? ¿Qué importa negar a Dios con la boca, si se confiesa con el corazón? No hay injusticia ni maldad culpable donde la necesidad obliga. ¡Oh blasfemias más que el basilisco ponzoñosas! Pues en dándoles orejas, no sólo matan toda virtud: queman todo amor y correspondencia, hasta las piedras de las ciudades abrasan, siendo imposible con tan mala doctrina que hijos y padres duren en una casa, cuanto más muchas casas en una república. Este es el estado, y éste el bien común que docmatiza la prudencia de los estadistas: la destrucción universal del mundo.

Ya era tiempo de responder a los argumentos, si no me obligara a mudar su orden el que nos hacen con el lugar de Cristo en San Mateo, donde aconsejó a sus Dicipulos que fuesen prudentes como las culebras, siendo ésta símbolo de la astucia y doblez, según lo que el mismo Dios afirmó en el Génesis: que era la culebra el más astuto de los animales de la tierra. A que pueden añadir la parábola del mayordomo, que habiendo hecho la trampa de los renteros, dice que alabó el Señor al mayordomo de la maldad, porque había andado prudente, y al fin concluye que los hijos deste siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. De donde por lo menos se colige que no con mucha impropiedad se llama prudencia la astucia y cavilación. En que digo, lo primero, que no porque Cristo señale por símbolo de la prudencia a la culebra lo ha de ser en las mismas acciones que es símbolo del caviloso y engañador. Pues el león, imagen del Demonio en las Santas Letras por su voracidad y furor, también lo es de Cristo y de los justos, por su imperio, su generosidad y clemencia. Y así, los Santos en algunas acciones acomodan a la prudencia cristiana la sierpe; no en todas (como intentó alguno), siendo indigno de imitación lo primero que en la culebra se conoce: es golosísima de leche, vino y sangre: propiedad a propósito para un moro bárbaro. Entra en las camas de los animales que crían, y, aunque vista y temida, tan dulce mama y chupa la leche de la triste madre, que con la muerte la deleita, dando a los cachorrillos la cola, en que divertidos paladeen sin fruto, o por mejor decir, paladeen su muerte. Gusto a tantos caro: no hallo que se pueda comparar sino a los aduladores de los príncipes, que aunque más se vee y conoce su engaño, chupan con dulzura hasta secar los huesos, y a los pueblos huérfanos envían ministros que en vez de leche dan ponzoña, y en vez de hacer justicia roban haciendas, y así gordos los lisonjeros, los demás perecen de flacos.

El cuello tiene tan flegible, que continuamente muda y vuelve la cabeza a todas partes, como recelando de todas peligro: mala condición para un rey cuerdo y justo, y parecida al injusto y tirano, de nadie amigo, de todos medroso. No camina derecha, sino con vueltas; y presa, así se enrosca que no se le conoce cuál es la cola, cuál la cabeza. En cerco andan los malos, dice David, ¿quién convencerá a un hereje, si, hecho rosca en su obstinación, niega el principio de las Escrituras y el fin de nuestra bienaventuranza? Tiene la lengua aguda como saeta, con dos puntas, o casi dos

lenguas, y ambas venenosas. La lengua de los malos, como espada aguda, o como saeta fuertemente arrojada. Tienen, como duplicada la lengua, duplicado el corazón; el justo, una lengua, y bajo della leche y miel. Los dientes de la culebra, apartados, desiguales, huecos, torcidos y de color de ceniza, no como los que enamoran al esposo, parecidos a la manada de ovejas recién desquiladas y lavadas, por blancos, por juntos, por iguales.

Por estas propiedades llama S. Juan al Demonio serpiente antigua, y porque para el primero y peor engaño se valió de su lengua; pero otras le quedan, por quien dice S. Ireneo que fue antiquísimo jeroglífico de la prudencia, y que usó Cristo señor nuestro¹¹⁹ atendiendo a las propiedades en que tiene semejanza con esta virtud, no a las que representan cavilación y astucia. La culebra, dicen los Santos (tomado de los filósofos), por guardar la cabeza expone el demás cuerpo a las heridas, porque sabe que, cortada la cola, ha de renacer, y lastimada en la cabeza ha de morir. La fe (aplica S. Crisóstomo) es la cabeza, y todo se ha de perder por conservarla. La cabeza del cristiano, según S. Pablo (dicen los otros Santos), es Cristo; como a Cristo no pierda el alma, nada pierde. Por la cola se entienden la vida del cuerpo y bienes de tierra; por tanto, mandó Dios que se le sacrificasen las colas de los animales, o mejor, en ellas el amor de las cosas terrenas. Lo postrero que quiere Dios que sea de nuestro amor, como lo es del animal la cola; y a Moisés ordenó, cuando volvió la vara en culebra, que la levantase de la cola, para decirle (pudo ser) cuán pesado gobierno le entregaba en hacerle capitán de gente aficionada a bienes temporales, pues es cierto que, asida la culebra de la cabeza, es ligerísima, como al contrario por la cola, pesada y terrible. La comunidad en quien todos tratan de sus comodidades y gustos, importuno gobierno; en quien todos de ser buenos, suavísimo. Por estas propiedades quiere Cristo que nos parezcamos a la culebra. A propósito para el estadista, que por guardar lo menos de los bienes temporales enseña a perder la cabeza de la virtud, la verdad, la fe y la caridad de Cristo.

En otras es también digna de imitación. Maravillosa en mudar la piel cada solsticio, por el otoño y primavera, como afirma Galeno. Despidamos las cosas viejas. Todas sean nuevas, canta la Iglesia. Desnúdase ayudada de un piedra, escondida entonces en lo más profundo, medrosa del más pequeño animal no la vea o toque, para cuya mudanza se dispone con dieta de muchos días, porque enjuta despide fácil el hollejo, y de ningún modo si gruesa y mantecosa. Buen ejemplo de la penitencia cristiana para otra ocasión y espacio, pues así nos manda San Pablo que nos desnudemos del hombre viejo en la piedra Cristo en los dos solsticios, en quien tiene Adviento y Cuaresma la Iglesia y en quien entra el Sol en los dos signos de Virgo y del Cordero. Buena ocasión para renovar costumbres una Virgen que concibe a Dios y un Cordero en una cruz muerta. Buena disposición los ayunos donde los vea Dios, no donde los hombres; que es muy delicada una vida nueva.

Pero, dejados secretos (que no son de mi propósito), atienda el político con cuánto cuidado nos aconsejó el Señor la prudencia de la culebra, pues al punto advirtió que habíamos de imitar la sencillez de la paloma, para enemistarnos con cuanto hay en aquella de engaño, de doblez, de ira, de venganza, de malicia. Pues como dicen della los naturales que quitada los extremos en quien tiene el veneno, es lo demás saludable: así, quitada la astucia, es loable su prudencia; pero no estando limpia de tan mala ponzoña no hay cosa más opuesta a la sencillez. Como lo advirtió Dios en el desafío que publicó en el Paraíso entre la culebra y el calcañal de la mujer. Símbolo (pienso) éste de la sinceridad y llaneza, pues por él diferencia Aristóteles de los astutos los sencillos, asentándolo (dice) solo y distinto el verdadero, confuso con lo demás del pie el caviloso; como la verdad, que es simple (dice Séneca) y no admite dobleces y confusiones. Dado no sin misterio al hombre con alguna falta de carne, por la que se añaden corchos y tacones en el talón de las chinelas y zapatos, por que nos acuerde la falta que nos hace la inocencia y sencillez perdida en la primera culpa. Y así, la noche de la Cena dijo Cristo señor nuestro que lavaba los pies a sus Dicipulos porque no

119.- Suplo 'nuestro'.

estaban limpios todos, y no sabemos que hubiese aquella hora otro delito en el santo Colegio que la traición de Judas. Y ¿qué más claro que decir el mismo Señor: Quien come mi pan ha levantado su calcañal contra mí, que luego declaró diciendo que le vendía y entregaba?

Por lo que también los egipcios pintaron el calcañal por jeroglífico de la libertad, por no haber cosa libre en la tierra sino la verdad. A todas horas y en la mayor luz parece con la cara descubierta, dijo nuestro Maestro. Y los antiguos la llamaron Sol porque da luz a todas las cosas. De nadie se esconde, a nadie teme; no hay ingenio, no hay astucia, no hay asechanza que tenga fuerza contra la verdad. Ella por sí se basta a defender (dice Tulio), y así se significa con propiedad en el calcañal, porque del modo que carga sobre él todo el cuerpo, y herido da éste necesariamente en tierra, sobre la verdad estriban las vidas y cuerpos de los hombres, de las familias, de los reinos, y una sola mentira lo basta a perder todo.

Es símbolo también el calcañal de la vitoria, o porque siempre es la verdad la vencedora o porque vencer con engaños más es infamia y pérdida; y símbolo también de la posesión y señorío asentar en una cosa el pie, en señal, quizá, que con la verdad se adquiere el verdadero imperio y dominio. Y así, para hacer Dios al hombre señor de la tierra dice el Sabio que le crió derecho y cargó sobre el calcañal, a diferencia de los brutos, que si alguno imita el pie humano, asienta sólo la parte delantera del pie, y del mismo hombre cuando inclinado anda como ellos, que le es imposible asentar el talón; porque a sólo el hombre, o que vive como tal, se le comunicó el amor y conocimiento de la verdad. Y así, en la historia de los *Reyes*, para decir del ídolo Dagón que era dios de burla y mentira se dice que no se pudo sustentar en pie. Y de Caín se lee que al punto que pensó en la traición de matar a su hermano se le cayó el rostro y dejó de andar derecho: propiedad de los sencillos, como se lee de Job, que andaba derecho y era varón sencillo. Y uno de sus amigos lo juntó todo, diciéndole: Si anduvieres derecho y con sencillo corazón, madrugará Dios para favorecerte.

Algo ayudan esta imaginación las fábulas de Aquiles y Eurídice, fingiendo del uno que no podía morir sino herido por la planta del pie que su madre le procuró lavar en la laguna Estigia, por acordar en un capitán tan valeroso la bajeza de haberse vestido de mujer y haber mentido su autoridad para gozar los amores de Deidamia. Y de Eurídice fingieron que huyendo de Aristeo la hirió una culebra en el calcañal, para decir que murió por sencilla y fiel a su esposo. Y volviendo a letras más seguras, David se aflige y aqueja que la maldad de su calcaño la trae delante los ojos, y que a él solo le miran sus enemigos. Lo que se declara con otro lugar algo difícil del 3 de los Reyes, donde se lee no declinó David a la diestra ni a la siniestra, excepto la plática que con Urías tuvo. Porque, como si no fueran pecados el adulterio y el homicidio, sólo parece que afeó a David la traición y engaño de hablar amoroso a quien deseaba muerto, y así, le duró este escozor toda la vida.

La mayor guerra que hay en el mundo es entre la sierpe y el calcañal de la mujer, entre la verdad y la mentira, entre el falso político y el fiel sencillo, procurando siempre tan mala fiera morder y emponzoñar la sencillez de los buenos, porque sabe que ninguna otra parte del cuerpo, herida, corre al corazón más presto el veneno. Así lo dicen los doctos, y lo prueban algunos secretos. En los zapatos, o donde toque al talón del pie, ponen los hechiceros la ponzoña con quien desean más breve la muerte. Los supersticiosos ponen en los zapatos, o donde puedan ser pisadas, sus yerbas o embelecos. Para enfriar o calentar el corazón, reciben los pies las medicinas. Descubiertos éstos, y fríos, se hace difícil el acto venéreo. Y, en fin, del talón al corazón dicen los Anatómicos que hay vías muy manifiestas y patentes por donde recibe el daño o beneficio. Y así, la serpiente desta mala seta, para emponzoñar el corazón de la Iglesia ha puesto asechanzas al calcañal de la verdad y sencillez.

Pero ¡gracias al Señor!; que así como el cuerpo humano carga sobre el talón, así su Iglesia quiso que estribase sobre la simplicidad y verdad, siendo esta sola la que quiebra la cabeza a la serpiente, el Demonio, y toda la mentira de los herejes. Y así, advirtió a sus Discípulos que los enviaba como ovejas entre lobos; la oveja, imagen de la inocencia y sencillez, el lobo, de la traición y malicia, y al fin siempre ha salido y saldrá infaliblemente con vitoria lo que parece en la Iglesia más olvidado y

despreciado, su llaneza y simplicidad; que no con menor misterio advirtió a sus Dicipulos, cuando los envió a predicar, que les daba poder de poner el calcañal sobre las serpientes y escorpiones, para que se acordasen que en ellos se había de cumplir lo que se prometió en Eva: vencer la verdad y perderse a sí misma la falsedad y mentira. Por que vea el político que no sólo destruye los príncipes y reinos a quien aconseja tal blasfemia, sino que a sí mismo¹²⁰ se confunde y pierde, y que no sólo no se debe llamar su doctrina prudencia, sino la mayor de las ignorancias, pues escoge medios tan opuestos a su intento.

Y no importa lo que acordé del rentero, pues allí (como siente un Expositor moderno) se habla en persona del señor de la hacienda que alabó la astucia, y no de Cristo; que cuando lo concedamos, llamó prudencia la del mayordomo con la cortapisa y restricción de prudencia del siglo. Como San Pablo, que la llama prudencia de carne, que es absolutamente llamarla imprudencia, pues así añade que es muerte. San Basilio la llama prudencia mala, y Santiago, terrena, animal, diabólica.

Y aunque son renombres bien merecidos, yo¹²¹ pienso que aun es digna la razón de los estadistas de llamarse en alguna manera prudencia; porque si bien todos los malos son generalmente imprudentes y necios (como desde Sócrates acá afirman los que mejor sienten), pues juzgan que se ha de hacer en tal ocasión y tales circunstancias lo que no es bien hacerse (yerro que no puede caber en un hombre sin culpable ignorancia), muchos pecados hay que remedan algo los colores de la prudencia verdadera, como el deshonesto que supo escoger la tercera a propósito, o dar la joya a tiempo, que en esto imita al prudente buscando los medios conformes a su apetito, si bien, por cuanto el fin es malo, el acierto de los medios es prudencia de carne y viciosa, Pero el que prometiendo medios para conservar y aumentar las repúblicas señala aquellos que son su total destrucción y ruina, ni aun en la apariencia se debe llamar prudente, sino loco y furioso; y así, furia contra los estados, y no consejo o razón de estado, debe llamarse semejante doctrina.

DISCURSO IIII

Por qué un hombre debe a veces ofrecer la vida por la de otros, y no deba cometer un pecado venial por la salvación de todo el mundo.

Ningún precepto del Decálogo se puede dispensar o mudar, ni se ha¹²² dispensado o mudado alguna vez.

Ninguna mentira puede por algún buen fin hacerse lícita, ni puede lícitamente desearse engañar a otros, con examen de los ejemplos sagrados que a esta verdad se oponen.

PROBADO ya en esta parte nuestro intento, antes que busquemos cuál es la justa y verdadera razón de estado será bien satisfacer a los argumentos. Y porque deseo la brevedad, confieso en el primero cuanto la objeción pone: que debe más el hombre amar a veces el provecho común que el propio; pero no lo que de aquí concluye: que pueda alguna vez pecar por la salvación de muchos. Y porque aquí hay dos proposiciones que representan alguna dificultad al entenderse y prometen algún gusto entendidas, digo para ambas que, como el objeto del amor es el bien, cuanto más una cosa participare la razón de buena, tanto más debe ser amada. De donde nace que, como Dios es bien sumo, es el principio de nuestro amor, y del modo que las demás cosas

120.- Orig.: 'assimismo.

121.- Orig.: 'uo'

122.- Orig.: 'ni sea'

decienden deste principio, o son capaces de su bondad, son de amor dignas; y así, sobre todas las criaturas deben ser más amados los Ángeles y los hombres, como aquellas en quien cabe más de la bondad divina, por la perfección del entendimiento y por la capacidad de la gracia y gloria. Y entre los hombres, más amor se debe a los que más con nosotros están juntos y unidos, por ser el amor (dice San Dionisio) una virtud unitiva; y como nada está más unido y junto que uno consigo mismo, de aquí es que generalmente se debe amar más cada cual a sí que a otro alguno.

Pero en amarse a sí propio hay alguna diferencia; porque un hombre se puede amar según todo lo que es, o según la parte principal o según la de menor nobleza y estima. Del primer modo, dice el Doctor Angélico, se aman buenos y malos, porque aman la conservación de su ser; del segundo se aman solos los buenos, porque se aman según la razón que San Pablo llama el hombre interior. Y del último se aman los malos según el sentido y sus deleites, que es el amor que reprehenden los Santos, y San Agustín dice que edifica la ciudad de Babilonia y causa la confusión y desorden de los pueblos. Y el Salmista le llama odio de la propia alma, doctina que asentó Cristo (por San Juan), diciendo que amarse a sí propio es aborrecerse, y aborrecerse amarse.

Con este principio entenderemos algo de la razón por que un hombre debe ofrecer su vida por guardar la de muchos y no debe hacer un pecado venial por la salvación de un mundo. La vida corporal, cierto es que no es el mayor bien del hombre; antes, como el cuerpo es por el alma, la vida del cuerpo es por la del alma, y así, debe ofrecerse y estimarse en el modo que a la vida espiritual importa. De conocer o ignorar esta verdad han nacido varios pareceres, estimando unos la vida con extremo, según aquello de Eurípides:

Dulcísima es la luz a los mortales.
¿Quién las tinieblas del profundo busca?
¿Quién de sano juicio morir quiere?

Y otros despreciándola, según lo de Séneca, que llama la vida castigo y tormento del hombre, habiendo algunos que no sólo se han muerto (como dije el primer día), sino que han tenido por virtud y servicio de Dios matarse sin causa: sacrificio fiero, y martirio por cierto bárbaro, que condena elegantemente San Agustín, y que a no ser tan detestable, a pocos lances acabara con los mártires y con el mundo. La verdad anda en medio, enseñándonos que ni la vida es de desperdiciar tan pródigamente, ni de guardar tan avara, habiendo ocasiones en que se puede ofrecer con alabanza y no se puede conservar sin culpa. Cuáles sean éstas, concuerdan los doctos que por la salud espiritual, propia o ajena, por no hacer un pecado en que se pierde más que vale la vida, por la extrema necesidad del prójimo y otras obligaciones de caridad o justicia que no nos hacen al caso. Y al fin todos vienen en que por la república y por su príncipe, y por otra persona que en ella sea muy importante, se puede y debe dar a veces la vida; y la razón es deberse naturalmente la parte al todo; como el brazo a la salud del cuerpo, así la vida particular a la de muchos. Célebres justamente los que con riesgo de morir han favorecido sus patrias o sus reyes, como Horacio en Roma, y en Castilla Sando, origen ilustre de los Sandoval, y don Diego de Mendoza, de los Duques del Infantado, cuando éste dio su caballo al rey don Juan el Segundo, quedando él a pie en manos de los enemigos y de la muerte. Esto es propiamente defenderse uno (dice Léntulo en Livio), y aventajar el bien particular al público es perderse, como el que anegase el navío por salvar la vida, envuelto él con los demás en las aguas, o dejase perecer el cuerpo por escusar el cuchillo al brazo. Inclination que la pone Santo Tomás en todas las cosas criadas, de acudir al bien común; y la llama natural, como el agua que naturalmente está fuera de su centro por conservar el universo y la mano que naturalmente acude a reparar el golpe por defender la cabeza: movimiento en ambas tan natural como el de su propio bien; antes la inclinación que cada cosa tiene a su centro es en orden al bien común. Así, el hombre político va contra su propio amor si por el bien y defensa

de la república escusa dar la vida, y es curiosidad de advertir la que concluye de aquí el Doctor Angélico: que es más natural al hombre amar a Dios, como es fin natural de las criaturas, que amarse a sí propio. Porque Dios es el bien sumo y el bien de todo el universo, y más natural es al hombre el amor del bien común que el particular; y así, quien a Dios aborreciera, a sí propio y a todas las demás cosas quitaba el ser, porque cuanto es en sí procuraba quitar a Dios el ser, sin quien nada puede ser. Bien, pues, concluye Salustio, como o pone la duda, que es honroso y glorioso todo lo que a la conservación del estado se encamina, si por todo entiende la hacienda, la familia y la vida temporal; no si la espiritual, que más que cualquiera otros bienes del mundo debe estimarse.

La causa es porque en todos los bienes temporales es parte el hombre de la comunidad y se ordena a ella, y allí le debe más amor; pero en la vida espiritual de la gracia y la gloria, cualquiera hombre se ordena inmediatamente a Dios, y antes las comunidades son buenas en cuanto son medios para que el hombre alcance ese bien, y así, se debe posponer a él cualquiera otro provecho de los demás. Y no sólo un pecado mortal, pero ni un venial se debe aconsejar o cometer, ni por la salvación de todos los hombres. ¿Qué le aprovecha al hombre (dice Cristo) que granjee todo el mundo, si se pierde su alma? No será en verdad buen trueque ése. Y San Pablo puso la cuestión en forma en la carta a los Romanos: ¿Por ventura (dice) permaneceremos en pecado porque la gracia de Dios abunde en los demás? Ni por pensamiento. Tan indubitable juzgó la conclusión, que la puso en sola una palabra; porque como la propia inclinación y efeto de la caridad estriba en unir el propio sujeto con Dios, y el pecado aleja al hombre de Dios (si es grave, en todo, y si ligero, en parte), escoge mal el que por hacer a Dios amigo con otros le enemista consigo; y así, no será el acto de caridad entonces, antes contrario a ella, pues va contra su propia razón y forma, encerrando en sí tan grande ignorancia como pensar que el pecado se puede ordenar a Dios y agradarle. Cosa tan imposible como aquel que por esencia es la misma justicia y bondad, y la injusticia y culpa necesariamente le ha de ser encontrada y opuesta. De donde, aunque a uno constara que por un pecado venial suyo se había de excusar infinitos mortales de otros, fuera imprudente pecando; y cuerdo no los impidiendo, porque cualquiera está obligado a procurar primero la gloria de Dios en sí, uniéndole consigo, que no en otros. Y aquello no fuera querer mayor gloria a Dios, sino quererla antes en otros que en sí, y apartarle de sí por unirle a otros. Lo que es desorden contra lo que la razón natural enseña, y, por tanto, culpable; para que veamos cuánto se debe temer un pecado, pues no se puede imaginar fin tan honrado y virtuoso que abone y justifique de todo punto lo que en sí es delito; y quiere el estadista que por un interés o antojo liviano se pueda negar la fe, cometer la traición y no excusar el peor maleficio.

Desearon (dice) Moisés y Pablo este daño propio por el bien ajeno, pues el uno pedía ser borrado del libro de la vida, y el otro ser apartado de Cristo (que eso significa anatema), y ambos movidos de un ardentísimo efeto de caridad. Luego no será tan culpable el príncipe que imitare el celo de tales santos. Si desearan perder la gracia o la gloria, indignos fueran de imitación, dignos de vituperio. Pero no pensaron tal, como los Expositores y Padres explican, diciendo unos que no pedían sino algún daño temporal; despojo del principado, Moisés, y muerte violenta y acerva San Pablo; que esto dicen los doctos del hebreo que suele significar la voz anatema. Y cuando por el libro de la vida se entienda la bienaventuranza, dice San Agustín que allí antes habló de confiado Moisés, y pidió que fuese tan cierto perdonar Dios el pecado a su pueblo como era no haberle de borrar de su libro, al modo que Cristo dijo: El cielo y la tierra pasarán, y no mis palabras. No porque hayan de faltar los cielos, sino porque la palabra del Señor ha de ser como ellos firme, y si no (como quieren Lira y el Tostado), allí no hay más que una exageración del amor de sus hermanos, como cuando dijo David que quién le daría morir por su hijo Absalón, y el enfermo suele decir que quisiera morir antes que padecer el dolor y hace diligencias por la salud. El pecado, en fin, es el mayor mal y no se debe admitir sino en la escuela de los estadistas; que para que un rey tenga una ciudad más quieren que niegue a Dios y emprenda el mayor sacrilegio.

La dificultad segunda niega que haya cosa que sea en la necesidad delito, por parecer que los más feos se hallan abonados en las Letras Santas, y los más naturales preceptos, como son los del Decálogo, dispensados por particulares respetos. A que si hubiera de satisfacer llenamente me embazara más de lo que permite el *Jardín*, y así, temo no pase la priesa de lo justo. Conozco, pues, que los preceptos del Decálogo son conclusiones necesarias de la naturaleza; pero no que se hayan dispensado, ni que lo pueda hacer el mismo Dios. Porque ora la ley natural sea la misma naturaleza, como ella en sí se es regla del bien o el mal que le es conveniente o disconveniente, ora sobre eso añade el dictamen de la razón, que insinúa y señala lo que al ser humano es conforme (doctrina que juzgo por más cierta por lo que dijo Tulio; que la ley perfecta se halla en el hombre perfecto y en la mente del sabio; y San Pablo, que el hombre se es a sí mismo ley, con la regla que tiene escrita en el corazón, y porque de otro modo también diéramos ley natural en los brutos, cuya naturaleza unas cosas ama, como convenientes, y otras aborrece por contrarias), de cualquiera modo, la ley natural del hombre es tan indubitable como su naturaleza.

Verdad que alcanzó Tulio, diciendo que la ley es la recta razón congruente a la naturaleza, difundida en todos, sempiterna y constante. Y San Isidoro dijo que el derecho natural ni admite variación ni mudanza. Y la razón es llana, porque cualquiera precepto natural, como fundado en la misma naturaleza, le es debido y conveniente; y así, no mudada la naturaleza es imposible que se muden la conveniencia y orden que con ella tiene. Siendo, pues, imposible que Dios mude la naturaleza, pues mudada no fuera hombre, sino otra cosa diferente, es claro que no puede Dios variar ni mudar la ley natural y sus preceptos, por la conformidad y conexión necesaria que tienen con la misma naturaleza.

Ni hay algo contra esto en los ejemplos traídos, lo que se hará manifiesto sabido que hay unas cosas malas o buenas en sí y según su propio ser, sin respeto a la materia en que se ejercitan, a las circunstancias que las acompañan o al fin que las mueve, sino que la malicia o bondad les nace de su propio objeto, y así, no puede apartarse dellas, como el odio de Dios, que según su propio ser es detestable. Y como del juramento falso y mentira, probaremos otras cosas que absolutamente no son buenas ni malas, sino que la falta y culpa les viene, o de la persona o del tiempo, o de la materia o del fin, o de cualquiera otra razón ajena, y extrínseca a la misma sustancia del acto. Como el matar a un hombre, que es virtud en el juez si mata al culpado, y vicio si al inocente; la cópula carnal, que es buena con la mujer propia y mala con la ajena, así la naturaleza unas cosas manda y otras veda, no todas igual y absolutamente buenas,¹²³ como ni todas igual y absolutamente malas, sino sólo por la parte que la malicia las daña o las abona la virtud, y en esta diferencia está la claridad de los sucesos en que parece haberse dispensado o derogado la ley natural.

Dicen que como dispensa Dios en los accidentes del sacramento del Altar en la existencia de la naturaleza humana de Cristo, puede en las costumbres, y no advierten que al accidente estar unido al sujeto no es su esencia, sino modo particular; que le puede Dios mudar, supliendo con su divina virtud la falta. A la naturaleza del hombre se le debe existencia; pero si en lugar de la propia sustituye Dios con otra de infinita virtud, cual es la divina, no hace agravio a la naturaleza, antes la mejora

Las costumbres tienen del mismo modo su ser natural y necesario, ora éste sea dependiente de la ley eterna y razón y sabiduría de Dios, que así dispuso la naturaleza del hombre y las acciones, movimientos y inclinaciones que le habían de guiar y encaminar a su debido fin, ora sea tan propia y debida a las costumbres que ellas en sí y de suyo se tengan su propia bondad o malicia, sin orden alguno al entendimiento de Dios. Lo que juzgo por menos cierto, pues todas las cosas tienen el ser de Dios, tienen el ser tales y convenirles más esto que aquello; y así en el hombre, serle natural la virtud y contrario el vicio le viene de aquella Mente soberana que le dio tal ser; pero no por

123.- Suplo 'buenas'

eso, una vez dado, le puede Dios mudar, por lo que implica apartar una cosa de sí misma. Y así, aunque es Dios autor de la ley natural, no puede mudarla quedando la naturaleza del hombre en pie, como ni puede mudar la naturaleza del accidente. La cual es decir orden a otra cosa en que se sustente y estribe, ora aquélla sea la sustancia, ora supla sus veces la divina virtud. Lo mismo que pasa en Cristo, cuya naturaleza en nada se varía, pues sólo pide ésta tener existencia, y a falta de la propia se contenta con la divina, que suple su ausencia.

Con esto se satisface a las objeciones con facilidad, porque la prescripción, la división de bienes y la servidumbre, si bien no las manda la naturaleza, no las veda; porque no son en sí malas, antes buenas en el estado de la culpa. Y así, convienen en ellas todas las naciones, como conformes a la misma naturaleza, que el jurista dice ser del derecho de las gentes, pues la prescripción, en rigor, no quita a nadie lo que es suyo, antes lo da al que parece más propio dueño, y por eso le pide, no sólo posesión antigua, sino título que probablemente presuma por el poseedor y buena fe en su posesión. Porque el poseedor de mala fe no prescribe, como es determinación del Concilio Lateranense. Lo que no es ir contra la ley natural; antes lo contrario diera ocasión a fraudes y malicias que la naturaleza desea quitar de entre los hombres.

El dominio de las cosas, quieren algunos que en el estado de la inocencia fuera común, y que en el de la culpa convino la división. Lo que, cuando sea así, por lo menos al hombre después de pecador no le vedó la naturaleza diferenciar las posesiones; antes le inclinó a ello, como más conveniente. Y así, no fue derogar el derecho natural, sino cesar su fuerza cesando la circunstancia de la inocencia, por quien obligaba. Los que niegan tal precepto y tienen por más conforme a la naturaleza la división de bienes en el primer estado, satisfacen más fácilmente. Y así, paso a la guerra y servidumbre, en que se dice lo mismo que en la división, pues por lo menos después del Pecado, son muy conformes a la naturaleza del hombre.

La cual, aunque no los inclina derechamente a combatirse unos con otros, puso en todos deseo y amor a la concordia y paz, que supuesta la malicia de muchos no se puede alcanzar sin las armas; porque, como la naturaleza aborrece de su primera intención cualquiera manjar amargo y violento, y supuesta la enfermedad lo apetece y ama, así, aunque ninguno quisiera la naturaleza que fuera muerto en la batalla o oprimido en la esclavitud supuesta la tiranía de los malos, quiere que se defiendan los buenos y se sujeten los perturbadores. Y así, Aristóteles dijo ser la esclavitud conforme a la naturaleza del hombre, o porque parece bien rendido el inquieto, o porque es noble hazaña trocar el vencedor del vencido la vida por la libertad (que eso dicen San Agustín y San Isidro significa siervo: guardado de la furia de la vitoria), o por las comodidades que muchas veces recibe el esclavo del dueño en el sustento y en la enseñanza.

La república que entrega al inocente en manos del tirano no le mata, que es lo que el precepto natural y divino prohíben; pero no le defiende, porque a eso no está obligada, y más en extremo peligro; y cuando le pongan en las manos del que se sabe le ha de matar (como algunos defienden ser lícito), la república no pretende derechamente matarle, sino que le obliga a que cumpla lo que él, de caridad y de justicia legal, debía hacer, que es ofrecerse a la muerte por defender su patria; y pues él peca en escusarse y eximirse, cierto parece que la república tiene justicia para obligarle.

El juez que condena según la probanza al que conoce sin culpa, sí aciertan los que dicen que antes debe dejar el oficio, porque aquello es matar derechamente al inocente: delito que, como contrario al precepto natural de no matar, por ninguna ocasión se debe cometer. Bien tienen respondido; pero los que siguen la otra opinión dicen que en nada se opone este acto al precepto; porque si en algo, será en matar al que verdaderamente sabe el juez que está sin culpa, y eso no importa, pues para la ley que propiamente le juzga y condena está culpado. Y antes es conforme a la naturaleza que, pues son por el público beneficio los castigos y premios, no sea la noticia particular, sino la pública, la que presida y valga en los juicios. En fin, la duda está en averiguar si hay

algo en esta muerte contra el precepto del Decálogo; porque no lo habiendo es justa, y habiéndolo, todos han de confesar que ha de morir el juez antes que ejecutarla.

El secreto, es naturalmente prohibida su publicación cuando derechamente se procura, no si de resulta y por otro fin más debido y natural. Como el no matar a otro es precepto natural, pero quien defendiéndose mata no va contra el precepto (porque no quiere matar, sino defenderse, y así, no se entiende que pretende quebrantar aquél, sino guardar otro de la propia defensa, más natural y fuerte), así quien descubre el secreto ajeno por escusar el dolor grave de los tormentos, defender vida, la de su príncipe, o la república, no intenta el daño de su prójimo, sino evitar el suyo, o el común, a que está más naturalmente obligado. Y esto se entiende no habiendo alcanzado el secreto en el sacramento de la Confesión, donde concurren otras obligaciones.

El sacrificio de Abraham fuera injusto si con propia autoridad se intentara; fue santo, porque con la de Dios. Pues dos cosas hacen pecado el homicidio: o la falta de autoridad en el juez o la falta de culpa en el condenado, y ambas nacen de no querer la naturaleza que alguno muera, tanto por el mal que hizo como por el bien que se sigue a la república con su muerte o daño que se evita. Y como este provecho es común, es necesario que en el que lo ha de juzgar haya autoridad pública para conocer y determinar esa conveniencia, y asimismo es necesario que el que muere sea malo, porque el bueno y justo es imposible que sea por sí dañoso a la república. Abraham, pues, no mataba a su hijo como juez, y así, no tenía que reparar en si era o no inocente, sino como mero ejecutor de Dios, que tiene suprema autoridad sobre todas las vidas, y las quita a los más santos cuando le parece. Y así, Abraham no hizo contra algún precepto natural, antes bien siguió la razón natural, que dicta ser justo que Dios sea de todos obedecido.

A la hazaña de Sansón y de Eleazar digo que si no fue derechamente matarse, sino intento de matar los enemigos, aunque con probable peligro, no pecaron, pues por la salud de la patria virtuosamente se expone cualquiera al mayor riesgo, en lo que consiste el mayor acto de la fortaleza, como dije el primer día. De este modo disculpa San Ambrosio el hecho de Eleazar, y se puede el de las Vírgines que la Iglesia celebra, pues arrojarse al río huyendo tan grave daño no es necesariamente ahogarse; si decimos que fue directo homicidio (como San Agustín siente) entra su disculpa, que lo remite a impulso y orden del Espíritu Santo. Y Dios, señor universal de las vidas, puede dar autoridad como sobre la ajena sobre la propia, y cuando no, pudo ser en todos ignorancia de la culpa que cometían, pues no es principio tan llano de naturaleza que por guardar la castidad o defender la república sea delito matarse y que no se pueda ignorar de muchos, pues así se engañaron y lo creyeron hartos de los filósofos antiguos y algunos de los santos nuestros.

Los hebreos pudieron quedarse con las joyas de los gitanos, o en galardón de sus servicios mal pagados o porque Dios, señor de las haciendas, pudo dárselas y hacerlos verdaderos dueños dellas; de modo que tomando lo que era suyo no fueron contra el precepto, que sólo veda tomar lo ajeno. Lo de Oseas importa memos, pues cualquiera que aquella mujer hubiera sido, dice el Texto que la recibió por suya y se casó con ella. Y no falta quien diga que la Escritura la llama fornicaria más que por culpas anteriores al matrimonio por otras que se le siguieron, a lo que ayuda llamarla Santo Tomás adúltera. De cualquiera modo, no va contra el precepto natural quien a su propia mujer trata.

En la poligamia, o casamiento de muchas mujeres, pienso que los que defienden ser vedado por derecho natural y contra el del matrimonio, responden duramente que cesó la fuerza de la ley por ocurrir precepto de mayor importancia, cual fue la multiplicación del linaje humano; y si les acordamos que se continuó en el pueblo de Israel multiplicados ya los hombres, dicen que allí se ofrecieron otras causas de la incontinenia grande de aquel pueblo y propagación de gente que sola conservaba la verdadera fe y culto divino. Los que creen que sola la ley divina y voluntad de Dios prohíbe la muchedumbre de mujeres, sin que en ella haya cosa que pelee contra la naturaleza o contra la generación de los hijos, sino cuando mucho contra la paz y quietud de la familia, satisfacen con facilidad, pues encargándose Dios del sosiego y paz de los casados, pudo por mayores

finos suspender su voluntad y precepto por aquel tiempo.Cuál destas dos sendas sea la más cierta no es de mi propósito averiguar; sólo digo que, supuesto que no hay razones muy eficaces para persuadir que es contra el precepto natural la poligamia, que es más a propósito la segunda para satisfacer a los estadistas.

En el libelo del repudio también varían los ingeniosos. Unos dicen que es sólo de derecho divino, por símbolo de la perpetuidad y firmeza indisoluble de la junta que hizo el Verbo con la naturaleza humana, y Cristo con la Iglesia, como el matrimonio de una mujer sola símbolo destes desposorios y juntas; y éstos ya tienen respondido. Otros dicen que es contra el derecho natural, por el fin de la procreación y sustento de los hijos, a quien se opone la solución del matrimonio; y así, encargado Dios del sustento de los hijos, pudo, sin injuriar la naturaleza, conceder el repudio. Otros, últimamente, dicen que permitir el repudio no fue dispensación ni derogación de la ley, sino variación de la materia, pues del modo que Dios, señor de los cuerpos y voluntades, puede casar a dos y darles bastante jurisdicción en los cuerpos, con el dominio de su voluntad suprema puede quitar y hacer ajena la mujer que fue propia; y entonces, no repudiándose la propia mujer, no se va contra la naturaleza del matrimonio. Respuestas que cualquiera basta para quietar al político, pues con ninguna puede abonar las injusticias, traiciones, engaños y falsos juramentos que pretende hacer en necesidad lícitos.

Esto se ha ofrecido que decir en los primeros argumentos, y no sé si con sobrada priesa, porque temo poco gusto en nuestro Jardín con tantos casos de conciencia; y aún no he acabado, pues resta que satisfacer a las mentiras y engaños que el político quiere autorizar con la sagrada Escritura, mostrando de camino cuánta sea la malicia de la mentira y cuán imposible de justificar, con que se deshagan de todo punto las nieblas del error contrario.

Empiezo, pues, por la definición de la mentira, que, según la mejor escuela, es una falsa manifestación por la cual un hombre muestra con señales al contrario de lo que siente en lo interior. Y porque las señales pueden ser palabras o acciones, una es la falsedad de palabras, que se llama mentira, y otra la de las obras, que llaman simulación y engaño. Y en ellas hay diferencia; que las palabras son las más principales y propias señales de nuestros conceptos, como instituidas para sólo este fin, y las acciones son impropriamente señales, porque no están determinadas, como las voces, a la significación de lo interior, sino son aquellas que el uso o concierto o la religión particularizó a significar alguna cosa, como bajar la cabeza decimos que es señal afirmar o conceder; hincar la rodilla, de adoración; quitar el sombrero, de cortesía; levantar bandera blanca, de paz; poner el dedo a la boca, de silencio, y así otras que todos entienden comúnmente de un modo.

Sabida la naturaleza de la mentira, es necesario advertir que en cualquiera hay dos razones de malicia: una es no conformar las voces o señas con el pensamiento, y otra el ánimo o peligro de dar a entender al que escucha diferente de lo que en el alma se encubre. Por esta parte última la verdad está trabada con la justicia, en cuanto es virtud que mira a los otros, pues se deben naturalmente los hombres, para vivir en compañía y conservar la conversación y trato humano, manifestar con igualdad los conceptos y sentimientos interiores, y así, peca contra la justicia de la verdad el que a otro engaña y miente. Por la parte primera, está todo el daño de la mentira en la desigualdad y desproporción de las palabras y del sentimiento, de la señal y lo señalado, que dicta la razón natural que deben ser iguales y conformes, pues para sólo esto fueron instituidas, y la naturaleza de las palabras y señales no es otra que manifestar los conceptos, y el que usa mal dellas y contra su institución pervierte el orden natural y debido. Y así, es evidente que toda mentira ha de ser pecado, si este no es otra cosa que faltar en la rectitud y orden debido que dicta y enseña la naturaleza; y así, puso la conclusión el Filósofo, diciendo que toda mentira era ímproba y vituperable, prohibida como tal en el octavo precepto del Decálogo y a cada renglón de la santa Escritura; y no como quiera aborrecido de Dios el mentiroso, sino como aquel que pervierte la naturaleza y cuanto es en sí destruye (dice S. Tomás) las comunidades humanas.

En esto ninguno disiente. El punto queda en saber si puede la mentira, por grave necesidad, o por la salud de la república o otro fin superior de la salvación de las almas, hacerse alguna vez lícita y loable. En que no ha faltado quien diga que sí: los escritores gentiles que trajo la objeción, y algunos de los nuestros; pero ni tantos ni tan graves como un autor destes años pretende, antes piensa (y no mal) otro que, excepto Casiano, ninguno tropezó en este error. Pero ya es sentencia indubitable, y que la contraria pelagra en la fe, que ningún fin, por honesto o importante que sea, puede lavar la mentira de culpa, por concordar en ella todos los Padres y Teólogos, haberla refutado por errónea en los Priscilianistas San Agustín, y haber declarado el Papa Alejandro Tercero que, según la Escritura, ni por la vida se puede mentir.

Y la razón de lo que se ha dicho es llana: tener muy en los huesos la malicia de su propio objeto y sustancia, sin que le venga de fuera de alguna causa extrínseca, persona o circunstancia o fin, no pudiendo apartarse de cualquiera mentira la desproporción y desigualdad de las señales a lo señalado. Y así, es imposible, que ni Dios pueda mandar o dispensar en ella, como no puede en lo que necesariamente es pecado; porque si Dios pudiera hacer lícito el mentir, o fuera mudando la materia, como vimos en la mujer de Oseas y en el repudio (y esto no cabe en la mentira; porque ora se mienta con palabras, ora con señas, ora en materia de religión, ora de piedad, siempre queda el desorden de la señal, y el concepto en quien está la culpa y malicia), o fuera variando el fin (y ya se ha dicho que el mentiroso no sólo es malo porque desea engañar, sino porque usa las palabras contra el orden debido), o fuera mandándolo; y esto no importara, porque el precepto no hace conforme la obra a la razón, sino que la supone, y lo que de su naturaleza es desordenado y malo no puede el mandato de Dios hacerlo bueno, por lo que dijo San Anselmo que cuando supusiéramos un imposible de que Dios quiera y mande que uno mienta, no se seguía que era justo y bueno mentir, sino antes se seguía que Dios no era Dios. Y si la autoridad de Dios no puede hacer buena la mentira mandándola, menos puede usando del supremo dominio y señorío; porque si bien éste puede hacer que la hacienda de uno sea de otro, y la mujer ajena propia; pero no puede hacer que el trato bestial, o con la mujer ajena, sea lícito, porque no puede mudar el orden natural de las cosas, como ni las naturalezas, y así, no puede hacer que la mentira no sea pecado, por consistir¹²⁴ su malicia en el abuso de las palabras, que es contra la naturaleza del hombre.

Contra esta verdad no prueban los ejemplos de los varones santos que parecen haber mentido con alabanza o con aprobación de Dios, suponiendo que a veces afirmamos o negamos algo por nuestra voluntad y a veces por la ajena, o que yo deseo declarar mi pecho, o que otro me obliga a que lo manifieste. Y esto puede ser, o con justicia y razón, como el juez que legítimamente pregunta, o con injusticia y violencia, como cuando el mismo juez pregunta fuera o contra la disposición del derecho. De donde se sigue que cuando uno quiere decir algo, o por su voluntad u obligación y causa justa, debe usar palabras en la significación más común y sencilla, pues de hacer otra cosa se colige que es su ánimo engañar al que le oye, pues le obliga a que las entienda de diferente modo; y entonces (dice San Isidro) nadie jure con palabras artificiosas, pues de cualquiera modo que jure, así las recibe Dios como el que jura las entiende. Pero cuando violentamente o sin causa justa se vee alguno obligado a decir cosa que le puede parar perjuicio, puede procurar su defensa sin reparar en que se ha de engañar el que le hace la violencia, como sólo procure conformar las señales en el entendimiento, no con el ajeno, pues no lo debe a su injusticia, sino con el propio, usando palabras equívocas, anfibológicas y metafóricas, o añadiendo alguna restricción o cortapisa en lo interior que ajuste el alma con las voces, lo que basta para decir absolutamente verdad, y entonces dice San Gregorio: Las orejas humanas así juzgan nuestras palabras como fuera suenan; pero Dios así lo juzga fuera como en lo interior se pronuncia.

124.- Orig.: 'consentir.'

Añado, aunque de paso, la diferencia de las mentiras que los teólogos han hallado en orden al fin, llamando oficiosa la que sólo pretende aprovechar; jocosa, la que entretenerse y deleitarse; perjudicial, la que dañar a otro. Y ésta sola absolutamente es pecado mortal, porque nunca se llama perjuicio sino el daño notable, como ni hurto el de materia ligera. Las otras dos mentiras no son más que pecado venial; pero no por eso se pueden aconsejar en la necesidad mayor, como quiere un varón docto (menos buen teólogo que hermoso gramático), tropezando de un camino muchas veces, pues al recato y cordura en no creer fácilmente a todos, y a la prudente disimulación, llama fraudes y vicios, pero tales que andan muy cerca de la virtud y que son muy expedientes al príncipe. Propositiones malas de acordar, porque, si vicios, opuestos a la virtud y nunca dignos de aconsejarse a ley de buen filósofo, pues en tanto aquél se diferencia del legislador (dice Tulio) en cuanto éste las astucias y fraudes por el sentido como son o no provechosas, el filósofo no atiende sino a la razón y formalidad de la virtud, condenando lo que de aquélla se desvía. De donde nace que alguna vez premiara la república la cavilación que le fue de provecho; pero el filósofo no la puede aprobar ni aconsejar, porque muchas cosas se perdonan y admiten por flaqueza y necesidad humana (dice S. Agustín) que no deben agradar a la simplicísima verdad.

Respondo, pues, generalmente a cuantos ejemplos se pueden sacar de las Letras Santas, que si en ellos hubo verdadero engaño y mentira no pueden ser mandados ni ordenados por Dios, si bien serán alabados y premiados, no por el hecho (digno siempre de condenar), sino por el fin honesto, el celo y afecto piadoso que disminuyen la culpa, o, por hablar más propiamente, hacen que la obra no sea en todo mala siendo buena en la intención, ya que en la elección es viciosa; y así se ha de entender S. Agustín cuando (tomándolo del Sabio) dijo que no es tan malo el que hurta para dar limosna como el que para regalar la adúltera. Pero si los ejemplos de los Santos fueron con palabras equívocas o con obras y acciones indiferentes en ocasiones de defender su derecho, entonces son dignos de alabanza y imitación, como se verá en práctica pasando por algunos acontecimientos.

Abraham en ocasión apretada llamó hermana a Sarra su mujer, o porque lo era de padre (como algunos quieren) o porque era muy parienta, y éstos en los hebreos se llamaban hermanos. Cuando llevaba a matar a su hijo dijo a los criados que volvía luego con él. S. Ambrosio¹²⁵ y otros admiten esta mentira ligera en el santo Patriarca; pero más aciertan Orígenes y S. Agustín en decir que, aunque iba a sacrificar a Isaac, creía que Dios le había de resucitar para cumplir en él la promesa de la propagación de su linaje, lo que confirma S. Pablo donde dijo que no dudó Abraham de ofrecer su hijo, en quien había recibido la promesa, porque sabía que Dios le podía resucitar de los muertos.

Raquel hurtó a su padre los ídolos, y que al buscarlos la halló sentada sobre ellos, y queriéndola hacer levantar, dijo que la perdonase, porque la había acaecido lo que a otras mujeres: burla y mentira ligera y provechosa, si no entendió en su pensamiento que la acaecía lo que a las demás, que era desearle engañar (costumbre tan antigua en todas), en que no dijo pequeña verdad.

Raab dijo de las espías que iban fuera de su casa, teniéndolos escondidos, en quien no hay otra disculpa que el buen celo de ampararlos y ayudar la causa del pueblo de Dios, por lo que mereció ser premiada entonces y alabada después de los santos Apóstoles San Pablo y Santiago.

Judit, si mintió en lo que dijo al General, más fue que oficiosamente, pues interpuso juramento y dijo que Dios la había revelado el castigo que amenazaba el pueblo por sus muchos pecados: medio indigno de tan crecidas glorias y que por él a cada paso la hacen imagen de la Virgen santísima los Doctores; y así, me inclino a pensar que dijo verdad en todo, y que Dios había amenazado su pueblo, como los de Nínive, y que efectivamente los castigara a no haberse interpuesto la penitencia y oración de Judit, que aplacó el enojo a Dios y reparó su gente.

Joseph llamó a sus hermanos espías, no afirmando (dicen algunos), sino preguntando e inquiriendo; pero porque no hay tal interrogación en el texto más fácil se responde que les dijo:

125.- Orig.: 'Amb'

Exploradores sois, no en la verdad, sino en la apariencia y en las excusas de no querer traer a su hermano, y así, añadió: Si no traéis a vuestro¹²⁶ hermano, por la salud de Faraón que sois espías. Esto es: seréis tenidos por tales.

El Ángel dijo al viejo Tobías que era de los hijos de Israel, por quien el Santo entendió que era verdadero israelita, y él decía ser de los Ángeles que asistían a su custodia y defensa. Dijo más: que era Azarías hijo de Ananías burlando, porque importaba, al santo viejo con el misterio de las palabras; porque Azarías significa la vida de Dios, y Ananías, la gracia de Dios.

El hecho de Jehú,¹²⁷ cuando pregonó que su antecesor había honrado poco al ídolo de Baal, y que él la quería hacer un grande sacrificio y para él convocó todos los sacerdotes, tiene mayor dificultad, siendo menos los que le excusan que los que le condenan. Y en éstos entra San Agustín, que a faltar su autoridad me moviera mucho decirle Dios: Porque has hecho honradamente lo que era recto, y lo que más agradaba a mis ojos y las cosas que yo más tenía en mi corazón, tus hijos, hasta la cuarta generación, se asentaron sobre el trono de Israel. Y no sé yo que tal aprobación asiente un delito, aunque más disculpado del buen celo; cuanto más no habiendo cosa que no admita excusa, pues decir que quería honrar más el ídolo que su¹²⁸ antecesor, o fue ironía llana o entendió hacerle más famoso; como sucedió con la muerte de tantos, en quien cumplió tan bien¹²⁹ el gran sacrificio que había prometido. Si en algo hay peligro, es si él acaso asistió con los sacerdotes, y eso no consta del Texto; antes se colige algo lo contrario. En fin, si hubo mentira, la primera respuesta de la ignorancia y buen celo satisface; y si no la hubo, más presto se acaba el pleito.

Ahora quedan los que más han de hacer a nuestra doctrina: tres¹³⁰ de David. Cuando, afligido de la hambre, dijo al sacerdote Aquimelec que el rey Saúl le había dado cierto recaudo (con que engañado el Sacerdote, creyó que estaba en gracia de Saúl y le dio los panes del Altar), y cuando, pidiéndole el rey Aquis que le favoreciese, le respondió que él vería presto lo que hacía en su servicio, algunos las conocen por mentiras, aunque oficiosas y ligeras, con que teníamos harto. Otros se inclinan a abonarle, y pienso que con la letra, pues al Sacerdote no señaló cuándo le dio el Rey la embajada, y pudo habérsela dado en otra ocasión, con que no mentía. Y al Rey no dijo que le serviría peleando contra su pueblo, sino que él vería lo que hacía: promesa indiferente y ajena de engaño.

El tercer suceso, cuando, preso y llevado al rey Aquis, se fingió loco, ha hallado salida en los Santos haciendo figurados aquellos visajes, y representativos de Cristo. Lo que les parece bastar para su abono, y porque en ocasión tan apretada de perder la vida no se hace verisímil que señales tan de loco caminasen a figurar misterios, y no a engañar los presentes y escapar el peligro.

Ingenio bien docto se inclinó a conceder en este hecho mentira y engaño, aunque liviano y oficioso. El fundamento es no bastar la buena intención, ni la equivocación de las palabras o señas, para justificar el intento de engañar a otro, que en sí dice intrínsecamente desorden y malicia natural: doctrina tan delgada que ingenios que lo son mucho no la alcanzaron, pero verdadera sin duda. Pues, así, afirman que procurando la propia defensa o otro fin justo se pueden usar estratagemas y equivocaciones, deseando y procurando con ellas que se engañe el enemigo, lo que parece colegirse de la licencia que todos dan al ofendido para hacer restricciones y señales indiferentes con que se engañe el agresor. De cuya intención parece imposible apartar el ánimo y deseo de que semejantes equivocaciones tengan efeto y engendren engaño: medio que se puede escoger como único y necesario para la propia defensa, siendo pretendido por tan justa acción como son las disimulaciones y restricciones de que hasta agora se ha hablado.

126.- Orig.: 'vestro.'

127.- Orig.: 'Theu'

128.- Orig.: 'que a su'

129.- Orig.: 'tambien'

130.- Orig.: 'rres.'

Alienta esta imaginación ver que en la materia de homicidio, siendo el matar a otro vedado, puede uno matar, defendiéndose, al que le viene a matar a él; no sólo poniendo la espada de modo que el otro se entre por ella, sino saliendo a él y previniendo su furia, si consta de su mala determinación. Puede uno matar al inocente con quien se ampara el agresor, si de otro modo juzga imposible la defensa, y el artillero, en asalto justo, puede asestar la pieza a los niños de las murallas,¹³¹ y fuera donaire decir que no se procura la muerte del agresor o inocente, pues a él va derecha la punta de la espada y el punto de la pieza. ¿Por qué, pues, no podrá el ofendido desear con las equivocaciones justas que se engañe el contrario, en que estriba su defensa?

De otro modo, imposible parece disculpar el estratagema de Gedeón cuando acometió a los Madianitas de noche con cántaros y luces. Imposible disculpar a Josué en aquella hazaña tan alabada de Dios, cuando, emboscando la mitad de sus soldados, acercó los demás a las puertas de Hai, y al salir a ellos los de dentro los hizo retirar, hasta que, pasando los enemigos de la gente escondida, los cogió en medio y ganó la ciudad y la vitoria. Y más diciendo el Texto que simuló el pueblo miedo: acción contraria a lo que verdaderamente sentía, pues no se retiraba sino de industria y maña. Y lo que más es: Cristo señor nuestro, cuando se hizo de rogar de los dos Dicipulos en el castillo de Emaús, dice el Evangelio que fingió ir más lejos, y pensar que con culpa será infernal maldad, siendo el Señor la suma perfección y justicia.

Con todo, la doctrina referida tiene verdad maciza, y nunca se debe conceder que procurar o desear engañar a otro se pueda sin culpa; porque lo que de suyo es malo ningún fin lo puede hacer honesto, y llano es que, de cualquiera modo que sea, pretender el engaño ajeno es contrario a la razón y a la igualdad, que piden entre sí las señales y el propósito. Y así, no porque se dé licencia al ofendido de usar en defensa propia de restricciones y equivocaciones se la dio de pretender con ellas que se engañe el que las oye; porque entonces ya fuera determinarlas, el que las dice, y encaminarlas a que significaran el contrario de lo que él siente en lo interior: consiguientemente, fuera mentir. Puede, empero, usar de semejantes disimulaciones, con ánimo de encubrir la verdad cuando a descubrirla no está obligado. Lo que es diferente de pretender engañar, pues no porque yo muestre un arca cerrada digo que guardo en ella joyas, aunque diga que no tengo en ella paños o sedas, pudiendo no haber en ella uno ni otro:

Lo mismo pasa en la materia presente, pues encubrir uno lo que tiene en el pecho no es descubrir al contrario de lo que en él tiene, sino no descubrir lo que le puede ser de perjuicio; y entonces, aunque se vea con evidencia que el contrario se ha de engañar, ninguno está obligado a evitar el daño de quien él no es causa. Lo que se puede hacer muy fácilmente, desear uno que otro no entienda la verdad, y no desear que entienda la mentira, como se pueden usar señas o palabras que escondan sentimiento interior y que no manifiesten o obliguen a concebir lo contrario; del modo que puede el forzado remar en la galera del Turco contra la del cristiano, y, en fin, debe obedecer a su amo y escusar la muerte, y no de que se haga daño a los cristianos; porque la acción del remar y llevar por el mar la galera es indiferente (de que pudiera el Infel aprovecharse a buen fin; y si la ordena a malo, culpa es suya, y no del esclavo); pero no puede el artillero captivo asestar la pieza al bajel cristiano, porque ya es acción determinada en favor del Moro contra los cristianos. Lo mismo que sucede en el que vuelve con peligro de la vida la espada al loco, que¹³² puede usar bien y mal della, y el cochero que lleva a su ama al lugar del adulterio con intención de servirla en su oficio, no de ayudarla en su mal propósito.

Dejó David caer la saliva a la barba, con otros meneos y visajes que hizo: si éstos fueron tales que obligaban al que le veía a creer que estaba loco, nadie dirá que no mintió David, pues no pudo con ellos no tener ánimo de engañar al Rey. Si fueron algo indiferentes, y tales que como podían

131.- Orig.: 'muralla'

132.- Orig.: 'qne'

caer en un loco podían en un cuerdo necesitado, como podemos pensar que los hizo, con ánimo de encubrir solamente su juicio (el que no tenía obligación a manifestar), dejando el engaño del Rey a su inadvertencia y simplicidad, podemos también afirmar que no hubo culpa en la disimulación.

Con esta doctrina se responde al estratagema de Gedeón y al de Josué, a la ficción tan disputada de Jacob y a cuantos casos pueden suceder, en que mientras hubiere ánimo de engañar habrá culpa, y la habrá también mientras las demostraciones obliguen al engaño. Y así, en los casos destes santos varones, como por la parte del ánimo siempre se ha de presumir de ellos bondad y virtud, aquel filosofará mejor que a las señas diere sus quilates.

El de Gedeón le tengo por fácil de acomodar, y no menos el de Josué, pues esconder unos soldados y acercar otros, retirando después los unos y sacando los escondidos, nada tiene que obligase a creer miedo, pues el belicoso (dice San Pedro Crisólogo), cuando huye en la guerra no es de temor, sino de arte. Dice la Escritura que simuló miedo el pueblo: pienso que porque hizo retirada, de quien le imaginó el enemigo y se engañó; pero no porque hubiese tal ánimo en el General o el ardid obligase a pensar tal. También dice el Evangelio, en el viaje de Cristo Señor nuestro a Emaús,¹³³ que fingió¹³⁴ ir más lejos, y será insufrible blasfemia decir que en el Señor hubo ficción o ánimo de engañar, pues antes, cuando quedó a los ruegos de los discípulos, le tenía muy determinado de pasar adelante si no le rogaran, que es el mismo que mostró en lo exterior quedándose rogado; a lo que llama el Evangelio fingir porque así lo pudieron imaginar los que le vieron detener a los ruegos cuando mostraba intención de caminar a lo largo.

De modo que el desear mucho engañar, o con hacer señas o decir algunas palabras que obliguen al engaño, siempre es ilícito. Y la istancia en los casos del homicidio es desigual; porque aunque es verdad que siempre se ha de procurar la justa defensa, y nunca de primera intención la muerte del inocente o agresor; pero cuando ésta se pretende como impedimento que es su vida para guarda de la propia, se puede a él derechamente tirar la espada o asestar la pieza; porque tales acciones en sí no tienen nada malo, y así, la misma intención que justifica la muerte del inocente justifica el modo de matarle.

En nuestro caso, desear engañar o mentir siempre es malo, y por ningún fin se permite, aunque más sea buena, la intención de la defensa propia. Con que se vee cuál es la prudencia de los estadistas, que para el aumento de los reinos que ellos sueñan abonan las mayores maldades y perjurios. En que me he detenido más de lo que yo quisiera, y temo que menos de lo justo; y, con todo, no he acabado, quedándonos por mostrar si es bien que tengan los príncipes Consejo de Estado y a cuánto se estiende su poder, pues hasta aquí sólo hemos visto a cuánto no se estiende. Lo que procuraré hacer con brevedad en el siguiente párrafo.

133.- Orig.: 'Elmaus'

134.- Orig.: 'finguio'

DISCURSO V

La fuerza de la razón y Consejo de estado, y cuánta la autoridad y necesidad que dél tienen¹³⁵ todas las repúblicas.

Con cuánto espacio y consideración han de tocar los príncipes en la alteración o innovación de las leyes antiguas.

Nombres que en todas letras tienen los reyes, de quien se prueba el intento deste día.

DOLOR es que la malicia de los profesores infame las artes no sólo buenas, sino necesarias. Lo que nos acaece en nuestra materia, pues no sólo vulgarmente oye mal este nombre de razón de estado, sino que algunos que han tomado la pluma no se atreven a defenderle, y así, la diferencian¹³⁶ de la prudencia de estado diciendo que ésta es virtud que enseña las cosas que en el estado se deben huir o apetecer; y a la razón de estado llaman prudencia aparente o enmascarada, que sin mirar a Dios, ni a otro fin justo ni debido, atiende a sólo el provecho del que la usa. Y así, la difinen una regla derecha con quien se gobiernan todas las cosas según pide el provecho de aquel a quien pertenecen. En que no quiero consentir que, diferenciando la verdadera prudencia de la falsa razón de estado, se dé a ésta la difinición que sola aquélla merece, pues así la difinen todos los Doctores (con Aristóteles): regla derecha de lo que se debe hacer. Y, a ser razón, así debía llamarse, pues la razón regla es, y ley de las acciones humanas que las endereza a su fin debido; pero es sinrazón contra los estados y contra el mismo provecho del que la usa, como queda probado; y así, insania y furia, y no razón, debe llamarse.

De aquí nace el indigno aborrecimiento deste nombre, pensando el vulgo que lo que se hace por interés propio contra ley y justicia procede de la razón de estado, de cuyos documentos está llena la *Historia* de Tácito, por tener, entre otros la vida de Tiberio, agudo estadista que, no perdonando antojo a sus torpezas, tiranías y crueldades, las paliaba y vestía de majestad y dignidad y otras apariencias fáciles de conocer y indignas de sufrir. Como se vio en la acusación de Cayo Silano, Procónsul que había sido de Asia y Tiberio le¹³⁷ quería por extremo mal; a quien dice Tácito que para que ninguno de los suyos le ayudara imputó el crimen de lesa majestad, que traía vínculo y necesidad de callar. De Ticiano y Próculo, dice el mismo autor que, siendo convencidos en el Consejo de Justicia, apelaron al derecho del Imperio, es que es lo mismo que el Consejo de estado. Y de Nerón, que deseaba destruir a Vestino, dice que, no hallando contra él delito ni acusador, ni pudiendo dar color a su odio en vía de juicio, lo redujo a la fuerza y poder de la dominación. Lo mismo que cuenta haber acaecido con Traseas a Marcelo Eprio; que, no hallando medio de justificar contra él la acusación, hizo el negocio razón estado.

Destas y semejantes injusticias, y de haber escrito nuestro mal Florentín que no es compasible la razón de estado con la conciencia, y que el que desea aprovechar en esta facultad ha de despreciar la religión, la fe de las palabras y juramentos, abrazar todo engaño, traición y maldad, se ha deslustrado en los ojos del vulgo la virtud más hermosa y el arte más necesaria para la vida del hombre, que es la prudencia política, primero y único fundamento de todas las repúblicas.

De donde sale la razón principal que prueba no sólo lícito, sino necesario, que los príncipes tengan Consejo de estado; porque si éste no es otra cosa que noticia o prudencia de los medios buenos o malos a la conservación o aumento de los estados, ¿quién duda que hayan de perderse

135.- Orig.: 'necesidad de ti en.'

136.- Orig.: 'diferencia'

137.- Orig.: 'la.'

con su falta? Natural es (dice S. Tomás) al hombre vivir en compañía de otros, y es necesario que haya quien rija y procure el bien desos muchos que se unen y juntan. Porque como después de juntos queda a cada cual el amor de su propio interés, necesariamente se deshará aquella unión no habiendo quien cuide del bien de todos, y este cuidado es el que llamamos consejo de estado, y el que mandaba Salomón a su hijo que precediese todas sus órdenes: Gobernador y príncipe te han eligido. No hagas, pues hijo, cosa que no la determines primero en tu consejo. Y a pocos capítulos repite: Antes que pongas la mano en cosa, preceda tu consejo estable; que faltó poco en el sonido para ser uno el nombre, y en el sentido nada, pues por tanto le llama estable porque el consejo a establecer los reinos se ordena. Y dijo que el principado del cuerdo será estable, y su padre David, que los consejos de los malos no son para establecer los estados. Y bien se vio en Roboán su nieto, perdido por no seguir el parecer de los viejos que tenía en su Consejo.

Puntualidad advertida en el rey Asuero; que cuando furioso (y no poco ocasionado del vino) para precipitarse contra la reina Vasti, dice la historia que preguntó a los sabios que, según la costumbre de los reyes, tenía cerca de sí y con cuyo consejo lo hacía todo. Y que fuese aquél propio Consejo de estado es manifiesto, porque la determinación no salió conforme a alguna ley, sino atendiendo al bien común. Sabrase (dijo uno dellos) lo que ha hecho la reina, y con su ejemplo las mujeres de los príncipes persas y medos no obedecerán a sus maridos. Por tanto, es justo el consejo del rey, y es justo que se quite el reino a Vasti, etc. Lo que es propio ejercicio de los Consejos de estado: mirar las conveniencias, determinar en los casos no prevenidos por ley, y en muchas mudar, quitar, alterar, como dijo luego.

S. Jerónimo prueba de los romanos que tuvieron Consejo de estado, y pudiera de todas las naciones, pues es imposible conservarse sin ellos las repúblicas. En que fueron particulares los atenienses, pues no lo hicieron sin consejo de los viejos más graves (como refiere Alejandro), sino que en los casos de importancia entraban en consejo los sacerdotes de mayor virtud y reverencia, conociendo todos que es el consejo en la república lo que en el cuerpo el alma, y a que se puedan allegar cuantas alabanzas andan repartidas del aconsejarse, pues todas en rigor competen a los Consejos de estado, porque aunque tienen otras juntas los reyes con nombre de Consejo, y particularmente el de Justicia, a otro que el de estado viene con toda propiedad; porque si entendemos de justicia la voluntad constante y firme de dar a cada uno su derecho (que es la propia virtud de los magistrados y jueces, inferiores al príncipe), ya supone derecho particular y distinto: ocupación prevenida de la prudencia, que a cada cual en la república pone en su puesto y da diferente capacidad y orden según la diferencia de los meritos; y entonces entra el juez, no a hacer derecho, sino a declararle y dar a cada cual el que le compete.

De donde la que ejercitan los Consejos de Justicia llaman los filósofos judicial, legal o legítima, que procura la paz y sosiego común según y cómo las leyes disponen; en que suponen leyes asentadas y otros ojos que vean los medios necesarios a la felicidad del pueblo: ocupación propia del consejo o la prudencia del estado, a quien por esto llamaron Aristóteles y Jámblico los ojos del alma, y Platón dijo que sola ella es la que va delante y guía para hacer bien. Y así, acertaron más los que la pusieron en el primer lugar de todas las virtudes que los que la pusieron después de la justicia, pues ha aquella (de San Agustín) el conocimiento de lo bueno y de lo malo, y ésta es la ejecución y ministerio de lo que la prudencia ordena. No se colige, pues, mal, porque claro es que en la república donde faltare el Consejo de estado se dirá con verdad que falta el consejo, por ser en rigor suyo este nombre.

Ni se colige menos la necesidad deste consejo de la institución del príncipe o cabeza de la comunidad; porque agora sea de muchos, agora de pocos, agora de uno, es imposible conservarse si el que la gobierna y rige no tiene poder para mandar, vedar, castigar, premiar y disponer lo que pareciere más conveniente al bien del pueblo. Y así, dejadas disputas que no hacen al intento de cuál sea el modo mejor de gobernarse los hombres y cuál fue el principio de los reyes, por ser

éste el más aprobado gobierno hablaré en persona suya, corriendo la misma razón por las otras diferencias de las repúblicas.

Es, pues, cierto encerrarse en el príncipe pública potestad para mandar lo justo y procurar los medios convenientes a la paz y quietud de los súbditos. El cual poder, como es una imagen y representación del que damos en Dios para gobernar la universalidad de las criaturas, los juristas y teólogos han convenido en dar a uno y otro las mismas propiedades. En Dios damos dos modos de poder según el diferente modo de obrar: uno ordenado (o, con el nombre más usado, uno ordinario) y otro absoluto. Poder ordinario es aquel que obra según las leyes que el mismo Dios tiene estatuidas, ejecutando la disposición ordinaria de su voluntad. Con este poder sustenta las criaturas, produce unas de otras, conserva los movimientos de los cielos y astros, condena los malos, salva los justos y continúa las leyes con que generalmente dispuso el orden de todo el universo. Poder absoluto es el que, libre y exempto de toda ley, puede hacer cosas nuevas y mudar el orden de las antiguas, como si criara alguna especie nunca vista o sacara algún condenado del Infierno, o como cuando pasó a pie enjuto a los hebreos por el mar, detuvo a petición de Josué el Sol, y, en fin, siempre que sale alguna novedad de las manos de Dios fuera de la ley general y usada, se atribuye a su poder absoluto.

Del mismo modo, los Doctores juristas ponen en el príncipe un poder ordinario, con que sigue el corriente de las leyes por él o por sus antecesores impuestas, y otro absoluto que, independiente de toda ley, las trueca y varía conforme al bien del pueblo importa, al que llamó Tulio plenitud de potestad, y Tácito, en los lugares referidos, fuerza de imperio y de la dominación. Aquel primer modo de poder no tiene en rigor necesidad de consulta o consejo, sino sólo de igualdad y valor en la ejecución de la ley. El último, que ha de considerar el provecho del nuevo precepto, el tiempo, la persona, la ocasión y las demás circunstancias, ha menester consulta y prudencia. De lo que sirven los Consejos de estado, guiando el poder absoluto del príncipe al bien de las repúblicas. Y tanto errará el que negare poder al príncipe determinar algunas cosas contra la disposición de las leyes, como el que les negare poder hacer leyes, que es error contra la fe, pues es imposible ser aquéllas tantas que prevengan todos los sucesos, ni tan perfectas y cuadradas que no pueda llegar ocasión a quien no ajusten, ni tan bien¹³⁸ templadas que no convenga alguna vez aflojar o estirar la cuerda. Lo que toca a la prudencia o consejo de estado, tan necesario en el príncipe como el consejo y poder para con premios, con penas, con preceptos, con rigores, encaminar los súbditos y procurar la felicidad de los pueblos.

Pero no puede ir contra toda ley, ni puede no conformarse siempre a alguna ley, pues aun¹³⁹ la voluntad de Dios, con ser tan suprema, la ponen los teólogos de algún modo atada y trabada a su justicia, en cuanto no puede hacer cosa que sea indecente a su infinita bondad, y, así, cuanto hace es necesario que sea justo, por no haber otro fin en las obras de Dios que su bondad. De donde es imposible que salga cosa injusta de sus manos, no pudiendo nada injusto ordenarse a la suma perfección de Dios. Del mismo modo el príncipe, como debe obrar algún fin, no es posible que baste sola la voluntad a hacer ley; antes aquélla anda atada y ligada, como voluntad de hombre, a la ley de la razón natural, y como voluntad del gobernador; a la ley del bien común. De donde se colige que no puede hacer algo el rey contra la ley divina o natural a quien nació tan sujeto como cualquiera de los otros hombres, y si para dispensar o mudar en la ley es menester superioridad, ¿quién la dio al príncipe sobre Dios y la naturaleza? Que es lo que se deja probado de los preceptos del Decálogo, tan imposibles de mudar como la naturaleza del hombre, no pudiendo darse ocasión que permita contravenir a alguno, pues cuando pareciera importar la vida y salud de todos los hombres, ésa se ordena a la observancia de aquellos preceptos, no al contrario, pues para amar a Dios, reverenciar su majestad sagrada, favorecerse los hombres entre sí, ser justos, piadosos y fieles, crió Dios al hombre y le inclinó a formar repúblicas y reinos.

138.- Orig.: 'tambien'

139.- Orig.: 'hacen'

¿Quién, pues, es tan bárbaro, que enseña a perder el fin por los medios? Cuanto más que si para dispensar en alguna ley debe faltar en ella la razón de justa, ¿quién imaginará ocasión en que no matar a otro injustamente sea injusticia, y no engañar y mentir sea engaño? Y si entonces las leyes se mudan o alteran cuando impiden la voluntad del legislador, ¿quién puede señalar tiempo en que guardar justicia y cumplir el juramento contradiga a la voluntad de Dios, que siempre nos quiere justos y verdaderos?

Con esto puede el rey todo aquello que no tiene trabazón necesaria con la justicia, o de su naturaleza no se ordena u opone a la verdadera felicidad de los hombres, que consiste en el verdadero ejercicio de las virtudes; pero siempre guiado y regido por la ley desta misma felicidad y bien común, aquella que acuerda Tulio por la primera y superior que tenían los romanos.

La suprema ley es la salud del pueblo.

Escrita (imagino) en la puerta del Senado, que César llamó extremo y último decreto y a quien sólo se acogían los magistrados en los peligros desesperados Y Livio la llama razón de estado, y llamáronla suprema, o¹⁴⁰ la más poderosa, como a Júpiter Plauto el supremo de los dioses porque todos se creían reconocerle y reverenciarle. Así, la razón de estado, o ley del bien público, es la suprema, porque, superior a toda ley humana, les da fuerza y principio. Y si supremo es lo que último (como lo entendió el mismo poeta en otra su comedia), y supremo día llamamos al de la muerte, porque todos corren a él, la suprema de las leyes es la salud de la república, a quien todas se ordenan: la que con otro nombre se llama ley de la necesidad, que Heráclito dijo ser tan poderosa como la muerte, porque todo lo rinde y avasalla, y Seneca dijo que rompe toda ley. Pintada de los egipcios con un clavo de diamante en la mano, por la invencible, pues hasta la misma naturaleza le presta obediencia (dicen los filósofos). Y así, suele ser el mayor maestro de prudencia (según Jenofonte) y la que enseña a buscar los medios posibles para su defensa, siéndole lícitas muchas cosas que en otra ocasión no lo fueran (como declaran las mismas leyes que le viven rendidas), la que es propiamente la ley y razón de estado, que sólo al bien común y defensa de los pueblos atiende.

Colijo de aquí cuán forzado y cuán espacioso ha de valerse el príncipe desta ley del bien público para mudar o alterar en las ordinarias y recibidas, pues confiesa que le obliga la necesidad extrema. Y atreviéndose sin ocasión muy importante y consejo maduro, se pone a riesgo de parecer injusto y disminuye la autoridad de las leyes, en quien la suya estriba. En cualquiera innovación ha de ser evidente la utilidad (dice el jurisconsulto Ulpiano) para que el príncipe se aparte de la ley que muchos años pareció justa. Y así, aconseja San Agustín que las leyes sean pocas y constantes, porque muchas, o se menosprecian o olvidan. Y mudadas cada día, turban y confunden los pueblos; y más si se mudan sin necesidad o sin bastante acuerdo y espacio, pues lo uno güele a soberbia y presunción, y a veces tiranía, y lo otro a imprudencia y liviandad, y siempre resulta en daño del príncipe y del pueblo, como conoció el Filósofo cuando dijo que el estudio de cosas nuevas más veces sirve de perder la república que de aprovecharla. A cuyo propósito es maravillosa la sentencia de Tiberio en aquella pasión contra Silano, el cual, aunque deseaba reducir su negocio a razón de estado (y el Senado, por contentarle, no lo resistía), vino a temer tanto el daño, que dijo: No conviene mudar lo que sabiamente está dispuesto y siempre recibido.

Harta carga tienen los príncipes, y harto poder; y pues se enflaquecen las leyes cuando se aumenta el poderío, no es bien usar del imperio adonde hay disposición de derecho Lo que no acaba de encarecer Tácito cuán bien pareció al pueblo; y con razón, porque si es la ley niervo de la república (según Cicerón), duro ha de ser, y firme; y porque la ley mudada (como advirtió Josefo), o dice largo engaño o poca advertencia en su principio. Y, por tanto, se deben tantear y ponderar

140.- Orig.: 'o porque'

mucho para hacerse nuevas, y mucho más para tocar en las antiguas, dejando el príncipe al Consejo de Justicia plena potestad y autoridad inviolable en su ejecución, sin permitir alteraciones y disputas en los negocios y pleitos que tienen disposición de derecho sobre si se han de llevar no al Estado por causas aparentes o menos¹⁴¹ que gravísimas, pues (como dijo Cayo Casio) no es esto otra cosa que disminuir la autoridad del príncipe y de su Consejo, para que en los casos de verdadera necesidad no merezcan sus decretos aceptación.

Por esta ocasión intiman tanto los sabios a los príncipes que no se determinen sin el consejo de varones prudentes y experimentados, por lo que importa a su autoridad y reputación el acierto de los acuerdos y novedades del estado. Porque las leyes antiguas (dice Aristóteles) hacen con la costumbre fácil y suave su observancia. Toda novedad duramente se admite, y hasta que se palpa su provecho siempre parece extraña. Y así, es necesario que el daño de la innovación le recompense el deseo¹⁴² de la comodidad. Donde no, ridícula cosa, y aun afrenta es abominable (dice el Derecho) quebrantar sin gran causa las tradiciones de los mayores.

Pero también fuera pertinencia y mala obstinación conservar la ley que con la mudanza del tiempo u otras circunstancias se hizo perniciosa e injusta. La ley, aunque más justa sea, puede con el tiempo mudarse, dice San Agustín (de quien lo tomaron los teólogos, con su verdadero y único maestro Santo Tomás); porque el sabio (dice Séneca) nunca muda consejo estando las cosas en un ser, y si por variarse éstas le diferencia, no es arrepentimiento, sino cordura; como marinero, al fin, de la república (dice Tulio); que no es inconstante porque mude el timón al paso de los vientos, caminando siempre a un puerto mismo del bien común, aunque los rumbos parezcan opuestos.

No pienso que había necesidad de detenerme más para dar a entender lo poco que alcanzo deste sujeto, y con todo le he de hacer resumpta con los nombres, y en particular dos, que tienen los reyes. Uno es el mayor de cuantos conoce la tierra, llamándose dioses; y no sólo por imposición humana (que tan sospechosa es en esta materia), sino por divina autoridad, siendo Dios el que comunicó este nombre a Moisés cuando le dijo que le hacía dios de Faraón. De donde quedó por tan propio de los príncipes, que el día que faltó Moisés de los ojos de los suyos, desesperados de su vuelta, pidieron a Aarón que les hiciese un dios, y dice el Abulense que pedían gobernador y rey.

David continuó este lenguaje llamando los dioses fuertes. Homero y Platón los llaman hijos de Júpiter, por la divinidad (dice, después de otros, Tertuliano) que en ellos resplandece. Hasta los bárbaros (dice Dionisio) le dan este nombre, porque aprenden de Dios a gobernar, o porque es el dechado a quien los buenos imitan o porque Dios se llama también Rey, según aquello de David: Dios es el rey nuestro. Él es el rey grande sobre todos los dioses; o sobre todos los reyes, que eso quiere¹⁴³ decir.

Y no sólo se llama Dios rey por el gobierno universal del mundo, sino porque fue ésta la dignidad que casi visiblemente quiso ejercitar en la tierra, siendo rey de su pueblo, rigiéndolos y acompañándolos, ya en el trono de nubes, ya en el de fuego, Y así, se dio por sentido cuando le pidieron rey, y no quiso dejar de decir su queja al profeta Samuel. No te aflijas (le dijo), que no te han desechado a ti, sino a mí, para que no sea su rey. Y ya que por esta ingratitud cometió sus veces a otro, no quiso perder el título, y así, se llama Rey de reyes y Señor de señores, y quiere que los que lo fueren en la tierra, no sólo reconozcan que es suyo todo poder (como afirma San Pablo), sino que hacen sus veces y reinan por Él. Por mí reinan los reyes, no sólo dice por mi orden y voluntad, sino en mi lugar. Lo que es cierto en todos los que justamente ocupan el trono, ora le elija el pueblo, ora suceda a sus mayores, ora Dios le asiente de su mano. A todos (dijo Plinio)¹⁴⁴ los da Dios para que usen de sus veces en el linaje de los hombres.

141.- Orig.: 'meuos'

142.- Orig.: 'desso'

143.- Orig.: 'qniere'

144.- Orig.: 'Plicio'

Cuántas obligaciones nazcan de aquí al príncipe, fácil es entenderlas, difícil acordarlas en corto rato. Y porque la sumisión y obediencia es la que más hace al propósito, vea cualquiera la que Él desea que le tengan los Virreyes puestos de su mano, y ésa tenga él a Dios. Todos los reyes (dicen los Santos), el día de su investidura, o expresa o tácitamente profesan sujetar sus cetros a Cristo y defender su fee. Porque es el cetro suyo, porque es Dios el rey en propiedad. Insensible aquel que tanto beneficio olvida. Bárbaro aquel que pide obediencia a sus inferiores negándola él a Señor tan grande. Impío aquel que enseña al príncipe a ser infiel y contrario en las virtudes y religión a quien tan libremente como le dio la corona puede quitársela, y tan fácilmente deshacerle como le conserva y da la vida.

Ciega y supersticiosa de mil modos Roma, atinó algo con esta verdad conociendo que la grandeza del Imperio debía a sólo Dios; y así, tenía por la mayor de sus leyes la que acuerda Valerio:

El sumo Imperio se rinde a la Religión,

Justo reconocimiento, y vil afrenta del cristiano que quiere que sirva la religión a los imperios; y así, aunque la suprema ley dijimos que era en Roma la salud del pueblo, la religión era sobre todo, pues cuando más parecía última la necesidad ningún medio podía escoger la razón de estado que no se consultase con el Pontífice, y si éste juzgaba contravenir a la religión, al fin al fin (dice Livio) la religión es la vencedora, y la mayor dignidad obedece los preceptos del Pontífice. De donde encarecen los historiadores la fidelidad y verdad desta república con los mayores enemigos y en los trances mayores, atribuyendo Santo Tomás a la obediencia y respeto que tenían a Dios y a la religión el colmo de sus prosperidades y victorias. En que por ser admirable, entre otros, el suceso con Capua, cabeza de Campania (reino hoy de Nápoles), le contaré en pocos renglones.

Era Capua vecina a Roma, y en poder y nobleza, si no mayor, igual; de quien recibió aquella peores daños, y a veces miedo de su total ruina. Enojados, pues, los campanos con los samnites (amigos y confederados de los romanos), para tomar dellos venganza se entran por las puertas éstos y ofrecen perpetua amistad cuando nada les pudiera estar mejor. Somos (dicen) en grandeza, en riqueza, en poder, si a vosotros no, a nadie menores. A quien, si nos allegamos, haremos los mayores del mundo. Vuestros más poderosos enemigos no pueden dañaros sin nuestra voluntad. Con poco, pues, que agora nos favorezcáis os ayudaremos para siempre en el acrecentamiento de vuestro imperio y gloria. Vencidos éstos enemigos, y nosotros amigos vuestros, nada queda que temer a vuestra virtud y fortuna. Considerad, pues, agora, de quién os es más provechosa la amistad, de los samnites o los campanos, y escoged lo que más bien os estuviere. Riguroso trance. Difícil duda. Con faltar la palabra a los samnites asegura su grandeza Roma. Firme, la pone a manifiesto peligro. Y con todo responden que, ora se pierdan, ora no, nunca se han de ver en sus manos armas; que primero han de ofender y violar los dioses, testigos de su palabra, que no los hombres.

Tan cierta verdad olvida el príncipe que pone la felicidad en ofensas de Dios, en cuyo lugar reina y a quien debe el aliento con que respira. Loco aquel que no se acuerda (como dice San Agustín) que si él es el señor del pueblo, es siervo del supremo Señor. y así, debe ordenar lo bueno y vedar lo malo; no sólo como quien manda a aquél, sino como quien sirve a Éste. O ¿qué piensa quien en las ofensas de Dios y en quebrantar sus preceptos pone la confianza de su conservación cuando más estrecho sea el peligro, sino que es Dios ignorante, o de limitado y corto poder? Pues ¿qué responderá el General que al dar la batalla quebró la instrucción y orden particular de su rey, sino que al dar aquella en la Corte no previno los trances que se ofrecieron después, y que a inopinados acontecimientos fue necesario nuevo consejo? ¿O responderá que no acometió al enemigo conforme al orden que se le envió porque conoció muy desigual la ventaja, y el rey si desde su aposento le podía enviar papeles, pero no fuerzas para rendir las superiores del contrario?

En el Levítico tiene Dios dicho a todos los reyes, en persona de su pueblo, que si guardaren su disposición y cumplieren sus órdenes y mandamientos les dará cumplida felicidad, y vitorias tan admirables que cinco soldados persigan ciento de los estraños, y ciento a diez mil, derribando a todos sus enemigos, en su presencia, en desnudando ellos las espadas. Pero si no los guardaren les vendrán todas las desdichas; huirán en las batallas sin seguirlos nadie y morirán a manos de sus contrarios. Y a David le prometió del mismo modo que si guardaban sus hijos la instrucción y orden de su ley sería su trono estable y perpetuo y les confundiría a todos sus enemigos. ¿Qué puede, pues, responder el príncipe cuando se ve en el mayor aprieto y, acordándose que el orden que ha recibido de Dios le manda que no perjure, que no mienta, que no haga injusticia, él, por parecerle muy grande el peligro, para salir dél rompe por todo, sino que o Dios no tuvo autoridad para dar aquella instrucción y mandatos, o, ya que la tuviese, no conoció ni previno la gravedad del peligro, de quien no se podía salir guardando sus preceptos, o que no tiene fuerzas y poder para vencer la dificultad, si se guardaren? Blasfemias que necesariamente caen en los estadistas y que cada cual dellas atemoriza las orejas.

Por esta razón encontramos a cada paso que siente más Dios que de otros las injurias de los reyes, y que menos los favorece cuando más en sus propias fuerzas confían, siendo estilo suyo muy usado escoger los medios más flacos para vencer las cosas más fuertes. Como se vio a cada paso en su pueblo y lo han visto nuestros ojos, si lo queremos conocer (de que hablaré más despacio otro día); porque gusta Dios (como acordó Santo Tomás), que se desengañen los reyes que no hay industria y poder en la tierra que si le falta su favor no perezca. Y en esto estriba toda la razón de los estados: en pensar el príncipe que Dios es el verdadero rey, y los demás sus vicarios, y que si cumpliere sus ordenes Él le sacará a salvo de las mayores necesidades, y si negare deuda tan justa, ni tendrá ojos para ver ni orejas para oír lo que le importe. Pues por tanto advierte San Pedro Crisólogo que cuando vio Esaías a Dios en el trono de Serafines, dice que vio al Rey y Señor de los ejércitos, para que se desengañen los reyes de la tierra que es Dios el rey en propiedad, y que Él solo da a los demás el acierto en la paz y buen suceso en las vitorias.

Dejo otros nombres que dan al rey los sabios bien llenos de enseñanza, porque no caben en mi priesa, y conluigo con el que le dan Antígono y Tiberio (tomándolo de Eurípides), llamándole esclavo, nombre que hoy se honra con él el Príncipe de la monarquía más ilustre, la Iglesia. Llamándose siervo a imitación de San Pablo (que se acomodó el primero este título en la carta a los Romanos) y porque es el Pontífice aquel siervo fiel y prudente que Dios puso sobre su familia, como son todos los reyes siervos del supremo Señor, de quien está la buena dicha en los halle velando cuando les toque a la puerta y pida razón de los pueblos que dejó a su cargo. Y no sólo son siervos de Dios, sino de los mismos a quien rigen. Así lo dijo el Señor por San Mateo: El que de vosotros quisiere ser el primero, ése ha de ser vuestro siervo; y con razón, porque entonces está obligado a conocer que no le ponen en aquel lugar por su comodidad, sino por el provecho público, como advierte San Ambrosio.

Y así, hallo por mi cuenta que no hay cosa más fácil que gobernar millares de reinos, como el príncipe traiga en la memoria que es siervo de Dios, cuya ley ha de guardar inviolablemente, y siervo del bien común, a quien ha de posponer su sosiego y vida; de modo que lo primero sea hacer lo que Dios manda, y luego lo que a la república importa. Y porque se ofrecen ocasiones en que el público interés parece pedir diligencias contrarias a la ley de Dios, entonces es necesario el consejo o prudencia de estado, para conocer en el hecho si se opone o no a la ley divina; y oponiéndose, firmísimamente¹⁴⁵ ha de estar persuadido el príncipe que por la vida y salvación de todos los hombres no ha de hacer cosa que a Dios ofenda.

145.- Orig.: 'firmisimante'

DISCURSO VI

Consejeros¹⁴⁶ del Estado y sus condiciones, y qué personas excluyen algunos del injustamente.

CON tal presupuesto debe tener el príncipe Consejo del estado de su república, pues, por sabio y experimentado que sea, le manda Dios que no se asegure en tal prudencia, y en la de sus consejeros sí, si desea nunca hallarse arrepentido. Con cuya consideración quieta su conciencia, si procura escoger de tal peso dignos, y con las partes que, por haber repetido tantas tantas, recogeré yo de algunos algunas. Y todas reducidas al *Epílogo* de Platón, que en el buen consejero desea tres calidades:

VOLUNTAD
ATREVIMIENTO
SABIDURÍA

Voluntad a Dios principalmente, por medio de su santidad y virtud, pues solo el consejo que en Dios se funda permanece. Y máquina tan importante no se debe encargar sino al alma virtuosa, siendo infalible que los buenos y santos consejeros nacieron para bien de su ciudad y reino, y los viciosos para destrucción de los mortales.

Voluntad a su príncipe, pues ¿qué bien podrá desear el que aborrece, o quién será tan loco que ponga la confianza en el enemigo? Siendo la más peligrosa mina el odio del consejero y cercano, que se descubre con la muerte, y peligrosísimo aquél en las manos que nos sustentan, pues también pueden gozar la ocasión del cuchillo.

Voluntad a la república, que la amen como tutores y padres, de cuyo provecho, y no del propio, cuiden, ajenos de parecer a los pastores de Israel, que a sí, y no a las ovejas, apacentaban. Para lo que importa ser hijos nacidos en ella, no expuestos ni allegados, pues éstos ¿qué se espera sino risa y gozo en las más crueles llamas de la ciudad que juzgan ajena? Liviano y quizá infiel el amor y respeto al príncipe diferente en nación y patria, y estraños, al fin, a quien aconseja el Espíritu Santo que de ningún modo se confíe el secreto.

Voluntad entre sí; iguales, ya que no es posible por la grandeza, por aquélla, y amigos, que no los irrite la pertinacia de sus odios al público daño. Escarmentándonos Roma, que se vio bambalear (así lo digo) por las competencias y rencillas de Lucio Volumnio y Apio Claudio, compañeros y Cónsules. Pues ¿cuál mayor riesgo que salir la oposición de sus pechos en los votos, y no ser tan unos en el amor como deben en el deseo del bien de la república?

Atrevimiento a determinarse en la necesidad, después que hayan recocado el caso en su pensamiento. Pues, si bien va atada la penitencia a la ligera determinación, no suele ser de menor daño la tarda remisión, consistiendo a veces en un punto la salud de la comunidad. Y triste aquella en quien pasan uno y otro día sin resolverse los consejeros.

Atrevimiento a declarar sus sentimientos; si bien pocos son los príncipes que dicen (con Plauto):

No gusto de consejos lisonjeros:
amo verdades, y mentiras huyo.

146.- Orig.: 'Consejo.'

Por tener todos las orejas al provecho desabridas, y a lo alegre amorosas. Deje esta miseria para el quitapelillos, que más veces destruye los reinos que los enemigos, y como fiel consejero descubra la verdad del pecho, sin que la salteen en el camino los dos bandoleros de todo buen consejo: el amor y el temor; aquél de su particular interés, y éste del enojo y disgusto del príncipe.

Atrevimiento para no desmayar por los malos sucesos que a veces acompañan a los consejos más sabios. Pues si en aquéllos se pone la mira, ¿qué prudencia no hablará temerosa? Ningún peligro ha de turbar las palabras. Ninguno las ha de formar dudosas y confusas. Entero ha de salir el sentimiento del alma a ojos de la misma muerte. ¡Oh Solón! ¿Qué consejero imitará tu ejemplo? Cansados los atenienses de verter sangre contra los megarenses por la isla Salamina, pusieron ley, con pena de la vida, que nadie hablase en la prosecucion de tan cara guerra. Solón que sentía diferente, fingese loco y persuade en pública plaza al pueblo nuevas armas contra los megarenses, que, esgremidas en la batalla, dieron rica vitoria a Atenas, y a Solón eterna alabanza. ¡Santa libertad! ¡Bizarro atrevimiento!

Sabiduría, claro es, pues siendo aquélla ojos del alma, y siendo capitán y guía de nuestro entendimiento, ¿qué despeñadero, qué abismo no temerá la república sin ella?

Sabiduría por edad y experiencia; tanto como hermanas ambas necesarias, si no se llama (con el parecer de Ovidio) hija de la primera la última. Y si es infalible que la prudencia del gobierno civil no se puede alcanzar sin experiencia. ¿Quién aguarda ésta en pocos años, en cortos acaecimientos? La edad allega tal tesoro, y la lición ayuda. Luz de la verdad, maestra de la vida. Por lo que Alejandro, con letrados dice Lampidio que se aconsejaba, no tanto de leyes como de historias, que son consejeros muertos. Pero, con todo, a la experiencia doy las ventajas: lición viva, y las más veces escrita con sangre, que no sólo dura perpetua, cuanto más no habiendo vida para la lengua como la acción de manos que si hoy no blandean la pica, supieron blandirla. ¡Oh príncipes dichosos, sin duda, los que traen a su lado viejos y valientes!

Sabiduría de la república, así de las gentes della, sus inclinaciones, sus costumbres, como de los medios de su conservación, los peligros de su ruina. La primera cabeza y obligación que llama Tulio del consejero, pues es compasión que cultive el labrador, cure el médico, y trate de estado del pueblo quien no le conoce ni entiende.

Sabiduría, últimamente, que sepa ajustar la conciencia del príncipe con el bien común. Por lo que imagino (si a tanto se puede atrever nuestro *Jardín*) que no corren con bastante fundamento los que sólo desean ciencia de los derechos en este Consejo y los que excluyen dél dos sujetos los más importantes de la república y los amigos o (con el nombre, aunque improprio más común, privados) del príncipe, y el Confesor y padre de su conciencia.

En lo primero es verdad que aquellos siete duques que tenía Asuero en su Consejo sabían las leyes y derechos de sus mayores, y Jonatán, tío y consejero de David, dice la Historia Sagrada que era sabio y letrado. Una de las leyes de Castilla dice que hasta las cosas del estado tienen ley y razón por quien se gobiernan, pues lo demás fuera dejar entrada a la ley del encaje o proprio antojo, que es la mayor pestilencia de un reino. Y por lo menos, si en este Consejo se trata de mudar y alterar las leyes, necesario es saber primero su calidad, su fundamento, su provecho, su justicia; y así, sabemos del rey Alonso el Noveno que hizo su Consejo de doce letrados insignes. Por otra parte, dice San Ambrosio que los juristas son ministros bonísimos del derecho, sin licencia de conceder nada a su voluntad y albedrío. Y los consejos del otro derecho, a quien llama Tácito superior y a quien sólo se ha de acudir en las faltas del común y ordinario, los sacros Cánones afirman que juzgan el peso de cada cosa por las Escrituras Divinas, y San Cipriano dice que el timón y gobierno de los Consejos de estado es la ley divina. Por lo que le parece a Juan Banés Botero¹⁴⁷ que es necesario que el rey no determine cosa en su Consejo de estado antes de mirarla y considerarla

147.- Giovanni Botero, nacido en Bene Vagienna (Piamonte).

en otro consejo de conciencia en el cual intervengan excelentes doctores teólogos y canonistas; y fuera atajo más breve meter en el estado algunos grandes teólogos que no multiplicar Consejos.

Por otra parte, las materias del estado son los intereses de la república o del príncipe (como su parte principal) en los casamientos, en las jornadas, en las guerras, en las paces, en los conciertos, en las amistades, en las prevenciones, en las elecciones, en los avisos y otras semejantes, en que consumados juristas y teólogos se hallaran nuevos y aun rudos. Pienso, pues, que, pareciendo imposible hallarse hombres que lo abracen todo, dando Dios (dice San Pablo) no a uno todos sus dones y gracias, sino a éste la de sanidades, a aquél la de profecía, y repartiéndolas según es su voluntad; porque como en un cuerpo hay muchos miembros (añade), y cada cual tiene su particular obligación y oficio en provecho de los demás, así pasa en la Iglesia y así ha de ser en el Consejo, donde es bien que haya letrados que acuerden las leyes antiguas, sus motivos y provechos; teólogos que ponderen la malicia o bondad de los casos y cuánto se conforman u oponen a la religión y leyes divinas, y, con esto, varones de experiencia en las armas y sucesos de guerra; de conocimiento en los intereses de la república y de largo uso en el manejo las correspondencias, despachos y provisiones. Por esta causa los consejeros del rey Asuero eran duques (que es lo mismo que haber sido Capitanes Generales), y, como tan grandes señores, interesados en los acrecentamientos del reino; y Joab, consejero y amigo particular de David, fue primero General de su ejército.

En los que tratan papeles vemos inteligencias maravillosas, y algunas cartas y discursos en quien los muy retóricos y filósofos hallan qué aprender y reverenciar, no por otra causa sino la que dio Tulio: que cada uno tiene obligación a conocer mejor el arte en que se ejercita; que es lo que dijo el Sabio: El negociante trate de trajinar, y el mercader de vender, ejemplificado a lo largo por Horacio sus cartas. Así, aquéllos el uso de un día y otro los hace fáciles y raros en casos que puestos en manos de muchos muy estudiosos tuvieron duro y torpe despacho. Aunque, si bien esta expedición es en algunos admirable, en otros es insufrible la presunción con que desprecian a los doctos y se imaginan solos con capacidad para tales materias; y por esto dije que eran maravilla los que, fiados en sólo el uso y ajenos de todas buenas artes y doctrina, aciertan. Porque si bien Hipócrates llamó a la naturaleza el principalísimo de los requisitos en materias de ingenio, pero no dijo que sola bastaba; antes añadió que, aplicado el buen natural a las artes y al estudio, penetra por las mayores dificultades. Sentencia que dio después el jurisconsulto Baldo, diciendo que los que juntan al ingenio la doctrina aciertan en todo, y los que en uno u otro faltan, en muchas cosas yerran. Y es infalible que si la naturaleza no ayuda no se puede hacer nada de provecho, y el que carece de arte, cuando más piensa atinar más avieso tira.

Bien sucederá que el docto metido en papeles se embace; pero si su natural no los rehúsa de todo punto es imposible que en pocos ratos no aventaje los muchos años del que, ajeno de doctrina, estriba en sólo el uso. Y éste es imposible que no se desatiente a cada paso, si no procura en las materias graves (donde no puede todas veces ajustar los padrones) valerse de desvelos de sabios. Porque no piense el presumtoso que nadie puede llenar su falta, ni se deje llevar de las aprobaciones del vulgo: loco viento que bate comúnmente en las velas más tendidas y más altas, por ser infalible verdad que las necesidades del rico hallan aplauso en todas orejas, en todas lenguas alabanza, y los avisos del pobre, escarnio; y porque se estimen sumamente los que al ejercicio y buen ingenio aplican la lición de historias y libros morales, con que salen consumados ministros, y no menos necesarios que los grandes juristas y teólogos en los Consejos de estado.

A los amigos de los reyes no falta quien los ha querido echar desta junta, y no sé por qué, pues antes es tan propio de los amigos ser consejeros, que ha hecho a otros dar de ojos la confusión del nombre. Pienso que para tocar algo de los amigos de los reyes, su número y sus calidades, habrá más espacio otro día. Sólo supongo agora, para entonces, que en el príncipe hay dos respetos: uno de persona particular y otro de persona pública, y así, es diferente la necesidad que tiene de la ayuda de otros hombres según es diferente la virtud de prudencia que sigue aquellas dos consideraciones

y respetos. Porque una es prudencia personal, que le obliga a encaminar sus propias acciones, moderar sus pasiones y buscar los mejores medios para alcanzar el fin y felicidad que de su vida se propone. Otra prudencia es gobernadora, o política, que sólo atiende al provecho ajeno, procurando por buenas leyes y consejos, premios y penas, la paz y sosiego común que tiene a su cargo.

En la primera consideración le corre la obligación que a otro cualquiera ciudadano, de particular prudencia y cordura. Aunque Aristóteles halla diferencia entre los dos, que el ciudadano puede ser buen ciudadano obedeciendo las leyes y guardando justicia con los demás; y con esto puede ser mal hombre, admitiendo en sí delitos o secretos, o que contravengan a las leyes Pero el príncipe no puede ser bueno (dice) si en sí es malo, porque, como ha de mandar y ordenar a todos las virtudes, es claro que él primero las siga. A lo que se reduce lo que todos los libros predicán en cada hoja: que el príncipe ha de ser virtuoso; que son sus defectos mayores y de mayor daño; que debe guardar las leyes que él mismo impone, por la fuerza del buen ejemplo, por ser miembro del cuerpo de la república; que, so pena de ser monstruoso, debe conformarse a los demás, y por ser cabeza que ha de hacer lo que ordena en la dirección de los demás miembros.

La doctrina del Filósofo no importa disputar agora su rigor. Pues por lo menos es cierto que tiene el príncipe más obligación a ser bueno en sí que otro cualquiera ciudadano; y aunque no tanto, también parece cierto en nuestra fee que puede ser un príncipe bueno para el gobierno y perder su alma, o con vicios secretos o con otros que no pertenecen a la buena administración de las leyes y justicia, por lo que dijo Cristo de los perlados eclesiásticos que cumpliésemos sus órdenes y no imitásemos sus obras, concediendo en esto que es posible regir bien y vivir mal. Pero colijo llano desta doctrina que el príncipe ha menester diferentes hombres para acertar como particular o como gobernador, pues allí sólo ha menester quien le trate de la caza, de la devoción de la templanza en la comida y en el sueño, de la modestia en el vestido, de la gravedad en las audiencias y otras particularidades que se cierran con las puertas de palacio y fuera locura llevarlas cada hora a las juntas de los grandes letrados y teólogos. Y así, es necesario que tenga a su lado hombres con quien las comunique, con quien las ejercite y con quien descansa y aliente, o se corrija en las pasiones, temores, gustos, inquietudes, y aun vanidades que le pueden suceder como a hombre. A los que llama el vulgo privados, y yo pienso que se deben llamar amigos En que luego se ofrece si puede, entre éstos, o debe tener el príncipe uno que le sea amigo particular y a quien comunique sus secretos, o muchos. Dificultad que desde Aristóteles acá la han disputado doctos, y pienso que, por no advertir esta diferencia, la han errado muchos. Y yo supongo (para probarle otro día, si viniere a ocasión) que puede, y aun debe, so pena de enredarse en muchos inconvenientes, escoger uno por verdadero y perpetuo amigo.

Como príncipe y gobernador es mayor la carga, y así, necesita de más hombros, y por esto dijo el Sabio que allí había salud donde había muchos consejeros, y en otra parte aconseja a su hijo que se establezca en la muchedumbre de viejos y prudentes. Y Dios mandó a Moisés que escogiese setenta viejos sabios para consejeros que le ayudaran a llevar el peso de tan gran república. Y en esto no puede haber duda que son menester muchos ojos para acertar en materias tan arduas. La dificultad, bien nueva y bien escusada, que han despertado algunos demasiado celosos está en saber si el que el rey escogió por privado o amigo particular puede ser uno de los muchos consejeros. Y paréceles que no, no por otra razón sino por lo que se debe temer que con el gran poder y confianza en el amor del señor pervierta a los demás. Agudo concluir de lo contingente a lo necesario, cuya mala dialéctica quisiera mostrar en pocos renglones.

Lo primero, es tan natural aconsejarse los reyes con sus amigos, que significan una misma cosa los nombres. Pacíficos ten muchos; consejero, uno entre mil, dice Salomón a su hijo. Y claro es que quien en otras cien partes le manda aconsejarse con muchos no se había de contradecir agora, sino que verdaderamente llama consejero al amigo íntimo. Plinio, en el *Panegírico* de Trajano llama a cada paso a los consejeros del príncipe sus amigos. Suetonio dice de Octavio César que, aunque

hizo grandes y poderosos a sus amigos, los hizo iguales a los demás en la obediencia de las leyes con que juzgaban. Amán era íntimo¹⁴⁸ amigo de Asuero y el principal de su Consejo. Antíoco hizo presidente y gobernador de su reino a Filipo,¹⁴⁹ el más particular de sus amigos. Estilo generalmente guardado de todos los reyes, por ser unas las virtudes que se piden al amigo y al consejero: amor, fidelidad, prudencia. Conviene mucho (dice San Ignacio) que asista al lado y pecho del príncipe un varón perspicaz y entero. La ley de Castilla pone todo el acierto de un consejero en que sea aficionado a su Rey; Plinio, en que sea fiel, y Dios parece que para escoger por ministro a Moisés le movió sola su fidelidad, según alaba y encarece en él esta virtud. Y Tertuliano dice que no han de pedir a Dios los reyes sino consejeros fieles y aficionados, porque los que lo son (dice Plutarco) miran al provecho del señor, y no al propio. Y así, Aristóteles no consiente por amigo del príncipe sino al buen varón, y sólo a ése da por particular oficio aconsejar bien.

De modo que el que es malo para consejero es peor para amigo. Y así, los que arguyen que puede ser el que escogió para amigo el príncipe, presumtuoso, interesado, caviloso (condiciones con que no es bien que entre al Consejo), concluyen toscamente, pues no porque sea posible que sea alguna vez malo es necesario que sea siempre; y entonces no nace su indignidad de la amistad del rey, sino de sus vicios. Antes, si no es bueno para consejero es peor para amigo, y así, deben quitarle antes del lado del rey que del Consejo. Cuanto más que, dado caso que padezca algunos defectos para consejero, supuesto que el príncipe gusta de su comunicación y amistad es importantísimo hacerle de su Consejo, porque si la falta es de prudencia y discreción, y, con eso, tiene docilidad, hará lo que dice Job: Investigará diligentemente las causas que no sabe, para que puesto entre los sabios no campee tanto tu ignorancia. Se informará ya del marinero, ya del religioso, y por este camino tendrá cada día el rey amigo menos ignorante. Si no fuere dócil le sucederá lo que dice el Sabio: que descubrirá su mal entendimiento puesto tan alto, y se pondrá el dedo a la boca para no hablar más en cosas de gobierno. Si fuere amigo de su parecer, y con esto ingenioso y astuto, harto será más peligroso fuera que dentro, como lo es más el fuego de la mina que de la bombarda. O ¿de dónde se colige que serán más fáciles de pervertir los consejeros con el voto público del privado que con el billete y la promesa? Pues antes dice Dios que está en medio de los Consejos; y así, es experiencia que sabe mudar en él muchos malos propósitos. Y blasfemia es indigna de imaginarse contra todos los consejeros y el príncipe que los escoge, pensallos tan fáciles.

Más natural es (dijo Antonino) que uno siga el parecer de muchos que al contrario, y muy posible que muchos buenos corrijan a un malo (decían Mario y Alejandro Severo). Si los del Consejo, pues, son malos, poco daño hará uno más entre ellos, y si acaso el amigo del rey es bueno, ¿quién duda que pueda aprovechar mucho? Pues todos miran en él al mismo rey, y éste (dice el Sabio) sentado en su trono con los demás, deshace toda calumnia.

Si los consejeros son como se debe esperar de canas tan ilustres y de tan conocida virtud y letras, y el amigo es ponzoña, no sólo no es malo que entre al Consejo, pero será universal ruina que no entre, pues el mal amigo no puede dañar al príncipe sino a escondidas y llegando a la oreja. Así lo advirtió el Señor: Si la mujer que anda en tu seno, o tu amigo que amas como al alma, te dijere de secreto que sirvas a otros dioses, mátales. En secreto dice, porque en público, ¿cuál es tan bárbaro que arroje tal maldad por la boca? El mal varón (dice el Sabio) da papillas a su amigo porque a uno (y más príncipe, que naturalmente son sencillos, como dijo Asuero) es fácil engañar; a muchos, imposible. Y así, Amán, para sacar dél tan fiero edito le cogió en su aposento. Jonadab no se atreviera a dar en público a su primo Amón la traza de la enfermedad fingida, ni Roboán se perdiera si no dejara a sus consejeros y viniera a tratar en su cámara con sus criados los negocios del reino.

148.- Orig.: 'entimo'

149.- Orig.: 'Pilipo'

Nadie lleva a la plaza, por oro, alquimia. El que hace mal aborrece la luz, y el que tiende la red la esconde de los ojos de las aves. El amigo (dice el Espíritu S.) que permaneciere firme sea como tu igual, y disponga con toda confianza y seguridad en las cosas de tu casa. No dice en las del reino, porque en éstas no ha de tener más autoridad el amigo del rey que cualquiera de los otros consejeros, y ninguna fuera de su compañía y junta. Y así, es de temer el no tan verdadero en la galería o retrete; no en el Consejo público, donde la disputa descubre el sentimiento y el engaño los labios. Y añado que, por santo que sea el privado, le importa a él y a todos que sea del Consejo, por tener delicadas orejas los señores, y como se lastiman con cualquiera verdad, pocos son los que no temen¹⁵⁰ llegar con ellas, y venidas de la junta traen menos de ásperas. Ábreles puerta la autoridad, y la incertidumbre del autor las franquea de aborrecimiento.

No es menos necesario en el Consejo el confesor, por las razones que el amigo y por la que da en su favor el que opina al contrario, diciendo que se debe quedar fuera para examinar las determinaciones del estado. ¡Qué poco confía del primero quien busca segundo¹⁵¹ ensaye al oro! Y ¡qué impía es la desconfianza de tan graves consultas! Particular dictamen es aguardar más acierto de un ingenio que de muchos, y más de aquel solo que acompañado. Triste del príncipe que anduviere en medio, pues si uno edifica y otro destruye, ¿qué han de sacar sino trabajo? Y si uno reza y otro maldice, ¿qué voz ha de oír el Señor?¹⁵² ¿A quién seguirá el rey dudoso? Si su confesor, será imprudencia, pues más cerca están de acertar muchos que uno; si al Consejo, impertinente es el segundo escrutinio, y de cualquiera modo es insufrible tahona para la conciencia del príncipe. Entre, pues, en el Consejo el confesor; que el alma del varón santo ve más que siente atalayas puestas en lo alto; y si tiene algo que dudar o replicar, allí será a tiempo, y no en la Confesión. Donde (según lo que dijo Samuel) será género de idolatría no conformarse, pues harta presunción es preferir su parecer al de tantos, y todos tan santos y doctos.

Estilo acertadísimo que han seguido muchos príncipes, y en particular los de Castilla, haciendo a sus confesores de su estado con el provecho que hoy experimentamos en el reverendísimo P. F. Luis de Aliaga, sin género de lisonja gloria de nuestro siglo. No sólo por las grandes virtudes con que resplandece y las ricas mitras que ha puesto a sus pies, sino por el celo y caridad santa con que se ha mostrado padre y amparo de España, perdiendo tanto de su sosiego por asistir al servicio espiritual de su Rey y señor para dárnosle el más santo que pudo pedir el deseo.

Si con lo que he dicho del sujeto no he satisfecho al de V. S., culpa es de quien me cargó tal peso. Mañana volveré a mi labrador, y, aunque V. S. lo mande, no tocaré más en cosas de veras. Guarde Dios, etc.

150.- Orig.: 'teme'

151.- Orig.: '2'

152.- Orig.: 'S'

DÍA CUARTO

DISCURSO I

AGRAVIADO recelo, Señor, el *Jardín*; porque, siendo estos ratos y discurso de su hermosura y flores, he dado dos a más severas letras. Confieso la culpa y acudo a la emienda. Prosigue, pues, el labrador:

Bien que al soldado parecido en todo,
pesadas armas a la mano llega
con que hacer guerra al apretado lodo.

La corva hoz maduras cañas siega,
y la senda que abrió la gruesa azada
corre el licor que fértil suelo riega.

De la espiga levanta, sazónada,
el alto grito al pájaro goloso,
tan fuerte al sol como a la escarcha helada.

Derriba la segur del ramo hojoso
la sombra inútil, por que así en la encina
no busque el fruto pobre e invidioso.

Lejos del pueblo, a solas adivina
el año; no en el Cónsul diferente,
sino en la mies que la cabeza inclina.

En el olor de la manzana siente
a la puerta el otoño, y el verano
en almendros que asombran blanca frente.

Difícil ejercicio, a quien la mano,
por el favor que el Príncipe le ofrece,
en el mayor trabajo pone ufano.

Ya el alto sol, el frío ya padece
(¿a qué no obliga el premio?), porque honrado
goza los privilegios que merece.

¿Quién en la plaza, en pleitos ocupado,
vocea que el sustento no le pida
al prolijo sudor del corvo arado?

Nunca sus montes por un rato olvida
el rústico sencillo, sin que lleve
la miel en blancas ceras escondida.

En anchas jarras desatada nieve
que apretó en gruesas ubres, y en la cesta
lirón que paga lo que al padre debe.

Tierno cabrito que saltó en la cuesta
cuelga del brazo, y al capón trabado
que asado suele honrar la mayor fiesta.

De pámpanos en mimbres coronado
 lleva el racimo la doncella hermosa
 que en casa deja al padre viejo honrado.
 ¿Qué no sustenta (con razón gloriosa)
 la mano labradora, si ella ciñe
 de diamantes la frente victoriosa?
 La púrpura que rica sangre tiñe,
 y toda su grandeza, a aquel se debe
 que el ancho pecho tras el buey desciiñe.

Gloriarse puede el labrador que de su trabajo sale la majestad del rey, y que el oro que resplandece en techos ricos lo saca de las venas que en la tierra rompe. Por lo que no se deben llamar merced, sino agradecimiento, cuantos favores recibe de mano del príncipe, pues ora vista en la paz suave perlas tejidas, ora en la guerra revoltosa lucido acero, deuda es del rústico cuidado. Como reconocieron los emperadores Teodosio, Constantino y Anastasio, mandando que nadie los inquietase de su ejercicio. Enseñados, quizá, del Capitán General del monarca Nabuco, que cuando, cruelísimo, se ensangrienta en la vida del hebreo rey Sedoquías y despedaza sus hijos, publica bando que ninguno toque los labradores ni inquiete el¹⁵³ sulco. Justa advertencia que cuenta Diodoro inviolable en los indios; cuando más furiosos con las armas más atentos a defender y continuar esta ocupación necesaria, conociendo cuán poco importa al vencedor el gozo de la victoria si la hambre le derriba con el vencido en medio del trigo.

De aquí nacieron cuantos privilegios han dado al labrador en diferentes provincias diferentes príncipes, atentos a la necesidad de su socorro, a la gloria de su ejercicio, sin que importe haberle llamado. Menandro oficio servil y hallarse leyes que le privan de honrosos cargos. Llamados por esto villanos y rústicos, a diferencia del ciudadano y noble, los que pueblan las aldeas y aran sus campos. Gente por la mayor parte despreciada y humilde; y ellos en su condición tan rudos, tan duros, tan ásperos, como los terrones que parten. Verdad que debe conocerse en los gañanes y quinteros alquilados, que traen la vida acosada y vil el pensamiento en la miseria de su trabajo; no en el prudente varón que, huyendo las demasías y gastos de la ciudad, goza en paz la quietud del aldea y los frutos de sus heredades. Si bien ni de aquéllos deja de ser ingrato el desprecio, pues nos ofrecen el sustento sus manos. Justo es honrar el sudor por quien vivimos y los callos que nos alimentan, y justo fuera que castigara la hambre a quien agradece tan mal tan importante deuda.

Honrado y alentado deber ser, no acosado y perseguido, el ejercicio más provechoso, más dulce, más virtuoso que tiene el hombre. Aquí es bien que se entretengan los nobles (dice Teofrastró), y aquí es bien que busquen alabanza, y no en otros tratos, los ánimos generosos (dice Aristóteles) sin que tema el más ilustre padecer vergüenza porque le vean en su alquería o jardín encaminar el agua o enjerrir el árbol.

Deja el Pretor el arado
 y sube a juzgar al trono.

Dice Ovidio. Y en otra parte:

Con cuidado cultivaban
 sus campos nuestros mayores,
 y (aunque insignes Senadores)

153.- Orig.: 'del'

sus propias hazas araban.
 El arado dejó apenas
 el que a ser Cónsul se asienta,
 y no tiene por afrenta
 las manos de callos llenas.

Hartos ejemplos acordé el día primero, y remití algunos (porque son muchos) para juntos. La braveza y majestad de Hércules, cuenta Plinio que se entretuvo en plantar árboles de su mano. A Laertes, padre de Ulises, honra con este ejercicio Homero; y a Filopémenes, ilustre General, Plutarco. Agamenón y Menalao, hermanos, y ambos valientes, dicen Plinio y Pausanias que divertían muchos ratos en la agricultura. Y de Scipión, valor de Roma, Séneca, que cultivó un jardín mientras su destierro.

¡Gozoso Plinio, porque alcanzó. olivas plantadas de su mano! Los emperadores Clodio Albino, Antonino Pío y Teodosio, y los reyes Belisara de Persia y Masinisa de Numidia, dejaron hasta nuestro siglo tan noble ejemplo, tan virtuosa alabanza. Mereciéndola sobre todos el piadoso Ludovico, rey de Hungría: tan amigo de labradores, tan cierto de su necesidad, tan reconocido a sus beneficios, que disfrazado en su hábito salía al campo, para saber dellos qué agravios recibían de sus gobernadores y ministros. ¡Oh si entrara en el escritorio del gobierno! ¡Oh si conociera los ingenios arbitristas que maquinan achaques para despachar contra ellos pesquisas! Afligida veo la fertilidad de España, matorrales sus campos, yermas sus aldeas. Y ¿qué mucho, si persiguen injusticias las manos trabajadoras, y hacen las holgazanas modo de vivir el perseguirlas?

Acertadas, pues, son las leyes que no sólo honran al labrador (como las tiene tan consideradas Castilla), sino aquellas que hacen libres e hidalgas sus armas e instrumentos: el legón, el arado, la hoz. Y más la que tan antigua vedaba en Grecia y en todo el Oriente (dice San Jerónimo) matar el buey que supo dar el cuello al yugo, por labrador y compañero en los trabajos del hombre: gran testimonio de lo que siempre se estimó la labranza las honras y privilegios que el buey mereció por su causa. Con pena de la vida se reservó la suya en Frigia; con tal observancia, que padeció el primero la pena un hijo de la reina que impuso la ley. Y en Roma, ya que no con la muerte, con destierro perpetuo se castigó tal culpa, siendo (dice Varrón) tan venerado en los antiguos este animal, que era igual delito matar un buey que un ciudadano, por ser el que nos sustenta (según el nombre que le dio Grecia) y, según el proverbio antiquísimo, el que sirve de esclavo y compañero al hombre pobre.

Cuya naturaleza el Cielo puso
 entre el ciervo medroso y león fiero.

Y así, pareció detestable maldad se hubiese atrevido nuestra gula a hacer sustento de animal que nos le da más provechoso en los frutos.

Antes que de los toros la impía gente
 se trazase convites.

Dice Virgilio. Y no sólo matarlos; pero comer dellos, si se morían, pareció gravísimo delito: tanto (dice Cicerón) era el provecho que se imaginaba sacar de su compañía.

Quiso reconocer la piedad el señorío universal de Dios sobre las criaturas, y, degollando manadas de brutos en sus altares, trajo también novillos. Religioso cuchillo fue el que primero se atrevió a su sangre; pero siempre tan medroso que nunca se creyó bastantemente disculpado. Por lo que Solón vedó semejante ofrenda, pareciéndole cruel y mal admitida religión la de una mano

ingrata; y así, ríe Homero que los hombres sacrifiquen la mejor parte de su vida y sustento en los bueyes, dando voces Ovidio en sus *Fastos*:

Ministro, aparta el cuchillo
del toro que sabe arar;
y el torpe puerco en lugar
muera del simple novillo.
Esté del hierro segura
la cerviz que el yugo carga:
concédase vida larga
al que ara la tierra dura.

De donde, ya que no pudo a todos privilegiar la labranza, por lo menos al que sufrió un día cordel y tiró arado aseguró para los demás la vida, siendo en todas las naciones libre del sacrificio, ya que no el cerril, el toro domado. La víctima más rica, y que más aplaca, a mi parecer, los dioses (dice Plinio) es la del toro; pero sacado de la manada, nunca sujeto al yugo, cuya muerte antes la temieron enojosa a los dioses en pago de tal beneficio. Sacrificaban un toro a Hércules, según costumbre de todos los años, unos aldeanos de Beocia, y ya que alzaban el cuchillo rompió maravillosamente las sogas, y fuese. Persuadidos entonces que no era voluntad del dios admitir tan injusta ofrenda, puestos en una manzana por pies cuatro palillos, y dos por cuernos, con tan ruda imagen continuaron el sacrificio y cumplieron el voto. Como de los eycicenos cuenta Apiano, que el sacrificio debido a Palas, de una vaca negra, le mudaron en una vaca pequeña de masa.

Y algo desto vemos hoy en la gran ofrenda que cada año en Talavera recibe la Virgen del Prado: devotísima imagen de las aldeas comarcanas, pues las de Mejorada y Cazalejas, y noble ésta,¹⁵⁴ más que por testigo último de los abrazos de Tajo y Alberche, y por sus sotos y fuentes, por patria y cuna del ilustrísimo don García de Loaysa, Arzobispo de Toledo, gloria de España, nacido, sin duda en las sumptuosas casas que tiene en esta aldea el rico mayorazgo de los Girones sus padres; éstas, pues, o porque no pudieron continuar la ofrenda de sotos que hicieron en su principio, o porque ciertas cuánto más agrada al Cielo una migaja de pan sencilla que ricas perlas, en aquellas sus Mondas,¹⁵⁵ verdaderamente vistosas, ofrecen vacas y toros hechas de cera. Harto más segura ceremonia (aunque usada antiguamente) que la que vemos en Villa Rozas, día de San Marcos, donde con no sé qué oraciones o conjuros viene manso a la procesión el más bravo toro, y asiste en los divinos oficios.

Caso harto parecido a lo que leemos en Pausanias de los hermiones, pueblos de Alemania que hoy llaman Pomeranos, donde en la fiesta de la diosa Chthonia¹⁵⁶ una mujer vieja llegaba a la manada y sacaba del cuerno al toro más feroz, y traía al templo y sacrificaba sin resistencia alguna. Diabólica superstición, y pienso que de temer en la fiesta que digo. No en la primera, en quien ve el Demonio a los pies de la Virgen su ofrenda, trocada la ceremonia, y santa aquella gentil devoción y afecto.

Mucho debe el hombre a la compañía de este animal. Lo que ojalá no hubieran reconocido algunos con tanto exceso, pues los egipcios, por estimación de la labranza, al mayor de sus dioses adoraron en figura de buey, o adoraron al buey por el mayor dios. Ejemplo que tan injustamente imitaron los hebreos idolatrando en un becerro. Más cuerdos testimonios desta estima nos dejaron otras naciones usando por la primera moneda y precio de las cosas de los bueyes, antes

154.- Talavera de la Reina.

155.- Fiestas originadas de las *Munda Cereris* que se ofrecían a la diosa Ceres en la época romana.

156.- Uno de los sobrenombres de Ceres. En esas fiestas eran inmoladas cuatro vacas por cuatro sacerdotisas ancianas.

que la mala codicia sujetase los ánimos. Con ellos se compraba y vendía, hasta que, por hacerla más usual, su piel sellada en pedazos tuvo valor para los tratos por muchos siglos. Agradó el peso del metal, y, no olvidada tan noble memoria, recibió la primera del buey la imagen, y el suyo por nombre el primer dinero.

Temió, sin duda, el hombre su condición ingrata, pues, metido en la ciudad y entregado a la codicia, del olvido del campo y la labranza se preservó con pintar al buey en la cosa más usada. Y no solamente llevó en el metal su figura impresa, sino en el alma, pues de las virtudes humanas, como si fueran aprendidas deste animal, puso al toro por símbolo de las mayores. Y como el que ama y trata mucho una cosa saca della comparaciones en todos sujetos, levantó al cielo los ojos y llamó cuernos las puntas de la Luna:

Llena de luz la Luna el tercer cuerno.

A las cimas de los montes, a sus cuevas y cóncavos, a sus promontorios y cabos, y hasta las constelaciones del cielo dio el mismo nombre, por altos, por agudos, por torcidos, por soberanos, Y lo que más es, de sus dioses no creyeron que representarían generosidad y fortaleza si no los pintaban con cuernos. Del mayor de todos, Júpiter, sabido es que fue tal su diadema.

A boca llena a Júpiter llamamos
el que lleva los cuernos.

Dice un Poeta. Desvanecimiento de Alejandro, que le obligo, por parecer su hijo (dice Clemente Alejandrino), a afear la cosa más hermosa del hombre, que es el rostro, con la fealdad de unos cuernos. Y no Júpiter sólo: otros infinitos tuvieron la misma pintura, pues, fuera de Baco (de quien fingieron que antes de nacer los tuvo tales que pudo romper con ellos la pierna a un dios), todos los ídolos de dioses menores que halló Roma alrededor de Júpiter Amonio, dice Prudencio que los tenían. Los ríos, a quien reverenciaban por dioses, claro es que nunca pintaron sin ellos; o por símbolo de la fortaleza y majestad (no conocido otro animal más generoso), o engañados quizá (por que no espante esta locura) de las Letras Sagradas, que escriben de Moisés haber salido de la conversación de Dios con cuernos en la frente, si bien fueron de luz y resplandor. Y decir David que era Dios el cuerno de su salud, lo mismo que su defensa y amparo. Y de Jacob, que a Josef en la bendición llamó hermoso como el toro por la fortaleza y victorias de sus descendientes (dice Tertuliano), y por figura de Cristo, fiero juez de los malos y manso defensor de los justos.

Con menos admiración oiremos, tras desto, que los reyes hiciesen dellos diademas y coronas, como cercanos a los dioses en la virtud y grandeza, o como hijos suyos, por tales respetados y tenidos. Y así, fingieron a Io en figura de vaca porque fue madre de los reyes de Tebas. Y a Cipo, dice Ovidio que pronosticó un agorero el reino latino porque le vio o soñó¹⁵⁷ con cuernos; como Lampón a Pericles en Plutarco. Insignia que hoy saca el día más solene, entre la espada y cetro, el Dux o Príncipe de la Señoría de Venecia, por símbolo del poder, de la fuerza, de la divinidad, por quien se llaman las puntas del altar cuernos. Las proas de las naves, las etenas, las astas y saetas se forjaron a su modo. Y los de Etiopía, afirma Estrabón que a imitación destas bestias los llevan por armas en la guerra, contándolos Platón por no las peores en la armería de su soldadesca. Los retóricos llaman argumento de cuernos al más¹⁵⁸ fuerte. Los de Tracia los tañen por trompetas en las batallas. Los capitanes más valerosos los llevaban por penachos en las celadas, y alguna vez toros

157.- Orig.: 'sonò'

158.- Orig.: 'mar'

enteros, para parecer horribles. Como Juliano, que lo pintó en sus monedas, por la mejor imagen de un buen rey quien lo fue tan malo, si no por causar terror en sus pueblos.

Más puedo decir en alabanza deste animal. Pues como las primeras tazas que inventó la sencillez humana se cortaron de sus cuernos, cuando en mayor majestad y grandeza, por representar memoria de su principio tuvieron el mejor lugar entre las fuentes de plata y oro, bebiendo solamente en ellas los héroes y varones ilustres. Costumbre que hoy dura en algunas naciones, beber solos los nobles en semejantes vasos. Los de Tracia y Egipto, para asentar algún concierto o paz perpetua se brindaban en ellos, y de los scitas dice Luciano que repartían entre los nuevos amigos, y comían, un buey. En los más famosos convites, donde pretendía el huésped dar muestras de voluntad y amor, se asaba un buey entero. Regalo que hizo Proserpina al que imaginaba ser Hércules, y ceremonias todas que acordaban el principio de la mayor nobleza y el depósito de la sencillez y verdadera amistad en los labradores. Siendo tal el precio desta significación, que se daba por premio de la mayor valentía.

Bien se ve esto en Eurípides, en quien se dieron a unos vencedores caballos, y a otros, por mucho mayor honra, bueyes. Estilo que nos cuenta de Ciro Jenofonte. Y en Roma Cayo Lelio, general de una armada, recibió treinta bueyes por premio de una victoria; y Publio Decio, ciento por otra, con uno muy hermoso en ellos que traía los cuernos dorados. Esto, y repartir a los vencedores las tierras de los vencidos por yugadas, ¿no es obligarlos a no desamparar por la guerra la labranza? Pues ¿quién da un buey, que no diga que le da para romper la tierra, si es verdadero nuestro refrán ¿dónde irá el buey, que no are? Y ¿quién da un buey, que no ofrezca con él colmo de bienes y prosperidades, si dice el Espíritu Santo que hay fertilidad y abundancia de mieses donde está la fortaleza del buey? Y la gentilidad pintó la copia y abundancia en un cuerno, diciendo Platón (y dél Virgilio) que tienen los sueños verdaderos y los dichosos de cuerno la puerta, y los falsos de marfil: tanto es símbolo de la prosperidad este animal, y tanto se la puede prometer el príncipe que honraré y favoreciere la labranza, para quien nos le dio el Cielo.

DISCURSO II

DEL modo que se debe toda merced y favor al labrador humilde, sustento y apoyo de la imperial grandeza, de cuyos beneficios saca aliento y vigor para su continuo trabajo, merece el soldado particular estimación entre la demás república, como aquel que a costa de propia sangre y vida conserva la de su rey, y a veces levanta a mayor majestad y alteza. Por lo que siempre en todos los reinos e imperios la suma alabanza se ha dado a los fuertes y repartido los premios mayores, porque en sola su virtud estriba la firmeza de la patria, la defensa de la república, la libertad de los ciudadanos, el amparo y último socorro en todas calamidades y peligros. Y verdad que la pasara de largo, por manifiesta, si no fuera tal la ambición de algunos abogados, así deseosos de honra que les pesa ver al soldado con pequeña parte. Sentencia, dicen, es del Tribunal supremo que es mejor el sabio que el varón fuerte, mejor la sabiduría que las armas, la ciudad de los fuertes escaló el sabio. Añadiendo a esto que usar las fuerzas corporales es de brutos, y las del ingenio de hombres, con el parecer de un abogado, aunque valiente.

Ríndanse a la paz las armas,
y a la elocuencia sus glorias.

Digna, y dignos los que la gobiernan, de mayor estimación y honra; y así, dijo en otra parte el mismo que no por las fuerzas o ligereza del cuerpo se acaban las grandes hazañas, sino por el consejo, la autoridad, la ciencia. Concluyendo con Aristóteles y Platón, que juzgan imposible darse alguno de fuerzas robustas y con ingenio capaz de sabiduría y prudencia; porque ésta (dice el Filósofo) consiste en frialdad; la fortaleza y valentía, en calor: contrarios que tarde se hermanarán en un sujeto. Son los sabios comúnmente melancólicos. La melancolía hace medrosos y cobardes. Fuerza es, luego, que para ser uno valiente y atrevido se quede necio, o que se ensaye a ser medroso si quiere ser sabio.

Aquí se reduce cuanto alegan contra el soldado los que tratan pleito entre las letras y armas. Injusta disensión, y digno de maldición el inventor, pues así la fulmina el Espíritu Santo contra quien la pone entre dos hermanos. Y cuáles más estrechos que aquéllos, a quien, por no conocer desigualdad, sacó el emperador Justiniano trocados los vestidos: con el acero las letras, y la toga las armas. Vil medro,¹⁵⁹ por cierto, el que se pretende por ajeno daño, y peligrosa honra la que estriba en faltas ajenas; y así, no es mucho que oigan los señores abogados lo que no debieran.

Columela dice que la felicidad del primer siglo conservó su falta, y perdió su sobra. Por lo que hubo emperador que los desterró de Roma, como tocó esta año pasado el presentado fray Luis de Urreta, mi primo hermano, de la Orden de Santo Domingo, en sus libros de la *Etiopía*: doctos cuanto cupo el sujeto, y él verdaderamente mucho más docto. Licinio los llamó pestilencia del mundo, y de los pueblos de Asia cuenta Hipócrates que no los admitieron. Plutarco llama las plazas, por su causa, región de impíos; como Anacarsis Scita, teatro de la avaricia y engaño. Y lo que más es: algunos de su oficio los llaman perros, leones y buitres, diciendo Alejandro que dejó la abogacía para salvarse. En quien dice Acursio que se aprende toda ruin maldad; porque nosotros (añade Plinio) en la plaza y entre pleitos, aunque no queramos, aprendemos muchas maldades.

Con esto, y mucho más que pudiera recoger de sus librerías, buen fin tuviera el pleito, pues por lo menos no estaba mal a los valientes el fallo de Cicerón: ¿Qué disputas si merece mayor dignidad la guerra que la gloria de tus Derechos? Tú velas de noche para responder a tus pleiteantes; aquél para llegar a punto con su ejército. Tú despiertas al canto del gallo; aquél de las trompetas. Tu recelas no se pierdan tus pleiteantes; aquél las ciudades y sus escuadrones. Aquél procura y sabe cómo ahuyentar al enemigo; tú la avenida de las aguas. Aquél está ocupado en ensanchar sus tierras; tú en regirlas.

Con todo, no me he de hacer juez de tan injusta causa, ni se ha de perder tan buena hermandad por mala diligencia. Necesarios y dignos son de toda honra los abogados, cuanto es grande la malicia de los pueblos, difícil la inteligencia de las leyes y varios los sucesos humanos. ¿Qué serán los derechos, sin Doctores que los declaren? ¿Qué no vencerá el engaño del caviloso, el poder del soberbio? ¿Qué no padecerá la sencillez del humilde, sin patrón que le defienda? Abogada llama la Iglesia a la Virgen nuestra madre; abogado a Cristo San Joan, y oficio de abogados hizo en defensa de la Madalena contra Marta, contra el Fariseo y los Discípulos, y en defensa de la adúltera contra los que querían apedrearla.

Santa, honrada, y noble es por extremo la ocupación. Nada la mancha la malicia de algunos sus profesores a quien ajustan aquellas infamias. ¿Condenaremos la Medicina, alabada del Espíritu Santo, por ignorancia de algunos médicos, o la Teología por los muchos herejes que la han cursado? Necesario es el yerro, precioso el oro, inmensas de uno y otro las comodidades; inmensos, con eso, los que ha muerto el uno y perdido la codicia del otro. Ovidio concluirá bien este pensamiento:

Nada es de tanto provecho
que hacernos daño no pueda;

159.- Orig.: 'medrò'

útil es el fuego, y queda
con él abrasado el techo.

La medicina ingeniosa
la salud quita y conserva,
y nos descubre una yerba
sana y otra venenosa.

La espada llevan ceñida
el pasajero y ladrón:
éste para la traición,
y aquél por guardar la vida.

La abogacía excelente
que por bien común se aprende,
tal vez al malo defiende,
tal aprieta al inocente.

Soldados y letrados son necesarios en las repúblicas. Y aunque parece de aquéllos agora mi obligación, no quiera Dios que yo descomponga un santo por otro: en ambos caben las honras y mercedes de los príncipes, sin que importe decir que las fuerzas del cuerpo son propias de brutos y las del ingenio de hombres, pues confieso lo que Plinio en su *Panegírico*, que no es de alabar la dureza del cuerpo y robusticidad del brazo, si no las sabe mandar y encaminar la prudencia del alma. Porque entonces, ora se ejerciten en los montes, ora en el mar, no puede no admirar ver un cuerpo alegre con el ejercicio y unos miembros que crecen gallardos con los trabajos. Su asiento tiene la verdadera fortaleza en el ánimo, como las demás virtudes. Y más excelsa, en alguna manera, que todas (dice San Ambrosio), o porque si las demás se ejercitan en lo dificultoso, la fortaleza en lo dificultosísimo, que es la muerte, o porque es el valentón (dígoles así) que a todas acompaña y sin cuyo calor diera pasos atrás la más animosa.

¿Qué juez guardará justicia, si la fortaleza no le disminuye los miedos del poderoso? ¿Qué liberal no encogerá la mano, si esta alentada virtud no le deshace las fantasmas de la pobreza? La castidad de la doncella, la lealtad de la casada, la obediencia del religioso, la paciencia del enfermo, el cuidado del padre, la humildad del hijo, han menester fortaleza para atropellar inconvenientes y llegar al puerto deseado; pero el soldado con mayor necesidad y rigor; que no aventura (como las demás virtudes) el rato de sosiego, el deleite del sentido, la parte de hacienda, sino lo principal de todo: la vida, caminando siempre contra la muerte.

Lo que no hace la fuerza de nervios y brazos, si bien ayuda y aprovecha; de modo que se ha levantado con la gloria de la verdadera fortaleza, con el nombre de las demás virtudes y con el premio mayor de todas. La virtud, dicen (palabras son de Lactancio) que levanta al cielo al hombre. No aquella de quien los filósofos dijeron que consistía en los bienes del ánimo, sino la corporal, la que llaman fortaleza, por quien fue Hércules creído que mereció la inmortalidad. Lo que en persona del mismo Hércules confiesa así Séneca:

¿Qué me mandas bajar con triste llanto
del cielo, en quien hermosas luces piso,
a sentir hado nuevo? En paz me deja,
pues la virtud y fortaleza mía
me subió a las estrellas, y camino
me abrió para los dioses.

La cual, aunque dijo Platón en una parte que era propia de brutos y se hallaba en pueriles ingenios, en otra dijo que con ella se alcanza la verdadera gloria. Debiéndose mayor a aquel en cuyo pecho se conoció mayor esfuerzo, por no haber cosa dice Tulio) que no viva y permanezca bajo las alas y calor de la fortaleza militar. La patria, los ciudadanos, los mismos reyes, ¿con qué otra cosa se conservan y guardan? Y así, no es mucho se alce con el nombre de las demás virtudes, como aquella de quien más se experimenta el provecho. No se desea en el soldado (dijo César) menos la modestia y continencia que la virtud y grandeza de animo. Entendiendo por virtud la fortaleza. Cosa muy usada en la lengua latina, en quien, si dice Cicerón que el nombre de virtud se deriva del nombre de varón, éste dice Lactancio que del nombre de fuerza, como en la griega del nombre de guerra. Y así, no es mucho, cuando oye decir el soldado que a la virtud se deben los premios y honras, los quiera para sí, pues el nombre es suyo.

Copioso sujeto trayo en las manos. En quien hallo tan difícil escoger alabanzas del soldado como pudiera flores en el jardín que a V. S. entretiene. Pero procuraré cortar, si bien pocas, las menos tocadas. Y sea una lo mucho que se han estimado y honrado las fuerzas del cuerpo, aunque más propias en el león y el oso, por ser fundamento y zanja de la verdadera fortaleza. Solas aquellas, sabida verdad es que no son de provecho; antes a veces la ley de la injusticia, según dijeron aquellos mozos en la Sabiduría. O como el fuego de la estopa (según Esaías), que a sí¹⁶⁰ mismo se consume y pierde. ¿A quién no espantó aquel gigante filisteo, un monte de acero y carne, desprecio de los demás hombres? Ningunas fuerzas pudieran compararse a las suyas, y se vio su soberbia bajo las plantas de un rapazuelo pastor, y su cabeza arrogante colgada de sus dedos. Fuerte y recio fue Roboán, pues decía ser más grueso, y doblado, su dedo que el hombro de su padre Salomón;¹⁶¹ pero cobarde en la guerra, y desperdiciador de un reino por mal aconsejado. Monstruo fue Milón: llevaba al hombro un buey largo trecho, de un puño le mataba, entero se le comía. Vio un árbol dividido en dos ramas; probó a desgajarle, y aunque empezó no pudo; con que, vueltas a juntar, le apretaron las manos y tuvieron colgado hasta que los lobos le comieron. Tales fuerzas

Su mismo peso las derriba y vence.

Y con todo esto, porque estriba en ellas la verdadera fortaleza se usurpan las glorias y tiemblan los mortales en su presencia. Sea ejemplo el mismo Milón, que alcanzó por ellas perpetuas estatuas de metal y mayores honras que cuantos sabios tuvo Grecia. Vio Demilo¹⁶² a Glauco su hijo poner de una puñada en el arado la reja, y, admirado llevole al teatro; donde, viendo el padre que le vencía con ardid y maña su contrario, diole voz y dijo: ¡Da el golpe que en el arado! Con que salió vencedor aquella y muchas veces, y granjeó para él y su padre riquezas y estimación. En aquellos juegos de quien dije algo el otro día, no el ingenio, no la prudencia, no las letras: sólo se examinaban y disputaban las fuerzas del cuerpo. Y mal pudiera explicar en largos ratos la grandeza de sus premios; porque el vulgo se admira del valor y experimenta en las victorias su provecho, a quien se encaminaba aquella ostentación loca. Y así, hallamos sabios que los arrebató esta vanidad y desearon nombre de fuertes. Diógenes asistió a los juegos y probó tal vez los brazos. Pitágoras se gozó, más que con sus escuelas, con el laurel destas vitorias. Cleo Hippias, célebre en ciencias, lo procuró ser en las puñadas y luchas. Apolonio, tenido por sabio, probó también las fuerzas. Esquilo, doctísimo poeta, mandó que el epitafio de su sepulcro lo llamase valiente. Y harto es que la pintura, la oración, la poesía, llamen valentía sus finezas.

160.- Orig.: 'assi'.

161.- Orig.: 'Solomon'.

162.- Orig.: 'de Mylo'.

A quien es agravio infamar, juzgando imposible hallarse juntos brazos robustos y sabio ingenio. Pues si bien conoceré verdadero a Platón, que los muy ingeniosos y agudos no quiere que puedan ser mansos y varoniles; por quien entiende los muy disputados, los a propósito para inventar metafísicas, de quien nos libre Dios con la espada o con la vara en la mano; y aun con los libros que, ligeros, hojean y revuelven. Son (dice el mismo) airados, impetuosos, despeñados; desgárranse muchas veces, y pierden, como navíos sin áncoras, y, puestos en la ocasión, antes son furiosos que fuertes. O si no, yo confieso que la vela encendida de la medianoche y los ojos atentos sobre el libro desfloren las mejillas y enflaquezcan los nervios con la demasiada sequedad y solución que causan, y que, así, no se haya de escoger para capitán el muy estudioso; pero que se contradigan el temperamento del cuerdo y del valeroso no lo concedo; antes es cierto que la buena mezcla de humores es madre de las buenas fuerzas y del buen discurso.

Es muy estrecho el lazo del cuerpo y alma, y aunque tan diverso el nacimiento, después de unidos hanse muy como hermanos, padeciendo el cuerpo las inquietudes del ánimo y obrando éste conforme a la disposición del compañero. Carneades, dice Gelio que se purgaba con eléboro siempre que aguardaba disputa contra Zenón, porque tenía el daño de los humores en el ingenio. Y Galeno dice que hay medicinas que hacen al hombre prudente, como otras casto, manso, misericordioso: tanto siguen las imaginaciones del alma las afliciones del cuerpo, y tanto salen semejantes a su temple las costumbres. ¿Qué discurso, pues, se aguarda de un mal acomplejado, de un flaco y débil? Por lo que todas las naciones (guiadas de la naturaleza, que hace rey en las abejas al más hermoso, y en los toros capitán al más fuerte) para la suma dignidad y veneración escogieron los de más hermoso talle, los más valientes, y robustos.

Abrieron hoyos para el alto muro,
y de almenas cercaron las ciudades;
los reyes, escogidos de los campos,
y en el mayor ganado parte cupo
a quien concedió el Cielo mayor cara:
tanto valió del rostro la hermosura.

Ésta fue costumbre (dice Diodoro) de los etíopes: hacer rey al más hermoso y que mejor pelea. De los indios, dice Estrabón que con tal extremo se admiran de la hermosura, que eligen por rey al que la tiene mayor; los gordios, al más grueso; los persas, al más alto, y nación hay que hace rey al que tiene la cabeza más larga. Siendo común en muchas naciones escoger al más fuerte: costumbre que llama Curcio de casi todas las gentes, dar a la grandeza y majestad del cuerpo suma veneración. No imaginando capaces de grandes hazañas los que no son de hermoso rostro y de estremada compostura y talle; porque aquéllos (dice Luciano) tiene el mundo por felicísimos y dignos de toda honra para con Dios y los hombres que merecieron el don de la hermosura. Persuadidos, sin duda, que acompaña la prudencia y valor del ánimo la gallardía del cuerpo; porque si bien vemos en Homero a Nireo y a Paris hermosos y afeminados, es la hermosura de ojos azules, cara aguileña y sienes ricas que afectan algunos de nuestros cortesanos más propia de mujeres que de hombres; no la varonil y bizarra que consiste en la proporción de los miembros robustos, y en el resplandor del cuerpo, entero y sano. Cuál la que el mismo Homero y Virgilio dan a Hércules, a Teseo, a Héctor, a Agamenón, a Ulises, a Eneas, a Patroclo y otros. Cuál la que Plutarco a Alejandro, de quien dice que era blanco y rojo: señal (según Galeno) de buen natural e ingenio, para todas ciencias; según Aristóteles, de activo y prompto, y según Polemón, de grave, modesto y magnánimo.

Ninguno diga que no caben en un sujeto prudencia y fuerzas, pues, sin muchos que callo de las Letras Santas (de quien hizo un ilustre catálogo San Pablo), vimos Aquiles, Filipos, Alejandros,

Yugurtas, Césares, Máximos, Marcelos, Scipiones, Cicerones, Marios, Pelayos, Ramiros, Gonzalos, Rodrigos y otros claros ejemplos de cordura y valor. Y sabios también vimos fuertes y valientes. Platón, de quien nos cuentan que hicieron panal de miel en su boca las abejas, por la suavidad de su elocuencia, por el milagro de su doctrina, uno fue de los más fuertes luchadores de Grecia, y muchas veces victorioso. Sócrates su maestro, no admiró menos con la destreza del brazo duro en las batallas que con la erudición del ingenio en las cátedras. Los Solones, los Licurgos, los Rómulos, los Numas, no solamente les inmortalizó el nombre la pluma que escribía leyes, sino la espada que las defendía.

Y si está la ciencia en quien no cabe la valentía, desde Moisés, antiguo legislador de los hebreos, a ningún mortal dieron los hombres tan santa reverencia que no la mereciese primero por fuerte. A Zoroastres los bactrianos, gente del Asia Scítica, y los Persas; a Minos los cretenses; a Carondas los tirios; a Zamosxis los scitas, a Trimegisto los egipcios, hincaron la rodilla, bajaron el cuello y rindieron a su prudencia al paso de sus proezas y hazañas. Quedando ordinariamente la declaración de las leyes en las manos del príncipe que las fundaba. Y ocupación tan superior, que si alguna vez se concedió por gran privilegio, fue escogido entre los sabios el hijo de valerosos y fuertes. A los Servios, a los Sulpicios, a los Scévolas, a los Salvios, a los Papinianos; sucesor uno de aquel mancebo que eternizó su nombre con quemarse el brazo, agüelo otro de un emperador de Roma, y tan valiente el último, que tuvo por gloria morir injustamente por sólo no ser defensor de una muerte

Nacen las leyes y toman bríos en manos valientes. Agraviadas y quejasas, si el príncipe que las fabrica poderoso o las ejecuta justo asienta a su lado otro que no resplandezca con propia o con heredada valentía. Así, pintó Virgilio a su Acestes Troyano en compañía de los más nobles para dar leyes. Moisés, la que recibió de Dios encomendó a los príncipes y señores del pueblo. Salomón hizo primero ministro de la justicia a un capitán general. De Antíoco, nos cuenta la historia de los Macabeos que hizo prefecto de su reino a Lisias, por descendiente de reyes valerosos. De Teseo escribe Plutarco que repartió el gobierno en solos hijos de valientes. Consejo que guardó Solón en sus leyes, consintiendo cuando mucho los ricos, fiadas al lustre de su prosperidad las esperanzas que alientan en el noble del valor de sus pasados. Lo que fue ley en los longobardos y flamencos: hacer capitanes a los fuertes, y a sus hijos, gobernadores. Suscribiendo a tan buen acuerdo Platón y Aristóteles, por ser (dicen) conforme a razón natural que manden los generosos a los humildes, y los nobles a los plebeyos. Y Rómulo tal instituyó su república, dejando a solos los patricios (esto es, los concedidos por la virtud y valor de sus padres) las honras del gobierno Y tal floreció por larga edad, hasta qué el tropel del pueblo se atrevió a las sillas de los cónsules y asentó en ella a Lucio Sexto; pero llorando siempre semejante desorden y reconocidas la ventajas del primer consejo.

Necesaria es en el consejero la doctrina; pero ésta igual, o no tan sobrada la diferencia, porque no esperará el príncipe mayor virtud de la más antigua y mejor fruto de la semilla noble. ¡Mil veces bendigo el día que entró en la Corte las cruces coloradas y verdes que tan hermosas relucen en las garnachas y lobas! ¡Qué generosidad de ánimo, qué valor, qué humanidad, qué entereza, qué desprecio de riquezas viles, qué apetito de dignas honras prometen aquellas nobles letras! Que en pechos humildes no sé si inclinan a veces a soberbias a enfados, a engaños, a cudicias. Diga lo que quisiere el enemigo de la nobleza, y disculpe su mal natural con alabanzas de la virtud; que en las mayores le daré o convencido o mentiroso, pues cuando más la quiere sola en sus honras, le quita la mayor. Y más la desanima y enflaquece cuanto más le niega el premio y estimación en sus descendientes: goce el hijo las glorias del padre virtuoso, y sepa éste que las atesora para largos siglos, pues, de otro modo, ¿quién acometerá osado la muerte, pensando que ha de cubrir la hazaña y la memoria un mismo polvo?

Amamos la inmortalidad, y si bien caduca en comparación de la del Cielo, fuerte es en ánimos mortales la gloria del nombre. Ésta se perpetúa en el ilustre sucesor, y su honra (aunque a alguno parece no merecida) trae de atrás el censo. Paga es de la virtud, después de la divina la mayor, y centella que en su amor abraza los ánimos. Pues ¿qué sentirá el docto o valiente que ve a su igual prefe-

rído, por hijo de consejero o capitán, sino aliento de acaudalar a sus hijos semejante empleo? Raras veces engaña en grandes puestos la confianza del noble, y pocas no castiga la prueba del mal nacido. Siendo aquel pedazo de paño en el pecho del consejero testimonio de la buena sangre y acuerdo de lo que debe a tan fuertes obligaciones. Y confusión de aquel (si es posible haber alguno) que resplandeciendo ufano con la cruz al pecho (espada quizá sangrienta, o premio por lo menos suyo) desprecia y desconsuela las heridas del soldado, que trae en precio de otras que pide para sus hijos.

Única gloria de la valentía, o ser tuyas o ahijársele las mayores. ¿Quién duda que la sabiduría merezca todas alabanzas? Mal hiciera yo si la pusiera en verdad tan cierta, y mal si me detuviera en contarlas, siendo tan anchos los libros que ocupan. Para veinte y cuatro viejos dice San Juan que vio las mejores sillas del Cielo. Y Prudencio lee: para veinte y cuatro sabios; y con razón, pues si los premios se han de medir por los beneficios de la república, ¿de quién los recibe iguales (dice Plutarco) como de aquellos por quien todos son buenos? Defiende cuando mucho el soldado la hacienda y vida, y la prudencia añade el lustre de las demás virtudes. Sin quien ¿qué fuera la prosperidad sino incentivo de maldades? ¿Qué la fuerza, sino crueldad de brutos? Bien, pues, dice San Gregorio que es arte de las armas, y Santo Tomás, la más honrada y superior de todas, y madre de la verdadera nobleza y honra de las leyes. Pues la suma de las humanas.

Rey saludan concordes, y apellidan
a quien la suma honra dar desean.

Quando los siglos eran de oro, dice Séneca que solos la merecían los sabios. Y ésta, dice Curcio que admiró los hombres y los postró en su presencia; y, con todo, resplandece con las glorias de la valentía. A Pitágoras, cuenta Eliano que pusieron los pueblos, por el más sabio de su edad, una corona de oro. Lo mismo que sucedió con Licurgo, Demóstenes y Zenón en Grecia. Con coronas de oliva afirman también Heródoto y Filóstrato que se honraban los sabios: la que se dio a Temístocles, a Epiménides¹⁶³ y a Palamedes por testimonio de su sabiduría. Pero ¿quién ignora que unas y otras nacieron entre el polvo y sudor de las armas, prestadas de allí a las letras? A los soldados solamente mandó Ciro que se dieran coronas de oro, y de Aristides y Livio consta que las primeras se llamaron murales, porque con almenas y forma de muro, debida al soldado que las entraba primero. Nacidas para premio de la virtud y fortaleza, y testimonio después de la humana locura, pues hubo coronas (dice Ateneo) desde dos hasta diez y seis codos altas. A Tolomeo cuenta el mismo que ofrecieron veinte coronas sus vasallos, y a Berenice veinte y tres, cada una en un carro de oro, señal de su grandeza. Alejandro hizo una de tres mil ducados de peso. ¿Qué majestad tan pesada! El entierro de Sila honraron más de dos mil coronas de oro, dones de sus amigos, y el triunfo de Pompeyo treinta y tres, hechas de margaritas.

La oliva, que no fuera mucho reservarse a los ministros de la paz, pues así la llamó Silio Itálico:

Por prendas de la paz la oliva llevan,

con todo, no la consentirá el soldado en las sienas sabias si no la reconoce suya. Porque él se llama padre y autor de la paz; que es la suma gloria de las armas dar tan noble futo. Engrandezca el consejero, en competencia del capitán, los bienes del reposo.

Lo mejor que en el mundo conocemos;
que al hombre ha dado Dios la paz hermosa,
más de estimar que los mayores triunfos.

163.- Orig.: 'Alpimenides'

Con la que no sólo a quien dio la naturaleza sentido: los templos, los campos, parece que se alegran; que en recogiendo esas y cuantas alabanzas pudiere, se las quitará de la mano el soldado, y dirá (con Epaminondas) que la paz no se puede alcanzar sin brazos valerosos que la defiendan. Lo que repitió Tulio, si bien con su acostumbrada elocuencia: Si queremos gozar de la paz, la guerra la ha de defender. Si dejáremos la guerra nunca gozaremos de la paz. Juéganse en la plaza cañas, divertidos los ojos del pueblo. Recuéstase aquél en la verde grama a sombra de frescos álamos, salpicado con el granizo que salta de las fuentes. De donde escucha aquel que canta la letrilla y mira la otra que embelesa las almas. Entra la noche, y aquél descansa seguro en brazos de la nueva esposa, y aquélla abriga en los suyos al tierno niño porque entretanto sacude el soldado el sueño y vela su posta.

Milagrosa paz gozó Salomón en la mayor monarquía que jamás se vio junta, pero adquirida con las muchas e infinitas armas de David su padre, y en la mayor seguridad y quietud amparada con ejércitos de valerosos soldados. Tanto que (como cuenta la Escritura) nunca quiso que sus vasallos se ejercitasen en otra cosa que en la guerra. Formado un batallón de infantes y caballos tan grande, que sólo Maeses de Campo tenía docientos y cincuenta, y la multitud de soldados, que muchas veces al año hacían alarde y muestra, el docto Obispo de Ávila la llama infinita. Y no para sólo adorno, como aconseja al príncipe Séneca: que viva tan bien quisto que no tenga más necesidad de las armas que para ornamento y hermosura, sino como aconseja Isócrates: sea en buen hora el rey pacífico, pero siempre belicoso con la disciplina de la ciencia militar y todo aparato de guerra. De quien solamente se asegura y fortalece la paz, por ser solas sus leyes (dice Tulio) las que importan y aprovechan para conservar la república.

O si no, qué piensa quien alaba la paz y aborrece los peligros que la engendran? ¿Qué concierto y reposo habrá en casa, si no anda fuera armada la defensa? Consíentase, pues, al sabio el cerco de oliva; pero que le reconozca deuda al soldado. Invención de Hércules para coronar los vencedores de los juegos Olímpicos y de cuyos ramos se coronó el primero; y de allí (dice Plinio) se llama sagrada y reverenciamos religiosamente, coronando con ella Atenas a los soldados victoriosos. Y Roma cuando se vio señora del mundo se coronó de oliva; pero sobre una celada, y vestida de todas armas.

Agora con razón puedo llamarme
del mundo la cabeza, que en la mía
sacudo la celada, y plumas rojas
coronadas de oliva.

No asienta bien de otro modo, ni merece tan noble cerco el sabio que no agradece a los peligros del soldado su sosiego. Imposible olvido, viéndose, cuando más glorioso, a los pies las espuelas doradas, la espada en la cinta, la cruz al pecho, los yelmos y plumajes en los reposteros, en las puertas, en los sepulcros, y los mayores blasones (que quizá le desvanecen) con nombre de armas. Y todo glorias de los fuertes; que como si los merecieran solos, se alzan con los testimonios de nobleza y honra.

Fueron al principio estatuas las mayores hidalguías, tesoro de los nobles, de quien colgaban, o pintaban en su cerco, las hazañas y proezas. La gente Flavia (dice Suetonio) no es noble, pues no tiene imágenes y estatuas de sus mayores. Y el profeta Ezequiel amenaza que las estatuas de los nobles han de dar por tierra.

Sirve aquel a la fama que se asombra
de ver los grandes títulos y estatuas.

Dice Horacio. Porque como agora en lienzos recibían de sus hijos en ceras, en piedras, en bronces, imágenes los padres valientes, o para premio de su valor o para despertador de su memoria o para imitación de su virtud, o, lo más común, para empleo de la vanidad, más hinchado aquel que más ocupado tenía el zaguán de estatuas soberbias. Pero, al fin, cuando a algunos desvaneciese esta locura, cerrábanla con las puertas de casa. Libre de enfados el que no las buscaba por sus pies, y no tan licenciosa que no tuviese severos jueces a los magistrados. El mal es que, o para sacar sus trofeos cada cual a la calle, o para ser conocidos en las guerras los que con el yelmo cubrían el rostro, pintaron insignias y divisas en escudos, en banderas, en espadas. Ulises pintó en su escudo un delfín; Agamenón, un león, y de Hércules dice Virgilio:

En el escudo lleva cien culebras
y una hidra ceñida de serpientes:
insignias de sus padres.

Y de Teseo cuenta Ovidio que él conoció a Egeo¹⁶⁴ su padre, por las armas de su linaje esculpidas en el cabo de un cuchillo. Nombre que desde su principio tuvieron las insignias y blasones; o porque se merecían por hazañas hechas con las armas, o porque se pintaban en ellas, pues sabemos que en los romanos llevar blanco el escudo era no haber dado muestras del valor ni noble sujeto al pincel. Y en las Sagradas Letras tenemos la torre de David adornada de escudos de valerosos, porque pintadas en ellos sus armas.

Las naciones, del mismo modo han procurado diferenciarse y dar muestras de su valentía con insignias particulares. Los romanos pintaron, o llevaron por estandartes, manojos de trigo, hasta que, engreído el pensamiento con la felicidad, pusieron una águila porque oyeron decir que la llevó Júpiter contra los Titanes. Los valerosos persas llevaban un Sol; los atenienses, una lechuza; los tebanos una esfinge; los cimbro, un toro; los egipcios, un cocodrilo, y cada soldado en la piedra de una sortija un escarabajo; otros, un perro; otros, un gallo; otros, un lobo. Los hebreos, una culebra, por figura de la Cruz santa que sacara por insignia el mayor Capitán en el día de la mayor victoria, como armas con quien derribó príncipes y potestades y rindió el más fiero dragón; que no es contra razón guardar testimonios de las hazañas, pues hasta la naturaleza parece que dividió unos linajes de otros dándoles particulares armas y señales. De unos¹⁶⁵ cuenta Higino llamados Dragonteos, que nacían señalados; Plutarco, lo mismo de Teseo y sus hijos. De Seleuco cuenta Justino que nació él y sus descendientes con un áncora en las espaldas; y Heliodoro de Heraclea que fue conocida por un señal negro que tenía en el brazo, propio de sus pasados.

Bien es que diferencien los blasones a quien diferenció la virtud, y que herede de gloriosas armas a sus descendientes quien las tiñó valerosamente de enemiga sangre; pero que haya libre licencia de usurpar estas glorias, resplandeciendo con iguales escudos todas las puertas, confusión es de la nobleza, afrenta del valor, ruina del bien común y daño que clama por el remedio. Bien fuera que como se examina la cruz del pecho se examinara el repostero y sepulcro (que no presume a veces menor grandeza), para que se gozara con el premio la valentía y se encendieran los ánimos a merecerlo.

Divino lustre toman las armas y las cruces en los consejeros sabios; no sólo porque hoy se escogen hijos de nobles y valientes, sino por lo mucho que se gozan las letras con las galas de las armas, como defensoras que también son de las repúblicas. A la diosa Pallas llamaron los antiguos Belona y Minerva, pintándola tal vez cubierta de acero, tal de seda. A Hércules y a las Musas, diosas de las ciencias, se fabricó un mismo altar, se sacrificó una misma ofrenda, y Tácito dice

164.- Orig.: 'Aegeo.'

165.- Orig.: 'vno.'

que en honra de los elocuentes y sabios se colgaban en los templos escudos, por que no imagine el soldado que a él solo se debe nuestra defensa, ni se olvide el consejero de honrar al soldado con cuyos blasones se ufana y ennoblece.

DISCURSO III

COMUNICAN con razón en las glorias los fuertes y sabios; pero no sé si por suerte o porque es admirable virtud en los ojos del vulgo, la fortaleza se alza con las mayores. Hallaremos ciudades y naciones famosas con los ingenios que criaron, como Mileto de Jonia, ciudad en el Asia, con Tales astrólogo, Anagímenes filósofo, Aesquines orador, Anagimandro matemático, que dio al mundo la ingeniosa invención de los relojes. Teo, ciudad en la misma provincia, con Anagímenes y Anacreón, poetas (desengaño éste el mayor de nuestra fragilidad, pues el granillo de una pasa le quitó la vida), y con Safo, mujer doctísima; que no es incapaz el sexo de letras: y quizá escusáramos muchas malicias de sus entendimientos ocupadas en buenas ciencias. Carteya con Simónides poeta¹⁶⁶ y Erasítrato médico; Cirenes con Arístipo filósofo y Areta hija suya, que con igual honra le sucedió en la profesión y en la cátedra. Pero muchas más, y con mayores testimonios, han celebrado la memoria de sus hijos fuertes levantándoles colunas y estatuas. En tanto número, que sólo en Roma (dice Alejandro) parecía igual al de los vivos el pueblo de los hombres de piedra.

Y porque éste parecía corto agradecimiento, fue antiquísima costumbre (dice Plinio) pagar los beneficios de su valor con honras divinas: origen y principio a la vana deidad de Saturno, de Júpiter, de Marte y otros infinitos que dejaron con sus hazañas en los ánimos de los hombres tan peregrino censo. Siendo de considerar que llamaban dioses comunes y generales (como aquellos que en toda parte debían ser reconocidos) a Marte, a Hércules, a Belona y a Victoria, por que ninguno de los mortales presumiese que no necesitaba del socorro y favor de los dioses fuertes. Y aquellos de quien también reverenciaban el ingenio y sabiduría, como Apolo, Mercurio y Minerva, no creían contarse en los dioses si, pintados con armas, no daban ostentación de valientes. Hasta Venus, nacida de un pedazo de espuma y diosa de torpezas, la fingieron con bríos para sufrir el acero, prometiéndose tanto del valor de los fuertes, que, muertos, encomendaban las ciudades a su defensa, y los llamaban dioses de la patria, dioses propios.

¡Guardad mi casa, dioses de la patria!

dice Virgilio. Apolo era propio dios de de los atenienses; Hércules, de los tebanos; de la isla de Lemnos, Vulcano; de Naxo, isla en el mismo puesto (en quien dice Plinio que paren a ocho meses las mujeres), el dios Baco, o porque su fundador o porque nacido al mismo mes o porque en ella cuentan que hay una fuente de vino. De Tenaro (en quien se creyó que estaba la puerta del Infierno), Neptuno; de los alabandeses, alabando los terpienses y parianos Cupido, y los romanos Marte, cuyos ídolos vanos en ningún tiempo descubrían ni miraban sino en los últimos peligros de las batallas, cuando, desesperadas todas fuerzas humanas, sólo quedaba confianza de las divinas. Tal fue la ceguedad del hombre antes que el Sol de justicia, Cristo, nos alumbrase las almas, y tal la admiración del valor, que no pareció posible menos que en hombres dioses.

Cuya honra tal vez participó la sabiduría, tenidos por dioses Apolo, Minerva, Ceres, Mercurio, Esculapio; y de Platón quiere Alejandro que en vida alcanzase tal grandeza, como de Eutimio

166.- Orig.: 'Poetas'

Plinio. Más venturosos que Empédocles, tan ambicioso pretendiente de ser dios que se arrojó en el volcán del Etna para que se¹⁶⁷ admirase su falta, y lo que le negó vivo su poca dicha le negociase, muerto, tan mala diligencia.

La gloria de los triunfos, invención sin duda de Rómulo, y (no sé si mayor que el pasado devaneo) se reservó para los valientes. Era (dice Valerio) el colmo de la felicidad, el mayor bien de la vida, con quien nunca se honraron sino los capitanes vencedores. Y así, fue parecer de Scipión que no se había inventado cosa más grande ni gloriosa que los triunfos; porque si bien parece suma honra la adoración, ¿quién era tan sin sentido que no la conocía vanidad, y dádiva la más loca poner en el cielo y atribuir divinidad quien quedaba en la tierra lleno de miserias? Como advirtió Agesilao, que, levantándole por dios los tasio, les dijo que cómo, si tenían potestad de hacer dioses, no se hacían ellos a sí primero dichosos y santos. Locura que la descubre bien la ceremonia, pues con poner¹⁶⁸ la estatua del nuevo dios en un montón de leña sobre quien tenían una águila, al encender aquella volaba ésta, y con gritos y alaridos decían ser el alma del que subía a asentarse entre los demás dioses: graciosa deidad, honra de risa, y, como tal, concedida a emperadores viciosos y malos.

Los triunfos se creyeron verdadera gloria y premio del valor, pues los precedían rigurosas leyes y exámenes, no siendo admitido el que con oficio de General no hubiese muerto más de cinco mil enemigos, y alcanzando tan ilustre victoria que no se temiese nueva guerra de aquella provincia. Los jueces eran todo el gobierno y nobleza de la república; consistorio, el templo de Belona, y sus honras tan maravillosas, que he de acordar algunas, aunque de priesa.

Salían de la ciudad, para volver en compañía del vencedor, los Senadores, Cónsules y caballeros, y a veces las imágenes de los dioses. Y los primeros entraban, en grandes y hermosos carros formados, los castillos, las ciudades, los montes, los ríos, las regiones conquistadas. En un triunfo metió Scipión figuras de ciento y treinta y cuatro pueblos, y César en otro a Marsella, al Nilo, al Rin, al Ródano, hechos de oro, y al Ado de marfil. Entraban luego, en anchos lienzos pintadas, las conquistas, el ejército huido, los contrarios muertos, los castillos derribados las ciudades saqueadas, las torres encendidas, y en hermosos rótulos declarados los nombres y el suceso. Continuaban tanta gloria los despojos y armas cautivas, los arneses, los escudos, los carros, las máquinas de guerra, las proas de las naves, (y a veces ellas mismas, pues sabemos de Lúculo que metió en uno más de ciento y diez naves pequeñas), las banderas arrastrando, los carros fuertes, y, en fin, cuanto sujetó la fuerza y valentía.

Entraban con esto las riquezas de oro y plata, coches, literas, sillas, vasos, fuentes, joyas. En el de Marco Fulvio se vieron sobre docientas y ocho sillas de manos de oro; en el de Scipión Africano, cuatrocientas mil libras de plata labrada y docientas mil de vasos y piezas de oro.

Seguíanse las novedades de animales y aves que descubrió la conquista. Vespesiano César entró el bálsamo de la toma de Judea; Pompeyo, el ébano; Aureliano César, tigres, alces, camelopardales¹⁶⁹ y veinte elefantes; Lucio Cecilio Metelo, ciento y veinte; Scipión el de Asia, más de mil y docientos dientes de marfil. Parecían luego, en manos de mancebos gallardos, las coronas de oro que al General ofrecieron los reyes y pueblos confederados, y tal vez se vieron en un triunfo dos mil y ochocientas y veinte y dos coronas, que pesaban veinte y cinco mil y cuatrocientas y catorce libras.

Sonaban luego las trompetas en gran número y en soberbia voz, tocando como en la batalla y pelea, y con ellos se descubría larga procesión de blancos bueyes y hermosos toros llenos de bandadas y de flores, y a veces dorados los cuernos, que habían de ser sacrificados, y entre ellos muchos mancebos con los instrumentos del sacrificio.

167.- Suplo 'se'.

168.- Orig.: 'componer'.

169.- Jirafas.

Con esto empezaban a salir los Maeses de Campo, los sargentos mayores y los soldados más particulares coronados de laurel, y todos con los premios y dones que les repartió, conforme a sus hazañas, el General en la victoria. Y tras éstos los reyes y cautivos más insignes en carros, y los demás a pie y con cadenas. En que fue famoso Pompeyo, que llevó en un triunfo trecientos y treinta y cuatro reyes y hijos suyos. Y si acaso alguno éstos moría antes, salía su estatua y figura, como se vio en el de Augusto la de Cleopatria matándose a sí¹⁷⁰ misma.

Aquí parecía una carroza de oro con un trono levantado, y en él sentado el Emperador triunfante, vestido de púrpura y coronado de laurel. El carro tiraban ordinariamente cuatro caballos; que porque fueron blancos en el de Camilo se le atribuyo a soberbia. Pero después se atrevió Pompeyo a que le tirasen elefantes; Heliogábalo, tigres y perros; Aureliano, ciervos, y Nerón, por monstruo en todo, yeguas hermafroditas. Sobre los caballos uncidos iban muchachos nobles o doncellas pequeñas; a las riendas, los parientes cercanos, vestidos de blanco, y al lado del vencedor los secretarios y veedores del ejército que habían acompañado y ayudado a la victoria; que también tienen parte las plumas en triunfos de armas.

Iba luego un gran coro tañendo y cantando himnos y canciones al Emperador, y con ellos un sátiro, o ganasa, haciendo gestos y diciendo gracias de risa. De las ventanas y terrados, que no cabían la gente, llovían flores y licores preciosos. Las calles, que con dificultad concedían paso, se llenaban de costosos humos, se regaban de sangre de animales que sacrificaban los aficionados.

El carro seguían alegres los cautivos que libertó la hazaña, en que fue famoso el triunfo de Tito Flaminio, que acompañaron dos mil cautivos romanos. Y tras éstos el ejército victorioso, con las mejores galas y con las armas más lucidas, unos cantando la gala al General y algunos satirizándole; que todo lo llevaba la fiesta, como se vio en César, que oyó en el mayor de sus triunfos la mayor afrenta de su niñez. Tal era, al fin, la pompa, tal la grandeza, que, confesando su cortedad, los días pedían horas prestadas a las noches, y triunfos hubo que duró la entrada tres y cuatro días continuos.

Entretanto, era tan general la alegría como el provecho, oyéndose, así, por todas las calles alegres músicas y voces, como si por todas pasara el triunfo; y acabado el sacrificio de los toros en el Capitolio (fin religioso de tanta gloria) hacía el Emperador convites públicos con increíble magnificencia, pues vimos de César que puso en un día, en veinte y dos mil aposentos, otras tantas mesas, con tan exquisitos manjares, que cada una abonara¹⁷¹ su grandeza: ostentación bizarra y vana, por cierto, si no pretendía añadir glorias a la valentía y descubrir las ganancias del vencimiento, pues con este fin la hacían también de las riquezas conquistadas. Augusto metió en Roma los tesoros de los Tolomeos, y tanta cantidad de oro que se dobló el precio de las heredades. Lúculo trajo, entre muchas riquezas, una grande estatua de Mitrídates, de oro, con¹⁷² un escudo de piedras preciosísimas. Pompeyo, una Luna que pesaba treinta libras, tres camas, tres imágenes de Minerva, de Marte y Apolo, de oro y piedras; treinta y tres coronas de margaritas, un monte con ciervos, leones y varios árboles y frutas, cercado todo de una vid y todo de oro, un Museo, y una imagen suya de margaritas. Y triunfo hubo que libertó por algunos años de tributos el pueblo: felicidad de Roma gozar los frutos de su esfuerzo, y desdicha de España que resplandezca en ajenas provincias el oro que trafaga su sangre y sudor.

Tanta majestad gozó la valentía en república que no conoció mayores premios; y aunque vanos (como dice san Agustín), pues no tenían la firmeza que nuestra religión promete, verdadero motivo del valor (como discurre San Pablo a los Hebreos). El mismo santo Doctor confiesa que a sus pechos se criaron maravillosas hazañas. Y ¿qué mucho se dejase llevar el humano apetito de tan hermosos colores, de glorias tan crecidas? Procurada más, por esta razón, la fortaleza que

170.- Orig.: 'assi'

171.- Orig.: 'abonará'

172.- Suplo 'con'

la sabiduría, y atesorada más del noble heredero su memoria, pues ¿cuál guardó libros, papeles, informaciones, y cuál no picas, espadas, yelmos, banderas, deseado de aquellos trofeos, breve el olvido, y éstos perpetuo el acuerdo y estendidos los nombres de los fuertes a largos siglos?

Por un César y un Augusto valerosos dio por la mayor honra a sus emperadores Roma nombre de Césares Augustos: suerte merecida de Antonino que algunos conservasen su nombre, y ambición intentada de Ataulfo, rey godo: dos veces loca, pues no sólo quiso perpetuar su nombre, sino borrar el de los Césares, tan ilustre. Silvio, nieto de Eneas, dio por valeroso nombre a los reyes albanos, y Murano a los latinos. Un scita valiente llamado Arsaces dejó apellido a muchos reyes. Entre los indios, una edad se llamaron Palibrotos; otra, Sádrocotos, otra Taxiles, como miraban de más cerca sus hazañas. Los Tolomeos, los Faraones, los Tigranes y otros semejantes renombres, al valor y esfuerzo deben su principio. Sucediendo lo mismo en muchos linajes que procuraron esculpir, más que en bronce en nombres, las hazañas insignes. De tres Metelos valientes que tuvo Roma, uno se llamó Numídico; otro, Macedónico, otro Crético; pero vencedores de Numidia, de Macedonia y Creta. Un Scipión conquistó a Cartago, en África; el Asia, otro, y se llamaron Asiático y Africano, de que se pudieran acordar infinitos ejemplos.

Estimamos mucho los hechos fuertes; no por más difíciles o provechosos que los del ingenio: por más cercanos, quizá, al sentido (ley por quien comúnmente juzgan los pueblos), y (¿por qué no?) por más poderosos a derribar y levantar monarquías. Porque si bien (en opinión de Polibio) igualmente son necesarias para conservar las repúblicas fortaleza con los enemigos, y en casa paz y concordia, ¿quién duda que en la virtud militar estriba la firmeza de la patria, la defensa del bien común, la seguridad de los ciudadanos y el último socorro en las calamidades y peligros? Afirmando. Cayo César que dos cosas levantan los principados, los guardan, y los aumentan: el soldado y el dinero; que quiso decir: el soldado bien pagado. Imaginación de Severo, cuando decía que dos cosas bastan a la seguridad de cualquiera príncipe: enriquecer los soldados y llevar los demás bajo los pies. Erró en la última por lo que pensó acertar en la primera, como verdad tan maciza que no sé yo qué paz se atreva a olvidarla, pues despertará burlado a quien (con el consejo de Séneca) no le guarden las armas y brazos fuertes el sueño cuando duerma; no lo cerquen y defiendan, cuando camine, el lado.

Con todo, no me atrevo a dar sentencia en el pleito. En una visión se cuenta que dijo Rómulo que sería el pueblo romano perpetuo si igualmente se premiasen prudentes y valientes, siendo maldición de Dios que privará del reino a quien por premiar al flojo y remiso que no lo merece olvida al fuerte y valeroso que le tiene defendido. Y consejo es de Boecio que nada es tan injusto ni dañoso como repartir las honras a los ignorantes, con desprecio de los sabios y prudentes. La razón, pues, es que salgan gloriosas de mano del príncipe la prudencia y valentía. Y si encontrare con la verdad de Propercio:

No todos igualmente
son en todas las cosas a propósito.

Habiendo muchos que desde la seguridad de su mesa y cama saben navegar un océano y conquistar un nuevo mundo; pero en la ocasión, donde el acertar es un punto, por que los delitos no reciban emienda, y nunca se da lugar para errar dos veces, ¿cuán pocos no se embarazan en los discursos lógicos que hacen en su aposento! Muchos, en fin, saben dar consejo (dice Tácito), y pocos atreverse a los peligros. Y muchos también hay de nervios duros y huesos fuertes, que llegados (como dijo Cicerón) a la batalla, vengán tan robustamente a brazos con el enemigo como pudiera un oso, y que sin dudar o dificultar el peligro rompan por todo general y arrebatadamente.

El Filósofo dijo que en los cargos militares más cuenta se ha de tener con la sabiduría que con la fuerza; y Tácito, que toda falta se puede disimular en un capitán, sino de la fortaleza. Yo digo que si el príncipe hallare capitán como pinta Homero al suyo:

Prudente gobernador
y valeroso soldado,

en quien esté la ligereza, el atrevimiento, el valor (no sin razón y orden, como dice Polibio; que es vanidad y locura, al enemigo tan provechosa como perniciosa al amigo, sino acompañada de prudencia, con quien dice S. Ambrosio que es la más excelsa de las virtudes), abra para éste las manos, derrame glorias. Y generalmente siga el parecer de Alejandro Severo: que para los negocios de gobierno llame los prudentes y doctos, y para los de guerra a los fuertes y experimentados, pues vemos que muchas veces se asegura la potencia y majestad con los consejos cuerdos, según Tácito, y vemos también que Roma creció con el valor y el atrevimiento, según Livio. Y así, serán los premios y honras de sabios y valientes. Mejorados aquellos que más continuos llevare el príncipe a su lado: único principio de la nobleza, y honra y Sol que reverbera con mayor resplandor y luz en lo más cerca. Causa por esto la guerra de ver medrados los brazos fuertes, y la paz los ingenios cuerdos y leales.

DISCURSO III

SIENDO sobre todos las honras y mercedes del que el príncipe escogiere por único consejero y amigo. Punto con quien pienso acabar el día y divertir a V. S. este rato, siquiera por lo que veo pervertidos en él algunos entendimientos.

Repetida verdad es la del romano Historiador: que ningún príncipe puede tener tanta sabiduría que baste por sí solo a las obligaciones de su cargo, porque ¿cuál alma se hallará capaz de máquina tan inmensa? Que es lo que Salomón aconseja a su heredero, aunque por otro camino: que no sea sabio en sus ojos; que no presuma suficiencia para acertar por sí en tantas ocupaciones. De donde prosigue y advierte que cuanto más sabio procure más el consejo de otros, pues (como dijo San Bernardo) insensato es, y ajeno de todo discurso, el que piensa que no le falta nada. Imaginación con que Sócrates llamó cosa sagrada, al aconsejarse, y Aristóteles cosa divinísima; y Salustio, en confirmación de ambos, dice: Verdaderamente, lo que yo he visto y experimentado es que en tanto las ciudades, los reinos, las naciones, han gozado imperio próspero cuanto han florecido en ellos los fieles consejos. En que no puede ajustar a nuestra España la queja de Dionisio, cuando lloraba que los príncipes antiguos se aconsejaban con los más nobles y sabios, y en su edad se regían por sólo su parecer los reyes, pues gozamos uno que sabe, prudentísimo, repartir el peso inmenso de su corona en hombros de tan admirables consejeros, como quien conoce la sentencia de Tulio dicha a este intento: que todo modo y estado de vida tiene necesidad de ayuda de otros hombres.

Hasta aquí no teme calumnia tan manifiesta verdad; pero añade el mismo Orador: y todo hombre tiene necesidad de algún familiar y amigo con quien comunicar sus pensamientos. Aquí es donde los muy metafísicos quieren que los reyes no puedan tener amigos; porque si (con la doctrina de Platón y Aristóteles) la amistad se engendra entre iguales, mal lo serán sus inferiores. Introducido así este parecer que será reído de mal cortesano el que a ninguno llamare amigo del rey sino con el nombre que ellos han querido inventar: privado. ¡Oh desdichados reyes! Pues siendo la amistad el mayor de los bienes del mundo, la cosa más deleitosa y agradable, y más necesaria que el agua y el fuego, por la pesadumbre del mandar se enajenan de tanto bien. Es ignorancia y engaño;

que, a no serlo, ¿qué rey hubiera tan loco que no arrojara a tierra la corona de diamantes antes que vivir sin amigos, pues dice el Espíritu Santo que no hay en el mundo oro ni plata que en su comparación merezca estima? Y ¿quién será aquel (dije Tulio), dioses inmortales, que ni guste de amar ni ser amado, aunque más le parezca que vive cercado de bienes y en la suma abundancia de todas las cosas? Esta vida es de tiranos, en quien no hay fe, no hay amor, no hay confianza, no hay amistad.

Y porque deseo desterrar de una vez esta mala lisonja, ¿qué causas (pregunto yo) suelen trabar la amistad de los hombres? Juntas las encontré en Persio, y maravillosamente juntas. Habla con un su amigo, o maestro, y dice:

Con cien lenguas quisiera, y con cien voces,
 declarar el amor con que te tengo,
 fijo del corazón, en lo más íntimo.

Digan, pues, mis palabras, y descubran
 lo que en las telas de mi alma escondo.

Luego que en mis principios temeroso,
 la púrpura dejé, y llevé a los dioses
 la ropa que vistió mis tiernos años.

Ya que, cercado de livianos pajes,
 licencia me ofreció la blanca toga
 para poder mirar la hermosa cara.

Al punto que el camino está dudoso
 y se repara en escoger la senda,
 a ti me sujeté: tú recibiste
 mis años nuevos en su seno sabio.

De tu doctrina me industrió la regla:
 conocí tus razones, y tu dedo
 figuró la virtud en mi apetito.

¡Cuántos días me acuerdo que pasamos
 en dulce compañía! ¡Cuántas noches
 dulcemente cenamos a una mesa!

En ambos (no lo dudes) una estrella
 concertó nuestra vida en pacto firme.

Nuestros tiempos colgó en igual balanza
 de Libra el peso. Géminis concorde,
 señaló a nuestro amor hora dichosa.

A una misma sazón, el manso Júpiter
 de Saturno quebró el aspecto grave.

No sé qué estrella; pero sé que alguna
 pudo trabar nuestra amistad eterna.

El primer fundamento de la amistad, llama¹⁷³ doctrina de los maestros de esta escuela de amar; porque si bien son tantas las razones de amor como las del bien, única ocupación de acción tan ilustre, no merecen todas la gloria de la amistad. Amamos el provecho y el deleite; pero ¡qué impropriamente se puede uno llamar amigo de su deleite o provecho! Sola a la virtud y a la bondad se reserva esta dicha, y así, los que juntare su brazo gozarán del nombre y frutos de la amistad. Claro es (dice el Filósofo) que los que por el provecho se aman, no se aman, pues no ama cada uno

173.- Orig.: 'llana'

sino su provecho. Cosa de risa fue (dice Santo Tomás) llamar a uno amigo de su caballo porque le regala y muestra amor, pues es su propio aprovechamiento el que ama. Lo mismo que pasa en el deleite, pues el que ama al músico y al gracioso, su gusto y entretenimiento ama. Engaño de la mocedad y hermosura, que escucha y cree tantos encarecimientos de amor, y falsos todos, pues no procura el amante sino deleitarse en sus verdes años.

De aquí (concluyen los mismos filósofos) se ve tan presto el fin de estas falsas amistades, porque le tiene tan cierto la ocasión. Perdióse la riqueza, marchitose la hermosura: murió el amor, que se alimentaba de su vanidad. No llame, pues, nadie amistad (dice San Jerónimo) la que junta el provecho de la hacienda, la alegría del rostro, la dulzura de la lisonja, sino sola la que traba el temor de Dios y la virtud. Imposibles por esto de haber otros amigos que los buenos. Y imposible aun al mismo Dios que un malo tenga amigos, dice Platón, y da la razón: porque el malo, ni aun de sí propio puede ser amigo, pues aunque más provecho saque de la maldad, siempre la aborrece, y siempre el malo anda disgustado y atormentado consigo mismo. Imposible, pues, es que lo deje de ser de todos quien de sí propio es enemigo.

Es el fundamento de la verdadera amistad la virtud, y los pechos en quien se alimenta y crece los del trato y comunicación; de que no se olvidó el Poeta, pues así dice que comieron, cazaron y vivieron juntos. Porque, en no llegando a comunicarse, el mayor amor (dice Aristóteles) se quedará con nombre de benevolencia. En cuántos nos parece bien la valentía, la liberalidad, la prudencia, y por estas y otras virtudes los amamos; pero no los tenemos por amigos si no liga las voluntades el trato de muchas horas y la correspondencia de los beneficios. Por cuya causa se llaman amigos los que navegaron o militaron o padecieron la prisión juntos algún tiempo, aunque propiamente no lo sean; que parece imposible que vivan así sin riñas y discordias los que no convienen en las costumbres. Y aun de algunos que al principio se aborrecieron, dice un Médico que suele el trato hacer fuertes amigos, por descubrirse con la familiaridad gracias y virtudes que enlazan las almas, con nudo tanto más estrecho cuanto más largo trae (como diré luego) el principio.

Últimamente, atribuye el Poeta parte en esta grande amistad a las estrellas. Lo que dijo Platón que era ocupación de Dios: dar las manos y juntar unos con otros amigos. Y por lo que acaece; que al verse la primera vez algunos, sin saber por qué se aman Lo que dijo en otra parte el mismo Platón que nacía de acompañarlos un mismo ángel, o muy semejante; y los astrólogos (no indignos en esta parte de todo crédito), de la fuerza de los astros. Por lo que, entre los hebreos, cuando dos eran muy estrechos amigos los llaman hijos de una estrella. Contadas del Poeta tres constelaciones de las que causan este amoroso efecto. Cuando dos tienen a la hora de su nacimiento, en el Oriente el signo de Libra o el de Géminis,

En Géminis, el amor
y la concordia es doblada.

Dijo Manilio. O cuando a Saturno mira con aspecto benigno Júpiter. Otros dicen que se aman por extremo los que tuvieren en su nacimiento, uno al Sol en Sagitario y a la Luna en Aries; y otro al contrario, la Luna en Sagitario y en Aries el Sol, o los que tuvieren a Venus en la misma casa. Los reyes, pues, si no los queremos o tan malos que aborrezcan la virtud, o tan montaraces que los canse la compañía, o tan singulares que no hayan nacido bajo el mismo cielo que los demás, imposible es que dejen de encontrar algunos buenos para sus amigos.

Y si por razón de hombres están forzados a tenerlos (pues por eso puso la conclusión general el Espíritu Santo: Todo animal ama su semejante, y todo hombre al que le es más cercano y parecido), no les escusa la diferencia de majestad y grandeza, pues ¿cuál como la que hay entre Dios y sus criaturas?, y, con todo, dice Santo Tomás que hay entre ellos verdadera amistad. Y no se atreve a mucho, pues Abraham se llamó amigo de Dios, y Él mismo dijo que no era bien llamar a sus Di-

cípulos siervos, sino amigos. Y Aristóteles conoció no sólo que puede y debe haber amistad entre el rey y vasallo, sino entre los hombres y Dios, igualando aquella diferencia la semejanza del amor y la comunicación en algún bien, pues de Dios recibimos nosotros el mayor, qués la bienaventuranza, y dice Santo Tomás: y Él de nosotros la adoración y reverencia.

El tirano, pues, es el que no tiene amigos, como aquel que sólo atiende a su provecho. Y los reyes tienen mayor obligación que los demás hombres a procurarlos, como el instrumento más necesario del gobierno (según Plinio). Por lo que nos cuentan de dos príncipes cuerdos, que el uno moría contento con parecerle que dejaba a sus hijos seguro su estado con los buenos amigos; y otro decía que no los ejércitos ni los tesoros fortalecían el reino, sino los amigos leales.

Cierta, pues, es la verdad de Tulio: que tienen los príncipes suma necesidad de muchos amigos que les ayuden en las obligaciones en que cada cual pareciere de mayor provecho. Pero acude luego el Filósofo: que amistad propria y verdadera es imposible tenerse con muchos, como es imposible amar un hombre apasionadamente a muchas mujeres. Y, recopiladas las propiedades de la amistad, así parece cierto; porque si ésta consiste en amor mutuo y recíproco, y tan fuerte que en dichosa competencia cada cual procure las ventajas, comunicándose en la vida, en el trato, en las costumbres, y estimándose con tal precio que cada cual piense necesitar sumamente del amor del otro, y procurando cada cual ser vencedor, como en la voluntad, en los beneficios, y últimamente, si es la amistad una alma que habita en dos cuerpos, uno solo ha de ser el merezca nombre de propio y verdadero amigo. Poniendo la resolución de la dificultad el Espíritu Santo en este modo: Pacíficos ten muchos; consejero y escogido, uno entre mil. Amigos entre quien se reparta el peso de la monarquía, muchos; a quien se entriegue la voluntad y el amor, uno solo, por lo que siempre habla el divino Espíritu de uno.

El amigo fiel es defensa fuerte; halla el que le halla un gran tesoro. Al amigo fiel no hay cosa que se compare; ni la plata ni el oro más precioso. El amigo fiel es medicina de la vida y de la inmortalidad. Y Tulio compara la amistad al Sol; no sólo porque así como el Sol dijo Eurípides que era una masa de oro acrisolado y puro, sino porque así como en el cielo resplandece entre muchas estrellas un solo Sol, entre muchos familiares y favorecidos uno solo ha de ser el verdadero amigo. Cuando no sea porque aquel extremo y exceso de amor que pide la amistad es imposible (dice Aristóteles) que se comunique a muchos, porque se hallan pocos buenos y que merezcan escogerse por amigos. Y así, juzgó solamente Platón posible que un bueno fuese amigo de otro bueno. Qués lo que el otro Poeta aconseja:

A todos los amigos no descubras
tu corazón, pues tarde se halla uno
que tenga alma leal.

Y Cicerón, como de tan rara mercaduría, se puso a contar los pares de amigos que había visto leales el mundo, y apenas halló tres o cuatro. Y pudiera hallar más; que no es bien infamar el mundo por estéril de tan rico fruto, pues fueron buenos amigos Pílates y Orestes, Aquiles y Patroclo, Caritón y Melanipe, Cástor y Polux, Niso y Eurialo, Teseo y Piritio, Foción y Nicocles, Tides y Polinices, Arimaspes y Zorastes, Museo y Orfeo, Aglafemo y Pitágoras, Dion y Platón, David y Jonatás, Salomón y el hijo de Natán, sin otros muchos que encontraremos en cualquiera otra hoja de las Sagradas Historias, y profanas.

Pero siempre es entre dos solos esta dichosa correspondencia de amor, siendo muchos de los que he contado príncipes y reyes que tuvieron particulares amigos, conforme a la costumbre de los reyes egipcios, que llevaban al pecho, por la mayor de sus insignias, un corazón, por quien entiende Pierio al consejero y amigo, y así, es cierto que los niños nobles de Roma llevaban la imagen de un corazón: algo de lo que hoy dura en las nóminas, porque aquella edad es la más necesitada de amor y consejo.

Siendo, pues, asentada verdad que todo animal tiene corazón, y todo animal no tiene más que uno (porque si bien contó Plinio que uno sacrificado en tiempo de César se halló sin corazón (o invención del Demonio o suya), y un Profeta, hablando a una gente perdida, les dice que no tienen corazón, como la otra paloma, que llama sin corazón Oseas por falta de prudencia y consejo; y aunque creyó Aeliano que los elefantes tienen dos corazones, uno con que se enojan y otro con que se amansan, y Teofrastró dijo de las perdices de Paflagonia que tienen dos corazones, ambos creyeron un imposible, por ser cierto que el principio de la vida ha de ser uno solo para poderse conservar el viviente), al príncipe, pues, es necesario tener un fiel consejero y amigo, y es peligroso que entregue a más que uno su corazón.

La dificultad y buena dicha está en escogerle de tales virtudes que merezca ser amigo del rey. De las que hallaremos algunas en la pintura que toqué del corazón, y en un lugar de los Proverbios, al propósito peregrino, dice así el Sabio: El que tuviere limpio y puro corazón, por la gracia de sus labios será el amigo del rey. Fácilmente se ofrece a las manos lo que suena la sentencia: que los de limpio corazón, los virtuosos, los buenos, aquellos que no arguye conciencia de pecado, son dignos de gozar la amistad de los reyes; porque así como a los de corazón puro se promete en el Evangelio la vista de Dios, así aquí la amistad de los reyes, vicedioses de la tierra.

Paso adelante (aunque gaste un rato de teólogo). San Agustín entiende por limpios y puros los sencillos. Qué sea sencillez dijo San Ambrosio: una cierta templanza de costumbres y una justicia y rectitud del alma. Difinición sacada de las Sagradas Letras, en quien se dice que ama Dios los buenos corazones y la sencillez. Y si creo los doctos griegos, vale lo mismo que la justicia y rectitud. Significación que apuró y particularizó el poderoso Abimelec cuando, haciéndole cargo Dios que se había alzado con Sarra, mujer de Abraham, dio por excusa la simplicidad y la limpieza de sus manos, como diciendo que estaba inocente, pues con sencillez se había abstenido de hacer injusticia y de quitar a nadie lo que era suyo. Sentido en que se gloriaba el Apóstol que el testimonio de su bondad era vivir con sencillez; esto es, sustentándose del trabajo de sus manos, sin ofender, ni tomar a nadie lo que era suyo.

Aquel, pues, que tuviere esta limpieza y sencillez es bueno para amigo del rey. Porque, a no tenerla, ¿qué hacienda, qué vida habrá segura si se aprovecha para sus robos y venganzas de las manos de los reyes? Que, según pintó Virgilio al otro su Briareo, las tienen de ciento en ciento, y bien largas, como quiere Ovidio:

¿No sabes que han los reyes largas manos?

Sencillez significa también liberalidad y un ánimo magnificentísimo para hacer mercedes. Cuenta san Pablo de Dios que las hace con sencillez, y es, en el hebreo, copiosa y abundantemente, y así, en la canónica de San Tiago volvió el intérprete abundantísimamente, y suena en el origen con simplicidad. Así lo siente San Crisóstomo, y es puesto en razón que como las ficiones, los enredos, los corazones doblados¹⁷⁴ trajo la codicia.

Deste monstruo nació a los avarientos
arrojarse a la plaza, sin que della
salgan un punto. En un estudio mismo
y en unas mismas artes ocupados,
aprendiendo a inventar nuevas cautelas
y a pelear con engaños.

174.- Orig.: 'dobla, dos'

Sea madre de la liberalidad la sencillez. Virtud que más conviene a los amigos de los reyes, porque con ella (dice Aristóteles) se hacen amados y queridos, y al príncipe que posee mucho le conviene dar mucho. Y, al fin, es suma verdad que a quien mucho le han encargado muchos han de buscar, y a quien mucho se ha dado muchos han de pedir. Y así, será la mayor dicha que el amigo del rey, si poseyere mucho, sepa dar mucho, liberal y sencillamente.

Más significa la sencillez: mansedumbre, paciencia y sufrimiento para disimular y digerir injurias y molestias. Así lo dijo a Job su mujer en la mitad de sus trabajos: Aun tú permaneces en tu simplicidad. Y lee otra letra: En tu constancia y firmeza. Los valerosos macabeos viéndose los cuchillos a la garganta, se consolaban diciendo: Muramos en nuestra sencillez, y entendían: en nuestra paciencia y sufrimiento, de que pudo nacer el abuso nuestro, que a un hombre sufrido llamamos bobo y simple. Los amigos de los reyes tienen necesidad de ser simplicísimos en sufrir y padecer, porque (según Josefo) todos se muerden cuando ven algunos más cercanos a los príncipe; en que alude a la ordinaria pintura de la envidia, que, rabiosa, se sustenta de sus propias entrañas. Yo quiero leer: todos muerden cuando ven otros más favorecidos. Ellos sean los jueces. ¿Contra quién afila sus dientes esta fiera, sino contra los muy engrandecidos y levantados? Y así, tienen necesidad de ser de corazón de rey; que cuanto más mal oigan más bien hagan. Y, como dijo Séneca: Nada importa así a los que alcanzan lo sumo de la amistad y favor de los reyes, qués saber dar perdón a muchas injurias, sin tener jamás de qué pedirle. Lo que explicó en otra parte, aludiendo a la pintura del gigante sobre cuyos hombros cargaron el mundo. Tal ha de ser fuerte y sin doblarse a cualquiera injuria un ánimo grande. Y ¡ay del que sin estas condiciones se atreve a ser amigo y corazón de un rey!

Aquel, pues, que tuviere tal sencillez, por la gracia de sus labios alcanzará la amistad de los reyes prosigue el propósito; aunque pudiera pensarse que no, pues atribuye el efecto, no a la bondad del corazón escondida, sino a la virtud de las palabras que le manifiestan. En las cuales verdad es sabida la de Solón: que son imagen del pensamiento. Cara del corazón y del alma las llamó Séneca, y los griegos su espejo y cristal. La razón es fácil: porque se dibujan en ellas los conceptos y costumbres. ¿No lo dijo el mismo Dios, que lo que el corazón tiene habla la boca? Por lo que sin duda se compara al estómago; no por la semejanza que los dos tienen en la lengua griega (causa de tantos engaños en medicina), sino por la que trae San Jerónimo; porque así como el estómago según la calidad de los manjares que cuece despiden el aliento y señala la digestión en su buen olor o malo, así del hombre interior descubre la plática los pensamientos. Por tanto (dice Platón), nos dio el Cielo palabras por que fuesen indicios y muestras de la voluntad secreta. Sencillez, pues, si en la más propia significación de la lengua latina es no fingir ni disimular, diciendo con llaneza y libertad lo que encubre el alma, aquel que con sencillo corazón dijere lo que siente, sin engaños ni lisonjas, será buen amigo de rey.

De donde colijo la sinrazón con que pone la Filosofía dos bocas y dos lenguas en el hombre: una que habla en lo interior del alma y otra que da a las palabras voz y sonido, pues pienso que se acertará más en decir que es una misma la boca y una la palabra, que con el corazón habla y con la lengua pronuncia, como uno el cuerpo desnudo y vestido, y una el agua que nace de la fuente y corre por el arcaduz. Y esta es la verdadera gracia de labios que debe enamorar los reyes: hablar con sola una boca de un solo corazón. Cierto es que hay muchos que saludan los buenos días a su prójimo y le desean beber la sangre; que con la boca le bendicen, y maldicen con el alma. Semejantes a los de quien se quejaba el Señor que con los labios le honraban y su corazón estaba muy lejos. Los que llama nuestra lengua doblados, de quien es hoy la copia tanta como difíciles las señas. Las ordinarias son tomadas del Poeta:

En lo cierto se ve el amigo cierto.

O, si no:

Mientras fueres dichoso, rodeado
de amigos vivirás; pero muy solo
si el claro tiempo viene a ser nublado.

No buen remedio el que llega tan tarde. Y para reyes peor; que como pocas veces se ven miserables, las más morían recelosos de sus más amigos. La sentencia que trayo entre manos da pasos más adelante. No sólo con la comparación del corazón al estómago; que por más que el artificio ponga la mano, dice tal vez el aliento la buena o mala digestión. O otra que lo compara a la fuente; que por más que se le impida el paso, por donde no se pensó rompe. Caerá alguna vez el amigo falso en manos del advertido; pero no es bien aconsejar cuidado tan vil, y más cuando ya el arte ha hecho el engaño naturaleza. Por la gracia (dice Dios), por el poder y fuerza de sus palabras, será amigo del rey el que tenga corazón sencillo. Es cálido con extremo el corazón, como fuente qués del calor que sustenta la vida, y así, afirma Galeno que ni se con contenta ni vive estando comoquiera cálido, sino arde como la llama. La lengua y labios (según Aristóteles) son húmedos, y el paladar, por la parte que tiene de huesos, frío. Las palabras, pues, que parten del corazón salen encendidas, y las que se forman en el paladar y labios, sin fuerza. Para cuya prueba basta la experiencia del rústico que daba, ya caliente, ya frío, un aliento. ¡Cuán ordinario es a enamorados quejarse que los abrasan sus amores!

Las entrañas penetran encendidas
llamas secretas, y el mal árbol cría
más hondas las raíces.

Por decir que salen sus palabras hechas fuego, de su principio el corazón. Así, reconocido a Dios David del amor que le debe, confiesa qués su conversación una viva brasa, y por eso añade que le enamora y enciende. ¿Por qué de las ramerías (que son el mismo engaño) se llaman sus palabras dulces, y blandas como la miel las de los falsos y lisonjeros? Porque son formadas en los labios, sin sacar fuerzas del corazón. El mayor argumento con que el santo Atanasio convencía el embuste del maldito Arrio fue decirle que hablaba blanda y mujerilmente: falta insufrible en el cortesano más melindroso, cuanto más en los oradores de Cristo. De los gentiles de su tiempo la llora Quintiliano, y plega a Dios no nos la calumnie el Predicador blasfemo de Alemania. Aquel, en fin, será el verdadero amigo del rey que hablare de veras, descubriendo la bondad y sencillez del corazón en la fuerza de sus palabras.

La gracia y perfección de los labios consiste en que sean blandos, delgados, y sutiles. Así los pintó Sidonio en su Teodorico, y aun en los requiebros de los divinos enamorados el uno los tenía como azucenas, cuyas hojas son delgadas y olorosas. Señal del buen temperamento y complexión el buen olor de boca. Y el otro, como una cinta de grana en la sutileza y color, a los que llama Enodio medios labios. Los gruesos y duros señalan dureza, terquedad y mala inclinación, quizá porque hasta en esto quiso la naturaleza que respondiesen al corazón. El cual ni ha de ser grande ni duro, pues lo uno es señal de temerosos e insensatos (y así, la liebre le tiene mayor en su respeto que los demás animales), y lo otro, de viciosos, crueles y obstinados. Filosofía repetida en las Sagradas Letras, donde se llama el corazón de Faraón endurecido, por su malicia rebelde, y promete Dios quitar a su pueblo el corazón de piedra y darles otro de carne, por la mudanza que les ofrece de costumbres.

Con esto, significan también los labios sutiles la suavidad de la discreción y elocuencia; no sólo porque corresponden al corazón blando y bien compuesto, que es fuente de la virtud y el ingenio, sino que, como instrumentos del hablar, son más a propósito para la buena pronunciación; y ésta

¿quién no sabe que es la principal parte de la elocuencia? Así lo respondió tres veces Demóstenes y lo prueba en sus *Instituciones* Quintiliano. Decir, pues, que el amigo del rey ha de tener gracia de labios es pedir que sea elocuente y bien hablado. Y que esta sea bastante causa para enamorar los reyes ¿quién lo duda, si es la mayor hermosura del hombre? En el Génesis se cuenta de un discreto que daba palabras de hermosura, y Homero dice de los dioses que cuidaban mucho de la elocuencia, porque

De la facunda plática se engendra
la belleza mayor.

De quien asegura el Sabio que en presencia de los poderosos será admirable, y las caras de los príncipes estarán embelesadas oyéndola. No me detengo más aquí, pues todos sabemos cuánto enamora la discreción, y por esto llamamos hermosa, dulce, celestial y de perlas, una boca bien hablada y discreta.

Paso adelante, y toco de paso la necesidad que tienen los reyes desta gracia de bien hablar. Su compañera necesaria la hicieron Homero y Hesíodo; éste para la majestad y reverencia que en ellos causa, y aquél para reprimir con su dulzura y fuerza la violencia de los pueblos. Para satisfacer a los agudos y noveleros dijo que era necesaria Alejandro. Y para todo es, sin duda, pues Moisés, tan valeroso, el día que Dios le nombró caudillo de su pueblo, hincadas en tierra las rodillas y altas las manos rogó que le despidiese de aquel cargo, porque tenía los labios muy gruesos, la lengua tarda e impedida, por cuya ocasión no sabría hablar como convenía a quien gobernaba.

El príncipe no siempre es posible que sea por sí elocuente (como fueron muchos emperadores de Roma), ni debe por sí ejercitar su elocuencia en todas ocasiones, cuando lo sea. Por tanto (con el consejo de Casiodoro), se le ha de dar un amigo y compañero no afeitado y mujerial en sus palabras, sino varonilmente elocuente y sabio que (como pinta a Hércules Luciano) trabe con cadenas de oro que salgan de su lengua la muchedumbre de hombres, presos todos de las orejas, sin que alguno piense en la huida ni tire a otra parte.

Y aunque sean de duros corazones,
con su plática dulce los sujete.

Que contente la queja del capitán estropeado, que anime el valor del general valiente, que aplaque la ira del injuriado noble, que reprima la mala intención del vasallo inquieto. El que tuviere tal gracia de labios es bueno para amigo del rey, y se conocerá verdadero amigo si en toda ocasión ejercitare esta gracia y virtud en componer, en reducir, en hermanar todos los vasallos al amor, a la reverencia y respeto de su señor.

Últimamente, por la gracia de labios es lo mismo que si dijera: por las buenas palabras que saldrán de su boca. En todos los sacrificios, aunque vanos, de los gentiles, pedía el sacerdote al pueblo buenas palabras.

Todos ceñidos la devota frente,
ayudad con la boca al sacrificio,

dice Virgilio, y Tibulo más claro:

Ya viene el sacerdote diligente:
buenas palabras mientras él ofrece
con la lengua la ofrenda favorece,
hombre o mujer que agora estás presente.

En que no se vedaba a los circunstantes hablar profanas y torpes, como hoy mandan las tablillas de las puertas de las iglesias; pero se pedía, como en la Misa santísima, que rezaran, que acompañaran las manos del sacerdote con oraciones, con ruegos y con buenos deseos. En algo desto pudo ser que pensase el Apóstol cuando nos manda que seamos graciosos, y otra vez, que sea nuestra plática con gracia, hecha toda una sal, a imitación de nuestro Dios y Maestro, que todos se admiraban de la gracia que salía de su boca.

No sé cómo algunos, por discípulos de Cristo, se hacen rostrituertos, ceñudos y desabridos. Bien se entiende esto en el modo de saludar a nuestros hermanos; que también el Santo dio leyes de buena cortesía (¡Quién dijera esto a muchos que, obligados por el hábito a ser humildísimos, hacen santidad la mala crianza!), y manda que nos saludemos a veces, y aun que no aguarde yo a quitarme el bonete después que el otro la capilla, sino que procuremos ser los primeros y ganar a los otros en urbanidad y cortesía. Y esto sea (dice) con boca de gracias, deseándoles y rogando los buenos días, los buenos años, la buena salud, la buena conciencia; que esto es con propiedad tener boca de bendición. Y por eso Cristo bien nuestro la tenía, porque con ella daba al ciego ojos; al manco, brazos; al cojo, piernas; al enfermo, salud, al muerto vida.

Aquel, pues, es bueno para amigo de rey que tuviere labios de risa, lengua de gracia y boca de bendición; que deseara a todos bien, aumento y prosperidad, y particularmente a su señor y príncipe, en lo que se conocerá ser verdadero su amor.

Harto había dicho del propósito, si no me hubiera obligado a la pintura del corazón. De quien dice Aristóteles que es en el cuerpo como otro animal. Sentencia bien conforme del mismo.

El amigo es otro yo.

Doctrina que practicó de Alejandro, cuando a la mujer de Darío, vergonzosa de haber reverenciado la púrpura de su querido Efestión, dijo que no lo estuviese, porque Efestión era otro Alejandro. En que se enseña cuánto se debe amar el amigo; no sólo porque se llama corazón, fuente del amor, sino porque el corazón es otro hombre. De donde sospecho que tomó ocasión San Agustín para meter el compás en el amor de los amigos, cuando dijo que estaba bien sentenciado que ninguno quisiese más ni menos a su amigo que a sí¹⁷⁵ mismo. En lo menos yo confieso el peligro, por ser tan necesario (dice Cicerón) que ninguno se ame más una migaja que a su amigo, que al punto parece el nombre de amistad. En lo más, ¿cómo llamaremos cuerdo al que por guardar el corazón se dejare herir en los ojos, después dél los más queridos? Así, buen amigo al que amare como al mismo corazón. Y ¿qué mucho, si dice el Filósofo qués el último encarecimiento de amor el de los amigos, y el que añade hermoso esmalte sobre todo amor que la naturaleza fabrica? Pues entre el marido y mujer, entre el padre y el hijo, y entre el hermano y hermano, lazos bien estrechos, es poderosa para añadir nueva fuerza y unión la amistad. Virtud que tomó nombre y principio (dice Cicerón) del amor.

Pero es bien que advierta el príncipe que escogiere amigo, qués el corazón fuente unas veces de las virtudes, de quien mana el amor, la piedad, la misericordia, la fortaleza; y muchas más fuente de los vicios, de quien brota el odio, la ira, la crueldad, el temor; y con esto certísima la verdad de Jenofonte.

Lo justo enseña el justo, y al momento
dejará la virtud que antes tenía
quien hace con el malo compañía.

175.- Orig.: 'assi'

Por no haber enfermedad tan pegajosa como la de los vicios; y así, le debe procurar de tales costumbres cual de sí las desea. Y el mundo, que por tan malos antojos mira y juzga estas amistades, si quisiere tocar los quilates del amigo del príncipe, sea en las virtudes o vicios déste; que es imposible en toda buena filosofía dejar de ser semejantes. Y si quiere mayor desengaño, mírele si está libre de dos enfermedades muy ordinarias del corazón, y del de los reyes y sus amigos mucho más: hinchazón de soberbia e incendio de ira.

Tiene el corazón (enseña la naturaleza) ciertas concavidades que, llenas a veces de humos y vapores, le hinchan y estienden, subiendo de allí al cerebro y desordenándole. A los que llaman Galeno y Aristóteles soberbios, y así vemos que los que pecan deste vicio detienen la respiración por ensancharse más; y de modo se estienden y estiran, que dos hombres de buen gusto burlan graciosamente de ellos: Isopo pinta una rana que se soñó buey, y tanto enfrenó el aliento y procuró ensancharse, que reventó por medio; y Epitecto viéndoles pisar tan tieso y andar tan derechos, les dice que han comido asadores. Calamidad que tiene principio en el corazón. Diga Séneca cuando: en una grande fortuna. Y otro más bueno dice que con la ciencia, quizá porque de las continuas vigiliyas y cuidados resuelto el calor, se engendran vapores que ocupan los güecos del corazón; y así, es proprio de letrados presumidos andar tiesos e hinchados, y averiguada la enfermedad, todo es viento. Peligroso puesto el pecho de un rey para ensanchar y ensoberbecer el más modesto corazón, y milagrosa humildad la de aquel que en tan gran poder y tan graves ocupaciones no se le conoce este daño.

La ira, sangre encendida cerca del corazón, le hincha también, como la soberbia.

De todo punto el corazón hinchado
tengo con el enojo,

dijo Aquiles. Virgilio la llamo güeca, y Ovidio dice que suele pasar con la hinchazón al rostro:

Hincha el enojo la cara.

Pintola bien, y despacio, Séneca, y al concluir dice que los gemidos y bramidos, las manos apretadas, el rostro feo y horrible, son señales de la hinchazón del enojo. Y si buscamos la causa de tanto mal, ordinariamente son las injurias; que por eso dijo Heródoto que tiene la ira su asiento en las orejas.

Siendo, pues, natural a todo pueblo (según Plutarco) quejarse de los grandes y poderosos que le mandan, ¿cuán amontonadas llegarán las quejas y las injurias al que ocupa el sumo lugar? Grande ánimo, pues, ha menester (según Séneca) el que se atreve a tan gran fortuna, y digno es solamente de ser corazón de rey el que sabe con cierto género de soberanía despreciar los agravios y las ofensas. Y así, al fin es don que dio a pocos el Cielo, hacer bien oyendo mal.

Temeroso puesto, y medio peligroso, el que necesita de tanto cuidado. Y más si volvemos los ojos a los amigos de príncipes y vemos este que ahogó el cordel, aquel que cortó el cuchillo, y todos casi que murieron en las manos que los levantaron: los premios (dice Plutarco) de las amistades de los reyes. Pero deste recelo preserva otra propiedad del corazón, de quien es cierto que se sustenta de la mejor y más pura sangre del cuerpo humano, y si por esta mejoría entendemos la de la virtud, seguro vivirá de tal riesgo a quien levantó aquella a tal grandeza. Pues si bien de los reyes son tan contados los buenos que se atrevía el otro truhan a pintarlos en la piedra de un anillo todos, y éstos generalmente escogen amigos por su deleite y antojo (a quien ajusta el nombre de privados y a quien amenazan aquellos peligros por asentar su amor en la inquietud del gusto), no

por eso es imposible haber príncipes virtuosos que acerquen a sí¹⁷⁶ al que más en la virtud y bondad les fuere semejante. Lo que es más común en los viejos (dice Aristóteles), porque más libres de la mala pensión de los deleites y antojos, para quien agrada el liviano, el gracioso, el poco honesto, obligado siempre a la paga con la miseria casi cierta de su caída. Lo que no hace imposible hallarse en rey mozo amistad segura, como ni la virtud su único fundamento; si bien, como tan rara, de admirable estima.

Y si la mejor sangre es la más noble, bastante es también asegurar estos miedos, pues no se pueden recelar en tan reconocida deuda de virtud viles respetos ni costumbres que traban privanzas peligrosas. Hallaríanse venganzas y desvergüenzas en un Hispón, privado de Tiberio, porque de nacimiento bajísimo; y así por esta causa como porque se les atreve más la envidia y sufren mal los nobles su imperio, sale experimentada verdad la de no sé qué Poeta (repetido de santo Tomás):

No hay cosa más peligrosa
que el humilde levantado

Y ¿qué mucho, si lo es del Espíritu Santo en dos partes de los Proverbios: no hay cosa que más trastorne el mundo que el esclavo hecho señor, ni más desproporcionada que mandar a los príncipes un hombre bajo? No sólo para ministros es bien reparar en la bondad del nacimiento (como decía poco ha), pero para luchadores de los juegos Olímpicos se examinaban los linajes, no queriendo Roma experimentar y ejercitar el valor de quien no aseguraba buenas costumbres. Cuanto más aquel que, inferior al príncipe solo, ha de ser a los demás superior; enemigo naturalmente de los nobles por esta ventaja y aborrecido por la violencia de su subida. Tema, pues, el pecho de un rey el humilde: y quiétese en él el que, como verdadero corazón, se alimenta de la mejor sangre de virtud y nobleza.

Añado, con la prisa que lo demás, uno de los preceptos religiosos de Pitágoras: No comas el corazón; que como suena tiene fundamento en buena medicina, porque, según sus maestros, cuanto es el corazón provechoso y necesario para dar vida, para manjar es desabrido, melancólico y de mal sustento. Ocasión que mete de la mano al espíritu para enseñar cuánto debe recatarse cualquiera de no hacer plato a su avaricia de la amistad de los príncipes, en quien la mayor dificultad que yo hallo para conocer los que la tratan fingida o verdadera la dan las riquezas que necesariamente las acompañan. Las cuales, como es naturaleza ser apetecidas, y necesidad repartirlas los reyes, con magnificencia, a sus amigos, delgada vista ha de conocer el amor que a ellas, o a los dueños, se encamina. Mal amigo es (dice Aristóteles) el que es por su provecho amigo, porque en el tal acaba con el provecho la amistad. De donde San Bernardo define por verdadera la que no mira en el amigo las riquezas, sino su amor, amando de gracia al que le ama a él; porque si el dinero amas (silogiza Quintiliano), no es el tuyo amor, sino codicia. Y Cicerón la llama mercancía y trato. Durando su fe (dice San Isidro) lo que las dadas en el que es, por su causa, amigo.

Hasta aquí parecen daños destes fingidos, ser (con la censura de Séneca) temporarios, como si hubiera leído en San Lucas dellos que a tiempo acompañan y a tiempo huyen. Adelante pasaron Diógenes, que, descubriendo bien su malicia, los llamó peores que cuervos, porque ellos en los muertos solos; éstos en los vivos y muertos se ceban y hartan, y Anaxilas, que los llamó gusanos y carcomas, que sin sentir consumen el leño. Pero mejor el que los llamó pulpos; no sólo (como quiere San Basilio) porque mudan color según lo que tienen más cerca, como el falso amigo, o voluntad, sino porque los mismos brazos con que abrazan y aprietan, son bocas hambrientas con que chupan y matan. Tal es el risueño y reverenciador que en fingir, alargando la mano, que quiere besar la de su amigo, es cortarle la bolsa, y chupar la sangre del dinero la caricia del abrazarlo.

176.- Orig.: 'assi'

Déstos dijo bien Curcio que más destruyen a los reyes que los enemigos, porque éstos, por conocidos, tienen defensa, y aquéllos no, por engañosos.

Y como es este engaño
el que en grandes palacios vive siempre,

¿qué amigo de Rey no podrá decir lo que Séneca a sus calumniadores: ¿Qué es¹⁷⁷ esto, gozquillos pequeños, que así ladráis al nombre y virtud de los grandes varones como pudiéades a los andrajos del pobre no conocido? Tiene natural la amistad de los príncipes que, como la acompaña la majestad vecina, brilla en los ojos del pueblo y representa mayores que son las riquezas. Por cuya causa calumnia a Séneca Dion, que debiendo, como filósofo, menospreciarlas, juntó setecientos mil ducados en juros y quinientos mil en oro; y despreciador del deleite, tenía quinientas camas de cedro con pilares de marfil, y otras tantas mesas. Responde el buen varón: No me espanto, malditos, que aborrezcáis la virtud y los virtuosos. Si los ojos enfermos aborrecen la luz, y las lechugas el día, a cuyos primeros rayos se espantan y esconden. El varón santo no se juzga, por serlo, indigno de los bienes de la fortuna. No ama las riquezas, pero las admite; y no en el alma, sino en casa. No las arroja, sino las guarda para mejor ocasión, y materia de mayor virtud. Porque ¿quién duda que mayor materia tiene el sabio de mostrar su grandeza y valor de ánimo en las riquezas que en la pobreza? Cuanto más que si ellas a mí me faltaran, no me quitaran nada, sino a ellas solas; si tú las perdieras, quedaras sin sentido, y te pareciera que quedabas sin ti en quedar sin ellas. En mí ningún lugar tienen; en ti tuvieran el sumo. Y últimamente, las riquezas son mías; tú fueras dellas. Deja, por tanto, de negar al virtuoso el dinero, pues nadie por serlo obligara a que sea pobre. Tendrá el tal muchas riquezas, pero a nadie quitadas ni con ajena sangre sangrientas. Y en una palabra: yo te confieso que las tengo; pero porque me pareció cordura no resistir a la liberalidad del príncipe que me honraba con ellas.

De cuyo discurso sólo he de reparar en dos sentencias, y sea la primera la última: no sólo por la razón general del proverbio (que cita por antiguo Aristóteles), que entre los amigos son todas las cosas comunes. Y ¿qué mucho si lo son las almas? ¿Quién, pues, se certificará del amor del señor faltando los beneficios? Pero añado que como en la verdadera amistad ha de haber competencia de amor la ha de haber de hacerse bien; de modo que como iguala la distancia de un rey a un vasallo la voluntad, los iguale asimismo el bien hacerse; y como esto no pueda suceder dando riquezas el vasallo al señor, porque fuera hacer mayor el exceso que los dista, es necesario que el inferior dé honra, reverencia y consejo, y el superior riquezas y tesoros.

Y añado en prueba de Séneca una agudeza de Platón: que no sólo tiene el príncipe necesidad de hacer mercedes a su amigo; pero éste de recibir las. Porque si el lazo mayor de las amistades es imaginar y mostrar cada cual que no puede vivir sin su amigo, ¿cómo dará tal demostración el príncipe corto, ni cómo el vasallo recatado? Dé y enriquezca aquél en testimonio de los provechos que recibe con la amistad y consejo, y reciba éste con humildad, para reconocerse siempre deudor; que en lo contrario, ¿quién no ve que supiera a presunción y soberbia en el vasallo despreciar la merced de su dueño, y en éste a poca estimación y desprecio no adelantarle con favores? Reciba, pues, éste humilde, y ofrezca liberal aquél al paso que estima la virtud de su amigo, con que será la amistad perpetua.

La primera sentencia, que permite las riquezas al sabio y virtuoso, no obligándole por serlo a desposeerse, del corazón la imagino de la filosofía cristiana, pues aunque no encontramos otra cosa en los libros que maldiciones suyas, nuestra es la culpa, y nuestro el vicio que les da el peligro y el daño. Huyeron dellas muchos filósofos: Arístides, Anaxágoras, Isócrates, Antístenes, Crates,

Foción, Arístipo y otros, diciendo dellas blasfemias. Pero, si se considera, nuestro desorden condenan, no el oro: sujeto que puede ser de grandes virtudes. Antes los que ocupan puestos altos y deben intentar cosas grandes, no pueden (dice Santo Tomás) tener dichoso fin sin¹⁷⁸ riquezas: el resplandor de los príncipes y el instrumento de sus acciones. Y hasta aquellos que están en la cumbre de la perfección, como son los obispos, porque deben mirar por muchos las pueden y deben tener para muchos casos.

Perfecto llama la Escritura a Abraham, y fue en extremo rico, y Job no resplandeció menos entre el oro que entre el estiércol. Antes pienso que el maravilloso de los actos humanos no se puede ejercitar tan lucidamente sin riquezas como con ellas. Bienaventurados (dijo Cristo), son los pobres de espíritu: el que es pobre en el afecto (dice Cayetano); no el que le estrecha la necesidad (dice San León Papa), sino el que sabe desestimar los bienes que le dio la divina Voluntad (dice San Bernardo). De modo que no está la dicha en no tener bienes, sino en no amarlos; y el que los estimó tan poco que los dejó teniéndolos, mayor alabanza merece que el que nunca los tuvo. Materia, pues, son las riquezas del acto más generoso.

Y por esto, si advertimos, nunca el Espíritu Santo las vitupera que no ponga la culpa a nuestra codicia: El que ama las riquezas no cogerá buen fruto dellas; los que quieren ser ricos caen en los lazos del Diablo; las riquezas, si vinieren, no les deis el corazón, y así en otras partes, siendo en muchas alabados los ricos y las riquezas. Corona de los sabios las llamó Salomón, y premio de los fuertes. Dueño se llama Dios de las riquezas: en su mano las tiene y con su bendición hace ricos, diciendo el Eclesiastés que es bienaventurado el rico, pero no el que se va tras del oro o el que con él se mancha, porque el que no pone en él su confianza, la mayor de las maravillas y digno de mayor gloria.

Por lo que acertaron los filósofos gentiles, y hoy los de Cristo, despojándose de todo punto, porque fían poco de sí y no se conocen con fuerzas para tan gran milagro. Saben que se pega el oro mucho a nuestra afición, y que es agua que da más sed cuanto más bebida; así como la llama crece con la leña (dice San Crisóstomo), por amarse más fuertemente los bienes de la tierra cuando se poseen (dice San Agustín). Y así, las almas que se quieren levantar a cosas altas es bien que se desembarazasen del peso del oro, y de los cuidados que le acompañan los que quieren dar la voluntad a mejor objeto; no obligados a esto sino los que aspiran a fines tan superiores.

Preguntó un mozo a Cristo qué haría para salvarse, y oyó que guardar los mandamientos; y replicando qué haría, cumplida esa obligación, si quería pasar adelante, le respondió el Señor: Si quieres ser perfecto vende lo que tienes y dalo a pobres. Donde se ve llana la diferencia (advierten los Doctores) de lo bueno y mejor; de lo que es obligación o perfección, necesidad o voluntad. De modo que no ha menester desceñirse sino el que quiere subir a lo alto (dice san Gregorio), ni hacerse pobre el que se contenta con ser bueno, dejando a otros lo mejor. Y así, aunque tan gloriosamente se despojan los Religiosos, muchos en el siglo poseen las riquezas sin vituperio, y más cuando generosamente las distribuyen. Esta es la felicidad humana que alaba el Filósofo; éstos los cedros en quien dice San Agustín que anidan los pájaros de los pobres, y así, engrandece a aquellos que, deseando la bendición de David, bienaventurado el que no entiende sino en socorrer al pobre, dan sus huertos, sus casas, sus villas y sus tesoros y aquello que los engrandece para iglesias y monasterios en que se recojan los siervos de Dios. Por lo que celebra San Jerónimo a Santa Paula, fundadora de cuatro conventos, y Joan Diácono a San Gregorio, fundador de siete. ¿Qué dijieran a ver trastornar los montes y formar de sus piedras los edificios santos que con admiración del mundo levantaron y levantan cada hora en España sus reyes y señores?

Y es muy bien ordenado que como en la suprema Ciudad se comunican las celestiales riquezas a unos ángeles por medio de otros, y en su copia la Iglesia, se reparten con este orden las gracias del espíritu, tengan también arcaduces los bienes de la tierra y pasen por unas a otras manos, diciendo

178.- Suplo 'sin'

David que reciben los montes la paz para los pueblos, y los collados la justicia. Y lee el griego: por la justicia, por que haya así igualdad, pidiendo unos a quien tiene qué dar, y dando otros a quien tiene necesidad de recibir. Orden que platicó Cristo cuando en aquel gran milagro repartió los panes por las manos de sus Discípulos, para ocupar a todos con mérito y obligar las voluntades con la correspondencia de los beneficios. Dichosa, pues, la mano que recibe para dar, y triste la que piensa que recibe para sí sola, pues como nada más hermoso que el oro a la luz de la liberalidad, nada más feo en las tinieblas de la avaricia.

Lo que hasta en su mismo nombre se representa, pues, aunque poco amigo destes misterios, negarlos, por lo menos en la lengua hebrea, es terquedad de condenar. Dice, pues, así un Autor latino: ¿Cuál será el origen del nombre de oro? No pienso que de *aura* porque le parece ser luz; ni de Aurio, que imaginan algunos su inventor; ni de la palabra griega *oras*, que significa hermosura; ni del verbo latino, que apartar, porque pervierte su cudicia los ánimos. Pienso que del nombre extranjero *ur*, que es el fuego, de donde se llama oro; y ¿quién no ve que su luz es ígnea? Y por eso se consagra al Sol, tomando del oro nombre la Aurora, antes que al contrario.

Esto es lo que dice este Autor, y todo lo que hay en esta lengua muy semejante a lo que en la hebrea, pues de muchos nombres que advirtió suyos San Jerónimo, dos le corresponden: uno, *zah-ah*, y otro *paz*, o *pazaz*, significando ambos lo que rojo encendido y de fuego, con quien dijo Plinio que tiene el oro parentesco, como se colige de la semejanza en el color. Y harto es (como advirtió el mismo) que nada dél perece¹⁷⁹ en el fuego, antes en los incendios y brasas está seguro, y cuando más arde queda con más bondad. Buen testimonio de su nobleza, no fundada en sola opinión, parecerse de los planetas y elementos al mejor, y buena advertencia para tratarle con recato, como a Sol que da vida y mata, y fuego que más daña cuanto más se acerca.

El mismo nombre dicen unos que significa fortaleza, y otros desatar o soltar, de modo que sea oro lo que fuerte (digan los Reyes en qué estriba su poder, su vigor), o suelto y fácil de dividir. Así lo conoció Plinio, que da por propiedad del buen oro la blandura, no habiendo otro de los metales (dice) que tanto ni en tan delgadas hojas se divida; que malo es el oro duro, el que se juntó para nunca repartirse. Pero el más propio y usado nombre suyo es el que significa encerrado, encarcelado, preso Así en Job, donde dice: Más preciosa es la sabiduría que el oro obrizo, leen otros que el oro encerrado, oro preso y guardado. Por nuestra cudicia piensan algunos, que con tales ansias le desentierra para darle más enojosa carcel. Por la naturaleza, que nada tan hondo ni tan cuidadosa encerró. Propiedad suya retirar lo hermoso y precioso, si no es temor de nuestra avaricia, que hasta el oro parece que la huye y teme, pues dijo el otro Filósofo que andaba amarillo por miedo de los cudiciosos. Y así, parece que se aleja dellos, y que menos le alcanza el que más le desea y procura.

Lo que pasa, como en los hombres, en los siglos; más pobres los presentes que los pasados, aunque herederos de sus riquezas y descubridores de nuevas. No sé por qué, sino porque huye de la demasiada cudicia con que le busca nuestra edad, abriendo (como dijo Plinio en la suya), por hallarle, paso para el Infierno. Pues ¿qué otra razón se puede dar de ver que las riquezas que hoy admiran en la más poderosa Corte son nada en comparación de las antiguas? De nuestra Andalucía dice Estrabón que usaban muchos los pesebres y las tinajas de vino de plata. Los mercaderes fenices, dice Diodoro que al volver de España, por no haber la plata en los navíos hicieron della áncoras. Y Plinio dice que Ciro en un despojo de Asia, sin mucho oro en vasos y en barras, halló quinientos y noventa y cuatro millones, y una fuente de plata de Semíramis que pesó cerca de mil libras. Y de Alejandro cuenta Ateneo que vio juntos docientos y veinte mil soldados con las armas de plata y los frenos de los caballos de oro, valiendo las coronas solas que le presentaron las repúblicas ciento y cuarenta y ocho millones y cincuenta mil ducados. Pitio de Bitinia dio a Jerjes un plato y una vid de oro, cuyas hojas dice Ateneo que eran de piedras preciosísimas, y que hizo

179.- Orig.: 'parece'

convite sumptuoso a setecientos y ochenta y ocho mil soldados que llevaba en su ejército, ofreciendo pagas y bastimentos para muchos meses. Las alhajas de casa, entre gente muy ordinaria se hallaban de plata y oro sillas, bufetes, bacías, cántaros y cualesquiera otros vasos, habiendo más de quinientas casas en Roma que tenían en sus vajillas fuentes de plata de a cien libras. Y no era mucho, si las piedras y perlas no intentaran quitar el precio al oro con su abundancia. Tertuliano, Doctor nuestro, dice así: Las piedras que juntan a la del oro su soberbia sacan de su seso a las matronas: alísanse con prolijidad para que resplandezcan; enlázanse artificiosamente para que adornen; horádanse cansadamente para que cuelguen y acompañan al oro vistosamente. En su tierra no se estiman tanto, porque la abundancia fue siempre afrentosa. Entre unos bárbaros, porque es común el oro, hacen grillos del y cargan a los malhechores de riquezas, tanto más ricos cuanto peores. En fin, hay parte adonde el oro no se ama, sino que se aborrece. También vimos en Roma las perlas vergonzosas delante las matronas, porque enfadaba ya su copia en los partos y medos. Si no es la causa que ya, aunque se buscan, no se hace caso dellas para enseñarlas: las esmeraldas se están en los rincones, y las piedras ricas sólo las sabe la vaina de la espada que anda bajo el brazo, y hasta en los zapatos hacen fuerza por salir del lodo las margaritas. En fin, ya tienen lleno de perlas lo que pudiera estar sin ellas, pues no se descubre.

Esto el Santo, que no es todo lo que traen los autores para probar la pobreza de nuestro siglo con los pasados, harto más rico de cudicia que de oro; fuego, al fin, y Sol que quiere ser comunicado. Y digna advertencia de los amigos de los reyes, si quieren oír lo que de Lisandro Ciro: Dichoso tú, que te dio el Cielo tan gran virtud con tan gran fortuna. Pues en nada así la pueden mostrar (según Boecio) como en la justa y cuerda distribución de las riquezas que reciben del príncipe.

Concluyo¹⁸⁰ con Dioscórides, que dijo que crecía el corazón en el hombre hasta la vejez, en quien tenía su última perfección. No disputo su verdad; pero en el propósito nos dice que el amigo es, cuanto más experimentado, más seguro. Por lo que dijo Tulio (y primero el Sabio) que es como el vino: cuando añejo, mejor; que con otra comparación más humilde dijo el mismo Orador que han de haber comido muchos celemines de sal juntos los que habían de tenerse por verdaderos amigos. Y la causa es la que dejó tan repetida: ser el único fundamento de la amistad la virtud, pues cuanto más está experimentada será la fábrica de mayor dura, y entonces a quien deberá honras y favores el príncipe, como aquel de quien conoce en largos sucesos la lealtad, la prudencia y el amor con que le acompaña¹⁸¹ en el gobierno de los pueblos.

Esto es algo de lo que se puede decir en sujeto tan retirado. V. S. perdone las faltas, que serán muchas, y aguarde para mañana otro rato de labrador.

180.- Orig.: 'Concluyó'

181.- Orig.: 'acompañan'

QUINTO DÍA

DISCURSO I

Pasa adelante mi labrador, y dice:

CON tales prendas a romper se atreve
inculto matorral, con reja aguda
que tras un terrón otro vuelque y lleve.

Primero en conocer la tierra duda,
deseándola tal que al seco agosto
le pague el alma que evapora y suda.

Avarienta, el trabajo burla, y costo,
si el grano limpio encierra por octubre
la que en arroyos diera dulce mosto.

Poco sus fuerzas el color descubre
la blanca o roja la labor merece
si en verde yerba por abril se cubre.

Bien que la negra mejor premio ofrece;
y más aquella que, recién cavada,
al hoyo propio vuelta, ensancha y crece.

Cultive mi enemigo la delgada
que con piedra sutil da paso al yugo,
o la que le detiene muy pesada.

¡Bendito aquel por quien al Cielo plugo
darle tierra a su mies que, humedecida,
la mano regaló con dulce jugo!

En ésta, al nuevo sol que derretida
la blanca nieve descolgó del cerro,
entre del toro la cerviz uncida.

Amolado en el surco, brille el yerro
que, revolviendo la fecunda masa,
tueste en polvos después de julio el Perro.¹⁸²

Libre aguarde el octubre la que, escasa,
fácilmente la poca virtud pierde
si por la fresca herida el sol la abrasa.

Aquella a quien la grama o junco verde
en vez del trigo lisonjero engaña,
el diente pase que lo corta y muerde.

Del campo estéril, a la yerba estraña
primero el fuego dé, para que grite
entre las llamas la ligera caña.

182.- La constelación Canis Major.

O, ya que oculta fuerza el suelo admite
 por el nuevo manjar que le alimenta,
 o que algún vicio en el calor derrite,
 o el fuego que lo abriga y lo calienta,
 (ablandando su humor) secreta vía
 rompe, en que chupe la raíz hambrienta.

O le endurezca el cuero, por que el día
 de los prolijos meses no le toque,
 ni de la blanca escarcha la porfía.

Si esquima¹⁸³ anciano y rústico alcornoque
 la noble tierra, levantado el brazo,
 para su ayuda la segur invoque.

Humilde baje al suelo su embarazo
 gritando el ave por el tierno hijuelo
 que al nido viene asido en un pedazo.

Con la cepa medrosa que hondo suelo
 tan larga soledad poseyó mudo,
 temple la esposa de Diciembre el yelo.

Rompa entonces el campo hierro agudo
 que de alta mies arroje parto ufano
 del que bastardo la ocupó desnudo.

A la inútil raya suceda el grano
 que dura tabla apriete con la tierra,
 y, si conviene, la industriosa mano.

Así no perderá el humor que encierra
 vuelta ligero polvo, o renacida,
 empezará la yerba nueva guerra.

Porque si bien la tienen afligida
 del pequeño ratón la troj medrosa,
 y el ciego topo que en su seno anida,
 del gorgojo voraz la hambre rabiosa,
 o la hormiga solícita, a quien hace
 de la vejez el miedo cudicioso,
 nada esperanzas de la mies deshace
 tanto como la yerba lisonjera
 que al lado de la caña fértil nace.

Desde luego es forzoso que ésta muera
 arrancada del hierro, o de la mano
 que a gran manojito dar la hoz espera.

Más dentro estoy que pensé en tratar el arte de la Agricultura, y ¡es poco difícil laberinto!
 Muchos riyeran mi miedo, a escucharme. Gran ciencia la que tiene maestros de largo sayo, cuatro
 mangas y caperuza redonda. Y aun ése es el engaño: que fiamos del esclavo o alquilado¹⁸⁴ rústico el
 arte más dificultosa y necesaria que tiene el hombre. Sin el platero y el pintor, y aun¹⁸⁵ sin el jurista,

183.- Esquilma.

184.- Orig.: 'aquilado'.

185.- Orig.: 'an'.

han sido y serán muchas ciudades dichosas; pero sin labradores, claro es que vivir ni sustentarse pueden los hombres. Aquí todos se harán de mi parte. En su dificultad, quizá también algunos de los que, con buen natural e ingenio, en asentando llanos los piedecillos en el suelo fueron tras de su padre a la haza, y agora llevando tras sí sus nietos, tropiezan en nuevas dificultades y hallan qué aprender cada día de la experiencia para acertar uno en la labranza.

Los que en ricos palacios comen la flor del trigo y tienen por ejercicio bárbaro el que lo regó con sudor en el campo, ¿qué harán si oyen a Marco Varrón? No sólo es arte (dice) la Agricultura, pero es por extremo necesaria y grande. Siendo su ciencia enseñar qué y en qué campo se siembre o plante, qué tierra o de qué modo rendirá copioso fruto.

Y ¿qué harán si vuelven a oír a Columela? ¿Quién alargara el dedo a tocar esta arte, o el pie a entrar en la escuela desta varia y estendida ciencia, que atemorizado con la desesperación no vuelva atrás y deje de comenzar lo que le parecerá de acabar imposible? Porque el que pretendiere ser docto (añade) en esta ciencia, es forzoso que entienda las naturalezas de las cosas, las declinaciones del mundo, los diferentes climas de el cielo, qué estrellas le nacen sobre el horizonte, cuáles se le esconden, por que el viento y la lluvia no le cojan con el trigo en los dedos y burlen el trabajo. Esle forzoso que adivine de cada un año las costumbres, porque no siempre todos vienen de un mismo traje, ni en todos es uno mismo el invierno que el estío, ni en todos llueve el mayo o se humedece el octubre. Y ello ¿qué ingenio, qué estudio ha menester? La variedad, después, de las tierras, su disposición, qué fruto nos nieguen y cuál prometan, ¿cuán pocos bastan a conocerlo! ¿Qué diré de las partes desta diciplina, la diferencia de las mieses y del cultivarlas, la variedad y semejanza de las tierras? En Campania es buena la negra; en África, la roja, y en Asia la gruesa. ¿Cuán diversa cultura pide el collado que el campo! Y ¡cuánta, en éste, el seco y enjuto del que cría el bosque y la grama! Si alarga, pues, la mano al árbol o a la viña, ¿qué diferencias de plantar y de enjerir! ¿Qué, de podar! ¿Quién bastará a comprehender tanta diversidad de frutas, de mieses y de hortalizas, pues hasta los prados y las inhiestas y las cañas tienen su particular ciencia e industria?

Y así, verdaderamente asombra la multitud de autores que (según él refiere) habían dejado escritos del arte de la Agricultura, como en quien cada día se descubrían nuevas advertencias de que hacer libros. Con razón, pues, temo tal golfo; pero, altas ya las velas, y teniendo de quien me oye tanta afición a este ejercicio, no me debo escusar de tocar algo, con el orden que mi labrador obligare.

La dificultad en conocer buenas tierras, algunos preceptos y señales la facilitan. Como son (más que las del color) las yerbas que con sólo su natural vigor arroja. La que fuertes y gruesas,¹⁸⁶ señala mayor virtud que la que estériles o ningunas. Levanta humos o vapores por la mañana la que encierra humedad y vida. Amasada con agua, se traba y pega la jugosa. Suéltase esparcida la arenosa y enjuta. Llegada al paladar, es digna de toda estima la que supiere dulce. Con todo, el mejor señal es la experiencia: entre el arado en aquella que ya otra vez la hoz alcanzó grueso manojo, y reciba plantas la que supo cargar los ramos del fruto. Porque ¿quién no sabe la diferente inclinación en tierras a diversos árboles? No digo en un mismo clima, sino en un mismo pago. A lo que es imposible alcance otro ingenio que el experimentado.

El primer paso que en ésta dé el labrador sea para desterrar della las malas plantas y yerbas que la tiranizaban. Entrando para el pino o la encina honda la azada, o la segur, y para la grama o juncia, el fuego que deje estiércol en su ceniza, o la punta de la reja que muerda sus raíces. Pues sabemos que Marco¹⁸⁷ Varrón, preguntado¹⁸⁸ segunda y tercera vez qué era necesario para gozar el labrador ricas cosechas, respondió dos que arar, y la última, que arar y estercolar. Lición que, como tan importante, cuantos tratan esta materia a cada paso la repiten. Porque si bien muchos

186.- Orig.: 'gruasas.'

187.- Orig.: 'Marcio.'

188.- Orig.: 'preguntando.'

enemigos tienen las mieses y plantas, y en particular las de los jardines, ninguno como las malas y viciosas yerbas que, nacidas a su lado, les hurtan el sustento y la vida. Para aquéllos juntó remedios Paladio; que si bien algunos son para reír, por su vanidad y superstición, los otros son de estimar por su curiosidad. Contaré los que me acordare, por que V. S. ría los unos y experimente los otros.

Castiga (dice) muchas veces el cielo al labrador o jardinero con nieblas o royas; pero repara su daño el humo a trechos de las pajas o ramas que cortó del mismo jardín. ¿Truenan negras las nubes y cae helada el agua en gruesos granizos? Muchos son los remedios que se ofrecen: o se cubre con paño de rosas la torta de pan, o, sangrienta la segur, amenaza con su corte al cielo, o ciñese el jardín con una cinta blanca, o, abiertas las alas, parece clavada en alto una lechuza, o unta el sebo de oso, mojado con aceite, los hierros que han de podar los arboles; pero que no lo entienda la mano que los ejercita (y este último alaba por el mejor). Contra las hormigas receta el corazón de la lechuza a la puerta de su alojamiento, o, en su lugar, orégano y zufre molidos. Contra las orugas manda humedecer las semillas con jugo de siempreviva, plantar entre las hortalizas algunos garbanzos (cosa que llama admirable para muchos portentos), arrojar cenizas de higas sobre ellas, que una doncella en su mes, suelto el cabello y descalza el pie, dé vuelta al huerto, o que en muchas partes dél se claven cangrejos de río. Los ratones, dice que vendrán a la concha en que estuviere deshecha la morca espesa, que morirán cebados con queso o pan que tengan eléboro o jugo de cohombillos amargos, o puestas en su agujero hojas de adelfa, en que, buscando salida, pongan el diente; o si no, cenizas de carrascas (con que les pronostica muerte de sarna); pero que no roerán las yerbas cuya semilla se mojó en hiel de toro. Ahuyenta las serpientes con humo de galvano, cuerno de ciervo, raíz de lirio o uña de cabra; las langostas, con rocío de agua de cohombillos o lupino amargo; con no salir la gente, o huir al punto que las vean a casa; o que algunas dellas, como por castigo, se quemem en su presencia.

Estos y semejantes remedios trae Paladio contra los enemigos del labrador; si bien de reír algunos, no de olvidar todos. Para las malas yerbas no hay otro que el cuidado de arrancarlas, ora tiernas y nuevas (como aconseja Varrón), ora más crecidas y secas. En cualquier estado se han de arrancar, quemar y destruir, pues es cierto que nacen las espinas en el campo del hombre perezoso.

Contento estoy cada día más con el cotejo de mi labrador y el príncipe soldado, pues cuando miro las figuras y símbolos que ha tenido éste entre gentes varias, ora del espeso enjambre el gallardo rey, mayor de cuerpo, más hermoso y dispuesto que las abejas sus vasallos, que a diferencia de otros tiranos, inútiles para gobernar y buenos solamente para comer la trabajada miel, lo pintó y hermoseó la naturaleza.

Juntos los capitanes del enjambre
y en la mano captivos, el que feo
y ajeno de color en talle y rostro
su malicia declara muera al punto.

Reine el mejor, que con hermosa cara
en pintadas escamas resplandece,
rico con las pajizas manchas de oro.

Así los príncipes han de exceder, como en la magnanimidad en el cuerpo, a sus vasallos, a quien basta llegar los hombros del que los rige. Como Saúl, que por alto y gentil fue escogido rey de su pueblo Y con esto pintado de más y mayores virtudes, por quien debe ser reconocido y reverenciado.

Ora la pequeña abeja con la boquilla cargada de miel dulce y el aguijón doloroso: éste que representa necesidad de justicia, y aquél continuo ejercicio¹⁸⁹ de clemencia.

Ora el toro, que animoso y con levantada cerviz, imagen del buen príncipe,

El ganado inferior defiende y guía.
Tal hizo a Agamenón Júpiter alto,
entre otros muchos héroes excelentes.

Ora el león, intrépido al acometimiento de toda bestia: obligación de los que rigen y defienden a otros. Pero en medio de esa braveza tan clemente, que en postrarse el enemigo se amansa. Antes que con la mujer, con el varón se encrucece, y nunca sino con hambre extrema pone dientes en el tierno niño: virtud la más propia de corazones reales, antes favorecer que atropellar rendidos.

Ora el águila, reina de las demás aves, de superior vuelo sobre todas ellas, con ojos para ver los rayos del Sol en su propia fuente, y de allí el humilde conejuelo entre el tomillo; ingeniosísima para cazar, pelear, criar los pollos, excluir los que degeneraron de su grandeza, renovar su vejez cansada: símbolo en todo de la alteza, comprensión, sabiduría y contemplación de un príncipe bizarro.

Ora la cigüeña, moradora de altas torres, providentísima en conocer las mudanzas de los tiempos, astuta para librarse secretamente de sus contrarios y ejecutar de noche sus deliberaciones, y sobre todo perseguidora de las culebras y animalejos ponzoñosos, pintada por imagen del buen príncipe en las monedas de Adriano.

Ora en mar turbado y borrascoso revuelto el ligero delfín en garfios de la pesada áncora.

Porque del pueblo en la borrasca grave
muestra el príncipe ser su fortaleza
cual suele ser la áncora a la nave.

Ora el desvelado piloto, que sentado en la popa, tiene los ojos en la brújula y la consideración promptísima en las velas, en los vientos, en las olas; celoso siempre y cuidadoso de la seguridad de sus pasajeros: retrato del príncipe, a quien importa tener altas las pestañas toda la noche, y aunque sentado en lo más alto, cuidar de la seguridad de su navío y de sus ciudadanos.

Ora el amoroso pastor, que desde la punta del peñasco otea y pace ovejas, ahuyenta al lobo, y de tal manera las esquima que no las destruye y acaba.

En estos hieroglíficos, y cuantos otros se pueden hallar del buen príncipe, ninguno, a mi parecer, le viene tan justo, y en particular al príncipe soldado, como el labrador. No sólo cuando alto de cuerpo, ancho de espalda y pecho recio y fuerte de brazos, vela, trabaja y sufre, sino cuando, apretada la caperuza, encendido el rostro, cargado sobre la esteba el brazo, rompe la tierra agradecida y, nacido el tierno cogollo, ya con la azadilla, ya con la mano, le arranca la yerbezuela que le desmedraba y enflaquecía. En cuya hermosa pintura aprende el príncipe a conocer la natural bondad o malicia de la tierra, de los ingenios y brazos en quien ha de emplear cuidadoso su industria y su disciplina; y a no consentir en la mies de los bien inclinados la mala yerba de los viciosos, desterrándolos de su república o ejército y arrancándolos, si fuere necesario, para que no dañe a los buenos su compañía.

En lo primero se me viene a la mano una queja antigua de labradores perezosos y de generales descuidados que la corta cosecha de las mieses deseada y las hazañas valerosas (siendo en ambas causa su pereza) atribuyen a las tierras cansadas y a los hombres enflaquecidos con la edad larga y la vejez del mundo. Materia en quien porque no veo sólo el tropel del pueblo engañado, sino los

189.- Orig.: 'exercicio'

muy llenos de grados y borlas que como confesores escrupulosos nos espantan con que la casa se nos cae encima y el mundo, puesto ya en la última edad, se acaba, pienso que la verdad y el desencanto será de gusto, he de decir lo que para este rato me acordare.

No me entremeto con los verdaderamente santos que, a imitación de nuestro Dios y maestro, ha tantos años que nos dan voces y despiertan diciendo que se acerca aquel universal fuego que ha de purificar la tierra y libarla de su mal huésped el hombre. De cuya intención mal entendida nació quizá ocasión a mil despuntados, o por mejor decir,¹⁹⁰ disparatados, para atreverse a señalar el último día. En tiempo del apóstol San Pablo dijeron unos de Salonique que en pocos años había de acabar el mundo. Lo que señaló un autor llamado Judas (según refiere San Jerónimo) para el año docientos del nacimiento de Cristo, y Lactancio parece que lo alargó a otros docientos años. Un obispo de Florencia fue más liberal, pues le dio de vida hasta el año de mil y ciento y cinco. Disparate que juntó un gran concilio, como cuentan Palmerio y Platina, y de quien no se libraron los muchos de Lutero, pues también tomó el pulso al mundo, y le pronosticó muerte para pocos años después de su infernal apostolado.

Un fraile de Paris lo tasó hasta el año de mil y quinientos y sesenta y nueve. Otro Arnaldo de Vilanova, y Ubertino Casal, se quedaron más atrás, en el año de mil y trescientos y veinte y seis. Y aunque descubrió la mentira éstos el tiempo¹⁹¹ han nacido otros que también nacerá quien los ría, por invencioneros. Nicolao Cusano, que nos da de vida hasta el año de mil y setecientos, y por la misericordia de Dios dice que se alargará treinta y cinco años más. Pedro de Aliaco¹⁹² se estienda a mil y setecientos y ochenta y nueve. Cardano, milanés, los cierra en mil y ochocientos; pero el conde Pico de Mirandula (que a su parecer se rige por mejor cuenta) resume la duración del mundo hasta el año de mil y novecientos y noventa y cuatro. ¡Maldita sea tal ambición de mostrar agudeza, que saca por fruto o risa o lástima! Así lo dice San Agustín cuando dice: Bueno es que lo que Dios no quiso, ni aun por indicios, descubrir a los Apóstoles, que se lo preguntaban, piensen ellos que se los revela; y así, por justo castigo, todos los que se han metido en esta cuenta han sido tenidos hasta agora por falsos y embusteros. Yo me lastimo dellos, pues a trueque de hacer vana ostentación se olvidan que, por boca de Cristo, a toda pura criatura está vedado el saber la hora, el día, y aun el tiempo del Juicio final, que el Padre guarda en su potestad.

Muy otro es el intento de los Doctores santos, pues cuando dicen que viene la hora postrera entienden el último tiempo y siglo; y la edad última, que empezó en la venida de Cristo; que como a la ley de naturaleza siguió la escrita, y a ésta la de gracia, a quien no se ha de seguir otra, se llama con razón la postrera. Deseando con esto despertarnos a vivir santa y religiosamente, huir los vicios y abrazar las virtudes, ceñidos siempre y con las velas en las manos aguardando al Esposo. Si no era en algunos su pensamiento que como el soldado que vela la ciudad temerosa, en descubriendo de la garita el navío, sea el enemigo cualquiera, da voces y toca al arma, así estos santos varones, en viendo un Diocleciano, un Majencio, un Mahoma, un Lutero, gritan a priesa y nos avisan que viene el perseguidor del día último. Y dicen¹⁹³ bien, pues son ministros suyos que nos procuran el mismo daño. De ningún modo, en fin, trato agora deste entierro, o, por mejor decir, resurrección del mundo, en quien el hombre no vivirá sobre la tierra, pero revivirá para pisar el cielo, y la tierra no contará tras el marzo el abril en que se vista de hojas y flores, pero quedará más florida y hermosa que en cuantos abriles hasta allí ha tenido, pues a quien escudriña las fuerzas de naturaleza poco importan las mudanzas que en ella puede a su voluntad hacer la mano de la Omnipotencia divina.

190.- Suplo 'decir.'

191.- Orig.: 'tiempos.'

192.- Pierre d'Ailly.

193.- Orig.: 'dize.'

Ni menos me entremeto con los pocos que, confesándose ellos mortales, se alegran de creer que el mundo no lo sea, como si fuera consuelo dejar grandes palacios de mármol perpetuo el que se arroja en el olvido de la sepultura. A éstos, si bien no nos habían de ser contrarios, pues quien hace el mundo tan durable en nada está obligado a consentir que se desminuya, con todo eso no los quiero a mi lado, pues bien flaca será la ayuda de quien asienta el pie en tal engaño.

Y no porque tengo estos enemigos menos me quedan pocos. Ruego a Dios que, puestos en campaña, no me esté bien pedir treguas o confesarme rendido sin desnudar las armas. Los primeros vengan y pasen por esto un escuadrón de viejos filósofos cuyo capitán fue Trimegistro, a quien pareció que al mundo había de abrazar Dios algún día y consumir con fuego, obligado de su vejez y de las culpas de los hombres. En que descubren haber creído que el mundo se envejecía y que los años que por él pasaban le hacían impresión y mella. Y aun Aristóteles puede venir en esta hilera, pues si bien afirmó que el mundo había de durar siempre, era curándolo Dios y remozándolo cuando conviniese, o con baños de diluvios o cauterios de incendios. Y lo peor es que tras dél viene el buen viejo de Córdoba, Séneca, cuando escribe a Marcia que todos los animales y plantas los ha de ahogar el agua y abrazar el fuego, quedando en la tierra virtud para renovarlos y reproducirlos. En qué sazón y tiempo se debía hacer esta cura (enseñados de los caldeos, que la atribuyeron los primeros a virtud de estrellas), Aristóteles lo señaló acabado su año grande, siempre que el Sol y los Planetas, dada vuelta al firmamento, tornasen al punto de su principio, que Séneca explica: cuando todas se junten en el signo de Cancro.

No nos importa esto: impórtanos tener de los enemigos los menos; y como para éstos baste la verdad tan cierta de que la generación de plantas y animales no ha de cesar hasta el universal fuego del día último, y entonces no ha de ser para que renazcan y broten nuevas, sino para borrarlas y consumirlas (de donde se ve cierto que no vendrá aquel incendio por la vejez del mundo, sino porque no serán necesarias las alhajas en casa que, mudado a la propia y perpetua el hombre, ha de quedar vacía), deo para de aquí a poco una buena batería, cuando pruebe que el fuego postrero tendrá solamente causa en el poder divino, y que, a no enviarle Dios, tiene hoy el mundo en sí, recibida de su mano, bastante virtud para durar siempre.

Apenas vencidos éstos ya asoma otro escuadrón de harto más valientes, que son declaradamente nuestros contrarios. El primero pienso que es Homero, a quien siguió por capitán Juvenal, cuando dijo:

Ya el humano linaje descrecía
cuando Homero vivió, y agora el cielo
¡cuán malos hombres cría, y cuán pequeños!

Virgilio, ¿quién dudara que había de sentar plaza con tal capitán? De un hombre de estatura antiguamente ordinaria cuenta que arrojó una piedra

Que apenas doce hombres la movieran
de los pequeños que este tiempo nacen.

Por parecerle que eran entonces todos tan grandes que la posteridad

Se admiraría al encontrar sus huesos.

Plinio, sin ser poeta, nos piensa poner el pie al cuello con la experiencia; que da cada día (dice) hombres de menor estatura y cuerpo, y hallándose pocas veces hijos mayores que sus padres. A la sombra destes bravos (y más llevando en su compañía el favor de un buen Médico) que en dispu-

tas de naturaleza merecen ser los mejores oídos, no sé filósofo que no haga tropel y, enristrada la pica, se prometa victoria.

Aun Dios y en hora buena, si no fueran más que éstos los enemigos, a quien se puede sin peligro perder el respeto; pero ¿qué haré viendo asomar infinitos Padres, infinitos Doctores, y santos muchos dellos? Para temer es del más animoso semejante ejército. Veamos las armas de todos, y escogeremos después lo que nos esté mejor, o rendirnos o dar a partido. Las primeras son tomadas de Aristóteles, obedecido de cuantos después dél han escrito, que por la mucha semejanza del mundo y el hombre, al uno llaman mundo grande, y al otro, mundo pequeño. De donde S. Agustín dividiendo éste en seis edades, divide también el primero. Y San Gregorio tomando el pensamiento más despacio, hace este discurso: Así como en la mocedad tiene vigor el cuerpo, está sano y fuerte el pecho, tiesa la cerviz, llenos los brazos, y en los años viejos el cuerpo se acorva, la cerviz declina, la voz enflaquece, y aunque falte accidente la misma salud del viejo es enfermedad, así el mundo en sus primeros años floreció como en juventud, fue robusto para propagar al humano linaje, estuvo hermoso con la salud de los cuerpos, grueso con la opulencia de las cosas; y ahora, como en su vejez se deprime, y como cercano a la muerte menudean las molestias y trabajos. A que añaden los filósofos que así como el hombre, por ser compuesto de cuatro humores contrarios, cada día consume y pierde algo de la virtud primera, de donde necesariamente camina a la muerte, así la criatura del mundo (dice Orígenes), compuesta de cuatro elementos contrarios, en sí misma se corrompe; y como quien tuvo principio y ha de tener fin, es forzoso que antes de corromperse todo se enflaquezca y desmaye.

Las segundas armas¹⁹⁴ se pueden tomar de Séneca, que compara al hombre la tierra por que así como en nuestro cuerpo hay venas y arterias, aquéllas que guardan la sangre, y éstas los espíritus, así en la tierra hay caminos por donde la penetra ya el agua, ya el espíritu del aire. Así como en las venas corre la sangre, o hasta que sale toda o hasta que se le cierra la puerta, así en la tierra corren los arroyos hasta que cesa el licor o se le impide la salida. Como en nosotros hay huesos duros, carnes blandas; en la cabeza, cerebro, en los huesos, médulas, así en la tierra son duros los metales, blando el betún. En que se conoce la mucha semejanza que tiene con el hombre. De aquí parece que saca argumento San Agustín, diciendo que estaba decrepito el mundo, pues padecía tan graves enfermedades. Enfermedad del mundo es la hambre, enfermedad la pestilencia, y San Cipriano concluye que no es posible que el mundo viejo goce de tanta fuerza y virtud como, recién criado, en la juventud vigorosa, pues con razón se llamaba moza la tierra cuando

Ella misma, liberal,
ricos frutos ofrecía
que ninguno le pedía.

De donde nació la común distinción de las tres edades: una de oro, en que, por la mucha fertilidad, los frutos eran del que primero les alargaba la mano, sin temor de otra alguna que violentamente se le antepusiese, por ser tan copiosos que sin necesidad de sudor humano los producía en todas partes la tierra fertilísima. Otra de plata, en que se abrieron los sulcos y encerraron las espigas en las trojes, se comenzaron a perseguir las fieras, enredar los peces, engañar las aves, enlazar los ciervos y uncir los toros. La última, de hierro; así porque en ella se comenzó a forjar en largas puntas que travesasen pechos de hombres, como porque se dividieron los reinos, se cercaron los muros, se robaron las casas, se huyó al cielo la justicia y se avecindó en la tierra la torpeza y la codicia. Lo que se esfuerza grandemente con haber dicho la suma Verdad Cristo que cuanto más

194.- Orig.: 'aamas'

el mundo se acercara¹⁹⁵ al fin tanto más se había de marchitar la virtud y florecer el vicio. De quien enseñados (¿qué no dijo San Pablo? ¿Que no han dicho los Santos todos?) que serán los hombres engañadores, hechiceros, avarientos, mentirosos, adúlteros, estrupadores, ladrones, perjuros, maldicientes; los pastores serán lobos; los religiosos, la misma cudicia; los poderosos, desapiadados, los jueces, injustos, y facilísimos a admitir cohechos. Y concluyo con Orígenes (que parece tomar la voz de cuantos hablan esta materia), cuando dice: La tierra va faltando en sus frutos, y cuando llegue ya su última vejez, como producirá árboles estériles engendrará hombres sin juicio.

Y si estas razones pueden padecer escusa o sutileza de ingenio (que no será poco), ayuden las divinas Letras. En quien es infalible que como el hombre ha de resucitar algún día, los cielos (¿quién ve su firmeza!) se han de gastar y desmoronar, se han de enflaquecer como enfermos, doblarse como hojas de libros y deslizar como el agua; porque aunque son obras de Dios (dice David) han de perecer, se han de gastar y romper como el vestido. Si los cielos, pues, están sujetos a vejez y muerte, ¿qué hará la tierra? ¿Qué harán los elementos? ¿Qué hará el mundo? El cielo se desvanecerá como humo y la tierra se deshará como la vestidura. Están sujetos a vanidad los elementos, que se destrabarán (añade San Pedro) con el verdadero calor del último día, y, al fin, pasará su edad el mundo (dice San Juan). ¿Quién, pues, se ha de advertir a despegar los labios contra verdades tan fuertes?

Si venimos, pues, al hombre, de quien, como parte principal, se puede tomar para los demás argumentos, cierto es (de voto de todos los médicos) que el húmedo radical que una vez se pierde nunca igual se restaura. De donde se sigue que los padres no puedan repartir en la generación a sus hijos tanta virtud y vigor como ellos algún día tuvieron, siendo más flacos y débiles varones que cuando muchachos y más viejos que cuando varones. causa forzosa por que suceden siempre hombres menos robustos y fuertes, como lo palpa la medicina en las ocasiones que encuentra a Galeno purgando los cuerpos humanos en su edad con tanta cantidad de eléboro y escamonea, que hoy mucha menos derribara a la naturaleza más gallarda y condenara por temerario al médico. Mudanza que no puede tener otra causa que la que ha habido en los hombres, tanto más agora débiles y flacos, y tanto más mal acomplejionados, cuanto más perseguidos de enfermedades, no conocidas entonces, que con el tiempo han nacido, y para los que después vinieren nacerán otras nuevas y mayores. De tanto mal, sin duda es ocasión la muda carcoma de los años, ayudada de la esterilidad y desdicha que poseyó la tierra en Diluvio, cuando, bañada por tantos días de las saladas aguas del mar, perdió su fertilidad primera, y salitrosa y estéril hubo menester mayor golpe de brazo y más agudo yerro para responder con algún fruto.

Y ése en la calidad tan otro, que se determinó Dios, por recompensar algo, de conceder licencia al hombre de comer las carnes de las aves y animales, sustento que tan vedado le había sido. Y, con todo eso, fue desde entonces decreciendo tanto, que la vida, cuya marca antes había sido de ochocientos años, y de novecientos, ha venido a resumirse en cincuenta.

¿Qué diré de los cuerpos reducidos a tan breve y pequeña estatura, de aquella mostruosidad que tuvieron antiguamente? ¿Qué fuerte parece esta última batería! Porque si no queremos desquiciar o negar la santa Escritura, grandes eran antiguamente los hombres; no solamente que pareciéramos hoy a su lado langostas, sino mucho más espantosos y disformes. Éstos dice Casiano que llamo Moisés gigantes: hombres robustísimos, violentísimos, atrocísimos, cuya grandeza de cuerpo se igualaba a su crueldad y malicia. Y San Teodoreto cerrando la puerta a cuantas otras interpretaciones se pueden inventar, confiesa que cuando oye que Enac fue de casta de gigantes y que Ogo dormía en cama de yerro larga en nueve codos y en cinco ancho, y que dice Dios (por el Profeta) que era el Amorreo tan alto como un cedro, tan fuerte como una encina, que no se puede negar haber sido voluntad suya criar hombres de tan descompasados miembros. A esto da

195.- Orig.: 'acercará'

antigüedad Beroso,¹⁹⁶ y mucho más los huesos que nos guardó la tierra para testigos, como cuenta Plinio del cuerpo que se descubrió en Creta, de cuarenta y seis codos alto, y el Obispo de Ávila dice otro que se descubrió el año de ochocientos, tan alto que con la barba llegaba a los muros de Roma; con nombre aquél de Orestes, y éste de Palante. Y como testigo de vista afirma San Agustín de una muela tal que, quebrada, pudiera hacer ciento de las que en su tiempo se usaban; que debía ser como las que hoy guarda Anvers de su fundador gigante,¹⁹⁷ o la que Valencia venera por reliquia de San Cristóbal.

Y por que no creamos que hubo cualquier algún gigante solo, nacido monstruosamente y para ostentación de la naturaleza, sino que (como dice la Escritura) les venía de casta. Adám nuestro Padre, después de parecer justo que fuera el mayor de cuantos hombres han nacido, en los libros de Josué se escribe que era el mayor de los gigantes. De modo que ellos se podían llamar más verdaderos hijos de Adám que nosotros, que degeneramos de su grandeza y virtud por la vejez del mundo y los años.

Siendo, pues, esto así (dejada la inmensidad de los poetas que nos cuentan maravillas, aunque no en todo tienen tanta licencia de fingir mentiras), si vemos grandes antiguamente los hombres cuanto hoy pequeños, la guerra perpetua de los elementos contrarios, la mudanza de los tiempos, de las costumbres y las vidas, ¿por qué no diremos (con el corriente de cuantos ingenios hasta hoy han nacido) que el mundo y el hombre, cuantas más edades pasan más se enflaquecen y disminuyen?

DISCURSO II

SEA Dios conmigo! Creo que fuera mejor consejo o retirar el pie o, mudando pensamiento, confesarme vencido. Y más cuando hallo sólo a mi lado un Flamenco,¹⁹⁸ que por no advertir quizá en la fuerza de las armas contrarias, no volvió el rostro y escusó el peligro. Temeridad parece; pero ayúdeme el Cielo, que en materia de naturaleza licencia tengo, y aun obligación, de afirmar que hay Antípodas y que se habita la Tórrida Zona, aunque la antigüedad lo negase. Antes lo que entonces fue poca culpa, por la falta de historias, en mí fuera obstinación, por los infalibles testigos, cuanto más siendo mi intención ver si puede creerse la opinión contraria, que tan desacreditada está en el mundo. Y paciencia, Señor, si se ofrecieren varias cosas; que en todas podrá ser que halle gusto el entendimiento.

Al primer paso nos ponen ceniza en la frente y obligan a dar de ojos en nuestra mortalidad, pues concluyen que como el hombre es mortal y tiene necesariamente fin, por ser mezcla de humores opuestos, así lo es el mundo, por la que encierra de elementos. No advirtiendo que en nosotros la contrariedad nos necesita a la muerte, y la del mundo a la corrupción de unas cosas para engendrar otras, en que consiste su perpetuidad.

Que no sea la fábrica del hombre perpetua, sino que antes le sea forzoso venir a tierra algún día y dar el cuello a la ley inexcusable de la muerte, loco estará quien lo olvidare, pues no es posible, adonde más mozos y más robustos, acompañamos cada hora a la sepultura. La ocasión está en nosotros mismos, por la enemistad de los humores, que hicieron treguas y breve paz para engendrarlos, y siempre como enemigos persiguiendo el uno al otro, cada cual por su parte procura la

196.- Orig.: 'Berroso.'

197.- Druoon Antigoon.

198.- Johannes Goropius Becanus. En V-IV el Autor le llamará 'mi Padrino'

victoria; y aunque puede acaecer que alguna vez estén tan bien¹⁹⁹ medidos y de partes tan igualmente compasadas que en muchos años no se reconozca ventaja, al fin al fin, guerreando siempre el calor con la humedad, los dos vienen necesariamente a consumirse y perderse.

Donde entenderemos, de paso, de qué modo, en razón del morir, crio Dios al hombre y qué nos merecimos nosotros por el pecado. Porque evidente parece la verdad de San Agustín; que así como el hombre salió de las manos de su Autor hecho de tierra y compuesto de contrarios, salió obligado a la muerte. Y mortal legítimamente debía llamarse, pues ¿quién duda que el que tenía necesidad de comer y beber pudiera matarlo la sed y la hambre, y que alma alojada en sujeto tan amigo de novedades había de causar hastío, y tener a las espaldas otro Dueño que le diera prisa y echara de casa? Si era, pues, el hombre mortal, ¿cómo le puso Dios la muerte por pena de su delito?

¿Cuánto debemos a los santos que tan bien²⁰⁰ nos trasnocharon tantos secretos! La primera masa del hombre corruptible era inmortal, ¿quién lo duda?; pero envistióle Dios en su divino aliento un alma con virtud y vigor muy sobre su naturaleza, y tal que pudiera conservar el cuerpo sano, entero, inmortal, los años las edades, los siglos que quisiese. Esta fuerza y valor del alma era gracia, era liberalidad y franqueza de Dios, y así, quitándosela después en pena y castigo, quedó necesariamente sujeto a la muerte. Y si esto no se deja de todo punto entender, digamos que, durando inocente el hombre, conocería así las virtudes de las plantas, que repararía con ellas todo lo que la guerra del calor natural destruyese, aprovechándose particularmente del árbol de la vida, en quien puso Dios virtud de renovarla y perpetuarla para siempre. O si no, caminando más llano, digamos que el hombre con la bondad de los mantenimientos, el favor de las medicinas y la celestial virtud del árbol venturoso sabría conservar la vida por muy largos años, en que Dios tendría cuidado, antes que llegara la muerte, de prevenirla y traspasar al hombre a la vida inmortal de la bienaventuranza. De cualquiera modo, nos trajo el yerro de nuestro Padre la necesidad del morir con dejarnos solos y sin las mercedes que Dios nos hiciera en la guerra de los enemigos de que somos mezclados.

El mundo es diferente, no porque intente persuadir que se reduzga a sólo un elemento simplicísimo, el aire (su principio, en quien todos los demás, que en rigor no lo son, se recogen y se resuelven), aunque quizá pudiera, sino porque si bien al hombre y al bruto la mezcla de contrarios obliga a que algún día perezcan, es sin duda no pereciendo el primero y principal sujeto en que se aposentaban sus formas, ni quedando un punto vacío de otras que le entran de nuevo, dispidiendo las cansadas y antiguas.

El mundo que bajo de la Luna abarca estos cuatro elementos y las demás criaturas que dellos se amasan y conciertan, necesario le es, por la variedad que encierra de contrarios, que en algunas partes se corrompa y altere; pero quedando sano y entero el primer sujeto, común a todos, naturalmente incorruptible y que nunca supo estar vacío y solo. Y así como el acabarse una no es para el mundo perderse, sino renovarse, en ninguna cosa se disminuye, ni tiene que tener fin, sino antes prometerse perpetuidad por sus mudanzas continuas. Enemigos son, y contrarios, los cuatro elementos: cada cual procura entrarse en la jurisdicción del vecino y convertirlo en sí mismo, si pudiera. Trabaja el fuego por desecar el aire; el aire, por calentar al agua, y el agua por humedecer la tierra. Y algo efectúan a veces de su intento; pero nunca pueden vencer en todo, sino antes el que por una parte es vencedor, por otra escapa vencido, y así, es imposible que todo se reduzga a ser tierra, agua, aire o fuego. Y lo es así que el mundo se acabe por la misma razón, porque es de contrarios y enemigos compuesto, siendo su batalla y pelea tan concertada y medida, que antes se debe llamar amistad y concordia; no sólo porque se hermanan y dan los brazos, cada cual con el que tiene más cerca (la tierra y agua, ambos son fríos; el aire y agua, ambos son húmedos; el aire y

199.- Orig.: 'tambien'

200.- Orig.: 'tambien'

fuego, ambos son calientes), sino que, más como hermanos que como enemigos, cada uno deja por una parte perder lo que por otra gana.

Esta buena correspondencia pintó admirablemente el divino Boecio. Dichoso yo si en algo imito su elegancia:

Esta concorde amistad
los elementos ajusta,
y hermana, aunque en guerra justa,
lo seco con la humedad.

A los fríos con la llama
junta en amorosa unión,
vuela el fuego a su región
y el centro a la tierra llama.

Por esta causa el verano
espira claveles rojos,
y de Ceres los manojos
coge al estío el villano.

Al otoño el ramo abaja
con fruto el camueso tierno,
y las nubes el invierno
en nieve y lluvias desgaja.

Este orden que porfía
todas las cosas rehace:
unas da y otras deshace,
unas mata y otras cría.

En que se nos enseña lo que encarece San Agustín cuando dice que como en la elocuencia la consonancia de los contrarios y opuestos en las palabras da hermosura y adorno, así (como en divina elocuencia de cosas) se compone la belleza y perfección deste siglo de la oposición de sus contrarios. Lo que basta para conocer que no porque el hombre se llame mundo pequeño por cifra de las perfecciones del grande, si aquél por ser mezcla de varios humores está sujeto a corrupción lo ha de estar éste, a quien la misma contrariedad de elementos lo sustenta y perpetúa. En que se colige el intento de la antigua Filosofía dividiendo el mundo en edades y juzgando siempre por de peor metal la presente, o porque todas las monarquías comenzaron en templanza y humildad y acabaron en soberbia y lujuria, o por condenar los Sabios (como es su obligación) los vicios de su siglo, no desconociendo los muchos que en todos se han llorado. Por lo menos no constando cuándo ha de ser la muerte del mundo, y constando que será algún día, no por enfermedad o causa natural suya, sino por suprema voluntad del Dueño. Apenas le dieron años de mozo cuando ya le hicieron decrepito, y habiendo él durado poco más de seis mil años, haya tres mil que nos le pintan con los últimos parasismos; cuanto más que el imaginar que la tierra ha rendido frutos sin cultivarla, que han sido los bienes y las posesiones comunes, que han faltado vicios y que se ha gozado la edad fingida de oro, si no se entiende el corto rato que nuestros Padres vivieron sin perderse, es manifiesto engaño. Como el que sueña Ovidio del siglo dorado de Saturno:

Aquel verano que duraba siempre
Júpiter acortó, y partió el tiempo
en invierno y estío, y en otoño:
desiguales dio el año cuatro espacios.

Pues el orden de los tiempos, diversos según la diversidad de los climas, la rueda invariable de las cosechas y semillas de los frutos y flores, natural es a la tierra desde su principio, y eterna cuanto en sí es lo prometió Dios al hombre, por asegurar sus miedos, después del Diluvio. No descansará (dijo) jamás la semilla y la mies, el invierno, el otoño, el estío y el verano, el día y la noche; porque esta contrariedad de tiempos, así como la de los elementos, conserva y hermosea el mundo (dice San Ambrosio) como la armonía que se levanta de los concetos graves y agudos, siendo la humedad del uno a propósito para producir las plantas y frutos que, maduros con el calor del otoño, arrojan semillas de quien nazcan sus semejantes.

Por esta causa, como Séneca comparó la tierra al hombre en la fábrica corporal (no en la necesidad de corrupción), otros la comparan a la mujer y la llaman madre; y Filón condena a Platón porque dijo que la tierra se parece a la mujer, debiendo decir que la mujer se parece a la tierra. Por cuya ocasión (añade) se ha llamado siempre la madre común la Frugífera, la Pandora, como causa que es de la perpetuidad de las plantas y de los animales. Y Plutarco le dio el mismo nombre de madre, llamando al cielo padre, como quien con sus influencias la fecunda para que, preñada de su virtud, arroje los partos de las criaturas. A que añade Macrobio que el padre los dioses, Saturno, es el cielo, y la diosa Ope la tierra, llamado aquél así porque da la semilla de las cosas, y ésta porque las concibe y produce en plantas y frutos. Por cuya ocasión adoraban a esta diosa (dice) sentándose en ella y tocándola, como en reconocimiento que era la madre general de los mortales. En que se olvidó de la antigua costumbre que cuenta Varrón: que en naciendo los niños los tendían y postraban en la tierra desnudos, y da la causa San Agustín: para que como su verdadera madre los amparase y recibiese. Si no es mejor juntar las dos comparaciones y llamar a la tierra hombre y mujer; que no será nuevo, pues, según el mismo Varrón, se llamaba Tellus por la virtud que como madre tiene de producir los frutos, y Tellumón de la que tiene en granar y arrojar las semillas con que de nuevo fecunda, las reproduce y engendra. Los dos dioses que le dieron por compañeros, uno que cría las cosas que de la tierra nacen y otro que las vuelve al mismo vientre de donde salieron. Pensamiento que ocupaba a Lucrecio cuando llamó a la tierra madre general que todo lo cría y sepulcro a quien todo vuelve. Los imaginativos, pues, que piensan ya que se nos cae la casa encima y que el mundo se consume y envejece, miren el árbol, que apenas madura las frutas cuando deja caer el granillo de que nace otro nuevo; y miren la tierra, que si como sepultura esconde al viejo, allí mismo como madre empaña al niño.

Dicen que, como en edad decrepita, padece el mundo enfermedades de hambres, de guerras y de pestilencias. Pudiera responder con la misma queja que traje de los santos antiguos de mil años; y tras tantos el mundo no se ha²⁰¹ acabado, sino que en muchos gozó y goza abundancia, paz, salud, libertad, y reposo. Pero responda por mí el buen Lipsio: ¡Infelicísima llamas esta edad? ¡Qué antigua canción! Lo mismo dijo tu agüelo, lo mismo tu padre, lo mismo dirán tus hijos y nietos: es natural al hombre mirar de hito las cosas tristes, sin reparar en las alegres. Como la mosca, que en los lugares limpios toca de paso y en los asquerosos se ceba, así nuestra alma quejadora por la buena suerte pasa ligera y se detiene en la áspera. De aquí nace parecernos siempre que los pasados gozaron mejor siglo, porque nuestras miserias nos duelen, las tuyas ni las sabemos ni las imaginamos. O si no, ¿qué hambres han visto nuestros tiempos que no las hayan visto los pasados mayores? Y porque las del pueblo hebreo a cada paso las oímos, en tiempo del emperador Honorio fue tanta la carestía y hambre en Roma, que, abriendo ya las bocas unos para otros, se oyó en la plaza aquella cruel y lastimosa voz:

Pon precio a la carne humana.

201.- Suplo 'ha'

En vida de Justiniano, entrando a Italia los godos, llegó su extremo a que en sólo Piceno murieron cincuenta mil hombres de hambre, sirviendo a cada paso de manjar, no sólo las carnes de los hombres, sino sus heces y excrementos. Donde se hallaron dos mujeres (tiemblo al decirlo) que de noche mataron con engaños y comieron diez y siete hombres (muertas ellas después del decimo octavo, que les caló la intención). Aquí se pueden añadir las dos hambres que cuenta Eusebio: una general en todo el mundo en el imperio de Tiberio Claudio y en vida de los Apóstoles, y otra particular en Armenia en tiempo de Constantino. En quien no sólo las carnes humanas y los excrementos comían, sino que, vestidos de sedas y brocados, quedaban infinitos hombres y mujeres muertos de hambre en las calles, en cuyos cuerpos cebados los perros (por no haber quien los enterrase), daban tras los vivos; tanto que fue forzoso a los pocos que quedaban cobrar ánimo, antes que para enterrar a sus padres, para matar los perros que los perseguían.

De las guerras y sus muertes, nos reiremos de las que hoy se representan en este teatro del mundo. Si volvemos los ojos a los siglos pasados, ya²⁰² de los judíos y sus destrucciones apenas hay letras para su número. En sólo un día murieron en Jerusalén un millón de hombres y fueron presos noventa y siete mil. En diferentes ocasiones se cuentan muertos un millón y docientas y cuarenta mil personas. ¿Quién contará las guerras de Grecia? Plutarco; que de una provincia que sujetó al mundo con ejércitos copiosísimos, cuenta que llegó tiempo que en toda no podía juntar tres mil soldados, que antes los daba la más pequeña aldea. ¿Quién las de Roma? No caben en muchos libros. Sola en la guerra africana murieron quince veces cien mil hombres; en las civiles de Pompeyo, trecientos mil. Solas las manos de César, se alaba que mataron un millón y ciento y noventa y dos mil, en diferentes ocasiones. Es prolijidad querer dar número a las muertes que hicieron los romanos en Europa y África; a las que después los godos, tras ellos los turcos, y últimamente los españoles en el Nuevo Mundo.

¿Qué diré de las pestilencias? Reinando David murieron en Judea setenta mil personas en solos tres días. De Costantinopla se sabe peste que duró años, y morían cinco mil el día que menos. Una peste de África asoló a Cartago y derribó en los lugares de su costa docientos mil cuerpos; en Útica, treinta mil, y en Numidia ochenta mil, de solos soldados que estaban en ellas puestos por presidio. De Grecia cuenta Zonarás que no se hallaban vivos que pudieran enterrar los muertos. Y Petrarca, de Italia cuenta otra, que de cada mil hombres no dejaba diez vivos. Lo cierto es que, o para ejercitar al bueno o para despertar al descuidado o para castigar al rebelde, y muchas veces para mostrar Dios su inmensa sabiduría; porque tiene por mejor (dice San Agustín) sacar de los males bienes que dejar de consentir algunos males.

Pudiera imaginarse que para conservar el mundo y hermosearlo. Puede muy bien no sólo imaginarse, pero creerse; porque crio estas cosas humanas con tanto peso y medida, que el sobrar o faltar algo amenaza su perdición. Con sus linderos y términos, la tierra, el mar, el cielo, con todos los animales en cada edad y cada clima, y del mismo modo los hombres, los pueblos, los reinos; que de otro modo turbaran esta máquina y orden del universo. Y ellos parece que algunas veces intentan traspasar la ley que se les ha dado de crecer y de aumentarse. Los hombres, ¿quién no ve que más apriesa nacen que mueren? Tanto que un solo padre suele alcanzar el gozo de cien hijos y nietos sin que la muerte le esquime dellos una docena en su vida. ¿Cuánto crecieran los ganados si cada año no les menguara en buena parte la carnicería? Las aves y los peces, en corto tiempo llenaran el aire y el agua si de sí mismas no padecieran guerra, y de los hombres lazos y asechanzas. Cada edad presume levantar pueblos y ciudades. ¿Dónde cupieran, si no hicieran lugar a las nuevas el fuego y el cuchillo? Meta, pues, su hoz la muerte en esta mies viciosa; que, a no hacerlo, ¿qué región nos tuviera? ¿Qué tierra nos sustentara? El perecer, pues, alguna parte desta máquina es eternizarla toda y es añadirle hermosura, pues ninguna hay sin variedades y diferencias. Hermo-

202.- Orig.: 'y a'

sísimo es el sol; pero que lleve delante la oscura noche. Amenísima la primavera; pero después del invierno erizado y aquellas llanuras de hielo y nieve. Quita el invierno y la noche, y quitas el gozo del verano y la luz. Muchas cosas añade el autor deste discurso, y al fin concluye con su aficionado Séneca: El varón que presume de sabio no se queje si en algunas calamidades generales recibiere daño, considerando que pertenecen a la conservación del universo y con ellas el mundo perficiona su naturaleza y su curso.

Si paso a tratar de los vicios, no puedo negar que las voces de los predicadores santos que en cada tiempo y edad condenan los de entonces cumplan con su celo y obligación, por lo mucho que los lastima y mueve tratar con las manos sus demasías; pero si vuelvo los ojos a los siglos pasados y con luz de las historias contemplo costumbres, sin duda hallaré muchas viciosas, a que por lo menos no exceden las del nuestro. Ya²⁰³ los primeros hombres que pisaron la tierra (discurso que cualquiera ingenio pudiera estender horas, y yo pondré el trabajo en acortarlo) a lo que primero levantaron los ojos fue a lo vedado, y las manos²⁰⁴ al delito. Nacen de los primeros padres los primeros hermanos, Caín y Abel. Sacrifican a Dios, éste los corderos y aquél las manzanas y las espigas. Parecele al uno que se recibe menos bien su ofrenda: muérdese las manos y aráñase el corazón (¡qué invidia!). Disimula la rabia, riése con su hermano, échale el brazo al cuello y sácale con regalos fingidos al campo (¡qué engaño!). Siéntase a su lado, y en el mayor descuido toma una piedra, levanta el brazo, hiérole en la cabeza y mátale (¡qué traición!). Ase del cuerpo, súbele al hombro, despiñale de un barraco (¡qué maldad!). Pregúntale Dios por él, y dice que no sabe (¡qué mentira!). Convéncele Dios, y desconfía de su misericordia (¡qué desesperación!). ¿Tantas maldades juntas enseñó la larga sucesión de los años, o la desdicha nuestra?

Estas mismas manos que se ensangrentaron en tan inocente vida fueron las primeras que levantaron muros, edificaron ciudad y encerraron en una puerta muchas familias; que las demás ciudades que cuentan por primeras los gentiles yerran, nacido de falta de esta Sagrada Historia su engaño. Divinas consideraciones haría S. Agustín cuando, acordándose del fundamento desta primera ciudad, la compara a la principal del mundo, Roma.

Cuyos primeros muros se bañaron
con sangre de otro hermano.

Yo considero que si la primera muerte, y tan injusta, fue en el campo, y la primera mezcla trabó las piedras de las grandes ciudades se amasó con sangre tan inocente, ¿dónde no temeremos de encontrar pecados?

Esta primera ciudad, que tuvo tal fundador, tuvo mucho peores ciudadanos, pues a ojos (¡qué dolor!) de Adán y suyos brotaron sus delitos infinitos, mayores guerras, muertes, robos. Y si merece crédito Beroso, en esta gran ciudad de gigantes que tuvo la monarquía del mundo, confiados sus moradores en la grandeza del cuerpo y en los robustos brazos, afilaron puntas al yerro para matar a otros, inventaron instrumentos de música para su deshonestidad y torpeza (tápese ahora V. S. las orejas), comían las carnes humanas, partían el vientre de la triste madre y de entre las blancas telas pasaban el mal formado hijuelo a las brasas y a la boca, mezclábanse incestuosísimos a sus hermanas, a sus hijas y a sus madres. Y no solamente les juntó la torpeza a los varones, sino a los brutos, sin que pueda imaginarse maldad que no la ejercitasen, apresurando con sus impiedades la divina venganza (hasta aquí Beroso). Multiplicaron los hombres, y multiplicáronse a su paso (dice San Ambrosio) los vicios, con tal extremo que no halla palabras Moisés, ni exageraciones que basten. Mil veces repite (advierde un Doctor) la corrupción de los hombres de aquel tiempo para

203.- Orig.: 'Y a'

204.- Orig.: 'manus'

señalar algo del aumento que tuvo la maldad. Ya dice que la tierra se había corrompido delante del Señor; ya que se había llenado de iniquidad, ya, que toda carne había corrompido su camino. Lo que, por si no creímos a Beroso, explica San Pablo casi con sus palabras mismas. Y ¿qué mayor argumento que en tantos hombres como estaban repartidos por el mundo, el día que Dios destapó los caños del Diluvio sólo se hallase (dice San Agustín) Noé que fuese justo y que mereciese escapar, aquí del agua, y en la eternidad, del fuego del Infierno?

Ahogáronse los pecadores en aquel turbión de olas, pero no el pecado, pues de Noé, varón inocentísimo, nació Cam perverso. Apretó un racimo de uvas el santo viejo, bebió el sabroso mosto que le rindió al sueño, en que, descuidada la ropa, le descubrió descompuesto y desnudo; viole el maldito hijo, y con ser de tan venerable edad (¡qué irreverencia!) el padre que le había engendrado y criado (¡qué impiedad!), tan santo y virtuoso (¡qué sacrilegio!), le ríe y mofa. Y no parando aquí su malicia, busca a sus hermanos, cuéntales con grandes palmadas y risa su afrenta, tírales del brazo y tráelos a que también se deleiten en su burla. ¿Causaba la vejez del mundo tantas maldades, o la desventura nuestra? Hijo de tan santo padre, ¿de quien aprendió, casi solo en el mundo, no esta impiedad sola, sino otras infinitas: a mezclar jugos de yerbas, a formar círculos, gemir versos para trastornar la naturaleza, enojar el mar, escurecer el aire, secar las mieses, inquietar el Infierno y ensangrentar el Cielo? Pues nos cuentan que fue el que con otro nombre se llama Zoroastes: el mayor hechicero y encantador de los nacidos; que, haciéndose maestro de la maldad (añade Beroso) y renovador de las torpezas antiguas, enseñó con obras y palabras los abominables lazos de las madres, las hermanas y las hijas de los varones y los brutos, empapando a Egipto desta pestilencia y fundando una ciudad viciósísima de su nombre.

Deste maestro de maldades salió Nemrot, que se atrevió con sus compañeros al Cielo, continuándolas en aquellos pueblos perversos que abrasaron las llamas, siendo lo sumo de las torpezas Sodoma, y de las supersticiones, Tiro. Entre la muchedumbre de hombres que luego pisó el mundo, sólo el pueblo de Dios conocía la virtud, y en ése, ¡cuán pocos no arrojaban al Cielo blasfemias! ¡Cuán pocos no ahinojaban las rodillas a la burla de los ídolos! El más bien intencionado, David, se apasionó de la mujer ajena, manchó el lecho extraño, inventó la mayor traición y ejecutó la más injusta muerte. ¿Qué diré de sus hijos? El uno no deja el pecar hasta que le detiene por los cabellos una encina, y el otro, a pesar de los favores que Dios le hizo, experimentó diversísimos modos de pecar. ¿Qué libro, en fin, se abrirá, que en cualquiera parte de la hoja no nos cuente vicios, si no mayores, iguales a los nuestros?

Quéjase Horacio de su edad, y dice:

Pagarás inocente
de tus mayores el delito, Roma,
si el celo diligente
los templos no renueva, y la carcoma
de la imagen sagrada,
fea del humo, y de impiedad manchada.

Cuando humilde adoraste
los dioses, tu poder subió a las nubes:
soberbia, despreciaste
la soberana fuerza por quien subes,
y desta culpa nace
el triste mal que en llanto te deshace.

Ya del Persa la mano
tus mal fundados ímpetus acorta,
y el Parto rey, ufano,

dos veces tu garganta hermosa corta,
de cuyos granos rojos
añade a su collar ricos despojos.

Sin quél daño socorran
tus propios brazos, entre sí ofendidos,
tus muros altos borran
el Daco y el Etíope temidos;
éste en la nave inquieta,
y aquél en tirar cierta la saeta.

Siglo de culpas lleno,
que la razón, los límites traspasas:
manchado ha tu veneno
los talamos, las honras y las casas,
de do nacen agora.
los fieros males que mi patria llora.

El baile deshonesto
alegre cruza la doncella noble,
y al salto descompuesto
la obliga el arte que las manos doble,
y de la uña pequeña
torpezas trata y liviandades sueña.

Cuál del sencillo esposo
mientras el vino de la taza prueba,
al joven cauteloso
la falsa esclava de la mano lleva,
con quien en sala oscura
los adúlteros besos apresura.

Cuál deja aconhortado,
aunque solo, al marido en propria cama,
porque con el criado
desde la suya el capitán la llama
de la Española nave
que deshonoras de tantos comprar sabe.

No juventud nacida
destos padres dejó en sangre africana
la agua del mar teñida,
ni muerte supo dar, fiera y ufana,
a Antíoco insolente,
o de Cartago al Capitán valiente.

Sino el robusto mozo
del rústico nacido en la campaña,
que antes del primer bozo
al pesado legón el hombro apaña,
y al golpe que descarga,
las glebas vuelca de la tierra amarga.

Aquel que de la frente
apenas quitó el yugo al buey cansado,
cuando ya, diligente,

con la segur el brazo levantado
 cortó la media encina,
 y, puesta al hombro, hacia su hogar camina.
 ¿Qué no envejece el daño
 de los ligeros días? Nuestro agüelo
 alcanzó en mejor año
 más virtud que sus hijos, y recelo
 que a nuestros vicios quedan
 otros mayores que después sucedan.

Lo mismo pasa hoy; y ojalá no viniera tan bien²⁰⁵ la canción a nuestra España, mudados pocos nombres della. Acuérdate las virtudes que en sus pequeños principios gozó Roma: lo mismo acaece en todas las monarquías; crecen con el poder, con las riquezas y el Imperio los vicios, castigan las calamidades y vuelve a reverdecer la virtud olvidada. Así lo dijo en otra parte el mismo.

La fee y la paz hermosa,
 con el honor antiguo y la vergüenza,
 en esta edad dichosa
 nuevos pimpollos a brotar comienza,
 y la Ninfa aparece
 que, lleno el cuerno, de su copia ofrece.

Estas son las veces que conservan la perpetuidad del mundo, floreciendo siempre en los siglos más viciosos la virtud en un Enoc, en un Set, un Lot, para que se conozca que los delitos no toman principio en las quiebras de la naturaleza, sino en la abundancia de malicia, y que el haber tantos en el mundo el día que se acerque su muerte no lo causará su vejez, sino la muchedumbre de los hombres, a cuyo paso se aumentan; y pónense por señal de la venida del Señor, no ellos solos, sino juntos con las guerras, las pestilencias, las hambres, los terremotos, los falsos profetas. Y particular de todos el Antecristo, los eclipses del Sol y la Luna, los temblores de los montes, los bramidos del mar.

Si no damos por causa que serán entonces mayores los vicios de los mortales. Porque aunque la ley Evangélica se ha de haber predicado necesariamente en todo el mundo, y en todos los reinos dél, de mar a mar, haya mandado el Señor y ofrecídosele sacrificios en todo lugar para que baje a tomar cuentas al hombre del fruto de su sangre preciosísima, no será necesario que en aquel tiempo se adore y reverencie su majestad igualmente en todas partes, y que vuelva a unirse con la Iglesia el Escocés cismático, o se vuelva a plantar de nuevo la fe que arrancó de Egipto la seta mora: basta que en todos los reinos y provincias se haya predicado en algún tiempo la Cruz; y como a la hora que se levante en las últimas y postreras es voluntad deste gran Señor publicar el Universal Juicio, entonces en muchas partes estará borrada la fe, en muchas helada la caridad, la que pudiera Dios revivir y encender o con muchos milagros o con nuevos predicadores, y fomentar siquiera por medio de muchos santos que tendrá en sazón la tierra; pero será ésa su voluntad suprema: purificar y acrisolar el mundo cuando mayores manchas tenga de pecados. Que en lo demás no nacen de naturaleza débil y envejecida los vicios, pues antes pide el homicidio brazos fuertes; la torpeza, miembros robustos, y la gula calor entero. Y si volvemos los ojos a las edades pasadas, cuanto más atrás hallaremos más facilidad de pecar en la naturaleza; en su principio desnuda y sola, luego ayudada de sacrificios y ceremonias, y últimamente favorecida y levantada a hermanarse con la de Dios y gozar a manos abiertas de su gracia.

205.- Orig.: 'tambien'

DISCURSO III

V ENGO a la disputa de los cielos, en quien temiera tantas verdades de Escritura si no pensara hacerlas de mi parte y con ellas mismas defenderme, pues por lo menos no me está mal que se empareje la tierra con el cielo y hayan de morir algún día de un mismo modo, si me contento con que hasta hoy se hayan envejecido y diferenciado igualmente. Pero pues es sólo mi intento entretener a V. S. estos ratos que no consiente el sol manosear las plantas, aunque están tan lejos, como si los tocara con la mano diré algo de los cielos; que a tanto se atreve nuestra bachillería. Aunque no está el daño en el atrevimiento, pues no por otra causa

Al hombre le dio Dios el rostro alto,
y ordenó que en el cielo y las estrellas
fijos pudieran siempre andar sus ojos,

sino en la confianza con que hablamos dellos, pareciéndonos que no dejamos cosa nueva que saber a los que después vinieren, sin desengañarnos que lo mismo imaginaron los antiguos, y tras ellos ha nacido quien les averigüe engaños. La dificultad que ahora se ofrece es saber si los cielos son corruptibles, y si pueden por causas naturales perder en algo o en todo la luz y la firmeza.

Los primeros sabios, a paso general y seguro dijeron que sí. Nació Aristóteles, que buscó nueva senda inventando no sé qué quinta substancia para persuadir que eran incorruptibles, y pocos son los filósofos que a cierra ojos no siguen sus pisadas. De lo que no me espanto, si bien siento que por ser tal su confianza piensen de los demás que se despeñan. Yo he considerado este pleito, y, sin apasionarme a alguna de las partes, veo que los primeros se fundan en razones y en experiencias, y los segundos sólo en parecerles cosa más honrada que criase Dios incorruptibles los cielos, y de otro ser más excelente qu'el los inferiores, como si perdieran honra por tener parentesco con los demás cuerpos, o mostrase Dios menos su grandeza en darles, aunque en sujeto corruptible, un dueño y una perfección tan valiente que ningún contrario se le atreva a levantar cabeza ni tenga manos para darle notable herida; y lo que más se debe sentir (que por salir con su tema, ¿qué razón no confunden y a qué experiencia no cierran los ojos?): paréceles necesario qu'el cielo tenga materia y cuerpo, pues arroja rayos de luz, se deja alcanzar de la vista y se mueve tan continuamente. Y aunque algunos con temor cuerdo de no hacer al cielo corruptible componiéndole de tan mudable principio, tuvieron por mejor acuerdo romper con todo, y, fingiendo una forma en el aire, hacer que ni fuese espíritu ni dejase de serlo.

Los demás se ríen desta quimera, y si bien en su nacimiento le dan materia y sujeto de que se forme, no consienten que sea la misma de que se fragua la tierra y el aire y los demás elementos; como si perdiera mucha nobleza en ser pariente suyo de parte de madre, o dejara el mundo de estar hermoso si no le diéramos la quinta sustancia que ellos inventan. Tu omnipotente mano (dijo el Sabio a Dios) crio esta máquina del mundo de una materia invisible. Mal hizo en no decir de dos, para que estos sabios tuvieran buen compadre de su pensamiento; y aunque no lo hubiera dicho tan claro, ¿quién se persuadirá que, habiendo Dios criado juntos el cielo y la tierra, hiciese para ellos dos diferentes masas, pareciendo mejor que, como hermanos, naciesen del vientre de un mismo sujeto?

Háceles fuerza esta consideración; pero, obstinados en su propósito, nos piensan derribar preguntando de cuál materia de los elementos (supuesto que son de la misma) sean los cielos, si de fuego o de aire, o si mezclados de todos y compuestos. A algunos afligió esta pregunta, porque

esconde peligrosos lazos, y así, cada cual escapa por diferentes caminos. Heráclito y Pitágoras quieren que sean de fuego; Empédocles, un cristal lucidísimo de fuego y aire; Tales y Anaxímenes, de tierra; Anaxágoras, una bóveda hermosísima, trabada de piedras duras y resplandecientes, y Platón con todos sus aficionados quieren que sean la flor o la nata (digámoslo así) de los demás elementos. De ninguno me hago abogado; pero díganme los que nos piensan ahogar con esta pregunta ¿de qué se hizo la tierra? ¿Del agua, acaso? ¿El agua hízose del aire, y nació el aire por ventura del fuego? De ningún modo: todos se cortaron de un mismo sujeto y principio, y todos entre sí salieron distintos y diversos. ¿Qué dificultad, pues, hay en pensar qu'el cielo se forjó de la misma materia que los elementos, pero sellada de diferente forma y perfección que ellos?

Porfían en hacernos guerra, y del movimiento que miran en los cielos, tan diferente del que tienen las criaturas inferiores, concluyen diferente naturaleza, siéndoles propio moverse alrededor de la tierra, en cuyo camino ninguna criatura se les opone. De donde infieren que, no teniendo contrario en el movimiento, no le tienen tampoco en la sustancia de quien aquél procede; y así, como caminan solos, nunca encuentran enemigo que les dañe, y vienen a ser incorruptibles naturalmente. ¡A cuán flacos ramos y yerbas suele pedir inútil favor en la ribera del río el que se ahoga! Al movimiento de los cielos acuden, como si no fuera Mano ajena y poderosa la que los mueve. Ni les es violento ni natural el curso de los años; pero es muy fuera de lo que su propia inclinación pide. Sube el fuego y baja la tierra por conservarse cada cual en su centro y casa. Hace el cielo cercos continuos, no para provecho suyo, sino para el nuestro, por que sirvan sus rayos y sus virtudes igualmente a todas las gentes de la tierra, se diferencien la primavera y el otoño, se engendren y maduren los frutos, nazcan y vivan los hombres; que en mudando posada descansaran sin fin, como quien acabó su ministerio del movimiento pasado.

A quien fuera bien escusado pedir contrario, si no es en razón del mismo ímpetu, como yo, si fuera a la ciudad, podré decir que me muevo contrariamente del que viene. Y deste modo los cielos, entre sí serán de algún modo contrarios, porque a diferentes partes se mueven; pero no por esta razón deben conjeturarse en ellos diferentes naturalezas, ni se ha de aguardar que entre sí se alteren y destruyan, pues cada cual obedece humilde al Brazo que le rodea. ¡Cuán veloz vuela el rayo encendido, ya subiendo sobre las espesas nubes, ya bajando a los árboles y torres! ¡Cuán ligeros cercos hace en el estío la llama qu'el vulgo imagina estrella! ¡Cuán furiosos se encuentran los vientos que, corriendo a diferentes partes, allanan los montes y embravecen los mares! ¿Haremos por esto de diferentes naturalezas un rayo mismo? ¿Inventaremos otro modo de fuego para la llama liviana, o llamaremos sustancialmente enemigos al Aquilón y al Austro? Cada cual sigue el ímpetu que lo arroja, como los cielos, que el día que se levante de sus ejes la Mano que hoy los mueve, descansarán inmóviles por eternos siglos.

Por última defensa, los de la imaginación contraria nos hacen cocos y piensan atemorizar con que, si el cielo se compone de la primera masa que los demás inferiores, como ésta naturalmente es hambrienta de nuevas formas y nunca se harta con las que goza, suspírará siempre por otras y por echar de casa la antigua máquina, continuamente en su destrucción y daño. De donde se siguiera que los cielos pudieran admitir alguna mudanza, y naturalmente, en parte o en todo, corromperse. Lo que hasta hoy (dice Aristóteles) ni se ha visto ni imaginado.

Alégrome con esta razón postrera, pues a haberlo visto mudara sin duda parecer el Filósofo. Nosotros lo vimos, ¿qué mucho creamos lo contrario? La estrella de Venus, se cree en tiempo de Oxixes haber mudado grandeza, curso y figura. Y por si a tanta antigüedad se pierde el crédito, en nuestros días nació una nueva estrella en la constelación de Casiopea, y dentro de dos años volvió a desvanecerse. Si dicen los Físicos de ahora que fue milagro, harto es trabajo que sin necesidad se crean milagros en buena filosofía. Por lo menos su maestro, que no los conocía, se hallara afligido al verlos.

Y no porque confesemos que en alguna parte admite mudanza se temerá algún día destruido el cielo, pues la tierra, tan cercada de enemigos y acosada de combates, nos dice la Escritura que ha de durar para siempre. Cuánto mejor los que no reconocen más poderoso contrario, y con materia que será muy loca si se enfadare sin ocasión de tan hermoso Dueño. Cuanto más que, si hablamos en paz y sin voces, harto más bien acomodado parece nuestro pensamiento; no sólo porque máquina trabada de diferentes padres vive naturalmente sujeta a descomponerse, sin que impida ser muy fuertes y firmes las cuerdas y ataduras (pues así también pudiéramos decir incorruptibles los diamantes porque son firmísimos), sino por lo mucho que²⁰⁶ nos empeñan y obligan las varias calidades que les conocemos. Son solidísimos y duros como el metal (dice Job); y no igualmente, pues conceden los mismos contrarios que son más y menos densos en diferentes partes. Representanse a nuestra vista con verdaderos colores, y no importa la imaginación del otro señor Cardenal que no es cierto, sino fingido y engañoso color el del cielo, porque todo el cuerpo que ocupa hasta él, esta larga distancia detiene (aunque raro y trasparente) la vista, y por las muchas partes que van sucediendo hace razón de sombrío y denso, de cuya escuridad y luz de los astros se mezcla y pinta el color que se nos representa.

Difícil discurso, si el día y noche no diferencian al cielo el color con tan diferente luz del Sol y las estrellas. O ¿por qué, si en el monte se ven solas las luces de los pastores, oscuras a su lado las tinieblas y sombras, en tan larga distancia nos colorean aquéllas el medio? Y si es causa la luz, y el color anda en el aire y no matiza el cielo, ¿cómo, rodando siempre, se nos ofrece siempre aquí blanco y allí diferente? ¿Cómo las estrellas resplandecen tan varias? Vemos a Saturno con luz parda y cenicienta; a Júpiter, con clara y hermosa; a Marte, con roja y sangrienta; a Venus, con pajiza y dorada; a Mercurio, con verde y a la Luna con blanca. Que cuando sea la luz de todos pedida al Sol (como ellos quieren), diferentes son los espejos que tanto diferencian unos mismos rayos. Cuanto más siendo la mayor parte de la luz propia, como propios sus efectos. Humedece enfriando la Luna, y calentando Venus; deseca y enjuga templadamente Mercurio, y con extremo Marte; calienta fuertemente el Sol, y amorosamente Mercurio, y enfría mortalmente Saturno. ¿Dirán que no tienen en sí estas calidades, aunque la causan? ¡Dichosos si las han tocado! Y cuando sea lo que imaginan, para tener virtud de producir las diferentes necesaria es, por lo menos, diferente compostura y mezcla.

Fuerte creo que va el discurso; y mucho más con la verdad, a que debo respuesta. Y por que no imaginen que su dificultad obliga a este pensamiento, más me era a propósito creer que los cielos son incorruptibles, pues los lugares de Escritura que afirman que han de perecer algún día, la llaman los Santos, no destrucción, ni aniquilación, sino reformación y renovación. Y así lo colige San Jerónimo de la carta de San Pedro, donde contando que en el último incendio se habían de abrasar los cielos, añade que habemos de ver nuevo el cielo y nueva la tierra; esto es: mudados en mejor los viejos, y antiguos. Y San Gregorio prueba esto mismo de San Pablo; que no dice que se destruirá el mundo, sino que se pasará y se mudará su figura; y del Salmo, cuando dice que se mudarán los cielos y serán mudados a mayor perfección y hermosura. Agora pues, si siendo incorruptibles los cielos padecerán aquel día tal mudanza que en alguna manera se pueda decir que perecen, ¿qué mucho la padezca la tierra, pues no ha de nacer la causa de su vejez y flaqueza, sino del Brazo poderoso que los renueva y muda?

Sí creo que son de naturaleza corruptibles. Hace también a la satisfacción fácil la experiencia, que los muestra sin vejez ni cansancio moverse tantos siglos. Así en la tierra, una generación pasa y otra viene, y ella dura perpetua. Y durarán las generaciones de la una y los movimientos de los otros, si ambos no cesaran el postrer día, por no ser para después necesarios. Pero los que fraguan el cielo de tan dura masa, cuando le vean faltar la inclinación que hoy tiene a moverse, encoger las

206.- Suplo 'que.'

influencias que agora arroja y encenderse siete veces más la luz con que agora reluce, ¿qué dirán entonces? ¿Que es milagro? ¿Cuánto más a pie llano dijera que aquel fuego terrible del último tiempo será de tan rara fuerza y virtud que bastará a consumir a los cielos sus imperfecciones y a volverlos más hermosos y resplandecientes, que no añadir milagros a milagros!

Prosigo mi intento.

DISCURSO IIII

Satisfácese a la objeción de la generación humana, por cuya causa no son los hombres menores que antes.

Dios, para la producción de las cosas, se acompaña de las causas segundas.

Las causas segundas y sus acciones dependen inmediatamente de Dios. Por esta razón se llama con propiedad Padre, Autor, Alfaharero del hombre.

De qué nace la semejanza de los hijos a sus padres en el rostro, acciones, costumbres, enfermedades, etc.

Tiene más de espiritual que corporal la formación del hombre, y esta es una de las razones por que son a veces mayores los hijos.

Los cielos concurren en la producción de los inferiores.

Por qué no pueden producir de la putrefacción animales perfectos.

En qué mes nacen las criaturas para vivir y en cuales no, y por qué.

Las medicinas, por qué no se dan en nuestra edad tan violentas como en la antigua.

Si hay hoy enfermedades nuevas, y por qué.

Y porque el otro punto trata de la propagación humana, y es la ponderación con los muy doctos, menester es dos veces cuidado: una para hablar con decencia, y otra con victoria.

En el hombre (dicen) se disminuye la virtud con los días, de donde cuanto mayores los hombres, menos son fuertes que en su principio. Si ningún efeto, pues, puede ser más noble y más poderoso que su causa, claro es que el principio de la generación será de menor virtud que tuvo algún día el padre que le produce, y así, ningún hijo saldrá igual a su padre, y por consiguiente cada día desmayará la naturaleza. ¡Desdichados nosotros! A detenernos un poco, fuéramos como mosquitos. Porque si el padre de cincuenta años desmedró la virtud que le cupo en su nacimiento, y el hijo que entonces engendra es aun de menor que él en aquel estado, ¿qué virtud quedará a éste cuando cumpla otros cincuenta años? Y entonces, ¿qué podrá engendrar sino hormigas?

Tocó este punto mi Padrino, y dice así: Ninguna cosa hay tan verdadera que no padezca contradicción y calumnia. Los cuerpos, afirman que se hacen poco a poco más pequeños y flacos porque la substancia que los engendra continuamente se desminuye, y así, no pueden en esta edad engendrarse miembros tan grandes como en la antigua. Yo niego esto; porque la virtud que principalmente engendra responde al calor celestial, que, como circular movimiento, así es perpetuo y uniforme que antes se ha de deshacer que mudar. En el cuerpo, pues, aunque hay poder, pero tal que el mismo cuerpo en que está vence con su fuerza. Y así, ordinariamente vemos de pequeños hombres y mujeres nacer hijos mayores. Respuesta maravillosa sin duda, y que lo dice todo. Pero tan ceñida, que nos obliga a desenvolver muchas maravillas y secretos.

Porque ¿cuál igual, si se considera, a la formación de una criatura? Destróncase del padre aquella primera masa, y encerrada en los claustros que le señaló²⁰⁷ la naturaleza (con no tener en

207.— Orig.: 'sañalò'

sí partes diferentes, ni en color ni substancia), en pocos días, ausente o muerto el padre y dormida o descuidada la madre, no sé qué Mano divina una parte endurece, y della forma, aquí la canilla para el brazo, aquí el casco para la cabeza; otra parte amasa para el cerebro, otra para el corazón, figurando de tan pequeña y disforme materia fábrica tan artificiosa. Maravilla que admira a muchos y David la reconoció por una de las mayores, no habiendo filósofo, por más que presume de delgado, que aquí no embote los filos y le haga la escuridad del caso o andar a tienta o dar de ojos; y así Scotus,²⁰⁸ sin que piense perjudicar a su sutileza reconoce el punto por imposible de explicarse; con todo acierto, y se disculpa con que los mayores filósofos se arrimaron a la virtud divina. Galeno dejó por desatar el nudo, y quiso antes quedar dudoso que mal determinado. Avicena y otros muchos se pensaron quitar de pleitos con decir que sólo Dios era el Auctor y sólo Él ponía las manos en esta fábrica, siendo deste parecer aquella madre valerosa de los macabeos, cuando dijo: No sé cómo aparecistes en mi vientre, porque yo no os di ni el espíritu ni el alma ni la vida, ni yo fui la que concerté y trabé vuestros miembros.

El Criador del mundo es quien forma el nacimiento del hombre y el que halló el origen de todos tanto más admirable cuanto más común, pues no se aprovecha para engrandecerse, como otras maravillas, de la novedad, ni aunque sucede cada hora se alcanzaron sus secretos en tantos siglos. De quien puede sacar el más gallardo dos consideraciones provechosas, testimonio de nuestra ignorancia y confusión de la²⁰⁹ mayor altivez, pues sabiendo todos de qué somos, no sabemos cómo empezamos a ser, y sólo sabemos que es uno mismo el principio del poderoso y el humilde, del rey y el vasallo. Consideración con que San Antonio Abad despreciaba los mayores reyes y emperadores, pues escribiéndole mil regalos Constantino Augusto y sus hijos Constante y Constancio, llamó sus monjes y dijo: ¡Cartas nos envían los reyes del siglo!

Pero ¿de qué se ha de admirar o ensoberbecer aquí un cristiano, si los mayores reyes tienen la misma condición de nacer y morir que los demás? ¡Miserables de los hombres! Y es sin duda que si se acordaran los más levantados de la bajeza de su principio, en quien el primer paso es la concupiscencia y desorden; el segundo, horror y asco, y luego miseria y males (pues dice un Médico, tomándolo de Hipócrates, que todo el tiempo del preñado es una enfermedad pesada de la madre y del niño, y así como en las otras enfermedades, están sujetos ambos a crisis y juicios), ¡oh estraña miseria! No bastaba que nos recibiese el mundo en cárcel tan horrible, sino que quiso la naturaleza que empezásemos a vivir tan cerca del morir, que fuese el principio de la vida las disposiciones más cercanas de la muerte. Sin duda, pues, si se acordaran los príncipes de la vileza de su principio (tan fácil de no salir a luz que el humo de una pavesa, dice Plinio, quito a muchos el nacer), y del horror de su muerte (tan fácil a llegar que una gota de reuma quitó a muchos el vivir), vivieran como más compañeros de los otros hombres, de quien lo son tanto en las miserias.

Vuelvo al propósito; y pues no es necesario para defensa de mi verdad disputar la filosofía deste secreto (de las más dificultosas conocen los más doctos), iré por ella de priesa, por llegar a otras cosas más entretenidas en el mismo sujeto. Y porque nos hacen estorbo dos yerros que hablan generalmente en todas las acciones naturales, será fuerza quitarnos del paso.

Uno es de los que dijeron ser Dios la causa sola y única de todos los efectos, sin que sirvan las causas segundas más que de prendas y señal para que Dios obre en su presencia. De modo que, según éstos, no es el fuego el que quema, sino Dios, que produce el calor donde se acerca el fuego; la caña no nace del trigo que sembró el labrador, ni alguno de los hombres se puede llamar padre de sus hijos, pues, dándoles sólo Dios el ser, no le queda parte en su formación. Disparate contra toda buena razón y experiencia, pues no se podrá dar causa por que más enfríe Dios la mano con el agua que con el fuego, pudiendo antes llamarse tan natural acción si enfriara por medio del fue-

208.- John Duns Scotus.

209.- Orig.: 'la | la.'

go como del agua. Y lo que más es: ni los pecados ni las virtudes tuvieran nada nuestro, si de sólo Dios dependen nuestras acciones.

Cierto es, pues, y indubitable, que encerró Dios en las cosas virtud y fuerza para obrar conforme a su naturaleza y forma, y así, dice Aristóteles que Dios crió todas las cosas por sus operaciones. En criando la tierra, le dio virtud de producir las plantas, y Cristo dijo en muchas partes que la tierra daba las yerbas²¹⁰ y los frutos, y el Sabio acordándose cuando el fuego dejó de quemar a los justos, dice que se olvidó de su virtud. Porque lo demás fuera, no sólo trastornar las Sagradas Letras, sino toda la Filosofía, que busca las naturalezas por sus efectos, siendo muy conveniente que no falte en aquéllas virtud para obrar, pues haberlas criado sin ella fuera imperfección suya y defecto en su Autor, que imaginarlo es gran blasfemia.

Pero aunque tienen esta virtud las cosas, no tan soberana y libre que una vez dada de Dios no le hayan menester para que las aliente y acompañe en sus acciones, que es lo que niega el otro disparate opuesto, extraño ya de todas escuelas y que muchos lo juzgan por herejía; porque no hemos de creer (como advierte san Agustín) que porque Dios crió una vez el mundo y dio virtud a las criaturas para conservar sus especies,²¹¹ se está mano sobre mano, sin obrar después acá nada en el mundo. No lo sintió así Cristo, cuando dijo (por San Juan): Hasta agora obra mi padre, y yo también obro.²¹² No sólo en las cosas grandes y superiores: (añade San Agustín), sino en las más ínfimas y humildes, diciendo el Apóstol: Tú siembras el grano desnudo, y Dios le da el cuerpo como Él quiere. Y Hieremías: Dios es el que viste el heno del campo, porque en Él todas las cosas viven, se mueven y son.

Verdad en quien no puede dudar, sino el que carezca de toda razón y discurso (dice San Anselmo), porque si todas las cosas tuvieron ser por Dios, claro es que han de perseverar con su misma virtud, o dejaran de ser si las dejara de su mano Aquel que de nada les dio el ser. Si todas las cosas, pues, dependen de Dios según su ser, depender deben según su obrar, pues no es más ejemplo el fuego, en cuanto calienta, ni el Sol en cuanto alumbraba, que en cuanto son Sol y fuego; debiendo conceder que si el calentar o alumbrar es algo (como verdaderamente lo es), que algo puede ser sin que Dios le dé el ser, lo que es el sumo de los disparates. Gran maravilla, por cierto, que no haga Dios menos en conservarme ahora a mí que hizo en criar a Adán; antes, si bien se considera, hace lo mismo en conservarme que si me criara de nuevo. No porque empiece a ser; que años ha ya que soy, sino porque, según todo mi ser, así dependo de Dios que de todo punto dejara de ser en el punto que me dejara.

Mucho, pues, debemos a Dios; que no sólo nos hizo el beneficio de criarnos, pero perpetuamente le continúa en conservarnos. Y mucho deben todas las criaturas, pues no sólo les da que sean y que tengan virtud de²¹³ obrar conforme a su naturaleza, sino que también obra con ellas mismas cuando obran; de modo que Dios meneaba mi mano cuando la meneaba y Dios mueve mi lengua cuando hablo. Y tanto que, si Dios no levantara conmigo mi mano, yo no pudiera levantarla; ni hablar, si no me moviera la lengua: tan presente tenemos a este gran Señor, tanto necesitamos de su ayuda. Y así, en la formación del hombre no es menos padre nuestro que el que nos engendra, llamándose a cada paso, por esta causa y con mucha propiedad, formador, hacedor, escultor, barrero y alfarero del hombre. Suma nobleza, si no la humillara el mismo favor acordando la materia que escogió para nuestra fábrica: un poco de lodo y barro. ¡O hombre, cuán grande es tu Autor, cuán bajo tu principio!

210.- Orig.: 'yerbar.'

211.- Orig.: 'especies.'

212.- Orig.: 'obrò.'

213.- Orig.: 'de de.'

De modo que en estos pocos renglones he asentado una verdad: que todos los efectos proceden tan inmediatamente de Dios como de sus causas. Y aun Scoto pone diferencia en los vivientes; porque en éstos, como al engendrarse está tan distante la causa que no se puede creer que influya alguna virtud, todo dice que lo pone la primera, tomando por cuenta suya la producción de la forma de cualquier animal. Lo que no acaece en el fuego; que el con su propia actividad y virtud asiste a engendrar otro fuego. Y hasta en los minerales conoce que si no los tocan los rayos del sol, los penetra su aliento y espíritu. Y así, él y otros comparan al padre al monte que da el leño de quien el artífice forma la imagen. Lo que, si fuera cierto, fácil era la victoria, pues mano tan poderosa como la de Dios, ¿por qué había de cansarse? ¿Por qué enflaquecerse?

Pero este modo de explicar no es bien nos contente, pues quita su derecho a las más nobles causas. No pudiendo con propiedad llamarse padre el que sólo da la materia y tronco de quien otra mano labra su semejanza. A la generación toca cualquiera viviente de su hijo por medio de la substancia, que obra con su virtud, cual instrumento suyo, como el fuego produce otro fuego por medio del calor que con su esencia y forma alienta y vivifica. Y esto dicen los que dicen que la naturaleza forma y labra en el vientre de la madre, ausente o muerto el padre, la imagen de su hijo. Entendiendo por naturaleza no a sólo Dios (como Séneca quiere; que así todos los hombres salieran perfectísimos), sino cierto calor y espíritus dimanados e impresos de la forma y virtud del padre, con quien aquella sustancia es poderosa para endurecer en huesos y amasar en carne la sangre más pura de la mujer, que compone la criatura. Lo que explicó el sapientísimo Salomón con un ejemplo que pienso no poderse hallar otro igual, ni será indecente, sacado de Letras tan santas. Fui cuajado (dice) en la sangre. Al cuajo que endurece la leche y aparta unas partes de otras compara la formación humana. Semejanza que usaron Plinio y Gelio y Galeno, por no haber otra que así explique la maravilla deste secreto.

De quien pasa adelante el ingenio, y corre la cortina a otras, que admiran en la procreación de los hijos la semejanza suya a los padres en el rostro, en las acciones, y a veces en las costumbres, la herencia de muchas enfermedades, y lo que más es, particulares señales y defectos de los miembros; porque, como es el alma la que principalmente imprime la virtud y espíritus en la materia de la generación, procura cuanto es en sí producir su semejante. No sólo en la especie, sino en el individuo, si le fuera posible; y así, aunque dijeron Aristóteles y Hipócrates que son siempre los hijos parecidos a las madres, la experiencia los contradice, y creo a Lucrecio:

Ora varón, ora mujer el hijo,
de los dos padres, más a aquel parece
de quien hubo más parte al engendrarse.

Debiendo entender más parte de espíritus y calor, que proceden del alma. Y así, se aman mucho más los que más parecidos, y particularmente en el rostro, por ser (como dijo Nonio) imagen del alma. De quien cada padre, si pudiera, quisiera heredar a su hijo; y así, para enternecer a Hércules, le puso su esposa delante un hijo parecido.

Tu talle representa el niño, y rostro.
¿No ves que como tú las manos tiende?

El hechizo mayor, sin duda, si no le hubieran hecho tan común las comadres que el hijo de la ramera suele ser cabeza cortada del que²¹⁴ ellas quieren. Y no ayuda poco al gozo ser algún testi-

214.- Orig.: 'que | que'

monio de la honestidad de la madre, pues no sin causa puso Hesíodo por felicidad del siglo de oro nacer los hijos parecidísimos a sus padres. De quien tomó Marcial el parabién de una niña:

De la imagen de su padre
tan estampada ha nacido,
que testigo fiel ha sido²¹⁵
de su honesta y casta madre.

Si bien conozco que por otras causas pueden salir desemejantes. Pues ¿quién duda que pueda el hijo de la adúltera parecer al dueño de casa, porque le trae delante la imaginación y recelo, o por lo que oí a una dama más libre que permitía su estado, que, con dar puerta a muchos, eran sus hijos dibujo del padre, a cuyo secreto respondía que nunca fletó a nadie hasta llenar el navío de la mercaduría de casa? Con todo, es terrible tentación para los celosos buscar a su hijo un tartaragüelo o un tío de a mil pasos a quien se parezca en la cara.

Heredan también los hijos los vicios y complexiones de sus padres (como quiere Hipócrates), naciendo del padre pituitoso hijo pituitoso; del colérico, colérico. Hasta la forma y figura de los miembros dice que suelen sacar los hijos, como acaece en los de la laguna Meotis, que nacen todos con las cabezas largas y prominentes, y nosotros experimentamos diferentes rostros y cuerpos en diferentes linajes. Hasta la lisión del brazo o pie tullido quiere Aristóteles que pueda sacar el hijo; y lo que para mí es más, las enfermedades que aguardan edad y sucesión de tiempo, como el encanecer o encalvecer temprano, el asma o la gota; no por otra causa sino porque procura el hombre cuanto es en sí multiplicarse y retratarse en aquella substancia.

Si no ayuda la opinión de los que defienden derribarse aquella de todo el cuerpo; de modo que para la cabeza del hijo dé parte la cabeza; para las manos, las manos. Lo que quiere probar Teofrasto con la experiencia del sarmiento, que plantado sin corazón da uvas sin granillo, y favorecen los otros dos secretos; de Aristóteles uno, cuando busca la causa de engrosarse y mudarse la voz en el hombre luego que se ocupa en actos venéreos, y otro de Catulo, cuando, contando las bodas de Peleo y Tetis, dice.

La madre a la mañana la visita,
y no basta rodearle el blanco cuello
con el hilo que pudo la noche antes.

Prueba que la usa hoy el vulgo para conocer el virgen o que dejó de serlo, cual ella sea tomada de Hipócrates; y que ambas dicen ser ocasión bajar del cerebro la principal parte de que se engendra el hijo.

Pero no por esto se obliga a ser siempre menor en fuerzas, en cuerpo, en vida, que sus padres, pues, fuera de la experiencia (último argumento en la Filosofía) con quien vemos cada hora nacer hijos más robustos y crecidos, basta saber que la virtud principal es más espiritual y del alma que de la materia, que sólo sirve de sujeto en quien se reciban el calor y espíritus que le imprime el alma, dependiendo todos de la virtud celestial que, como causa superior, necesariamente los acompaña, y muchas veces o impide el propósito o ayuda y alienta a mayor efecto que del padre solo pudiera esperarse. Ocasión, sin duda, para la verdad del axioma tan repetido: el Sol y el hombre engendran al hombre. Llamando al Sol Aristóteles (autor de aquella verdad) hacedor y padre de todas las cosas criadas; y Santo Tomás, gran dicípulo suyo, dice que todos los cuerpos inferiores

215.- Orig.: 'assido'.

obran por la virtud de los celestiales, y que la generación y corrupción de aquéllos se causa del movimiento de los cielos.

Lo que no es bien entender con el extremo de algunos, que así dicen pender los inferiores de las influencias y movimientos del cielo, que en faltar éste perecerían aquéllos (moriríanse los animales, secaríanse las plantas, no quemaría el fuego ni cosa quedaría en su puesto y orden), porque no hay razón de creer esto; antes muchas de lo contrario, pues vemos que muchas cosas no dependen en su ser de las arriba, y así, ni en sus acciones. No porque parara el Sol, o dejara de ser el cielo, pereciera el fuego, pues o pereciera por corrupción (y entonces se engendrara del aire o agua o cualquiera otra forma, y permaneciendo éstas también pudiera permanecer la de aquel elemento), o hemos de decir que se aniquilara, y será locura, pues ninguna criatura depende de otra según todo su ser: grandeza reservada a sólo Dios. Decir, luego, debemos que duraría el fuego, con las mismas propiedades y naturaleza que hoy tiene, con las cuales calentaría y alteraría otros cuerpos del modo que agora, y así, es evidente que no dejaría de obrar porque los cielos dejaran de moverse. Hasta los animales dice Santo Tomás que vivirían por algún tiempo; y pienso que cuanto es en sí lo mismo que hoy viven, pues ni las acciones vitales ni el movimiento del corazón tienen orden con el del cielo. Morirían, empero, con brevedad, por no poder sufrir las mudanzas y alteraciones de las demás cosas de que los vivientes se sustentan.

Con esto debemos conocer que las causas superiores suplen en muchas cosas los defectos y imperfecciones de las inferiores, y las ayudan a efectos que sin ellas no fueran bastantes. No pudiera sin el calor del Sol engendrarse el oro o plata, porque en los elementos solos no hay fuerza para hacer esa mezcla y formar en un compuesto de mejor condición que son ellos. No pudieran el grano ni la pepita dar la espiga o el árbol, porque aunque encierran virtud, pero imperfecta y manca, si el cielo no la ayuda con su calor y aliento. Ni la tierra cociera en sí las semillas y arrojara las plantas faltando el abrigo del cielo. De donde vemos, no sólo que sembrando el trigo por agosto o enero fuera empleo vano, siendo uno el grano y una la tierra, que por octubre le recibe con provecho (porque el cielo favorece una ocasión y no otra), sino vemos que en el mismo otoño se aventajan unas horas, por acompañadas de particulares influencias y aspectos particulares, que si conociera el labrador fueran felices sus cosechas. Lo que pasa en la generación de los vivientes del mismo modo, y tanto con mayor necesidad de la virtud superior cuanto lo es el efecto al instrumento. Y así, no es mucho que de padres fortísimos y grandes nazcan hijos pequeños y flacos; y al contrario, por gozar mejor hora y más dichosa compañía de las luces del cielo.

De modo que cierto es que el león no engendrará sino león, y el hombre, hombre. En que se verifica el axioma de los contrarios: que ningún efecto puede ser más excelente que su causa. En la forma principal y naturaleza se entiende, por quien el fuego no podrá producir cosa mejor que fuego, si bien, por la materia, más resplandeciente a veces y claro. Así en los vivientes, los hijos serán de la especie que los padres; pero a veces aventajados en particulares perfecciones: el ingenio agudo, el brazo robusto, el cuerpo crecido, por particulares influencias y aspectos de las estrellas y otras causas secretas.

Y que tengan, no sólo el Sol, príncipe de los planetas, sino todos los demás, parte en obra tan ilustre como la formación del hombre es llano entre los astrólogos, y no lo pueden negar sus mayores enemigos, si no quieren trastornar el orden de aquestras causas y armonía del mundo. En el primer mes, dicen que Saturno enjuga y deseca la primera masa, Júpiter con su benignidad la ampara en el segundo, y aumenta. En el tercero Marte, más fuerte y activo, la divide y señala, y como con primeros rasgos bosqueja los músculos, niervos, manos, pies y los demás instrumentos de moverse. En el cuarto el Sol, fuente de calor y vida, ensancha y estiende los miembros, y llena de aliento y espíritu. En el quinto Venus los matiza y hermosea de color. En el sexto Mercurio perfecciona los instrumentos de hablar, la lengua, el paladar, el pulmón. En el sétimo la Luna engruesa las carnes, adorna y blanquea la tez. Ocupación por cierto maravillosa de los resplandores celes-

tiales en la fábrica del hombre. A quien algunos atribuyeron tanto, que dijeron poderle engendrar, con sus influencias, de la tierra corrompida, como al ratón y la mosca. Ciega locura, comparar el más perfeto de los animales con los más imperfectos.

Lo que no sólo es imposible en el hombre, cuya forma el alma no sale de la misma materia, sino que viene de fuera, criada de sólo Dios, sin que el padre toque en su producción, ni aun instrumentalmente por medio de la sustancia de la generación, como en los demás animales acontece. En quien, aunque no es muy fácil hallar la causa y razón por que no los puede engendrar el Sol, como a la culebra y sapo (pues en todos hay ánima viviente, y no se puede entender que el cielo encierre más en su perfección la éstos que de aquéllos, y así, imagino que no es esta eminencia y perfección del cielo la causa de poder producir algunos vivientes, aunque más imperfectos en su género), debemos, pues, decir que no es el cielo, ni su calor, el que engendra la forma y vida de aquellos animales, sino que de tal modo dispone la materia, que le es forzoso desechar la forma que la vestía. Y porque no puede sin alguna, o perezca, produce Dios entonces en ella, y, como causa primera y universalísima, saca de su misma corrupción y disposición la forma que más le conviene y ajusta, de culebra unas veces y de sapo otras; porque de otro modo fuera faltar al orden debido al universo, en quien ni la materia puede estar sin forma, ni la forma en materia contrariamente dispuesta, como en peligro de darse vacío mueve el agua a lo alto por no faltar al orden del universo.

Como en el Sol, pues, ni en el cielo, no haya virtud de así organizar y disponer el cielo que sea capaz de la forma de león o de otro animal perfeto, de aquí nace ser imposible engendrarse alguna vez de la putrefacción; cuanto más el hombre, que, como el más perfeto de los animales, pide órganos y miembros perfectísimos.

Sirve, pues, la influencia del Sol, y de los demás astros, de amparar y fomentar así la virtud y espíritus de la primera sustancia, que pueda llegar a disposición capaz del alma. De donde nació dividir y repartir los astrólogos entre los siete planetas la labor y fábrica del niño del modo que acabo de referir, dando a cada uno su mes, y a cada uno su ocupación y oficio. Si bien la imaginan otros con diferente orden, concertando pocos en cuál miembro de los humanos primero se forma y figura, pues Aristóteles (tomándolo de Hipócrates) quiere que sea primero el corazón; Lactancio, la cabeza; Galeno, el hígado; Avicena, el vientre; otros, el espinazo, y aun hay quien diga que el dedo grande del pie. Sea lo que ellos mandaren, lo cierto es lo que dice San Dionisio: que el calor del Sol y los demás planetas ayuda a la generación de los vivientes, dándoles vida, movimiento, aumento, perfección y hermosura.

Y de aquí nace lo segundo: que como son planetas siete, se tiene por cierto que ninguna criatura nacida antes del séptimo mes puede vivir. Algunos (amigos de hallar misterios en todo) atribuyen la causa al número de siete, de quien cuentan maravillas, como si pudieran los números solos dar vida o muerte. No es menos de reír la ficción de Empédocles, que dice haber sido al²¹⁶ principio tan espacioso y tardo el movimiento del Sol, que duraba un día lo que agora diez meses; el que después se angostó y redujo a la duración de siete. Y así, los partos en el décimo y séptimo mes son los naturales, porque corresponden al día antiguo y propio. La causa, pues, sin duda consiste en el número de los planetas; que, siendo siete, quieren todos tener parte en fábrica tan noble, y así, se tuvieron siempre por infelices y mortales los partos que no llegan aquel número. Y aunque algunos quieren que hayan vivido niños nacidos a seis meses, se ha de entender tomando algo del séptimo, por que así deba algo su vida a todos los planetas.

De menos se tiene por imposible, si bien se cuentan algunos que nacieron antes, y con vida. De a cuatro y cinco meses refiere dos Pedro de Peramato, que vivieron después algún tiempo. Maravillas son de naturaleza y hazañas extraordinarias, si no son como el parto de Livia, mujer de Augusto, que parió a Druso a tres meses casada. Sobrada priesa, en verdad; en quien es más

216.- Orig.: 'el'

fácil de creer su poca honestidad (como advierte Suetonio, que lo cuenta) que la novedad de la naturaleza. En el libro cuarto de Esdras se dice que los niños de un año hablarán sus voces, y las preñadas parirán sus infantes de a tres y a cuatro meses con vida. Lo que, cuando a este libro demos entero crédito, se ha de atribuir a uno de los prodigios y señales del día del Juicio; y así, llama a estos partos inmaturos y violentos.

De modo que hasta los siete meses no se asegura la vida de la criatura, por la parte que cada un planeta tiene en ella, y en pasando de allí, vuelve a los ocho meses a ser peligrosa, y según el común consentimiento de médicos y filósofos, imposible. Por corresponder (dicen los matemáticos) los ocho meses a los signos que de ocho en ocho son insociables y enemigos, como Aries con Escorpión, Tauro con Sagitario, y así en los demás. No permitiendo, si esto es así, el Cielo que haya paz y seguridad en la vida del que no se ayuda de la paz y amor de las estrellas. En la isla de Naxo quiere Asclepiades Médico que nazcan los niños seguros al octavo mes (como toqué estotro día), y algunos traen ejemplos de niños que vivieron nacidos en este tiempo; pero como sean tan raros, o tan fácil de errar la cuenta, no hay para qué nos canse su averiguación.

De aquí adelante son de vida los que nacen en todos meses. Sola es la diferencia en asentar cuál es más propio al hombre: el noveno o décimo. Gelio dice así: Los filósofos y médicos más ilustres han disputado sobre los partos humanos, y hay varias opiniones en la materia; pero lo que ya está recibido por verdad es que raras veces es seguro el parto a los siete meses, nunca a los ocho, muchas veces a los nueve, casi siempre a los diez. Debiéndose entender, no comenzados, sino acabados, pues me inclino a creer que sea más natural el parto comenzados los diez que cumplidos; si no entiende por meses los lunares, y no los que hace el Sol pasando por cada un signo; que entonces todos decimos una cosa. Por esta razón los poetas, que siempre deben dar lo mejor a sus pinturas, en tratando del nacimiento de algún gran varón se le cuentan a los diez meses. Lo que guardó Teócrito con Hércules; Plauto con Íflico y Virgilio y Ovidio con otros, alargándose a veces a más tiempo (como introduce Homero a Neptuno prometiendo a una dama que pariría a doce meses), por parecerles que aun la naturaleza no sabe hacer cosas grandes en corto tiempo. ¿Qué espera darnos el poeta que saca libros por horas, siendo sin duda los más difíciles partos del ingenio? Y así, Horacio no creo que asegura en su *Poética* ni aun sietemesinos, pues el más corto término se le da de nueve años;²¹⁷ y no es mucho para quien no desea errar, pues la naturaleza, como digo, nos enseña a que en nada puede haber perfección de priesa.

El mayor argumento que yo hallo de que nazca más naturalmente el que a diez meses empezados es lo que advirtió el Patriarca Sofronio en una Sínodo de Cristo Dios nuestro, que nació a nueve meses cumplidos y cinco días, que hay desde veinte y cinco de marzo hasta veinte y cinco de diciembre, según cuentan los astrólogos de los signos por quien pasa el Sol, deteniéndose en cada uno treinta días, que hacen un mes. En que anduvo tan curioso un expositor, que, después de haber probado los días que estuvo el Redemptor en el vientre purísimo de su Madre, prueba que la Virgen estuvo en el de Santa Ana un día menos, y San Juan en el de Santa Isabel otro día menos que la Virgen: bonísima graduación de la naturaleza. Y no mala conjetura de las ventajas de la gracia, si bien la lleva Cristo mayor a todos, pues contándose los meses desde el punto que se empieza a formar la criatura, desde quien hasta recibir el alma pasan, en el que menos, cuarenta días, éstos llevó de ventaja el Señor, siendo en el primero instante de su concepción perfectísimamente organizado y con alma perfectísima. Para que se vea que, ya que quiso pasar por las leyes de la naturaleza, quiso gozar de las leyes de los mejores.

De modo que hasta diez meses es el naturalísimo nacimiento del hombre, quizá porque son tantos los cielos que tienen orden con la tierra y la abrigan con su movimiento y calor, y así, el que

217.- Horacio recomienda que el autor someta su obra al juicio de terceros imparciales, y luego la guarde nueve años antes de volverla a tomar para corregirla (*Epistula ad Pisones o Ars poetica*).

pasa dellos se deba tener por extraordinario, y a veces prodigioso. En el undécimo mes quieren los médicos y juristas que no pueda nacer ninguna criatura. Que sabemos, sí; porque, aunque hay cielo undécimo, es cielo de reposo y trono de la felicidad, y no como los demás, que, inquietos siempre, sirven de techo al teatro de variedades y miserias. Con todo, cuenta Agelio que, pariendo en Roma una mujer honrada a once meses de la muerte de su marido, decretó el emperador Adriano, con acuerdo de médicos y filósofos, ser posible naturalmente. Bien es que hasta las leyes favorezcan la honestidad, y que antes se crea de la naturaleza más de lo justo, que menos de una mujer noble.

De haber nacido alguno a los doce meses no tenemos ejemplo; porque aunque hoy hay quien diga que lo fue Isaac, por decir el Ángel a su madre que tendría un hijo dentro de un año, no obliga esto a creer que estuvo preñada un año entero, como advierte el Tostado. Pero ¿qué mucho fuera así, si hay quien traya ejemplos de nacidos a trece meses, y aun quien de a catorce, diciendo que ha acaecido muchas veces? Y por que no sea tanta la maravilla, San Bernardo cuenta de una mujer que estuvo preñada diez y seis meses: larga prisión, por cierto, si no era cordura rehusar la libertad que acompañan tantas molestias.

Este es el tiempo en que los cielos ayudan la formación del hombre. Las cuales siendo tan perpetuas y uniformes, y teniendo la virtud que el padre infunde en el principio de la generación más de espíritu que de cuerpo, bien pienso que queda declarada la respuesta de Goropio, y bien respondido.

Pasemos al de las medicinas, que, como de ajena profesión, pide más priesa. Galeno (dicen) las daba violentísimas, y en cantidad que derribara hoy tres o cuatro hombres a la sepultura. Señal de nuestra flaqueza y mudanza, y algo intenta probar que fueron principios rudos del arte usar simples tan violentos y maliciosos, siendo Galeno el que empezó a corregir a Hipócrates con el uso de los compuestos. Buena excusa, a no reverenciar hoy aquella edad por maestra de la Medicina. Y así, otros confiesan provechoso el uso de los medicamentos irritantes y calidísimos, cuya calidad y virtud dicen que enseñaban en sus recetas Hipócrates y Galeno, dejando la cantidad a las circunstancias y prudencia del médico.

De tanto trabajo, a su parecer, se quitan otros, que afirman no hallarse hoy aquellas medicinas sino adúlteras y falsas, como coligen de Galeno, que por facultad de la escamonea trae purgar blandamente y sin pena del estómago, y hoy un escrúpulo lleva los pedazos. Aunque dos éstos dicen así: Los medicamentos, afirman que se daban antes más vehementes que hoy sufre la naturaleza. Esto niego, y pruebo que se engañan. Llevan hoy los cuerpos el eléboro del modo que entonces, con peso igual y mayor, como en mí y en otros he hecho experiencia. Pero la ignorancia de aquellos que no tienen de médicos más que el nombre, la arrogancia, es causa que lo piensen, por no saber a quién y cuándo se han de dar estas medicinas, y así, pudiera antes probarse que los hombres son hoy más robustos, pues usando de tales médicos llegan a la edad que apenas pudieron los antiguos, que los gozan tan doctos. Padecemos²¹⁸ con nuevas enfermedades que juntas con el oro (autor de tanto mal) vinieron del mundo a tantos siglos no conocido. Tomamos el azogue, en muchas y varias formas depeñado; tragamos el alcohol, no en una fragua ni de sólo un modo martirizado; bebemos el vidriol, vuelto del fuego cruel en diferentes licores, y otros muchos venenos dañosísimos, y con todo,²¹⁹ la naturaleza humana no se impide de llegar a la tasa de vida que la señalaron los muy antiguos.

Bien lo dice éste; y si lo indicia de pasión importar a su intento, otro será testigo seguro. Y porque cada momento (dice) trató de los medicamentos fuertes, es de advertir que los médicos idiotas de nuestros tiempos, mientras (dejados los verdaderos maestros) buscan invenciones niegan la cura a muchas enfermedades. Porque ¿quién sana hoy la gota coral? ¿Quién la perlesía? ¿Cuán pocas veces los dolores antiguos!²²⁰ ¿Cuán pocas las manos y pies gotosos! No por otra causa sino

218.- Orig.: 'Parecemos'

219.- Orig.: 'toda'

220.- Orig.: 'antipos'

porque han dejado los medicamentos fuertes, y mientras se contentan con el nombre de médicos cogen el dinero y quitan la honra al arte. Como si aquellas enfermedades solas deba sanar la Medicina que ellas por sí se sanaran. Y así acaece (¡oh la mayor de las afrentas!) que muchos males que ellos despidieron incurables por temerosos, los remedian el rústico o la vieja por atrevidos.

Esto dicen dos dellos. Lo que sé es que vi al Doctor Plaza en Valencia dar eléboro²²¹ felizmente, y hoy le da en esta ciudad el Doctor León, amigo mío, con buenos sucesos. Los demás digan lo que quisieren; que bien se conoce la flaqueza de sus razones. Porque si los medicamentos son adultos y contrahechos, ¿cómo no se atreven a darlos por fuertes? Y si la naturaleza está más flaca y ellos son los mismos, ¿por qué no dan menor cantidad a menores fuerzas?

Nuevas enfermedades dicen que hay en los hombres. No importará concederlo, pues las pueden causar diferentes constelaciones y mudanzas del cielo; con que si unas se han renovado, otras se han olvidado y perdido; cuanto más habiendo quien diga que hoy ninguna se padece que no sea antigua. Las viruelas y sarampión tienen muchos por nuevas enfermedades, y hay hoy quien pruebe que las conoce y remedia Galeno. El tabardillo tiene por antiquísimo Vallés aunque imaginan los demás lo contrario, por no advertir en las señales con que lo pinta Hipócrates.

Lo más creído por novedad son las bubas; y cuando yo no viera sino las patrias diversas que les atribuyen (hijo, al fin, que lo merece) y los pleitos que hubo entre franceses y españoles (cuando aquella notable prisión del rey Francisco) por cuáles destas dos naciones la pasó a Italia, me persuadiera que se ignoraba su principio. Unos dicen que empezó este mal en Valencia, patria bien a propósito; otros, que en Francia, de quien tomó el nombre, y otros que vino de las Indias cuando su medicina; pero no falta quien pruebe, y bien, que las había en tiempo de Galeno y de Hipócrates. De modo que no se deben quejar los bubosos del mal siglo que alcanzan, pues antes deben agradecer que les halló Colón el remedio de la zarzaparrilla, que no merecieron los de agora mil años.

Ni nosotros tenemos que llorarnos por de peor suerte, de más flaca complexión y sujetos a nuevos males porque nacimos después de otros, pues con el ser de hombres nos dieron las mismas pasiones y la naturaleza misma.

DISCURSO V

Si recibió la tierra daño de esterilidad con el Diluvio, y pruébase lo contrario de Noé y su nombre, y de quien se tiene por más cierto que no fue inventor del vino.

De la paloma con el ramo de oliva.

De la procreación de los hombres después del Diluvio, mayor y de más varones.

La licencia de comer carnes no se concedió al hombre pasado el Diluvio, y se tiene por más cierto que las comió en todo tiempo.

La diferencia de manjares y artificio en comer las carnes no es provechoso; antes dañoso para alargar la vida.

La gula es enfermedad, no sólo del cuerpo, sino del alma, y así, hace al hombre más bestial que otro algún vicio.

Es causa de todas las enfermedades y vicios del alma.

Las hijas que le señalan los Santos, de quien la una es la inmundicia o suciedad, y por qué es más de temer este vicio en los príncipes que en los plebeyos.

De la locuacidad o poco recato en los secretos; del oír con gusto maldicientes y truhanes.

221.- Orig.: 'el Heboro'

De la insensibilidad en los mayores males y pérdidas, por lo que son comúnmente crueles los comedores.

Cuán contraria es a nuestra naturaleza la diferencia de muchos manjares, y cuán vano su aparato.

La hora de comer en días de ayuno, y cuán antigua es la de las doce.

De la edad de la vida, no mudada en los hombres, con los sucesos que en esto ha habido.

ESFORZABAN los contrarios necesaria nuestra disminución del daño que recibió la tierra en el Diluvio, para cuyo reparo concedió al hombre Dios las carnes por sustento, en vez de las yerbas y frutos, que lo habían hasta entonces sido. ¡Qué grandes serían en aquella sazón los camellos y caballos, pues apacentándose en la misma tierra enflaquecida, tienen el mismo plato del heno y la grama! Sea Dios bendito, que tan fáciles somos a seguir pasos ajenos sin escudriñar (por no poner un rato la mano en la mejilla) el tesoro de las verdades.

Pasara, prometo, a cierraos por todo, pues no es tropiezo para mi intento creer que se este-relizó la tierra con aquellas muchas aguas, y que por la falta de los bastimentos se le dio licencia al hombre, después de tan larga cuaresma, para comer carne, si pruebo que se ha conservado la misma desde entonces; si no fuera tan mala mi condición que se me come el corazón cuando topo semejantes imaginaciones. Y lo peor es que obligo a V. S. a tener paciencia para escuchar las mías.

Yo me persuado que la tierra quedó después del Diluvio mucho más fértil y de mejor condición que antes, y que los hombres primeros no sólo comieron carnes de animales; pero que las comieran aunque Adán no pecara y heredaran el estado de su inocencia. Lo primero confirman la razón, la Escritura y la experiencia. El agua que anegó las ciudades ahogó los vivientes y cubrió con quince codos los más altos montes. Si creemos (como se debe) a Moisés, del modo que agora brota en algunas pequeñas fuentes salía a cada paso de la tierra y saltaba en caudalosos ríos; el aire escurísimo con nubes espesas, arrojaba como por ventanas gruesos arroyos, con tal furia que destrababan y derribaban las piedras mayores de las más fuertes torres. ¡Oh poder de Dios! ¡Oh aflicción de los hombres! Estas aguas, siendo de la misma naturaleza de las que agora dan los arroyos y las lluvias ordinarias, cierto es que serían dulces, y no importa que se mezclasen a las del mar, saladas, pues, siendo aquéllas en tanto mayor cantidad que no les corresponden éstas de dos mil partes a una (pues crecieron toda la circunferencia del globo que hacen la tierra y el mar, hasta subir los más altos montes con tanto exceso), claro está que las del mar se volverían dulces, y no las del Diluvio saladas. La tierra pues (si dice verdad Columela), ¿por qué tras de tan abundante riego no había de quedar más fértil y fecunda, si vemos que al arroz siguen altas y gruesas cañas de trigo sólo porque la haza se embriagó el verano, y en las vegas que se detuvo el agua del cielo, no puede después la mano más robusta sustentar el manajo?

Así, a Noé llama la Escritura consuelo y descanso, y da la razón San Jerónimo: porque en él comenzó el hombre a descansar algo de las molestias y trabajos con que cultivaba la tierra. No porque inventase los instrumentos de la labranza (como pareció a los Rabinos), habiendo hasta allí rompido el suelo con propias manos, pues no creo que tuviese más ingenio que Adán para forzar el legón o el arado, o que aprendiese el arte de la herrería el año que anduvo nadando en el arca, sino porque verdaderamente fue hasta allí escasísima con el hombre la tierra, por la razón que dio Lamec cuando nació Noé su hijo: Llámese descanso, porque nos ha de consolar en las obras de nuestras manos en la tierra que maldijo el Señor. Como aquella que estaba tan cerca de la maldición primera; con que, sin duda (digan lo que quisieren otros), se endureció y encruelació la tierra para dar al dueño los frutos escasos y a fuerza de sudor y golpes.

Cuya maldición y pena se suspendió y concluyó en el Diluvio, diciendo Dios: Ya no he de maldecir más la tierra por el hombre; esto es, que ya no había de durar más su maldición, sino que volvería a ser en alguna manera fértil y fecunda, como antes que el hombre delinquiese. Lo que

se vio manifiesto con la experiencia, pues al punto trató Noé de plantar una viña, de cuyo nuevo mosto se embriagó una vez, la primera que le dio al labio. No porque antes faltase vides, y dellas y del vino se hubiesen sustentado los hombres, pues ¿hemos de pensar que entonces nacieron nuevas, habiéndosele olvidado a Dios criarlas con las demás plantas en el principio? O si creemos (como es fuerza) que desde el primer día llenas de apretados racimos colgaron de los olmos, ¿diremos que Adám (cuán sabio para saber virtudes de piedras, de aguas, de yerbas, de zumos: ninguno en la tierra, predicán todos, lo ha sido más) para conocer el vino nació rudísimo, y Noé al cabo de seiscientos años de hombre, quizá porque anduvo uno envuelto en agua, lo halló curioso?

Y de los dos pensamientos no sé cuál me asienta menos. La verdad, quizá, es que a Noé, seguro y confiado de otras veces que lo había bebido, engañó la fortaleza del nuevo licor que dio la tierra más fuerte, como más robusta. Y al contárnoslo el santo Historiador (¡oh cuál parecerá mi pensamiento a quien considerare²²² sin pasión sus palabras!) no le movió la novedad de las uvas ni de la embriaguez, sino la ocasión que en ella tomó el pecado de Cam, su hijo y padre de los cananeos, enemigos de los judíos, para con ellos notarlos de mala casta.

Asienta más esta verdad la paloma que, salida del arca a descubrir tierra, una vez volvió a la jaula porque no halló parte enjuta donde afirmarse. Salió segunda a siete días, y trajo un ramo de oliva verde. Donde es cierto que el árbol deste ramo estaba la vez primera cubierto de aguas, pues no hay por qué pensemos que voló más lejos o más a las cumbres de los montes agora que antes. O si no, ¿por qué se persuadiera con él Noé que ya estaba la tierra enjuta, si no fuera argumento de la diferencia el nuevo ramo? Cierto es también que este cogollo no brotó antes o mientras el Diluvio, pues esto lo tengo por imposible en tan hondas y prolijas aguas, y aquello porque advierte la Escritura que traía las hojas muy verdes; y de cualquiera modo, mal despachada volviera con señal que le podía haber cogido sobre las aguas, y volvía bien con el pimpollo, que se conocía ser recién cortado y recién nacido. Últimamente, era ramo grande y de muchas hojas, pues así lo cuenta la Historia Santa; y muy tierno, pues lo pudo cortar el blando pico de una ave tan mansa. ¿Qué fertilidad, pues, igual aquélla, que en tan breves días arrojó tan verdes ramos?

Y si parece aun necesario otro argumento, como ellos prueban la esterilidad y mudanza de la tierra de la que creen en el hombre, a cuyas necesidades (dicen) socorrió Dios con la permisión de las carnes, yo afirmare que la tierra quedó más fecunda y fértil para producir más y mejores frutos del hombre mismo; que sin duda alguna quedó después del Diluvio más robusto y fuerte. Sea el discurso del corazón de la Filosofía, en quien es cierto que la más natural y perfecta obra del viviente consiste en engendrar su semejante, y así, son de los animales más bien acompleccionados y perfectos aquellos que tienen más vigor para propagar su especie. ¿Quién duda, pues, que fue sin comparación más copiosa la multiplicación de los hombres después del Diluvio que antes?

A cien años pasados cuenta Beroso que se había multiplicado en una inmensidad el linaje humano, cuando ya Noé persuadía a sus hijos que se repartiessen en las tres partes del mundo, Asia, África y Europa, pues tenían gente bastante para fundar en ellas colonias y presidios: el precepto y orden que (según Josefo) no quisieron obedecer los hombres, hasta que la soberbia de Nemrot castigada puso por obra lo que no había admitido su inobediencia. Y de allí adelante se multiplicaron tanto más, que a docientos y cincuenta años del Diluvio, Nino, rey de los asirios, puso en campo diez y siete veces cien mil infantes, docientos mil caballos y cerca de once mil carros fuertes. Y no se cansó la naturaleza ni perdió su vigor el hombre, pues de una casa (cuyo padre era Jacob), que entró en Egipto salieron a pocos más de cuatrocientos años seiscientos mil mancebos, sin mujeres y niños. Y casi en nuestra edad hay quien cuente un padre que alcanzó a ver una aldea de cien casas de solos sus hijos. No sucedía así antes del Diluvio, pues a ciento y treinta años de criado Adám mató Caín a Abel, y no sabemos que tuviesen otros en aquella sazón los primeros Padres y

222.- Orig.: 'considerarè'.

con que anegó Dios la tierra a casi mil y seiscientos años del mundo. Poco antes dice Moisés que comenzaron los hombres a multiplicarse, lo que confirma la familia del mismo Noé, que a seiscientos años de casado tuvo solos tres hijos que defender en el arca.

¿Qué mayor argumento se puede desear de que se reforzase con la tierra después del Diluvio el linaje humano? Si no lo sacamos mayor de una doctrina llana: que la mujer es como un varón imperfecto, de donde se le llama en todo género la hembra animal imperfecto. Si pedimos la razón, está en la ocasión por que se engendra varón una vez, y otra mujer. A que, si bien es verdad que muchas suelen ayudar causas tan menudas como correr²²³ este o aquel viento, beber desta o aquella agua, mirar los padres a esta parte del mundo o a aquella, la primera y principal consiste en el vigor, en la fuerza, en la entereza y perfección de los padres. Así lo disputa y prueba el mayor de los Filósofos: que los flacos y débiles, por muy mozos o muy viejos, o los mal acompleccionados, por demasiado húmedos, a pesar de la naturaleza (que siempre intenta lo mejor) engendran ordinariamente hijas. Creído, pues, que²²⁴ antes del Diluvio nacieron por la mayor parte mujeres, y después dél varones, ¿qué faltará a mi verdad para manifiesta? Y aquello tiene fundamentó en el mismo Moisés, cuando cuenta que al comenzar los hombres a multiplicarse engendraron hijas. Y todos los doctos corren con este pensamiento; si bien, buscando causas, la dan a la demasiada lujuria de aquel tiempo (de lo que pluguiera a Dios nuestro señor a pocos pasos no se olvidaran). Que después naciesen por la mayor parte hijos, clara se halla la cuenta en la misma Historia, y particularmente en la mesa del gran Jacob, donde se asentaron doce varones juntos. ¡Aquí de Dios! ¿Qué vocean, si no es tan clara la luz del mediodía?

Y si para entretener su opinión se persuaden que antes del Diluvio no comieron carnes los hombres, y que se redujo y encogió su vida por causas naturales a menos años, a que añaden algunos ser tanta la flaqueza desta, que cada día se inventan nuevos manjares para conservar la vida, adelantando en la Cuaresma la hora del día de ayuno (por no haber fuerzas para aguardar, como antiguamente, la hora de la tarde), veamos cuánto mayor flaqueza es la de sus razones.

Fundan la primera en lo que dijo Dios a nuestros Padres luego que los asentó señores del Paraíso: Veis aquí que os he dado toda yerba que trae semilla sobre la tierra y todos los árboles que llevan en sí mismos semillas de su género, para que os sean manjar a vosotros y a todos los animales de la tierra y a todas las aves del cielo y a todos los que se mueven sobre la tierra y en quien hay ánima viviente, para que tengan de qué mantenerse. Donde no sólo a los hombres: a todos los demás animales se les señaló sustento en las plantas y frutos, de quien se alimentaron hasta el Diluvio. El cual pasando, a los nuevos hombres que dél escaparon dio su bendición Dios y dijo: Creced y multiplicad y llenad la tierra; y vuestro temor y temblor sea sobre todos los animales de la tierra y sobre todas las aves del cielo, con todos los que se mueven sobre tierra. Todos los peces del mar se entregan a vuestras manos, y todo aquello que se mueve y vive os será a vosotros manjar. Como las yerbas verdes os he entregado todas las cosas. Excepto que no comeréis la carne con sangre, etc. En que se conoce la nueva licencia concedida al hombre de comer carne, que hasta allí no tuvo; y así, con este amparo casi todos afirman que ni los animales ni el hombre la comieron antes del Diluvio.

Ya de las fieras, mucho ha confesaron algunos que desde el principio fue su mantenimiento de las carnes, pues hoy las vemos imposibles de sustentarse con yerbas, y ningún mediano entendimiento se persuadirá que hayan por ninguna ocasión mudado naturaleza, Sólo hace difícil este parecer señalarles comida el tiempo que acompañaron a Noé en el arca. Unos quieren que fuese de yerbas, atribuido a la poderosa voluntad de Dios que dellas, obedientes, se sustentasen. Otros, que de carnes de animales, cuidado que parece mandó Dios a Noé cuando le dijo: Toma de todos los

223.- Orig.: 'corre'

224.- Suplo 'que'

manjares que se pueden comer, y llévalos contigo para que a ti y a ellos sirvan de comida. Y aunque muchos los animales desta despesa, hecha la cuenta, para todos había capacidad en el arca.

De los hombres, ha hartos años que el bienaventurado mártir San Justino creyó y probó que comieron desde el pecado de Adán carnes con el sacrificio de Abel, que fue de los más gruesos corderos, y el de Caín de los frutos de la tierra, y uno y otro ofrecían a Dios el manjar que comían, como reconociendo ser don de su divina mano. A lo que añade San Pablo, donde dice: ¿Quién planta la viña, que no coma de su fruto, y quién apacienta el ganado, que no coma de la leche? Si Abel, pues, era pastor de ovejas, dellas comía, y si apacentaba corderos, dellos se sustentaba: argumento que solo me persuadió esta verdad antes de leer este Santo y que holgara ver de los contrarios satisfecho. Porque ¿quién no imaginara que si Abel guardaba ovejas cuidadoso, de algún lobo las guardaba, y si las apacentaba amoroso, para sustentarse dellas las apacentaba? Cayetano repitió este pensamiento, y sólo añade la autoridad (que dije rato ha) de Beroso, cuando cuenta de los hombres, que antes del Diluvio comían carnes humanas (¿cuánto más a gusto las de un pavo tierno?). Pareciéndole también, de paso, imposible que tanta muchedumbre de gente se sustentasen de plantas solas.

Algunos otros han pensado lo mismo, pero que navegan contra viento, porque confiesan esterelizada la tierra en el Diluvio. Más fácil está para nosotros el paso, deshechas las razones de los contrarios. La auctoridad de la Sagrada Historia en nada tampoco los favorece, bien entendida. Dijo Dios señor nuestro, al principio, que a todos los animales de la tierra daba por sustento todas las yerbas y plantas. ¿No confesaremos que también la adelfa y cicuta ponzoñosas? Sino que, aunque dice todas, se entiende aquellas que les podrían ser de provecho; porque yo, aunque dice todos los animales, no entenderé aquellos que de las yerbas, conforme a su naturaleza, se sustentan. Y cuando en esto no demos voces, ¿qué cosa más clara puede haber, y conforme a buen discurso, si entendemos que allí a todos los animales señaló Dios las yerbas por primer manjar y sustento, pues si algunos comen carnes de otros, son de los que con las plantas crecen, y todos venimos, así, a sustentarnos de los frutos que la tierra produce?

Pasó el Diluvio, y como aquella pequeña familia quedó tan temerosa y afligida, ¡qué tierno, cuán amoroso se mostró Dios con ellos! Dioles licencia de comer carnes de animales, quizá por que no pensasen que como los pecadores recién ahogados habían sido en comerlas viciosos, a ellos, para no merecer otro Diluvio, convenía abstenerse dellas. Lo más cierto es que Dios les mandó que creciesen y multiplicasen no porque hubiesen perdido la virtud de procrear hijos. Dioles dominio sobre los animales, y dio facultad de mantenerse dellos no por nueva merced, sino por ratificar las antiguas y renovarlas, como en nuevos padres de un mundo nuevo. Que, de otro modo, ¿quién se persuadirá que crio Dios tanta variedad de animales y aves para sólo entretener los ojos del hombre, y no para deleitar también el gusto y conservar la salud y vida? Pues aunque digan que tenían mayor virtud para sustentar las yerbas, mayor la tendrían también en proporción las carnes, que siempre han sido de mejor alimento.

Y no sólo después del pecado; pero sin él se perdiera la natural virtud que reparara cada día el manjar, y sobre todo el árbol de la vida; y no fuera, por ser más justo el hombre, más ignorante para conocer el guisado que más le convenía. O si no, ¿en qué aire cupieran las aves, en qué monte los venados, en qué prados los conejos, en qué sierra las perdices, pues con perseguirlos hoy el perro, el yerro, el plomo, han multiplicado alguna vez hasta desterrar los hombres de sus casas? O si no, dichoso hubiera sido el pecado; no sólo porque nos mudó el plato, de la malva en perdiz, sino porque con él aprendimos a detener las alas voladoras en la red y los pies corredores en el lazo. Y aprendimos también a ayudar a la misma naturaleza; que en todo quiso dejar algo a nuestra industria, o chupáramos hoy (si no delinquieran nuestros Padres) rudamente la caña, no el azúcar; despreciáramos la aceituna amarga, por no saberla corregir en la sal o apretar en el molino; comiéramos la uva flemosa, no bebiéramos el vino saludable.

Y por que se acredite mi opinión en materia que la mejor estriba en conjeturas, Cristo bien nuestro, restaurador de la vida (que llamó San Pablo nuevo y segundo Adám contrapuesto al primero, pues vino a renovar y revivir los bienes que nos perdió aquél por su delito), razón y justo parece que escogiera por lo menos el trato y modo de vida que tuviera el primero Adám inocente (pues vino a ser el Segundo inocentísimo), y dél sabemos que comió por ordinario mantenimiento carne y bebió por bebida ordinaria vino. Afuera, pues, cuantos quieren mantener a Adán no pecador de solas yerbas, manteniéndose Cristo, Redemptor de los pecadores, de carnes de animales, pues antes convenía que después de la culpa se abstuviera de manjar semejante quien con ella quedó enfermo y fácil a la torpeza, a la ira, a la vanagloria, si no se cura y socorre con la abstinencia. Y si perseverara sano con la primera justicia, como no tuviera necesidad (según Santo Tomás) del ayuno, de la vigilia, del azote, menos la tuviera de comer solas las yerbas desabridas. Antes, si en aquel estado debía haber diferencia de perfecciones, era bien haberla de manjares en que se ejercitaran diferentes virtudes.

No sólo (prosiguen) se aprovecha hoy el hombre de las carnes para alentar la flaqueza de la vida; pero las adereza con artes exquisitas, por descubrir en ellas mayor virtud. Tan débil con eso, que a las once del día le es el ayuno tan prolijo como fue a los antiguos a la noche. Argumento que prueba harto más haberse en esta edad fortalecido la naturaleza que debilitado, pues comiendo diferentes manjares y diferente guisados (ocasión certísima de las enfermedades y muertes) igualamos los años de los que comían sencillamente. Bien holgaran que fuera aquello verdad los glotones, pues vieran atribuir a necesidad el vicio de su gula; pero ¿qué les importara imaginarlo así, desengañados cada hora que les cuesta la salud y vida tan mal deleite? Y es muy conforme a razón (dice San Crisóstomo) que como la nave demasadamente cargada se zabelle, la naturaleza que carga de sobrados manjares se anegue; y así, es consejo como del Espíritu Santo el que da el Sabio: No te cebes en todo manjar, porque en su diversidad está la enfermedad, y la muerte en su sobra. El que se hartare (dijo Job), vendrán sobre él hinchazones, indigestiones y todos los dolores y enfermedades.

Doctrina llana en la Medicina, que un manjar sobre otro hace indigestiones y enfermedades de muerte, por ser (dice Filón) la junta de muchos manjares en un estómago naturalmente mortal; así porque oprime el demasiado peso las fuerzas, ahoga el calor la sobra, desconcierta los humores su desorden y engendra corrupción la variedad de sus calidades (según sentidamente lloran los Santos a este propósito), como porque procede este mal apetito (según Galeno) de destemplanza del hígado y abundancia de mal humor en el estómago: indisposición que antes crece con el mucho comer que se apacigua, como con la leña el fuego y con el agua la hidropesía; por lo que San Basilio la debió de llamar incurable, y San Bernardo le dio cura, pero con la muerte; que no merecen otro puerto las congojas del glotón, ni sus ansias otro reposo.

Estrechemos el punto, que no por muy común será menos de estimar particularizado, como ni merece desprecio el sudor que en mina muy andada procura nueva senda, y más hablando con quien tiene tanto amor a la virtud de la templanza; y añadido que la gula no sólo es enfermedad del cuerpo, y efecto suyo, sino enfermedad del alma, nacida de otra y madre casi de todos sus vicios y enfermedades. Horacio, en una sátira que hace admirable contra este desorden, dice que nace de la vanidad y mala estimativa, llenando la mesa de platos su vano resplandor, y el vientre de manjares un apetito irracional y bruta inclinación. Y es sin duda que el mucho comer, como tan propio de bestias, se halla pocas veces con ingenios agudos. Come, cuando te pones a la mesa (dice el Espíritu Santo), como hombre. No haciendo, como si dijera, de la mesa pesebre, y felicidad del plato. A lo que alude la advertencia de Silio Itálico:

¿No ves que al hombre Dios levanta el rostro
a las estrellas, y del suelo aparta,

del bruto a diferencia, que, inclinado,
siempre mira a la tierra y su mal vientre?

Por lo que San Pablo, cuando llamó a los cretenses glotones no se escusó de llamarlos malas bestias. Y los antiguos griegos, a un hombre necio y sin discurso le llamaron idiota: nombre que hoy queda en nuestra lengua y significa lo mismo que comer sin cuenta ni orden. De lo que dio la causa Terencio en una de sus comedias, diciendo que se les iba el alma y el discurso en el plato. Y así, de hombres se convierten en puercos, dice San Crisóstomo: tal es su ruido, tales sus ansias. De Hércules cuenta Ateneo que fue grandísimo tragón, tanto que se comía un buey mal asado y lleno de ceniza y carbones; y pintándole en la mesa Epicarmo, dice que con las quijadas, con el gáznate, con los dientes y con las narices, hacía estraño ruido, y añade que también meneaba las orejas: maravilla que la cuenta Eustatio de un sacerdote gentil, y que la dio, como tan discreta, la naturaleza para que correspondiesen las señales a la pasión. Pues no por otra causa se acordó el sabio rey don Alonso en sus *Partidas* de enseñar a los príncipes, y con ellos a los nobles y buenos, las acciones de la mesa (el cuerpo levantado, el rostro quieto, el mascar sin ruido y otras cosas más menudas) sino porque, como es acción en que tanto comunica el hombre con los brutos, si no nos aparta y diferencia el modo, hácenos muy unos y semejantes al ejercicio.

No es pequeño vituperio este de la gula, si le puedo dar claridad. Pues aunque es verdad lo que dijo David, que el hombre, por la culpa se asemeja a las bestias (y generalmente se verifica en toda culpa en quien la razón y el juicio, con cuya virtud diferencia del mal el bien, se pervierte y engaña, y quitada al hombre la razón, queda parecido a las bestias, pues sólo le diferencia su resplandor y hermosura), con todo, en este vicio, y el de la torpeza, hay particular causa de embrutecerse un hombre; y más aun que en el de la torpeza en el de la gula. Lo que por ventura tocó David en aquel salmo, pues fue lo más del hierro de nuestros primeros padres golosina. Y se nos hará manifiesto si nos acordamos que todo nuestro mal consiste en amarnos demasiado, y querernos algún bien sin el orden y modo que la razón enseña.

Y como todo el bien que puede sernos tropiezo y lazo (según la conclusión de San Joan en su *Canónica*) se reduzga o a riquezas o a honras o a deleites (de quien las unas engañan los ojos con su resplandor, las otras hinchan y ensoberbecen el corazón con su gloria y vanidad, y las otras halagan con su sabor y regalo el sentido), claro es que sólo en el apetito destas últimas participamos con los brutos, pues a ninguno dellos enamoró el techo dorado ni el trono rico, corriendo todos tras de los gustos del sentido por el fin a que los encaminó la naturaleza: la conservación del individuo los unos, y los otros de la especie. En cuya necesidad, como comunica el hombre con ellos del modo que en ser sensible, le cupo también el mismo apetito y deseo, si bien con la superioridad de la razón, que, como jinete sobre el caballo, gobierna y rige aquellas pasiones, no tomando más de los gustos que lo necesario para los fines de la propia vida o propagación de la especie, según y como la misma razón dicta ser conveniente a su autoridad y nobleza, en lo que consiste (dice San Dionisio) la dignidad del hombre. Cuando, pues, en éstos se descompone y a rienda suelta, ciega la razón, sigue al apetito, en nada diferencia del bruto, antes muchas veces se hace peor, cuanto aquél nunca pasa la raya de su inclinación natural, y éste a cada paso la saca de sus términos.

De modo que ya nos queda el pleito entre el goloso y el deshonesto. Y si miramos los efectos que ambos vicios causan, poco son diversos, pues uno ciega la razón y otro la entorpece, si bien este postrer daño se parece más al modo de conocer de los brutos, no tanto ciego como torpe y boto. Y esto dice San Joan Casiano: Padece el glotón embotamiento notable de el ingenio. Mayor pienso que se podrá colegir la diferencia del modo de cebarse cada cual destes vicios en sus regalos, en quien uno nada puede hallar que le disculpe de su desorden, y algo el otro que diga diferenciarle del bruto.

Entra en los deleites de la carne a parte a veces el alma, considerando la proporción de las facciones hermosas y atendiendo a la dulzura de la plática, por quien dirá moverse el deshonesto más que por la torpeza de sus abrazos. ¿Qué puede el glotón inventar en sus manjares que no pare en el sabor del paladar y hartazón del vientre, como en el más triste jumento? Teniendo siempre aquél apariencia de excusa en el intento de la naturaleza, que procura sucesión; éste no, que casi siempre conoce que se quita con el comer la salud y vida, y come, con todo eso, por regalar su paladar y llenar su estómago.

Triste enfermedad del alma, que amortigua la mayor divinidad suya, y causa, como tal, de sus mayores vicios y enfermedades. Nada más repetido en los Santos. Todo lo bueno pierde el glotón (dijo San Gregorio), y todas sus virtudes parece que se anegan, naciendo en su lugar todos los vicios y maldades. Por lo que afirma Santo Tomás que es la gula uno de los mayores pecados en la ocasión. Las culpas que trajeron el Diluvio universal, enfermedad fue del vientre su causa (dice San Crisóstomo), y las abominaciones de Sodoma, de la glotonería nacieron, según lo de Ezequiel, en el 16: Esta fue tu maldad, Sodoma: la hartura del pan y del vino. Y así, contando Suetonio de Vespasiano que era cruelísimo y lujuriosísimo, añade que no era maravilla, porque era comedor. Enfermedad, al fin, del alma, que cautiva la razón y despeña a los mayores vicios.

Por esta causa le dan los Santos cinco hijas como de tal madre podrían esperarse. Una llaman inmundicia, o suciedad; y aun San Pablo, escribiendo a los de Éfeso, la llamó toda inmundicia; porque aun las del deshonesto tienen en ella principio. Y es tal comúnmente, que no se puede acordar sin algún asco, pues no sólo ensucia el alma y el cuerpo del glotón, sino que aun sus vestidos suelen no andar muy limpios, su conversación güele mal con los regüeldos; su casa, con los vómitos. Fue gran tragón Vitelio, pues comía cuatro veces al día espléndidamente, y tanto algunas, que hubo cena en que se le sirvieron dos mil géneros de pescados diferentes y siete mil aves. ¿Es posible que podía caber en la imaginación de un hombre, cuanto más en un vientre, lo que aun parece dificultoso en el mar y en el aire? Y ¿es posible que en tan cortas horas se desembarazaba de unos manjares para pedir otros? Imposible fuera, si no nos contaran que vomitaba los comidos para dar lugar a los nuevos. A enojo me mueve tan bestial gula. Por dichoso se tuviera Vitelio si le hubiera dado la naturaleza garganta sola, pues no cesando de tragar manjares se excusara²²⁵ de despedillos tan malamente. Más misericordiosa²²⁶ anduvo con el la naturaleza, los años que vivió, de lo que le debía, pues no merecía sacar sustento del manjar quien para vomitarle le comía. Porfiada congoja comer y trocar siempre, y peregrino deleite de paladar que nunca temió la acedía del vómito.

Por el contrario, sabemos de Juliano que, con no ser menos tragón, se alabó y glorió mucho que nunca trocó nada. No sé cuál de los dos más bárbaro. Salomón da a entender que éste, pues, desordenados ambos en comer, procuraba aquél acortar el tormento, y, reconocido de la ventaja, buscaba para nuevo enemigo nuevas fuerzas. Bestias hay que si comen mucho se alegran de hallar remedio para trocarlo. Juliano era bestia en hartarse, y más que bestia en perseverar harto, reinando su gula, no sólo en la garganta, como la de Vitelio, sino en el vientre, pues a trueque de verse siempre lleno se deleitaba en su pesadumbre menos limpio que aquél, pues no es menor suciedad digerir mal en muchas horas las sobras que vaciarlas en una. En no ensuciarse dice Horacio que está la limpieza, y si el comer sobrado ensucia, no será alabanza porfiar manchado.

Las otras hijas deste mal vicio (que tocan más en lo vivo, pues llegan al alma) pienso que son insensibilidad o entorpecimiento suyo, vana y loca alegría, mucho hablar y gusto de oír bufones y truhanes. Daños que, aunque son de temer en todos, mucho más en los señores y príncipes, y así, es de advertir que cuando la Escritura aconseja templanza, siempre, o casi siempre, habla con los muy altos. Bienaventurada la tierra cuyo rey es noble y cuyos príncipes comen a su tiempo, para susten-

225.- Orig.: 'excusará'

226.- Orig.: 'misericordioso'

tar la naturaleza, y no para deleite y vicio. No quieras dar vino a los reyes, por que no les engendre olvido de la justicia y desprecio del pobre. Y el precepto de comer con modestia se le da el Eclesiástico al que se sienta el primero en la mesa, contándonos desgracias de convites, y todas de príncipes.

No sólo por lo que dijo el mismo Sabio, que cuales fueren los gobernadores de la ciudad, cuáles serán sus ciudadanos: múdase el vulgo fácil con sus príncipes, que dijo Claudiano, y así, Séneca da por señal de una república enferma glotonear los mayores. Y no va descaminado, pues un nuevo estadista quiere que sea ésta la causa de la perdición de Roma. Tarda y espaciosa más de lo que se pudo esperar con el buen ejemplo y buenas leyes de templanza que dieron Augusto César, Tiberio, Domiciano, Aureliano y otros. No me descontenta esta razón: mala es la demasía en el príncipe, y mala en el plebeyo; si bien pienso que no se pierden las repúblicas porque todos se destemplan a un paso. A lo menos es imposible que todos puedan durar en el exceso, no habiendo ciudad tan rica que baste a hartar mucho tiempo la golosina de muchos.

Sólo Nerón afligió más con sus demasías a Roma que si toda se descompusiera, porque pensaba (dice Suetonio) que no eran las riquezas y tributos sino para malgastallos. De donde se da en el mayor de los despeñaderos, que acordó Plutarco: que es de mal consumir lo que se debe, pedir injustamente lo que no se debe, y así, viene a hacer falta a muchos lo que a uno sobra, y ayunar muchos estómagos lo que uno engulle; siendo imposible que haya para todos hartos si algunos exceden de lo justo, por haber Dios criado las cosas en orden, peso y medida, diciendo San Pablo que en la presente vida se ha de procurar la igualdad supliendo la abundancia de unos la pobreza de otros, sin que cueste el descanso de uno tribulación de muchos. Que por eso puso Dios, sin duda, a vista de un rico glotón un Lázaro hambriento, para que midiera aquél su sobra por la falta deste, y viera que debía comer menos quien tenía tanto que comer a vista de quien moría de hambre por no tener un cortezón de pan que comer.

Por lo que Aristóteles manda en su *Política* que consienta el príncipe enriquecerse algunos demasiadamente, y en particular ministros y jueces, porque es imposible que crezca mucho un árbol sin que los que están a su lado se enflaquezcan. A cualquiera miembro que acuda el humor, sienten los demás su falta, y para empaparse la esponja de agua, ha de quedar el vaso vacío. ¡Oh Cortes, que bien fuera reparar en que cuestan muchos andrajos vuestras galas, muchas ruinas vuestras torres!

Es dañoso no menos este mal vicio de la gula en los señores, por el otro daño que causa de hablarlo todo y sin orden; porque así carga (dice Séneca) el demasiado manjar, que no sólo sus obras,²²⁷ pero ni aun los pensamientos pueden estar secretos en el hartos, y el Sabio pone la causa en el daño de entorpecer el ingenio, porque es de necios hablar mucho. Y S. Pablo lo juntó todo en una palabra, llamando stultiloquio, que es hablar como necio, lo mismo que hablar mucho. Falta o muy necesaria en los glotones o muy perjudicial, pues todo se puede colegir de lo que dice S. Gregorio: que si los glotones no hablaran sin consideración, aquel rico que cada día comía espléndidamente no sintiera más el fuego del Infierno en la lengua que en otra parte. Y pues no se acordó el S. del gusto y sabor, que pudo también pagar en la lengua, mucho deben de errar hablando los comedores; y más cuanto más levantados, pues dice Salomón que es la mayor de las necedades, cuando un hombre se ve en lo alto, no ponerse el dedo en la boca. Son muy oídas entonces sus menores palabras, muy sentidas; y así, es ley de la tragedia, cuando habla algún príncipe, que hable muy poco y muy pensado, contándonos de Tiberio Suetonio que halló el uso de los memoriales para escusarse de hablar a todos y de repente. Saliéndose muy ordinariamente en semejantes ocasiones (como advierte el Espíritu Santo) los mayores secretos: último peligro de los príncipes, siendo éste aquel silencio en quien dice el Profeta que estriba su fortaleza, y Plutarco, que importa más que toda la sabiduría y elocuencia.

227.- Orig.: 'sobras'

A esta falta acompaña la de oír con gusto maldicientes y truhanes: entretenimiento que más debían temer los que más le apetecen, por no aprobar siquiera la mala condición del vulgo, perpetuo murmurador de los señores, tanto más atrevido contra ellos cuanto los mira mal divertidos, por tener a los semejantes (dice San Crisóstomo) por hombres de poco peso, inútiles para cosas de propósito, y por parecer imposible (dice Séneca) que hombre que gusta de gracias livianas y de dichos torpes tenga vigor y fortaleza en el alma. Y la razón fundamental estriba en lo que dijo San Gregorio: que como el cuerpo del que come demasiado se resuelve y calienta con el deleite, el corazón se relaja en gozo loco y vano; y así, revienta el vientre lleno de comida (dice Hugón) en palabras insolentes, en gustos livianos y en vanidad de pensamientos. Tanto más notado el señor cuanto la riqueza y aumento del truhán da mayor testimonio de su liviandad. En que fue grande el exceso de Filipo cuando hizo general de un ejército a Agatocles, truhán suyo que solía decirle chocarrerías a la mesa. ¡Donoso capitán, que mereció tal oficio con donaires de risa! Por tal tendría la vitoria o la pérdida quien a hombre semejante fiaba su honra; y no me espanto, que comía y bebía demasiado.

Y este vicio dice Santo Tomás que acompaña la insensibilidad y entorpecimiento del alma. Sueño y sepultura del gobierno de la razón, según el mismo. Y Esdras dice que engendra una loca y vana seguridad, y con ella desprecio del mayor daño. Una golosina hizo a nuestros Padres olvidar tantos males suyos y nuestros, y de Esaú advierte la Santa Historia que después haber comido y bebido no sintió la venta del mayorazgo, dándonos a entender que lo que le dolió cuando moría de hambre, satisfecho y harto no le daba pena. Y algunos años antes, aquellos cuatro reyes que tan valientemente vencieron otros cinco y saquearon a Sodoma, por entregarse en los regalos que hallaron en casa de Lot se olvidaron así del peligro, que a manos de pocos soldados perdieron lo ganado y las vidas. Y de los amalequitas nos cuenta la historia de los Reyes que, habiendo saqueado la dudad de Siceleg y cautivado su gente, se detuvieron a comer y brindarse en honra de la victoria, sin hacer caso de David, que venía tras dellos ayuno y hambriento, a quien pagaron con las vidas el desprecio de su daño.

El invencible valor de Alejandro y la inquietud de su apetito, ¿quién sino la gula lo volvió insensible, despreciador de lo conquistado? ¿Quién creyera que en carne tan viciosa como la de Sardánápalo, se había de hallar sufrimiento para dejarse arder vestido y calzado, si no nos dijera Aristóteles que le tenía hecho un buey su mismo vicio? Por ser natural (dice San Isidoro) que los que mucho comen, cuanto más apacientan el vientre tanto más emboten el sentido. De donde salió el proverbio antiguo, que podremos volver en nuestra lengua: Vientre gordo siente poco. Y ¿qué mucho, si hasta la misma alma dice un Santo que con el mucho comer se vuelve inútil y desaprovechada?

Por esta causa imagino yo que se vuelven tan crueles los comedores, siendo la mesa ordinariamente su carnicería, haciéndose incapaces, cuando muy hartos, de sentimiento y dolor. Los principios de Nerón prometieron un príncipe clementísimo mientras fue templado. Entregose a la gula y a la crueldad tan en un punto, que no le dio gusto comida que no se celebrase con muchas muertes. No nos cuenta la²²⁸ Historia glotonerías de príncipes que no tenga a vuelta de hoja otras tantas crueldades. ¿Qué fueron Vespasiano, Valentiniano, Antonino, Gábalo, Basiano, Macrino, Juliano, Dionisio y Atila, sino leones tan carniceros de vidas de hombres como de animales?

No sé si fueron iguales las glorias que ganó Alejandro con las armas y valor, a las que con la clemencia mientras así amó la templanza que aun no quiso dejarse vencer de David, pues, pereciendo con su ejército de sed, derramó un poco de agua que le trajo un soldado, escogiendo antes el peligro de morir con sus compañeros que beber solo. Harto buen ejemplo de clemencia y humanidad, si no es mayor bajar del caballo en medio de la batalla, para levantar a Lisímaco su capitán, a quien ató la herida con su misma diadema: piedad la mayor que se vio, pues venció

228.- Suplo 'la'

juntos dos enemigos los mayores: uno, el enojo con que peleaba el General más valiente, deteniéndose a curar heridas quien moría por darlas y olvidándose de guardar su vida por guardar la ajena quien tenía puesta la felicidad en quitar vidas; y otro, la ambición más fogosa, pues quien juzgaba el mundo pequeño para la diadema de su cabeza, se privó della y la puso en otra (agüero entonces peligrosísimo), estimando en más que el imperio parecer piadoso con su soldado.

Este fue Alejandro mientras así amó la templanza que otra virtud no predicaba a los suyos (según cuenta Zonarás). Dejóse vencer de la gula, y vencióle al punto de modo la crueldad, que basta a borrar (dice Séneca) una sola de sus hazañas crueles cuantas hizo valerosas. Enojosa más su memoria con la sangre que injustamente vertió de sus amigos, que agradable con la infinita que valientemente de sus contrarios Mató a Glauco médico, porque no supo sanar (dicen) a Efestión su privado, cuando él furioso mató a Parmenión, que no amaba menos. Si fue venganza la muerte de Glauco, con más razón la debía tomar de sí mismo cuanto es más digna de pena la malicia que la ignorancia. Pero, pues no se puede pensar que creyese Alejandro que hacía la medicina inmortales, quien se enojó con el médico porque le previno la ocasión de matar a un privado, menos disculpado en la muerte de Clito, estrecho amigo suyo, a quien mató atrocemente porque en un convite alabó a la mesa la buena memoria de Filipo su padre.

Peligrosa presencia la de un rey, pues se acierta tan pocas veces el camino de agradar, y se pagan tantas con la vida los más cuerdos deseos. Más cruel ya en la muerte de Calístenes filósofo, porque le dio un consejo no tan a pelo de su vanidad. Alza aquí el grito Séneca, y dice: Delito eterno que infama y borra toda la virtud y felicidad de Alejandro, con un largo discurso en que estiende este propósito el buen Cordobés; adonde yo considero dos cosas: una que, con ser Alejandro tan aficionado a las letras, que nada honró tanto, ni a nadie mostró el amor que a los doctos (increíble es cuánto reverenció la memoria de Aristóteles, cuánto engrandeció a Jenócrates, a Anaxarco, a Pirrón, a Diógenes Cinico²²⁹ y otros), y con todo, en mudando la costumbre del comer mudo así el ánimo, que no sólo perdió el amor a la sabiduría, sino que ejecutó la mayor maldad en un sabio; y el que cuando quema a Tebas rebelde, perdona y ampara una casa porque vivió en ella Píndaro (poeta docto a quien nunca vio), agora no rehúsa de despedazar el cuerpo en quien vive el alma de Calístenes, harto más docto y a quien debe infinito.

Considero también la cólera de Séneca cuando leía esta historia. ¡Oh cuán leal es el corazón humano! Quién le dijera: Reprehended y llorad, buen filósofo, la suerte de Calístenes; que con esas quejas hacéis penegírico a vuestra inocencia y obsequias a vuestra muerte injusta. Mayor fue aun la crueldad de Alejandro, pues echó a los leones a Lisímaco sólo porque era amigo de Calístenes. Tiene esta mudanza encarecimiento, siendo aquel que le hizo parar en medio la batalla, bajar del caballo, quitarse la diadema, hincar la rodilla en tierra y atarle las heridas. Tragedias del mundo, ¡cuán diversos actos representan!

Absalón no se atreve a estrenarse en cruel si primero no traza un convite y toma el comer por antídoto para no alterarse con la sangre y muerte de un hermano. Amán el favorecido le envía el Rey, de la mesa y de su lado, a la horca; y la cabeza del gran Baptista (tan temida antes y después) hace en convite plato de gusto. El mundo se trastornara por su causa y no le hará ruido a un necio harto (dice el Sabio), porque aun de sus mayores males y desdichas se olvida el que ha comido bien y bebido. Y no sólo a éstos: a mayores males suele quitar el temor tan mal vicio, pues no por otra causa dijo San Ambrosio que era la hartura madre de la infidelidad sino por lo que nos cuenta el Éxodo de los israelitas; que acabados de comer se levantaron a jugar, que es lo mismo que idolatrar, y advierte San Anselmo que quiere decir hacer idolillos y muñecas para mayor risa de Dios y de su poder. Sumo encarecimiento, pues a un Señor que así se les había mostrado terrible y prodigioso en sus castigos y maravillas le perdió una hartazón el miedo. No en vano, pues, cuando

229.- En el orig. parece leerse 'Cinuo'.

comían sus hijos rezaba tan apretadamente Job; y no en vano mira Europa, para su escarmiento, que las mayores herejías desta edad se han fraguado en repúblicas dadas demasadamente al comer, tratadas todas sobremesa y por maestros glotones.

Y así salieron tan libres y desvergonzadas, sin reverencia de Dios ni sus Santos y sin temor de los fuegos del Infierno y Purgatorio. Porque semejantes materias, que en otras ocasiones encogen al más bizarro, sobre bien hartos suelen entrar en chacota y risa. Mostrando Dios con evidencia que se trazó en las mesas su agravio, pues en ellas envía sobre los descarados la muerte y el Infierno, pues no sin causa advierte el profeta Daniel que después de bien comido y bebido hizo Baltasar traer a la mesa los ídolos, y que al punto se le aparecieron los dedos que le notificaron su muerte y desdicha. Aún estaban los manjares en su boca, y la ira de Dios bajó sobre ellos, dice David. muriendo Lutero entre su vómito, y otros con él, como diré algún día, no por que sientan menos su mal, sino por que los coja tan insensibles que no hallen puerta las inspiraciones divinas, y lo que es el mayor de los castigos de Dios: sea culpa suya perderse sin remedio.

Tantos males se siguen de vicio tan lisonjero. En que me he detenido algo por lo que siento ver que España (la más templada provincia hasta aquí del mundo) admite de algunos años a esta parte este desorden, descuidada quizá de los daños que le acompañan. Y, con todo, no he acabado, pues no he dicho de las diferencias de manjares que el hombre inventa, más para su daño que provecho, en que está lo principal del propósito.

¡Oh prodiga lascivia, no contenta
con lo bueno jamás; hambre ambiciosa
que en mar y tierra los sabores buscas,
y de espléndida mesa el colmo vano!
Aprended a vivir con lo que es justo,
dando a naturaleza lo que basta.

Encerró el cordobés Lucano en estos versos cuanto otro pudiera en largos discursos, pues el apetito de varios manjares no nace de necesidad ni de deseo de acrecentar años, sino de la vanidad del gusto, cuya inquietud y golosina en nada se satisface y reposa. Comida pide la naturaleza; pero contentase con poco (dice Boecio), y antes siente las demasías. ¡Bueno es (dice S. Jerónimo) que porque al hombre dieron licencia de comer de todos los animales, piense que ha de comer en un día de todos! ¡Coma también elefantes, leones, osos, leopardos, lobos! ¿Por qué se libran de sus dientes la víbora y el escorpión? ¿Por qué, el buitre y el cuervo? ¿Por qué, la ballena y el delfín? Quizá porque no se los vedaron, pudiera responder; si bien pienso que ninguno se libró de su gula, pues de todas las frutas podían comer nuestros Padres, y una reservada les llevó los ojos y endulzoró más que todas la imaginación y la lengua.

¡Cuánto sobrara en la tierra si sólo mirara el hombre a la necesidad y no pasara della (como advierte San Pedro Crisólogo) a la demasía! Pues antes se quejan los golosos de que no pida la naturaleza más, para tener mayor disculpa de su mal deleite. Y así, pienso que no habló con la propiedad que debía Séneca cuando dijo: El toro se harta con el pasto de una pequeña dehesa; una selva basta para muchos elefantes, y el hombre se apacienta en la mar y tierra. ¿Qué es esto, que así nos dio la naturaleza vientre tan insaciable en cuerpo tan pequeño, que vencemos la voracidad de los animales de mayor cuerpo y de mayor hambre? No dio, por cierto, sino vientre facilísimo de contentar, si no fuera insaciable nuestro antojo. Si con la naturaleza vives (decía un Filósofo, no tan malo como su fama) nunca serás pobre; si con la vanidad de los hombres, nunca serás rico. La naturaleza pide poquísimos; la opinión y el antojo, inmenso. Un goloso (dice Aristóteles) deseaba el gajate como de grulla. ¡Cuántos viven hoy con el mismo dolor, castigando la naturaleza su golosina con la brevedad y desmintiendo ellos su agravio con la porfía! Pues ¿por qué se repiten

sin número los platos, bastando el primero? ¿Por qué se bebe en muchas gotas lo que cupiera en un trago, sino porque a pesar de la naturaleza no se descuelgue tan presto el sabor? Y me espanto cómo entre tantas invenciones de penados²³⁰ no han salido algunas zapatillas²³¹ que detengan en el paso los licores, según se desea espacioso el camino del paladar al estómago.

Rabioso vicio, que nace de su prevención y crece con su medicina, pues porque calla el estómago con poco, le inquieta la gula con la diferencia. Y siendo enfermedad de aquél tocar muchos manjares (dice Horacio), pues nadie se sentó a la mesa con estómago libre y sano, que, aunque sea más rústico el plato, remita la hambre para el segundo, el goloso aborrece esta salud, y tiene por gusto el traerle empalagado, para que quepa la variedad en su inquietud. Mal deleite, por cierto, el que se compra a precio de un continuo disgusto. De aquí nace (dice Plinio) escudriñar los mares, correr las tierras; y en ellas, ya con anzuelos, ya con redes, ya con lazos, perseguir los animales y aves, sin que en parte alguna puedan asentar el pie seguras de nuestra hambre. Para muchas bestias basta una selva; para el hombre glotón se agotan las tierras y las aguas. El principio de la vida del hombre fue el agua y el pan, y agora los peces que nadan, las aves que vuelan, las fieras que saltan, topan en su vientre sepultura.

Defenderase quizá la Gula, y dirá que es rigor comparar al hombre con el buey o caballo, a quien basta la cebada o el heno, siendo aquéllos esclavos de su inclinación, y el hombre dueño de todo lo criado; atando aquéllas al pesebre la naturaleza, y compuniendo a éste la mesa el discurso y el gusto, tan vario en todos, y tan vario en uno mismo, según las edades, que pareciera ley cruel a tan suelto apetito, y avara a tan rica despesa, servirle perpetuo y común un solo plato. Pero cuando sea esto así (que ojalá a todos los hombres satisficiera, con templanza, un solo manjar, pues no faltara²³² halcón a la perdiz, águila al conejo y ballena al bonito), ¿es acaso divertir el gusto, para un estrecho ventrecillo, empezar con diez o doce diferencias de frutas, proseguir con otros tantos servicios de asados, porfiar con muchos más de guisados, espantar con la grandeza de los cocidos, cansar con la novedad de los empanados y acabar con la riqueza de las confituras? ¿Cuántas cosas despearon al cazador, fatigaron al despensero, desvelaron al mayordomo, ahumaron al cocinero y empobrecieron al señor, que, salidas a la mesa, las repasan los ojos y cuando mucho las tocan los dedos! Como si no fuera entonces mayor dolor al vientre su angostura que deleite la sobra.

Bien dice el Poeta que el primer plato de los príncipes es vanidad y locura. Un sabor tiene la carne de gallina o pavo, y cuando aquélla no se estima, ésta se pesa a oro porque es ave de más hermosas plumas. Como si no las dejara en la espuerta el mozo de cocina. El lenguado o barbo (prosigue en la misma sátira), aunque ha de salir partido a la mesa, se paga exquisitamente el grande. El mero, porque es grande se busca el pequeño. ¿Aforó estos precios el palada o la liviandad? Ésta puso en las mesas de los persas, enteros, los bueyes asados, y en las de otros glotones los jabalíes y puercos grandísimos cocidos y asados y rellenos de muchísimas otras aves y animales, con tal arte que por parte ninguna se les podía descubrir la puerta. ¿Quién creyera que habían de entrar por la garganta de muchos príncipes los cachorrillos de los perros y las zorras en el otoño, cuando²³³ afirma Galeno que son por extremo sabrosas, por las uvas que comen? Gente tan sucia, que en sólo pensar el mal olor de sus casas me inquieta el estómago. Las cigüeñas y grullas se compraron algún día a excesivo precio, desmintiendo a los dientes la imaginación y fingiendo regalada la terquedad de sus carnes a trueque de no sacar cada día pequeños perdigones, pensando parecer más poderosos y mayores los que apenas mordían una brizna de ave tan grande.

230.- Vasijas de bioca muy estrecha.

231.- Taponcillo.

232.- Orig.: 'faltarà'.

233.- Orig.: 'qanudo'.

¿Es mucho esto? Las langostas y las cigarras no nacieron seguras, no sólo de nuestra hambre y necesidad (como toqué el día primero), sino de nuestra gula; que a esto puede llegar su inquietud y antojo, que haga deleite y sabor lo que fue en el Baptista rigor y penitencia. Lo que ríe donosamente Eliano: Algunos he visto (dice) que venden ensartadas las cigarras, y no falta quien las compre y coma golosísimamente. ¡Oh tristes cigarras, este mal animal que todo lo traga, ni a vosotras perdona! Antes os tuesta y guisa²³⁴ a pesar de las hijas de Júpiter, las Musas, que no sé cómo no lo remedian, si lo saben. Otro tanto podemos decir de los que hoy compran ranas, músicas también, y no sé si menos asquerosas; antes más, pues, hijas del cieno, son tan hermanas del escuerzo y sapo.

Y si hasta aquí se defiende la Gula por ejercicio del imperio del hombre, ¿qué responderá al lascivo cuidado con que así diferencia y envuelve las carnes que ni las pueden descubrir los ojos ni el gusto? Pues parece que solo se trabaron los leños en navíos, se estudiaron las estrellas, se despreciaron las borrascas, se solicitaron las muertes y se comunicaron tantos mundos para que los manjares de todos se encerraran en un pastel y salieran a la mesa en un plato. Pues ¿quién duda que infinitos hombres cortan leños, tejen linos, traviesan mares, para que pique la pimienta a una chica lengua y caliente a un estrecho estómago? Siendo tan vicioso nuestro deleite, que cuanto en sí es²³⁵ condena los beneficios de Dios, pues habiéndonos dado duro paladar y dientes de hueso, tanto se recuece en leche la pechuga y hace líquido el manjar, que antes parecen estorbar los dientes. Hasta la salud y vida tenemos en menos que el vicio de un breve regalo. Si no es antes flojedad o locura, entrando el conejo al asador tan manido, que en vez de sustentar mata, pues es cierto que las carnes de muchas horas muertas hacen a todos generalmente daño notable, según el oráculo de Hipócrates, que cuanto más reciente el manjar le da mayor virtud y fuerza, como más cercano a la vida, siendo más fuertes los animales que de carnes vivas se sustentan. Flojedad es, sin duda, no golosina, por no mascar un poco más vivir peor y menos.

A los héroes y hombres de valor era antiguamente indecente cosa comer terneras y corderos, porque pensaban poner a riesgo la reputación de su vigor tan débil alimento. Hoy también los veda justamente la ley; pero ¿qué importa, si no se abstiene dellas la golosina? Fortuna es del despensero, y desdicha del glotón, que muera la ternera en la despensa y no en la carnicería, pues le sale a éste tan caro su antojo, pagando doblado las sobras del señor; y a²³⁶ aquél vale unas Indias la pena de la ley, pues, reservada para solo él tan noble jurisdicción, hace de la vaca ternera; libra, de la media; del güeso, pulpa, y de tantas injurias, merced y buena obra.

Estos son los provechos de la gula, no salud y años largos; que sean, sí, los oficios más viles, el despensero y el cocinero, los más descansados y aprovechados. Nuestra edad (dice Filón) lleva cocineros curiosísimos que con nuevas mezclas de olores y sabores regalan el gusto y tiran a combatir el entendimiento de sus dueños. Yo imagino que porque veen a sus dueños sin entendimiento engañan livianamente sus gustos y les consumen las haciendas, pues ¿qué es pedir para un platillo de salsa un pilón de azúcar, y para lardear una codorniz un arrelde de manteca? Tener a su amo por loco, que piense se encierra allí toda la dulzura, o que no es comida de señor la que no cuesta mucho dinero y mucho engaño.

Con semejantes demasías han vivido siempre y viven igualmente los hombres: porque no nacen de necesidad, sino de vanidad. Y adelantar la hora del comer no es flaqueza de la naturaleza, antes modestia de la templanza, pues tuvo principio desde los Apóstoles, diciendo San Jerónimo que San Pedro, sin aguardar la estrella al uso de los judíos, entró a comer cuando el reloj del sol señalaba las doce. Comían los romanos al declinar de la tarde, por tener libre para negocios el demás tiempo, y aunque algunas religiones conservan supersticiosamente la costumbre de desa-

234.- Orig.: 'guesa.'

235.- Suplo 'es.'

236.- Orig.: 'ya.'

yunarse de noche, el cristiano come a mediodía; quizá por diferenciarse del judío, y mejor por que esfuerce el manjar el trabajo del día y no se siga tan cerca el sueño de la noche, que suele ser capa de cualquiera exceso. Por lo que San Pablo aconseja que andemos como de día, y no en convites y banquetes que suelen los glotones aguardar para la noche.

Con que pienso que hemos satisfecho bastantemente esta partida, y doime tanta prisa por llegar a la edad mudada de nuestra vida, en que otro quizá encallara, y no sé si yo el primero. Confieso que al principio vivían los hombres 700 y 800 años; y no mancos ni cortos, como algunos sueñan, sino de a doce meses enteros y cumplidos. Enojose Dios, envió el Diluvio y redujo aquella vida larga que antes se usaba, a número de ciento y veinte años. Bien me acuerdo de otras explicaciones, pero que todas suenan ajenas del Sagrado texto. Dios dijo estas palabras: No permanecerá de aquí adelante mi espíritu en el hombre, porque es carne, y serán sus años ciento y veinte. ¿Qué pudo ser más llano? Muéstrase Dios enojadísimo (como advirtió San Crisóstomo) y señala pena al hombre, por sus vicios, nueva tasa y número de años. Y así surtió el efeto, siendo tanta y tan repentina la mudanza, que errará sin disculpa quien la atribuyere otro principio, pues ni el ser los mantenimientos mejores, ni los aspectos celestiales más propios, ni los hombres más doctos a conocer virtudes medicinales, cuando de balde se lo concedamos, bastaba tal diferencia.

Al hombre crio Dios, sobre los demás animales, de larguísima vida. Ocupola desde la primera hora en sus ofensas y ofendíole con sus propios beneficios. Enojose ásperamente el Señor, y quiso como borrar aquella mala casta de hombres de la tierra renovándola de un Noé justo. Ahogolos²³⁷ todos, y a los que quedaron, en nombre de los que habían de sucederles no quitó alguna de las mercedes que a los primeros hizo: todas las concedió y ratificó de nuevo. Sólo tuvo por consejo necesario acortarles la vida y dar despertador de la conciencia en la temprana muerte. De manera que al pecado del primer hombre debemos la necesidad de morir, y a los pecados de los primeros hombres la de morir temprano.

Verdad es que, pasado el Diluvio, vivió Sem quinientos años, Arfazad, Salem y Heber, más de cuatrocientos años; Abraham, casi docientos, y así algunos otros patriarcas más de los ciento y veinte. Y de las historias profanas oímos vidas de a quinientos y de a mil años, si bien Plinio se arroja con la carga y los tiene, al uso de Arcadia, por años de a tres meses (en naciones o provincias enteras, a este o a otro semejante engaño atribuyó tales fabulas). No creo que los seres²³⁸ viviesen comúnmente docientos años, como quiere Estrabón; y doblado que nosotros los etíopes, como Solino. Del mismo modo oyo docientos que mil; pero no por eso dudo que unas tierras alarguen más que otras nuestras vidas. Sin mendigar las historias, nos sobran ejemplos en nuestra España, y aun en nuestro reino. Ni menos dudo que, como en aquella primera edad, por necesidad y justo privilegio, duraron tantos tanto, en las que después se han seguido duren mucho más de lo común algunos; y así, paso tan a pie llano por todas aquellas hojas que me acuerdan cuál y cuál hombre grande y descompasado en años, como cuál y cuál descompasado en miembros: hazañas ambas de la naturaleza poderosa. Y acuerdo, quizá, aquellos del daño que nos trajo el pecar, en quien vemos que no fuera contra la naturaleza del hombre vivir mucho, si no pareciera necesario, por acortarnos la ocasión de las culpas, acortarnos los plazos de la vida.

Que en lo demás, ¿quién no sabe, si bien por²³⁹ la diferencia de los climas se vive algo más o menos, que la tasa de ciento y veinte es, de tiempos antiquísimos, la mayor que se conoció en nuestros años? A ciento y diez la bajó Beroso; a ciento, Salomón y los egipcios; Solón, a ochenta y cuatro, David a setenta; que todo se reduce a lo que dice Trebelio: que, según los matemáticos, a ciento y veinte años es lo más que se puede estender nuestra vida, y entre los juristas no creen que

237.- Orig.: 'Ahogalos'

238.- Pueblo de la India, o quizá de China.

239.- Suplo 'por'.

alguno pueda vivir más de ciento; debiéndose entender común y naturalmente, pues por particular dispensación o secreto divino bien podrá exceder alguno aquella regla. Natural es al águila, no al hombre, refrescar su juventud; a la culebra, remozarse y renovar la piel, por quien fingieron los poetas un cuento, quizá ocasionado en pasar ignorantes los ojos por nuestras Santas Letras: fingieron²⁴⁰ que Júpiter enviaba al hombre una bebida tan peregrina y maravillosa que con ella no sentiría vejez; antes bien, en cualquiera edad que la tomase volvería al verdor de la primera Bajaba este licor del cielo en un jumento que, como tan torpe, tropezó y quebró el vaso, de quien, vertido, bebió la culebra que agora se renueva y remozza. Como hiciera el hombre, a no ser tal su desdicha. ¿Quién aquí no huele harto de la antigua ignorancia nuestra?

En fin, irrevocables son nuestros días: tras de una ruga esperaremos otra; no lisa la primera. Más viejos nos haremos cada hora; más mozos, nunca, aunque más nos divierta la variedad, prometa la Medicina o haga la hechicería fuerzas. De una fuente se cuenta en las Indias más preciosas qué el vino sus aguas, que vuelven a quien las bebe mozo; y del Perú nos dicen otra semejante y de más conocida virtud para renovar años En fin, hubieron de estar en las Indias; que, a ser verdad, no tengo por tan mortificado o por tan poco curioso a V. S. que no las hubiera buscado; ni el provecho tan corto que no fuéramos infinitos a beberlas, y no pensarán las pipas volver más ricas con su licor que con el que de Alcalá llevan: harto más seguro para remozar viejos y alegrar caras tristes.

De la Medicina ya hubo oficial que prometía vidas de a docientos años, y yerbas dicen que hay (como yo acordaré otro día) de darlas mayores. Gran cosa, si aquello no fuera ni palabras, y los efectos vivir los curas y sacristanes a merced de médicos. Bien los confieso necesarios, y divina su ciencia, pero harto es trabajo que nos arguyan los villanos con que en las ciudades heredan comúnmente los mayorazgos hijos apenas nacidos, y en las aldeas que nunca los vieron, se sientan al sol nietos y agüelos con canas iguales. Los embelecos de la hechicería son graciosos, pues cuando a los de Medea, por antiguos, perdamos crédito o busquemos alegorías, cerca nos afirma la tradición otro.

Contábase de Medea que a Esón²⁴¹ y Pelio, padre y tío de Jasón, recoció viejos y revivió mozos. Así lo acordaron Plauto y Tulio, aunque Varrón lo cuenta despedazado y comido primero de la hechicera. Si esto fue fábula, parecido le es por lo menos el cuento²⁴² del Maestre don Enrique (acordado con veras, ha pocos años, del insigne Juan de Mena); que si así pasó, de puro sabio, el pobre caballero vino a ser el más necio, pues a trueque de experimentar su ciencia experimentó tal disparate, matándose para vivir y perdiendo la vida que Dios le diera por recibirla del Diablo. ¡Maldita escuela, que enseña por ciencia tal ignorancia!

Con todo, a lo que no pueden las aguas, las yerbas ni el Infierno llega cual vez poderosa la naturaleza, afeitando la vejez y refrescando los años. En Otento, un viejo de más de ciento mudó dientes, piel, pelos y uñas, con que vuelto, al parecer, más mozo, vivió casi otros tantos años. De uno de la Rioja cuenta el mismo Autor lo mismo, y de una abadesa vieja hay también quien lo cuenta. En Francia, un hombre llamado Juan de Estampís, y vulgarmente Juan de los Tiempos, se dice que vivió trecientos años, remozándose, como para nueva vida, a cada ciento. De un turco cuenta lo mismo Cardano, y de un indio en nuestra edad tenemos bastantes testimonios que vivió trecientos y cuarenta; para memoria, quizá, de lo que hiciera en todos el árbol de la vida, quedando por la culpa sujetos a la muerte, ya temprana por las culpas,²⁴³ no excediéndose comúnmente la tasa de ciento y veinte años, si bien hoy, como en la edad de David, hay hombres que llegan a los ochenta y a los ciento. Díjolo así Goropio. Óyalo V. S., por que me despida con algo bueno.

240.- Orig.: 'finguieron'

241.- Orig.: 'Aeson'

242.- Orig.: 'viento'

243.- Los pecados de los hombres; no el Original.

Si de más de mil y trecientos años que han pasado desde que David cantaba a la cítara sus divinos versos nada en la edad de los hombres se ha mudado, conforme a razón es que con el mismo curso y orden de la naturaleza no se haya mudado tampoco desde el Diluvio, si bien por particular don de Dios vivieron mucho algunos. Oyamos, pues, lo que dice el Salmo 89: Nuestros años se meditarán como la araña.²⁴⁴ Los días de nuestros años en ellos son setenta años; si en los potentados, son ochenta, y en lo demás es dolor y trabajo.

Pero porque esta versión es obscura, intérpreta Apolinario, que la canta a este modo:

Igual obra parece a nuestros años
la tela fácil que la araña teje.
Setenta son los que la edad concluyen;
y si acaso hay más fuerzas, son ochenta.
Lo que pasa de ahí, pena y trabajo.

Sea, pues, esta canción de David, en cuyos Salmos se cuenta, o de Moisés, a quien la da el título, claramente enseña que tantos siglos antes la común edad de los hombres se acababa en setenta años, y a lo más en ochenta: tiempo nada mayor que el que agora alcanza nuestra vida. ¿Quién, pues, se atreverá a decir que en aquel siglo fueron los hombres más robustos, si con tan grande testimonio consta que era la misma la imbecilidad de la humana naturaleza?

Dejo muchas cosas que añade el Doctor Flamenco, y de la diferencia de los cuerpos en el punto de no haberse mudado la bondad de la tierra para el labrador ni el valor de los soldados para el General; y el otro de la obligación que aquél tiene de arrancar las malas yerbas, de quien éste aprenda a no consentir viciosos soldados, para otro día; que bien habrá sujeto para entretenerle. Tenga V. S. muchos con toda salud y vida.

244.- Son fútiles como tela de araña, entendieron los doctos.

SEXTO DÍA

DISCURSO I

La diferencia de nuestros cuerpos a los de los antiguos.

Las fábulas de los gigantes que se hallan en los poetas.

De qué gigantes habla la Escritura en el capítulo 6 del Génesis.

La antigua Filosofía conoció haber ángeles, conformando notablemente con las verdades que cree dellos la religión cristiana.

Los que declaran el lugar del Génesis de los ángeles, probando que tienen cuerpo de lo siguiente:

De que se dejan ver, oír y palpar, y de las alteraciones y daños que reciben de otros cuerpos, y del trato que tienen con mujeres y con hechiceros.

AYER quedó, señor, la mudanza de la naturaleza en la cortedad de nuestra vida,; dejando para hoy la pequeñez de nuestros cuerpos, tan disforme de aquellos que gozaron los antiguos gigantes, con cuyo desmedro se imaginan nuestros contrarios vitoriosos. Y porque el sujeto obliga a envolvernos con los poetas y sus fábulas, no será malo salir dellos antes que vengamos a brazo con gente de más honradas faldas.

Aquéllos predicaron que hubo gigantes, unos, que nacidos de la tierra y sangre del cielo; otros, que de la tierra sola.

Crio la tierra con nefando parto
a Japeto, a Ceo y a Tifeo,
y a los hermanos²⁴⁵ que romper el cielo
conjurados tres veces intentaron
sobre el Pelio subir el monte Osa,
y poner sobre el Osa el alto Olimpo.

Este es su nacimiento, su grandeza; pequeña es, y modesta, la que les da el mismo Virgilio:

Iguales a las hayas y los montes.

Pues a Tifeo (por que dejemos otros muchos), difunto ya, para sepultarle fue estrecha tumba Sicilia, cargando en la mano derecha el Peloro (que hoy llaman cabo del Faro); sobre la izquierda, el Pachino, o cabo Passero; sobre las piernas, el Cilivio, o mejor el cabo Bocco, y quedando la cabeza para buena parte de Italia. Tan grande (si no era el mismo) fue Tifón, hijo del Infierno y la Tierra, que con cien cabezas de dragón sobre los hombros, manos y pies velocísimos, intentó sujetar el cielo, de donde derribado con un rayo, ocupó tan ancha sepultura como Tifeo. Encélado fue cruel gigante, que, abrasado también de otro rayo, le enterraron medio vivo en la misma isla, y fueron tales las últimas rabias, que al arrancársele el alma tembló toda, arrojando ríos de llamas por el volcán del Etna. Ya era más compuesto gigante Ticio:

245.- Los gemelos Oto y Efiates.

A quien era de ver tendido en tierra;
que por nueve yugadas se estendía.

No es mal término para un pueblo. En semejantes quimeras (ni el mismo que las engendró pedía crédito al misterio) caminaban, procurando encarecer la deformidad de la tiranía y las fuerzas de la soberbia. Para esto los pintaban nacidos de la tierra, no por decir su antigüedad como los atenienses (que con tal renombre se quisieron acreditar por los primeros hombres del mundo, de quien los demás decienden), ni por llamarlos rústicos y dados a la labranza (como Lucrecio hizo), sino por la demasía de los vicios y maldades (como declara Amiano), con quien parecían engendrados de peñas duras, y amasados de tierra sola, según lo poco que en ellos se conocía de espíritu y de Cielo. Pensamiento y frasi que usa San Juan, llamando a los viciosos hijos de tierra y sangre. Y San Pablo al hombre pecador, de tierra, terreno. Si también no vale el voto de Cicerón, que enciende por hijos de tierra los que el vicio y maldad tienen infamados y abatidos. Dábanles muchas manos y brazos por los muchos agravios que hacían, y quizá por los muchos ministros que ejecutan los deseos del tirano. Fingían los más dellos en Sicilia, porque fue desdichada en dueños violentísimos y malos (si no era advertencia de la aviesa inclinación de los isleños). El temblor de los montes aludía a los ordinarios terremotos de Sicilia, y las llamas del gigante, a las muchas que sus entrañas arrojan.

Aquí bien se conoce qué pretendía la Poesía o enseñar historias o reformar costumbres. En otras partes todo se debe a sus encarecimientos, como cuando Virgilio, imitador de Homero, aunque aquél se contentó de dar a Diomedes más fuerzas que dos hombres de su edad, él cuenta de Turno:

Un muy grande peñasco antiguo mira
puesto acaso en dos campos por lindero,
por quien sin pleito alguno se dividen,
a quien apenas doce hombres juntos,
de los que más valientes da hoy la tierra,
pudiera levantar.

Y pudo Turno levantarle y tirarle: mentira cuanto más desaforada más cortés que la de Homero, pues aquél mintió en lo posible, y éste en lo descubiertamente falso. Y si alguno da crédito a ambos, más valiente fue Turno que Diomedes, antes dél nacido, y así, mejor se podrá pensar que va la naturaleza a más que menos.

Entremos ya en las veras y veamos de qué gigantes nos da cuenta Moisés antes del Diluvio. Sus palabras son: Como los hombres comenzasen a multiplicar sobre la tierra y engendrasen hijas, viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomaron mujeres para sí de las que habían escogido, y dijo Dios: No permanecerá espíritu en el hombre para siempre, porque es carne, y serán sus días ciento y veinte años. Gigantes empero había sobre la tierra en aquellos días, porque, después que los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres y ellas concibieron, éstos son los poderosos de aquel siglo, varones famosos. Aquí está Rodas, aquí el salto.

¿Quién fueron estos hijos de Dios? ¿Quién estos gigantes? Aunque llevo de consuelo que cualquiera parecer de los que aquí se encuentran no me hace perjuicio. Porque si hijos de Dios se entienden los ángeles, o buenos o malos, y de su mezcla con las mujeres creemos esta casta mostruosa, no contradice a la perpetua uniformidad que yo deseo en la humana naturaleza. Y si por hijos de Dios se entienden los justos de aquella edad, como otros certifican, y éstos nacieron hijos mayores que ellos, ya aseguro que no va la naturaleza a menos, pues de padres pequeños me conceden haber nacido hijos tanto mayores. Cuanto más siendo lo cierto que los padres fueron verdaderos» hombres, y los hijos iguales con ellos en los cuerpos, si bien en los vicios y maldades

desconformes. ¡Qué de materias curiosas me hacen del ojo! Perdona V. S., que a muchas de ellas ha de alargar la mano nuestro entendimiento.

Los dos caminos que luego se ofrecen son, o afirmar que de los de quien habla Moisés fueron verdaderos gigantes, o negarlo. Éste, tanto como solo sencillo, y tanto aquél como repartido trillado, pues los que le caminan, unos se apartan a decir que fueron sus padres ángeles, hijos de Dios por gracia; pero que la perdieron presos en lazos de la humana hermosura. Otros, no tan despeñados, entienden ser los demonios, torpes como acostumbran en brazos de mujeres deshonestas, si bien aun éstos divididos, pues los que hacen al Demonio con cuerpo hallan más fácil la junta, y los que puro espíritu más dificultosa. Volvamos a los primeros, que creen enamorados y viciosos a los ángeles, que no debieron de ser algún día pocos, pues tantos Santos tomaron la pluma contra ellos.²⁴⁶

Deslizaron a semejante yerro engañados quizá de Moisés, que los llama hijos de Dios, y en otra letra ángeles, y también de las palabras de San Pedro, que dice que Dios no perdonó a los ángeles su pecado, sino que los sepultó en el Infierno. Y quizá, últimamente, embelesados en unos ojos y mejillas hermosas, les pareció que eran bastantes a inquietar en el cielo los²⁴⁷ mismos ángeles, pues por ellos aconseja San Pablo que cubran el rostro las mujeres, tan peligroso (dice Tertuliano), que arrojó al cielo escándalos. No me espantara yo a ser posible, ni ellas se contentaran con menos, a serlo; pero criolos Dios muy ajenos de poderse entrapar en la liga de nuestras miserias: otras fueron sus tentaciones y otro fue el delito de los mal considerados, quedando los que mejor parecer escogieron, seguros para siempre de nuevos peligros.

Bien descubierto vive hoy este engaño. Pasemos ligeros por él, si bien detenido un tanto el pie en esta división de ángeles buenos y malos, en quien (¡oh desdicha!) si nos alargamos un poco a la mano izquierda del norte, y aun si pasamos un pie de los Alpes, encontraremos más de uno que, resucitando el disparate de tres o cuatro filósofos y de una mala seta de saduceos, no se persuaden que hay ángeles ni demonios. Éstos, por despuntar de bachilleres e ingeniosos, y aquéllos por impíos y blasfemos, que, atormentados de su conciencia en medio de sus torpezas, por apaciguarla la ahogan, y por vivir quietos huelgan igualarse en la vida a los brutos, cerrando (para perder el miedo) los ojos del alma a todo lo que no alcanzan los del cuerpo. Como si se viera más clara la luz del Sol que se conoce y ve en sus efectos la del Divino que nos sustenta, o si nos viéramos mejor unos a otros que experimentamos y sentimos entre nosotros el trato y asistencia de los superiores espíritus. Pero no importa: cierren los desdichados los ojos ahora, que algún día se los abrirá la divina justicia para que vean a Dios juez, y al Demonio su ministro.

Semejante desatino, que hoy le tiene condenado por hereje el Espíritu Sancto, no hay necesidad que como teólogo le acometa, pues ¿qué autoridad respetará quien a Dios desconoce? Basten para confusión de su ceguedad otros ciegos que con sola luz de la naturaleza atinaron muy clara esta verdad: toda la filosofía antigua, que a un coro y a una voz creyó que había ángeles y demonios; aquéllos amigos del hombre, y enemigos éstos, que, arrojados del cielo, pagan su delito y procuran nuestro daño.

Por las tierras y mares van errando
los demonios, a do con justa pena
el azote divino los castiga.

A cuya verdad añadió Ferécides que su capitán se llamaba Ophioneo, esto es, serpiente: diabólica, y Pitágoras los²⁴⁸ divide en nueve coros de perfecciones diferentes. ¡Qué más nos enseñan

246.- Orig.: 'ello.'

247.- Orig.: 'jos.'

248.- Orig.: 'que los'

hoy las Sagradas Letras? Y no estos solos: mayores secretos alcanzaron desta materia, pues creían que a cada uno de nosotros acompañaba desde la cuna a la mortaja un ángel bueno, ayo vigilantísimo de nuestra vida (y otro malo, que nos procura despeñar en maldades y vicios), a quien llamaban Genio, o dios del hombre, que no sólo hace centinela sobre nuestra vida, encamina nuestros pasos, y como pastor amoroso nos aparta de los peligros, sino que también presenta a Dios, mientras vivimos, nuestras oraciones; y muertos, como testigo fiel lleva a su tribunal nuestras buenas obras, o malas. Cuánto esta verdad conforme con las nuestras, nadie lo ignora.

A cuyos beneficios respondían con debido agradecimiento, procurándolos siempre contentos y propicios.

¡Ay, que en nada es razón que confiemos
teniendo a nuestros dioses enojados!

Y para este fin, cada cual, cada día, le hacía sacrificio particular; pero mayor y más solemne el de su nacimiento en cada un año, y todos juntos hacían fiestas y sacrificios públicos al ángel del príncipe en el suyo. ¡Qué confusión para el cristiano, que no reza una Avemaría al Ángel dichoso que de día y noche se acompaña!

Daban también ángeles a las ciudades, a los reinos, a las provincias, que les fuesen defensores y patronos en todas necesidades. Acertados aquí, pues es verdad que hoy también nosotros; supersticiosos ya en darlos a las plantas, las casas, las mesas, los libros, las flores. Lo que piensa San Clemente que les fue ocasión de adorar tan vanamente las piedras y leños. Y Prudencio los corrige así:

Si Roma me decís que tiene un ángel,
¿por qué a las piedras, plantas y zaguanes,
y a cualquier otra cosa dais un genio?

En esto último erraron, como en pensar la tierra y el aire llenos de ángeles indiferentemente buenos y malos que, aficionados y compañeros de algunos hombres, les comunicaban virtudes, secretos, y efectos maravillosos, llamándose la ciencia que los primeros reconoce maestros, magia blanca, y la que los últimos, magia negra, como ellos se llaman genios blancos o negros. Así lo dice Horacio:

De diferentes rostros, blanco o negro.

Es engaño, y aun maldad autorizada de algunos hechiceros, que como los vemos comunicar con el Demonio, quieren persuadirnosle ángel, no siendo la ocupación deste ayudar la malicia humana, sino encaminarnos al Cielo

Quédese esto, quizá, para proseguirlo después. Vengan los segundos y mayores en talle. Éstos dicen que los demonios tienen cuerpo más sutil y ligero que los hombres, y fácil a bosquejarse en esta o en aquella forma, con quien pudieron entonces, y a nuestros ojos lo continúan, mezclarse a las mujeres y haber dellas por hijos monstruos, o en grandeza, como fueron los gigantes, o en deformidad de rostros y costumbres. Si para crédito desta opinión le puede dar la Filosofía antigua, casi toda es suya. Mayor le tienen de boca dellos mismos; que a Marco hechicero y otros amigos suyos atestiguaron mil veces ser gente de cuerpo: los ángeles, más resplandeciente y claro, a modo de fuego, y los demonios más entrapado y oscuro, a modo de aire o tierra.

El caso toma fuerzas si consultamos las experiencias y recebimos declaración de los sentidos: los ojos dicen que los alcanzan a ver en muchas partes, pues las Nereidas, los Faunos y toda la caterva de Sátiros, Driades y Náyades que recogió en su égloga Calpurnio (monstruos que, si bien

algunos sin ocasión niegan, es cierto haber muchas veces aparecido), figuras los creen casi todos de demonios feísimos. ¿Qué confiesan, con harta compasión nuestra y pesar suyo, cada día las brujas sino que le ven en sus asquerosísimas ceremonias? Son infinitas veces las que se han dejado ver en formas de perros, leones y animales monstruosos. Lo que, si es ilusión y burla de nuestros sentidos groseros, desvergüenza fue grande quererla hacer a los ojos sabios de Adán en el Paraíso y a los divinos de Cristo en el desierto. Cuanto más que no es poco dificultoso de entender el modo con que pueden sombrear la transparencia del aire, atar y detener su ligereza suelta, y entrar en nuestros ojos huésped que desde fuera no envía verdadera imagen.

Las orejas están también atentas a sus voces, tan semejantes o tan mismas con las humanas, no sólo cuando le escuchan por boca de los miserables que atormentan, en quien tienen labios y lengua (aunque ajenos) de quien aprovecharse: en animales brutos, en piedras, en plantas, forma cada día palabras y articula voces. Sirva de prueba un discurso de San Cirilo confundiendo a Juliano, que negaba la plática de la serpiente con Eva. Dice así:

Homero cuenta que el caballo de Aquiles dijo y adivinó su muerte. A Pitágoras (según en su vida refiere Porfirio) en presencia de mucha gente saludó un río, y dijo: Guárdete Dios, Pitágoras. A Apolonio hallaremos (en el libro 6, en el capítulo 5, de Filóstrato) que con voz humana le saludó un olmo. La encina Dodonea, es tradición antigua que daba y respondía clara y distintamente oráculos. También dice Isígono Citiense²⁴⁹ que en la isla de Rodas el toro de Júpiter hablaba ordinariamente. ¿Qué mucho, pues, hablase el Demonio por la serpiente a Eva para engañarla?

Esto el Santo. En que verdaderamente no puede haber duda sino que muchas veces lo ha hecho. El modo, sin cuerpo, sin pulmón, sin lengua (si no los tiene) difícil es declararse.

Si estos dos testigos padecen calumnia de livianos, seguro será el tercero (que a prueba de su verdadera resurrección trajo nuestro bien Cristo en el pleito de fe con el incrédulo Tomás): el sentido del tacto, que tantas veces topa y repara en el cuerpo de los demonios. Cuánta dificultad añade a los pasados diga San Agustín por estas palabras: ¿Quién explicará²⁵⁰ cuáles son los cuerpos con que los ángeles se aparecen a los hombres, pues no sólo mirar, sino tocar también se dejan, siendo tal su poder, que con sólida corpulencia a los ojos del cuerpo, y con espiritual virtud a los ojos del alma se representan, diciendo los Profetas: Y díjome el Ángel que hablaba en mí; y hablando en sueños al modo que sueña nuestra propia fantasía, pues así cuenta el Evangelio: El Ángel del Señor se le apareció y dijo entre sueños, descubriendo en esto que los ángeles no tienen cuerpos que puedan tocarse? Pero hace luego dificultosísima la cuestión cómo Abraham lavó y apretó entre sus manos los pies de los ángeles sin conocerlos, y Jacob luchó toda una noche con otro, si no tienen cuerpo duro que deje tratarse. Cuando estas cosas se disputan y se conjetura lo que ser²⁵¹ puede, no se ejercitan sin fruto los ingenios, si es con tal moderación que no piensa cada uno que se lo sabe todo, pues no hay necesidad de afirmar o negar aseveradamente cosas que sin pecado se confiesa llanamente que no se saben. Divina humildad del Santo, que favorece harto mi pobre discurso.

Prosigo, pues; y si hasta aquí lleva la dificultad fuerzas, téngalas mayores de las pasiones y afectos que en ellos experimentamos cada día, ajenas tanto de puros espíritus. Cuéntannos que huyen de las espadas desnudas, que sienten sus golpes, que los abrasa el fuego, y aun algunos convierte en ceniza; descubren mostrar noble gusto con los humos de los animales sacrificados, y San Agustín cuenta (por doctrina de Porfirio, y lo fue de todos los platónicos) que con algunas yerbas, piedras y animales se atraen y deleitan. Virtud que quiere Pselo que la haya de algún modo escondido en todas las plantas y yerbas criadas, cuyo conocimiento trataba (según Josefo) el libro de Salomón perdido. Y que esto pase así, ¿quién se atreverá a negarlo, si vemos los ungüentos perjudiciales de

249.- De Citio, hoy Lárnaca (Chipre).

250.- Orig.: 'explicàra'

251.- Orig.: 'se'

las miserables mujeres que los comunican y las yerbas de quien usan los mágicos para atraerlos y llamarlos a sus malditos intentos, de quien hizo libro Proclo y cuenta hartas Plinio? En que si decimos (con Santo Tomás) que no reconocen particular virtud ni sienten particular deleite, sino que ellos a su voluntad las escogieron para señal de sus malos conocimientos, ¿qué diremos de las que contra su voluntad los ahuyentan y sacan de los cuerpos humanos que tan ansiosos atormentan, y de los demás lugares donde vienen a procurar su daño?

Y por si gusta V. S. de oír algunas de infinitas, tienen rara virtud contra el Demonio la oliva, quizá por su pureza, tal que plantada por mano de ramera, jamás (nos dicen) que da fruto; el vubasco²⁵² o gordolobo alaba Apuleyo; muchos (con Homero) la ruda, y en particular la silvestre. Dioscórides pone al umbral de la puerta la albarrana, para que no entre el Diabolo en casa; el aliso colgado en el techo, Plinio, y el antirrigno al cuello Dioscórides. Finalmente, predicán por provechosas la verbena, la valeriana, la artemisa, el abrétno, la salvia, el eneldo, el manrubio, el hinojo, los ajos y el ciprés; favoreciendo a los endemoniados el hiperión o corazoncillo, yerba santa por esta misma razón. Pero sobre todo el humo del azufre, de quien se acordó Homero en su Odisea, contando que Ulises se aprovechó dél contra ciertos demonios, y la cuenta por antigua costumbre de los judíos y gentiles Justino. Y por que nos espantemos menos, dos curas tenemos infalibles en las Sagradas Letras: la de David, que con el dulce son de su cítara libró tantas veces del Demonio a Saúl, y la del pez de Tobías, cuyo corazón quemado, con tan natural virtud como la hiel el de los ojos curaba deste mal, según parecer de San Jerónimo, que da licencia a semejantes remedios naturales.

Y por que admiremos más las secretas virtudes de la naturaleza, el metal sólo llamado en nuestra lengua cobre me ocupara la tarde si las contara todas, pues no es sólo provechoso para conservar la vista sana y fuerte, y como lo experimentan y alaban los que de ordinario cavan en sus minas, y de cuyo orín se compone el unguento turbia: milagroso, si no para cualquiera género de enfermedades (como advierte Macrobio), con tal virtud que (según Aristóteles) la herida corte deste metal fácilmente sana, y los cauterios dichosamente curan. Hasta los cazadores, la fiera que dejan muerta en el monte con un clavo de cobre aseguran de corrupción para muchos días. De donde el Demonio, solertísimo en propiedades naturales, traza sus invenciones mágicas en vasos suyos, y hasta las yerbas de que se aprovecha se cortan con sus filos.

Búscanse yerbas en la luna llena,
con las cuchillas de metal segadas,
preñadas con la leche del veneno.

Siendo particular providencia del Autor de todo que contra el mismo Demonio y sus embelecocos encerrasen también virtud. Por lo que no los gentiles solos, sino los hebreos, los instrumentos necesarios de los templos deste metal forjaban. De la que quiso usar el Señor en la cura milagrosa de aquella rabiosa enfermedad de su pueblo en quien tuvo este enemigo tanta parte levantando una serpiente de metal para servirse (como advierten los Santos) de las virtudes naturales de sus criaturas obedientísimas. Particularmente hallaron maravilloso este metal, y su sonido, los antiguos contra los daños que nos suele hacer en el aire, levantando torbellinos y tempestades malas a las mieses, a las bestias y a los hombres. Hasta los eclipses de la Luna y del Sol (tan creídos en Atenas efeto mágico, que a los que decían proceder de causas naturales quemaban vivos), con ruido de campanas procuraban remediarlos. Tal pensaban deste metal la fuerza, a quien hoy añade la Iglesia tantos exorcismos y bendiciones para que tengan más seguro y milagroso el efeto.

Últimamente, se prueba tener los demonios cuerpo del trato y comunicación que con los hombres afectan: una, deshonesta y torpe, como parientes que desean ser y parecer nuestros (según

252.- *Verbascum* o *Barbascum*.

los llamó Platón segundo grado de animales con discurso, o, como quiere S. Agustín, animales que, si nosotros traemos cuerpo pesado de tierra, ellos le traen más ligero y delgado de aire); otra supersticiosa y maldita, como enemigos que son crueles de nuestro sosiego y reposo. De aquella primera, ¿qué necesidad tenemos de autoridades, si ayer oímos tan horribles abrazos de mujeres asquerosísimas en Logroño? Negará la luz del Sol quién negare esta experiencia. Hácela dificultosa verlos en la antigüedad, y aun en la nuestra, con hijos, y dificultosísima con hijos parecidos. Ya Marco, su amigo y familiar, dice dellos que tienen virtud de engendrar, siéndoles fácil conformar su cuerpo en varias figuras, ya de hombre, ya de mujer.

Lo que, cuando no merezca crédito (como del autor, en fin, de la mentira), volvamos pasos atrás y hallaremos a Numa Pompilio galán de Aegeria, un demonio, en fin, de diosa o ninfa con quien muchas veces se encerraba y comunicaba el gobierno de su nueva república. A cuya novedad incrédulos los romanos (aunque bien le sentían, después de encerrarse solo, hablar con mujer en el aposento), por traza del mismo Demonio los juntó una tarde en su casa, y, enseñadas las alhajas della, pobrísimas y cortas, los convidó a comer para de allí a pequeño rato, en que vueltos, hallaron el más rico aparador y los más espléndidos servicios que juntó príncipe.

Tal era también la otra dama del engaño Menipo. Es el caso: paseando este mozo un día por Corinto encontró una mujer de poca edad y mucha hermosura que, acercándose, le dijo cómo la tenía su gallardía y talle muy rendida, y que ya su crecido amor la obligaba a anteponer el gusto a la vergüenza, que la siguiese y enseñaría su casa rica, harta y regalada, do podrían gozar ambos sus años y sus deseos iguales. El mancebo inquieto, no apartó de su sombra los ojos hasta que, dentro en casa, rica por extremo de colgaduras, de vajilla, de criados, de regalos, se halló dueño de todo y gozosísimo galán de la dama. Durole días el no pensado gozo, hasta que uno mirándole Apolonio (¡qué tal pieza!), lastimado le dijo: Triste de ti, Menipo, que, siendo tan hermoso y de tantas hermosas apetecido, regalas una serpiente y ella a ti te regala, pues tratas una mujer que no lo es; antes sí es enemiga rabiosa tuya, que en los amores que te dice te procura la muerte. Admiróse Menipo. Pasaron muchas preguntas y respuestas, y al fin llevó Apolonio al desengaño. Vista su casa y amiga, entró y enseñóle gran cantidad de costosas fuentes, hermosos tapices, ricas camas y vestidos. A todo riendo Apolonio, llamaba huertos de Tántalo, con apariencia sola, y así, en un punto los deshizo y volvió en humo ligero. Preguntó por la dama, que escusaba con lágrimas la salida. Salió, al fin, forzada, y forzada confesó ser una sierpe que se deleitaba tratar con mancebos hermosos hasta chuparles la sangre y perderlos; con que, vuelta en su mala figura, desapareció del aposento.

Si bien en esta forma apetece el Demonio el trato humano más en la de varón (que aun para él creo que es insufrible infamia el padecer), halla más facilidad para engañar en las miserables mujeres, y deste modo saca algunas veces hijos que le es del otro imposible, lo que anuda más, como dije, el pensamiento. Remo y Rómulo, fundadores de la gran Roma, hijos fueron del Demonio, pues se cuenta que, estando rea Silvia, virgen vestal, en el bosque del dios Marte, en cierto sacrificio se le apareció una visión, mayor en cuerpo y estatura que los demás hombres, la cual después de animádola y dicho que se tuviera por dichosa, pues era digna de juntarse con el dios de aquel lugar donde sacrificaba, de cuyos brazos gozaría dos hijos varones los más valerosos del mundo, la escondió en una nube, de quien salió después madre destes dos príncipes.

De Platón se cuenta que Aristón su padre casado con Periciona, doncella hermosísima, al encerrarse a la noche en su aposento, al echarle los brazos, al ejecutar su amor se le apareció, repentina, una visión que le sacudió y aparto della, y dijo que era el dios Apolo y que se guardase de no tratar a su mujer hasta que hubiese parido; en que parece haber más de verdad que en la concepción de Rómulo contarle con testigos.

Alejandro, el conquistador del mundo (porque vengan sujetos más apretados), hijo fue también del Demonio, pues así cuenta Plutarco que la noche antes de juntarse los nuevos desposados Filipo y Olimpias sus padres, ella vio en sueños que, cayendo un rayo de las manos de Júpiter, la

tocaba en el vientre y encendía un fuego larguísimo; y a Filipo pareció, también en sueños, que con un sello esculpido de un león sellaba el vientre de su esposa. Consultó, el caso, hasta que el mismo Filipo vio dormir al lado de su mujer un dragón, por cuya causa se enfrió mucho en el amor que la tenía. Después también se asomó el Rey por las puertas del templo de Júpiter Amonio, en quien dejaba su mujer sola y encerrada, y la vio en torpes actos con una serpiente. De donde ella, partiendo su hijo a una batalla, le descubrió en secreto su nacimiento y dijo que hiciese como hijo de tan honrado padre. Ocasión para que Alejandro no sólo consintiese que le llamasen hijo de Júpiter, sino que lo mandase.

¿Qué me canso? Llenas están las historias de los Eneas, de los Servios, de los Tulios, de los Merlino, hijos de tan maldito padre todos. Y aun Lutero hay quien diga que nació de tan pestilenciales abrazos.

Lo más maravilloso cuenta Nicolás Serra; que en la América había un demonio en figura de sátiro que se mezclaba torpemente con las mujeres della, engendrando en muchas hijos parecidos estrañamente en la deformidad al demonio su padre. En la Española, cuenta Chieca que se juntaban demonios con algunas desdichadas mujeres, y que salían los hijos feísimos y con dos cuernecillos en las frentes.

No sé qué pueda añadirse a esta dificultad, si no es el otro trato y comunicación que tiene con hechiceros y encantadores, de quien se deja ver y hablar ordinariamente, mostrándoles la familiaridad y correspondencia que pudieran otros hombres rendidos a su imperio y voluntad, como esclavos o criados viles, pues tal tuvo uno Sócrates, y otros los tienen a cada paso encarcelados y presos, ya en la sortija, ya en la redoma; y en la santa historia de Tobías, por manos de San Rafael se ve encadenado un demonio, lo que mal se entiende cómo pueda convenir a puros espíritus. Conforme, pues, a buena razón, parece tener verdadero cuerpo, con quien en aquella primera edad se mezclaron deshonestamente a las mujeres y procrearon hijos: aquellos monstruosísimos gigantes.

DISCURSO II

Son los ángeles puros espíritus, y muy superiores en fuerzas a cualquier otra criatura.

La diferencia de la magia supersticiosa a la natural, y a cuánto se estiende el poder desta.

En qué cuerpos aparecen los ángeles, y en qué modos pueden engañar la vista humana.

De qué modos el sentido del oír.

Del tacto, y por qué conoce más este sentido la ficción de sus cuerpos.

Por qué causas muestran los ángeles malos huir de unas cosas y agradarse de otras, y en cuáles esté la verdadera virtud contra ellos.

Por qué permite Dios que asistan algunos hombres entrando en sus cuerpos.

CON todo, ninguna destas razones y causas han de obligar a revivir parecer tan muerto o a sacar a nueva luz de las tinieblas del olvido opinión tan dejada como la que vistió a los ángeles o demonios tan grueso paño y cargo de pesado cuerpo. Simplicísimos espíritus fueron criados, tanto como ajenos de toda mortalidad desnudos de toda sombra o imagen de muerte. Avecindáronse, de los ruines, algunos entre nosotros, y en vez del cielo que perdieron sus culpas halló posada de tristísimos elementos su castigo, vueltos, de hijos amados, en perros rabiosos que todo se les va en ladrar y mordernos (si les dejan), o porque nos miran en las manos el pan de gracia que ellos perdieron, o porque nos ven caminar al palacio de estrellas de do los arrojaron a palos.

En fin, viven muchos entre nosotros, enemigos mortales nuestros, siendo su intento nuestro daño, y de quien los consiente nuestro premio. Han dicho alguna vez que no son tan delicados

como se piensa; que también nos son semejantes en sustentar cuerpo. Yo creo que así lo habrán dicho; pero no quiero mayor argumento del engaño. ¡Oh malditos! Ve a Cristo, remedio y gloria nuestra, un endemoniado y comienza a dar gritos y voces: Verdaderamente eres tú, Señor Cristo, el prometido, y tápale el Señor la boca mandándole que calle, porque, a consentirlo, pudiera poner duda en la misma verdad testificar la misma mentira.

Si tengo, pues, de satisfacer agora a las dudas puestas, como parece justo, será bien asentar volando algunos principios que allanen el paso. Y paciencia, señor; que hoy le ha de tener V. S. muy de estudiante.

Estos desdichados de quien hablábamos criolos Dios, como a gente de su casa y servicio, sueltos y ligeros, libres. ¡Cuán fuertes, cuán poderosos para ejecutar su voluntad en las criaturas inferiores! Entenderase algo su poder si consideramos nuestra alma, que vuela con la imaginación y el deseo por esos aires, arranca los más gruesos árboles, trastorna los más pesados montes; pero en llegando al efeto hallase cargada de pesada tierra las manos. ¡Cuán flacos los brazos! ¡Cuán flojos! Apenas puede dar paso que no encuentre con mil estorbos. Pues lo que el alma puede desear y no alcanzar, porque el cuerpo la impide, eso es fácil al Ángel: un cielo toma en la mano y le revuelve, sin fatigarse largos siglos mudará millares de leguas el Atlante soberbio mejor que yo una paja, dará vueltas al mundo más presto que podré yo imaginarlas. ¡Qué maravilla? Es muy superior a todo lo que nuestros ojos miran. No hay en la naturaleza cosa que se le oponga o impida. Este vigor gallardo no lo perdió ni menoscabó su delito; acrecentole sí malicia y rabia, con quien tirara la barra en nuestra perdición si la bondad inmensa de nuestro buen padre Dios no le tuviera atados pies y manos. Con su licencia atiza los fuegos de la abominable Sodoma o aflige a Job, sencillo gozoso; de cualquiera modo que sea en nuestro daño.

Esto procura siempre y ejecuta siempre que se le permite o por sí solo, amasando en las nubes pellas de granizo que apedreen las mieses, corrompiendo el aire que inficione las vidas, enloqueciendo las olas que traguen las armadas, mezclándose en las repúblicas, en las comunidades, en las familias y bosando por las bocas de las serpientes que le coronan invidias, pasiones traiciones, odios, discordias, iras, por quien se ensangrienta Caín, enferme Amnón, engañe David, persiga Saúl, se divida Coré y se encruelzca Herodes; por quien quebrante y desprecie las leyes de naturaleza el hijo cruel; las de su profesión, el religioso sacrílego; las de piedad, el regidor avariento, y las de Dios el príncipe tirano, y por quien, últimamente, los filos de la espada y el fuego del bronce sepulten las más quietas vidas, los muros más altos y los reinos más poderosos.

Estos y semejantes daños hace por sí solo el Demonio, y mucho mayores que por sí solo no pudiera (¿quién lo creerá?) por medio de hombres, de quien hecho familiar y amigo, no a las naves solas, no a las vidas, no a las mieses, no a las ciudades y provincias: al mismo Dios se atreve, queriendo a sus ojos usurpar su trono, su majestad, su nombre, ahinajando en su presencia las rodillas de los mortales y escuchando sus oraciones. Estos son por la mayor parte (como diré luego) los hechiceros y mágicos, en cuya compañía hace más veces el Demonio ostentación bizarra de sus fuerzas.

Y no quiera disfrazarse esta mala casta de hombres con persuadirnos que muchas veces para las maravillas que obran se ayudan de los buenos ángeles porque estos ministros fidelísimos de nuestra salvación no acompañan y alientan la superstición de los perdidos; ni menos nos embelequen con que en la naturaleza hay fuerzas (secretas al olvidado, y ocultas) para hacer y representar efectos maravillosos. Si bien se puede conocer que hay magia natural, la nata y el meollo (digámoslo así) de toda aquella Filosofía, aquella que penetra las amistades o enemistades de muchas cosas, virtudes y propiedades suyas retiradas, como la que en el imán y el ámbar atrae la paja y el hierro, o la que en el reubarbo o el agárico purga la flema o la cólera (de quien, sin duda, está la mayor parte en la Medicina y de quien se debió de aprovechar, si así pasó ello, aquel mágico de Plinio para conficionar el queso que le sustentó veinte años sin sentir mudanza de vejez en ellos), y aquella que también sabe representar algunas novedades o maravillas, quizá como en las que

se desvanece Cardano, Alejo, Agripa y Bautista Porta, de las ceras o aceites que hacen parecer negros, muertos o sin cabezas los hombres, o pintan el aire de cazas, de bosques, de arboledas. Locuras que, por poco curioso, y más por incrédulo, nunca las quise dar tiempo y manos. Y mejor aquella magia o agudeza que supo torcer y labrar una esfera de vidrio, o los espejos que (según Plutarco) puestos al sol quemaron las naves; y aun puede llegar el ingenio a hacer que vuele la paloma de palo que Gelio cuenta, la águila de metal a ojos de Carlos, que navegue la galera con remeros de plata y que malcanten²⁵³ las otras avecillas que León Emperador escucha.²⁵⁴

Aquí bien que no iré de muy buena gana; pero, al fin, yo me las concertaré lo mejor que pueda con la tasa y compás de la naturaleza. Perdónenme los señores doctores Guillermo y Medina, que no me moverán mil carros a que escuche hablar y responder voces humanas a la cabeza de metal y crea que sólo el ingenio del artífice habla.

Otros son (por que no se quede nada) los que voltean en los teatros tan sueltos y desvergonzados, como si fueran de piezas sustentan piedras notablemente grandes sobre el estómago o frente, corren adelante o atrás por la maroma, y a veces, encerrados en el saco o bien ligados los ojos, mudan las pelotillas de este a aquel cubilete, burlan con la moneda al que la guarda, escupen fuego o humo de la nariz con zufre que cerraron en la boca. A éstos ayúdelos Dios, pues San Crisóstomo los defiende: ligereza puede ser de manos, ejercicio antiguo de pies, facilidad de nervios y brazos, y otras novedades de ingenio; pero yo temo que a vueltas destas burlas ha tenido muchas veces con las suyas el Diablo ojos muy graves suspensos.

Recojo las velas, y sirva lo dicho para conocer las fuerzas y el poder deste gran maestro de embelecos, para saber la intención con que ejercita sus malas artes y nos desengañemos que siempre son las maravillas suyas, pues aunque más parezcan dedos humanos los que menean las teclas, el aire del Demonio sopla las flautas. A los ojos (¡oh fáciles sentidos!), ¿qué mucho haga trampas la sombra? Juzgan cuerpo vivo lo pintado, cerca lo lejos, y la vara derecha torcida. Fuerzas, en fin, son muy flacas, pues por mil partes pueden ser burlados y vendidos desde fuera con despachos falsos de cuerpos fingidos y aparentes con sello y sobrescrito de ciertos y naturales. En la nube sonroseada nos acaece cada hora en el vapor arqueado del Sol, que se pone muchas que juraremos azul y verde finísimo lo que es humo ligero. ¿Qué mucho puedan estos descomulgados amasar y apretar del aire o del vapor el cuerpo que les parece, y, matizado de color de burlas, embeberse en él o como espada en la vaina o como pícaro en el gigantón de la fiesta, para danzar los títeres de nuestro engaño? Aunque otras veces muda camino y burla con sola ligereza de manos, quitándonos de los ojos lo que veíamos y poniendo en su lugar otra cosa, que pensemos ser la misma trocada. De cualquiera destes modos se puede entender haber sido los embelecos de los magos de Faraón en competencia de Moisés, que bosquejasen las varas de manchas fingidas o que pusiesen con presteza en su lugar serpientes.

Si le parece algún trabajo hacerse ollerero de tan sutil obra, con menos puede reírse de nuestros ojos, descomponiendo su espejo para que dél reciba falsas las imágenes el alma. La semejanza en las tiendas la encontramos cada día, do, llegándonos a mirar descuidados, nos espantamos o reímos en vernos de mil maneras disformes. Que pueda padecer lo mismo el cristal de la vista, ¿qué maravilla, si una vez²⁵⁵ de vino sobrada multiplica las luces y los hombres, y con el humo o la luz artificiosa, porque dañó su calidad los ojos, vemos la caza y bosque, y los rostros o fea o graciosamente trocados?

Cuando no por estos medios, por otro, el más común para él, y el más peligroso para nosotros puede trampear el sentido, metiendo cizaña (digámoslo así) en los soldados que viven dentro de la fortaleza, revolviendo y desconcertando el tesoro de la fantasía, de cuyas pinturas, como de

253.- Orig.: 'mal cantan'

254.- Leon I, además de varias deficiencias físicas, fue maniático y agorero, temiendo siempre ser destronado.

255.- Toma, ingesta.

letras mal puestas, saque novedades de disparates el alma. Esto nos acaece naturalmente en el sueño pesado, que, trastocadas por causa del malhumor las especies, vemos, como pudiéramos despiertos, las quimeras y el monstruo; y mucho más fuertemente al frenético y loco, que, dañado el cerebro, afirma ver muchas cosas disparatadas. Como el que cuenta Horacio; hombre en lo demás de buen juicio al parecer y trato, iba compuestamente vestido, comunicaba a sus vecinos y amigos concertadamente, regía con prudencia su casa y todos los días caminaba al teatro de las comedias cuando más solo, sentábase en un poyo, poníase muy atento mirando el tablado, y estirado²⁵⁶ el cuello, alto el rostro, arqueadas las cejas como el que algo escucha, cual vez lloraba, cuál reía, cual vez daba la palmada, hasta que, pasadas algunas horas, volvía con gusto y concierto a su casa. Los parientes acudieron al remedio: anduvo la sangría, la purga, el baño, y sanó al fin, el enfermo. Maldecía su amor y cuidado, pues, pensando haberle curado, le quitaron el gusto que cada día recibía en ver y oír representar sus farsas.

No sólo esto: a tenerse y juzgarse bruto fiero, y no hombre, puede llegar la locura. Heródoto cuenta de unos pueblos cuyos moradores enfermaban cada año de un frenesí tan gracioso que se tenían por lobos, salían al campo, vivían en las cuevas, andaban de noche, aullaban y gritaban, de que sanos, volvían a sus ejercicios antiguos. Estos medios escoge el Demonio para burlarnos, una vez unos y alguna todos. Quiere representárenos poderoso y acreditarse de bravo convirtiendo a la otra en perro y a los otros en aves. Pensará el idiota que es así como lo mira, y nada es más difícil e imposible al Demonio que mudar la propia forma y naturaleza: hazaña reservada a solas las manos de su Autor. Y todo el embeleco es, o que los quita ligeramente de nuestros ojos y trae en su lugar aves (como hizo Cicerón con los compañeros de Ulises), o que imprime tan fuertemente en la imaginación ser este o aquel bruto; como en la de Hecreba ser perro, y a los ojos de los que la miran la sombree y adorne de su apariencia y figura, tan bien²⁵⁷ pintada, que todos la tengan por tal y ella así lo imagine. Para lo que no ha menester tener cuerpo propio; antes mejor, espíritu puro, mueve las cosas que gusta ligera y fácilmente, las especies en nuestra fantasía y los cuerpos de una parte a otra.

Tanto como los ojos puede ser engañado nuestro oído, penetrando el arca de la imaginación donde nos queden estampas de las voces. Así le pareció oír la comedia al loco de²⁵⁸ Horacio, y de otro nos cuentan que oía todas las noches una música suavísima, de cuyo deleite privado cuando sanó, quiso matar, rabioso, al autor de su salud, por enemigo de su pasatiempo. En los mismos instrumentos del oír puede hacer también la burla, sonándonos en ellos las voces que le parezca, pues naturalmente sentimos ruidos extraordinarios cuando, enfermos o descompuestos los humores, tocan el tamborcillo (digámoslo así) en que se suelen recibir los sonos. Si no quiere, para mayor engaño, que venga el aire desde fuera herido y cortado con los poderosos instrumentos de su malicia, formando la voz que parezca humana desde la piedra o el árbol, para que, burlado el sentido, juzgue hablar el árbol o la piedra; y cual vez en la boca del bruto incapaz, que todo le es igualmente fácil. Como le acaeció en la primera de nuestras desdichas con Eva: mujer al fin, que tan atenta estuvo a las lisonjas y promesas que la hacía una culebra. Aquí procuró admirar con la novedad, y sucedióle más bien que debiera el pensamiento. Con Cristo Dios en el desierto, bien hizo lo que pudo, trayendo las ropas más finas de su vestuario y templando con el mayor cuidado el órgano de su voz fingida; pero tales ojos le miraban y tales orejas le oían para que le llevara el despacho que merecía su desvergüenza.

El tacto parece a algunos sentido más seguro, como si no pudiera por los mismos caminos ser trampeado; y más fácilmente por ventura, como quien es de naturaleza menos noble y de más

256.- Orig.: 'estirada'

257.- Orig.: 'tambien'

258.- Suplo 'de'

villano linaje. Convenció Cristo con él a Tomás (yo lo confieso); pero no solo, junto sí con la verdad de verle y oírle, la promesa de su resurrección en vida, la certeza de su muerte, la santidad de sus obras, la divinidad de sus maravillas. Tras destas cosas, faltar del sepulcro su santísimo cuerpo, testificarle resucitado los ángeles, verle los ojos, oírle las oreas y tocarle las manos, ¿a qué alma no hiciera infalible fuerza?

Que, en lo demás, ¿quién duda que la misma mano que puede cortar cabeza y pies del aire, pintar ojos y mejillas y trastear palabras, no pueda calentar o enfriar las mías, haciéndose sentir como más quiera: pesado o ligero, blando o duro, liso o áspero? Alguno responderá con lo que dice Cayetano: que no llega la fuerza del Demonio a fingir²⁵⁹ el cuerpo tan semejante al verdadero del hombre que no se reconozca muy diferente en el tacto. Lo que afirma constar por confesión de cierto desdichado que trataba a un demonio en figura de mujer; y Cardano es del mismo parecer, contando cierta visita que le hizo otro diablo, de quien sintió muy fría la mano al ponérsela en el rostro. Y aun con la vista quieren otros que tenga la misma imperfección y falta, pues no sólo tiene siempre un no sé qué de mentiroso su cuerpo, sino que también le fragua con algunas deformidades propias del dueño que le habita: los pies del gallo, la cola del león, la nariz del águila, los cuernos del cabrón, al modo que suelen andar pintados en el nacimiento de San Francisco o entre los Santos del Yermo. Y aun la voz quieren también que más parezca de silbo o flauta que de humana lengua.

Confieso que suceda así muchas veces; pero más por falta de libertad que de fuerzas. Pudiera, sin duda, entretener y divertir los sentidos como la misma verdad, cuando no imprimiendo las calidades de dureza o blandura en sus cuerpos fingidos que se hallan en los naturales (lo que aquí no disputo), engañando nuestra imaginación y fantasía de modo que con igual deleite se juzgue verdadera carne lo que es vapor y burla. La misericordia de Dios es que siempre le tiene las manos con grillos, para que cuando más procura con mentiras y apariencias nuestro daño deje algo por donde, siendo conocido, se interese nuestro provecho. Descúbrase las más veces al punto de la muerte feísimo, y Dios lo permite para purificación mayor del justo, para última voz del obstinado, para aviso de prevención al imperfecto y para que todos conozcamos el enemigo de quien nos defiende su gracia. De modo que no está nuestro mayor peligro cuando nos acomete con máscara de hombre, pues viniendo fácil de ser conocido, lo viene de ser arrojado. Harto es más de temer cuando se acerca disfrazado en el pensamiento sabroso o envestido en el mal amigo o el falso lisonjero.

En fin, si es razón ya que vuelva al propósito, no porque engañe nuestros sentidos en diferentes formas se colige que tenga cuerpo, pues antes, a tenerle, se apareciera siempre uno mismo. Digan lo que quisieren los muy filósofos; que del aire solo puede sin duda figurarle, si bien algunas veces, como mejor le parece para sus intentos, viste el leño podrido o toma a cuestras los huesos del difunto. Así cuenta Cesario haber sucedido con un príncipe de Alemania. Y de un clérigo refiere el mismo Auctor que hablaba suave y dulcísicamente, y encontrándole un religioso santo, conoció que era el Demonio el que más había de un año andaba y hablaba en aquel cuerpo muerto. De do le obligó a salir, dejando en tierra un montón de huesos.

No ha dos años que me contó un Religioso fidedigno haber confesado en Valencia un caballero mozo que, saliendo a rondar de noche, encontró una mujer cubierta: obligole la curiosidad, o la curiosa edad, a hablarla, a seguirla, a importunarla. Ella le despedía y huía, él la seguía y cansaba. Anduvieron así más y más calles, goloso por extremo el mancebo de la habla dulce, del olor suave, del vestido precioso, hasta que, cansada la cubierta, entró en un osario, abierto acaso, y en él, al postrer rincón de unos portales. El galán no la deja: allí la regala, allí la inquieta. Ella se defiende y resiste, él se derrite y abrasa. Cansado al fin, sale a una casa de nieve (que vio al pasar con luz): enciende una vela, vuelve cuan presuroso pudo y halla en el mismo puesto la mujer que dejó: re-

259.- Orig.: 'finguir'

pite sus primeros requiebros, y ella sus primeros desvíos; y últimamente desesperado, rompiendo todas las leyes de cortesía tira fuertemente del manto, y ve (¡oh juicios de Dios!) una calavera espantosa sobre unos huesos desnudos. De considerar es el paso. Escapó, en fin (aunque con vida), el caballero tal, que no dejó la cama en muchos días. Pero dijo que quedaba convaleciendo y tratando de entrar en religión entonces.

Estos son los cuerpos destes hidalgos, trazados y cortados de los que: primero encuentran. Estaba un mozo enamorado de una doncella, pidiola a sus padres y negáronsele. Vase el desesperado y ella cae enferma, de mal que a²⁶⁰ pocos días pareció a los ojos de todos llevársela la muerte. Lloranla sus padres y tratan del entierro, cuando el mozo, pasando por cerca de la casa de la difunta, la encuentra viva y la habla, la solicita y goza. Logrado su deseo parte al duelo de los padres, y con darles el pésame, acuerda lo mal que²⁶¹ correspondieron a su voluntad, pues le negaron mujer que tanto quería. Ellos se enternecen y se condenan. Él les pregunta si holgaran más verla viva y su esposa que muerta. Dicen los padres que sí. Replícales el mozo sobre la palabra que ellos le dieron, y afirmaron con infinitos juramentos. Con esto sale, y cuando todos aguardaban el fin, tanto como de desconfiados suspensos, vuelve con su esposa viva de la mano. Asómbranse los padres, admíranse los presentes, y corriendo a la caja por ver difunta la que miraban viva, hallaron (¡donoso espectáculo!) un leño anciano y podrido. El cuento téngolo por cierto; el modo, por fácil a un hechicero: concertó la salida con la moza y puso en la cama un leño para que la representara muerta.

Estas son las resurrecciones deste tramposo: hacer mentiras a nuestros ojos para que piense el ignorante que puede dar vida a los muertos: efecto tan imposible a sus fuerzas. Tenía en Cotaringia, habrá treinta años, un padre noble un hijo que amaba mucho. Entró en amistad y trato deshonesto del padre, en hábito de mujer, un demonio, que con malditas persuasiones le obligó a matar al hijo. Muerto, éntrase en su cuerpo y, pareciendo vivo, hace creer al padre que ha resucitado, y que con esto le idolatre y adore. Hasta que, satisfecho de la perdición de ambos, le desamparó pasado un año, por extremo abominable y hediondo.

Hoy he de cansar a V. S con semejantes historias, contento con poder asirlas de un solo cabello; pero por que andemos algo, cuando este enemigo se enviste en cuerpos semejantes podrá (¿quién lo duda?), si él gusta de no apartarse, tocarle la espada y quemarle el fuego. No cuando ordinariamente le forma de solo aire; que entonces el brazo más duro se desencuadernara en vano. En los conventos de monjas, entre muchas santas, hay tal vez alguna no toda desnuda de pasiones, y más cuando el celo del superior no quita la ocasión de la visita inquieta. Una señora Religiosa le encontró semejante un mancebo rico y brioso, de los que ni²⁶² Dios ni muerte ni Infierno les hacen volver un pie en la carrera de sus gustos. Continuaron la devoción, y de la palabra libre vinieron por sus pasos contados a una determinación diabólica: por paredes de unos trascorrales, con llave maestra para algunas puertas, entra una noche en el convento, pasa estas salas, sube aquella escalera, y llegando al dormitorio se le aparece un viejo alto y venerable que sale a detenerle; el mozo turbado y loco, desnuda la espada, repite vanos golpes, hasta que dio sin fuerzas en tierra. De donde le ayudó a salir (más muerto que vivo) la afligida devota, y sabe Dios si aprovechó para el remedio de ambos. Así valen las espadas de los bravos contra las visiones: cosa de risa. Líbrenos Dios de semejantes ocasiones; que, a venir, antes que con fuertes cuchilladas quisiera defenderme con buena conciencia y sanctas reliquias.

¿Qué diré de las yerbas, piedras o humos que los ahuyentan de las casas o de los hombres? Porque si bien la experiencia cada día nos arguye, la razón nos defiende. Es cierto que el cuerpo no tiene manos para tocar la sutileza del espíritu. Por otra parte oímos maravillas de mil plantas, y muchas

260.- Orig.: 'ha'

261.- Orig.: 'que que'

262.- Orig.: 'mi'

de piedras. ¿Qué no promete del diamante, jaspe, sardio y ónice Mardoveo? ¿Qué no del coral y azabache Dioscórides y Plinio? ¿Qué no dé la esmeralda Codronco? ¿Qué no del crisolito Teteljudío?

¿Qué diré del crédito de los humos, y en particular del zufre, de cuernos de animales y de humano estiércol, pues nuestros exorcistas comienzan con ellos las curas de los endiablados infelices? No me espanto que algunos den a tales experiencias natural virtud creyendo a sus ojos, sin reparar en los inconvenientes. Puedense escusar algo, si entienden virtud natural no nacida de la propia naturaleza y ser de la piedra o planta, sino impresa y sellada por la mano poderosa de Dios desde su principio, sin respeto a la mezcla y temple de sus calidades; que no parece poco justo haber prevenido la sapientísima bondad de Dios nuestro señor, contra enemigo tan común, tan comunes remedios.

Aunque esta razón cuadre algo, a no temer ser solo me cerrara de frente y negara a todos estos remedios fuerzas contra el mal espíritu, si no se las dan las santas bendiciones de la Iglesia. Sale al encuentro la experiencia; mas ¿qué importa, si conocemos las astucias deste blasfemo? Fíngese huir de algunas cosas naturales por despeñarnos a mil supersticiosas. Así creditó la sangre de la hiena en la pared, la hiel de perra negra en las brasas, la del perro negro en el aposento y el menstruo en el umbral, el hígado del camaleón al cuello, el corazón de la corneja al pecho, la avellana de azogue bajo la almohada, el excremento asqueroso en la zapatilla. Y así ha venido a cuán vanas locuras: a las agujas que cosieron la mortaja, al cordel que ahogó el delincuente, al diente que padeció en la horca, al hueso que cubrió la tierra; a cuán impíos sacrilegios: al agua de las pilas benditas, a los aceites santos, a las sagradas vestiduras, a los celestiales Sacramentos y a las soberanas reliquias.

Es compasión acordar cuánto por este medio engaña las almas. Ayuda al buen suceso de una herida para acreditar la superstición de tantos ensalmos, acompaña un revoltoso para copiar tantas oraciones malditas: todo a fin de enfriar nuestra devoción, amortiguar nuestra fe, enemistarnos con Dios, saborearnos a tales embustes y despejarnos de los verdaderos remedios y oraciones. Y a fin, también, que pare la hechicería en las brasas, el rufián en la desdicha, el ensalmado en la sepultura y la almas de todos en el Infierno.

Por muy seguro tengo este camino, y aquel también, poco diferente, que da alguna fuerza a las plantas y medicinas contra el Demonio; no que derechamente le alcancen y con proprio vigor le ahuyenten, como (a sombra de Hipócrates y Galeno) predicán los mágicos. Está muy lejos (ya he dicho) todo cuerpo de enojar al espíritu, tan libre de pasión y muerte. Aquélla, confieso que como al descuido y con maña le obliga a dejar la posada que habita. Escoge por la mayor parte el Demonio, habida de Dios licencia, los cuerpos melancólicos y llenos de malo y vicioso humor, o, habiéndolos de afligir por sus culpas, procura reducirlos a semejante indisposición y daño; porque como su intento es hacerse alcaide del alcázar del alma, de su razón y discurso, para cerrar los pasos cuanto le es posible a la voz del buen consejo y al acto de penitencia cuerda, desconcierta y daña los humores de modo que se acerquen mucho a frenesí y locura.

De aquí nace enseñorearse más veces de los tristes cuerpos en el lleno de la Luna, como parece en el lunático del Evangelio, porque influye entonces gruesos y viscosos humores, facilísimos a corromperse. Nace asimismo afligir menos hombres que mujeres, por ser éstas más²⁶³ frágiles que los hombres (según Aristóteles) y de entendimiento más enfermo y corto (según San Gregorio), como el principio que fue de la primera locura; que sabe Dios cuán poco falta para loca a la más cuerda. De aquellos, acomete a los imaginativos y melancólicos (que llamó Platón aposento y domicilio suyo), y a los deshonestos y torpes, en cuyos corazones inmundos se aposenta. Y de las mujeres, si bien todas de complexión húmeda y de corromperse fácil, más veces vemos que atormenta y trata a las viejas, y éstas, más aun a las mal acomplecionadas y sucias; porque, como es el

263.- Suplo 'más'

Diablo autor (según Damasceno) de toda inmundicia y suciedad, no es mucho que sean mujeres semejantes para él solo buenas. Como obra, pues, por medio destas disposiciones, todas aquellas medicinas que aprovechan a frenéticos o enfermos de gota coral servirán²⁶⁴ algo contra tan mal huésped, por lo que le desatavían y descomponen la posada, arrojándole quizá della si estribó aquí su venida, no si le envía la justicia de Dios; que entonces algo mitigarán la pasión del doliente; no le librarán de todo punto del dueño tirano, por cuya ocasión sola se les permite a los afligidos de tanto mal llevar consigo semejantes piedras o plantas.

Otros añaden importan los humos por la injuria que con ellos recibe el Diablo, cuya hinchazón soberbia, como se paga de las mirras e inciensos que arden en sus ídolos (gran repetidor de su locura primera), así se avergüenza e injuria que como a Dios de Infierno le inciensen cuernos infames y asqueroso estiércol. Y sobre todo le destierra el humo de zufre; no porque le haga novedad, sino porque le acuerda su ordinaria desdicha. Aprovecha también (dicen últimamente otros) por lo que misteriosamente representan; porque así como Dios algunas cosas mandaba usar en los sacrificios, y otras vedaba (no porque unas o otras le pudiesen dar deleite o enojo, sino por lo que en ellas se representaba), así al Demonio algunas cosas atormentan y afligen, por símbolos y figuras de misterios santos.

Al corazón del pez de Tobías ¿quién dará virtud propria, si no la prestó la bendición del Señor, como al agua bendita, o atribuimos la maravilla a las fuerzas del Ángel, como de más adelante se colige?²⁶⁵ Pudo espantarse este mal enemigo de ver el corazón en las ascuas símbolo de aquel corazón amoroso del divino pez Cristo cocido en su pasión tanta, y que asado en la Cruz había de dar al Padre tan eficaz sahumero. Y si los cristianos nos llamamos con razón peces nacidos en el Bautismo, que tanto nos conservamos vivos cuanto duramos en la virtud de sus aguas, ¿qué no atemorizará el Infierno el corazón de un buen cristiano tostado en las ascuas de la oración y de la penitencia? Así, del mismo modo toca David y se mejora a Saúl, por virtud, quizá, de la música que endulzoraba el mal humor del enfermo; pero cuánto mejor por imagen y figura de la harpa de la Cruz, en quien tirados con fuertes clavos los nervios de mi dulcísimo Jesus habían de hacer música tan suave y poderosa que amansara las iras de Dios y ahuyentara la rabia vencida de Lucifer.

De modo que contra la malicia destes espíritus espirituales, principalmente la virtud que nos defiende; el fortísimo escudo y corazas de la fe, que nos aconsejan armar los santos apóstoles Pedro y Pablo; las oraciones y santos exorcismos de la Iglesia, la sal y el agua bendita que tan fuertemente los arrojan (no por lo que tienen material, sino por la gracia y virtud que les influye la invocación de la Trinidad Santísima y el nombre inefable de Jesús, a quien se rinden y postran los cielos, la tierra y el Infierno); la imagen y señal de la divina Cruz, como espada poderosa que derribó y deshizo la infernal soberbia; el dulce nombre de la Virgen santísima María, que puso la planta sobre la cabeza y malicia de la sierpe y agora la tiene vitoriosa sobre los más altos Serafines: estas son las verdaderas piedras y plantas que debe usar el cristiano contra tan rabiosos enemigos.

Y si se me pregunta por qué permite Dios tanta licencia a su malicia que la tenga de entrar en cuerpos humanos y afligirlos tan fieramente, no responderé, aunque bastara, lo que otros: que son ocultos juicios de Dios. Algunas conveniencias puede atinar humilde nuestra piedad para gloria y honra deste gran Señor, y ésta²⁶⁶ en dos maneras: mostrando tener enfrenada la insaciable rabia del Demonio (que, dejado a su voluntad, acabara en un punto con el linaje humano), y sólo se le concede entregarse en pocos y pocas veces; y entonces descubre Dios con segunda gloria su inmenso poder atadas las manos deste monstruo sin que pueda tocar en la vida del que posee; antes por la misericordia divina suele escapar mejorado en las de cuerpo y alma. De modo que no resulta lo

264.- Orig.: 'seruian.'

265.- *Tobías* 6.

266.- Orig.: 'està'

qu'el Demonio quiere, sino lo que al pecador conviene. Consíentelo Dios para provecho nuestro y confirmación de la fe; no solamente viendo a los ojos y palpando virtud mayor que la humana y a quien hay otra también superior, sino que veamos y experimentemos que este divino poder a quien tiemblan el Infierno está solamente en la fe de Cristo, del modo que la Iglesia de Roma la propone.

¡Oh qué consuelo para la alma del cristiano fiel que vive y muere humilde siervo de la Iglesia Romana! Baja el Verbo divino a las entrañas de la Virgen a destruir el imperio deste tirano, y en él punto que se encerró hombre en sus purísimas telas huyeron y desampararon los demonios cuantos cuerpos humanos por el mundo afligían. Sale el sol de su celestial doctrina y desaparecen las tinieblas del Infierno. Ninguno llegó a tocar la ropa, ninguno llegó a ver la divinidad de su rostro, ninguno pudo llamar al nombre de Jesús, que no quedase libre de tan horrible dueño. Fueron, sin duda, muchos más los endemoniados que libró nuestro bien Cristo que los que cuenta el Evangelio.

No era bien que ausente tal Médico faltara medicina para tal enfermedad, no era bien que ausente tal Capitán quedáramos sin armas contra tal enemigo. Deja, pues, al partir armas eficacísimas para tan importante vitoria en la gracia de su fe, en la virtud de su nombre. Con éstas, ¿de qué ídolos no le arrojaron? ¿De qué cuerpos no le ahuyentaron los Apóstoles? Aquí Pedro, allí Pablo; aquí Juan, allí Andrés; aquí Tomás, allí Filipe, con el nombre de Jesús solo lo avergüenzan, lo acosan, lo espantan, lo destierran. Duró esta virtud y dura en todos los que con la misma fe heredamos las mismas armas. ¡Cuán divididos y amotinados algunos inquietos levantan bandera en oposición de la que enarbola en Roma el sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, y llevando por capitán a Lucifer fingen contra él la guerra!

Pero ¡cuánta gloria ha sacado aquí el Señor para su Romana Iglesia! Jamás se han visto tantos afligidos deste espíritu malo como después que levantó cabeza el infernal Lutero; y como es éste uno de los sellos pendientes de la fe verdadera de Cristo, arrojar en nombre suyo los demonios, quiso este mal profeta mostrar que era legítimo su despacho con una mujer que el Demonio poseía: acércase a ella, comienza sus malos exorcismos, invoca al nombre de Jesús, y al punto, rabiosa la mujer, y poderosa, arrójase a él, cógele en los brazos, derribale en el suelo, apriétale en la garganta, hácele sacar un palmo de lengua, y casi casi espirara el alma si los que estaban presentes (¡oh juicios de Dios!) no le librarán de su furia, bien sin aliento y bien con necesidad de mudarle vestido su manceba renegada. ¿Qué es esto? Siendo tan amigos los demonios de Lutero que el día de su muerte salieron de muchos cuerpos diciendo a voces: Contentísimos vamos a hallarnos en el entierro de Lutero, y al punto volveremos, ¿le tratan así agora? Pero ¿qué mucho desconocieran a quien se favorecía contra ellos de Cristo, siendo más que los mismos demonios contra Cristo?

No solamente en esta ocasión: en todas y contra todos los herejes ha mostrado el Señor que no es fe suya la que invoca su nombre, si no es con el espíritu de su Iglesia. Al principio della unos judíos conjuraron una endiablada en el nombre de Jesús que invocaba Pablo, y sacaron el mismo galardón que el mismo Lutero. Un cura deste buen maestro cuenta Lindano que, probando aliviar una mujer, el huésped que la maltrataba se burló dél con graciosas befas, y al punto que llegó un religioso de San Francisco, católico, en presencia del hereje confuso le obedeció y salió del cuerpo. Otro también del mismo modo reía y burlaba con muchos sacerdotes calvinistas, y los llamaba amigos y compañeros. No sucede así a los legítimos hijos de Cristo, que beben la fe y doctrina pura a pechos de la verdadera madre Roma; y cada día y cada hora, en tomando una estola al cuello, un breviario en una mano y en otra un hisopo, se despedazan los demonios, y confesando a su pesar sus nombres, sus intentos, sus pretensiones, y temblando y temiendo el nombre poderoso de Jesús en la boca de un humilde fraile, desamparan los cuerpos.

Para esto permite Dios los endemoniados, y tantos más en Alemania y Flandes cuanto hay mayor necesidad que resplandezca entre las falsas la virtud de la fe y profesión cierta. Y juntamente los permite para que, procurando conservarla, agradezcamos los dichosos la gracia de vivir bajo la Iglesia Romana, para que nos despierte y ponga en vela la rabia de tales enemigos y nos

anime el valor que nos dejó Cristo en su sangre contra ellos, para que sirva de castigo al Demonio soberbio verse tantas veces arrojado y vencido de un cristiano sencillo, y a nosotros de castigo también, si le mereciesen tal nuestras culpas, y de escarmiento en otros, para que no lo merezcan. Tantos provechos saca la sabiduría de Dios de daños tan tristes. Plega a su infinita bondad ninguno de los fieles merezca en esta ni en la otra vida tan maldito dueño.

DISCURSO III

*El trato deshonesto que el Demonio afecta con los hombres, y en qué modo le es posible.
La causa por que nazcan hijos parecidos a la apariencia que el Demonio toma, y algo de la fuerza de la imaginación.*

En qué forma pueda estar el Ángel en lugar; cuántos fueron criados en número, dónde y cuándo.

Qué pueda mover al Demonio a encerrarse en los anillos o redomas, que el vulgo llama familiares, acudiendo con tanta puntualidad al servicio de algunos hombres.

De la superstición de algunas vanas oraciones, y cuán dañoso el uso dellas.

De la gracia de sanidades, y si puede ser natural en algunos hombres.

De los saludadores y ensalmadores, y cuánto más daños suele hacer el Demonio por medio de algunos hombres que por sí solo.

YA casi no me acuerdo de las otras objeciones a que debo respuesta: tal es el caballo de la lengua de un estudiante mozo, y a tal paciencia se obliga quien le da orejas. Creo que agora nos obliga a entorpecer un poco la conversación, aunque más busquemos atajos, la deshonestidad del Diablo, tan prestada y ajena en su naturaleza y tan entrapada en nuestra desdicha, que a él ejercitarla no le ensucia, y a nosotros sí el hablarla. Pero ya que es fuerza, no sólo al corazón, fuente de la limpieza, procuraré que no toque; pero ni a los labios.

Torpe y deshonesto se finge el Demonio, no por el deleite que halla en el cuerpo del hombre, sino en el alma. No le mueve a semejantes abrazos el vicio, sino la envidia y rabia en vernos herederos de la gloria que perdió su locura. Y así, no sólo procura perdernos el título de herencia, sino que, como a criaturas tan estimadas de Dios (a quien él aborrece), gusta estrañamente de tenernos sujetos en bajezas y infamias. Obliga a los infelices que le tratan a que le den el alma (prenda a Dios tan costosa) haciendo escrituras y conciertos, y a veces con propia sangre (la suma de las desdichas). Y llegada aquí la humana miseria, ¿por cuál no pasa? La vida, es de viles esclavos; los gustos, tomento, en forma las más veces de animales feísimos, con tacto tan desusado, con horror tan fiero, que aborrecen y temen las desdichadas mujeres la ocasión. Voluntad puede ser de Dios atar el castigo a la culpa, o naturaleza del galán regalar con penas. A tan triste amor añade cuán sucios besos, cuán asquerosos manjares en actos públicos nos leen cada día ejemplos, que si por el gusto de saber los admite el entendimiento, por su torpeza nefanda los quisiera enterrar la memoria.

En el modo de tan malditos lazos hay dos pareceres: uno que les da cuerpo, fácil de amoldarse en esta o aquella figura y con virtud para engendrar hijos, y otro que lo niega todo; y ambos se engañan, porque tener cuerpo es disparate, y tal virtud sin él no es posible. Artificio y traza con quien parezca²⁶⁷ tenerlo todo es sin duda que hay en el Demonio, y negarle esto es de cerebros duros. Verdad es que muchos han sido tenidos por sus hijos, digo, engendrados con su industria; que era muy de carne y hueso el verdadero padre. Alejandro fue hijo de un gitano hechicero llamado

267.- Orig.: 'parezca'

Nectanabo: encubriose en la imagen de Júpiter Amonio, entró a rezar Olimpías, díjole desde el altar su despacho, creyolo la Reina y dio lugar (¿quién vive seguro?) al engaño maldito. Nació Alejandro, y no le importó poco tener pensamiento de medio Dios para sujetar el mundo.

Tales conozco que pudieron ser muchos de los que la antigüedad creyó hijos de dioses. No todos, pues hoy nos convence más que fuera justo la experiencia. La traza es muy sabida: recoge del dormido o del torpe el principio de la generación humana, y conservándole el calor natural y espíritus (sabe y puede mucho), le entriega y fía a la que quiere ser tan mala madre; de modo que el hijo que después parece lo atribuye el vulgo falsamente al Demonio, siendo del hombre que dio la materia y causa. De do se sigue que cuando este embelecador se viste en actos torpes cara y paciencia de mujer jamás salgan hijos, porque les es en este traje tan imposible como en el otro fácil.

¿Qué se podrá, pues, decir a las historias ciertas de las Indias? Lo que a otros muchos sucesos no menos maravillosos: que cada día encontramos en hijos parecidos a aquellos que la madre en particular imagina o tiene delante. Es muy señora el alma del cuerpo, y muy fuerte y poderosa la imaginación. No tanto (como piensan algunos) que pueda levantar nubes en el aire y derribar espesas lluvias, que a ser así no hubiera en esta tierra labrador pobre (¡qué locura!); pero es eficazísima para mover y alterar el cuerpo que rige, según las pasiones que afetuosamente representa; y particularmente en las de amor, no sólo cuando se imagina en la cosa amada, que se altera el pulso, se esconden los ojos, se pierde el color y aun la vida, sino en el gozo también, en quien, como es el principal artífice el alma, se estampa cuanto puede por medio de la imaginación en el hijo que produce.

El entenderlo es difícil, el verlo ordinario. Las ovejas de Jacob, porque miraron las varas sacaron sus manchas los corderos. El pavo (que aun es es más), si cuando empolla los huevos le cubren con paños blancos, se dice que sacan este solo los pollos, en vez de los varios colores que les hermocean; y no sólo a los pavos: a las gallinas y a las demás aves sucederá lo mismo, encerradas siempre en viveros blanqueados. En las mujeres no tiene fuerza menor, por lo que se aconsejan pinturas hermosas en los aposentos de las que desean tales sus hijos, pues, fuera de otras veces que ha sucedido, de Cuenca me cuentan que, pocos años ha, una señora principal y segura cuanto alcanza nuestra miseria parió un negrito, retrato de una imagen de su aposento. Tenía unos osos pintados otra en Roma, y parió un niño que parecía no tener alma humana, según parecía oso. De otra se cuenta que, preñada, se espantó de ver una calavera, naciendo después la criatura con la cabeza y rostro feísimo, y casi desnudos de carne. Otra también, dicen, parió en Anvers un niño más verdaderamente mona que hombre, por la misma causa. Y para que se teman los juicios de Dios, en Paderbona, en nuestra edad, parió una mujer un hijo con capa y mitra, como obispo, porque era sin duda de los herejes que aborrecen al Papa y quiso la divina Justicia confundirla deste modo. El Demonio, pues, si cuando se bosqueja en imagen de hombre la escoge de sátiro o de cabrón, la triste que le tiene delante, y en quien es fuerza por el horror y el espanto imprima tan fuerte la imaginación, ¿qué mucho conciba su semejante?

El último inconveniente, aunque parece más corto, temo más largo, y no a nuestros entendimientos menos dificultoso, pues le tengo por el principal que obligó a los filósofos antiguos a dar a los ángeles cuerpo no alcanzar nuestro ingenio, villano y hecho solamente a tratar en mercaderías gruesas de tierra, las delicadezas del espíritu puro. Y aun San Bernardo, dudoso siempre en esta dificultad, cuando se acordó que los ángeles se movían de una parte a otra, y que se decía con verdad dellos que ya estaban en el cielo, ya fuera, se dejó vencer del peso y inclinó a creer que tenían cuerpo. Pues ver que el ángel Rafael ata un demonio en el desierto, y que el otro le guarda en la redoma o anillo, y el encantador se sirve del criado o perro que es infernal espíritu, ¿a qué filosofía no desatentará, acostumbrada a mirar los cuerpos en su lugar y mudarse con distancia de tiempo de uno en otro? Y así, siempre que di los ojos a esta materia no me causó novedad lo que pudiera a alguno la diferencia de discurrir en los más ingeniosos. Pues diciendo uno harto agudo que en ninguna parte estaban propiamente los ángeles, sino que era abuso y mal lenguaje nuestro, otro

no inferior dijo que estaban en todas partes, y que de ninguno dellos se podía afirmar que agora estaba en una y luego en otra, porque en todas las que alcanzaba su virtud estaban igualmente. Bien contrario pensar, y ambos sin acierto.

Y ya que condenemos estas dos imaginaciones, haciendo de fe Santo Tomás la que media entre las dos, se opone a ambas; que el ángel no puede estar juntamente en toda parte, y que ha de estar forzosamente en alguna, pues de²⁶⁸ otro modo Lucifer se pudiera decir que estaba agora en el Cielo y San Miguel en el Infierno, o que ninguno dellos en parte alguna destas. Con otros disparates que de tales imaginaciones se concluyen para conocer y declarar el modo como está aquí un ángel y no en Roma; cómo en la tierra y no en el aire, y cómo puede mudarse del aire a la tierra. ¡Cuántos desvelos cuesta a los doctos! ¡Cuántas sendas han buscado, y cuán pocas ciertas y seguras! Y no me espanto (como tengo dicho), porque corre nuestro ingenio muy al fuero de los cuerpos en que trata, y acaba mal de penetrar la nobleza y superioridad de los espíritus.

Si he de decir, pues, algo en sujeto que no sé si fuera mayor cordura escusarlo todo, pues ¿qué tienen que ver con nuestro *Jardín* delicadezas que cansaron a tantos y (para el corto rato que yo procuro divertir ocupaciones tan graves y acompañar ocio tan honesto) materia tan prolija que hoy no cabe en muchos libros ni se puede decir cosa que importe en muchísimas horas? Confieso que a escucharme menos levantado ingenio y no haberla traído a las manos la cuestión entretenida de la mudanza de la naturaleza, que tuviera mucho de impertinencia no callarla; y más si del lugar que tienen los ángeles nos deslizamos a tocar algo del modo de estar Dios en las cosas. Pero ayúdeme mi buen deseo, pues supuesto que no tengo que temer la capacidad del oyente, si acomodo a nuestra lengua y a nuestro entretenimiento materias tan retiradas ni será pequeño mi gusto ni inútil de todo punto el trabajo, pues antes huele a flojedad en un cristiano no desear saber algo de espíritus tan nobles y que, cuidadosos de nuestro bien, acompañan a todos los hombres desde el punto que nacen y con quien, por parte del alma, tenemos tan gran parentesco, habiendo de ser casi uno mismo que el del ángel su modo de vida y conversación el tiempo que ha de vivir sola.

Digo, pues, que el ángel, como una de las criaturas de Dios y parte del mundo, tiene orden con todas las demás, no sólo en la ocupación y el ejercicio (como lo dice su nombre, pues ángel lo mismo quiere decir que mensajero): de la voluntad, se entiende, de Dios para con los hombres y la comunicación de sus ilustraciones divinas, y así, dice San Pablo dellos que son espíritus que nos administran en el ministerio que cada uno es enviado, no encontrando cosa más común en las Letras Santas que beneficios y mercedes recibidas por su medio. Y sin duda son sin número las que no conocemos; en males de que cada momento insensiblemente nos apartan y defienden, y en bienes a que nos encaminan.

Y aun deste orden que dicen con las demás criaturas sacó Santo Tomás ser grande su multitud, pues, aventajándose en perfección a todas, no parece posible que los criase²⁶⁹ Dios menores en número. No tanto como algunos de su escuela han pensado, afirmando ser más que todos los cuerpos criados, aunque se cuenten las más menudas arenas: cosa que no le pasó al Santo por el pensamiento. Verdad es que San Gregorio los llamó innumerables, y San Dionisio Areopagita acordándose que Daniel los cuenta por millares de millares y por millones de millares, dice que no hay Arismética en la tierra que alcance a contar los ejércitos de aquellos celestiales espíritus; pero todo camina a decir que son muchos.

Unos piensan que no más que las especies de las demás cosas minerales, como si dijéramos plantas, peces, aves, brutos. Otros piensan ser más que todos los hombres que han nacido y nacerán, no con mayor fundamento que saber que a cada un hombre le da en guarda un ángel y parecerles desacierto imaginar que, muertos unos hombres, acompañan otros. Como si para

268.- Suplo 'de.'

269.- Orig.: 'criassen.'

nosotros fuera caso de menos valer no tener ángel por estrenar, o para ellos afición continuar nuestro provecho.

Otros quieren que sean menos que los hombres, porque en el *Apocalipsis* se cuenta que el dragón se trajo consigo la tercera parte de las estrellas, cuyas sillas dice San Agustín que han de ocupar los hombres; y cierto es que no la tercera parte éstos se salva. Otros, que sean más que todos los hombres noventa y nueve veces, por la parábola que trajo Cristo (en San Lucas) del pastor que, dejadas las noventa y nueve ovejas en el desierto, buscó la una perdida, entendiendo por la una los hombres, y por las demás los ángeles.

Otros, al fin, que son iguales en número, porque se lee en el *Deuteronomio* que constituyó Dios los términos de los pueblos conforme al número de sus ángeles: duda que la disputo a la letra San Atanasio, y después de haber referido muchas de las opiniones pasadas, la suya es quedar indeciso, por parecerle (y con razón) que pocas destas conjeturas hacen fuerza. Pues no es cierto que la tercera parte de los ángeles se perdió con Lucifer su capitán, siendo muy diferente la explicación que traen algunos de aquel lugar del *Apocalipsis*; y cuando lo fuera, y lo sea también haberse de reparar sus sillas de los hombres, no lo es si ha de ser en número igual. Cosa que la reserva al conocimiento sólo de Dios San Dionisio. Con todo, imaginó que son más que a todos los hombres, lo que refiere Dionisio Cartusiano haberle revelado así a Santa Brígida, y con tanto exceso (añade) que a cada hombre se podían dar diez ángeles de guarda.

En que si reparamos que (como de Santo Tomás se colige) no se ocupan las Hierarquías superiores, como son serafines, querubines, tronos y dominaciones (porque lo da a entender así San Dionisio y porque es bien, dice nuestro santo Doctor), que las cosas estén entre sí tan ordenadas que ni aun la gracia contradiga al orden de la naturaleza (a quien es muy conforme que los superiores no se ocupen en lo que por sí bastan los inferiores), bien se imagina que serán, todos juntos, con gran ventaja muchos más que los hombres, porque así parece convenir (según acordé del mismo Santo) al orden de perfección en que fueron criados.

Y aun desta misma razón colige el Doctor Bienaventurado que fueron criados en el Cielo empíreo y juntos con él. Porque los ángeles (dice en un artículo) son parte del universo; y pues ellos no hacen mundo de por sí, hanle de hacer con las criaturas corpóreas. Y este es el orden de una criatura con otra, en quien consiste el bien del universo. Ninguna parte, pues, perfecta ha de estar apartada de su todo, y siendo las obras de Dios (según se lee en el *Deuteronomio*) perfectas, no se hace probable que criase los ángeles apartados y antes de las demás criaturas. Y en el artículo siguiente dice que convino criarlos en el Cielo empíreo; porque, formándose un universo de las criaturas: corporales y espirituales, y siendo éstas superiores a aquéllas, parece que debían ser criadas en el cuerpo más supremo y excelente, cual es el Cielo empíreo.

Conjeturas ambas que, aunque tan cuerdas, no ha faltado quien se les oponga. Antes bien, en la una sintieron muchos Santos lo contrario, pareciéndoles que criaría Dios los ángeles algunos siglos antes que el mundo por no estar tan larga eternidad ocioso. Como si por muchos siglos y edades que los adelanten no le ha de quedar siempre a Dios una eternidad inmensa en que del mismo modo se pudiera decir que estuvo ocioso. Y esto nadie lo tendrá hoy por falta, pues siendo infalible y de fe que no crió Dios nada eterno, lo es también que estuvo una eternidad sin criar nada. Y no por eso estuvo ocioso este gran Señor, pues criar o no criar el mundo no le pone ni quita perfección alguna ni le causa mudanza, teniendo en sí solo toda la perfección y el bien que si criara mil mundos.

Juntos los crió sin duda, como siente Santo Tomás y todos los doctos hoy comúnmente; por la razón que trae el Santo y porque no se hace creíble que estuviesen mucho tiempo en paz los ángeles buenos y los malos; y apenas era criado el cielo y ya nos cuenta San Joan que peleaba San Miguel con Luzbel en el cielo. Y debiendo ser tanto más breve el tiempo de merecer en el ángel que fue en el hombre cuanto es de más prompto natural en su obrar y elegir, ¿quién creará que estuvieron larga edad los ángeles malos en gracia de Dios? Y si estuvieron poquísimo tiempo, cuando

pecaron ya tenían aparejado el fuego del Infierno, en cuyos calabozos fueron encerrados al punto (dice San Pedro) para ser eternamente atormentados.

Cierto, pues, parece que las criaturas espirituales y corporales fueron criadas juntas (como se lee en el capítulo 18 del *Eclesiástico*); y que los ángeles fueron criados en el Cielo empíreo, aunque lo sienten así todos los sabios, no sé yo que tenga otra razón o fundamento que la del Angélico Doctor. San Agustín refiere la opinión de algunos que vanamente creían ser de diferente casta los ángeles malos de los buenos, y haber sido criados aquéllos en la tierra y éstos en el cielo. Ruperto, con alguna más consideración, piensa que, como Dios crió al hombre fuera del Paraíso y luego le puso en él, así crió al ángel fuera del Cielo, adonde lo trasladó después para que ambos conociesen que era la excelencia del lugar, antes que deuda a su naturaleza, merced y gracia. Pero la conjetura de Santo Tomás es muy cuerda, y fuerte la razón que trae del orden que dicen los espíritus con los cuerpos, y que, como criaturas tan superiores los ángeles, convenía ser criados en el cuerpo más aventajado y noble.

De esta misma razón, pues, se colige lo principal de nuestro intento; que como parte que es el ángel del universo, diga orden y correspondencia con las demás y haya de estar presente a alguna. Y aun imagino (según mi mal modo de filosofar) que, criado el mundo, es imposible criar Dios un ángel que no esté presente en alguna parte dél; porque, a no estar presente, debiera estar apartado y distante, y distancia no la conozco donde no intermedia algún cuerpo. En que obedecen una misma razón los cuerpos y los espíritus. Y así entendido²⁷⁰ el modo como aquéllos están en lugar, se alcanzará más fácilmente el éstos, el cual no es (si no me engaño) otra cosa que el mismo orden que los cuerpos dicen entre sí, componiendo entre todos la esfera del mundo. De modo que quien preguntare dónde está el mundo merecerá ser reído; porque este globo, como abarca el cielo y tierra, y de todo se imagina un cuerpo, está en sí sólo. Y así, sólo dice orden, y no a otra cosa en quien pueda decir que tiene su lugar y asiento.

Y así, nadie dirá dél que está alto o bajo, lejos o cerca, porque estas cosas sólo convienen a los cuerpos que dicen orden con otros; que necesariamente han de estar entre sí cercanos o distantes, levantados o hondos, según los otros cuerpos que tienen en medio. Y según los puntos que en alguna parte del universo fijamos con la imaginación, decimos que está Murcia nueve leguas de Cartagena, porque la tierra o aire que está en medio es capaz de medirse con tantos palmos o pies, que hacen nueve leguas. Decimos que está en tantos grados de latitud, y de longitud tantos, fijando con nuestra consideración dos puntos en el cielo, uno al Setentrión y otro al Occidente, y midiendo la parte que descubre de cielo hacia ambos puntos, y así venimos a sacar cuánto está más levantada o menos esta ciudad del Polo que otras por el cuerpo que dista en medio, de quien siempre que fuere una misma la medida será una misma la distancia, y poner ésta donde falta aquél lo tengo por pura imaginación y sueño.

En esto, pues, convienen los cuerpos y espíritus, por razón de ser partes tasadas y limitadas del universo, en que así unos como otros digan entre sí correspondencia y orden, estando entre sí presentes o distantes por no poder alguno estar presente a todos ni dejar de estarlo alguno, pues lo primero fuera o ser inmenso, y por lo menos igual en grandeza o perfección a todo lo criado (lo que hasta ahora no se conoce de alguno), y lo segundo fuera decir orden a nada, y poderse antes verificar que estaba el tal espíritu o cuerpo fuera del mundo que no en él, y que era criado en orden solamente a sí y no a otro. Lo que juzgo imposible habiendo otros cuerpos y espíritus que entre sí deben corresponderse y ordenarse.

Sólo hay diferencia que, como el ser tasados y cortos les viene a los cuerpos de la cantidad que actualmente los estiende y viste, y hace que unos con otros no se entremetan ni entrapen, y a los espíritus les viene de la tasa y límite de su virtud y perfección, es diferente el modo de ocupar

270.- Orig.: 'entendida'

unos lugar que otros. Tienen su lugar los cuerpos tocándose y midiéndose entre sí y cercándose unos con otros, que es lo que comúnmente se dice estar circunscriptivamente; que como el mismo vocablo suena se entiende: rodeándose y abrazándose los cuerpos entre sí; pero los espíritus no están deste modo en lugar, sino alcanzando su virtud a obrar en este cuerpo y no en mayor, por ser (como he dicho) limitado y no poder alcanzar a todos juntos, y por ser parte que necesariamente ha de obrar y asistir en alguna; lo que se dice en las escuelas estar en lugar definitivamente, esto es, como midiendo la tasa y término de su virtud y perfección y declarando hasta dónde aquélla alcanza y de dónde más no puede estenderse.

Un ejemplo algo más conocido nos dará quizá claridad en esto; y sea el alma del hombre, de quien es cosa sabida que está²⁷¹ toda en todo el cuerpo y toda en cualquiera parte dél. Y en conociendo que es espiritual y que es incorruptible (verdades que quiere Aristóteles que las alcance la naturaleza) se hace aquello manifiesto, pues no hay mayor principio de corrupción que poder dividirse, ni cosa más contraria al espíritu que tener veas partes fuera de otras. Y así, en la hora que confesamos que el cuerpo de Cristo nuestro Redemptor está en la hostia, y que no está estendido al fuero de los otros cuerpos, sino antes en modo muy parecido a los espíritus, debemos confesar que está todo en toda la hostia, y todo en toda parte; lo que se afirma de Dios aun más propiamente, por su mayor simplicidad y pureza.

De quien es evidente que no hay cosa tan pequeña en que no esté todo Dios tan enteramente como está todo en todo el universo. Y la razón es ser en sí indivisible cualquiera espíritu, y no poder hallarse en él partes diversas; que en esto se parecen al punto que imaginan los filósofos en los cuerpos. Pero con diferencia que, si bien su sustancia es indivisible, su virtud y poder alcanza a cosas grandes. Como casi lo experimentamos en nuestros entendimientos; que no porque yo agora entienda y conciba un monte, y luego una hormiga, es menor o mayor mi entendimiento una vez que otra. Señal que, puesto en cosas grandes o pequeñas, es siempre el mismo; a cuya comparación aluden los filósofos cuando llaman a los ángeles inteligencias o sustancias apartadas, por que nos sea fácil entenderlos y concebirlos en alguna manera al modo de nuestros entendimientos si por sí estuvieran apartados de todo cuerpo.

El alma, pues, que verdaderamente asiste en el cuerpo del hombre, porque unida a él le da ser y vida, no es mayor en el varón que en el niño, porque eso fuera crecer en partes que antes no tenía, y poder, decreciendo el cuerpo, decrecer en ellas, y así, ni ser espíritu ni incorruptible, antes bien, cortado el brazo o muerto, quedando vivo lo demás, deja el alma de asistir en aquella parte porque deja de vivificarla; y no por eso queda menor, pues no pierde parte alguna de sí quien no las tiene, y sólo deja de obrar y asistir en la parte del brazo que antes estaba. Y si las almas pudieran dejar a su voluntad unos cuerpos y mudarse a otros, cuando la mía se pasara a informar el cuerpo de Pedro claro es que se ausentara de mi cuerpo y se hiciera presente en el que nuevamente tomaba; y aunque el cuerpo de Pedro estuviera en Roma no se dijera que estaba primero que allá llegase en los cuerpos que están desde aquí a Roma, pues a ninguno dellos aplicaba su virtud para darle vida y calor. Al modo que yo aplico mi entendimiento a imaginar en partes diversas sin imaginar en las que tienen en medio.

Lo mismo pasa en el ángel: mueve el aire o palo que figura en perro o criado; aplica su virtud al anillo o la redoma; allí se dice estar entonces, y está verdaderamente presente, y no en otra parte, Porque al modo del alma obra en aquel cuerpo; no dándole vida (que eso es propio de la humana), sino moviéndolo o alterándolo, o de cualquiera otro modo aplicando en él su virtud y operación. Que por no poder aplicar juntamente a dos cuerpos distantes, no puede hacerse juntamente presente a ellos, ni a cuerpo tan grande que sobrepuje su virtud y perfección. Como del alma humana es cierto que puede alentar un cuerpo tan grande y que no le pueda mayor, así el

271.- Orig.: 'est'

ángel podrá mover una torre de cien estados, y no de ciento y uno; mover un monte de una legua, y no de más.

No sabemos cuál es el término de su virtud; pero sabemos que le tiene, y que, así, podrá obrar y estar presente en toda una ciudad como Toledo, y no quizá como Sevilla, creciendo o menguando esta diferencia como son de mayor o menor virtud, pues no es igual en todos, y asistiendo a mayor cuerpo o menor, sin poder decir dellos que se achican o engrandecen. Como ni del alma que es mayor en mí cuando hombre que cuando muchacho. si bien de ambos espíritus se dice con verdad que aplican su virtud y se hacen presentes a mayor cuerpo: el alma por la unión que con él la traba, y el ángel por la voluntad que le aplica a obrar en tal cuerpo, y no en mayor.

La cual no puede ser otra que la propia suya o la de Dios, por ser engaño lo que algunos imaginan: que los encantos tengan natural virtud de ligar los demonios y obligarles que asistan en esta o aquella parte. Pues siendo cierto que no la pueden tener las rayas, las palabras, la aplicación de piedras o plantas ni influencia particular de estrellas (cosas que (como dejo escrito atrás) no pueden tocar a los espíritus), ni menos²⁷² pueden tenerla unos ángeles en otros. Pues que, aunque ningunos iguales, antes todos entre sí de menos y más poder y fuerzas, en cuanto a impedirse el propio movimiento ninguno es sobre otro poderoso. Como ni sobre la libertad de tu albedrío, fundamento y principio en todos de aplicarse a este y no aquel cuerpo, si bien se reconocen ventaja, como en la perfección de la naturaleza y del conocimiento, en poderse impedir el ímpetu o movimiento que procuran a veces imprimir en los cuerpos.

Como se vio en la contienda que cuenta el apóstol San Judas en su Epístola canonica del Diablo y San Miguel; uno sobre sacar del sepulcro el cuerpo de Moisés, y otro ocultarle, donde fueron más poderosas las fuerzas del Arcángel. Y si también se lee que San Rafael ató en el desierto un demonio, allí mismo se dice que fueron las fuerzas de Dios, no suyas. Como de algunos santos religiosos encontramos en sus historias que le han hecho servir a sus conventos en forma de criado, de caballo, de mula y de otros animales con la virtud y voluntad de aquel Señor que hoy tiene atados y presos en diferentes partes del aire y tierra a muchos, y a todos ha de encerrar en Infierno.

De modo que por esta parte entendido queda algo de la forma como están los ángeles en lugar, siendo puros espíritus. Pero luego nace otra curiosidad menos metafísica, y por eso más tratable, de querer saber qué ocasión mueva así la voluntad de una criatura tan suelta, y tanto como superior enemiga del hombre, a sujetarse y encerrarse en la piedra o en el vidrio, y a ser tan puntual y liberal en su servicio. En que, si he de decir lo que agora descubre la cortedad de mi ingenio, comienzo por la misma razón que parece hacer dificultosa la duda, que es la enemistad y rabia que contra el hombre y contra Dios su bienhechor le abrasa y atormenta; de modo que aunque más sus obras y servicios se vistan librea y apariencia de amistad, la raíz que las produce es rabia y furia. Único fin y blanco de sus lisonjas y artificios, de sus trazas y pensamientos, mostrarse, ya contra el hombre, ya contra Dios o ya contra ambos, enemigo furioso.

Hácese amigo del hechicero con escritura pública y concierto llano, ofreciendo su industria, su compañía, su favor y fuerzas, por que le dé el alma: joya para nosotros la de más estima, y para Dios la más costosa. A un Autor parece que suele ser ocasión de semejante amistad y trato la semejanza de malicia; y es así verdad, que hombres se encuentran de tan malas mañas que más parecen diablos, y a éstos puede ser que se atreva más que a otros acometer con semejante malicia. Como el ladrón que se descubre al que vio mirar de hito la bolsa que abrió en la plaza o feria el labrador sencillo (que éstos, o tales, deben ser los lunares en que se huelen y divisan a cien pasos los ladrones, los rufianes, los jugadores y otros de peor vicio), así debe de tener Satanás reglas de reconocer los buenos para sus amigos.

272.- Menos aun,

Alguna pienso yo que es la curiosidad y, no pequeña, la superstición; el querer saber secretos aunque parezcan naturales, adivinar algo de lo por venir, el cómo ser querido, el cómo ser dichoso. ¡Oh, a cuántos enredó en diabólicas hechicerías esta inquietud de ingenio! ¿Qué diré de los que no saben dar paso que sea por el camino llano y derecho? No rezarán un Credo en el año, ni pedirá un Evangelio al Sacerdote, y van cargados de la oración exquisita para no morir ahogados ni de muerte súpita ni a manos de verdugo. ¡Qué locura! Pues aunque los desengañe San Pablo, será sin remedio. ¡Oh Señor! (replican) Es cosa muy santa: no habla sino de Cristo y de la Virgen su madre. Las más veces mezclan palabras y rasgos no conocidos, que deben ser sellos de Lucifer, y con opinión de nombres de ángeles los que más deben ser suyos: Iruel, Hubuel, Simiel. Y cuando sean espíritus buenos, ¿qué mucho se envista sus nombres quien tantas veces se atreve a su figura, y a la nuestro Redemptor hartas, para engañarnos?

Yo quiero que todas ellas parezcan buenas, quiero que sean los Evangelios mismos. Llevados con aquella fe y fin es superstición peligrosísima, por atribuirles diferente virtud y efecto que Dios concedió al instituirlos. Dionos el santo Evangelio por testimonio de su vida milagrosa, columna de nuestra fe y dechado de nuestras costumbres, y en él las oraciones con que quiso que le honrásemos y pidiésemos. ¿Será bien que piense el desalmado que por llevarle escrito en la nómina no le matará la pendencia ni le ahogará el mar ni le agarrará el corchete?

No dejó Dios los Evangelios para eso; para disponernos sí a su gracia, para encaminarnos a su gloria, escritos en el corazón con la fe y en la conciencia con las buenas obras. Cuanto más siendo por la mayor parte oraciones frívolas y disparatadas, y entretajadas de mil palabras ocultas por quien el Demonio: nos enfría en la verdadera piedad y devoción, desacredita las verdaderas²⁷³ oraciones, nos anima a los vicios, trazando unas veces de manera que padezcamos en ellos; y sobre todo, teniendo en continuo pecado las almas, pues es sin duda que semejantes oraciones tienen pacto y trabazón, aunque algo escondida y oculta, con el Demonio, y que cualquiera, por sencillo que sea, tiene obligación de conocerla y descubrirla, pues supuesto que les atribuye virtud y fuerza sobrenatural que Dios no les tiene prometida, es infalible consecuencia que la espera del Demonio.

Guardaba ganado un pastor, y tenía una oración de San Blas tan bien acreditada en su pensamiento,²⁷⁴ que aunque dejase la manada sola en el monte muchos días, ni temía uñas del lobo ni del ladrón; y lo que más es: así sucedía como confiaba. Dejola sola, como otras veces, una, y acaso pasó cerca de las ovejas un religioso santo: alzó los ojos y conoció que era el pastor y guarda un demonio. Acercose y preguntole quién le había puesto en aquel nuevo oficio y a qué título tan fielmente le ejercitaba. Riose primero un buen pedazo el maldito, y no bien acabada la risa refirió muy a sabor²⁷⁵ el cuento. Lleva (dice) el simple pastor destas ovejas en el cabo del cayado una oración de San Blas, y estase muy persuadido que con llevarla no hace falta su presencia para su guarda. Con esto ni se acuerda de su Dios ni aun tiene en Él la media confianza que en el pape-lillo. Tiénese por cristiano y cree una cosa tan contra la fe de Cristo: esta es su tontería y éste mi gozo. ¿Qué mucho para que él persevere en tan perjudicial locura me ocupe²⁷⁶ yo en tan pequeño trabajo? ¡Oh astucia diabólica y humana ignorancia! En tan delgadas flores se esconde esta sierpe, y en tan liviano descuido (al parecer) nuestro daño. No se cómo los predicadores y confesores no se aúnan a desterrar tantas supersticiones deste género.

¿Qué diré de las que receta a título de medicinas, o cuando nos coge con el dolor o calenturilla en la cama, las muchas a que abre puerta en nuestro corazón el deseo de la vida? No digo yo del fácil pueblo: mayor es el mal, pues hasta muchos de los reverendos han visto mis ojos presos en

273.- Orig.: 'las verdaderas las.'

274.- Orig.: 'pensamieno.'

275.- En el orig. parece leerse 'fauor.'

276.- Orig.: 'ocupè'

esta liga. ¡A cuántas oraciones rezadas entre dientes, o mejor, entre encías, despreciados los verdaderos médicos del cuerpo y alma, damos la confianza! ¡Qué de estómagos han santiguado entre aquellas torres un hornero tuerto y un rufianazo medio sastre, más de dos moriscas infieles y más de tres viejas emprimadoras! Pues si las obligamos a recitar las oraciones, ¡qué de disparates en ellas! ¡Qué de santos extraños! Y aun sabe Dios si son los mismos que después murmuran. ¿Quién remediará en las tercianas?²⁷⁷ ¿Las almendras,²⁷⁸ o los pedazos de ostias con la agua del cáliz en tantos²⁷⁹ días? Facilísimos todos a esto. A perdonar injurias, a restituir deudas, a confesar culpas, a recibir debidamente Sacramentos, ¡cuán duros! ¡Cuán difíciles. Parece que me enojo y tomo calor de púlpito. No es mucho; que soy enemigísimo de supersticiones, y así, por ninguna cosa envidio el ser jurista sino por aguardar ocasión en que llenara las galeras de santiguadores, y los deseos de un buen verdugo de espaldas de viejas.

Pero ¿qué haré si algún resabido sale en su defensa con más de un libro y más de dos historias? Entre las gracias que Dios reparte, ¿no es una la de dar salud, comunicada no solamente entre los cristianos, sino entre los gentiles a muchos? De Pirro cuenta Plutarco que con el pulgar del pie curaba enfermos del bazo. Octavio Augusto sanó a Agripa de una grave enfermedad (según Dion), y Vespasiano ¿no sanó a un ciego con escupirle en los ojos, y a un cojo tocándole en el calcañar? Después de la verdad del Evangelio, ¿quién ignora la virtud milagrosa de los reyes de Francia para sanar lamparones?²⁸⁰ Y de los de Inglaterra se dice lo mismo, continuada en todos ellos hasta la impía Isabel, para que se conozca don de Dios más que propio mérito. En Flandes se sabe curan de calentura los que tienen suerte de nacer en Viernes Santo, y en todas partes está recibido alcanzar esta gracia de sanidad el que nace séptimo varón, sin interpolación de mujer.

Y Plinio, archivo de los misterios de la naturaleza, después de haber contado diferencias de gentes que con su vista emponzoñan y matan, ¿no afirma que hay hombres con diversas virtudes, conservadas algunas en las familias por edades largas? Los psilos y marsos, dice que espantaban las serpientes en Chipre, como otros en África los cocodilos, trayendo por ejemplos que si un hombre mordido de perro o culebra entrare donde hubiere gallina sobre huevos, no los empolla; y si mujer preñada, mal pare. Y no del hombre sólo: de cada parte del cuerpo refiere particulares provechos y medicinas: los cabellos de varón mojados en vinagre dice que aprovechan a la gota, y a las heridas de cabeza en aceite o vino. De la saliva cuenta maravillas. Hasta con la cera de las orejas cura las mordeduras de escorpiones y culebras, y la del mismo hombre, sobre las demás dañosa. Y porque no es para decir todo, de más asquerosos excrementos trae secretos provechosos. A los de gota coral quiere que sanen las gotas de agua en que se lavó el dedo pulgar del pie; y como sea de doncella (¡rara medicina!), basta tocarle con el dedo. Faltará, en fin, día para contarlos todos.

A los saludadores, ¿quién será tan terco que les niegue sus maravillas? Fríos en el horno abrasado, seguros entre animales rabiosos, preservando²⁸¹ a éste con su bendición, matando al otro con su aliento. ¿Qué Hipócrates o qué Guido curaron jamás los pechos pasados, los brazos partidos y las cabezas rotas que cada día vemos sanas con ensalmos? Cuyo uso y devoción no es nueva, pues trae principio de Salomón, de quien cuenta Jofefo que compuso unas oraciones breves con que se remediaba todo género de enfermedades, y unos conjuros (añade) eficacísimos contra demonios. Conservados hasta su tiempo, ¿qué mucho hasta el nuestro? Dejen, pues, los incrédulos de cerrar los ojos a tantas verdades, negando fe a todo (digámoslo así) lo que no es en derecho de sus narices y de su ingenio.

277.- Fiebre que reaparece cada tres días.

278.- Infusión de aceite de almendras dulces.

279.- Esos, cada tres, se entiende.

280.- Paperas.

281.- Orig.: 'preservado'.

Apretado he demasiado el ñudo. Bien pudiera romperle con algún docto y confesar que reparte Dios gracia de sanidades, pero nacida (como dice San Pablo) de la fuente y espíritu que la dé fe, que la dé sabiduría, y la dé varias lenguas, de quien se hizo partición y dio libranza a los Apóstoles en el nombre de Jesús y fe de su santa Pasión; no al malo, al destemplado, al deshonesto. Pero también será terquedad negar que pueda Dios dar, y dé graciosamente a algunos hombres, y aun a algunos linajes, esta o aquella virtud de sanidad en el aliento, en la saliva, en el tacto. No que se pueda llamar natural (como independiente, al fin, de la complexión y compostura del sujeto), ni gracia tampoco (porque sea perfección y lustre del alma), sino sólo por dada graciosa y liberalmente; de modo que el dar salud nunca se pueda llamar naturaleza; y así, perdone el que nos hace tan aprovechados que le parece estar las virtudes secretas de todas las plantas y piedras repartidas en todos los hombres.

¡Gracioso desvanecimiento! No crío Dios al hombre para medicina, sino para médico. Engañole, sin duda, la lición de Plinio; y si fue así, mal lo consideró, pues el buen Veronés más andaba por decir novedades que verdades. Siendo tan cuerdo en decirlas que quita la tentación de creerlas, pues afirma que el mismo que las escribía las reía poniendo por conclusión que todo aquello es invención y burla de hechiceros. O si no, ¿dónde tendrá el seso quien no lo conociere, cuando dice que ha de ser el primer cabello del niño el que ha de curar la gota; que el primer diente, sacado sin tocar la tierra, aprovecha para ciertos dolores de mujeres; que es buena la saliva para el dolor de cuello, puesta en la corva de la rodilla, y libra de desgracias escupiendo cada cual en su orina; que el dedo pulgar del pie atado al compañero, sana hinchazones de mozos revoltosos, y los dos medios de la mano ligados, las lagañas? Tales son las medicinas que del cuerpo humano trae Plinio. Recete en esta botica quien quisiere; que por lo menos lo aseguro más fácil y barata. Allí se cuenta que curaron algunas enfermedades aquellos príncipes: Augusto con un anillo, Pírron con cierto gallo y no sé qué ceremonias. Fácil está de conocer el autor del milagro, y mucho más en Vespasiano, a quien fueron remitidos los enfermos de un diablo; y él sin duda le era familiar, como discípulo del hechicero Apolonio.

De los señores reyes franceses, algunos quieren que no sea suya la virtud de sanar lamparones, sino del clima y del aire. Yo se las confieso; pero concedida a la santidad del rey Luis por medios de otro santo, y continuada quizá en los que le han sucedido, verdaderos santos y católicos. De los ingleses dudo, de Isabel me río: fue loca lisonja de un hereje, que a pocos pasos la encajó en la letanía teniendo más honrada silla que Lucifer en el Infierno, por ser (si es posible) más que él mala. De sus antecesores no me espantaré la tuviesen: eran reyes y santos. Estima Dios mucho, y se sirve mucho de ver entre los hombres estimada esta dignidad con virtud, y así, no es maravilla que la acredite con semejantes gracias. También dice Beuter que los reyes de Aragón sanaban gargantas como los de Francia, y Casaneo dice de los de España que con la señal de la Cruz expelían demonios. ¿Qué milagro no²⁸² hiciesen, si el ser rey y bueno no es pequeño milagro? La misma razón vale para los que se siguen: querer Dios honrar el día de su preciosa muerte dando gracias a los que en él nacen, y dándolas también al que nace varón en séptimo lugar por honra del estado santo del matrimonio, y escogiendo este número por ser el que se desea en la bendición de los casados, pidiéndoles hijos hasta la séptima generación, fuera de otras muchas correspondencias que pudieran hallarse.

De los saludadores, ¿pudo ser que a tan rabioso mal proveyese Dios tan fácil remedio? A ninguno he visto otra cosa que soplar y recoger cuartos. Dícenme que entran en los hornos encendidos: artificio sin duda suyo y liviandad de quien les da crédito, pues ¿qué virtud divina es la que resiste al fuego, torcido el cuerpo y no alto, medio cuarto de hora, y no entero? No por eso los niego, si bien recelo que a vuelta de uno con gracia andan más de dos haciéndola del pueblo, y así, holgara se advirtiese en sus licencias: no se den a los que saben más veces saludar la taberna que otra cosa, y más matar la rabia de su sed que del perro.

282.- Orig.: 'los'

Los ensalmadores son, sin duda, la peor gente: por uno que curó la naturaleza entierran mil que sanara la botica; y no importa que usen oraciones santas y sin mezcla de superstición, pues por la mayor parte son viciosos, y, prometiendo más virtud a solas las palabras que se les debe, hacen incurables las heridas y despeñan los fieles en los daños que poco ha dije de las oraciones supersticiosas. Cuanto más que en acreditar su mala arte con el libro pestilencial que a título de Salomón introdujo el Demonio se conoce el maestro; porque si bien es verdad que tuvo años Salomón de perdido, en que, embriagado en malas artes de hechicería, pudo hacer copia de curas diabólicas y de encantos malditos como deben de contenerse en el libro que Josefo cita. En la clavícula y en el anillo que llaman suyos, ni creo que los hizo ni que, hechos, dejaría de consumirlos en las horas de arrepentido. Invención fue del Infierno poner título tan noble a tan malditas letras, para que con mayor hambre les diese ojos el cudicioso ingenio. Dichosa España, que por el celo católico de sus reyes tiene tan cercado el paso a la vana curiosidad y ajenas las almas de engolosinarse en cebo tan maldito. ¡Ojalá en los demás peligros de supersticiones (aunque parezcan menores) se pudiese semejante remedio!

Por tales puertos desembarca el Demonio la mala mercadería de sus engaños en nuestros corazones, haciéndose amigo y familiar del hombre con pacto declarado y oculto para tenerlo enemigo de Dios y echado al cuello el lazo con que le atraílla a su horno el día de la Licencia. A que se puede añadir otra causa de la amistad que con el hombre afecta: destruir por su medio más vidas que pudiera solo. ¿Quién tal se persuadirá de la malicia humana? Todo el Infierno junto no hace tanto daño en los hombres como suele, alentado del Demonio, un hombre. Dejo otras muchas crueldades espantosas que se cuentan a cada paso de hechiceros y brujas.

De uno dice Zonarás que en Venecia iba a las galeras y, metido en conversación con los forzados, se compadecía de su miseria ofreciéndoles libertad (y con ella a cada uno diez ducados), por que, libres de la cadena, prometiesen (tiemblo al pensarlo) el alma al Diablo; haciéndolo así los desdichados, y al punto los mataba, arrojando sus cuerpos en el mar y en tormento que no ha de cesar sus almas, En tiempos de Cómodo y Domiciano se prendieron algunos que por traza de Satanás mataron infinidad hombres sin ser sentidos. Dos parteras hechiceras se quemaron en Basilea y Argentina, que habían muerto infinitos niños metiéndoles al recibirlos una aguja con ponzoña por el cerebro. Otro hechicero llamado Eleana, en África, mató también en menos de dos años más de ochocientos hombres. ¿Qué es esto sino ser peor un hombre malo que el propio Infierno? ¿Qué es esto sino que el Demonio, golosísimo de las calamidades de los mortales (según Sinesio) las recibe más sabrosas de nuestras mismas manos? ¿Qué es esto sino dejar Dios al hombre en los privilegios de su libertad, y conforme a ellos permitirle caer en tales abismos para que los demás, cuidadosos y temerosos, nos amparemos de su favor y estimemos el que nos hace mientras nos tiene de su mano misericordiosa?

DISCURSO III

Por el odio que el Demonio tiene a Dios, no sólo procura ser adorado en los ídolos, sino que muchos hombres de los con quien trata se llamen y se finjan dioses.

De Simón Mago, y los portentos que obraba.

De Apolonio Tiano.

De los herejes, a quien acompaña el Demonio para la predicación de su falsa doctrina.

La razón por que permite Dios las herejías; y danse, entra otras, el castigo de algunas torpezas de sacerdotes, de ambiciones desordenadas, del poco temor a las censuras de la Iglesia y del poco respeto a los religiosos.

La honra con que premia Dios en esta vida los defensores de la fe, y miserias con que castiga los herejes.

La diferencia de los milagros falsos a los verdaderos, por quien se conoce cuáles eran las maravillas de los mágicos de Faraón, de Simón y de Apolonio; y por qué nunca permite el Señor que los herejes hagan milagros falsos, como los hechiceros.

De la fuerza de los hechizos, y qué puedan en la voluntad humana.

HASTA aquí el odio y enemistad pone al Demonio grillos para hacer tan perjudicial compañía al hombre. Otra es la prisión, más fuerte y más sabrosa para él, a que le obliga el odio y rabia contra Dios. Habrá visto vuestra señoría, en el Nuncio de Toledo o casa de locos de Lisboa, que en el tema con que cada uno de aquellos desdichados perdió el juicio dura hasta la muerte. Lo mismo sucede a Lucifer y sus parciales: enloqueció queriendo ser semejante a Dios, y aunque es la suma desdicha, en los calabozos infernales persevera en la misma locura, procurando rabioso, por cuantos caminos puede, desacreditar la majestad de aquel inmenso Monarca y autorizar él sus fuerzas por divinas.

A este fin habló desde los ídolos tantos años y se mostró maravilloso en las manos de los hechiceros, trampeando el seso del hombre miserable para que le adorara en las más viles criaturas y reverenciara por milagros sus embustes. Sería largo cuento referir agora así la infinidad de dioses que adoró la gentilidad como los embebecadores a que se arrimó el Demonio, ayudándose con apariencias protentosas para granjearles estimación de divinos y desmedrar la que se debe al Señor de lo criado. Zoroastes, el primero mágico (que aunque hubo otros deste nombre, fue Cam²⁸³ sin duda), tuvo familiar al Demonio, de que le nació pervertir la religión y las costumbres, dando principio a la abominación de la falsa idolatría, tras quien se continuó esta maldad en más de seiscientos hechiceros que cuenta Jante Lidio: Sonfín, Numa, Pitágoras, Empédocles, Sócrates, Apuleyo, infinitos los que trató por amigos para autores y patronos de sus supersticiones y engaños, infundiendo a otros tal locura que intentasen ser en su vida tenidos y adorados por dioses.

Como acaeció a Alejandro, mágico sin duda, y tan desvanecido que, apretando a su Senado que le recibiese y contase por Dios, respondió Damis aquel donaire: Pues Alejandro quiere ser dios, ¡séalo enhorabuena! Y no perdió con la vida la locura, pues, cerca ya su fin (¡oh muerte, cuán poderosa! ¡Oh vanidad, cuán breve!) trabajó por echarse a un río en cuya orilla estaba, y deteniéndole una mujer que le vio acaso, le dijo enojadísimo: ¡Maldita tú, que de envidia me has quitado el nombre de dios que en verme morir pierdo!

283.- Orig.: 'Chan'

Aunque vio tantos siglos tan dichosa su intención Lucifer, siempre tembló de lo que advertía en las Escrituras: la venida de Cristo para asolación de su maldito imperio y para luz de sus embelecados falsos. Y así, procuró con tiempo escurecer esta verdad sacando al teatro del mundo algunos que locamente se publicasen Cristos. Tal fue Nabucodonosor; tal Safo, rey de Libia, tal Eutimo y otros que cuenta Josefo en sus historias. Llegó la hora y, cumplidos los miedos, hallose despojado y vencido; pero por la nueva causa nuevamente contra Dios rabioso, armore de todas sus trazas para el remedio, y, no teniéndole ya en los ídolos ni en las vanidades de los dioses pasados, porque ya estaban aquéllos por tierra predicado el verdadero Dios y abiertos a la luz de la suma verdad los ojos de los hombres, ¿qué traza? ¿Qué imagina?

Tengo por sin duda que pasó así en su pensamiento: envístese en los pechos de algunos blasfemos y hácese llevar en ídolos de carne (que tales llama a los herejes Casiano) para hacerse mirar por medio de su hipocresía, oír por medio de sus lenguas y admirar por medio de sus manos. ¿Quién después de Cristo nuestro bien nacido, tuviera ojos para atender los antiguos embustes del Demonio? Ciertamente, pues, de esto, buscó unos hombres con apariencia de virtud fingida, con predicación de doctrina falsa y con maravilla de milagros mentirosos, que, opuestos al verdadero Redemptor, le hurtasen almas. A este fin se ha sujetado y hecho amigo de muchos, para sacarlos a la plaza de la Iglesia como ramerías del Infierno, afeitados de sus mentiras, que divirtiesen los ojos y la fe de los fieles, para hacer (a mi parecer) con ellos unos Cristos falsos que, al lado del verdadero, con los fingidos se²⁸⁴ engañasen los ignorantes, y con el precio menos costoso de virtudes, los viciosos.

A este fin (aunque más me alargue) espero que no le ha de pesar a V. S. de oírme. Apenas la divina pintura de Jesús, para dada de gracia y a precio de solo amor, se clavó en la Cruz, cuando²⁸⁵ sacó Lucifer la falsa y contrahecha de Simón, primicias que (por esta causa) llamó San Ignacio del Infierno. Y para que no le faltase mercader por pública, púsola en la plaza de Samaria, y luego en la de Roma, adornada de hartas mentirosas maravillas: acostarse en el fuego, volar por el aire, hacer de las piedras pan, volverse ya en oro, ya en culebra, ya en otras bestias horribles, abrir las puertas cerradas, romper las cadenas, hacer sumptuosos convites y en ellos venirse del aparador a la mesa los vasos, el manjar a la boca, y andar acompañado de muchas sombras que decía ser ánimas de muertos, y a algunos de los que le²⁸⁶ llamaban hechicero y encantador afligir con enfermedades y sujetar al Demonio. Con cuyos embelecados vino a tener en Roma estatua entre los dos puentes de Tíber, con letra:

A Simón, dios santo.

¿Qué no se prometiera el Demonio de sus embustes con tal principio, si (como diré presto) no se malograra en los fines?.

Acabó la farsa y burla de Simón y salió Apolonio; no docto de la magia natural e ingeniosa (como pensó San Justino), doctísimo sí de la endiablada y maldita, en quien puso todas sus fuerzas este mal pintor para hacer una imagen contrahecha a la divina de Cristo cuyas maravillas y portentos falsos, o alcanzasen igual gloria o desluciesen, por lo menos, la debida a sus milagros verdaderos. Un libro entero hace Filóstrato de sus hazañas infernales, en que a cada paso le parecían estar sujetos los elementos: bajaba a su voluntad el fuego, se fraguaban las nubes, se derretían las lluvias, se ensoberbecían y aplacaban los mares, se mudaban los montes, se abrían y cerraban las grutas, añadiendo a éstos otros muchos prodigios de librar endemoniados y resucitar, al parecer, los muertos. Como le acaeció en Roma con una doncella, que, llevándola a enterrar, se llegó a la caja, la habló al oído y, levantándola viva, volvió hasta en casa de sus padres, con que quiso reme-

284.- Suplo 'se'.

285.- Orig.: 'quando'.

286.- Suplo 'le'.

dar los milagros de la viuda de Naín²⁸⁷ y la hija del Archisinagogo.²⁸⁸ Deste modo lo llevó el Demonio por el mundo engañando bobos y ganando dineros, y aun después de muerto no le desamparó, pues desde una estatua que como a dios le levantaron, en efeto daba y respondía oráculos: tal es la envidia y rabia que contra la honra y gloria de Cristo nuestro Dios le enciende.

¿Qué dire de la amistad y liga que con todos los herejes ha hecho para dañar sus intenciones y afilar sus lenguas en oposición de la celestial dotrina de nuestro gran Maestro? Comienzo por el sacrílego Mahoma, aunque no el primero, el principal con quien el Infierno ha combatido la piedad cristiana; no dorando la hipocresía de sus costumbres ni la apariencia de su dotrina, pues ambos salieron tan de un pincel de la misma torpeza, siendo su lenguaje mano cierra del reloj de su alma. Dio licencia de dejar la mujer propia y tomar la ajena porque, hallándole un día envuelto un su vecino con la suya y escandalizado que tal agravio se recibiese de tan gran profeta, respondió que podía muy justamente admitiéndola por su esposa, y de entonces lo dejó por precepto en su Alcorán. ¡Buena religión la que tomó principio de tal maldad!

¿Qué diré de sus asquerosísimas ceremonias? ¿Qué de sus bestiales promesas, poniendo en comer y en beber y en el gozo de muchas mujeres su bienaventuranza? ¿Qué del error de todos sus artículos, prometiendo al fin tan segura salvación al judío y al cristiano como a sus moros? Aquí no es posible que pusiese el Demonio la confianza de sus intentos, en sus brazos sí, y en su corvo alfanje: allí se embebió Lucifer; allí, para ejercicio de su Iglesia, le consintió Dios añadir fuerzas, por cuyo medio solo plantase una religión tan contra todo discurso. A este monstruo, pues, de la mágica y hechicería le vino tal soberbia teniendo al Demonio por familiar y amigo, que en figura de buitre se le aparecía y hablaba muchas veces, diciendo desvergonzadamente después a quien le oía ser San Gabriel, el ángel, como si no se viera más patente que el Sol en sus palabras el maestro.

De los demás herejes, un año pudiera detenerme contando sus particulares historias; pero de todos es para mí cierto que han tenido con el Demonio trato y que han sido manifiestamente mágicos y hechiceros. De un montón de los antiguos lo prueban largamente Ireneo, Eusebio y Epifanio de Prisciliano, Severo Sulpicio de Berengario, Nangia de Sergio (hereje de Armenia que llevaba al Demonio consigo en figura de perro), Eutimio de Arriano, y de²⁸⁹ Eunomio Casiano, a quien el santo Doctor oyó vanagloriarse muchas veces en hombres poseídos de su furia que él era autor de las varias setas por medio de sus malditas lenguas, lo que de todos los herejes prueba generalmente Tertuliano. Y por que nos escusemos de los demás, de solos dos, los mayores y más perjudiciales que en diferentes edades ha tenido la Iglesia, Juliano y Lutero, certísimo es que fueron mágicos y tuvieron amistad con el Demonio.

Tenía ya este enemigo probados infinitos medios para resucitar la loca adoración de sus ídolos, que veía derribados, y viendo que, en vez de aprovechar los azotes, las cárceles, las hambres, los garfios, las planchas, los potros, las fieras, los fuegos, los cuchillos para arrancar de los corazones fieles el nombre dulce del Nazareno Jesús, de cada gota de sangre de un cristiano mártir se levantaban millones, desesperado (a mi parecer) el Infierno, juntó todas²⁹⁰ sus fuerzas y mañas en un Juliano sacrílego²⁹¹ que haciéndose (¡qué me obligo a contar!) lavar el santo Crisma²⁹² con impura y nefanda sangre en la pila sagrada que le dio el bautismo, acometió de todo punto a destruir la fe del Crucificado; no torciendo (como Nerón) el rostro y ensangrentando las manos, sino con

287.- En Naín resucitó Jesús al hijo de una viuda cuando le llevaban a enterrar (*Lucas 7*).

288.- Jesús resucitó a la hija de Jairo, que era el cabeza de una sinagoga (*Marcos 5*).

289.- Suplo 'de'.

290.- Orig.: 'todas todas'.

291.- Juliano II el *Apóstata*.

292.- El óleo bautismal.

risa de mal raposo honrando con oficios y cargos públicos de los fieles los fáciles; e infamando con bajezas públicas los firmes, no los admitía a ninguna honra ni ejercicio honesto.

Despojábales de sus bienes y posesiones, y decía luego que para que fuesen verdaderos pobres de espíritu y cumpliesen más bien con la pobreza de su evangelio: Tomaba la puma y escribía-les con amor (¡oh perro!), llamándolos gente inocente y sencilla y exhortándolos a que, dejando de adorar al verdadero Dios, hincasen la rodilla al bronce vaciado de Júpiter y Minerva (a que Satanás encaminaba sus trazas). ¡Qué blasfemia! De tanta maldad no se conoce ser otro que el Demonio el autor (que, según cuenta Amiano Marcelino, le le aparecía y hablaba muchas veces), cuyo trato aprendió de Máximo Efesio, infernal encantador, maestro de su niñez (¡Oh príncipes, oh reyes, cuánto deben considerar a quién dan sus hijos!) y continuándolo después con amistad de los mayores hechiceros que pudo en su tiempo descubrir.

De aquí le nació tal lepra, y (para que no le faltase testimonio de tan infernal locura) la misma en hacerse dios que conté de Alejandro. Así la refiere San Gregorio: En la ribera de un río estaba Juliano de mortal herida enfermo, y acordándose que muchos en edades pasadas se habían hecho desaparecer para ser tenidos por mayores que los demás hombres, ambicioso de semejante gloria y vergonzoso de morir tal muerte, ¿qué maquina? ¿Qué hace? Al fin, no acaba la maldad con vida: llama los amigos de más confianza y pídeles encarecidamente que le arrojen con secreto en el río, lo que si no alcanzara a saber un eunuco (que, escandalizado de tal maldad, lo impidió), tuvieran los hombres desalmados otro mal dios que adorar más en el mundo. Hasta aquí el Santo, y hasta aquí la tragedia infernal deste monstruo.

Lutero (en nombrarle me estremecen las carnes), cabeza, o, si no, raíz de los herejes destes tiempos (pues aunque los más no le reconocen, todos tomaron en sus disparates principio), apóstata descapillado que armó Lucifer de toda su temeridad y desvergüenza para, como en último asalto, combatir por todas partes la ciudad inexpugnable de la Iglesia.

Desde el día que el Espíritu Santo por boca de los doce Apóstoles la cercó de las doce torres de sus santos artículos, comenzando por el primero de la omnipotencia del Padre, sacó el Demonio herejes que por todas partes consiguientemente la asaltasen, hasta que en Lutero reforzó la batería, y asestando las balas de sus blasfemias a los últimos de la comunión de los Santos y unidad de la Romana Iglesia, volvió a probar las fuerzas contra todos. De modo que si se advierten sus disparates (como lo hizo doctísimamente el cardenal Belarmino) no se hallará artículo de fe contra quien no se muestre desvergonzado hereje.

A este renegado blasfemo, a este retrato del Anticristo, a esta furia infernal, las más noches en figura de un negrazo feo le visitaba en su aposento un demonio, y le era más familiar (dice Cocleo) que su manceba Caterina, no avergonzándose él de contarle así muchas veces. Y en las Cortes de Augusta, entrando este mal fraile en la sala, le vio Maximiliano Emperador que llevaba sobre los hombros (para poderle hablar al oído) un demonio feo por extremo, esto siendo sutilísimo espíritu, lo encierra en el anillo y lo detiene en la sombra falsa contra Dios la rabia y contra el hombre la invidia.

Ya se vadeó este paso; y anduviera adelante con gusto, si nuestros ingenios naturalmente no fueran tan escudriñadores. ¿Quién duda que cualquiera holgara de saber agora por qué consiente Dios que acompañe el Demonio a los herejes en los embustes de su doctrina, y a los mágicos en los de sus falsos milagros, siendo tan difícil diferenciarlos de los verdaderos, que podrá al parecer engañarse con disculpa el más docto si no se da regla cierta de conocerlos? ¡Oh, quién pudiera decirlo todo y presto! En lo primero, fácil se ofrece la común respuesta: el oro en el fuego se acrisola, y la fe pura resplandece después de la contradicción del hereje. Si es ejército la Iglesia, enemigos han de combatirla; si Cristo prometió que no valdrían contra ella las fuerzas del Infierno, experimentar tiene sus fuerzas.

La mayor es de las persecuciones de la esposa de Cristo la herejía. La suma desdicha es dejar Dios caer a una alma en abismo semejante; pero ahí resplandece la sabiduría divina, sacando de tanto mal tan grandes bienes: la fineza de la verdad, la perpetuidad de la fe, el ejercicio de los fieles, el celo de los príncipes, el estudio de los doctos, las juntas de los Concilios, la vitoria gloriosísima de su nombre. Un lugar solo de Epicteto, aunque gentil, he de decir a este propósito. ¿Qué varón (dice) piensas que viniera a ser Hércules si no hubiera león, hidria, jabalí y otros hombres injustos y fieros a quienes el combatió y venció? ¿Qué hiciera si nada desto se le ofreciera? ¿No durmiera, quizá, envuelto entre delgadas sábanas? De modo que nunca viniera a ser Hércules pasando su vida en tales deleites; y cuando en sí fuera valeroso, ¿de qué provecho le fuera, de qué le sirvieran sus brazos, de qué sus fuerzas, de qué la generosidad y fortaleza de su ánimo, si no le despertaran y ejercitaran tales luchas y guerras? Aquí se reducen las principales razones, de que se hallarán testimonios a cada paso en los Santos.

Yo casi me atreveré a añadir que consiente Dios muchas veces las herejías por escarmentarnos en naufragios ajenos y enseñarnos a huir de algunos vicios muy comunes de quien las más veces se camina a tan gran desdicha; enseña a los eclesiásticos a no enlazarse en deshonestidades y torpezas tan ajenas de su profesión, tan contrarias a su ejercicio (tiemblo al pensarlo). Sacerdotes han sido los que más han despertado herejías en el mundo, y de todos ellos, ninguno se hallará (dice San Jerónimo) que haya amado y guardado la castidad en su conciencia. Véanse Maniqueo, Marción, Arrio y Taciano, que cuando más se fingen profetas es torpeza decir las que en sus aposentos hacen. Marción (según San Epifanio) echado de su iglesia por estrupo de una doncella, saltó con su herejía. El infernal Lutero ¿no empezó su evangelio con sacar una monja de un convento y casarse con ella, predicando con eso que no una mujer sola, sino muchas podían tener lícitamente los clérigos y obispos? Calvino, convencido de otra maldad deshonestísima, ¿no bosó²⁹³ la ponzoña de sus errores?

Véanse, en fin, todos los herejes; que todos son (como San Irineo afirma) estrupadores de doncellas, deshonoradores de casadas, perseguidores de la castidad y enemigos de la vergüenza; y a todos, en fin, los hallaremos (como advierte San Agustín) en torpes convites entre muchas garrafas de vino y entre muchas rameras, engullendo, borracheando y triscando hasta darse de palos, ensangrentarse con los cuchillos y tirarse piedras. ¿De qué principios se camina a tales fines? De levantarse el sacerdote del lado de la amiga para el altar, o de confesar sin verdadero propósito²⁹⁴ su torpeza.

Camínase también a la herejía desde la ambición. Vicio maldito que a tantos ha llenado de maldades, y que no sé yo cómo se admite en las Cortes cristianas, no sólo para cercar los corregimientos y gobiernos, sino para las canonjías y obispados. Otro llore los daños, que no son pocos. Yo lloro que porque Teobutes (el primer hieresiarca según Eusebio) no alcanzó un obispado dio en hereje. Simón quiso comprar la misma autoridad, y porque no la alcanzó la procuró con sus hechicerías. La misma ocasión hizo hereje a Valentino. La misma a Montano, a Arrio y a Nestorio. Un largo catálogo cuenta dellos Belarmino, y al fin concluye con Lutero, ayudada la violencia de sus vicios a tan gran locura de la rabia que recibió porque, pretendiendo el cargo de publicar las indulgencias para sí y su Orden, se dio a la de Santo Domingo. Este fin tiene la soberbia humana, que se juzga con fuerzas para dignidades que oprimieran hombros de ángeles; y lo peor es que, mereciendo sumo castigo sola la intención, sale las más veces con capas y mitras el favor y la simonía. Ténganos de su mano el Señor y remedie los daños que Él sabe.

A ésta se puede juntar, como tan hermana suya, la loca soberbia y presunción infernal de los que no temen el brazo poderoso de Iglesia y no sienten²⁹⁵ el corte de sus filos, como si no fuera mayor mal (dice San Agustín) que ser herido de la espada, abrasado del fuego o despedazado de la

293.- Vomitó

294.- De enmienda, se entiende.

295.- Orig.: 'siente'

fiera. No está, en mi opinión, un dedo de hereje el que no tiembla de una excomunión del menor vicario., pues ¿cómo creeré que teme a Dios ni las penas del Infierno el que no esta censura divina y condenación antepuesta a la del día del Juicio, el corte riguroso desta espada espiritual que nos divide de la Iglesia y nos hace miembros de Satanás? Del desprecio deste sumo poder han nacido casi todas las herejías del mundo. Por aquí comenzaron los griegos sus errores; por aquí, los Waldenses, los Fratricelos, los Paduanos, los Candunos, los Wiclesistas, los Husitas, y casi a nuestros ojos por aquí han corrido Lutero, Melantón, Calvino, Beza, Brencio, Ilírico y los demás que han representado las tragedias del Norte.

No sé qué diga de la desvergüenza (que no le sé otro nombre) con que algunos jueces hacen gallardía de que se les toquen cada hora campanas porque sacaron el retraído del templo y, sin respetar la jurisdicción de la Iglesia, le pasaron volando a la horca. Y lo peor es que estos y otros mayores atrevimientos salen sin castigo, con excusa de que es en defensa de la jurisdicción Real, como si debieran los reyes cristianos reconocer otra que la de aquel Señor que quita el aliento y da la vida a los príncipes y es espantoso y terrible a los reyes de la tierra, o no fuera ir contra la jurisdicción de su rey el bárbaro juez que, despreciada la disposición de las leyes Reales, hace exorbitancias contra la Iglesia de Dios nuestro señor y contra sus ministros. Yo no creo que llegan a las orejas de nuestro cristianísimo Príncipe las que a nuestros ojos, porque no es posible sino que, temiendo el de Dios, no les faltara²⁹⁶ castigo.

Paso a la última maldad y ocasión última; que no digo particulares herejes: pueblos y provincias enteras ha escrito en los libros de Satanás y borrado de los de Cristo el aborrecimiento y murmuración de los frailes y religiosos. ¿Qué es ver la variedad de religiones en que se ejercitan con suma perfección tantos varones santos, sino ver unos nuevos Paraísos (por que traiga a nuestra edad las palabras de San Juan Crisóstomo) más hermosos que el primero, y una multitud de ángeles innumerable que en cuerpos mortales resplandecen, un ejército repartido de Cristo y un ganado maravilloso del supremo Rey que arroja rayos en la tierra de virtudes celestiales? Y éstas no sólo en los varones, sino también en las mujeres; de modo que no resplandece el cielo, con varios coros de estrellas, tanto como el suelo con los conventos de monjas y frailes santos. Si son, pues, toda la hermosura de la Iglesia, ¿qué mucho que el que tiene espíritu de su mayor enemigo la envidie y aborrezca? Si son estrellas como el Sol lucidísimas, ¿qué mucho ofendan los ojos enfermos? Si son soldados valerosos que nunca dejan las armas de las manos, ¿qué mucho es los maldiga el fugitivo? Si son hijos que se regalan en los pechos dulces de su Padre amado, ¿qué mucho se muerda las manos de rabia el esclavo traidor?

Sea, pues, el maldito Arrio, capitán de un ejército de tiranos, armados tanto de impiedad como de acero, que entren por los desiertos de Egipto, encrueleciéndose rabiosos en más de tres mil monjes santos que como piedras preciosísimas estaban repartidos y guardados para los dedos de Dios entre el tosco sayal de la penitencia. Sea el infernal Coprónimo,²⁹⁷ con todos los enemigos de las imágenes, el que persiga estos vivos retratos de Cristo. Sean los impíos Lutero y Calvino, con todos sus secuaces, los que arrojan blasfemias contra estos siervos regalados de Dios porque a ellos los han echado de casa; los que se ríen de verlos andar cubiertos de cerdas porque ellos en holandas; los que mofan verlos comer pan y agua porque ellos beben en deshonestos convites el vino dulce y adobado a azumbres. Y guarde Dios nuestra España; que ya, desde el villano hasta el noble, todos se huelgan de contar el donaire contra el fraile; todos le saben tener por mal agüero, todos se atreven a darle en el camino la vaya; y todo plegue a Dios que no sea introducción del Diablo para hacer la puente a males mayores, pues es cierto que con desmoronar el fundamento de las religiones, el edificio de la fe peligra mucho.

296.- Orig.: 'faltará'

297.- Constantino V, apodado *Coprónimo* porque se decía haber defecado en la pila al bautizarle

Líbrenos la bondad del Señor de tales culpas que así despeñan almas al abismo de males. Y sírvanos el ver la Iglesia Romana perseguida desde su principio de tantos herejes, de temor y cuidado para estar en centinela perpetua amarrados al áncora de la fe. Y de gozo, por los gloriosos trofeos que en sus paredes pinta de la felicidad de los que la defienden, y otros de fines miserables, de los que la persiguen. En los primeros es gloria ver a los Teodosios, los Honorios, los Constantinos, los Carlos, los Alfonsos, los Fernandos e innumerables otros, tan prósperos, tan gloriosos, tan felices. Y de los segundos, no es menor gozo ver por lo menos todos los maestros y autores de herejías castigados desde esta vida en la desdicha de sus muertes.

Al hechicero Simón, que quiere volar por los aires, y a un²⁹⁸ juntar las manos nuestro apóstol Pedro, cae en las piedras y se tiñe en su sangre. Al impío Mahameto, que apenas dio al Infierno el alma cuando le comen y despedazan los perros (de donde hoy le matan cada año algunos sus discípulos). ¡Tales mártires para tal profeta! Al blasfemo Juliano, un dardo tirado del cielo, del brazo de San Mercurio, le revuelca en su sangre, y, enterrado, le sacan perros y comen; que no merecía príncipe tan malo más noble sepultura. Al infernal Lutero, que después de haber cenado espléndidamente, entre el vómito de su embriaguez se ahoga. Menandro, Saturnino, Basilides y Carpócrates se despeñan. Montano y Priscila cuelgan de unas sogas que ataron ellos mismos. Manes, autor de los Maniqueos, despellejado primero, le despedazan los perros. Arrio, con muerte asquerosa, da en unas letrinas el alma. A Calvino, gusanos infernales se le comen vivo. ¿Qué me detengo? Ninguno se hallará que la mano de Dios o de sus ministros no le comience a castigar desde la rigurosa muerte. Para esto acompaña a los herejes Lucifer, y para esto los permite Dios, para que se gloríe la fe con tan dichosos triunfos.

No los saca menores con la verdad de sus milagros y burla de los fingidos. Dificultad que la he temido, y no soy el primero; pero, ya que la tengo en las manos, deseo, atento a V. S., satisfacer brevemente,²⁹⁹ así porque es materia de gusto como porque quisiera decir mucho en no mucho tiempo.

Sabida es la historia de Moisés en la libertad de su pueblo. Señalole Dios capitán de tanta empresa, y temeroso de no ser creído tomó una vara con que hizo en testimonio prodigiosas maravillas cuando Faraón, traídos a su presencia unos hechiceros gitanos, si Moisés volvía su vara en serpiente, lo mismo hacían ellos; si ensangrentaba las aguas, también las ensangrentaban, y también como él criaban ranas. ¡Aquí de Dios! Si para prueba de la verdad importan los milagros (y el mismo Cristo los hizo para que no tuviera excusa la incredulidad de los judíos, y a sus Apóstoles les dio el sello pendiente de la verdad de su fe y predicación en la virtud de hacerlos, continuada esta gracia en los varones santos por toda la edad de la Iglesia; y así a Moisés, por que se asegure de ser creído se da poder para hacer milagros), ¿por qué cuando los saca en público consiente Dios a su lado encantadores que los hagan semejantes? O ¿en qué conoceremos entonces que los de Moisés son verdaderos, y los demás falsos?

Para sólo esto los consiente Dios, para que por ningún camino nos quede duda que eran verdaderos los de Moisés. Y la diferencia es llana. Dirá alguno (aun quizá docto) que en ver la vara de Moisés, vuelta serpiente, tragarse las otras. Yo no me aseguro en eso; porque sé que como no son todos los demonios igualmente poderosos, no lo son los hechiceros sus ministros. Robó uno en Borgoña con sus malas artes cierta doncella, con quien escondido en una nube volaba, cuando en presencia de un príncipe se rio de verle pasar otro hechicero. Sabida la ocasión de la risa y obligado a detenerlos, hizo sus conjuros. Y he aquí en la plaza los voladores, él vergonzoso y ella asombrada. Admiráronse y holgáronse todos. Cuando el mágico burlado trata de la venganza, y al otro, que estaba mirándole alegre a una ventana, le pone unos cuernos de venado en la frente, tan

298.- Orig.: 'aun'

299.- Suplo 'satisfacer brevemente'

anchos y hermosos que de ningún modo podía entrar la cabeza. La risa creció en los que le veían, y la vergüenza en el segundo; de modo que, pedidas paces y desatados cada cual sus conjuros, el uno quedó sin cuernos y el otro prosiguió su viaje. Aquí bien se vee las diferentes fuerzas de los dos demonios, sin tenerlas alguno para deshacer las contrarias. Lo que se conocerá más claro en un suceso³⁰⁰ de risa.

Casó Wencislao, rey de Bohemia, con hija de Juan, rey de Bavaria, y cierto el suegro de la afición que tenía a semejantes ilusiones y juegos de mágicos Wencislao su yerno, hízole fiesta pública de los de su estado. Andaba el más famoso en lo mejor de sus pruebas cuando entró por un lado de la plaza un encantador que consigo traía el Rey de Bohemia, llamado Cito, y acercándose al otro y díchole algunas burlas y afrentas, abrió la boca y comenzó a ingullirle por la cabeza. Era de ver, al parecer de los que lo miraban, comerse un hombre a otro: fuele tragando, como que hacía alguna fuerza, por los hombros, por el cuerpo y las piernas, hasta que, llegando a los pies, escupió los zapatos y dijo que le harían mal estómago, porque estaban sucios. El expetáculo era de harta risa y no de pequeña admiración, aguardando todos el fin cuando, vuelto Cito a la taza de una fuente, fingiendo muy grandes bascas y ascos lo vomitó en ella, tan amarillo y maltratado (cuenta el autor), que verdaderamente parecía haber pasado por la estrechura de las tripas del otro.

Aquí claro es que el un demonio era más poderoso, pues el otro se le rindió en su pupilo a tanta infamia. Lo mismo se pudiera imaginar de Moisés, aunque su dragón tragase los otros, si no hubiera mayores testimonios de la diferencia. Tocó algunos cierto autor. Volvían (dice) ellos las varas en culebras, pero la de Moisés se las tragaba; convertían el agua en sangre, pero no la podían restituir a su primera naturaleza; producían ranas, pero no sabían librar dellas las casas de los egipcios; poder tenían de dar la afición, y no de aplacarla, antes bien, ellos padecieron mayores llagas que los demás para que de aquí se hiciera manifiesto que no sólo no podían enfrenar las penas divinas, pero estaban sujetos a ellas. Con que aclaremos esto y añadamos algo se habrá pasado el golfo. Parte en algunas maravillas se les confiesa a los mágicos: hacer serpientes y ranas, ora trayéndolas de fuera, ora ayudando a la putrefacción de la tierra que las engendrase; porque todo aquello que depende de aplicación de causas naturales, aunque por modo escondido está sujeto a ligereza de movimiento, le es fácil al Ángel. Las ranas, las culebras, los ratones, del estiércol podrido los levanta el sol cada hora. Ese calor y esa putrefacción puede quizá introducir el Demonio, aquí o en la parte más dispuesta, y traerlos de allá con ligereza estraña; puede trajinar las nubes o encaramar los vapores y enfriarlos o endurecerlos en agua o granizo. Así, puede hablar en el bruto moviendo el aire; curar de la enfermedad rigurosa o preservar el peligro, como quien tanto sabe de yerbas y tan bien³⁰¹ puede tomar el pulso a nuestra compleción.

Si se advierten, pues, cuantas maravillas hizo el Demonio entre los gentiles, cuantas por medio de hechiceros³⁰² y cuantos espantos hará en su mayor compañero el Antecristo, todos caben en los fueros de la naturaleza, y si entra un paso el humano discurso, encontrará luego con el embeleco y la risa. Todos los milagros que hizo este farsante, cuando muy ufano en el trono de sus ídolos, no pasaron de flautear alguna palabrilla en el bronce o bruto, descubrir alguna llama en las cabezas de Ascanio o Tulio, sacar por manos de la virgen vestal el agua en el harnero, sanar a algunos que él quizá enfermó para desvanecerse con las tabillas colgadas en los templos. Todas maravillas bien de sus manos; que si bien alguna quiere S. Tomás que la obrase el poder divino en aprobación y honra de alguna virtud (como la otra virgen que arrancó el navío encallado en testimonio de su honestidad, y los otros hijos que pasaron libres con sus padres en los hombros por medio de un río de fuego y llamas en honra de la piedad), las más eran engañosa fábrica del Demonio, y los más

300.- Orig.: 'sucessor.'

301.- Orig.: 'tambien'

302.- Orig.: 'hizeros.'

mentira y burla, como algunos autores los ríen dellos mismos, no pasando muchos de efectos naturales; que porque he visto suceder lo propio entre rústicos (y aun darles orejas doctos) repetiré unos renglones de Plutarco: Sudar (dice) las imágenes, llorar y echar gotas como de sangre, cosas son³⁰³ que pueden suceder cada día; porque los leños y las piedras muchas veces toman orín, que, desatado en licor, o saca el color de la materia o del barniz. Sonar algunas veces gemir o suspirar, también puede ser que las partes interiores se rompen y con violencia se apartan; pero el dar voz articulada e inteligible, eso sin duda de otra ocasión procede. Corta lición, y buena para reírse con brevedad de muchos alborotos que por milagros semejantes he encontrado en hartas aldeas.

En fin, los mágicos de Faraón harán serpientes y ranas y otras novedades; pero cosa que merezca nombre de milagro es imposible. ¿Sanará Vespasiano el ciego y el tullido? O, quitando el Demonio las cataratas que le había puesto y soltando los nervios que tenía atados, o si no, aplicando medicinas en mal que los médicos declararon ser curable, resucitará Apolonio la doncella? Que según su mismo Evangelista pudo ser desmayo y despertarla el agua que aquella hora llovía y le daba en la cara. Si no era la enfermedad de la otra que revivió al cabo de siete días, tan común en mujeres enojadizas (a quien, con otros muchos, en vez de despertados llama resucitados Plinio); si aun no es lo mejor tenerlo, como lo más de su libro, por mentira. No dará ojos al ciego desde su nacimiento, como Cristo, ni salud al paralítico de treinta años: milagros verdaderamente, porque excedían las fuerzas de la naturaleza. En que se conoce la necedad de los fariseos, pues pedían maravillas en el aire, posibles al Demonio, incrédulos a las que Dios se reserva; y así, como virtud corta y tasada, si hacen ranas, al deshacerlas se hallan cortos; en unas cosas se muestran valientes y en otras faltan. Moisés para todo tiene manos y poder, porque obra con el de Dios.

Así sucedía cada paso al loco Simón (como cuenta Egesipo), que en muchos de sus intentos se halló burlado. Así también al arrogante Apolonio, a quien otro hechicero, Manetón, vencía y reía cada hora, haciendo pruebas que Apolonio no alcanzaba. Es gran consuelo con el cuidado que ata Dios las manos del Infierno en los mágicos, aun en aquello que conforme a su naturaleza les es posible. Y así, veremos unos que son poderosos para representar ejércitos; otros, convites sumptuosos; otros, levantar tempestades en el mar; otros, en el aire y en las nubes, y así en diversas materias; pero ninguno en todas, y es gran donaire verlos en muchas niñerías mancos, para que de las demás hazañas se conozca su burla. Ranas y culebras traen aquéllos de Egipto, y mosquitos no pueden: ¿qué mayor desengaño?

Vuelvo a Apolonio, valeroso hechicero. Sin duda domaba fieras, representaba difuntos, libraba endemoniados, los elementos jugaba entre los dedos. Con esto, fue avarientísimo, y deseó por extremo hallar tesoros y alcanzar dignidades; pero jamás ni encontró un cuarto ni mayor honra que salir rapado a navaja y con buenos azotes de mano de Domiciano. Bien es de considerar este secreto: a todos, sin duda, los ceba Lucifer y promete riquezas y glorias; y siéndole tan fácil descubrir algún tesoro de los muchos que la tierra encubre y darles el pie para la mitra o canonicato, a todos los vemos pobrísimos, siendo la mitra do los lleva una corozca, y una hoguera la silla, negociando harto más seguras las varas de medir y de justicia, o las zalemas y las compras.

A esta duda respondió un demonio que guardaban los tesoros para el Anticristo, y por eso los defienden tanto. Más cierto pienso que es particular providencia de Dios, cuya es la tierra y la preñez de sus tesoros y en cuya mano están las riquezas y la gloria, que no le dejó jurisdicción sobre ellas, pues, donde no, siendo tal la ambición y cudicia del hombre, ¿cómo no se hubieran vuelto a abrir las escuelas cerradas de Salamanca y Toledo? O ¿quién no fuera a buscar maestros de hechicerías a Alemania? Bien es que si alguna vez da dineros, se vuelvan carbón, y paren en corozcas sus mitras, por que se vea su mentira y nuestra liviandad. Pague el hombre su amistad con afrentas, y reconozca a Dios supremo señor de todo. No acaeció así a Moisés, que tantas maravillas hizo

303.- Orig.: 'cosas que son.'

cuantas quiso; y no así a Cristo nuestro bien, que hasta de sus ropas manaba virtud de milagros, haciéndolos siempre y cuando le placía, sin que pudiera caluniar la malicia de sus contrarios haber intentado cosa que no saliese con ella.

Añadamos otra razón: que aunque así es que puede, de dos mágicos, ser el uno más poderoso, no por eso pierde aquél la virtud que antes tenía; pero todos ellos en presencia de la verdad desvanecen al punto, como nieblas a la cara del sol. ¿Por qué Faraón, afligido de Moisés y de sus hechiceros, nunca a éstos pidió socorro y con las manos juntas acudía a Moisés por el remedio, sino porque luego se descubrió patente la diferencia? Tenía Simón un perro tras la puerta, que parecía tragarse los que entraban sin licencia, y al ver al otro Simón, príncipe de la Iglesia, comenzó a dar voces y repetir muchas veces: ¡Perdidos somos, que viene Pedro! Si en la estatua de Apolonio habló algunos días el Demonio, al pasar el primer Apóstol dio con toda la invención por tierra. Y así, podemos decir que consiente Dios semejantes embelecadores para que se conozca el poder de su brazo en los santos. ¿Para qué llamó Faraón los suyos, sino para tomar la medida y hacer tanteo de las maravillas de Moisés, a quien sucedió infalible el desengaño?

Puédese también conocer los verdaderos de milagros del autor que los obra y del fin a que los endereza. ¿A quién burlara Simón, hombre maldito, que predicaba la torpeza nefanda de usar indiferentemente cualesquiera mujeres, negaba que Dios crió el mundo, con la resurrección de la carne, afirmaba que él era Júpiter, y Selena su manceba, Minerva, con otros tales disparates? No fue menos pestilencial Apolonio. Reprehendiendo Luciano cierto príncipe, dice: Era de aquellos que tuvieron amistad con el grande Apolonio Tiano, y que conoció muy bien su tragedia toda. ¡Mira tú qué hombre sería el de tal escuela! Dion Casio encarece la maldad de Antonio Caracala con el favor que hizo al mayor de los hechiceros, Apolonio.

Maravillas, pues, salidas de tales manos y a fines vanísimos no bastan para darles (como bien coligen Laetancio y San Crisóstomo) más honra y autoridad que merecen sus vicios. Moisés, varón santo, hace prodigios para librar el pueblo de Dios de tirana esclavitud. Cristo, santísimo, obra milagros para acreditar la doctrina del Cielo y reparar al hombre. ¿Quién será tan bárbaro que ponga duda en ellos?

Tan fáciles son de conocer las obras de Dios y las de Satanás, a quien se le ha permitido sacar a la plaza del mundo imágenes falsas de Cristos y santos contrahechos para que se descubran los quilates de la verdad, siendo tan de padre la providencia deste Señor, que no le consiente la menor maravilla donde se pelagra nuestro engaño. ¿Qué diera por un milagro el galgo de Mahoma? A Cristo confiesa en su Alcorán que se dieron, como a tan manso, en prueba de su doctrina, y a él la espada sangrienta. Aunque también cuenta que cayó una vez la Luna partida en dos pedazos, y, recogiénola en sus manos, la surció y volvió a tirar al cielo. ¡Qué buen sastre! Prometió que resucitaría al tercer día, y cansados de aguardarle (y más del bellaco olor) sus discípulos, entraron en herencia de su carne los perros.

Con todos los herejes trata amistad el Demonio, y con ninguno ha tenido manos para hacer el más pequeño espanto. Dejo los antiguos, que es largo cuento, y solo diré de los dos nuevos apóstoles de Sajonia y Ginebra: Lutero y Calvino. Aquél, ya dije poco ha la endiablada, que a dejarla le quebrará³⁰⁴ la nuez. Por un mozo que se ahogó se puso a rezar muy devoto, y sus oraciones le servían para más hundirle. A un hombre llamado Mateo le persuadió que se fingiese muerto, y a la hora del resucitarle salió la muerte de veras y la resurrección de burlas.

Lo mismo que sucedió a Calvino harto graciosamente. Llegó a su lobera Ginebra un hombre pobre, con mujer y hijos, llamado Bruleo, y vista la autoridad del señor Calvino, padre espiritual de aquella honrada república, fuele a dar la obediencia y a encomendarse en sus limosnas. Apenas

304.- Orig.: 'quebrará'

los vio, cuando, conocida la buena ocasión y recibidos amigablemente, después de muy grandes promesas concertaron bajo firme secreto otra fingida muerte y resurrección.

El hombre fue a la cama, y Calvino a encomendar oraciones al pueblo por el enfermo. Cuando se acercó la ocasión cargó de los que pudo de sus amigos, y, paseando de una calle a otra, al entrar en la de Bruleo oyen voces y gemidos: preguntan la causa y saben que eran por un recién difunto. Fingida compasión, Calvino entra a la casa, sube al aposento, hinca en tierra las rodillas y en alta voz pide a Dios que muestre su poder en aquel hombre, manifestando a el pueblo su gloria y dando testimonio que Calvino es su siervo amado y ministro verdadero de su Evangelio. Acabó la breve oración, y, llegando a la cama, toma de la mano al miserable y, muy confiado, le manda en nombre de Dios que se levante: estúvose quedo, y él repitió con alta voz y mayor brío las mismas palabras, y como se tardaba, díjolas otras veces. ¡A esotra puerta!³⁰⁵ La mujer que ya le parecía mucha burla, comenzó también a llamar a su marido, meneándole mil veces de una parte a otra; pero en vano, porque ya estaba helado y frío. Ella que siente su marido muerto (¡descarga, Dios, tu ira!), abalanzase a Calvino, arrójasele a las barbas, y gritando el caso con mil injurias, ni le dejó pelo en ellas ni aun ver bien la puerta para la calle.

Esta es (como dice Tertuliano) la virtud de los que se fingen nuevos apóstoles: que como aquéllos hacían vivos a los muertos, ellos hacen muertos de los vivos. Sea alabada la bondad del Señor, que tanta cuenta tiene con el bien de nuestras almas, pues, aunque más el Demonio se ligue o encierre en el anillo o redoma para amigo y familiar de los herejes, le ata Dios nuestro Redemptor tan fuertemente las manos, que no puede obrar en su favor la menor de sus mentirosas maravillas.

Con esto acabo la dificultad, pero no la materia de los hechiceros, pues no será bien que, habiéndola tocado tan curiosamente V. S. la otra tarde, deje de decir algo de lo que éstos pueden en nuestra voluntad. Ellos mucho prometen. Escuchemos una mala vieja:

Con mágica porfía
lazos añado al amoroso ñudo,
y entre la escarcha fría
brota flores el árbol más desnudo;
ligero el rayo viene,
y en medio del camino se detiene.
Ausente el loco viento,
revuelvo el mar, que hasta las nubes llega,
y en el mismo momento
manso (si quiero) en las arenas juega,
y de los pedernales
saco³⁰⁶ en arroyos líquidos cristales.
Sobre espaldas del valle
el monte cargo de más alta frente;
que me obedezca y calle.
La puerta dura obligo, diligente,
y a mi ruego, en un punto,
con voz sale la sombra del difunto.
La mar, la tierra, el Cielo
y el Infierno obedecen la voz mía;
de noche alumbro el suelo,

305.- 'A esotra puerta, que ésta no se abre.' Expresión que se empleaba para negar lo que se pedía.

306.- Orig.: 'Sacò'.

y enturbio el sol del más alegre día.
No habrá ley fuerte tanto,
que no doble a mis versos y a mi encanto.

¡Buena arrogancia!, si no fuera lo más quimera y burla. Con todo eso, Alfesibeo pone la mano en la obra, y dice en Virgilio:

Con estas yerbas y venenos fuertes
que, del monte traídas, me dio Meris,
con quien en lobo él mismo se volvía,
levantaba las almas del sepulcro,
pasaba en otras hazas mieses altas,
traigan mis versos a mis tristes ojos
de la ciudad a Dafnes.

Lucano lo aprueba:

¿A quién no traban en suave lino
la mezcla del desnudo muslo y brazo,
o el resplandor del rostro peregrino?
A éstos saben atar en fuerte lazo,
con mágica porfía, rayas tuertas.

Y no en éstos solos: lo mismo hallaremos en otros ciento. Y algo es, pues tantos lo dicen. Por lo menos es ordinario hacer la hechicería de su jurisdicción el amor y el aborrecimiento; y aun si entramos a su botica hallaremos que tratan de esta enfermedad las más de sus recetas, y destas medicinas los más de sus rótulos. Para cual o cual diligencia sirve cual polvo o cual unguento, para querer o olvidar, cuántos manojos de yerbas, cuántos botes de untos, cuántas cajas de polvos, cuántas instrucciones de rayas, cuántas de conjuros; y lo que peor es (o miserable del hombre, o malicia del Diabolo), que allí se hallará el hueso del cementerio, el diente y cordel de la horca, el pedazo de mortaja. ¿Esto sólo? Tengo asco: el menstruo para bebido, el estiércol humano para comido, las orinas corrompidas, los sesos y los intestinos del murciélago, de la lechuza y otros animales inmundos. ¿Cómo lo diré? Hasta la misma materia que sirve para la generación, diabólicamente trocada. ¿Esto sólo? Tengo horror: la cera bendita, la ara del altar, la agua del Bautismo, el olio consagrado. ¿Qué lo escuso? No hay cosa tan santa ni sacramento tan divino que no le haya el Demonio traído a tan infernal abuso. Su intento bien se conoce. Que haya hombres que a tal se apliquen, ¿a quién no deshará el corazón por los ojos?

Si buscamos el efeto de tan terribles sacrilegios, las más veces es ninguno: harto tiene el Demonio con el daño del alma que los ejercita. Pero, supuesto que quiera y Dios se lo permita, de ninguna manera tiene fuerzas para acometer derechamente a la voluntad: es soberana señora, que ni aun de su Autor padece violencia. Procura el maldito engañarla, o enviándole recados falsos desde fuera, representándole más hermoso y amable que es en sí el objeto, o llegando a la puerta de la fortaleza y cohechando sus más continuos privados, el apetito y la imaginación, para que de día y de noche, como falsos terceros, la importunen. Procura cerrar las ventanas y puertas por donde pueden entrar socorros de buenos pensamientos, y llevando siempre la de tabla e imagen de lo que desea ser amado a los ojos, la pone verdaderamente a gran peligro, pero que siempre se reconozca libre y señora para escoger lo que mejor le pareciere.

De modo que tengo por cierto que se hallarán hombres con tanta violencia apasionados naturalmente como podían otros con hechizos, y con todo eso, aquéllos conocen siempre que quieren, libres. Fiel es Dios, que no nos deja tentar sobre lo que podemos, y así, las más veces enfrena a Lucifer para que ni aun aquello que le es posible nos moleste. Confieso que lo permita alguna, o para sacar tesoros de bienes espirituales o para castigo de abominables culpas, y así, por la mayor parte oímos que está hechizado o el sacerdote que no dejó en muchos años la amiga o el incestuoso que se enredó con la cercana parienta.

Por esta ocasión, si he de decir mi sentimiento, nunca temí al amor forzado de los hechizos; por pobre lo primero, y porque los creo muy débiles contra la libre voluntad lo segundo; pero siempre tuve por digna de recelo la mala intención de mujeres livianas que por dar bebidas de amor las dan da de muerte o de locura. Así sucedió a Lucrecio, Antíoco y Calígula; y es puesto en razón, que, procurando imprimir calor y sequedad en el cerebro, antes matan o enloquecen que enamoren. Los verdaderos hechizos, que debían temer los mismos ángeles, a tener una migaja de cuerpo, son unos ojos vivos y parleros: aquí se engendra, aquí crece, aquí se hace irremediable nuestra perdición.

Cintia me cautivó con sus ojuelos
cuando libre de torpe amor vivía.

He aquí el nacer:

Con el mirar un día y otro día
de Amor crece el cuidado y toma fuerzas.

El hacerse mayor:

Cobra bríos Amor, y al fin los ojos
el corazón abrasan con sus rayos.

Ya es el mal incurable. ¿Por qué llama los ojos San Ambrosio saetas, sino por la presteza con que hieren el mayor descuido? ¿Por qué San Crisóstomo lazos, sino porque detienen al que una vez enredan? Y ¿por qué S. Jerónimo irremediable prisión, sino porque imposibilitan la salida? ¿Qué hechizos hay que tanto poder tengan? Y el que una vez enloqueció deste mal, ¿qué va a consultar la vieja o el encantador, pues para ablandar durezas y destrampar laberintos no hay unguento como el amarillo ni rayas como del real de a ocho?

No sé cómo en edad tan discreta dura la necedad de las hechicerías, pues, puesto el amor en feria, más seguro está al precio que a la industria; y si es medicina el hechizo, no sé yo para qué enfermedad, pues ni en las mujeres se puede temer de desdén ni en los hombres de desconfianza. Con todo, los procuran hoy infinitos; no puedo imaginar que a otro fin sino para que las mujeres crean las muchas mentiras que les dicen, y para que los hombres no crean las muchas verdades que vieren.

DISCURSO V

Qué entienda la Escritura cuando dice que los hijos de Dios tomaron por mujeres a las hijas de los hombres, y cómo los que allí llama gigantes no se entienden hombres grandes de cuerpo.

Nunca ha habido gigantes por casta, aunque siempre ha habido algunos hombres con extremo grandes, como otros por extremo pequeños; pero no por casta, como se cuenta de los pigmeos.

Cuál sea la más propia estatura del hombre, en cuál crio dios a Adám y cuál tuvo Cristo, Dios nuestro.

La grandeza de algunos huesos que se han descubierto, y de quién se puede pensar que hayan sido.

La grandeza de las pirámides de Egipto, de los obeliscos y colosos.

Por qué causa nos parece que no nacen hoy hombres tan valerosos como en los antiguos.

El valor de los españoles y varias condiciones de gentes.

La obligación que tiene el príncipe o general a no consentir viciosos y malos, como la tiene el labrador de arrancar las malas yerbas de entre las buenas.

PARECE que cobro aliento en verme libre de tan ruin gente como el Demonio. Bien hemos tenido que entender en entender los engaños que algunos han persuadido que tiene cuerpo con quien pudiera ser padre de los que la Escritura llama gigantes; y aunque nos quedaban otros, que, reconociendo los espíritus, creen que con cuerpos prestados del aire hicieron tan abominable junta, y el Doctor Vallés le busque filosofías para que della naciesen hombres gigantes, yo lo tengo por mayor engaño que el primero, pues, puros espíritus, ¿cómo se aficionaron de la hermosura de las mujeres? ¿Cómo se casaron con ellas? ¿Cómo formaron república y sustentaron hijos y familias?

De verdaderos hombres habla, sin duda, el historiador Profeta, y llámalos *hijos de Dios*, o entendiéndolo, con lenguaje ordinario de la Escritura, los virtuosos y santos de aquella edad, que, alumbrados de la razón y luz del Cielo, conocían y reverenciaban al verdadero Dueño de las criaturas, o los hijos y descendientes de Set, varón justísimo, que por sus admirables virtudes afirma Suidas que se llamó Dios, como también de Enós por el primero que invocó el nombre del Señor lo prueba San Cirilo. Los hijos, pues, destes santos, como gloriosos de tal sucesión, por precepto suyo huían todo trato y comunicación de los hijos de Cam maldito, hasta que con el olvido de los años y cebo de la hermosura dieron los brazos y la afición a los que debieran aborrecer por enemigos, de cuya mezcla cuenta que nacieron gigantes la Historia.

Ya quedamos solos con los últimos, que de hombres y mujeres de común estatura entonces, confiesan hijos en grandeza de cuerpo disformes; si bien el serlo ellos en sus pareceres nos asegura la vitoria, porque unos afirman que fueron verdaderos hombres los padres, pero nacidos los hijos por milagro; otros, que monstruosamente, con fuerzas propias de la naturaleza, si bien divertidas de su propósito. Unos, que todos los hijos de aquellos casamientos nacieron grandes; otros, que solos algunos. ¡Qué mal compás de pies! ¡Qué poca seguridad la del pecho que saca tantos colores al rostro!

Enredábanse hasta aquí tantos Doctores en la braveza de la palabra latina *gigantes* y en los nudos que acordó por todos San Teodoreto, diciendo así: Algunos piensan que llama la Escritura gigantes a unos hombres que vivieron muchos años, y otros, a los que soberbios se atrevieron contra Dios. Los que así discurren no creen que tuvieron mayores cuerpos que los demás; pero

cuando oigo la Escritura que dice que fue Enac de casta de gigantes, y que el rey Ogo dormía en cama de hierro larga en nueve codos y ancha en cuatro, y que los hebreos, en comparación de los que estaban en tierra de Hebrón, parecían langostas, y que dice Dios que era el amorreo tan alto como un cedro y tan fuerte como una encina, pienso que hubo hombres por extremo grandes.

Esto apretaba el corazón del Santo. Fúndase nuestro parecer en que la palabra latina *gigantes*, dando pasos atrás, la hallaremos en el hebreo *nephelin*, que, según los doctos desta lengua, significa *los que cayeron*, ora de la virtud de sus pasados (tales hijos espera el que les da ruin madre), ora en el profundo de los vicios, ora en la inmensidad de las aguas del Diluvio; y ninguno dice que signifique en su original *grandeza de cuerpo*. En otras partes hallaremos también traducido *gigantes* que los rasgos hebreos leen *gibborin*, dición que, declarada de todos, suena *valiente y robusto*, y cuando mucho, también *vicioso y malo*. Así a Nembrot, en la parte que nosotros llamamos *poderoso cazador*, los Setenta llaman *gigante*, y el griego *fuerte*, y no sólo todos los doctores hebreos, sino los nuestros, entienden que fue un hombre impío, idólatra, tirano, cruel, primero fundador de reino y primer sujetador de la sencillez humana: Hombres tales llama gigantes Moisés, viciosos y malos, para acordar a su pueblo los hijos que se esperan de casarse con mujeres idólatras y estrañas, y no monstruosos de cuerpo. Lo que ni se hace creíble ni es bien que con tan poco fundamento nos acerque (como Jofefo advierte) a las fábulas de los gentiles.

Bien fácil es agora la causa por que Enac se dice de casta de gigantes: por serlo de casta de soberbios y poderosos. Como los persas (advierte San Cirilo), que se les da el mismo nombre en la Escritura por crueles y feroces, que ejecutaron su poder y rabia contra Judea. Así, el Demonio se llama a cada paso gigante; y David dice que no se salvará el gigante en la muchedumbre de su fortaleza: quél príncipe, el tirano, el poderoso, perecerá, si en sus ejércitos y no en Dios pusiere la esperanza.

Más duro parece el suceso de las espías, a quien (si bien abre fácil camino Jofefo, quél haber contado la vista de aquellos hombres lo atribuye a gana de amedrentar al pueblo, y no va muy lejos Moisés, pues así lo dieron a entender algunos de los exploradores, y los demás fueron, como delincuentes y mentirosos, castigados con la muerte), no quiero escapar por aquí; ni menos con lo que (si no me acuerdo mal) dice Goropio: que pudo ser ilusión del Demonio para desanimarlos, pues a lo contrario obliga la Historia. Yo confieso llanamente que encontraron qualque dos o tres hombres de mayor cuerpo; no tal que en su comparación fueran langostas, porque esto ¿quién no lo conoce encarecimiento de judíos medrosos? Como lo demás de la fertilidad, que manaba leche y miel. Fértil era, y fértil es hoy parte de aquella tierra, en cuyo testimonio trajeron entre dos un racimo, porque no iban prevenidos de banastos ni cestas; y cuando no fuera mayor que algunos de los que suelen dar las nuevas parras de nuestro jardín, de diez y doce libras, era importuna carga para un hombre solo, y así, se aconsejaron bien, para traer más fácil, y más hermoso entre pámpanos y hojas el racimo.

Tengo por cuerdo mi pensamiento, pues al punto combatió el pueblo de Dios el ejército de los cananeos, y pasados los cuarenta años del destierro se combatían cada hora, sin que se trate de diferencia en la grandeza del cuerpo. Pero por que se conozca cuán seguro camino, sean en hora buena los cananeos tan grandes que los hebreos parezcan en su presencia langostas. Todos descendían de Noé y sus hijos, iguales en el arca. ¿En cuáles (pregunto yo) se había conservado mejor la grandeza de sus padres? Si en los primeros, muchísimo descrecieron en corta edad los últimos. ¿Cuál (¡válame Dios!) sería la causa? Si en los hebreos se había la naturaleza proporcionadamente conservado, ¿quién engendró aquellos tan grandes, mucho mayores que sus padres? Sin duda, o sería por algún casamiento de diablos, como decíamos de los que antecedieron al Diluvio, o que la naturaleza dio algún empellón (digámoslo así) y salió alguna vez de madre. Y si esto, no estamos seguros que vuelva otra vez a reventar en hombres gigantes.

Pido más: si los cananeos eran la verdadera casta de hombres, los hebreos serían enanos, y así, el pueblo escogido de Dios, y la mayor parte del mundo, habría decrecido monstruosamente; y si eran enanos los hebreos, iguales entonces a los egipcios y demás gentes que conocían (pues éstos poco³⁰⁷ se espantaban), o dura o se consumió la casta éstos. Si dura, ¿dónde están estos hombres que hoy crecieran como hormigas? Si se acabó, compasión es que se acabase la sucesión de todo un mundo. Si los gigantes eran los naturales hombres, ¿por qué dellos los hebreos, y no antes al contrario, se admiraban? Y si la natural estatura, disminuida en los unos con tanto exceso por edad tan corta, se conservó en los otros entera, ¿cómo después acá en tan larga no ha habido otra tanta disminución y desmedro?

Los mismos son y han sido siempre los hombres, sin duda, si bien para ostentación suya ha querido dar algunos monstruos la naturaleza. Fueron Ogo y Goliat gigantes, y mayores que el demás resto de hombres. Así fue el que cuenta Martín Polaco en sus historias; la mujer, que Celio Rodiginio, los que Pausanias, Solino, Plinio y otros. Y así, en nuestros años dice Julio Scalígero haber visto uno en Milán tan alto, que no podía sustentarse en pie, por no poder la naturaleza repartir vigor a tan disformes miembros (bien se ve que no era propio hijo), y así, concluye que estaba siempre acostado en dos camas juntas y que las ocupaba ambas. Lo mismo cuenta el padre Martín del Río de un piemontés que tenía nueve pies de alto, y yo me acuerdo haber visto en mi primera niñez, en esta ciudad, un aragonés nada menor que anduvo por su codicia buena parte de España, hasta que no muchas leguas de aquí le mató la de sus compañeros.

Estas son hazañas desordenadas de la naturaleza, que a veces se muestra admirable en cuerpos tan grandes, como otras no admira menos en cuerpos disformes por pequeños, cuales reímos cada día en los ricos palacios, y de los que debió de ser el mayor milagro el que cuenta Nicéforo del hombre que nació y se crio en Egipto, tan pequeño como una perdiz. Ni condenan mi opinión ni varían el curso natural sus excesos. Como tampoco³⁰⁸ no me inquieta hallarse hoy provincias con hombres mayores que los que en nuestro clima conozco. Tal fue la naturaleza y virtud de todas en su principio, y tal hoy se conserva. En la Nueva América se han descubierto hombres corpulentos, y mayores algo que nosotros. ¿Qué maravilla, en región tan inclinada al Norte? Lo mismo será, sin duda en los que viven bajo del nuestro, pues vemos los cuerpos de los hombres mayores cuanto más a él cercanos, por ocasión del frío, que estiendo los miembros. Esa es la naturaleza de aquella región y clima; ésa persevera.

Casta asimismo han querido algunos que haya de pigmeos (combatidos, según Homero, de las grullas). ¡Buen autor para granjearles crédito! Aunque muchos de más honradas faldas se le han dado, yo lo tengo por burla, a que me obliga la variedad de las patrias que les dan los autores, no habiendo dos que se concierten. Parecerá terquedad, afirmando algunos que los han visto, y aun del Perú nos cuentan haberse descubierto provincia dellos el año de mil y seiscientos. ¡Como desas mentiras se hacen algunos inventores y testigos! Pudo ser que los engañase alguna república de monos bien agestados, pues si algunas tierras debían criarlos, son las demasiado calientes y en éstas vemos, si no grandes los hombres, no tan pequeños. Y si es de Dios que hemos de creer que los haya, y que la larga edad del mundo los ha decrecido, ¡gracias al Señor, que cupo a aquéllos antes que a nosotros la desdicha! Los del tiempo de Homero, de a dos codos, llegarían a ser de a dedo: ya se habrán perdido. Los grandes de entonces serán los que de a dos codos se descubren agora; y cuando de aquí a quinientos años vengan éstos a ser de a dedo, seremos nosotros de a dos codos. Pero ¡válame Dios! ¿De dónde nacerán para aquel tiempo hombres que sean como nosotros agora? O ¿de dónde nacimos nosotros, que nos vemos hoy tan diferentes?

307.- Orig.: 'pocos'

308.- Orig.: 'tan poco'

Ni pigmeos ni gigantes hay por casta, si caminando atrás no nos obligamos a descuadrar la Historia Santa. Regiones sí, que crían hombres más o menos grandes, y aun linajes que guardan también esta diferencia. Cuales debían ser en Israel aquellos de quien se escogían los setenta fuertes para aguardar el lecho de Salomón, que en la letra original se llaman gigantes porque eran escogidos para de la guardia los más fuertes, robustos y corpulentos, al modo que acostumbraban los persas acompañarse de los soldados más altos; y hoy se cuenta de los chinos que ponen a las puertas de la ciudad y de los palacios reales los hombrazos mayores. Y quizá por esta razón, entre otras, conserva España la guarda Borgoñona y Tudésca.

En fin, dentro de la marca que dispuso Dios al hombre, unos crecen más y otros menos por el clima que les influye, la tierra que los recibe, la materia más o menos sobrada de su principio, la salud más o menos entera, la complexión más o menos robusta. Estimándose en todos, y todas las naciones, la estatura mediana como la más conforme y más nuestra, pues estamos tan lejos de haber nacido grandes, que hoy es parte de infelicidad serlo, hallándose raras o ninguna vez en cuerpos muy crecidos discurso ingenioso, fuerzas enteras, nervios trabados, vida segura ni salud fuerte.

Este es un pleitecillo que, aunque de paso, será bien dejarle concluido. A los pequeños defien-den hartos por de mayor ingenio y vida más constante; ya por la razón común, que la virtud junta es más fuerte que la repartida, ya porque los huesos largos se causan de demasiada humedad, estorbo de toda buena acción. A que se puede añadir el otro proverbio antiguo, que llama tonto al largo. Verificado por Homero, que a Ulises prudentísimo hizo pequeño, y a Ajax necio, muy crecido; y de Hipócrates, que a ciertos pueblos de Asia pinta de grandes cuerpos y luego los dice tímidos, inconstantes y de pocas fuerzas. A los chicos, por el contrario, no sé si ha sido suerte suya o admirar en ellos cualquiera virtud, a ninguno ha faltado pluma que le alabe: a Tideo, Homero; a Diomedes, Virgilio; a Manio y M. Tulio, Varrón y Plinio; a Scipión Nasica, Cicerón. Esto es por bravos; que sin duda ninguna todos los pequeños llevan gran corazón en pecho tan angosto; pues ya discretos, por lo más se juzgan del mundo, después que nos cuentan que Horacio y el Dante fueron pequeños, y aun de San Pablo se tiene por cierto lo mismo.

A los grandes no les falta defensa, pues, fuera de que es su gentileza digna de imperio, los autoriza el Homero latino, que a Turno le levanta desde el hombro al demás ejército, como si hubiera leído la historia de Saúl, escogido rey por la misma gallardía. Para un Ajax necio y crecido, fueron discretos y valerosos Héctor y Príamo. A Rómulo se alegra Plutarco de haber hallado grande, para fundamento de sus grandezas. Lo mismo sucedió a Suetonio con César y Tiberio, a Ennodio con Domiciano y Teodorico, que a este propósito dicen mil bienes de la gentileza y grande disposición de cuerpo, y Capitolino (aprovechándose de la autoridad de Aristóteles) la llama estatura de emperadores. Y, en fin, si es imposible que se llame hermoso el pequeño, tantas alabanzas conven-drán a la grandeza como a la hermosura, que son infinitas.

El pleito es éste. La sentencia, a mi parecer, la da Sidonio, contando por la mejor proporción la de su príncipe, que tuvo (dice) hermoso y bien formado cuerpo, más pequeño que los muy grandes y más dispuesto y gallardo que los ordinarios y comunes. En fin, no se ha de desear cuerpo tan pequeño como el de Agesilao, porque aunque sea tan valiente y bizarro de corazón como él, se verá mil veces menospreciado y ofendido. O si no, ¿por qué desean el invierno los pequeños para ponerse corchos? Y ¿por qué andan más a caballo que a pie, sino porque les pesa de no ser grandes? Pero tampoco ha de ser uno tan desproporcionado como Calígula, si no quiere ser, como él, flojo, necio y torpe.

Tales quieren los contrarios que fuesen en su principio los hombres que con ingenios tan sagaces vivían tantos siglos, no advirtiendo que son hoy maravilla, como lo fueron siempre, los que nacen de miembros grandes, bien trabados y compuestos, no más de porque el alma en todos, y siempre de una misma virtud y esencia, recibe de Dios fuerzas tasadas para llevar en peso esta trabazón de carne. Y así, no sólo en los hombres vemos con experiencia infalible vivir más los pe-

queños, sino también en los animales y aves vive más que el caballo el ciervo, y más el cuervo y la corneja que el avestruz y el águila. Esta merced nos hacen los que nos creen descrecidos, que nos tengamos por más dichosos cuanto más nacemos tarde.

Si deseamos averiguar cuál fue siempre la más bien proporcionada y conforme estatura del hombre, no es tan difícil como se representa. De Adán, el primero, sólo tenemos cierto no haber sido gigante, como mal pensaron algunos (y tan grande que bastó por sus pies atravesar³⁰⁹ el Océano), pues aunque se lee en los libros de Josué que se enterró en Hebrón Adán, el mayor de los gigantes, todos los Expositores, o no entienden el primer padre, sino un hombre (que todo lo significa una misma palabra), o si entienden Adán, le llaman el mayor por la dignidad y el valor, como padre primero del humano linaje.

De quien, y de su sepultura, trata divinamente en aquel su libro, todo precioso, *De la adoración de las reliquias*, nuestro santísimo Pastor y Obispo que fue algún día y nos le quitó la buena dicha de Jaén: el ilustrísimo y nobilísimo señor, tanto como por sangre, por letras y por santidad, don Sancho Dávila y Toledo. Parecerá encarecimiento y es quedar corto: no ha visto nuestra lengua ni tales secretos de erudición divina ni tal gravedad de sentencias santas ni tal dulzura de estilo de oro. No sé a qué santo Doctor pueda decir que ha imitado, pues puedo decir que a nacer hoy tuvieran qué admirar en él muchos de los Doctores. ¡Qué milagro! Apocose la mano de Dios en los pasados, para no resplandecer su espíritu en las plumas de otros. Honrarase nuestra edad en las venideras con joya o con joyel tan peregrino, si bien de la nuestra (quitados algunos que reverencio verdaderamente doctos), hecha a estimar farfallas, temo falta de la estimación justa, porque, perezosos comúnmente, y aun imposibles al trabajo, en no siendo sermones derechos, nacen para enterrados entre gusanos y polvo los más doctos libros. ¿Qué intento las alabanzas deste gran varón, pues comenzarlas es agraviarlas?

Vuelvo a nuestro Adán, en quien todos concuerdan que no fue gigante y que tuvo cuerpo marcado y medido a la perfección de nuestra naturaleza. Sabremos su tamaño si hallamos otro hombre que tuviese cuerpo también el más natural y conforme, a quien podamos sin pleitos tomar medida. ¿Cuál puede ser sino aquel que fabricó de su mano el mismo Dios para espejo y templo de su divinidad, el de Cristo nuestro bien, que es indubitable haber sido en la más perfeta y debida estatura humana que otro ha nacido? No sólo porque así lo canta el santo Rey: Hermosísimo entre los hijos de los hombres, sino porque parece injusto que habitara el mismo Dios en cuerpo que no fuera el mejor, y más tomando Él por sí solo y a su cuenta la fabrica, de cuyas manos es imposible que salga algún defeto. O si no, ¿por qué a una alma y a un temperamento perfetisimos se les había de dar cuerpo que no lo fuera? O ¿por qué el que había de ser bienaventuranza de todos los hijos de los hombres no había de ser más hermoso y perfeto que todos ellos? O ¿por qué nos había de pesar que Cristo no hubiese nacido mayor que todos los hombres de sus siglos, si creemos que los hombres de los primeros siglos habían sido mayores? Antes, si aquella primera grandeza había descaecido por falta de la naturaleza embebida en el principio de la generación, era forzoso que naciera igual a aquella grandeza el que debemos creer que nació sin dependencia de padre. Pues si porque Dios entre sus manos formó de un poco de tierra a Adán salió conforme a la más perfeta idea que tenía Dios concebida del hombre, ¿por qué había de salir desconforme el que solas labraron las manos de Dios en las entrañas purísimas de la Virgen?

Es sin duda que fue Cristo nuestro Redemptor el hombre más perfeto en todo del mundo. El que así pinta Nicéforo: Tuvo (dice) Cristo nuestro bien el rostro alegre y hermosísimo; la estatura del cuerpo, de siete palmos de alto; el cabello, algo rubio, no muy espeso, que con divina suavidad y blandura remataba en medios anillos; las cejas, negras, pero ni muy arqueadas ni caídas; los ojos, resplandecientes y con particular gracia, acres y activos; la nariz, un poco larga; la barba, rubia, no

309.- Orig.: 'artauesar'.

muy crecida; los cabellos sí, porque jamás los tocó navaja ni otra mano que la de su Madre santísima, siendo niño; el cuello, ni tieso ni derecho, sino un poco torcido y inclinado; semejante al trigo el color del rostro, no redondo, ni agudo, sino algo largo y caído, grave y prudente, con mezcla de blandura y sin nada de airado, suavísimo y amoroso.

Esto dice Nicéforo. Agora, pues, si la más perfecta estatura es de siete palmos mayores (que, según San Jerónimo, cada uno tiene doce dedos pulgares, y según Daniel Bárbaro y común parecer de todos, hacen ocho palmos de la medida nuestra, en que nos saca de toda duda la imagen que de nuestro Redentor se estampó en el Sudario), ¿qué tenemos ha casi dos mil años desto diferente?

No la flaqueza de nuestra verdad, sino las canas del contrario pensamiento obligan a no le perdonar partícula de sus engaños; y así, al que traen de Ogo y Goliat, aquí se les confiesa que fueron gigantes, y tales que admiraban a todo el demás resto del mundo, como quien excedía la debida estatura de hombre; pero no tanto que hagan creíble la deformidad fabulosa de otros que después acá han parecido enterrados. A aquéllos viene a sacar bonísimamente su grandeza Goropio, con la puntualidad que a él estuvo bien y en mí fuera prolijidad, pues de la cama que la Escritura refiere, larga en nueve codos y ancha cuatro (que, según la regla de Aristóteles y costumbre común de todas las naciones, no sería tanto como él larga), prueba que sería alto como seis codos, que serán doce de nuestros palmos. Lo que confirma con el mismo Goliat, monstruosísimo gigante sin duda, pues lleva el hierro de la lanza de una arroba de peso, contándose la de Tesbo, gran gigante también, de media arroba; y el cuerpo de Goliat, sin duda, a lo más que pudo estenderse la cuenta no pasó de catorce palmos, a los que casi igualaba aquel mocetón de Aragón espanto de nuestros ojos, como lo fue Goliat de los de su siglo.

Añade a esto la ración de pan de los soldados en tiempo de Homero, que era de cuarenta onzas y media: la misma que Heródoto señala en tiempos de Jerjes, y menor algo que la que daban los latinos, y no mayor que la que hoy sale en Oran y otras partes, donde se les da para cada mes una hanega de trigo. ¿Qué más cierto argumento, si no lo es el pie romano, que tenía cuatro palmos de los comunes, y el mismo Goropio en uno que queda público en Roma, con ser de los pequeños de su edad, afirma alcanzarlo con cuatro de los suyos?

Dicen que se han descubierto muchos huesos monstruosísimos: argumento tan fuerte, que al docto Padre Martin del Río le obligó a desmesurarse contra su paisano Goropio, llamando no menos que descarado al que viendo la grandeza destes huesos niega los gigantes. Así es verdad; que negar cual y cual fuera desvergüenza; pero creer que todos los hombres lo eran algún día, en nuestra comparación, es gracioso devaneo; y no lo tengo también por pequeño (viendo que de tiempos tan antiguos se tenían por monstruosísimos, y lo eran, hombres de a doce a catorce palmos) creer que los hubo de a más de 200.

Pausanias es de los moderados; que cuenta haberse hallado en Ática un cuerpo, que se entendía ser de Enacte, hijo de la Tierra, de diez codos, que son veinte palmos, y éste y el de Ajax y el de Hillo, del mismo tamaño, llama espantosísimos. Siendo mayor el que nos cuentan haberse hallado el año de 1516 en el campo Macareno, de veinte codos, que tenía la cabeza como una tinaja y cada muela pesaba cinco onzas; y mayor el que el año de 1550, de veinte y dos codos, cuya cabeza tenía de cerco diez pies. Mucho mayor el que nos cuentan de Valencia del Rin, de treinta codos. Pero todos estos aun pequeños con el que cuenta Plinio descubierto en Creta, de cuarenta y seis codos, que son más de noventa palmos. Y todos enanos con el que vio Sertorio en África, de setenta codos, que, según dicen, fue de Anteo.

Y no se ha acabado la maravilla, pues Bocacio dice que se hallaron junto a Drépano, unas cenizas, y entre ellas una costilla y unos dientes que, tomada la proporción, hacían el cuerpo de docientos codos alto, que son cuatrocientos palmos de los nuestros. ¿Es tan alta la torre de Sevilla, con giralda y todo? Esto ¿hay quien lo crea en el mundo? Ya me he arrepentido de tener por burla lo que decía denantes de Encélado y Tifeo, pues no aquello sólo; que nacieron de la tierra, que

acababan la mitad en serpientes, que tenían cien manos y otras semejantes virtudes, ¿habrá quien crea? Goropio dice que pudieron ser semejantes monstruos ilusiones del Diablo. No me espantaría; que gusta vernos boquiabiertos a sus embustes.

Yo escojo uno de dos o tres caminos. El más fácil, creer que es mentira, inventada de hombres noveleros para entretener lectores ignorantes o hacerse maravillosos en sus peregrinaciones. Como sucede cada hora con los primeros que pasaron a las Indias, más cargados, al volver, de fábulas que de dineros. ¿Cuán creído ha sido en el mundo que la carnemomia eran hombres enterrados en los arenales de África? ¿Cuántos lo han escrito, siendo burla, pues hoy se sabe con experiencia ser los cuerpos que los egipcios conficionaban y embutían de varias especias y aromas para que no se corrompiesen? De quien hoy se descubren algunos en los antiguos sepulcros. Y, al fin, dice bien Plinio que no hay mentira tan desvergonzada que carezca de testigo.

Pudieron ser también huesos de ballenas o monstruos marinos, tenidos por humanos de los que gustan ser milagrosos. O, si no, arrogancia de príncipes vanos, que se holgaron de dejar espantosas fábricas de huesos, como otros de pirámides, obeliscos, para representarse a la posteridad grandiosísimos. Gran conecto tendrá V. S. de las pirámides de Egipto, que se ven hoy de la otra parte del Nilo, seis millas de Menfis, y porque no es posible ser tal como merecen, pintaré una de las que hoy quedan más enteras, llamada de los naturales Faraón. Esta es como casi todas: cuadrada, que sube en modo de gradas y haciéndose menor cuanto más se levanta. Está toda trabada hermosamente de piedras de Arabia, ninguna menor de treinta pies. Cada grada tiene de alto cuatro y medio, y de plaza y ancho, hasta llegar a la siguiente, más de lo que un hombre podía alcanzar estendidos los brazos. Tiene pocos más o menos de docientos y cincuenta escalones o gradas; y la primera (que podemos llamar baja) de tan monstruoso edificio, teniendo cuatro esquinas igualmente distantes, se mide de una a otra con trecientos y veinte y cinco pasos, de modo que la cercan mil y trecientos, y de alto sube en mil pies por lo menos. Grandeza increíble, si no la contara fidedigno autor, que la vio y midió él mismo no ha muchos años, y toda para encerrar en una caja de plomo unas vanas cenizas.

Cesará la pasada admiración si me atrevo a los obeliscos, en quien no sólo se descubre la generosidad y magnificencia de los egipcios para gastar tiempo y dineros (como en las pirámides, pues en la que acabo de referir se ocuparon veinte años continuos tantos hombres, que de solas cebollas y ajos, sin los jornales y sin el demás sustento, hicieron de gasto mil y seiscientos talentos); pero descubren una ambiciosísima temeridad que se atrevió a poner las manos en lo que se acobardara el más gallardo pensamiento: una piedra sola y sencilla, larga ciento y veinte codos, seis ancha y veinte y cuatro gruesa, había picos, sinceles y almadenas que la cortaran, escodas que la labraran, fuerzas que la mudaran y manos que la levantaran. Y no para una sola: para infinitas que escarnecen al tiempo en aquellos campos, de quien las menores dieron tanto que hacer a la magnificencia de Augusto y al grande corazón de Cristo, inventada de tan soberbia fábrica para compañera de unas cenizas frías.

Último ejemplo de la locura humana (y que no sé si a los demás sobrepuja) miramos en los colosos. Grandes los dieron a Roma Césares, Nerones y Lúculos. Grandes de treinta codos representaron a Júpiter y Apolo. Grande lo tuvo Rodas (y más por la materia, pues de solos pedazos cargó 90 camellos de metal un judío), de quien dice así Plinio: Admirable fue sobre todos los colosos el del Sol en Rodas que hizo Cares Lindio, discípulo de Lisipo, setenta codos alto. Derríbolo de allí a cincuenta y seis años un terremoto, y, aunque caído, sirve siempre de milagro. Grande ha de ser el hombre que alcance a abarcar uno de sus dedos, mayor cualquiera que muy grandes estatuas. Vense hoy gruesos peñascos que le embutió el artífice para darle peso, y las quiebras de sus miembros son cuevas muy anchas. Y, con todo, puede callar, a mi parecer, con el coloso del gitano Amasio, cortado de un sola piedra en ciento y cuarenta y tres pies larga, en quien se escondía el pequeño cuerpecillo de una soberbia inmensa.

¿Quién no atina el fin? Para que la posteridad, reverenciadora de pasados siglos, le admirase y creciese copia de su dueño. ¿Quién sino esta locura desvanecía a Semíramis para hacerse esculpir en una piedra de diez y siete estadios, que hacen dos mil y ciento y veinte y cinco pasos? ¿Quién desvelaba a Estafícrates para que ofreciera retratar a Alejandro en un gran monte, sino conocer el frenesí de sus pensamientos? Es el monte Atos, en Grecia, altísimo, tanto que las más altas nubes (según Mela) le sirven de collar, no de corona, pues, no perdiendo el sol su cima, llueve en³¹⁰ sus faldas. Éste, empinado y derecho, se inclina un tanto sobre el mar, dividido de la mitad arriba en tres montecillos, de quien el medio sobre los otros dos se alza y sobrepuja. Con no mucho gasto, pues, ofrecía Estafícrates hacer déste cabeza, y, de los dos brazos, quél izquierdo sustentara una ciudad y derramara un río al mar el derecho, dejando al mundo digno retrato de la grandeza de Alejandro. Harto más loca soberbia la del artífice, en prometerlo, que pudiera ser la del príncipe en consentirlo.

O la lisonja o la vanidad cortaba tales cuerpos de hombres en piedras, como lo burló el mismo Alejandro en Mileto, que, mirando unas grandísimas estatuas de los vencedores de las luchas y juegos, dijo a los ciudadanos: ¿Dónde estaban tan grandes hombres cuando os tenían cercados los bárbaros? Y si en piedras, ¿por qué no en huesos de monstruos con más facilidad? De quien es sin duda la muela que tiene Anvers de su gigante, y por ventura la que de San Cristóbal Valencia. Supuesto que pienso que no fue gigante, sino de estatura común y ordinaria, o si no, déseme qué autor de los antiguos afirme lo primero. Lo último dice claro el Breviario Toledano y aprueba largamente César Baronio, en que se responde a la opinión del pueblo introducida a la pintura, no historial, sino simbólica, como la Iglesia tiene otras muchas. Píntase Cristo bien nuestro con la oveja sobre los hombros. ¡Qué loco estará quien no entendiere por la oveja el alma! Píntase San Jorge matando una serpiente: ¿quién no conocerá significarse el Demonio? Lo mismo dice Eusebio de la pintura de Constantino, y lo mismo diremos nosotros de la nuestra de San Cristóbal:³¹¹ porque llevó a Cristo, con su predicación, por el mundo se le pone la piedad cristiana en los hombros; porque pasó en este santo ejercicio grandes trabajos le pasa por el mar; porque de humilde gentil fue gran capitán de la fe le forma gigante.

Discurrió esto en un docto epigrama Jerónimo Vida, Obispo de Cremona, que, traído lo mejor que yo sé a mi lengua, dice así:

Como va con fe tan santa
Cristo en tu pecho fiel,
Cristóbal, nuestro pincel
en tus hombros lo levanta.

Como en llevarlo padeces
persecuciones tan largas,
rompes las olas amargas,
y el pie a los mares ofreces.

Como no pasa arrogante
el mar la corta estatura,
darte los miembros procura
del más crecido gigante.

Para quél templo mayor
parezca venirte estrecho,
casa en los montes te ha hecho,
del Cielo airado al rigor.

310.- Orig.: 'llueuen'

311.- Suplo 'de San Cristóbal'

Como en las guerras del alma
 venciste fuerte y ufano,
 florida pone en tu mano
 una hermosa y verde palma.
 El arte que la verdad
 del pecho pintar no puede,
 si algo en el deseo excede,
 admítalo tu bondad.

Tan lejos está de ser gigante San Cristóbal; cuanto más tan grande que, si se mide o pesa su muela, hace un hombre más de docientas veces mayor que hoy se usa. Pero ya tienen para esto un señor Retor que ha salido a la defensa en una grandísima historia de aquel reino, donde dice así: Lo que yo entiendo es que, como Dios y naturaleza no hicieron cosa superflua, fue providencia suya que no naciesen los gigantes con el número de muelas, dientes y clavos que los demás, sino con aquellos que bastan para gastar la comida y para no hacer una cabeza desigual y disforme. Debió, pues, el glorioso San Cristóbal de no tener, a esta cuenta, en cada quijada más de una de aquellas muelas, y cuando mucho dos por banda.

¡Por mi fe, gallarda defensa! Guarde Dios mi seso, pues ¿qué no cegaré una pasión? ¿Qué no deslizará una inadvertencia? No quiero aclarar los yerros destes pocos renglones, más que sus letras; que, al fin, llevamos todos corona. Ayude Dios a cada uno; que yo, con que los señores valencianos examinen, entre otras tan preciosas, esta reliquia tan poco segura, me contento. En lo demás de la uniformidad de la naturaleza desde su principio, ¿qué tropiezo queda al ingenio más terco?, pues cuando no la luz de las razones pasadas, la corta deste discurso le abrirá los ojos.

O los hombres solos, o todas las cosas del mundo a un compás nos disminuimos y enflaquecemos. Si solos los hombres, infelices somos, pues nos cupo la más flaca y débil naturaleza. Éramos grandes y estamos muy pequeños: ¿en qué caballos andarían aquellos gigantazos, pues a esta casta de enanos que hoy los enfrena vienen tan compasados y medidos? ¡Bendito sea Dios, y qué buen tiempo aquél! Así almorzaría un hombre un toro en un plato como agora un conejo; serían báculos los pinos; poyos de asentarse, los montes, delgados caños los ríos; serían los sumptuosos templos de hoy chozas pequeñas, y los obeliscos de Egipto columnas cortas. ¡Oh desdicha nuestra! Pues si Dios no hubiera determinado el día del Juicio (o suponemos que le quiera dilatar mucho o mudar pensamiento) vendremos los hombres necesariamente a acabar por chiquitos, quedando en su ser primero los elefantes y leones; y así, vendrá el mundo a durar sano en lo menos, y a morir de tan prolija hética en lo más, que es el hombre.

Si acompañando a³¹² Lucrecio:

Con tanto producir la tierra estéril,
 sin fuerzas está ya para ser madre
 de animales pequeños que mil siglos
 con cuerpos grandes dio en felices partos.

dicen que todos decrecemos igualmente, ¿quién viera (¡santo Dios!) una ballena de agora dos mil años! ¡Pobre Noé! ¿Qué arca labraría tan ancha para tan gruesas bestias, habiendo menester entonces una torre altísima un elefante? Pero ¿qué mucho, si eran también entonces los pinos y las hayas más altas que las nubes, y cada tabla dellas tendría un millar de palmos? ¿Qué gramas darían los campos para tan lindos bueyes? ¿Qué trigos para tan gentiles hombres? Serían (¿quién

lo duda?) leones los que hoy gatos; pero ¡tristes dellos! ¿Qué harán a mil años, cuando vengan a ser gatos los que hoy leones? Mucha fuerza hace a mi pobre ingenio este discurso, y tras él la larga experiencia, pues vemos un labrador que ensila al cabo de ochenta años el mismo trigo que derramó el primero. Guarda un gañán las vacas y yeguas que ha cuarenta generaciones dan los mismos toros y caballos, y aunque los vemos nacer tantas veces en un año, son siempre del mismo tamaño los conejos.

Nada en el mundo se ha mudado: los mismos son hoy los hombres y las demás criaturas que el día de su principio; así lo oímos de edades antiquísimas, así lo vemos, así lo palpamos. Cásase a dos cosechas la haza, así lo alcanzó nuestro primer Padre: fértil el año primero, fatigada el segundo, y con necesidad de ayuda de vecinos el tercero. Inclina hoy el labrador la espalda, levanta en los puños el hierro, riega, estercola, labra; todo fue necesario siempre, unas más y otras menos dan frutos conformes a su sazón y nuestra industria; y así, el labrador miserable que no cuelga de dos en dos los tasajos mantecosos, que no tuesta en las losas del hogar las blancas tortas, que no suelta la abarca el domingo y calza la polaina pespuntada, quéjese, no de la tierra más estéril, del brazo sí, más perezoso y holgado. El príncipe o general que levanta las cejas al oír vitorias de Grecia y triunfos de Roma, y nunca vee en sus sienes el laurel que envidia, no imagine otra casta de hombres que cuando pensara bien y lo fueran los vencedores, también serían mayores los vencidos.

Unos mismos eran que somos. Hacían entonces proezas los romanos porque recibía su haza cultura y diciplina: faltó ésta y tornose eriazó Comenzose a romper la fertilidad de España, y dio ¡qué Pelayos, qué Cides, qué grandes capitanes! Dura aún algo su labranza y cultura, y así vemos, por la misericordia del Señor, ¡qué hermosísimos manojos de Austrias, de Córdobas, de Toledos, de Guzmanes, de Castros, de Girones, de Padillas, de Bazanes, de Leyvas, de Velascos, de Fajardos y otras plantas fertilísimas en dar fuertes varones! No entra tan continuo como algún día el arado: ¡qué de buenas semillas de valor se pierden! ¡Qué de malas yerbas de vicios nacen!

Bien confieso que, como no son todas las tierras unas para colmar esperanzas del labrador, así (dice Vegecio) unas gentes se aventajan a otras en la guerra; y el clima diferente, no sólo para las fuerzas del cuerpo: para el valor de los ánimos importa. ¿Qué digo la tierra y clima? Cosas mucho más menudas suelen hacer esta diferencia, pues unos (según Platón) por la variedad de vientos y aires son entre sí diversos; otros, por las aguas, otros por el alimento que la tierra produce. Lo que no sólo (si oímos a Tulio, enseñado de Hipócrates) en los cuerpos, sino en los ánimos, obra notable diferencia. Debe, pues, el general aprovecharse de la lición que el labrador, a quien aconsejan sus maestros negar el grano a la tierra ingrata, y el sarmiento a la estéril de racimos, conocida en cada cual, primero, la fuerza, la virtud, la inclinación, por señales o, mejor, por experiencia, pues no en provincias y reinos solamente: en un pago mismo aborrece una haza desdeñosa la semilla que otra abraza amorosa. Así el general, es bien que sepa la diferencia del español al francés, y déste al alemán; y en cada una provincia, la de los reinos. Y aun en cada un reino, cuanto fuere posible, la de los linajes, pues es cierta la sentencia de Tulio: que la naturaleza ha dado a los hombres continuar en una familia los hijos y descendientes el valor y alabanzas de sus pasados.

¿Qué se hizo, pues, el valor de Roma? Hoy toman espadas y picas al lado de nuestros leones los brazos de Italia. ¿Esperaremos algunos Scipiones, Césares o Pompeyos? ¿Por qué no? Hoy sin duda acompañan la fortaleza española y dan soplos en la trompa de su fama Colonas, Farnesios, Orias, Espínolas y otros príncipes valerosos cuyos retratos merecen, a pesar de la envidia, igual clavo en el templo de la memoria que los Rómulos y Numas. Salen las banderas de Nápoles cercadas de mancebos altos y espigados, y apenas marchan un sol cuando los embiste en el primer monte la pereza; en la primera hambre, el desmayo, y en la primer enfermedad la muerte. Llegan casi solas las banderas a Flandes, y en el tercio que se recoge dellos (duela a quien doliere), si bien no son sus lenguas las que menos prometen, no son sus manos las que más cortan, ni sus pies los que más

presto acometen o más tarde se retiran. ¿Son éstos aquellos que dieron a Roma tantas victorias, tantas glorias y triunfos?

Los mismos fueran si Cayo Manilio o Marco Fabio, cónsules, sentados en la plaza pública, en el Campo Marcio o en el Capitolio, delante los Tribunos o Maeses de Campo de las cuatro Legiones y juntos los mancebos briosos que aspiraban valor y gloria, considerada en todos la edad, la gallardía, el ánimo, unos acercase la mana docta, otros sacudiese; unos admitiese la bandera y otros dejase en sus casas: En esto solo consistió (dice Vegecio) la fuerza y valor del pueblo romano. ¿Qué han de ser agora, que el nuevo capitán, ansioso de pisar bizarro a ojos de su general, delante de muchos, no de buenos soldados, compra los que halla, no los escoge, y abriendo los brazos a la muchedumbre lasciva y mal trabajada escribe confusamente los nombres de los que, siendo escoria y heces de sus ciudades, no caben en ellas, por ser acostumbrados a hurtos, insufribles en el trato, vanos de lengua, arañadores de manos, y torpes más que consienten nuestras orejas?

Fueran los mismos si el mancebo escogido, antes de dar su nombre y ser tenido por soldado, hincada la rodilla delante del Tribuno que con la espada desnuda le tocaba el cuello, levantase el dedo pulgar y jurase de morir en defensa de su bandera, de su patria y de su príncipe; y hecho el juramento sirviese un año y experimentase la guerra primero que merecer la gloria de llamarse soldado. Esta es (dice Séneca) la mayor fuerza de la milicia romana: la reverencia a la religión, el amor de la bandera propia y la maldad de desamparalla. ¿Qué han de ser agora, que no vienen por fe ni por afición, sin conocer otro Dios ni otra justicia que al interés de su paga? Enemigos los más (si se les mira el corazón) de la honra que defienden; en quien, ya por estraños, ya por la malicia de sus costumbres, ni tienen por honrada la vitoria ni por infame la huida; y así, a cada paso, sin miedo del delito, pierden la vergüenza al capitán y dan las espaldas a la bandera. Triste el príncipe que se sueña con grandes ejércitos porque tiene muchos nombres éstos en ellos, y no muchas manos de soldados propios que, corriendo animosos a la vanguardia, dan a las balas el pecho por que no lleguen a los castillos y leones del príncipe que aman.

Parecerá (por hablar claro) mi deseo poner la seguridad de nuestra gloria en solos españoles brazos. ¡Ojalá y fuera posible! Fuera con ellos (¿quién lo duda?) mayor la honra de nuestra paz, mayor la fuerza de nuestra guerra. Pues ¿quién no sabe y reconoce la ventaja que a todas las naciones del mundo hace la nuestra? De boca de los más invidiosos pidiera, a no faltarme tiempo, la prueba. Con todo eso, hemos de oír a Claudiano:

¿Qué podrá predicar humana lengua
que ajuste a tus grandezas, noble España,
y en que no reconozca falta y mengua?
Lávase el nuevo Sol en la India estraña,
y de su ausencia nacen las estrellas
cuando el sudor entre sus olas baña.
Rica en caballos de ambiciosas huellas,
fácil en la bermeja y gruesa espiga,
preciosa en blancas y amarillas pellas.
Príncipes das dichosos (¡qué no obliga
los siglos tu Trajano!), hermosa fuente
a quien el orden de los Elios³¹³ siga.
De aquí es el viejo padre,³¹⁴ y refulgente
cerca diadema, venturoso y santo,

313.- Aelios. Se refiere a Antonino Pío y Marco Aurelio.

314.- Teodosio.

de los hermanos mozos³¹⁵ la alta frente.

Entre las tierras qu'el rigor o espanto
a Roma sujetó, ninguna vale
a la grandeza de su Imperio tanto.

Con fértiles manojos Faria³¹⁶ sale;
África³¹⁷ el trigo da; Francia, soldado,
Iliris,³¹⁸ corredor que al viento iguale.

Sola España a Italia le ha enviado
Augustos. (¡oh grandeza!). Sola ella
los príncipes la dio que le han honrado.

Harto mejor que yo, sin comparación, lo dice el buen Poeta; pero porque éste no pretendía alabar a España sino de los emperadores que dio felicísimos a Roma, hable del valor de sus soldados un Flamenco:³¹⁹

Aunque los españoles fueron siempre en la fortaleza y la guerra valerosísimos, la falta de arte les hizo que, aunque tarde y mal, cayesen bajo las romanas leyes. Sin lisonja puedo decir que ninguna nación ha granjeado por sus puños mayor ni más verdadera gloria; ni aun la misma Roma, de quien trato las alabanzas de tiempos antiquísimos. Y antes que Italia se coronara ya³²⁰ su fama admiraba a los griegos, y Alcibíades, en una oración que hace a Tucídides, los llama fortísimos y valentísimos entre todos los bárbaros. ¿Qué, pues, no dice Livio? Gente nacida para restaurar y reparar las guerras; y en otra parte: Gente que no estima la vida sin las armas. Eneo Floro llama a España peleadora, nobilísima en armas y varones, y de Anibal maestra. Y Valerio Patérculo³²¹ la encarece por tan fuerte que en cinco años de continuas guerras, siendo general Sertorio, no se pudo conocer cuáles, de los romanos y españoles, tenían más valor en las armas y cuál de los dos pueblos había de mandar al otro. ¿Qué más se puede decir, y de boca de los mismos romanos (esto es), sus enemigos y soberbios? Y no son solamente palabras: con experiencia se vio; que Anibal, todas sus vitorias las reconocía deber³²² al español soldado, y los romanos, desde que pusieron el pie en España hasta que la rindieron, docientos años pasaron de continuas guerras, siendo en ellos tantas veces vencidos como vencedores. Hasta aquí el Flamenco, que no sé cómo nos amaba.

A tanta valentía juntaron siempre la fidelidad, tan reconocida de los emperadores de Roma en la fe y fuerzas de aquella legión, o tercio, llamado arrojador de rayos; no sólo cuando eran los españoles gentiles (gran prueba de nuestra lealtad), sino cuando cristianos y perseguidos por su fe. Aquí unos daban el cuello al verdugo confesando a Cristo; allí otros defendían animosos la vida del emperador que los martirizaba, sin embarazarse la compasión y el valor, la piedad y la lealtad, y queriendo antes encubrir el amor de sus hermanos que descubriese desleales y traidores contra su natural señor y príncipe; y así, el mismo Nerón tenía su primera guarda de cristianos santos, por conservar la costumbre de sus antecesores desde Julio César, que, no fiándose de sus deudos, encargaban las vidas a brazos españoles; y con razón, porque si (como dice Séneca) pueblos hay, y ciudades, que aman más

315.- Arcadio y Honorio.

316.- En toda lógica, Egipto; pero no localizo 'Faria'.

317.- Provincia romana que abarcaba el actual Túnez y parte de Argelia.

318.- Iliria, que correspondería a la actual Albania. Habla de caballos.

319.- Justus Lipsius.

320.- Orig.: 'y a'.

321.- Cayo Veleyo Patérculo.

322.- Orig.: 'de ver'.

que otros y amparan a sus reyes, en ninguna nación del mundo (como todos ellos confiesan) es más natural esta fidelidad y más observante esta reverencia que en pechos españoles.

Pero supuesto que no es posible llevar grandes ejércitos la estrecha cárcel de los Pirineos, fuerza es al General, Labrador de hombres, conocer, según la de las tierras, la variedad de sus costumbres. Pues al orador manda Aristóteles que sepa las inclinaciones del viejo y del mozo, del poderoso y humilde, del rico y pobre, para escoger varios modos de persuadirles, cuanto más al que fia en manos de varias gentes imperios y coronas. Por tanto, Plutarco lo da principal consejo en su *Política*, y aun San Pablo, para la fuerza que había de poner en reducirlos, enseña a Tito lo que ya había dicho Epiménides de los cretenses: que eran mentirosos, malas bestias y glotones.

Para este fin enseña Tácito (y es bien sepa el General) que son los griegos amigos de novedades y fáciles de maravillarse en cualquiera dellas, grandes celebradores de la antigüedad y (según Livio) más valientes de lengua que de manos. Y entre los griegos, de los atenienses dice Plutarco que son tan fáciles, como de enojarse, de aplacarse, ligeros a las sospechas, duros al enterarse en la verdad. Y Livio añade que son poco considerados en arrojar a empresas imposibles, como, por el contrario, los lacedemonios dudosos y que en ninguna cosa se aseguran.

De los franceses, dice el mismo Livio que son enojadizos, dados a la religión, impacientes del calor; cuyos principios en las batallas son mayores que de hombres, y los fines, menores que de mujeres, y Tácito afirma dellos que son facilísimos a enfermar. Y entre los italianos, dice de los romanos que son insufribles, para esclavos y para señores, livianos de palabras, fecundos de engendrar enemistades, deseosos de discordias, sagaces en descubririllas, y de orejas muy prompts para malas nuevas. Los genoveses, dice Livio que son duros para sufrir las armas, y los luqueses, de poca fe y de los de viva quien vence. Y por no cansar, un Autor italiano (alegando a San Isidro) dice que son los griegos de liviana naturaleza; los romanos, graves; los africanos, astutos y maliciosos; los italianos, feroces y de agudo ingenio; los pisanos, malos y astutos; los florentines, tardos y pesados; y yo apelo al Dante, que los llama avaros, envidiosos y soberbios; a los senenses, vanos, y a los genoveses perversos. De los españoles, lo que más nos nota Livio es de inquietos y amigos de novedades; y entre otros, a los castellanos llama el Guiciardino³²³ de grandes corazones.

La diferencia que, dentro aun de España, hay en sus reinos, cuando no la conociera mejor que yo V. S., la callara, porque no sé dónde peregrinará mi fortuna. Tengo por cierta la verdad de Vegetio: que en todas partes y en todas tierras nacen de buenos y malos soldados, y en los españoles los más, como dice el Poeta:

Son valientes y feroces.

Con todo eso, a ser General acometiera cualquiera peligro si llevara más compañeros de las montañas de León, de las vertientes de Guadarrama, de la cordillera que corre por Sierramorena y de Segura hasta los Pirineos, o de parte, en fin, que la misma aspereza del lugar les endureciera los huesos y los ingenios. No tanto, si los llevara sacados de todo montón de la puerta de Jerez en Sevilla; Mercado, de Valencia; plaza de San Francisco en Murcia, o partes semejantes. No porque estas ciudades no den cada día hijos valerosos, honra de nuestra nación: aquellos que les bulle en el pecho el calor de la sangre noble; no la vil juventud viciosa, que, criada desde la niñez en torpes ejercicios, se empapa³²⁴ del ocio y vicio de su patria.

De lo que hay más en los grandes que en los pequeños pueblos, y mucho más en los ricos y viciosos que en los cortos y estériles. Aquí todos, del más humilde al mejor, tratan la honra, el

323.– Francesco Guicciardini.

324.– Según la fe de erratas, aquí se leería 'ampara' y habría que leer 'empapa': y eso lee el ejemplar que consulto, por lo que deduzco que en este pliego se introdujeron correcciones en prensa.

trabajo, la virtud, sin que por milagro se encuentre juego desordenado, manceba pública o adulterio escandaloso, y, al fin (como había experimentado César), pocas veces llegan los mercaderes mentirosos o aquellas cosas que importan para afeminar los ánimos. Allí, cuán pocos son de los humildes y cuántos de los nobles que no tratan sino la torpeza, la trampa, la fullería, la blasfemia, la mentira y la traición, descubriendo (como dice Vegecio) en su poca honestidad y desvergüenza cuán inhábiles son para soldados.

El General, pues, que no busca nombre de ejército, sino fuerzas, y no desea juntar solamente hombres para que le lleven las armas, conténtese antes con pocos que con muchos, como sea de aquellos que, temerosos a las leyes, son atrevidos a los enemigos, y no teniendo orejas para sufrir bajezas, tienen hombros para sufrir trabajos; y si por suerte encontrara alguno de los blasfemos y desvergonzados que, bravos por la mayor parte y feroces con los pobres huéspedes, en la ocasión desaparecen y en el menor trabajo desmayan, los procure cultivar con la buena industria y disciplina, como diré otro día, o, donde no, los arranque de entre los demás, como a malas yerbas, el hierro y el castigo.

Lición que cuando no fuera tan necesaria en el labrador y tan repetida de sus maestros, el tiempo a pocos pasos la enseña en la corta o rica cosecha. Poco importa la boca abierta del perpetuo arroyo; poco, las continuas vueltas del buey uncido; poco, los polvos del podrido estiércol; poco la lluvia deseada, el aire amoroso, la tierra fértil y la semilla escogida, si se esconde muda la raíz de la juncia o grama que perdonó, descuidado, el hierro, o, nacido el nuevo cogollo, no deja su lado la trepada neguilla que le ahoga y pierde: consideración que despierta al príncipe a no consentir viciosos entre buenos, si desea feliz cosecha de virtud en los súbditos.

De aquí nació ser en toda comunidad comparado su logro, o a la salud del cuerpo robusto o al colmo del campo fértil, semejantes por esto los buenos y malos della al miembro sano y enfermo, o a la yerba estéril y de fruto, y los príncipes, al médico o labrador. De la primera pintura usaron mil veces Hierocles, Filón, Hipócrates, Galeno, Cicerón; y de los nuestros los santos Gregorio (Nacianceno y Niseno), Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Tomás. ¿Qué me canso? Ninguna pluma reformó costumbres que no llamase enfermedad al vicio, miembro corrompido al vicioso, y médico al superior que, burlado el remedio suave, acude con el amargo, y, resistiendo a todos el mal, con las ascuas y el hierro.

Voy a la de nuestro labrador, no menos ordinaria, sino tan advertida. Usola nuestro príncipe Cristo hartas veces, llamándose a sí y a su Padre labrador; semilla, su palabra; jornaleros, los hombres, y haga la Iglesia. Aunque San Crisóstomo dice que lo es nuestra alma, y Santo Tomás, nuestro corazón, a quien aconseja el Sabio que cultivemos cuidadosamente, como campo en quien nacen malas y buenas yerbas; que por eso dice San Agustín que se compara la Iglesia a red que encierra de todos peces y a era que amontona trigo y paja, y San Gregorio hace este discurso, de quien, por divino, diré parte: Necesario es, mientras vivimos vivir mezclados, de solos buenos es el Cielo; de malos solos, el Infierno, y la tierra, que está en medio, ha de tener de todos. El bueno sufre a los malos, y entonces deja de serlo cuando deja de sufrirlos. No será Abel a quien Caín no ejercita, pues en la era se pisa por la paja el grano, y las rosas nacen entre las espinas: con Abel vivió Caín; con Set y Jafet, Cam; con Isaac, Ismael; con Jacob, Esaú; con los once Discípulos, Judas; con los siete Diáconos, Nicolás, y así prosigue, hasta concluir de muchos lugares santos que los malos son muchos y los buenos pocos; como el arca de Noé, abajo ancha y arriba angosta, y como en la cosecha, que para pocos granos que entran a la troj muchísimos haces de paja van al fuego.

Desdicha bien digna de advertencia, pues como en la tierra vemos más fértiles y viciosas las yerbas estériles y malas que las deseadas y buenas, así en los hombres más parecen todos fáciles al vicio que a la virtud, como si fuera en ambos naturaleza la malicia. No me detengo aquí ahora, si bien procuraré que no le falte día. Voy al propósito, en quien suponemos forzoso haber, como en las plantas, buenos y malos en las comunidades, cuya vecindad injuriosa, si bien esmalta la pacien-

cia de la virtud sufrida, el príncipe, que no sin causa (según advierte San Pablo) lleva espada, corte como médico el miembro corrompido; tale como labrador las yerbas viciosas. Porque si bien hartas veces (nota San Crisóstomo) por los buenos gozan los malos mil bienes, hartas también por los malos son afligidos los buenos, y no sé cuál es mayor daño, que se regale injustamente a vueltas del sano el brazo cancerado y se cultive la avena entre la fértil espiga, o todos, al fin, se pierdan juntos.

Acuda, pues, el remedio, y en tiempo, si mientras no se cortan (dice también el mismo Santo) o arrancan los vicios más crecen, y en la tierra de esperanzas (según Tulio) no ha de quedar ni una yerba mala. Aderezado siempre el ánimo para recibir la semilla de los buenos consejos, pasando una vez y otra el arado de la corrección,³²⁵ y tras ella, pues se pegan y manchan más los vicios que la pez. No quite el príncipe los ojos de la prudente Sarra; que rapaz es Ismael, y Isaac da voces y porfía que salga Ismael de casa. Así, en la ciudad o el ejército (diga Varrón) córtese el dedo que cancera el brazo, arránquese la yerba que ahoga el trigo. Sana y segura la comunidad con el destierro, con la muerte del perverso.

Cuidado muy propio de V. S. no consentir viciosos en su armada, advertido que como

Al que lo mira daña el ojo enfermo,
y muchos males a otros cuerpos pasan.

así (dice Seneca) se toman las costumbres de los compañeros, y los vicios se pegan de unos a otros, como enfermedades. Peligro en ninguna comunidad igual al del ejército, donde todos cada hora se ven, se conocen, se tratan. ¿Por cuál causa en todas las demás armadas y ejércitos, entre sí y en los alojamientos, cada día los soldados riñen, alborotan, matan; y los de la Armada Real, modestísimos en las ocasiones de paz, en las de guerra son verdaderos leones de España? Tener todas más miedo al general que a la muerte y al enemigo, por verle andar siempre con la escardilla y la espada del rigor en la mano, como quien sabe que la disciplina militar tiene particular necesidad de un género de castigo áspero y cruel. Poniendo la verdadera justicia en lo que Euripo: en ser enemigo declarado de los malos, no consintiéndoles asentar pie entre los buenos. Porque cierto que cuando aquéllos son disimulados, éstos son injuriados y perseguidos. O, como dice S. Pedro Crisólogo, cuando viven los vicios mueren las virtudes, la torpeza triunfa, la honestidad perece, la misericordia falta, la avaricia sobra, la confusión reina, el orden se pierde y la disciplina se postra: tantos y muchos mayores males se siguen de consentir entre los buenos malos.

Bien he detenido a V. S. este último día; querrá Dios que la semana que viene tenga el *Jardín* otros discursos de más varia y entretenida lición, pues a tanto me obliga el favor que en éstos he recibido. Guarde Dios a V. S. como deseo.

325.- Orig.: 'correccion'

En Madrid,
por Bernardino de Guzmán

Año de 1619

